



FLORENCIA
BONELLI

El cuarto
Arcano

SEGUNDA PARTE

EL PUERTO DE
LAS TORMENTAS

Lectulandia

Rio de Janeiro, 1806 Después de abandonar Buenos Aires, Roger Blackraven llega a las costas brasileñas con sus primos, los hijos de Luis XVI y María Antonieta, a los que intenta proteger. Buenos Aires ya no es un lugar seguro para ellos. Allí se reencuentra con sus viejos camaradas de aventuras: el jesuita Malagrida y el portugués Adriano Távora, siempre listos para ayudarlo en situaciones difíciles. Corren tiempos agitados. Los ingleses, al mando del general Beresford, preparan la invasión a Buenos Aires y a Montevideo. Debido al bloqueo de los puertos europeos por parte de Napoleón, Inglaterra debe hacerse con nuevos mercados para colocar sus productos. Por eso, los ingleses ponen sus ojos en el Virreinato del Río de la Plata. La promesa de enormes riquezas los dispone a todo.

Nuevos personajes y nuevos escenarios acompañan las aventuras del Capitán Black desde las costas americanas hasta la vieja Europa. El puerto de las tormentas, que culmina la historia de Roger y Melody, es una novela repleta de acción: conspiraciones, asesinatos y abordajes en alta mar hacen de su lectura una experiencia casi cinematográfica, y sitúa a Florencia Bonelli en la cima de su poder narrativo.

Lectulandia

Florencia Bonelli

El puerto de las tormentas

El cuarto arcano - 2

ePub r1.0

Mangeloso 27.06.14

Título original: *El puerto de las tormentas*

Florencia Bonelli, 2007

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Dedico este libro a mis adorados sobrinos
Patá y Agustín. Mi amor por ustedes es el
sentimiento más puro y noble del que he sido capaz.
A mi dulce Tomás. Ídem.
A mi sobrinito Felipe que viene en camino.
Ya te quiero con todo el corazón.*

“No la amo porque sus labios sean dulces, ni brillantes sus ojos, ni sus párpados suaves; no la amo porque entre sus dedos salte mi gozo y juegue como juegan los días con la esperanza; no la amo porque al mirarla sienta en la garganta el agua y al mismo tiempo una sed insaciable; la amo sencillamente porque no puedo hacer otra cosa que amarla. Si yo pudiera mandar en mi amor, quizá no la querría, pero a tanto no llega mi poder”.

Califa Abdedoba

(Extractado del libro “El amor mágico y la sexualidad sagrada” de Ramiro Calle)

Capítulo I

Palacio del virrey, Río de Janeiro, martes 13 de mayo de 1806.

La baronesa Ágata de Ibar se inclinó sobre la anciana a su lado y, buscando intimidad tras el abanico, preguntó:

—Señora Barros, ¿quién es aquel caballero?

—¿Cuál?

—El que está haciendo molinete con el guante.

—Roger Blackraven, conde de Stoneville.

La anciana se dio cuenta de que la baronesa apreciaba al conde inglés como un chalán valora a un purasangre.

—¿Y la mujer junto a él? ¿Su esposa quizá?

—Oh, no. Me la presentó como su prima. Éloïse Letrand, ése es su nombre. Francesa, según entiendo. Y aquel joven, el de los rizos rubios, es el hermano de la muchacha, Prosper Letrand.

Ágata de Ibar se golpeteó el mentón con el abanico cerrado sin desviar la mirada de Blackraven, que en ese momento sesgaba la comisura izquierda en una sonrisa irónica ante un comentario de su prima. Aquel gesto cautivó a la baronesa, y la llevó a levantar sus propias comisuras y a abrir el abanico con un golpe seco para sacudirlo ante su rostro.

—Atractivo, ¿verdad? —escuchó murmurar a la señora Barros—. Si bien hace muy poco que llegó a Río de Janeiro, toda clase de conjeturas se tejen en torno a él. Algunos insinúan que es pirata. —Ágata de Ibar se volvió de súbito y la señora Barros asintió—. Dos de sus barcos están fondeados en la Bahía de Guanabara, y se dice que a su flota la componen más de veinte. Otros aseguran que es un espía inglés y hay quienes sostienen que lo es del emperador Napoleón. En definitiva, nada se sabe con certeza, sólo que es inmensamente rico. Y si es rico, es poderoso.

—Preséntemelo, señora Barros —pidió Ágata, y la anciana soltó un risita.

El barón João Nivaldo de Ibar las abordó en ese instante y tomó a su esposa por el brazo con delicadeza. Se destacaban por sus figuras, altas y delgadas, aunque la de ella presentaba curvas voluptuosas. Ambos vestían con elegancia, sin mostrar los excesos de algunos invitados a la velada ofrecida por el virrey en honor del natalicio del príncipe don Juan, regente del Portugal desde la declaración de insania de su madre, la reina María I.

—¿Nos retiramos, baronesa? Ya es tarde —dijo de Ibar.

—Señor, la señora Barros ha ofrecido presentarme a una amiga, la señorita Éloïse Letrand —y la señaló con discreción—. Ya sabe su merced cuánto echo de menos a mis amigas. Desde que dejé Lisboa, a excepción de la encantadora señora Barros, no

he tenido oportunidad de departir con personas interesantes. ¿Podría aguardar su merced a que se hayan realizado las presentaciones?

El barón asintió y las escoltó hasta el sector donde la señora Barros los presentó a los hermanos Letrand y al conde de Stoneville. Se entabló un diálogo en francés. La baronesa echaba vistazos a Roger Blackraven, que de cerca le había parecido impactante, un hombre de fuste, de eso no cabía duda, más allá de su corpulencia y de esa mirada oscura e hipnótica, de ese entrecejo poblado y fruncido. Se movía con desenvoltura, y nada en sus maneras denotaba una índole egotista como en la mayoría de los de su clase; observó que no llevaba peluca y se dijo que ningún hombre sensato lo habría hecho si contase con un cabello tan negro, abundante y hermoso. No chocaba su arrogancia natural, que eclipsaba a los demás hombres del salón, y poseía una cualidad de flagrante atracción sexual que lo delataba como un seductor consumado. “Aunque intuyo que puede llegar a ser cruel como uno de los caballos de Diomedes”, pensó Ágata, excitada, sonrojada. De él emanaba tal fuerza, tal seguridad en su persona, un cinismo que lo habría llevado a condescender con más de uno esa noche, con su esposo, sin duda, que reía de alguna broma profiriendo ese sonido similar al graznido de un ganso.

Sí, Roger Blackraven lucía como un caballero; de igual manera, cierto aire en su semblante, en su modo de expresarse y de mirar hablaban de que en él habitaba un sustrato más a tono con ese rumor que lo tenía por filibustero. “En el fondo”, se dijo la baronesa, “este hombre se cree Dios”.

El barón de Ibar extendió la mano a Éloïse y le solicitó la próxima pieza, un vals. Blackraven hizo lo propio con la baronesa, y Prosper debió conformarse con la señora Barros, quien se negó pues, según declaró, no aprobaba ese baile nuevo.

Sus manos eran grandes y fuertes, como las de un campesino. La sorprendió que se deslizara con maestría, haciéndola sentir ligera, él mismo lo parecía a pesar de su cuerpo macizo y pesado, del que recibía una muestra al apretarle el brazo. Quizá componían un cuadro ridículo, ella tan delgada, él tan voluminoso, y, sin embargo, Ágata estaba a gusto en los brazos de ese hombre.

De acuerdo con las reglas de la danza, Blackraven sostenía la mirada de su compañera y sonreía, más allá de que en sus pensamientos sujetaba otra mano y rodeaba otra cintura. De pronto bailaba en la tertulia de su quinta “El Retiro”, en aquel caluroso domingo 2 de febrero, y en su mente se repetían las palabras que le había dirigido a ella para tranquilizarla: “Sólo relájate y déjate conducir por mí. La palabra vals proviene del alemán, *wälzen*, que significa girar. Esta danza no es más que eso, Isaura, girar y girar sobre nosotros mismos”. Ella, confiada, le permitió guiarla por el salón. Giraron y giraron, y él, que jamás dejó de mirarla, fue testigo de cómo sus mejillas se colorearon, sus ojos brillaron y su pecho agitado pugnó por desbordar el escote. Más tarde, ya de noche, ebrios de deseo, se adentraron en el Río

de la Plata y también giraron y giraron en el agua, las piernas de Isaura entrelazadas a su cintura y sus brazos al cuello, para terminar haciendo el amor en la playa.

—No me contemple de ese modo, excelencia —pidió Ágata.

—¿Le molesta? —La baronesa sonrió en el gesto de quien admite su hipocresía, y Blackraven expresó—: Ya lo sospechaba.

—Para ser un conde inglés, excelencia, su educación deja mucho que desear. Creo que daré crédito a las hablillas que lo tienen por filibustero. —Blackraven rió, echando la cabeza hacia atrás, y Ágata contuvo el aliento, fascinada—. Ni parece inglés —pensó en voz alta.

—Mi madre es italiana. Quizás eso explique mi aspecto poco sajón.

—En verdad, lo explica. Dígame, excelencia, ¿es su gracia un filibustero, sí o no?

—No. —Blackraven levantó una ceja—. ¿Desilusionada?

—Habría sido una experiencia infrecuente departir con un rufián de los mares, casi una aventura. Admito que habría sido también un buen aprendizaje. No sé nada acerca de los mares y de sus misterios.

Blackraven sonrió con indulgencia y siguió bailando.

—¿Y qué me dice del cotilleo que habla de que hay dos barcos de su propiedad fondeados en la Bahía de Guanabara?

—Digo que es cierto.

—¿Cómo se llaman?

—*Sonzogno* y *White Hawk*.

—Mmmm... *Sonzogno* y *White Hawk*.

Terminó el vals, y Ágata de Ibar se decepcionó cuando su compañero la tomó de la mano para devolverla a su esposo.

Ocupaban las mejores habitaciones en el prestigioso Hotel Faria-Lima, a pocas cuadras de la morada del virrey. Eloïse subía las escaleras del brazo de Blackraven mientras comentaba acerca de la velada en honor del príncipe don Juan.

—¿No lo crees así, querido? ¿Roger, me escuchas?

—Disculpa, Marie —se excusó el conde, llamándola por su verdadero nombre—. Me distraje.

Marie y su hermano Luis Carlos —a quien presentaban como Prosper— intercambiaron una mirada. Desde la salida de Buenos Aires, su primo Roger no era el mismo; lucía ausente y meditabundo, disperso y desinteresado. Ambos conocían la causa de su melancolía.

—Te preguntaba si eres de mi opinión respecto al barón de Ibar. Me ha parecido un hombre encantador.

—Tuviste más oportunidad que yo para tratarlo. Confío en tu juicio —expresó Blackraven, y la muchacha bajó la vista; poco tiempo atrás su falta de criterio en

relación con el señor William Traver casi le costó la vida a Isaura Maguire, la esposa de su primo.

—La señora Barros nos invitó a su casa mañana por la tarde —comentó Luis Carlos—. Me aseguró que concurriría el cogollo de la sociedad carioca.

—¿Podremos ir? —se entusiasmó Marie.

Habían llegado a la puerta de su habitación. Blackraven la miró a los ojos y, antes de besarle la frente, sonrió y asintió. Nada lo movía a departir con aquellas gentes excepto hacer más placentera la estancia de sus primos. Antes de dejar Río de Janeiro, necesitaba asegurarse de que se rodearían de personas honorables.

—Mañana, a las diez de la mañana —habló Blackraven—, iremos a ver esa casa en el barrio de São Cristóvão. Desayunaremos en mi recámara a las nueve y media.

Se despidió también de Luis y marchó a su habitación, en el mismo piso. Saludó con un gesto a uno de sus hombres que montaba guardia disfrazado de paje.

—El botones pasó un mensaje bajo su puerta, capitán.

—Gracias, Shackle. ¿Todo tranquilo?

—Todo tranquilo, señor.

Echó llave a la puerta y se inclinó para levantar el sobre lacrado. Identificó el sello, y no habría necesitado leer su contenido para saber que hallaría un mensaje cifrado de Adriano Távora, uno de los espías que, junto con Gabriel Malagrida (capitán del *Sonzogno*), Amy Bodrugan, Ribaldo Alberighi y Edward O'Maley, había conformado una banda de cinco, todos a las órdenes del Escorpión Negro. En realidad, quedaban cuatro; dos años atrás, Ribaldo Alberighi había muerto en París, a manos de los torturadores de Joseph Fouché, sin abrir la boca.

Al igual que Roger Blackraven, Adriano Távora cargaba con el estigma de ser un bastardo repudiado por su padre. Hijo natural de José I del Portugal y de Teresa Leonor Távora, había nacido en una prisión en las afueras de Lisboa mientras su madre, acusada junto con el resto de la familia Távora del intento de asesinato del rey, aguardaba su ejecución. Contaba con días de nacido cuando el primer ministro, Sebastião José de Carvalho e Melo, conocido años después como marqués de Pombal, solicitó también la pena de muerte para la criatura. Incluso la reina Mariana, esposa de José I, se opuso a semejante aberración, y determinó que el niño fuera entregado a la corte española, bajo la protección de su madre, la hermosa e intrigante reina Isabella di Farnesio.

La llegada de Adriano Távora, de apenas unos meses, al palacio de Madrid coincidió con la del nuevo soberano de la España, Carlos III, que abdicaba de un reinado en Nápoles para ocupar el trono de una de las naciones más poderosas de la Tierra. El nuevo monarca llegó con su esposa, María Amalia de Sajonia, y una caterva de hijos, entre los que contaba una ilegítima, la dilecta del rey, Isabella di Bravante.

Conmovido por la historia del niño Távora, Carlos III permitió que se educase con sus hijos, a los que Adriano terminó por considerar como a hermanos, y quizá porque compartían la misma suerte, Isabella, la ilegítima, era a quien más quería. Adriano lloró y sufrió cuando la muchacha fue enviada a vivir al palacio de Versalles. Jamás dejaron de escribirse, e incluso Adriano obtuvo de su tío Carlos, como llamaba al rey, autorización para visitarla en una oportunidad. Así conoció al hijo de su querida Isabella, Alejandro di Bravante, o Roger Blackraven, como lo llamaban desde los doce años, desde que su padre, el duque de Guermeaux, se lo arrebató a Isabella y lo tomó bajo su custodia.

Terminado de leer el mensaje cifrado de Távora, Roger Blackraven se vistió con ropas cómodas y se echó encima un abrigo liviano. El portero del hotel le alcanzó a Black Jack, su caballo. Cruzó al galope la Praça Quinze y tomó por la rua do Cano hacia la zona de las tabernas de los marineros. Se detuvo a la puerta de *O Amigo do Diabo*, de aspecto tan sórdido como su nombre. Condujo a Black Jack por las riendas hasta el establo. El quejido lo alcanzó apenas traspuso el portón, y siguió entrando, como si nada hubiese escuchado. Acomodó al animal, le colocó a los cascos una artesa con agua y salió. Volvió a entrar casi de inmediato y se topó con un niño negro muy maltratado; no se le veía el ojo izquierdo a causa de la hinchazón y tenía el labio partido, por donde aún manaba sangre. Se dio cuenta de que temblaba.

—No te haré daño —le dijo en portugués, con marcado acento—. Ven. —El niño continuó mirándolo con ansiedad y sorpresa, sin intención de aproximarse.

“¿Qué haría Isaura en esta circunstancia?”, se preguntó Blackraven. “¿Cómo ganaría la confianza del mulequillo?”. Terminó acucillándose a pasos del negrito y le extendió un pañuelo.

—Vamos, tómalo. Límpiate la sangre del labio.

El niño se acercó renqueando, y Blackraven advirtió, entre los jirones de las escabiosas prendas, verdugones en sus miembros y en su pecho. “Oh, Isaura, si llegases a ver esto”, se lamentó.

—¿Quién te golpeó?

—Mi amo —balbuceó el niño; los dientes le castañeteaban.

—¿Quién es tu amo?

—Don Elsio. —Blackraven lo conocía, era el dueño de *O Amigo do Diabo*—. Se enojó porque rompí una botella de ron. ¡Pero no fue mi culpa! —aseguró, en medio del llanto—. Dos que se peleaban me empujaron y se me cayó.

—¿Dónde están tus padres?

—No sé. Nunca los conocí.

—Vamos, ya no llores. Hoy es tu día de suerte. Te compraré a don Elsio para que

sirvas a mi esposa.

El niño levantó la carita y le dispensó un vistazo lleno de recelo; a él no lo engañaban, las mujeres también podían ser perversas; la de don Elsio era una peste.

—¿Me azotará su esposa si estropeo algo?

Blackraven sonrió y le puso una mano sobre el hombro, huesudo y pequeño. A causa de la mala nutrición aparentaba cinco o seis años, a pesar de ser mayor.

—Mi esposa es un ángel y, créeme, será para ti lo más cercano a una madre. ¿Cómo te llamas?

El negrito se sacudió de hombros.

—Me dicen Rata.

—Eso no es un nombre. —El niño no comentó al respecto y siguió mirándolo a los ojos, algo que los esclavos tenían prohibido—. Bien —dijo Blackraven—, en tanto regreso, quédate junto a mi caballo y cuídalo. Y ve pensando un nombre que te guste.

—Señor —habló Rata, y extendió el pañuelo sucio—, se olvida de esto.

—Quédatelo —dijo Blackraven, y el niño abrió los ojos con desmesura; ése era su primer regalo.

O Amigo do Diabo lo recibió con el mismo bullicio y fétido aroma de costumbre. El humo de las pipas, de los cigarros y el de la chimenea con mal tiro impedía discernir las siluetas con el primer vistazo. Se apoyó en el mostrador y lo golpeó dos veces con su estoque. Don Elsio lo saludó con exagerada algarabía.

—¡Capitán Black! ¡Bienvenido, capitán!

—Lleva arriba una botella de lo mejor que tengas.

—A la orden, capitán.

Subió los escalones de dos en dos hasta el primer piso y abrió la puerta al final del corredor sin llamar. Adriano Távora saltó de la silla y le salió al encuentro. Se dieron un abrazo y un apretón de manos.

—¡Qué bueno verte, Roger! —manifestó Távora, en su modo franco.

—Lo mismo digo, amigo.

—¿Dónde has estado? Vengo siguiendo tu rastro desde Ceilán.

Llamaron a la puerta. Don Elsio entró con una botella y dos jarros de azófar.

—Brandy, capitán Black, del mejor —se jactó el tabernero—. ¿Desean algo más los señores?

—¿Cuánto por el negrito al que casi matas a golpes esta noche? —habló Blackraven desde su silla, dándole la espalda.

—¿Dónde se ha metido ese demonio? ¿Acaso estuvo importunándolo, capitán?

La negociación tomó sólo unos minutos porque don Elsio quería complacer a Blackraven. Távora echó el cerrojo y se volvió con una mueca irónica.

—¿Desde cuándo te preocupas por el destino de mulecones maltrechos?

—Lamento que tú, de mis mejores amigos, me tengas en tal mal concepto. No soy San Francisco, Adriano, pero también tengo un corazón.

—¡Ja! ¡Un corazón!

Távora le pasó un jarro con brandy y se sentó frente a él. Traía muchas noticias del Viejo Mundo, así que comenzó a hablar. William Pitt, el Joven, había muerto en enero de ese año. Con la desaparición del primer ministro *tory*, el cargo había pasado a manos de William Wyndham Grenville, del partido opositor, el *Whig*; lo secundaba un grupo de notables que se habían granjeado el nombre de “Ministerio de todos los talentos”. Blackraven sesgó la comisura izquierda con ironía y se preguntó qué diría Isaura al saber que lord Grenville pugnaba por la abolición del comercio de esclavos. ¿Cambiaría su opinión de los ingleses?

—¿Quién es el nuevo Lord del Almirantazgo? —quiso saber.

—El vizconde de Howick.

Blackraven asintió; el vizconde le debía algunos favores y no le presentaría trabas para renovar la licencia de corso y represalia de sus barcos. Távora se demoró algunos minutos en detallar los asuntos de la política europea, es decir, los últimos movimientos del emperador de la Francia, que ya se erigía como dueño del continente. Al tocar el tema de la España, Távora dijo:

—Estuve con tu tío Carlos —en referencia al rey Carlos IV, con quien Távora se había criado como un hermano.

—¿Qué me cuentas de él? —se interesó Blackraven—. ¿Está bien?

—No muy bien. Entre Bonaparte, su primer ministro Godoy y la reina María Luisa lo tienen a mal traer, ni qué decir del necio de tu primo, el príncipe Fernando, que, instigado por su preceptor, el canónigo Escoiquiz, quiere comerse los hígados de su madre y de Godoy crudos. —Tras una pausa, Távora suavizó el gesto para expresar—: Carlos aceptó tus letras de cambio. Se sorprendió gratamente cuando vio la suma que le enviabas. “¡Ese buen muchacho!”, dijo, algo emocionado. Verás, está en apuros financieros. Hizo efectivas tus letras al día siguiente.

Távora extrajo un sobre de su cartapacio y se lo entregó a Blackraven; el sello pertenecía a la Corona Española. Se trataba de una misiva del rey Carlos para su sobrino Roger Blackraven junto a un salvoconducto donde le confería plena libertad para transitar por las colonias españolas del mundo y realizar operaciones comerciales.

—Supongo que ese documento es de suma conveniencia para tus planes de independizar la América del Sur. —Blackraven siguió leyendo, y Távora acotó—: Carlos también me expresó su deseo de concederte un título nobiliario.

Blackraven dejó escapar una carcajada y se puso de pie.

—¿Para qué necesito otro título, Adriano? ¿Sabes qué necesito? Hombres de mar capaces de no amedrentarse en el abordaje de una nave enemiga. En algunos meses

será la botadura de un nuevo barco en el astillero de Liverpool y aún no consigo ni un tercio de la tripulación.

—A tu madre no le gustará saber que has rechazado un título nobiliario ofrecido por su hermano, el rey de la España.

—¿La viste en Madrid?

—No. Según los chismes, tu madre peleó con la reina María Luisa y volvió a la Inglaterra. Una vez en Londres, fui a tu casa de la calle Birdcage, pero no había nadie.

—¿Y mi tío Bruce? ¿Y Constance? —se extrañó Blackraven.

—Tu mayordomo me informó que todos, tu tío Bruce, Constance y tu madre, partieron rumbo a Cornwall.

—¿A Cornwall? Mi madre odia Cornwall. ¿Te dijo Duncan cuándo habían partido?

—Acababan de partir. El día anterior a mi llegada habían recibido una carta y, el mismo día, por la tarde, estaban en marcha. De esto hará un mes. Yo me hice a la mar poco más tarde y puse proa directo hacia aquí, hacia Río de Janeiro.

—¿Para qué recalaste en Londres? —se interesó Blackraven.

—Nos topamos con un barco turco camino a Ceilán y lo abordamos. Regresé a Londres para presentarme ante el Tribunal de Presas. Todo resultó bien. Fue una estupenda presa, Roger. Las bodegas de ese barco iban hasta el techo. Especies, metales, telas, cueros, vajilla, muebles. Deposité tu parte en la Lloyd's, diez mil setenta libras.

—En verdad, una excelente presa.

—Toma, aquí traje la sentencia del Tribunal de Presas donde se establece la partición —y le indicó la línea con el botín para el dueño del barco—. El señor Spencer —Távora hablaba de un empleado de la casa Lloyd's— preguntó si deseabas que te enviaran un giro a alguna parte, y yo me atreví a indicarle que lo hiciera a Río de Janeiro. Si no te hubiese encontrado aquí, lo habría hecho efectivo con el poder que me conferiste y te lo habría llevado adonde hubieses estado.

—Hiciste bien —acordó, y recibió el documento—. Necesito dinero para terminar la curtiduría de Buenos Aires, y allí no hay corresponsales ni bancos. ¿Qué nave capitaneabas cuando abordaste a los turcos? —se interesó de pronto, con ese talante habitual en él, que saltaba de un tema a otro sin preámbulos ni pausas.

—El *Minerva* —uno de los barcos de mayor calado de la escuadra de Blackraven.

—¿El *Minerva* está aquí, en Río?

—Oh, no. Necesitaba velocidad. Me urgía encontrarte. Así que lo dejé en la Piscina de Londres y tomé la *Wings*. Al fondearlo en la Bahía de Guanabara, vi el *Sonzogno* y el *White Hawk* y supe que te hallabas cerca. Gabriel Malagrida —Távora hablaba del capitán del *Sonzogno*— me indicó dónde te hospedabas. Me dijo también

que estás con tus primos, el rey Luis xvii y Madame Royale. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué los sacaste de Buenos Aires?

—Ya te contaré. Pero antes quiero que me expliques por qué te urgía encontrarme.

Távora volvió a llenar los jarros con brandy.

—Se trata de una mala noticia, Roger. —Levantó la vista y dijo—: Simon Miles está muerto. Asesinado.

Blackraven lo contempló con gesto inmutable, los ojos endurecidos y quietos, tensos los labios y las fosas nasales. Távora advirtió que apretaba el jarro por la tonalidad blancuzca que adoptaron sus nudillos.

—¿Cómo ocurrió?

—Lo apuñalaron en el cuello, en su casa. Alquilaba unas habitaciones en la calle Cockspur, en Londres. Allí lo encontró el ama de llaves.

Depositó el jarro sobre la mesa, apoyó ambas manos en el borde y echó la cabeza hacia delante. “Simon”, evocó, embargado de melancolía.

—Lo siento, Roger. Sé que las cosas no terminaron bien entre vosotros, pero sé también que tú le tenías gran afecto.

—Para mí, era un hermano —confesó—. Tuvo una muerte espantosa.

Se acomodó en la silla como un peso muerto. Un momento después, Távora apreció una inflexión en el ánimo de Blackraven cuando lo vio erguirse contra el espaldar y fijar la vista en un punto más allá de él, con el puño sobre la boca.

—Valdez e Inclán también está muerto. —Távora lanzó un soplido—. Sí —ratificó—, lo envenenó Bernabela.

—¿Su mujer?

—Sí, su mujer. Alcides quiso confesarme algo antes de morir; parecía muy angustiado, pero sólo alcanzó a murmurar unas palabras carentes sentido.

—¿Cuáles fueron?

—Simon Miles. Y ahora tú me dices que él está muerto. Asesinado.

—Quizá —conjeturó Távora— un suceso no tenga que ver con el otro. Sí, sí, ya lo sé —admitió, ante la mueca del inglés—, son demasiadas coincidencias.

—Simon conocía el paradero de Marie —habló Blackraven tras una pausa.

—¿Sabía que Madame Royale estaba en el Río de la Plata?

—Sí, y de allí tuve que sacarla, a ella y a Luis, porque un sicario, Le Libertin, intentó asesinarlos.

—¡Le Libertin! ¡Le Libertin en Buenos Aires!

Távora recordaba al espía francés. Años atrás, por su causa, se había frustrado una entrega de armamento para los monarquistas franceses en el puerto de Burdeos, con una gran cantidad de muertos.

—¿Crees que Simon le vendió la información a Le Libertin?

—Me odiaba —apuntó Blackraven—. Me acusaba de la muerte de Victoria.

—A pesar de eso —terció Távora—, Simon era una persona noble. Dudo de que hubiese querido dañar a Madame Royale para perjudicarte. Además —razonó—, Simon no tenía acceso a personas como Le Libertin. Un ciudadano ordinario, como lo era él, no entra en tratos con un personaje como ese maldito espía francés. Por otro lado, ¿qué tiene que ver Valdez e Inclán con Simon Miles?

Trazaron hipótesis tras hipótesis por más de una hora, y Blackraven satisfizo la curiosidad de su amigo en cuanto a los sucesos ocurridos en torno a William Traver, o Le Libertin, y también en lo referente a la penosa muerte de su socio, Valdez e Inclán.

—Todo esto es un galimatías —concluyó Távora, y permaneció en silencio—. Roger —dijo de pronto—, en realidad, no era la noticia acerca de Simon Miles la que me urgía comunicarte. —Blackraven lo instó a hablar con un ademán—. Verás, antes de zapar hacia aquí, estuve en París con la intención de hacerme de noticias frescas. Allí me enteré de algo que me tiene consternado. Según mi informante, Fouché —Távora se refería al ministro de Policía de Napoleón— ha contratado a un sicario, el mejor, para matar al Escorpión Negro. Lo llaman La Cobra. Dicen que nunca falla.

—Lo he sentido mentar. ¿Qué más sabes?

—No mucho. Se asegura que lo contrató por una fortuna, hace tiempo ya, quizás en 1804, después de atrapar a Ribaldo. ¿Habrás conseguido sustraerle alguna información y con eso poner en la pista a La Cobra?

—Lo dudo —afirmó Blackraven. Conocía a sus hombres, él mismo los había entrenado.

—Los verdugos de Fouché pueden ser muy disuasivos —alegó Távora.

—Ribaldo no soltó prenda, quédate tranquilo. Pídele a don Elsio pluma, papel y tinta, y un poco de lacre.

Távora regresó minutos después, y Blackraven se puso a escribir. Fueron dos mensajes, pocas líneas. Calentó la barra de lacre al pabilo y selló las hojas plegadas. Antes de que el material se enfriara, levantó la tapa en forma de trébol del anillo que usaba en el anular de la mano derecha y lo estampó sobre el lacre, donde quedó moldeada la figura de un escorpión. Távora levantó los mensajes, leyó los nombres de los destinatarios y los guardó en el bolsillo interno de su chaqueta.

—¿A Fouché? ¿Al conde de Provence? —se alarmó—. ¿Qué les dices?

—Que Le Libertin sirve de alimento a los peces y que Luis xvii aún está con vida.

—¡Roger, tú no sabes con certeza quién envió a Le Libertin! Podría haber sido otro grupo interesado en eliminar al verdadero rey de la Francia. Además los pondrás sobre aviso de que es el Escorpión Negro quien tiene a Luis xvii.

—A ver si con eso dejan de lado sus intentos de asesinarlo. Por otra parte, me interesa que Fouché sepa que su sicario, hasta el momento, ha fallado.

—¿Estás seguro de que los Borbones y Fouché saben que Luis xvii no murió en

la prisión del Temple cuando era un niño? Podrías estar entregándoles información que desconocen.

—Lo saben, lo saben muy bien. Pierde cuidado, mi certeza es absoluta.

—Y si lo sabe Fouché, lo sabe Napoleón —caviló Távora.

—Tanto a Napoleón como al conde de Provence les conviene que Luis Carlos muera o permanezca en la sombra. En el caso de Napoleón, para preservar su sitio como emperador de la Francia, y en el del conde de Provence, porque aspira algún día a ser rey.

—¡Malhaya seas, conde de Provence! —explotó Távora—. Se supone que debería estar protegiendo a su sobrino Luis Carlos, no cazándolo como a un animal.

—¿Qué te sorprendes? —se mosqueó Blackraven—. ¿No has vivido lo suficiente para saber la clase de bestia en que puede convertirse un ser humano movido por la codicia?

—El poder y el dinero trastornan a cualquiera.

—No a cualquiera —objetó Blackraven—, aunque sí a la mayoría.

—No conozco a nadie —argumentó Távora— que, por dinero o por poder, no venda su alma al diablo.

—Yo sí —afirmó en voz baja—. Yo sí —repitió un segundo después.

—Pues me gustaría saber quién es, pues yo sólo he conocido de los otros. El marqués de Pombal es una buena muestra de la clase de infame que habita este mundo. Mandó matar a toda mi familia, incluidos los niños y las mujeres, para asegurar su poder sobre mi padre y perpetuarse.

—No olvides que tu hermana, la reina María, lo repudió y exilió, y murió confinado en sus propiedades.

—Tendría que haber acabado con su vida —se lamentó Távora—. Tendría que haberlo matado con mis propias manos —dijo entre dientes, agitándolas.

Blackraven le apretó el hombro y lo sacudió apenas. Se miraron, ambos conocedores de las profundidades de sus rencores y de sus malas memorias.

—Ya déjalo ir.

—¿Qué? —se ofendió Távora—. ¿Acaso tú has perdonado a tu padre? ¿Acaso has olvidado que te raptó y te separó de tu madre cuando eras un crío?

—No lo olvidé ni lo perdoné, pero no duele como antes —admitió—. Necesito que esos mensajes —apuntó deprisa— lleguen a sus destinatarios. Encárgate de ello.

—Así lo haré. Zarparé en la *Wings* cuando haya terminado de cargar el matalotaje.

—Apenas cumplas con esa misión, te necesitaré de regreso en el Río de la Plata.

—¿Piensas volver allí? —se sorprendió Távora—. ¿No visitarás tus otras propiedades de ultramar?

—Te dije que debo regresar para terminar la curtiembre. Sin Valdez e Inclán, todo

recae sobre mí.

Távora se quedó mirándolo. Blackraven, sin prestar atención, se echó al colete el último trago de brandy y se puso el abrigo.

—Por cierto, ¿dónde está Somar? —preguntó, en referencia al asistente turco de Blackraven.

—Se quedó en Buenos Aires.

—¿Viajaste sin él? —se pasmó Távora, pero no hubo contestación—. ¿Cuándo regresas al Río de la Plata?

—Aún no lo sé, en un par de meses quizá.

Blackraven guardó los documentos y la misiva de Carlos IV y empuñó su estoque. Se disponía a abandonar la habitación cuando Távora lo retuvo por el brazo.

—Roger —dijo—, supe que lord Bartleby, el nuevo jefe del Departamento Exterior, quiere contactar al Escorpión Negro.

El Departamento Exterior, ubicado en el viejo palacio de Whitehall en el corazón de Londres, se ocupaba de la organización de las fuerzas secretas del gobierno británico en su lucha para destruir al enemigo francés. Si bien la historia del Escorpión Negro no se asociaba a ese organismo desde un comienzo, en los últimos tiempos había emprendido algunas misiones por mandato directo de sir Hughes Fulham, el anterior jefe, quien había terminado por convertirse en un gran amigo del Escorpión Negro, o de Roger Blackraven, llevándose a la tumba su identidad, la de sus cinco espías y la del resto de los hombres que componían su red. Pocas semanas después del deceso de sir Fulham, Ribaldo Alberighi había sido capturado por los agentes de Fouché en el mesón “Paja y Heno” de Calais, llevado a París y torturado hasta su muerte.

Blackraven no podía rememorar aquel suceso sin una profunda amargura. Se achacaba haber descuidado a uno de sus compañeros, pensaba que lo había defraudado. Las dudas lo atormentaban, y no ser capaz de determinar de dónde había surgido el golpe traidor le quitaba el sueño. Al culparse por la muerte de Ribaldo, se obsesionó con el destino de los cuatro espías sobrevivientes y los demás agentes a su servicio. Decidió retraerse en las sombras y esperar, aunque bien sabía él que a sus colaboradores les urgía volver al circuito de espionaje europeo; sólo allí se sentían plenos.

—¿Cómo sabes que lord Bartleby quiere al Escorpión Negro?

—Bodrugan me lo dijo.

—¿Estuviste con Amy?

—Sí, en Ceilán. Ella también está buscándote. Me dijo que de allí partiría hacia tu propiedad en Antigua.

Blackraven asintió y caminó hacia la puerta.

—¿Qué decides? —lo detuvo Távora—. ¿Volveremos a trabajar para Whitehall?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no confío en Bartleby.

Capítulo II

En tanto salían del hotel rumbo al barrio de São Cristóvão, Blackraven y sus primos, Marie y Luis Carlos, seguidos de la mulequilla Anita y de Rata, se toparon en el vestíbulo con el matrimonio de Ibar. La baronesa tomó la palabra y les informó que, desde ese día, se alojarían en el Faria-Lima.

—Apenas arribados, tratamos de conseguir habitaciones en este hotel —manifestó—, pero recién hoy nos avisan que se desocupan dos en el segundo piso. El Hotel Imperial no ofrece las comodidades a las que estoy acostumbrada —adujo.

Marie advirtió que Blackraven guardaba silencio con actitud impaciente.

—Es una agradable novedad saber que vosotros contáis entre los huéspedes del hotel —manifestó Luis—. ¿Os veremos esta tarde en casa de la señora Barros?

—Así será —intervino el barón—. Ahora os dejamos continuar con vuestros asuntos. Disculpad la interrupción.

Se despidieron practicando inclinaciones y reverencias, y cada grupo siguió su camino. En el coche, Marie tomó del brazo a su primo y le dio un golpe suave de abanico en la mano.

—¿Qué piensas hacer con ese crío? —y señaló hacia el pescante, donde Rata se había acomodado junto al cochero y a Anita—. ¿De dónde lo sacaste? Luce tan golpeado.

—Anoche lo encontré en la calle y decidí tomarlo bajo mi protección.

—Veo que la influencia de miss Melody ha hecho mella en tu corazón —afirmó Marie, risueña, y un vistazo de su hermano le opacó el gesto.

Desde la salida de Buenos Aires, un acuerdo tácito se había establecido entre ellos: no se mencionaría a Isaura, o a miss Melody, así conocida por la mayoría. De igual modo, la declaración de Marie había sido el fruto espontáneo de la sorpresa ante la conducta del conde de Stoneville, más propia de su joven esposa, protectora de los esclavos de Buenos Aires, que de un hombre como él.

—Marie —dijo Blackraven—, con respecto al niño, quería pedirte si puedes llevarlo contigo y comprarle algunas ropas. Está prácticamente desnudo. Esa camisa y ese pantalón pertenecen al hijo de una sirvienta del hotel.

—Por supuesto, querido —contestó, mientras recibía los cruzados que Blackraven depositaba en su mano enguantada.

La casa en el barrio de São Cristóvão necesitaba algunas refacciones. Contaban a su favor el buen tamaño, paredes sólidas, ventanas enrejadas y altas paredes con vidrio picado en torno al predio. Blackraven acabó por rentarla al descubrir el brillo en los ojos celestes de Marie ante un jardín con invernadero en la parte trasera.

—Aquí ocuparé la mayor parte de mi tiempo —manifestó, con un entusiasmo que no había mostrado desde hacía meses, desde el engaño de su festejante, William

Traver, en realidad, un espía francés, Le Libertin—. En este clima tan benévolo —aseguró—, mi jardín se convertirá en un paraíso similar al de mi madre en Versalles.

—La reina María Antonieta disponía de los mejores jardineros de la Europa y recibía esquejes de las plantas más exóticas. Dudo de que puedas alcanzar el nivel de sus jardines —la acicateó Blackraven.

—Aguarda y verás —lo desafió Marie—. Anita y yo haremos de este sitio un vergel. ¿Verdad que sí, Anita?

—Sí, ama Marie.

Más tarde, mientras sus primos se ocupaban de vestir a Rata, Blackraven se dirigió al puerto a visitar sus barcos.

—Lo invito a almorzar —le dijo a Gabriel Malagrida, capitán del *Sonzogno*—. La cantina del Faria-Lima es de las mejores de la ciudad, con una buena variedad de vinos.

Gabriel Malagrida, de unos sesenta y cinco años, llevaba el cabello corto, cano por completo, y usaba un bigote delgado y largo, al que solía atusarle las puntas con aire ausente. Casi tan alto como Blackraven, soberbio en su chaqueta de nanquín de solapas bien recortadas y fular de seda blanca, su prestancia infundía admiración. Tenía una enérgica pisada, y el tacón de sus botas resonaba en las maderas de cubierta. En batalla, gritaba las órdenes con voz fiera y ronca, endurecido el gesto que arredraba. Por lo demás, se mostraba distendido y afable, actitud más acorde con su calidad de cura que de corsario. Gabriel Malagrida era un jesuita.

Acusados de inducir el motín de Esquilache, los miembros de la Compañía de Jesús o *Societas Iesu* —los de la España y los de ultramar— fueron expulsados a principios de 1767 por orden de Carlos III. Pese a que en el 64 también los habían echado de la Francia y sin tomar en consideración la invitación de Catalina la Grande, Malagrida cruzó los Pirineos y enfiló hacia Estrasburgo, en cuya prestigiosa Escuela Militar había estudiado hasta los dieciséis años, edad en que se decidió por los hábitos. Gracias a su talento con el florete, a su perfecto griego y latín y a sus vastos conocimientos de historia y geografía, Jean-Paul Fressac, su viejo profesor de esgrima, le consiguió un puesto de dómine. Allí conoció al cadete Roger Blackraven, hijo ilegítimo del poderoso duque de Guermeaux. Malagrida enseguida alquitaró la magnífica esencia de aquel muchacho, que, pese a sus aptitudes para la vida militar, un día del mismo año en que estalló la Revolución en la Francia, se fugó. Volvió a verlo cinco años más tarde en París, durante la época del Terror, y le costó reconocerlo debido a su tamaño, a su cabello largo y a su piel bronceada.

Para aquel entonces, la vida de Malagrida había cambiado de modo drástico. Perdido su empleo en la Escuela Militar meses después de la toma de la Bastilla, marchó hacia París donde comenzó a trabajar para un hombre que terminó como diputado de la Convención por el partido de los girondinos. En 1793, cuando los

jacobinos se hicieron con el poder, y Robespierre, a cargo del Comité de Salvación Pública, declaró: “El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa, inflexible”, Malagrida supo que sus días y los de su jefe estaban contados. Una noche, a principios de 1794, allanaron su apartamento y, tras incautar documentos y cartas destinados a los girondinos de Caen, lo encarcelaron en la prisión de la *Conciergerie*, conocida como “la antecámara de la muerte”.

Blackraven lo encontró por obra del azar mientras averiguaba el paradero de su madre, una cortesana famosa por su amistad con la reina María Antonieta. Se había hecho de los listados de prisioneros de las cárceles de París, y si bien no halló el nombre de Isabella di Bravante, se topó con el de su dómine de la Escuela Militar de Estrasburgo, Gabriel Malagrida.

Para el joven Blackraven, el profesor Malagrida fue una sorpresa. Convencido de la naturaleza dura y déspota de los maestros —su preceptor de Cornwall, Mr. Simmons, echaba mano de la férula a menudo—, en un principio desconfió, incluso se incomodó, ante el buen carácter, la risotada fácil y el desenfado de ese hombre, que expresaba como verdades conceptos que el Santo Oficio habría juzgado heréticos. Se animaba a criticar la conducta de los reyes, a asegurar que un plebeyo tenía los mismos derechos que un noble y que las mujeres eran mejores que los varones. A Roger le gustaban su firmeza benevolente, su compasión y ese extraordinario talento para enseñar; esperaba con entusiasmo la clase de latín. Gran admirador de Cayo Julio César, Malagrida pronunciaba su frase *Alea jacta est* —la suerte está echada— antes de comenzar un examen, palabras que, de modo paradójico, lo serenaban. De igual manera, la devoción por su dómine nació el día en que éste mintió y arriesgó su puesto por él.

El rector de la academia había convocado a Malagrida a su despacho para discutir sobre la nueva cátedra de griego que pensaba ofrecerle. Malagrida, en su severo traje de dómine, con un cartapacio sobre las rodillas, esperaba sentado en la antesala. El amanuense no se veía por ningún sitio. Los sonidos provenientes del despacho lo alertaron de que el rector no se hallaba solo, con su asistente tal vez; imposible identificar lo que decían. Pasaron escasos minutos, y una voz femenina se elevó, algo turbada.

—Al menos permítame verlo aquí, en su despacho, sólo un momento.

Resultaba poco natural imaginar a una mujer en aquel recinto; que se animase a levantar el tono al superior de la Escuela Militar podía juzgarse como una necesidad. El rector masculló unas palabras ininteligibles.

—¡Yo soy su madre! —insistió la mujer.

—¡Y el duque de Guermeaux su padre! —y por el ruido disonante que siguió, Malagrida dedujo que el rector se había puesto de pie con un movimiento brusco.

“Duque de Guermeaux”, repitió para sí. “El padre del aspirante Roger

Blackraven”.

—No me comprometa, señora, el propio duque estipuló que la única visita que su hijo puede recibir es la de su gracia.

—Señor Barère —probó la mujer con un tono conciliador aunque no menos firme—, entiéndame. He viajado desde Versalles para ver a mi hijo por un momento. Si no puedo hacerlo dentro del ámbito de esta academia, al menos escóltelo hasta el hotel donde me hospedo. Estoy en *Le Régent Hotel*.

—Su gracia estipuló también —explicó el superior de la escuela— que su hijo sólo podría abandonar el predio de la academia con él.

—¿Es acaso mi hijo un prisionero de este lugar?

—¡Señora! —se ofendió el rector—. Su hijo no es un prisionero. Pero es menor de edad y soy responsable de él ante su padre, el duque de Guermeaux.

La puerta se abrió de golpe, dando paso a una mujer que hizo saltar del asiento a Malagrída. Sus miradas se cruzaron un segundo antes de que la señora siguiese su rápida marcha hacia la salida. La belleza de sus rasgos lo dejó boquiabierto, allí de pie, en la antesala, sin caer en la cuenta de que el rector lo llamaba.

Al día siguiente, después de la clase de latín, mientras los alumnos abandonaban el salón, Malagrída le indicó al aspirante Blackraven que lo esperaba a las cinco de la tarde en sus habitaciones para que lo ayudase con la traducción de un capítulo de las *Géorgicas* de Virgilio. Halagado por la invitación, el joven Roger no advirtió lo inusual de la misma. Caminó a largas zancadas, y con el diccionario de latín bajo el brazo, hacia el ala donde vivían los profesores. Llamó a la puerta.

—Pasa, Blackraven —dijo Malagrída, y se hizo a un lado.

Allí, en medio de una pequeña estancia atiborrada de libros y muebles, se topó con una hermosa mujer parecida a su madre. Sin apartar la vista de ella, siguió entrando, hasta que soltó el diccionario y corrió a los brazos de Isabella cuando ésta exclamó “mi querido Alejandro”. Entre lágrimas, Isabella le explicó la situación a un confundido Roger, que alternaba sus grandes ojos azules entre su madre y el dómine. También se hallaba Michela, la nodriza de Isabella di Bravante, que besó y llamó “*mio bambino*” al muchacho, sin importar que le llevase más de una cabeza.

—Tu tío Bruce me avisó que estabas estudiando aquí y, apenas pude deshacerme de mis compromisos en Versalles, viajé para verte. Ayer me presenté con el señor Barère, quien me explicó que sólo tu padre puede visitarte, nadie más. Ocurrió la fortuna que el señor Malagrída estuviese allí mientras yo hablaba con el rector. Me envió una nota a mi hotel. Debí hacerme ingresar de incógnito, pues el señor Barère ha dado órdenes de que no se me permita el acceso. Siempre le estarás muy agradecido a tu profesor Malagrída, Alejandro, pues ha arriesgado todo para propiciar este encuentro. Debo regresar pasado mañana a Versalles pues tu madrina me requiere para organizar los festejos por su próximo natalicio, el 2 de noviembre.

—Madre, ¿por qué no le pides a mi padrino que le ordene al señor Barère que te permita visitarme cuantas veces quieras? Él es el rey de este país, él puede hacer lo que quiera. Al señor Barère sólo le quedará obedecer. El duque de Guermeaux no podrá con una orden de Luis XVI.

—No lo deseo, hijo mío —explicó Isabella—, en primer lugar porque no quiero importunar a tu padrino con cuestiones menores; Dios sabe que ya tiene demasiados problemas. Por otra parte, no predispondré a tu padre en tu contra. Si se conculca una de sus órdenes, temo que tome represalias contigo.

Ese día la entrevista duró hasta que un campanazo le anunció al joven Roger la hora de la cena; si no se presentaba en el comedor para la revista lo castigarían con dureza. Volvió a ver a Isabella y a Michela una vez más, al día siguiente, en las habitaciones de Malagrida, donde lo llenaron de obsequios, mayormente golosinas, panes dulces, chocolates y frascos con conservas y confituras. Para el dómine, Michela había preparado una espuerta igual de surtida.

Se trató de una de las tardes más felices de Roger. Malagrida y su madre se parecían, con ese desenfado propio de las mentes libres. Rieron y comieron pan con nueces y chocolate caliente, y, aunque madre e hijo no hablaron de un modo abierto, ambos sabían que, sin la presencia del maestro de latín, aquel encuentro no habría resultado tan encantador.

—Algún día —expresó Blackraven en aquella voz disonante que por momentos tomaba matices profundos y graves— le pagaré lo que usía ha hecho por mi madre y por mí —y extendió la mano al dómine, que se la apretó con firmeza.

De esto se acordó Blackraven cuando, en tanto repasaba los listados de prisioneros de la *Conciergerie* buscando el nombre de su madre, se topó con el de Gabriel Malagrida. “El plan que montó Roger para sacarme de ese infierno podría calificarse de suicida de haber sido llevado a cabo por otro mortal”, afirmaba el jesuita al relatar la proeza que le salvó la vida.

Una tarde lo alertaron con un mensaje escrito en latín, sin firma y entregado por una empleada de la limpieza, que se lo pasó entre el enrejado de la *Côte des Douze*, un recinto donde los prisioneros gozaban de cierta libertad, adyacente al jardín. “*Tempus promissi mei solvendi advenit. Accinge te, in duabus diebus illinc te educam. Alea jacta est*” (El tiempo de cumplir mi promesa ha llegado. Prepárese, en dos días lo sacaré de allí. La suerte está echada). Una vez leído, a falta de fuego para quemarlo, Malagrida se lo tragó.

La noche de la fuga, Roger Blackraven se presentó en la oficina de los guardias de la *Conciergerie* con un salvoconducto falso a nombre de Georges-Jacques Rinaud firmado por Jean Grandpré, supervisor de las cárceles de París. Solicitó ser conducido a la celda del prisionero número 307; adujo que venía con un encargo del propio Grandpré. Cierta inquietud asoló a los guardias a causa de la hora. El superior,

después de echar otro vistazo al salvoconducto, ordenó que se lo palpase de armas; sólo hallaron una petaca en el interno de su chaqueta. Blackraven sonrió y la extendió hacia el jefe.

—No, gracias, ciudadano. No bebo en servicio. Malreaux —se dirigió a uno de los subordinados—, acompaña al ciudadano Rinaud a la celda del 307 —y le pasó una llave.

Malreaux serviría a los propósitos del plan, pensó Blackraven, en tanto desplegaba en su mente el mapa de la *Conciergerie* y memorizaba el itinerario, optimista pues el guardia lo conducía por los caminos previstos. Antes de acceder al recinto de los calabozos de hombres, cruzaron tres portones de rejas vigilados por un centinela; cada uno abrió con su propia llave. Como Blackraven había supuesto, Malreaux no lo acompañó dentro de la celda y echó el cerrojo tras él.

Malagrida, alertado por el mensaje, se puso de pie, despierto y expectante. Aguzó la mirada en la penumbra y susurró:

—¿Quién eres?

—Soy Roger Blackraven, su pupilo de la Escuela de Estrasburgo.

Malagrida avanzó dos pasos y se plantó frente a aquel hombre oscuro y alto para estudiarlo en silencio.

—Has cambiado, muchacho.

—Lo sé —dijo Blackraven—. Profesor, escúcheme —y puso una bota sobre la cuja y se retiró el pantalón, desnudando la pantorrilla: atada con un tiento, llevaba una ampolleta en la corva—. Tendrá que beber este revulsivo de modo que le provoque un vómito para conseguir que el guardia entre y se distraiga.

—Puedo simular una descompostura sin necesidad de revulsivos —propuso el jesuita—. Podría echarme al suelo y lamentarme.

—No son tan tontos —alegó Blackraven—. Entrará si ve que algo grave ocurre.

Ante las imprecaciones de Blackraven, que se sacudía las mangas y las solapas de la chaqueta mientras Malagrida vomitaba, Malreaux espío por el ventanuco de la puerta y de inmediato entró preguntando qué chantage ocurría. Cayó inconsciente cuando un potente brazo se descargó sobre su nuca. Blackraven le ofreció su pañuelo a Malagrida y le alcanzó la petaca con el cordial para reanimarlo. Se ocupó de deshacer al guardia de su uniforme.

—Vamos, póngaselo. Hemos tenido suerte y es más o menos de su talla. El guardia vestirá sus ropas.

—El pantalón me va corto.

—No lo notarán.

Blackraven y Malagrida, con el uniforme y el fusil en bandolera, caminaron hacia el primer portón. Malagrida reía mientras Blackraven le contaba un chiste de gironinos. Pasaron aprisa, evitando la mirada del guardia, aprovechando la poca luz.

En el segundo portón, el guardia preguntó, desde el otro lado, qué había ocurrido con Malreaux. Se aproximaron con actitud afable, y Malagrida balbuceó unas palabras a modo de explicación. Blackraven no corrió riesgos: con la velocidad de una serpiente, pasó el brazo entre los barrotes, tomó al guardia por el cuello y le aplastó la cara contra las rejas. Usaron el fusil de Malreaux para alcanzar la llave colgada en la pared.

—Deprisa —urgió Blackraven—. La ronda lo encontrará inconsciente y dará la voz de alerta. Debemos sortear el tercer portón antes de que esto ocurra. Escuché que llamaban François” a este guardia.

François dormitaba en una silla.

—¡Arriba, François! —lo increpó Malagrida—. El ciudadano Rinaud lleva prisa.

—¡Por aquí! —instó Blackraven a Malagrida, ya fuera del alcance del guardia.

Los favorecía que de noche no pulularan los centinelas por las galerías. Corrieron hasta abandonar el sector de los presidiarios, conocido como Pabellón de la Guardia, y, a pasos de terminar de cruzar los jardines, escucharon gritos y voces de alerta: la ronda había descubierto la fuga. Al llegar a la *Côte des Douze*, Malagrida divisó dos cuerdas que bajaban por el alto tapial lindante con el externo de la prisión.

—¡Muchacho, mira!

—Las puso mi gente —explicó Blackraven—, para despistar —añadió, y se quitó la bota de donde extrajo una llave con la que franqueó una cancela que los introdujo en el sector de mujeres.

Las correrías y los gritos continuaban entre los guardias, y debieron ocultarse varias veces antes de alcanzar una especie de refectorio donde los aguardaba Elodie, la empleada de la limpieza que dos días atrás había entregado el mensaje en latín a Malagrida.

—¡Daos prisa! —los urgía entre dientes—. Hace media hora que terminó mi turno. Si me encuentran aquí, sospecharán. —Abrió una puerta y dijo—: Tened cuidado, la escalera que conduce al sótano está en malas condiciones.

—¿Has dejado abierta la ventana? —quiso asegurarse Blackraven.

—Sí, sí —afirmó la muchacha, y les entregó una bujía a cada uno—. Allí dejé la ropa para su merced. Apilé unos cajones para que podáis llegar hasta la ventana.

La puerta se cerró tras ellos con llave. Permanecieron en silencio en lo alto de la escalera, su respiración fatigosa y los zuecos de Elodie sobre el empedrado como únicos sonidos. Le siguió un estruendo de órdenes vociferadas y el bullicio de la tropa, y la calma se perdió. Malagrida dio un respingo ante el típico chasquido de la yesca.

—Extienda su bujía —pidió Blackraven—, la encenderé —y aproximó el yesquero al pabilo—. Con cuidado —recordó, mientras descendían los escalones.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Malagrida.

—El sótano donde guardan los avíos de la limpieza. Tiene una ventana oblonga cerca del techo que da al nivel de la calleja trasera. Debemos darnos prisa.

Se congelaron al escuchar que alguien probaba la puerta, agitando la falleba con insistencia.

—Deja eso, André. —La voz amortiguada sonó imperiosa—. ¿No ves que está cerrada por fuera? Debieron de escapar por el jardín, trepando la tapia por esas cuerdas.

—Esas cuerdas estaban ahí para despistarnos —señaló André—. Si realmente las hubieran usado para sortear la tapia, deberían haber colgado por el lado de afuera. De lo contrario me pregunto cómo hicieron para alcanzar la parte externa.

—Habrán saltado —sugirió su compañero, de mal modo.

—¿Una pared de tres metros?

—¡Ya no fastidies! De lo que sí podemos estar seguros es de que no se encuentran en este sótano.

Los soldados se alejaron. Malagrida soltó el respiro y se tambaleó.

—Profesor —se inquietó Blackraven—, ¿se siente bien?

—Sí, sí, muchacho, bien, bien. Vamos, dame la ropa que debo ponerme.

Los cajones de madera crujieron bajo el peso de Blackraven, que entreabrió la ventana, más bien una lucerna, para echar un vistazo fuera. Malagrida se preguntó cómo pasarían por allí. Blackraven metió la cabeza con un movimiento ágil antes de que varias botas de soldados pasaran corriendo.

—Han rodeado el edificio —anunció.

—¿Qué haremos?

—Esperaremos a que despejen la zona. Siéntese sobre este cajón y descanse.

Malagrida no supo cuánto tiempo transcurrió, quizá sólo quince minutos, pero para él fueron horas. Le temblaban las manos, no lograba acompasar el aliento y estaba seguro de que, una vez en pie, sus rodillas cederían. Blackraven le pasó la petaca y lo instó a beber el cordial a sorbos pequeños.

—Usted saldrá primero.

—Está bien —aceptó el jesuita.

La faena los dejó agotados, en especial a Malagrida, que tomó a Blackraven por los brazos y tiró de él para ayudarlo a pasar por la lucerna. Aún debían correr, los caballos los esperaban a unas cuerdas.

—¡Alto! ¡Deteneos! —La orden del guardia rebotó en los muros del oscuro pasaje.

La explosión del fusil los apremió calle abajo. No miraron hacia atrás, se limitaron a correr por la calle paralela al río, con un retén tras ellos. Cruzaron el Sena por el puente Saint Michel, expuestos a los tiros disparados rodilla en tierra desde la *Île de la Cité*. Escuchaban los silbidos de las balas que casi rozaban sus cuerpos. Una

vez fuera de la isla, intentaron eludirse por callejas vacías y oscuras hasta la Plaza Saint André des Arts.

—¡Capitán Black! —exclamó un hombre al verlos doblar la esquina.

—¡Deprisa, Milton! ¡Nos persiguen!

Antes de saltar a sus monturas, Milton y Blackraven ayudaron a Malagrida a subir al caballo. Azuzaron a los animales con gritos y fustas y se precipitaron a todo galope hacia la rue du Bac, a la sede de la embajada sueca, donde pasaron la noche reconfortados por una cena y un baño.

—¿Cómo me has conseguido este pasaporte sueco?

—Con los auspicios de mi amiga, madame de Staël, que lo gestionó desde Suiza. Su esposo es el embajador de Suecia.

—Sí, sí, lo sé. Veo, querido muchacho —señaló Malagrida, con ironía—, que tus conexiones e influencias no conocen límites.

—Claro que conocen límites —y le contó que el año anterior no había podido salvar de esa misma prisión, la *Conciergerie*, a su madrina, la reina María Antonieta—. Después del intento fallido de rescatarla por parte de Gonsse de Rougeville, la vigilancia en torno a ella se ciñó aún más.

—Se dice —acotó Malagrida— que vivía con los guardias en su celda, separada de ellos tan sólo por un biombo.

—No habría podido salvarla. Habría sido un suicidio —manifestó Blackraven, con evidente vergüenza y pesar—. Pero salvaré a sus hijos, a cualquier costo, salvaré a Madame Royale y al rey Luis XVII de las garras de estos desquiciados. Al menos le debo eso a su madre.

—No será fácil —comentó Malagrida.

Abandonaron la embajada sueca a plena luz del día, con peluca empolvada y ricos atavíos. A pesar de la custodia montada en todas las puertas de la ciudad, el soldado que controló sus documentos no mostró atisbo de duda al indicar al cochero que continuase. Llegaron a Calais sin contratiempos, y recién en el barco, en medio del Canal de la Mancha, Malagrida se sintió a salvo. Abrazó a Blackraven y le agradeció con efusión.

—Te debo la vida, muchacho. Nunca viviré lo suficiente para pagarte lo que has hecho por mí. Eres una persona de gran nobleza.

—No pensará lo mismo —objetó Blackraven— cuando le diga que me he convertido en un pirata y mercader de esclavos.

Malagrida pasó a formar parte de la tripulación del capitán Black, como lo apodaban sus hombres, y en todo procedía como un filibustero, a excepción del momento en que celebraba misa en el pañol de los bastimentos.

Pasaban una temporada entre las costas del África y los puertos americanos, comerciando africanos y asaltando naves, y el resto del tiempo en la Francia

revolucionaria. Parte de los botines se destinaba a sobornar funcionarios, comprar documentación falsa, pagar a cómplices, adquirir armas, pergeñar planes. La costumbre de Blackraven de firmar sus mensajes cifrados con su anillo del escorpión sobre un lacre endrino que le preparaba Schegel, un marinero alemán con espíritu de alquimista, le granjeó el nombre de *Escorpión Negro*, un contrarrevolucionario aborrecido por las autoridades francesas, quienes no se animaban a aventurar el número de traidores salvados de la guillotina a manos del escurridizo espía.

En un principio se pensó que era inglés, pero el testimonio de quienes aseguraban haber oído su voz, lo tenía por francés; otros se oponían diciendo que se trataba de un romaní, su aspecto lo delataba, y así se mandaron requisar las comunidades de gitanos que trashumaban de región en región. En los arrabales de París, se multiplicaron las leyendas acerca del Escorpión Negro, algunas con ribetes de historias mitológicas.

Las autoridades creyeron que, pasada la época del Terror y del Gran Terror, las cazurrerías del villano sin nación ni rostro, terminarían. Se equivocaron: persistió en sus hazañas, colaborando con los países aliados para vencer primero a quienes tergiversaban el sentido de la Revolución y tiempo después a Bonaparte. Con el correr de los años, el Escorpión Negro se convirtió en uno de los enemigos más buscados del Estado francés, aunque ya no lo querían muerto sino vivo. Deseaban que trabajara para la gloria de la Francia.

El almuerzo con Malagrida en el Faria-Lima terminó de modo abrupto cuando Blackraven recordó que en media hora concurriría, junto con sus primos, a casa de la señora Barros. Acompañó al jesuita al vestíbulo del hotel y le encargó a un botones que consiguiera un coche o una silla de manos. Malagrida se mostró extrañado cuando Blackraven le expuso que tenía planeado volver al Río de la Plata en el *Sonzogno*.

—¿Cuándo? —se interesó.

—Aún no lo sé.

—¿Y qué has decidido para el *White Hawk*?

—Saldrá de corso en breve, apenas termine de estibar el matalotaje. Hemos sabido de unos barcos holandeses cargados de mercancías que se dirigen hacia Timor. Flaherty —Blackraven hablaba del capitán del *White Hawk*— los interceptará antes del Cabo de Buena Esperanza.

—¿Y dónde está tu bravo hereje? —preguntó de pronto; el mote de “bravo hereje” le cabía a Somar, el asistente turco de Blackraven.

—Se quedó en el Río de la Plata. —Malagrida lo contempló en silencio—. Lo dejé a cargo de un asunto que no le habría confiado a ningún otro.

—Me pregunto qué asunto será ése para que hayas consentido separarte de tu

lacayo más fiel.

La tertulia en casa de la señora Barros se desarrolló en un ambiente agradable. A pesar del fastidio inicial de Blackraven, el barón João Nivaldo de Ibar se reveló como una agradable compañía, de maneras llanas y apacibles; su cultivada conversación los mantuvo enfrascados por el tiempo que duró el sarao. De extracción fisiócrata al igual que Blackraven, se dedicaba al estudio de nuevas técnicas para favorecer los cultivos y preservarlos de pestes y plagas. Viajaba por el mundo recolectando información y calificando nuevas especies de los reinos vegetal y animal, y acompañaba sus anotaciones con dibujos pues era hábil con la carbonilla.

Blackraven le expuso sus inquietudes acerca de la polilla del cuero, que ocasionaba cuantiosas pérdidas a las curtiembres en el Río de la Plata, y de la chinche y de la roya en el cultivo del trigo y el maíz; mencionó también sus olivares, que abastecían al lagar de su propiedad “El Retiro”, y el barón de Ibar lo previno de las enfermedades más extendidas en la España y en el Portugal, la aceituna jabonosa, el escudete y la cochinilla de la tizne, aunque aceptó desconocer si éstas infectaban los cultivos de los territorios ultramarinos.

—Mi señora esposa y yo viajaremos al Río de la Plata en pocas semanas —anunció de Ibar—. Allí nos espera mi colega, el naturalista Tadeo Haenke. Estoy muy interesado en el estudio de esas tierras, pues Haenke me ha hablado de ella en los términos más encomiosos.

—Podrán hospedarse en mi casa —ofreció Blackraven—, el tiempo que gusten.

—Su excelencia es magnánimo de verdad, pero no deseo incomodarlo.

—No me incomodará —insistió—. Soy conocido por tener mesa franca. Por otra parte, aprovecharé sus conocimientos para aplicarlos a mis negocios. Ya ve —agregó, con una sonrisa bribona—, mi invitación no carece de un interés personal.

—Será un placer visitar sus plantaciones y su curtiembre —aseguró de Ibar, y levantó la copa.

Blackraven levantó la suya, consciente de la mirada con que la baronesa Ágata lo favorecía desde otro sector del salón; en rigor, no había cesado de mirarlo en toda la tertulia.

De vuelta en el hotel, cansado y algo borracho, Blackraven pensó que el día había terminado cuando escuchó un llamado a su puerta. Era Aunque joven —acaba de cumplir veintiún años—, de carácter tranquilo y facciones de querubín, Luis XVII mostraba en su templanza y firmeza los rasgos que se suponían propios de un descendiente en línea directa de Luis XIV, el Rey Sol.

El muchacho prefirió no tomar asiento y, llevando un poco la cabeza hacia atrás para fijar sus ojos claros en los de su primo, le anunció que no deseaba jamás ser rey

de la Francia. La confesión, inopinada y enérgica, despabiló a Blackraven, que, a continuación de soltar una interjección, apoyó ambas manos en los hombros de Luis Carlos.

—¿Estás seguro de querer renunciar al trono de tu país? Por derecho, te pertenece.

El joven interpuso razones que, resultaba obvio, meditaba desde hacía tiempo. En primer lugar, dijo, no albergaba buenos recuerdos ni de la Francia ni de su pueblo, a quien calificó de “regicida”.

—Mis padres eran indulgentes, y lo es mi hermana —admitió—, aunque no sé si en mí prevalece esa virtud, pues desde hace años que rememoro con mucho encono las bajezas a las que nos humillaron. No consigo olvidar esos últimos años en el Temple ni el documento que Hébert me obligó a redactar y a firmar, el documento donde acusaba a mi madre del crimen más nefando del que puede acusarse a una mujer honesta, el documento que, finalmente, la condujo a esa muerte denigrante.

—Eso no es verdad, nadie creyó que tu madre hubiese abusado de ti. Es más, después de aquel episodio, donde la reina se defendió con tanta gallardía y dignidad, muchas manos que antes se levantaban para condenarla, se elevaron para salvarla.

—Oh, Dios —suspiró Luis, como si hubiese hecho caso omiso del discurso de su primo—, mi madre, mi adorada madre guillotizada como una criminal.

—No olvides las palabras de Corneille —dijo Blackraven—: *El crimen, no el patíbulo, deshonra*.

—Igual da, Roger. Mi madre murió, y sobre mi conciencia queda haberle causado esa última amargura antes de enfrentar tan horrible final.

—Tu madre te perdonó en su carta de despedida; dijo saber que no habías sido tú el autor de ese documento.

—Le fallé —se empecinó el joven rey—. No puedo gobernar a un pueblo por el que guardo tanto rencor. Quizá los años mitiguen este negro sentimiento, pero ahora eso parece imposible. Por otra parte, nadie me ha preparado para ser un buen monarca; bien sabes que desde temprana edad me encerraron en una prisión donde los revolucionarios se empecinaron en pervertirme, en convertirme en un *sans-culotte*; me emborrachaban con apenas ocho años, me enseñaban palabras y cánticos soeces, me iniciaron en el juego y las apuestas, y me contaban historias acerca de mis padres que, por momentos, me llevaban a odiarlos; luego comprendía las intenciones de esos malvados y lloraba amargamente. Sólo madame Simon, esposa de mi guardián, mostró compasión por mí, pero ella poco podía hacer frente a Hébert, a Chaumette y a los demás. Aquello ocurrió, Roger, ocurrió de veras y marcó una honda huella en mi espíritu.

—¿Cómo se produjo la sustitución por el niño escrofuloso?

—La primera medida que tomaron Hébert y Chaumette fue despedir a mi

preceptor Simon y a su esposa y cambiar a los guardias. No transcurrió un día desde ese evento que comenzaron a llegar a mi celda cerrajeros, vidrieros, fumistas, albañiles y demás para modificar por completo la fisonomía del sitio. Terminadas las obras, yo había quedado aislado en una habitación pequeña, con un solo ventanuco por donde apenas asomaba el cielo. Ni siquiera entraban para darme la comida sino que la introducían por un orificio donde yo, a su vez, dejaba la escudilla y el orinal. No contaba con agua para asearme, no salía al jardín, no hablaba con nadie, nadie podía hablar conmigo. Vivía como un perro.

—Oh, por Dios —se lamentó Blackraven, a pesar de sí.

—Necesitaban aislarme para llevar a cabo la sustitución sin riesgos.

—¿Por qué Hébert y Chaumette decidieron sustituirte?

—No lo sé —admitió Luis—. Supongo que consideraron que podrían, de algún modo, sacar un provecho económico, pidiendo dinero a mi tío, el conde de Provence, o a mi primo Francisco de Austria. Quizás avizoraban alguna conveniencia política.

—¿Qué ocurrió una vez que te sacaron del Temple?

—Me llevaron a la campaña, donde me consignaron a un matrimonio sin hijos, los Désoite, de buena posición, que me recibieron sin saber quién era yo. Me llamaban Pierre. Veintitrés días más tarde de sacarme del Temple, Hébert y Chaumette cayeron víctimas de la guillotina, y el secreto de mi sustitución se fue con ellos a la tumba.

—No, lo confesaron antes de morir. De ese modo, años más tarde, yo pude encontrarte. Es cierto que no dijeron adónde te habían conducido, pero sí admitieron haberte sustituido por un niño enfermo, mayor que tú.

Luis Carlos asintió y bajó la vista. Como no deseaba seguir con ese penoso tema, Blackraven pronunció, en tono menos lúgubre:

—Me dijiste que la familia que te recogió te brindó una buena educación. Eres un hombre preparado, dotado de una inteligencia excepcional; mejoraremos tus conocimientos académicos y políticos para afianzar tu seguridad en ti mismo.

—Si tú, Roger, el único que ha mostrado sincera benevolencia y cariño por mi hermana y por mí, me dijeras que *necesitas* que yo ocupe mi lugar como rey de la Francia puesto que de eso dependen ciertos intereses que te son caros, yo lo haría, por el gran afecto y agradecimiento que siento por ti. Ésa sería la única razón, ninguna otra.

—¿Acaso piensas que te protejo, a ti y a tu hermana, buscando beneficiarme de algún modo? —se pasmó más que enfadarse Blackraven.

—En absoluto —fue la simple y tajante respuesta del muchacho—. Sólo digo que, si mi vuelta al trono pudiese beneficiarte, yo estaría dispuesto a hacerlo. De lo contrario, no lo haría, pues ocupar el lugar de mi padre sería ocupar una posición ajena a mis aptitudes.

—Para mí, tú y Marie sois como mis hermanos, y habría hecho cualquier cosa por ahorraros tantas penurias. Nada quiero a cambio. Si deseas renunciar al trono de la Francia sin presentar batalla, si ésa es tu voluntad, así será.

Blackraven se movió hasta un mueble con bebidas espirituosas y escanció brandy en dos vasos. Le extendió uno a su primo.

—¿Cómo sabes que soy el verdadero hijo de Luis XVI?

Blackraven se quedó perplejo ante la pregunta y alejó de sus labios el vaso del que estaba a punto de beber.

—Llegué hasta ti después de buscarte por años. Al principio, allá por el 93, no contaba con la red de agentes y espías de la que me serví con el tiempo. La de tu búsqueda es una larga historia, Luis, y hasta llegué a creer que realmente habías muerto, pues los dos muchachos que podrían haber llegado a ser Luis XVII pronto demostraron que mentían. La primera en darme esperanzas de que no habías muerto, al menos no en el Temple, fue la mujer de Simon, tu guardián, a la que visité en un hospicio. Ella me puso en la primera pista certera, la que me guió hasta ti. —Con una mirada penetrante, Blackraven afirmó—: Sé que eres Luis XVII, sobre todo, porque Marie lo ratificó.

—Sí, Marie lo ratificó, pero, ¿cómo harías para probar mi identidad frente a los demás? Nadie sabe que la verdadera Marie está contigo. Piensan que esa sustituta, la que ahora vive con mi tío, es la verdadera Madame Royale, por lo tanto, no puedes interponer su testimonio como bueno.

—Tu mancha de nacimiento, ésa en tu antebrazo, con forma de flor de lis, por la cual te reconoció Marie —tentó Blackraven.

—Pocos sabían de su existencia: mis padres, mi nodriza, mi aya, mi tía Elizabeth. Todos muertos.

—Si quisieras revelarle al mundo quién eres, buscaríamos la forma de probarlo. No será fácil, lo sé, pero tampoco imposible. Podríamos recurrir al gobierno británico, pues ellos estaban interesados en encontrarte, y ése sería un poderoso aliado.

Luis Carlos sacó del bolsillo de su chaqueta un canuto de metal similar al que usaban las mujeres para guardar el abanico. Le quitó la tapa y lo dio vuelta sobre su mano, donde cayó un rollo de papel basto.

—Quiero que conserves este documento.

Blackraven tomó el pergamino y lo desplegó; a medida que avanzaba en sus párrafos, la sorpresa lo demudaba.

—¿Dónde obtuviste esto?

—Me lo entregó el sacerdote Edgeworth de Firmont, quien asistió a mi padre en sus últimas horas, el mismo que lo acompañó al cadalso. Nos visitó al día siguiente de su ejecución y puso este documento en mis propias manos, junto con esta

miniatura —y se la mostró.

—¿Quién es? —preguntó Blackraven, en referencia al diminuto retrato.

—Era madame de Ventadour, la institutriz de mi bisabuelo, Luis xv. La adoraba más que a su propia madre. Dicen que jamás se separaba de esa miniatura, que era famosa su afición al pequeño retrato y, viéndose a las puertas de la muerte, se la entregó a mi padre, quien le prometió que siempre la llevaría encima. Mi padre quiso que quedase para mí. Es mi deseo que conserves ambos, Roger, el documento y la miniatura. Con éstos podrías demostrar que soy Luis xvii. Este documento resistiría las pruebas más severas y meticulosas de los mejores expertos en caligrafía. Es la letra de mi padre, es su firma y su sello, y ésta —y señaló al pie del documento—, la firma de Edgeworth de Firmont, quien ofició de testigo.

Blackraven volvió a releer el párrafo principal: *“Por tanto, yo, Luis xvi, rey de la Francia y Navarra, habiendo sido condenado de muerte, hoy, 17 de enero de 1793, y hallándome en la prisión del Temple, en la ciudad de París, y ante mi testigo, el ciudadano Henry Essex Edgeworth de Firmont, abdicó el trono de la Francia y Navarra en favor de mi hijo, Luis Carlos, que adoptará el nombre de Luis xvii...”*.

—En su fuero íntimo, tu padre jamás aceptó la república. —El muchacho asintió, serio, meditabundo—. ¿Cómo conseguiste ocultar este documento durante tantos años?

—La esposa de Simon, a ella se lo entregué cuando la despidieron del Temple. Hace años fui a verla al mismo hospicio que tú, y me lo devolvió junto con la miniatura.

—¿Te reconoció?

—De inmediato, apenas me vio —fue la contestación vehemente del joven—. Me llamó “mi Carlos”, como solía hacerlo en el pasado, y yo la llamé *Bêtasse*, también como solía. Reconozco que el hecho de poseer este documento, más allá de su valía, no prueba fehacientemente que yo sea Luis xvii. Mis enemigos podrían aducir que se lo robé al verdadero rey de la Francia.

—Es cierto —admitió Blackraven—, sin embargo, muchos temblarían ante el portador de esta pieza de papel. Os someterían, a ti y al papel, a cientos de pruebas, de las que saldríais airosos. No lo subestimes —dijo, pasado un silencio—, este documento es una pieza clave.

Blackraven devolvió el rollo de papel al canuto y se lo extendió a Luis Carlos, junto con la miniatura.

—Creo que debes ser tú quien conserve estos objetos —manifestó—, no te separes de ellos. Algún día, cuando te decidas, servirán para probar quién eres.

—Sé quien soy —replicó Luis, con una confianza admirable, sin tomar lo que Blackraven le restituía—. No necesito demostrárselo a nadie. He recuperado a mi hermana y he ganado tu amistad. Ahora sólo necesito iniciar una vida que me

satisfaga. Sólo quiero paz. Conserva la abdicación de mi padre, Roger, es un favor que te pido. Además de Marie, eres el único en quien confío.

Blackraven asintió y se alejó en dirección a un cofre de hierro donde guardaba cartas de créditos, giros, letras de cambio, afidávits, patentes de navegación y demás documentos de sus barcos. Lo abrió con una llave que colgaba en su cuello y depositó ambos objetos, el canuto y la miniatura. Al volverse, se cruzó con la mirada serena de su primo.

—¿Todavía te interesa estudiar arquitectura?

—Es lo que más deseo. Pero dejaremos esa conversación para mañana. He abusado de tu buena voluntad.

Después de despedir a Luis Carlos, Blackraven salió al balcón huyendo del bochorno del cuarto. “Los enemigos del rey de la Francia”, se dijo, “son muchos y muy poderosos para pensar que podré mantenerlo con vida si deseara revelar su identidad al mundo”. Por el momento ni siquiera podía afirmar que, quien hubiese enviado a Le Libertin a matar a Luis XVII, no supiese dónde hallarlo. ¿Habría enviado una nota a su patrón, quienquiera que éste fuese, informándole que el joven Pierre Désoite, hospedado en casa del conde de Stoneville en el Río de la Plata, era, en realidad, el hijo de Luis XVI? Esa duda había movido a Blackraven a sacar a sus primos de Buenos Aires, a cambiar sus nombres e inventarles una nueva vida. Quizá la decisión del joven monarca de desprenderse del trono de la Francia no resultara precipitada ni desatinada. De igual modo, dispondría la búsqueda del padre Edgeworth de Firmont, único testigo de la abdicación de Luis XVI a favor de su hijo, y de madame Simon, quien había conservado el documento por tantos años. Urgía ponerlos a salvo.

Contempló el guardapelo que apretaba en el puño. “Isaura”, susurró. Necesitaba nombrarla. Desde que la dejó en Buenos Aires, varias semanas atrás, no había pasado un momento en que no la pensara; y a esa hora, ya noche cerrada, en la soledad de su habitación, tratando de disfrazar su nostalgia en insensibilidad a fuerza de brandy, las memorias de Isaura invadían su espacio, impidiéndole concentrarse, dormir, quietarse, y así transcurrían las horas de la madrugada, mirando el pequeño retrato, deseándola, amándola, hasta que se obligaba a echarse en la cama y a conciliar el sueño, y, de todos modos, soñaba con ella y lo primero que le venía a la mente al despertar era ella. No podía olvidar sus ojos turquesa.

Deseó perder la memoria, como medicina, harto de sufrir a causa del recuerdo de esa última escena compartida la mañana en que lo acusó de traidor y codicioso, de mentiroso, de asesino también. Que ella, su dulce, su gloriosa Isaura opinara tan mal de él, eso le sabía amargo. Abrió el guardapelo; en él conservaba un rizo de su vello pubiano, y sonrió al evocar la noche en que se lo cortó, haciéndola reír porque se

tardaba buscando el más rojo, el más tupido, el más ensortijado. Tomó el rizo entre los dedos y se lo llevó a la nariz. Odiaba el paso del tiempo porque barría con el vestigio del *frangipani*, el perfume que él había elegido para ella, con el que cada noche la perfumaba entre las piernas antes de hacerle el amor.

Nada tenía sentido. Desde un principio, desde la noche en que la convirtió en mujer, había sospechado que, sin Isaura, lo demás perdería valor, y, a pesar de haberse impuesto no necesitarla tanto, el esfuerzo había sido en vano, pues la amaba con destemplanza. Odiaba esa necesidad de poseerla cuando ella parecía tan etérea e inalcanzable; la frustración le provocaba aquella oquedad en el alma, ese páramo frío y yermo, antítesis del paraíso que Isaura le donó al aceptarlo. Le había quitado la fuerza, como Dalila se la quitó a Sansón, no con un par de tijeras sino con la mirada de desprecio que acompañó a esas duras palabras: “No puedo creerte. No confío en ti”. ¡Oh, Dios, cómo dolía aún! Cómo dolía amarla tanto y que ella no lo amara con el mismo ardor. Él era sólo de ella, un súbdito deslumbrado a los pies de su diosa; ella, en cambio, no le pertenecía; era de todos los que la necesitaran.

—Basta —masculló, apretando el puño en torno al guardapelo, enfurecido por flaquear de ese modo tan ajeno a su índole. Cuando alcanzaba ese punto, la melancolía se transformaba en rabia, y el amor, en odio.

En sus barcos hallaba un poco de sosiego; se pasaba horas entre sus hombres, vociferando órdenes, estudiando mapas, alijando bultos, trepando hasta la cofa; entonces, volvía a ser él mismo. Le gustaba especialmente el *Sonzogno*, una nave de soberbio porte y gran calado, de manufactura holandesa —de allí San Nicolás en el mascarón de proa—, con sus cincuenta cañones de veinticuatro libras cada uno, siempre impecable, bien pavonada la borda y los palos, bien calafateado, impolutos los trapos y el empavesado; se notaba la mano de un jesuita en ese buque.

El sol comenzaba a escocer, así que se quitó la camisa y siguió colgando los baldes con arena en los cáncamos. Avistó a Rata en el puente de mando, que molestaba a Malagrida con preguntas; era un niño listo, aprendía con facilidad, ya balbucía algunas frases en castellano; la tripulación estaba encariñándose con él, pero su avidez por el conocimiento a veces lo volvía un estorbo. A Malagrida, por el momento, no parecía fastidiarlo.

—¡Amo Roger! —exclamó, y, saltando a cubierta, corrió hacia él.

—¿Qué ocurre, Rata? —preguntó, sin abandonar la tarea.

—Amo Roger, ya no deberá llamarme Rata. El capitán Malagrida acaba de bautizarme. Desde hoy me conocerán por Estevanico. —Blackraven le dispensó una mueca de simulada admiración.

—Estevanico ha de ser entonces.

—Dice el capitán Malagrida que Estevanico era un esclavo del norte del África que se convirtió en un importante explorador, muy respetado y conocido. Viajó por el

golfo de Jémico y...

—Golfo de Méjico.

—Sí, de Mé-ji-co. Y también...

El niño siguió con su parloteo, correteando en torno mientras Blackraven cargaba baldes y los colgaba; de tanto en tanto asentía o lo miraba con aire ausente. Así lo encontró el matrimonio de Ibar al subir a bordo por el pontón levadizo que descansaba sobre el muelle.

—¡Capitán Black! —llamó uno de los marineros—. Lo buscan, capitán.

El barón descubrió una sombra de impaciencia en el semblante de Blackraven mientras, a las apuradas, lo veía echarse encima una camisa y aproximarse con una sonrisa impostada. La baronesa había ganado la cubierta primero y divisado a Blackraven antes de ser anunciados, por lo que contó con unos segundos para admirarlo en cueros, con el pelo suelto y levantando baldes, que, por el modo en que se le inflamaban los músculos, debían de ser pesados. ¿Acaso esa mancha en su brazo izquierdo era un tatuaje? No distinguía bien. Al verlo en esas fachas, Ágata se ufano de su instinto, pues la noche en que lo conoció había adivinado que, detrás de esa máscara de caballero, se escondía un salvaje.

Blackraven saludó a los barones de Ibar con una inclinación y se disculpó por su aspecto.

—El nuestro ha sido un atrevimiento, excelencia —manifestó de Ibar—, subir a bordo de su barco sin invitación. Pero, mientras dábamos bandazos por el muelle, mi esposa ha reconocido el nombre de la nave que su señoría le mencionó aquella noche, en el baile por el natalicio del príncipe don Juan.

Blackraven y Ágata intercambiaron una mirada fugaz.

—Siempre serán bienvenidos en cualquiera de mis naves —manifestó Blackraven, y, con un ademán, los invitó a adentrarse—. Estevanico, ve y dile al capitán Malagrida que quiero presentarle a unos amigos.

Caminaron por cubierta haciendo conversación banal. Ágata, en silencio y por detrás, percibía el cambio en sus emociones ante la presencia de Blackraven, que no lucía en absoluto apenado por su atuendo impropio, es más, se veía magnífico en su ambiente natural de pirata. La sorprendió la pulcritud del barco, y la hizo sentir a gusto el aroma a trementina del barniz azulado con que un marinero pavonaba la amura de estribor. Le agradaba aquella estela, inusual en un mundo donde los malos olores eran ley. Los esquifes estaban cubiertos con palletes impecables de color azul. Refulgía la madera de las cureñas donde reposaban los cañones. Se observaba una tripulación variopinta, hombres de todas las nacionalidades, igualmente limpios, y, para su sorpresa, con el cabello corto, de seguro para mantener a raya a los piojos. Varios marineros arrumaban sacos de forraje y pacas de lana y algodón; otro espitaba un tonel, probablemente con ron, base de la bebida típica de los marineros, el grog.

Aunque se afanaban en el trabajo en un entorno cordial, sin duda eran hombres bravos, de eso daban cuenta sus expresiones y los sables y cuchillos sujetos a sus cinturas.

Por el ajetreo, se notaba que se disponían a hacerse a la mar en poco tiempo. La cabria no cesaba de levantar bultos pesados y estibarlos en cubierta; varios tripulantes llevaban los bastimentos al pañol de bizcochos; un grupo trasladaba un tonel con coles, y el barón de Ibar preguntó si se consumían para evitar el escorbuto y la siringoza, a lo que Blackraven dijo que sí.

—Nunca hemos perdido a un hombre a causa de alguna peste —aseguró el capitán Malagrida a modo de saludo.

Blackraven hizo las presentaciones. Después de terminar de conocer la cubierta, se dirigieron al camarote del capitán para comer un refrigerio.

Acabada la cena con sus primos y el matrimonio de Ibar en el Faria-Lima, Blackraven montó su caballo y enfiló hacia el arrabal cercano a los muelles de la Bahía de Guanabara, de nuevo a la taberna *O Amigo do Diabo*. Távora lo aguardaba en la misma habitación.

—Fui a buscarte a la *Wings*. No te encontré —comentó Blackraven.

—Había salido. Esta mañana vendí una carga de ron que traje de *La Isabella* —Távora hablaba de la hacienda en Antigua— y necesitaba depositar el dinero. No te consulté porque el precio era inmejorable y el comprador zarpaba a primeras horas de la tarde.

—Está bien. Sabes que confío en tu tino para los negocios.

—Toma, aquí tienes el comprobante.

—¿Has deducido tu comisión?

—Sí. Ya la he depositado.

De sus espías, Távora, además de su rapidez con los números, demostraba una habilidad extraordinaria para recabar información, y, pasado ese intercambio de asuntos de dinero, mencionó que había conocido a un antiguo guardiamarina inglés, de la tripulación del HMS *Margaret*, que aseguraba haber visto cómo el sicario de mote La Cobra había enviado al otro mundo a su almirante emboscándolo en una calleja de Nicosia para atravesarle el corazón con una daga.

—El hombre asegura que nunca ha visto a alguien moverse tan rápido ni tan hábilmente. —Blackraven siguió bebiendo, ensimismado—. ¿Estás escuchándome?

—Sí, estoy escuchándote. Si ese sicario es un dechado de virtudes, nada podemos hacer al respecto. Tú dices que en París te aseguraron que Fouché lo contrató para matar al Escorpión Negro. Entonces, primero tendrá que descubrir quién es el Escorpión Negro.

—Ribaldo pudo habérselo confesado a Fouché antes de morir.

—Ya te he dicho que Ribaldo no abrió la boca. Más me inclino a pensar que pudo ser Valdez e Inclán, que de eso trató de advertirme antes de morir.

—Según recuerdo —apuntó Távora—, me dijiste que había pronunciado el nombre de Simon Miles. ¿Qué relación habría entre Simon y el Escorpión Negro?

—No lo sé —admitió—, es sólo una conjetura.

—¿Estuviste con Eddie en el Río de la Plata? —Távora preguntaba por el quinto espía, el irlandés Edward O'Maley.

Blackraven lo puso al tanto de las actividades de O'Maley, quien, tras haber abandonado el circuito europeo, trabajaba en Buenos Aires al servicio de la *Southern Secret League*, la Liga Secreta del Sur, una sociedad fundada por Blackraven y otros poderosos de la Inglaterra cuyo objetivo consistía en dominar el hemisferio sur del planeta para explotar sus recursos naturales con los cuales abastecer las industrias inglesas. En este orden, la independencia de las Indias Occidentales se consideraba pieza clave de la empresa.

Távora le comentó acerca de un proyecto del gobierno británico que amenazaba los propósitos de dicha liga.

—Supe que el conde de Montferrand tiene intenciones de presentar un plan al primer ministro para independizar México, donde sugiere poner en el trono a algún príncipe Borbón de la Francia. Se habla del duque d'Orléans.

Conversaron largo y tendido sobre el tema, hasta que Blackraven concluyó:

—Montferrand retirará su plan —y lo expresó con la seguridad que le daba haberlo salvado de la guillotina en el 94—. ¿Qué sabes de Popham? —se interesó de repente, sin pausa—. ¿Sigue transitando los pasillos de Saint James y de Whitehall junto al venezolano Miranda? ¿No desiste de su idea de independizar las Indias Occidentales?

—Supe que partió rumbo al Cabo de Buena Esperanza con órdenes de expulsar a los holandeses.

Blackraven bebió en silencio, la mirada fija en la mesa.

—Eso está en línea con Buenos Aires, a unas tres mil setecientas millas —dijo, al rato—. ¿En qué fecha zarparon? —Távora contestó que a fines de agosto del año anterior, desde el puerto de Cork—. Entonces, hace meses que llegaron a Ciudad del Cabo —dedujo Blackraven, y se puso de pie.

Távora lo imitó.

—¿Sabes, Roger? He descubierto una casa de mancebía muy limpia y respetable; las muchachas son un primor. ¿Por qué no me acompañas?

—No —dijo, y se puso la chaqueta.

—¿No?

—No. Te veo mañana. Pasa por el hotel bien temprano con esos contratos de carga que tengo que revisar.

Hasta eso tenía que reclamarle, que lo hubiera convertido en un eunuco. Hacía tiempo que no tocaba a una mujer, y, por extraño que pareciera, no deseaba hacerlo; si no podía tener a Isaura, no quería a ninguna. Esa disposición resultaba tan inusual a su índole que Távora y Malagrida se habrían desportillado de risa de saberlo.

Apuró a Black Jack y cruzó la Praga Quinze hasta la puerta del Faria-Lima. Pese a la hora, un palafrenero salió a recibirlo y se ocupó del caballo. Antes de subir los escalones de dos en dos, ordenó que le prepararan un baño. Se topó con Radama en el primer piso, un malgache que hacía años servía en sus barcos, hombre de su confianza que en ocasiones había colaborado con el Escorpión Negro; junto con Shackle, Milton y otros, constituía el ejército particular del espía, y, al igual que el resto de su tripulación, veneraba al capitán Black, no tanto por su proverbial generosidad al distribuir la presa sino por haberle devuelto la libertad tras años de servir como esclavo de unos turcos muy crueles.

—Buenas noches, Radama.

—Capitán Black —dijo el hombre, y, levantándose apenas el tricornio, inclinó la cabeza.

—¿Todo tranquilo?

—Así es, señor. Sus primos se retiraron a dormir, y ese niño, el esclavo, se metió en su habitación. La señorita Marie asegura que usía lo autorizó.

Rata —ahora Estevanico— dormía en el suelo, sobre una estera. Lo observó desde su altura de seis pies, cinco pulgadas antes de levantarlo y llevarlo al sillón. Aun cuando habían pasado semanas desde la golpiza de don Elsio, todavía conservaba las marcas en brazos y piernas. Enseguida pensó en Isaura y se preguntó qué estaría haciendo. Extrajo el guardapelo de la faltriquera y contempló la miniatura. Ojalá estuviese durmiendo, tranquila, en la cama que habían compartido hasta mediados de abril, la cama donde la había amado incansablemente. ¿Seguiría con la costumbre de tocar el piano y cantar después de la cena? ¿Para quién lo haría? Tal vez aceptase los halagos de Covarrubias, hasta los de ese calavera de Diogo Coutinho. Cerró el puño y apretó los ojos y la boca. ¿Se atreverían a cortejarla? Sacudió la cabeza: Somar no lo permitiría.

Llamaron a la puerta, y se acordó del cubo de agua caliente para su baño. Abrió. La baronesa de Ibar ensayó una expresión seductora que él ya le conocía, de mirada sin pestaños y labios apenas sesgados en una sonrisa entreabierta.

—¿Me invita a pasar, excelencia? —Blackraven siguió escrutándola con gesto indescifrable—. Sólo deseo cruzar unas palabras con su señoría —alegó.

—Lo que tenga para decirme, de seguro puede esperar hasta mañana.

—Es algo que me inquieta y me gustaría hablarlo con su señoría ahora mismo.

Blackraven se hizo a un lado y le permitió pasar. Ágata divisó al pequeño esclavo que se incorporaba a medias en el sillón, con ojos somnolientos.

—Vuelve a dormir —le indicó Blackraven en castellano, y el niño se acomodó dándoles la espalda.

La baronesa pidió explicaciones con una mirada de asombro; no sólo la presencia del negrito se daba de bruces con el boato de la habitación sino que la actitud de Blackraven chocaba con la semblanza que había esbozado de él. “Demasiado frívolo para un acto de caridad cristiana”, se dijo. “¿O se trata de un perverso?”, especulación que descartó enseguida.

—Me sorprende, excelencia, que permita que este esclavo duerma en sus aposentos. ¿No había lugar en las barracas del hotel? Mi esclava todavía está en mis habitaciones y podría llevárselo a dormir con ella.

—Le agradezco, baronesa, pero no será necesario. Dijo que quería cruzar unas palabras conmigo. Por favor, pasemos a la estancia contigua —y extendió la mano hacia una puerta entreabierta desde donde Ágata divisó el perfil del dosel de una cama.

La excusa de la baronesa casi hizo reír a Blackraven: quería preguntarle si alguno de sus barcos zarparía en breve para el Río de la Plata. Ella no deseaba viajar en el buque portugués *Cleopatra*.

—¿Y era esto lo que no podía esperar hasta mañana?

—Sus barcos son tan pulcros —argumentó— y su tripulación tan correcta.

—Señora, mis barcos son pulcros y mi tripulación correcta, pero nosotros no transportamos pasajeros. De hecho, carecemos de las comodidades que una dama como vuestra merced requeriría para viajar a gusto, sin descontar que mis hombres juzgarían de mal agüero navegar con una mujer a bordo.

—Le suplico, excelencia. —Como al pasar, apoyó una mano sobre el pecho de Roger—. Además su señoría es tan fuerte que yo me sentiría a salvo. Viajo siempre con el Jesús en la boca pensando que podrían abordarnos piratas. ¿Qué sería de mí en tal caso?

—Señora —dijo, y le apartó la mano—, dudo de que en un trayecto como el que une Río de Janeiro con el Río de la Plata su embarcación se encuentre con una nave de piratas. De corsarios, quizá, pero en ese caso nada malo le acaecería a vuestra merced. Ahora, si me permite...

—¡Excelencia, por favor, no me rechace! —y lo detuvo con ambas manos—. Permítanos viajar en su barco.

—Baronesa, ¿por qué supone que planeo viajar al Río de la Plata? —Ágata se desconcertó—. Ahora, si me disculpa, estoy cansado. Ha sido un día muy duro y mañana debo levantarme temprano.

La mujer alzó la vista y se mostró desembarazada de artificios. Blackraven supo que iría al grano.

—¿No lo complazco, excelencia? —Él siguió mirándola, serio, impenetrable—.

¿Acaso no le parezco una mujer hermosa? —y le abrió los primeros botones de la camisa—. Permítame ver ese tatuaje que tiene en el brazo izquierdo. Me intriga; todo acerca de su señoría me intriga.

Blackraven la sujetó por las muñecas y la condujo fuera de la habitación.

—Baronesa, aprecio a su esposo y no deseo ser grosero con su merced. Le pido que dé por concluida esta conversación y vuelva a su recámara. Prometo investigar si en breve zarpará hacia el Río de la Plata una nave en mejores condiciones que el *Cleopatra*. Eso es todo lo que puedo hacer.

Abrió la puerta, pero Ágata no mostró intenciones de salir; se quedó a pasos del umbral. Una maldición se filtraba por sus ojos. Al cabo, expresó:

—¿Supongo que tanta hombría —y movió la mano en un ademán que subrayaba el tamaño de Roger— no será en vano?

—Señora, supone usted bien.

—¿No le parezco atractiva?

—No, no me lo parece.

Superado un fugaz momento de turbación, la baronesa se echó a reír.

—No le creo. Su rechazo se debe a otra razón. Es a causa de una mujer. ¿De su esposa, tal vez, la que quedó en Buenos Aires?

Había dado en la diana, pues, aunque el gesto de Blackraven se mantuvo imperturbable, Ágata tuvo la impresión de que una sombra se posaba en sus ojos.

—Su prima de usted me ha platicado acerca de ella. Verá, nos hemos hecho amigas y me ha referido que es una muchacha muy joven y bonita.

—Mi prima no le ha mentado. Buenas noches, baronesa. Le auguro un apacible descanso —y cerró la puerta.

Caminó hacia el sillón y verificó que Estevanico siguiera dormido.

Capítulo III

Melody suspiró y dio vuelta la página del libro. Desde la partida de su esposo, se había aficionado a la lectura por las noches. En un principio, la desdicha la tumbaba en la cama y sólo podía llorar. Con el tiempo llegó la calma, una templanza triste, llena de nostalgia, en la que buscaba la compañía del turco Somar, el mejor amigo de Blackraven, para que la acercara a él.

A veces su fe desfallecía y presagiaba: “Nunca volverá, lo he perdido para siempre”, a Roger, a quien amaba con locura, a quien había herido sin piedad, de modo injusto. Lejos y en silencio, Blackraven la castigaba por aquellas acusaciones que ella le lanzó sin ponderar. Merecía ese tormento, quizás algo peor, pues apenas unos días habían bastado para comprender lo equivocado de su sospecha. Arrepentida y avergonzada, se cubría la cara y rompía a llorar. Por eso, cuando tras un mes de ausencia, apareció Papá Justicia y le contó cómo habían sucedido las cosas en la conjura de esclavos, Melody no se sorprendió; sola había llegado a la conclusión de que su esposo no delató al grupo que, aquel lunes siguiente al Domingo de Ramos, tomó por asalto los principales asientos negreros de Buenos Aires, grupo del cual su hermano, Tomás Maguire, era el cabecilla; ni siquiera quedaba por averiguar quién había sido el traidor; eso se lo había dicho Servando.

Volvió a suspirar y cerró el libro; no tenía caso insistir, había perdido el interés en Tirso de Molina. Estaba inquieta por la demora de Somar, que acostumbraba acompañarlos durante la cena. Jimmy, Víctor y Angelita lo adoraban y, sentados a sus pies sobre la alfombra de la sala, enmudecían mientras el turco les relataba las gestas del capitán Black en esa divertida jerga de castellano e inglés. Así Melody llegó a conocer aspectos desconocidos de su esposo, que la enfrentaban a un hombre distinto, igual de caballeroso y bravío, pero más pirata que conde; dichos aspectos no la sorprendían, siempre había intuido que Blackraven era un hombre de varios matices, algunos antagónicos, que él sabía equilibrar de manera prodigiosa. Asimismo le dolía ese espacio impenetrable y reservado de Roger porque se lo había ocultado, y ella quería poseerlo por completo.

Después de las hazañas del capitán Black, cuando los niños marchaban a dormir, Somar le revelaba otros momentos de la vida de Roger Blackraven menos venturosos o heroicos, tal como el día en que su padre mandó raptarlo a Versalles para criarlo como el futuro duque de Guermeaux en Cornwall, Inglaterra. “De un día para otro”, explicó Somar, “le cambiaron el nombre, el idioma, el lugar, los amigos, los parientes. Él jamás habla de esto”, aclaró, “yo lo supe de labios de la señora Isabella, su madre, que sufrió muchísimo también”. Somar pidió permiso para retirarse y ella apenas asintió, quieta en el sillón, la costura olvidada en el canasto, sólo una imagen en su mente, la de aquella mañana en el Retiro en que lo trató con rudeza al decirle

que el verdadero nombre del esclavo Servando era Babá. “¿Por qué lo ha llamado Babá?”, le preguntó él de mal modo, celoso. “Porque así se llama”. “Su nombre es Servando”. “No. Ese nombre le pusieron el día en que lo embarcaron en el África. Su nombre es Babá. Y así lo llamaré yo. Dígame, señor Blackraven, ¿sería de su agrado que, de buenas a primeras, un día le cambiaran el nombre y le trastornaran la vida, lo arrancaran del seno de su familia y lo llevaran a un lugar distante con personas que no conoce y que no muestran ningún cariño por usted?”. “No, claro que no”, respondió él, de pronto apenado. “¿Se preocuparía usted por mí y me dispensaría el trato afectuoso que reserva para Babá si yo hubiese atravesado por una situación similar?”. “Señor Blackraven, no consigo imaginar la situación en la que usted me inspiraría lástima”. A la luz de las confidencias de Somar, su respuesta le parecía pedante y estúpida, y la avergonzaba.

Dejó la silla, devolvió el libro a la biblioteca y marchó a su dormitorio. Se topó con el turco en el primer patio.

—¡Somar, gracias a Dios! Comenzaba a preocuparme tu tardanza.

—Señora, entre de prisa. Está muy frío, y su merced, como de costumbre, desabrigada. Cené en la casa de la calle Santiago —se justificó, una vez dentro—. Don Diogo me pidió que lo acompañara para hablar sobre la curtiduría.

—¿Alguna novedad? —Se trataba de una pregunta frecuente entre ellos, y Somar no necesitaba que le aclarase a qué se refería. De modo invariable, negaba con la cabeza, sin mirarla, porque lo lastimaba el dolor que trasuntaban sus ojos turquesa.

—¿Pasaste por el correo? ¿Ninguna carta de él?

—Roger no es dado a escribir, señora.

Un noche, más deprimida de lo usual, con voz estrangulada, se animó a confiarle sus escrúpulos.

—Y si Roger te escribiese para pedirte que te reunieras con él en algún sitio, ¿nos abandonarías, Somar?

—Sobre tres cosas tengo certeza, señora: que Alá es el único Dios y Mahoma, su profeta, que algún día moriré y que Roger Blackraven jamás me ordenará que me aleje de Buenos Aires en tanto él no esté aquí para proteger a su merced. Días antes de marcharse, me convocó al Retiro y me encomendó que la cuidase. “Eres el único a quien puedo confiársela”. Eso me dijo.

—¿De veras? ¿Eso te dijo?

—Yo jamás miento, señora.

En general, así terminaban sus días, en compañía de Somar, quien nutría la esperanza que la congoja nacida del silencio de Blackraven y de la culpa amenazaba destruir. A lo largo de la jornada no tenía tiempo para pensar o aburrirse. A cargo de la casa, de la educación de tres niños, preocupada por el bienestar de las hijas mayores de Valdez e Inclán y, sobre todo, por el de su hermano Tommy, se mantenía

ocupada y activa. Los esclavos seguían llamándola Ángel Negro y solicitándola a la hora de la siesta por el portón trasero de la casa de San José para presentarle infinidad de peticiones.

A diferencia de los primeros tiempos de casada, cuando Blackraven aún estaba en la ciudad y a ella se la llamaba “señora condesa”, su vida social había desaparecido; y no se trataba sólo de que no llegaran invitaciones a tertulias, saraos o fiestas sino que la evitaban en la calle, no la saludaban en el atrio de la iglesia y esparcían calumnias. Si bien los porteños de rancia alcurnia nunca la habían querido, desde la trágica noche de la conjura de esclavos, la repudiaban, y nada los convencería de que el Ángel Negro no había tramado el ataque a Álzaga, Sarratea y Basavilbaso, por muy involucrado que estuviese su hermano, Tomás Maguire, todavía prófugo.

Tommy era su mayor fuente de desvelo. Inconsciente e idealista, no advertía la amenaza que pendía sobre su cabeza. Se aventuraba por la ciudad, salía de noche, se emborrachaba con un nuevo grupo de vagos y seguía odiando a su cuñado, a quien llamaba “el pirata inglés” o “el traidor”.

Una siesta, semanas después del ataque a los negreros, cuando Melody lo creía a varias leguas de Buenos Aires ocultándose para no caer en manos de Martín de Álzaga, Tommy se mezcló entre los esclavos que la visitaban por la parte trasera de la casa de San José y, apartando su capucha a medias, le mostró la cara sin abrir la boca. Melody se sintió desfallecer. Al verla pálida, Trinaghanta la asió por la cintura y dio por terminada la audiencia del Ángel Negro.

—Manda por el hombre encapuchado que me abordó en la parte trasera —le ordenó a su sirvienta cingalesa—. Hazlo pasar. Tráelo a mi habitación.

Tommy se desmayó en el umbral del dormitorio y, al retirarle la capa, Melody le descubrió la camisa ensangrentada a la altura del vientre. La abrieron con una tijera. Tenía un corte. Melody ordenó que trajeran toallas limpias y esparadrapos, agua caliente y polvo de basilicón.

—No podemos llamar al médico —argumentó Melody—. ¿Crees que puedas ocuparte?

Trinaghanta estudió la herida en silencio y por fin asintió.

—Es profunda y de cuidado —dijo—. Iré por mi aguja de oro y los sedales.

Tommy bebió una medida de láudano antes de que la cingalesa limpiase y cosiera la herida, soltando el último punto para que drenaran los humores ponzoñosos.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Melody horas más tarde, pasado el efecto del opio.

Después de la conjura y de intentar asesinar a su cuñado, Tommy no huyó de la ciudad; se ocultó en la misma cripta donde lo había llevado Servando, una especie de galería subterránea, entibada con ademes de quebracho, que unía la costa del Río de la Plata con la propiedad de Blackraven, “El Retiro”. Al escasear las provisiones,

comenzó a salir por las noches para robar en las quintas, incluso en el mismo Retiro, vegetales, frutas y animales pequeños; a veces, con suerte, pescaba un sábalo o un surubí. Pasó semanas en paz, esperando que el escándalo por el ataque a los negreros languideciera, hasta que se topó con Servando en la cripta. El esclavo cumplía la orden de mantener limpio el lugar y las provisiones, frescas; por eso regresaba al menos una vez por mes. Al encontrarse cara a cara después de tanto tiempo, Tommy lo acusó de haberlo vendido con su cuñado, “el pirata inglés”.

—Yo no soy un felón —se enfureció Servando—. Nada dije de la conjura, ¡a nadie!

—Tú se lo contaste a Blackraven y él nos vendió con su socio, Martín de Álzaga. Ya nos habías traicionado antes, cuando decidimos robar los carimbos de la Compañía de Filipinas. ¡Negro maldito! ¡Judas! ¡Pagarás cara tu felonía!

Se enzarzaron en una pelea a cuchillo en la que Tommy llevó las de perder.

—Tommy, no puedes quedarte aquí —manifestó Melody—. Aún no sabemos quién fue el traidor. Bien podría ser alguien de esta casa y correr a las autoridades para decirles que estás aquí.

—Los traidores son Blackraven y Servando.

—¡Calla! —La furia de Melody sorprendió al muchacho—. Deja de hablar sandeces. Estoy cansada de ti, de tus pullas y arrebatos. O mantienes la boca cerrada y me dejas hacer a mi manera, o te echo de esta casa y que Dios te ampare. ¡Me has hartado!

A Tommy le dolía demasiado la herida, incluso se sentía afiebrado, para darse aires de ofendido y mandarse a mudar. Se quedó quieto y callado en la cama que olía tan bien, entre esos mórbidos cojines.

—Te esconderás en casa de Valdez e Inclán —le comunicó Melody por la noche—. Sólo la señorita Leonilda y su sobrina Elisea saben que te alojarás allí. Te acomodarán en la habitación de don Alcides, que nadie usa y que mantienen bajo llave.

Por la madrugada, envuelto en una manta, temblando a causa de la calentura, Tommy subió a una carreta que Somar condujo hasta la calle de Santiago, donde Leonilda y Elisea lo aguardaban para asistirlo.

Al día siguiente, antes de que Servando se marchase al taller del tapicero, su nuevo menester, Melody lo mandó llamar.

—Ayer heriste a mi hermano.

—Acusó al amo Roger de traidor. A mí también.

—Alguien le vendió la información a Álzaga, alguien le dijo que atacarían a los asientos negreros.

—Yo no fui —aseguró Servando, con la jactancia y el porte de un yolof.

—Sé que tú no fuiste —contestó Melody, con igual firmeza—, pero debemos

averiguar quién fue, no podemos seguir con la duda. El traidor podría estar entre nosotros.

—El traidor hace tiempo que ya no está entre nosotros —manifestó el esclavo—. Yo mismo maté a Sabas.

—¡Sabas! —se conmocionó Melody—. No huyó como supusimos. Está muerto, entonces.

Absorbió la relación de Servando incapaz de pronunciar palabra ni de formular preguntas.

—Cuando lo encontré en el bosque, dispuesto a matarlo por haber deshonrado a Elisea, lo descubrí con una enorme suma de dinero, más de ochocientos pesos, lo que Álzaga le había dado por la información. Es el dinero que usted encontró sobre su cama, yo mismo lo dejé allí, para el hospicio que quiere fundar.

Melody se dejó caer en una silla y lo contempló con espanto.

—Tal vez ese dinero era fruto de su trabajo. —Aunque enseguida desestimó el argumento: Sabas jamás había trabajado como prerrogativa por ser el hijo de Cunegunda, la esclava favorita de doña Bela—. ¿Cómo sabes que fue Martín de Álzaga quien le dio esa suma? Pudo haber sido Sarratea o Basavilbaso.

—Yo creo que Sabas estaba en tratos con don Martín. Antes de marchar al bosque para buscar el dinero, que ocultaba en el tronco de un árbol, se detuvo a las puertas del Cabildo y cambió unas palabras con el esclavo personal de Álzaga. A poco, el propio don Martín salió a la calle para hablar con él. Después entendí que Sabas le había pedido que dejara en libertad a Papá Justicia. Lo amenazó con algo.

—¿A Álzaga? —preguntó Melody, incrédula.

—Todos tenemos nuestro lado oscuro, miss Melody. Quizá Sabas descubrió el de don Martín y por eso pudo hacer lo que hizo. Don Martín no le habría entregado tanto dinero en caso contrario, ni habría puesto en libertad a Papá Justicia sin someterlo a suplicio para que hablase.

—Entiendo.

—El dinero sirvió para una buena causa —alegó el esclavo, sin mostrarse contrito—. Su merced y doña Lupe compraron la casa para el hospicio.

—Con dinero manchado de sangre.

—Sabas merecía morir, miss Melody.

—Vano sería que confesaras tu pecado al padre Mauro pues veo que no te arrepientes.

—No me arrepiento, y volvería a hacerlo.

—¿Enterraste su cuerpo? —Servando negó con la cabeza—. Deberíamos ir a buscarlo y darle cristiana sepultura.

—Dudo que las alimañas hayan dejado algo.

Días más tarde, unas lavanderas encontraron en la playa las piltrafas de lo que

parecía ser un hombre negro; los perros cimarrones lo habían arrastrado hasta allí. El comisario del barrio de la Merced mandó comparecer a Diogo Coutinho, quien semanas atrás había interpuesto una denuncia por la fuga del esclavo Sabas.

—Sí, es él —confirmó don Diogo, sujetando la medalla con la imagen de la Virgen de Monserrat de la que Sabas jamás se separaba.

—Si bien no participó en ninguno de los ataques —señaló doña Magdalena, esposa de Martín de Álzaga—, fue ella quien pergeñó ese diabólico plan para atacar a mi esposo y a otros honorables súbditos de su majestad. Cuando prendan al tal Tomás Maguire, él confesará la participación de su hermana. Hasta hoy, ninguno de los esclavos que sobrevivieron al ataque lo ha hecho, por mucho que se los ha interrogado. ¡Es que la veneran! Ella es el Ángel Negro. ¡Si hasta suena a herejía! Habría que pedir intervención al Santo Oficio.

—¿Bajo qué acusación la encarcelaron hoy? —se interesó María del Pilar Montes, una hermosa catalana, esposa del barón de Pontevedra.

—Bajo la acusación de hurto —contestó Marica de Thompson.

“Cada día oscurece más temprano”, pensó Melody, asomada al ventanuco de la celda donde la habían confinado. Los dos alcaldes, De Lezica y Sáenz Valiente, acababan de marcharse, incómodos y temerosos. Ante la acusación de hurto de cuatro esclavos —tres hombres y una mujer—, Melody los contempló con calma, primero a uno, luego a otro, y les dijo:

—Señores, vosotros sabéis que se trata de una calumnia.

En rigor, los cuatro esclavos, todos bozales, es decir, recién llegados del África, eran propiedad de la Real Compañía de Filipinas, administrada por el señor Sarratea. Terminada la almoneda, esos cuatro africanos aún permanecían en la tarima sin comprador a causa de su mal estado; curarles las pestes y enfermedades y alimentarlos por días representaba un costo que la compañía no quería asumir, por lo tanto, los habían echado fuera. Casi desnudos, enfermos, sin hablar castellano, perdidos y confundidos, esos miserables habrían muerto en la calle si Papá Justicia no los hubiese llevado con miss Melody, que los mandó conducir a la casa donde pronto funcionaría el nuevo hospicio. Allí los bañaron, los curaron, los vistieron y alimentaron.

A la mañana siguiente, el alcalde de primer voto, el señor De Lezica, el procurador del Cabildo, Sáenz Valiente y el comisario general se apersonaron en la casa de San José, pidieron por la señora Blackraven, le leyeron los cargos y la esposaron. Trinaghanta se aferró a su ama y, en un pandemónium de inglés, cingalés y gritos, suplicó que la encarcelaran con Melody. Apareció Somar, que desenvainó el sable y lo colocó en la garganta del comisario; atrás vinieron los esclavos de la casa y los niños —Jimmy, Angelita y Víctor—, con Perla y Jaime, el matrimonio vizcaíno

que, desde hacía pocos días, se ocupaba de su instrucción.

—Jimmy —dijo Melody—, tranquilo, cariño, no te asustes. Nada malo va a ocurrirme. Iré con estos señores y estaré de regreso en poco tiempo. Perla, Jaime, por favor, llevad a los niños a la sala de estudios. Somar, por favor, baja tu espada. Busca al doctor Covarrubias y explícale la situación. Señores —expresó, con gran dignidad—, ahora os acompañaré.

Melody suspiró y se sentó en la escabiosa yacija. El lugar, que olía mal, a orines y comida rancia, al menos tenía una ventana que daba al patio del Cabildo; peor hubiese sido terminar en las mazmorras; tal vez, en consideración a su título y a la influencia de su esposo, le habían ahorrado esa pena. “Roger”, murmuró, con voz trémula, y se acarició el vientre. Ya no tenía duda, desde hacía algunas semanas sabía que allí crecía el hijo de ambos, y la felicidad que esa certeza le provocaba por momentos desaparecía cuando se preguntaba si Blackraven conocería a ese hijo. Le dolía la soledad. Ansiaba compartir la noticia de su embarazo con él, ansiaba ver su expresión cuando le anunciase que su amor había dado frutos.

Los gritos de unos reos la devolvieron a su situación actual. Sospechaba que aquella patraña se había llevado a cabo bajo las órdenes de Martín de Álzaga, de otro modo De Lezica no le habría manifestado que, si revelaba el paradero de Tommy, el castigo por el hurto de esclavos se atenuaría.

Somar le explicó a Covarrubias lo acontecido y éste pidió licencia a su jefe en la Audiencia para marchar al Cabildo, donde solicitó la inmediata liberación de la condesa de Stoneville. Sin tiempo para prepararlos, sus pobres argumentos no surtieron efecto. Desesperado, le espetó al procurador que el arresto constituía un abuso y que excedía las facultades del alcalde de primer voto dado el linaje de la señora condesa, quien debió haber sido acusada por la Real Audiencia. Abandonó el recinto agitado y tembloroso. Seguido por Somar, fue a buscar al doctor Mariano Moreno. El turco ya había decidido que si Moreno no lograba liberar a miss Melody, él lo haría por la fuerza; su señora no pasaría la noche en ese sitio.

De regreso en la oficina del alcalde de primer voto, Covarrubias, Moreno y Somar se toparon con Martín de Álzaga, quien los recibió con una mueca de satisfacción. Moreno se dirigió a De Lezica:

—Exijo la inmediata liberación de la condesa de Stoneville. Se trata de un atropello de naturaleza aberrante no sólo en consideración a la honorabilidad de la dama, esposa de un destacado noble inglés, sino porque la tal acusación de hurto es una falacia. Les recuerdo a los letrados aquí presentes lo definido en el cuerpo normativo de *Las Siete Partidas* como hurto: *Furto es malfetria que fazen los omes que toman alguna cosa mueble agena, encubiertamente sin plazer de su señor, con la intención de ganar el señorío o la posesión, o el uso de ella.* Si, como entiendo, el señor Sarratea había ordenado se expulsasen los dichos cuatro esclavos de los lindes

de la Real Compañía (práctica muy frecuente, según entiendo), no es posible que se verifique hurto ya que no se cumpliría con uno de los requisitos de la definición del delito aquí en cuestión, esto es: *sin plazer de su señor*. ¡Había sido el propio señor quien los echó fuera para sacárselos de encima! —subrayó—. Por ende, hasta que el señor Sarratea demuestre que en verdad esos esclavos fueron hurtados (y lo veo muy difícil dada la evidencia), la condesa de Stoneville, doña Isaura Blackraven, deberá ser dejada en libertad de inmediato. Y queda advertido el señor Sarratea que iniciaremos acciones legales por calumnias e injurias graves en contra de mi defendida.

Arengó por más de media hora, y citó de memoria párrafos de las Leyes de Indias, de las Siete Partidas, de las normativas del Consejo de Castilla, y hasta de las Leyes de Burgos. Covarrubias lo admiraba en silencio, pues sólo había contado con los minutos que los separaban de la casa de Moreno, en la calle de la Piedad, con el Cabildo para ponerlo en autos. “Es brillante”, admitió.

Se mandaron comparecer a varios testigos, entre ellos Papá Justicia, que aseguró que los esclavos se hallaban fuera del predio de la compañía, pues el empleado Ramón Guasca los había expulsado por el portón que daba al río; pero, como la palabra de un liberto con fama de brujo no ayudó, Somar salió en busca del padre Mauro, que condenó la inhumana actitud del señor Sarratea y ensalzó la caridad cristiana de la señora condesa de Stoneville, de quien daba fe de su probidad y decencia.

—¿Dónde tengo que firmar esta declaración? —preguntó el sacerdote, paseando la mirada por los funcionarios.

Antes de las siete de la tarde Melody fue puesta en libertad con el compromiso de devolver los esclavos a la Real Compañía; además debió pagar una multa de diez pesos por poner en funcionamiento un hospicio sin las debidas autorizaciones y habilitaciones.

—Ha sido imposible conseguir la habilitación —se quejó Covarrubias—. La Hermandad de la Caridad y el Cabildo han rechazado las solicitudes una y otra vez, aduciendo argucias inverosímiles.

“Álzaga jamás permitirá la apertura del hospicio mientras sea yo quien quiera fundarlo”, reflexionó Melody.

Somar la tomó del brazo y la condujo fuera donde un grupo de africanos —manumitidos y esclavos— vitoreó la liberación del Ángel Negro. Trinaghanta y Miora, la esclava personal de Melody, lloraban y la abrazaban.

—Ni una palabra de esto a Roger —susurró Melody.

—Mi señora no sabe lo que está pidiéndome —se lamentó Somar.

Ese mismo día, aguardó a que Martín de Álzaga saliese de su tienda en la calle de la Santísima Trinidad y lo abordó en la oscuridad de la noche, sin apearse del caballo.

El vasco dio un grito y se llevó la mano a la cintura para empuñar su pistola, aunque tarde: Somar había desenvainado el sable para colocárselo bajo el mentón.

—Su merced conocerá la ira de mi amo —dijo el turco.

Espoleó a su alazán con el sable en alto y se perdió calle abajo. Pasaron unos segundos para que Álzaga soltara la empuñadura de su arma. Se contempló la mano. Todavía le temblaba.

A la caída del sol, Guadalupe, la esposa de Mariano Moreno, solía pasar a buscar a Melody, y juntas, con los niños —Lupe tenía un hijo de un año, Marianito—, caminaban hasta la Plaza Mayor y, frente al arco central del Fuerte, escuchaban a la banda de soldados tocar la retreta. A veces se les unían las Valdez e Inclán y su tía, la señorita Leonilda, ocasiones en que aparecía el esclavo Servando, que se escabullía del taller del tapicero (en las cercanías del Fuerte) para merodear a la niña Elisea, la luz de sus ojos. Nadie advertía el intercambio sutil de miradas y sonrisas, excepto Melody, quien en los últimos tiempos notaba cierta desazón agresiva en Servando, como si lanzase un reclamo con sus vistazos y gestos de labios fruncidos. A menudo se preguntaba qué haría con esos dos, atrapados en un amor imposible y, en opinión de la mayoría, desnaturalizado. Quizás había cometido un error al apoyar a Elisea en su decisión de terminar con Ramiro Otárola, ya que no sólo avivaba las esperanzas de Servando sino que se había arrogado una potestad que no tenía, pues era Roger, y no ella, el tutor de las Valdez e Inclán. Los porteños no hablaban mal de Elisea sino de miss Melody, convencidos de que había instigado la ruptura dada la amistad de los Álzaga con la familia del novio.

Otro paseo que entusiasmaba a los niños, en especial a Víctor, consistía en cruzar la Alameda y, barranca abajo, alcanzar la orilla del río en el sector donde los pescadores, montados a caballo, echaban sus redes para después arrastrarlas cargadas de peces. En tanto los niños se fascinaban con el espectáculo de las redes colmadas, Melody fijaba la vista en el horizonte y se preguntaba: “¿Es que acaso no volveré a verlo? ¿Ha terminado todo entre nosotros?”. La esclava Miora, que nunca abandonaba a su ama, le pasaba las manos por las mejillas húmedas y le decía: “Pronto, miss Melody, pronto. Me lo dice el corazón”. Se componía enseguida para que los niños no la pillaran abatida, en especial Jimmy, cuya naturaleza achacosa no le perdonaba sobresaltos ni angustias. En el último tiempo, su corazón se había debilitado, y el invierno inminente —la peor época para su constitución— era un monstruo al que Melody temía como a nada.

Así la encontró una tarde María del Pilar Montes, la mirada fija en el horizonte, ajena al bullicio de los niños y a las voces de los pescadores. Le tocó el antebrazo en una muestra de extraña familiaridad y le preguntó:

—¿Es vuestra merced la condesa de Stoneville?

—Sí, soy yo —dijo, y enseguida se vio cautivada por la dulzura de esos ojos grises.

—Mi nombre es María del Pilar Montes, baronesa de Pontevedra. Disculpe si la he abordado de este modo tan poco ortodoxo, pero mucho me han referido acerca de vuestra merced y me complacería frecuentarla. La he conocido por su cabello —añadió con una llaneza que enmudeció a Melody; había un rasgo de admiración en la voz de esa mujer que también la confundió.

—Estimo que no le han hablado bien de mí —expresó tras un momento, y se lamentó de sonar tan amargada.

—No, en verdad no. De igual modo, deseaba conocerla. Nadie que defienda a estos pobres miserables —dijo, y señaló a tres esclavas a pasos de ella— puede ser una mala persona. Es más, me conmueve su abnegación por los africanos. Sé del hospicio que intenta fundar. La admiro —manifestó, tras una pausa.

Se suponía que una mujer, casada o soltera, debía llevar una vida tranquila, consagrada a la casa, a los hijos y al marido, a los padres y hermanos en su defecto, frecuentar la iglesia, algunos saraos, coser, bordar y tocar el piano. También se esperaba que entretuviera a los hombres con una charla intrascendente pero vivaz, que bailara danzas españolas y francesas y que supiera recitar. María del Pilar Montes —Pilarita para amigos y familiares— no sólo cumplía con esas premisas sino que descollaba por su belleza y buen gusto; ser la hija del duque de Montalvo, un influyente noble catalán, le granjeaba la devoción de las esposas de los comerciantes más encumbrados.

Melody, con sus ideales y proyectos, que no había llegado virgen al matrimonio, hermana de un prófugo de la justicia, venerada por negros y pobres, encarnaba lo opuesto, lo inaceptable. Al principio desconfió de la amistad de Pilarita, pero al final terminó por aceptar sus invitaciones, en parte porque el repudio comenzaba a pesarle, y también porque los tres hijos varones de Pilarita, Leopoldo, Tito y Francisco, congeniaban con Jimmy, Víctor y Angelita. La más pequeña, Carolina, apenas un bebé, solía entretenerse con Marianito, el hijo de Lupe.

La tarde que llegó el mensaje del Convento de las Hijas del Divino Salvador, Melody tomaba el té en compañía de sus amigas en el gabinete de su alcoba, alejadas de los niños, a cargo de los maestros vizcaínos, Perla y Jaime.

—Te has demudado, querida —notó María del Pilar.

—¿Malas noticias? —se inquietó Lupe.

—Más bien desconcertantes. La superiora del convento me informa que doña Bernabela, viuda de Valdez e Inclán, ha desaparecido. Desde ayer no saben de ella; no se encuentra en su celda ni en ninguna otra parte. Tampoco conocen el paradero de la esclava Cunegunda, entregada a la congregación como parte de la dote de doña Bela.

Especularon. Melody admitió que nunca la convenció el súbito fervor religioso de la viuda de Valdez e Inclán; Lupe añadió que lo menos creíble era que lo hubiese hecho por un pedido de su esposo moribundo cuando se sabía que no lo toleraba; Pilarita, en su modo prudente y conciliador, opinó que tal vez doña Bela había abandonado el convento en contra de su voluntad.

Melody le indicó a Trinaghanta que mandaran por Servando a lo del señor Cagigas, el maestro tapicero.

—¿Quieres que le diga a Mariano —ofreció Lupe— que vaya a ver a la madre superiora y se ocupe de este contratiempo?

“Desearía que Roger estuviera aquí”, pensó Melody. Él sabría cómo actuar, qué medidas tomar, su sola presencia la habría apaciguado. Él era tan fuerte y recio.

—Antes de molestar a tu esposo, Lupe, quisiera sacarme una duda.

Servando llamó a la puerta y, tras quitarse la boina, apenas cruzó el umbral.

—¿Me mandó llamar la señora?

—Sí. Necesito que te dirijas a lo de Valdez e Inclán y, con absoluta reserva y prudencia, te fijes si doña Bela está allí. Ha desaparecido del convento —le explicó—, no sé adónde fue, no sé dónde está. Me urge averiguar. Ve ahora mismo. Como excusa, pídele a la señorita Leonilda la bretaña que me prometió.

—¿Tanto confías en ese yolof? —se sorprendió Lupe, y Melody asintió.

A nadie extrañaban las visitas de Servando a la casa de la calle Santiago; formaban parte de la rutina. Se suponía que visitaba a sus hijos, los que había concebido con cuatro esclavas, que para eso lo habían comprado tiempo atrás, para semental. Sí extrañaba que el yolof no cohabitase con ninguna, ni siquiera con Visitación, su favorita, por muy dispuestas que las muchachas se mostraran. Aunque nunca había sido de talante risueño, ahora desplegaba una actitud hostil, incluso grosera, que daba miedo.

Ese día, se adentró en la casa de Valdez e Inclán no sólo para buscar a doña Bela sino a Tomás Maguire, que, ya repuesto de la herida que él mismo le había infligido, a veces abandonaba su escondite en la cripta del Retiro y se aventuraba en la casa de la calle Santiago para ver a Elisea.

No había indicios de doña Bela ni de su esclava Cunegunda; la casa y sus habitantes se movían al ritmo de costumbre, y nadie parecía alterado ni inquieto. Elisea no se hallaba con sus hermanas, que bordaban en la sala; la encontró en el huerto, la cabeza cubierta con un pañuelo e hincada mientras removía la tierra de la coliflor. Tomás Maguire, sentado junto a ella, le hablaba y la hacía reír.

—¿Qué hace aquí? —lo increpó Servando, y Elisea soltó un grito.

—Eso no es asunto tuyo, negro felón —contestó Maguire, y se puso de pie.

—Miss Melody le ha dicho mil veces que no debe volver a la ciudad. Tiene un

ejército detrás de usted. ¡Váyase ahora mismo de aquí!

—¡Lo único que falta! Que yo reciba órdenes de un esclavo.

—Antes sostenía que todos éramos iguales —le recordó Servando—. Para usted, nosotros, los esclavos, éramos tan dignos como el más encumbrado.

—¡Tú no eres digno! ¡Eres un traidor!

—Por favor, señor Maguire, mejor váyase. Servando tiene razón, podrían descubrirlo...

—¿Y eso sería fatal para usted, verdad, niña Elisea? —El esclavo la miró con fijeza y le hizo bajar la vista—. Que le ocurriera algo al *señor Maguire* la haría sufrir mucho, ¿no es cierto?

—¿Cómo te atreves siquiera a dirigirle la palabra? —se mosqueó Tommy.

—Usted la compromete, a ella y a todos los Valdez e Inclán, entrando en esta casa. Si el comisario lo encontrase aquí, ellos serían cómplices e irían a la cárcel. ¡Váyase de una vez!

—¡Tú debes irte! ¡Sal ahora mismo si no quieres terminar con mi facón en las tripas!

Servando sesgó los labios en una sonrisa burlona que encolerizó a Tommy. Elisea lo sujetó del brazo cuando amagó abalanzarse sobre el esclavo.

—¡Por favor, señor Maguire, váyase! Corre un riesgo muy grande cada vez que se aventura en la ciudad. Miss Melody tiene razón. ¡Váyase, por favor!

—Lo haré, señorita Elisea, pues no deseo ver a vuestra merced contrariada. Pero tenga por seguro de que volveré a verla.

Ante esas palabras, Elisea bajó el rostro, incapaz de enfrentar el gesto entre demudado y colérico de Servando, y ni siquiera volvió a mirarlo cuando supo que Tommy había abandonado la propiedad saltando el tapial. Se quedó quieta, entre las coliflores, mientras Servando se acuclillaba a su lado.

—¿Acaso él es tu nuevo amante?

En el mismo movimiento, rápido e inopinado, Elisea lo miró a los ojos y le propinó una bofetada.

—¿Cómo te atreves siquiera a preguntarlo?

—¿Qué quieres que piense? Te encuentro aquí, con él, sin la supervisión de nadie, los dos con las cabezas juntas, riendo vaya a saber de qué. ¿Qué puedo pensar, Elisea? —Le clavó los dedos en los brazos y la sacudió sin medir sus fuerzas—. Estoy volviéndome loco con tu indiferencia. Hace meses que no me permites amarte.

—¡Tú sabes por qué! ¡Tú lo sabes mejor que nadie! ¡Por qué me torturas!

Servando la recogió entre sus brazos y la acunó mientras ella lloraba.

—Estoy volviéndome loco —dijo de nuevo—. Tengo tanto miedo de perderte.

Elisea se limpió los ojos con su mandil y lo contempló en serena actitud. Le acarició la mejilla oscura y le rozó apenas los labios con su boca pequeña y húmeda.

Servando le pasó los brazos por el talle y ahondó el beso con una avidez que hablaba de aquel tiempo de abstinencia. Cayeron sobre la tierra blanda del huerto, entre las plantas de lechuga.

—Déjame amarte. Entrégate confiada a tu Servando, que te ama más que a la vida. Piensa en los días felices del campanario, cuando te hacía el amor sin frenos ni malas memorias. ¡Piensa, Elisea! ¡Recuerda! Te echabas a mis brazos y te entregabas a mí con pasión. Yo te llenaba de besos y te hacía mía una y otra vez. Parecía que nunca me saciaría de ti. Aún estoy sediento de ti. Tan sediento —y hundió el rostro en el cuello de la muchacha.

—Servando... —murmuró ella, con ojos cerrados.

Se dejó amar entre las coliflores, y fue para Elisea como un milagro, pues, habiéndose creído muerta y seca, el amor de ese esclavo yoloof la devolvió a la vida.

El negro Braulio descorrió la cortina que hacía de puerta y metió la cabeza dentro de la cabaña.

—Aquí las traje, doña Enda.

La mujer levantó la vista del libro. Detrás de la estructura maciza e intimidante de su esclavo, único sobreviviente del remate de bienes para saldar las deudas de juego de su hijo Paddy, se adivinaban las figuras de Bela y Cunegunda.

—Pasen —invitó Enda, y se puso de pie.

Lucían cansadas y en sus facciones se reflejaban las horas de inquietud y mal dormir. Les señaló unas banquetas. Bela se sentó con un soplido y, tras retirarse el cabello de los ojos, se dedicó a mirar el entorno. Cunegunda permaneció de pie, junto a su ama. Se trataba del lugar más humilde en el que Bela hubiese estado. El mobiliario era escaso y barato. Un aparador llamó su atención, de buena manufactura, con puertas de vidrio —un detalle inusual— y anaqueles abarrotados de frascos con potingues, atados de hierbas, latas, cacharros y libros.

—Siéntate, Cunegunda —ofreció Enda—. Debes de estar exhausta.

—Gracias, señora Enda.

Pasaron largos minutos en que nadie habló. Enda se dedicó a preparar una colación de pan de maíz y carne fría. Volvió Braulio, que parecía ocupar todo el pequeño recinto, hasta se movía con la cabeza inclinada para no rozar el techo de bálago. Traía una jarra con leche y llenó dos tazones de barro, que puso frente a Bela y a Cunegunda.

—Imagino que esta cabaña debe de parecerle un lugar inaceptable —conjeturó Enda.

—Lo prefiero mil veces a la celda del convento. Aquí tendré libertad.

—Ni tanta —objetó la irlandesa—. La superiora ya habrá denunciado tu fuga y la de tu esclava, que en realidad ahora pertenece al convento. Por lo tanto, deben ser

precavidas. Diremos que eres mi hija, que acabas de quedar viuda. Ahora mi nombre es Gálata, y, si a causa de mi acento preguntan si soy inglesa, diremos que sí; muy pocos en Buenos Aires sabrían diferenciar el timbre de un irlandés del de un inglés. Por tu lado, llevarás el nombre de Rosalba y tu esclava, el de Melchora.

Bela asintió.

—¿Dónde estamos? ¿Cómo se llama este paraje?

—Estamos a una legua de San José de Flores.

—Sí, conozco —dijo Bela; de hecho, varias de sus amigas poseían quintas en ese lugar, donde pasaban los meses de estío.

—¿A quién será necesario decir que soy tu hija? Este sitio luce tan desolado, no se ve a nadie por aquí.

—Vienen personas a buscarme —fue la respuesta.

—¿Personas? ¿Quiénes? —insistió Bela, con un tinte de sarcasmo.

—Personas que me dan de comer, que nos darán de comer de ahora en más.

—¿Y a qué vienen?

—Vienen por mi don. —Enda contestaba con paciencia y sin abandonar los quehaceres.

—¿Tu don?

—La señora Enda —habló Braulio, con voz de trueno acorde a su corpulencia— es una gran curandera. Sus trabajos se conocen en toda la región. Hasta vienen señoras de la ciudad.

“Bruja además de envenenadora”, meditó Bela, y dirigió un nuevo vistazo al contenido del aparador.

—¿Por qué nos ayudaste a escapar, Enda? ¿Por qué nos sacaste del convento?

—Porque me lo pediste aquel día cuando fui a verte, el día en que me diste la llave de la casa de San José para que yo llevara tu nota a mi sobrina Melody. En aquella ocasión, te di mi palabra de que te ayudaría. —Ante la incredulidad que trasuntaba la expresión de Bela, añadió—: A ti y a mí nos une el mismo odio hacia Blackraven y hacia Melody. Necesito una aliada para llevar a cabo mi plan.

—¡Quiero verla muerta! —declaró Bela, y se puso de pie.

—Será cuando yo diga —manifestó la irlandesa a modo de advertencia, y le clavó los ojos verdes y penetrantes, hasta hacerla volver a la silla—. Ella está preñada y no le haremos nada por ahora.

—¿Cómo sabes que está preñada?

Enda se sacudió de hombros; luego concedió:

—La he visto varias veces en la ciudad. Aunque su vientre no se abulta aún, yo sé reconocer otros signos en una mujer grávida. Vamos, terminad vuestra merienda ahora. Aquel es tu camastro, Bela. Para Cunegunda echaremos un jergón de guata junto a ti. Podéis descansar unas horas, si lo deseáis. Pero después me ayudaréis con

los quehaceres.

Un batir de palmas llegó desde afuera. Braulio salió a atender. Se escuchó una voz femenina, culta y suave, que preguntaba si ésa era la casa de la curandera conocida como doña Gálata.

Capítulo IV

Blackraven se acercó a la borda del *Sonzogno* y contempló el horizonte, eterno e imponente. Inspiró y retuvo el aire con aroma a yodo antes de soltarlo. Amaba la navegación de altura, el mar era su ambiente natural, el aliado que lo había hecho rico y vuelto famoso su mote, *Captain Black*, a quien se le adjudicaban hazañas más propias de Odiseo que de un mortal, en gran parte nacidas del exceso de ron y de la índole desorbitada de los marineros.

Contempló el cielo del atardecer, con arborescencias que auguraban una mañana límpida. Hasta el momento, los vientos los acompañaban, y en esos cinco días de singladura habían recorrido más millas de las previstas. Si las condiciones se mantenían, llegarían al Río de la Plata antes de lo calculado. Exhaló un suspiro. Quizá debió seguir el consejo de Malagrida y de Távora, que habían insistido en que se embarcarse hacia Antigua para visitar su hacienda *La Isabella*, donde se habría encontrado con Amy Bodrugan, la única capaz de sacarlo de ese estado. Y desde Antigua, viajar a Londres, donde asuntos de capital importancia necesitaban su intervención, como detener al conde de Montferrand que planeaba presentar al primer ministro un proyecto para colonizar el Virreinato de la Nueva España. De Londres pondría proa a Ceilán y después a la India, a la China, al reino de Siam, a la gran isla de Australia, a Borneo, sin detenerse nunca demasiado tiempo en un mismo sitio.

La noche antes de zarpar, mientras cenaban en la cabina del *Sonzogno*, Malagrida lo miró a los ojos y le preguntó:

—Roger, ¿a qué vamos al Río de la Plata? La inauguración de la curtiduría me suena a excusa.

Ya que Malagrida y Távora, al igual que los demás espías del Escorpión Negro, conocían sus actividades en la Liga Secreta del Sur, es más, colaboraban con él, pensó en interponer razones de índole política. Pasado ese momento de reflexión, levantó la vista y manifestó:

—Vuelvo para ver a mi esposa.

De acuerdo con sus talantes, Malagrida se quedó en silencio, quieto y demudado; Adriano Távora prorrumpió en una carcajada y golpeó la mesa.

—¿Tú, casado? ¿Tú, con esposa?

En un primer momento les contó a grandes rasgos cómo había conocido a Melody y las circunstancias que precipitaron la boda; con el correr de los minutos y a medida que sus amigos se entusiasmaban y le hacían preguntas, él se dejó llevar y, mostrándose locuaz y generoso, desahogó sus días de angustia. Esa actitud sorprendió a sus amigos, pero no lo mencionaron.

Blackraven se dio cuenta de que le gustaba hablar de ella, necesitaba hacerlo, como si al mencionarla la sintiera más cerca, más palpable. Temía lo que hallaría en

Buenos Aires, y aquel modo divertido y relajado de evocarla lo alejaba de los malos recuerdos, les quitaba importancia a la luz de los gratos; veía desde otro ángulo la misma situación, y no la juzgaba tan negra. Malagrida y Távora se desternillaron de risa al enterarse del desprecio inicial de Melody, e insistían en que debía de tratarse de la primera mujer que le daba calabazas. Todavía reían cuando Blackraven extrajo de su faltriquera la miniatura de Melody. Adriano lanzó un silbido y levantó las cejas, al tiempo que decidía para sí: “No es tan hermosa como Victoria”. Malagrida opinó que se trataba de una joven muy bella. Levantaron los vasos y brindaron a la salud de Isaura Blackraven, el Ángel Negro.

Blackraven sonrió al evocar la conversación de noches atrás. Apoyó las manos sobre la borda y echó la cabeza entre los brazos, de pronto cansado. Apretó los ojos y se aferró a la imagen de Isaura para no caer en la nostalgia; imaginó su risa la noche en que hicieron el amor sobre la marisma del río, y la dulzura con que lo miraba después de haber gozado, y pensó en su boca, cuando se entreabría, dejando escapar cortos gemidos, mientras él la tocaba y la provocaba; y en sus ojos, ¡Dios, sus ojos!, de ese turquesa tan inusual, penetrantes y suaves a la vez, y cómo olvidar su cabellera, lo primero que lo había hechizado aquella mañana de verano en el Retiro.

A pesar de haberla sometido a prácticas sexuales que habrían perturbado a otra muchacha de su misma condición, Isaura siempre se había mostrado dispuesta a complacerlo. Dios era testigo de que no había tenido contemplaciones con ella, ni con su religión, ni con su juventud, ni con nada. Isaura lo había vuelto loco, y él la había tomado con el mismo descaro que hubiese empleado con una mujercuela, y lo más extraordinario era que, más allá del modo escandaloso en que la había iniciado a la vida sexual, ella conservaba ese halo de inocencia, que surgía de su mirada, incluso del modo en que se movía y hablaba. Resultaba asombroso que siguiera siendo una niña en su corazón. Nadie jamás podría saber lo que para él, un pecador impenitente, había significado la entrega de Isaura, el regalo de su inocencia y sobre todo el de su confianza. “Por ella, me he vuelto mejor persona”.

Se preguntó qué haría al llegar a Buenos Aires. En parte, la decisión dependía de la actitud que adoptase Isaura. “No es de naturaleza rencorosa”, se dijo, esperanzado. Sólo quería abrazarla y besarla, llevarla a la cama y hacerle el amor. No pretendía que le pidiera perdón por haberlo acusado sin asidero ni que le diera explicaciones, sólo deseaba recuperarla, sentirla suya, colmarla de los regalos que le había comprado en Río de Janeiro, las joyas de topacios, aguamarinas, crisólitos, citrino y amatistas; las sedas, los brocados y los terciopelos, y la muñeca belga, con su trajecito en encaje de Brujas y largos bucles rojizos que le recordaban su cabello. “Quiero que se pasee desnuda delante de mí con este camafeo en torno a su cuello y el pelo suelto sobre su espalda”, se dijo, mientras admiraba la alhaja que había mandado tallar en madreperla, engastada en coral rosa y con marco de oro. Comenzó a dolerle la

entrepiera, casi podía tocar la desnudez de su cuerpo, hundir sus dedos en la generosidad de sus pechos, casi podía saborear sus pezones.

Para combatir la excitación, empezó a trazar planes. Hacía tiempo que meditaba acerca del futuro. Tal vez había llegado la hora de retirarse de la vida de mar. La idea de asentarse en un sitio tranquilo, en Cornwall quizá, lo tentaba como antes sus barcos. Sonrió y sacudió la cabeza. Sólo ella lograba que el capitán Black considerase la posibilidad de abandonar su suerte de marinero y convertirse en terrateniente.

Su sonrisa se congeló, y pronunció el ceño que tanta dureza le confería a sus facciones. Hasta que no acabase con la amenaza del sicario conocido como La Cobra, Isaura permanecería en el Río de la Plata. Si bien juzgaba improbable que se asociase su nombre al del Escorpión Negro, había demasiado en juego para arriesgarlo, pues si la asociación llegaba a consumarse, su esposa se convertiría en el blanco de sus enemigos. De igual modo, Buenos Aires no se hallaba libre de peligros, en especial, el que implicaba Enda Feelham, sedienta de venganza a causa de la muerte de su único hijo, Paddy. Incluso después de meses, aún la veía con pasmosa nitidez bajo el roble de *Bella Esmeralda*, la mirada fija en él, como si lo adivinase tras el espeso cortinado. Aquellos ojos duros le habían comunicado su determinación más que mil palabras.

Se preguntó si Somar u O'Maley habrían dado con su paradero. Adriano Távora, hábil investigador, habría sido de utilidad en su búsqueda. Pero el portugués no los escoltaba con la *Wings* en ese viaje a Buenos Aires sino que navegaba de regreso al Viejo Continente, con varios encargos, entre ellos averiguar más sobre La Cobra, cualquier dato que los guiara a él. La prioridad era eliminarlo; eso sí, antes confesaría quien lo enviaba.

Adriano también ubicaría al sacerdote Edgeworth de Firmont, testigo de la abdicación de Luis XVI en favor de su hijo Luis Carlos, pieza clave para demostrar la autenticidad del documento; e intentaría igual suerte con madame Simon, a quien Luis Carlos había llamado cariñosamente *Bêtasse* y a quien le había confiado el documento que, de otro modo, habría terminado en manos de los jacobinos Hébert y Chaumette. Necesitaba ponerlos a salvo en ese mundo de espionaje y contraespionaje donde el dato más oculto o el guardado con más celo podía descubrirse y caer en manos equivocadas. Por esto mismo lo inquietaba que un sicario, reputado como el mejor de la Europa, anduviese tras el Escorpión Negro, no por él, que vivía en el límite, sino por su Isaura.

Aunque ni Távora ni Malagrida aprobasen su decisión, se había tratado de un acierto enviar esas misivas tanto a los Borbones en el exilio como al ministro Fouché, de modo que ambos se enteraran de que Le Libertin había muerto, que el Escorpión Negro seguía con vida y que Luis XVII se hallaba bajo su protección. Rió por lo bajo al imaginar las expresiones del conde de Provence y de Fouché al leer las breves

líneas; en cuanto a Napoleón, conociéndolo, dedujo que su reacción sería distinta, no lo sorprendería la información acerca del hijo de Luis XVI, aunque sí lo perturbaría. Necesitaba producir un heredero para afianzar su trono mal avenida y, hasta el momento, la emperatriz Josefina se mostraba incapaz de engendrar.

Pese a que no era dado a cuestionar la vileza del género humano ni la injusticia reinante en el mundo (le parecía de necios), la situación de sus primos, madame Royale y Luis XVII, lo ponía de malas. Apenas dos niños cuando estalló la revolución en su país, vivían, desde entonces, temiendo, huyendo, escondiéndose. Marie había llorado la noche en que concurrió a la casa del barrio de São Cristóvão a despedirse, y ni la promesa de que pronto volvería la había consolado. Aquella imagen lo embargaba de dolor, y juzgó vanos los recursos a los que echó mano para convencerla de que Río de Janeiro era un buen sitio para ella: la hermosa casa de São Cristóvão, el jardín que cuidaba con esmero, el invernadero, su amistad con la baronesa de Ibar.

—No soy amiga de la baronesa de Ibar —le aclaró, enfadada—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que busca mi compañía para saber de ti? Ahora que dejas Río, ya verás cómo no vuelvo a verla.

La baronesa de Ibar se había convertido en una molestia. Su descaro lo disgustaba, sobre todo porque João Nivaldo de Ibar le caía bien. No importó que aquella primera noche le hubiese manifestado su poca, sino inexistente, predilección por ella, y demostró que no era de temperamento engreído cuando de lograr un objetivo se trataba, pues volvió a llamar a su puerta varias veces, incluso en una ocasión la halló desnuda en su cama (Estevanico le había permitido entrar). Lo preocupaba que el matrimonio de Ibar insistiese en realizar una visita al Río de la Plata en breve. No quería problemas con Isaura.

Escuchó que Malagrida y Estevanico se aproximaban; habían hecho buenas migas esos dos. El jesuita desplegaba sus dotes de maestro, en tanto el pequeño esclavo revelaba aptitudes para asimilar lo que se le enseñase. Blackraven volteó apenas y lo miró de reojo. El cariño y la buena comida habían operado maravillas en la contextura y el semblante del niño; el modo de caminar, la forma de la cabeza y ciertos lineamientos de su rostro le recordaron a Servando; quizás Estevanico fuera hijo de yolofes.

—¡Amo Roger!

—Dime —contestó, sin volverse.

—Le gané en el juego de damas al capitán Malagrida.

—Vaya, vaya —dijo Blackraven, y escuchó que Gabriel Malagrida reía por lo bajo.

—Mañana prometió enseñarme a jugar ajedrez, eso que usía jugaba con su primo, el señor Letrand.

—Ya no estoy tan seguro de enseñarte, Estevanico —interpuso el jesuita—. No

deseo ser vencido también en el ajedrez.

—Pero su merced lo prometió —se apenó el esclavo.

—Ya veremos. Todo depende de cuán bien aprendas tu lección de castellano.

—Ah, si es por eso, capitán, tendrá que enseñarme a jugar ajedrez nomás, pues lo hablo muy bien. Amo Roger —dijo enseguida, y le tiró de la manga para que lo mirase—, ¿cómo se llama mi ama nueva?

—Tú la llamarás miss Melody, como los demás.

Estevanico asintió y repitió el apodo sin emitir sonido, moviendo los labios.

—Pero, ¿ése es su verdadero nombre?

—Su nombre es Isaura, pero sólo yo la llamo de ese modo. Y ahora ve a hacer rancho con los demás y enseguida a dormir, que te despertaré antes del amanecer.

—Está bien, amo Roger. Hasta mañana, capitán Malagrida.

—Que descanses, Estevanico.

Había caído la noche, y la luna se reflejaba en el mar, iluminando una franja que parecía de plata. La mesana del *Sonzogno* se inflaba con la brisa e impulsaba el gran buque hacia el sur. El cataviento flameaba y azotaba el palo mayor, y ese sonido se mezclaba con las voces de los marineros en cubierta y con un bullicio amortiguado que provenía del pañol donde los demás se aprestaban para la cena.

—¿Acaso tu esposa —habló Malagrida— no se hace llamar por la servidumbre “señora condesa”?

Blackraven sonrió sin mirarlo, la vista clavada en el resplandor de la luna.

—No, le molesta que la llamen así.

—Qué peculiar —apuntó el jesuita, y Blackraven volvió a sonreír, sin añadir ningún comentario—. Te invito a mi cabina a degustar un lágrima Christi, botín de mi última presa. Embotellado y añejado en toneles de la propia Jumilla. Es una bendición.

Sorbieron el vino dulce en silencio, mientras Blackraven, inclinado sobre la mesa, estudiaba los trazados del mapa. Un rato después, Malagrida acomodó el desorden de sextantes, astrolabios y compases, mapas y cartas geográficas y de marear, e indicó a su asistente que les sirviera la cena. No hablaron en tanto comieron. La amistad y la confianza cimentada entre ellos los liberaba de llenar los espacios de silencio que tanto habrían incomodado a otros.

—¿Qué sabes de tu madre? —se interesó de pronto Malagrida.

“Quizá”, meditó Blackraven, “ha querido preguntarme por ella desde hace semanas”. A Isabella le ocurría lo mismo cuando quería conocer la suerte del capitán Malagrida, se andaba con rodeos.

—Adriano me dijo que se marchó a Cornwall con mi tío Bruce y Constance.

—¿A Cornwall? Si detesta Cornwall.

Blackraven levantó la vista y le preguntó con la mirada lo que sus labios no

pronunciaron: “¿Desde cuándo conoce usted los gustos de mi madre?”.

—Pues por mucho que deteste Cornwall, hacia allá partió.

Por largos minutos, volvieron a encerrarse en su mutismo. Blackraven mantenía la vista fija en un punto de la mesa, en tanto Malagrida lo contemplaba a él en la actitud reflexiva de quien estudia un objeto que le causa admiración y curiosidad.

—Tú, Roger Blackraven —dijo, con acento profundo y calmo—, posees la sabiduría de un hombre que pertenece a dos mundos. —Citó a continuación—: “... porque así como quienes dibujan el paisaje se sitúan en el punto más bajo de la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares elevados, y para estudiar la de las bajas planicies ascienden al punto más elevado de los montes...

Y Blackraven completó:

—... de la misma forma para conocer bien la naturaleza de los pueblos es necesario ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes es necesario formar parte del pueblo”. —Levantó la vista y le sonrió a su viejo dómine—. *El Príncipe*, su obra favorita —expresó—. ¿A qué debo este pensamiento?

—¿Qué te inquieta? —preguntó, en cambio, Malagrida—. Sé que tienes responsabilidades a granel, pero así ha sido siempre. Ahora noto que algo de peculiar naturaleza te preocupa.

—Dice la verdad, siempre he tenido responsabilidades y problemas a granel, y lejos de agobiarme, me han servido como un desafío que me llenaba de energía. Sin embargo, ahora me siento vulnerable a causa de ellos. —Tras un silencio, confesó—: Es por Isaura. Ella me ha vuelto vulnerable. Uniendo su destino al de un hombre como yo, se ha expuesto a los peligros que me rodean, peligros que jamás me amedrentaron, pero a los que ahora temo. Por ella.

—¿Tanto la amas? —Blackraven lo miró a los ojos y no contestó—. “Como lirio entre los cardos, así es mi amada entre las jóvenes” —declamó el jesuita.

—¿De pronto es usted poeta?

Malagrida, sonriendo, negó con la cabeza.

—Pertenece al Cantar de los Cantares.

—¡Dios bendito nos ampare! —exclamó el guardia apostado en la torre del Fuerte de Santa Teresa, en la Banda Oriental.

—¿Qué ocurre? —se inquietó su camarada, y le quitó el catalejo—. Ingleses —dijo en voz baja, y su acento delató el miedo que esa palabra le infundía.

Eran los primeros en avistar la fragata *Leda*, a la cual el almirante sir Home Riggs Popham le había ordenado que se separase de la escuadra para explorar el río, conocido por sus bancos de arena y sus corrientes.

La noticia de la embarcación inglesa merodeando las costas de la Banda Oriental alarmó aunque no sorprendió a la población —esperaban el ataque desde hacía meses

—, en especial por la actitud indolente del virrey Sobremonte, quien se limitó a disponer el acuartelamiento de algunos batallones, indisciplinados y mal provistos, en el Fuerte de Buenos Aires, y envió un refuerzo de tropa a Montevideo convencido de que los ingleses intentarían apoderarse de esa plaza en primer lugar.

En rigor, ésa era la intención del brigadier general William Carr Beresford, quien, con el cuello de su chaqueta bien levantado para protegerse del frío, se aprestaba a abordar la fragata *Narcissus* donde se celebraría el consejo de guerra en el cual se decidiría si atacarían primero a Buenos Aires o al puerto de San Felipe de Montevideo.

Beresford y Popham se estrecharon las manos con desapego y, de inmediato, escoltados por otros oficiales, se encaminaron a la cabina del capitán Donnelly. Bebieron a la salud de su majestad Jorge III para sumergirse casi de inmediato en una acalorada discusión acerca de los pros y contras de apoderarse de una u otra ciudad.

—Soy de la opinión —esbozó Beresford, en su modo cauto y caballeroso— de atacar primero a Montevideo, asegurarnos esa plaza, a la que juzgo la llave del Río de la Plata, y después marchar sobre Buenos Aires.

—Sabemos que Montevideo está mejor pertrechada que Buenos Aires —interpuso el capitán Honeyman, otro de los oficiales a cargo de la misión—, incluso el virrey ha enviado más tropa de línea desde Buenos Aires, dejando a ésta prácticamente desguarnecida.

—Por esa misma razón —dijo Beresford— debemos atacar primero Montevideo. Soy consciente de que requerirá un esfuerzo bélico mayor, pero nos haremos de armas y municiones, que a nosotros no nos sobran, y con eso caeremos sobre Buenos Aires y la conquistaremos muy fácilmente. En cambio, si tomamos Buenos Aires, que está desguarnecida, será más difícil ir después contra Montevideo. Incluso será difícil sostener la ocupación de Buenos Aires.

Popham se puso de pie y declaró:

—Entiendo su postura, brigadier, pero, en las circunstancias en que nos hallamos, creo que no es la más conveniente. Hacernos de la capital del virreinato provocará un gran efecto sobre las autoridades y la población en general, efecto que más tarde nos servirá para apoderarnos de las demás regiones, incluida Montevideo. Por otra parte, nuestros barcos están desprovistos, la tropa carece de todo. Si atacamos Buenos Aires, desguarnecida como está, será un triunfo seguro y entonces podremos aprovisionarnos sin demoras. Atacar Montevideo, bien armada y fortificada, conlleva un riesgo, bien lo sabemos. ¿Cómo nos avituallaríamos si no consiguiésemos conquistarla? Quedaríamos en una penosa situación.

Esta razón pareció calar en los ánimos de los demás oficiales, pues comenzaron a asentir y a murmurar. Beresford supo que había perdido la partida. Miró con recelo a Popham, a sabiendas de que eran otras las motivaciones que lo llevaban a defender su

postura, en primer lugar, hacerse de los tesoros que se encontraban en la capital del virreinato antes de que las autoridades los pusieran a resguardo, y segundo, ganarse el respeto y la admiración de la corte de Saint James con un triunfo rutilante y el envío de varios cofres llenos de oro y plata.

Según los cálculos de Malagrida, entrarían en la boca del Río de la Plata en cinco días, si el viento se mantenía favorable, por lo que, añadió, no precisarían racionar el agua ni el bastimento. Las dimensiones del *Sonzogno* le permitían una gran autonomía, que le servía para navegar sin tocar puerto durante semanas, conservando la salud de su tripulación y la higiene.

Blackraven, ubicado en el castillo de popa, observaba la destreza de Schegel en el manejo del gobernalle. Después paseó la mirada por cubierta, donde varios marineros sumergían las bruzas en baldes llenos de agua jabonosa y, con vigor, cepillaban las tablas de la crujía. Otros, inclinados sobre grandes toneles, revisaban las coles antiescorbúticas y las berzas, quitándole hojas malas y separando las podridas; más allá, al pie del palo mayor, Milton y Peters remendaban el foque.

Estaba orgulloso de sus barcos y de sus hombres, seleccionados con meticulosidad y a quienes sometía a intensos entrenamientos, que no sólo apuntaban a desarrollar la fuerza física, la habilidad en cuestiones de náutica y el manejo de armas sino a exacerbar el respeto a la disciplina, la higiene y el honor. Ellos no eran filibusteros, eran corsarios, y como tales tenían un código que obedecer. A bordo, se penaban con cincuenta latigazos las riñas, las borracheras y el incumplimiento de las tareas. La sodomía se castigaba con la muerte.

Estevanico se aproximó con cautela, buscando no alertar al amo Roger. Cerca de él, el niño advirtió que el sol del crepúsculo iluminaba a contraluz la mitad del rostro de Blackraven, acentuando su natural expresión firme y reflexiva, siempre dura a causa del familiar ceño, oscuro y pronunciado. Así y todo, no le temía, por el contrario, aquel hombre blanco le agradaba; emanaba una noble esencia.

—¿Has hecho lo que te mandé?

Estevanico rió.

—Me acerqué muy despacito, amo Roger. ¿Cómo supo que estaba aquí?

—No quieras pasarte de listo con el capitán Black —le advirtió Radama, el malgache, quien drizaba una verga a palmos de ellos—. No es fácil sorprenderlo, ¿sabes?

—Te olí —bromeó Blackraven—. Parece que hace días que no te aseas. ¡Anda! Pide agua caliente en la cocina y, para la cena, te quiero más limpio que un altar. Radama —dijo enseguida, sin apartar la vista del horizonte, haciéndose sombra con la mano—, alcánzame el catalejo.

Antes de que el malgache pudiera cumplir la orden, se escuchó la voz de Shackle, quien, a varios pies de altura, apostado en la cofa, vociferó que avistaba una nave a

labor. Radama le pasó la lente y Blackraven confirmó el anuncio y su sospecha. Malagrida abandonó el puente de mando y se aproximó dando grandes zancadas. Ambos mantuvieron silencio mientras analizaban la situación.

—Es una magnífica fragata —comentó Blackraven, sin bajar el catalejo.

—Estupenda —coincidió el jesuita—. Han largado todo el trapo, se aproximan a nosotros con rapidez.

—Dada su posición, nos avistaron primero.

—¿Crees que presentarán batalla?

—Sí.

—¿Alcanzas a ver su estandarte?

—Están bajando la enseña española y suben la Jolly Roger —informó Blackraven, en referencia al estandarte de los piratas, la bandera negra con la calavera y las dos tibias cruzadas.

Malagrida bajó el catalejo y contempló el perfil de su amigo.

—¡La Jolly Roger! ¡La Jolly Roger! —vociferó con entusiasmo la marinería agrupada en torno a ellos.

—¿Piratas? —farfulló el jesuita.

—Sí, y de la peor calaña.

—¿Acaso los conoces?

—Conozco esa fragata, la *Butanna*. Pertenece al hijo de Ciro Bandor.

—¿Ciro Bandor? ¿El filibustero que mataste? —Blackraven asintió—. ¿Conoces a su hijo?

—Sí, lo conozco. Su nombre es Galo Bandor. A quien más le gustaría estar aquí esta tarde es a Amy Bodrugan.

Malagrida se dio cuenta de que la ira inundaba a Blackraven; le conocía esa expresión de labios apretados y fosas nasales dilatadas.

—Galo Bandor sabe que el *Sonzogno* es uno de mis barcos. Atacará, y lo hará con toda la artillería que posee. Hace años que busca vengar la muerte de su padre. Cuando sepa que me encuentro en este barco dirá que hoy es su día de suerte. ¡Shackle! —vociferó hacia arriba—. ¿Logras ver el armamento con que cuentan?

—¡Catorce aspilleras a estribor! ¡Dos morteros en la proa, capitán!

“Nada mal”, admitió Blackraven, aunque ellos se encontraban mejor armados. De igual modo, la suerte podía correr del lado de la *Butanna* si un diestro artillero les volaba el palo mayor o les ocasionaba un agujero en la amura por debajo de la línea de flotación que los llevase a pique en cuestión de minutos.

—¡Zagros! —llamó Blackraven al contramaestre—. Ordene zafarrancho de combate.

El contramaestre griego se alejó vociferando directivas, más allá de que cada miembro de la tripulación sabía cómo proceder y qué puesto ocupar en caso de

avistar una presa. Un grupo acomodaba los cabos y tablas de abordaje; los artilleros abrían las aspilleras, movían las cureñas y destrincaban los cañones, mientras sus ayudantes revisaban los yesqueros y botafuegos, y sobre todo que la cuerda mecha no estuviese húmeda; se abrió la santabárbara para extraer toneles con pólvora, municiones y metralla, y se alistaron los bomberos, es decir, los marineros a cargo de apagar incendios con los baldes con arena; se aprestaban las armas ligeras — mosquetes y fusiles—, y ninguno olvidaba asegurar sus sables y cuchillos a la cintura; algunos, sin visos de embarazo, se persignaban y se encomendaban al dios de su credo o al santo de su devoción.

Blackraven desapareció por la escotilla. Entró en su camarote, donde Estevanico se lavaba de pie en una palangana. Hurgó en su arcón hasta encontrar un pañuelo negro con el que se ciñó la cabeza. Revisó las pistolas y se calzó el estoque y una espada ancha y corta en el tahalí del cinto. Estevanico lo miraba sin pestañear. Por sobre el hombro, antes de salir, Blackraven le dijo:

—Llegas a abandonar el camarote y te tiraré por la borda.

—¡Yo no sé nadar, amo Roger!

—Entonces quédate aquí y no salgas hasta que yo te lo ordene.

De regreso en cubierta, estudió el cataviento antes de disponer las maniobras. Con el capitán Black a bordo, Malagrida se mantenía al margen, aunque se ufano al comprobar que las decisiones de Roger coincidían con las que él habría tomado. Blackraven indicó a Schegel, todavía al mando del gobernalle, que orzara hacia la izquierda, en dirección del viento, y el buque escoró hasta la posición deseada para luego navegar de sotavento hacia la *Butanna*.

—¡Viren a babor! ¡Usaremos el espolón a modo de ariete! ¡Bajen el trinquete! ¡Arrien la mesana!

Ambas naves fachearon y, hallándose a pocas brazas, comenzaron a disparar con feroz empeño las armas ligeras y la artillería. En pocos minutos, resultaba imposible, a causa del humo, ver a la *Butanna*, sólo se divisaban los extremos de su arboladura, que seguía intacta. Se trataba de una maniobra de altísimo riesgo, avanzar a ciegas hasta chocar con la nave enemiga, pero los hombres del capitán Black estaban habituados a su temeridad. El *Sonzogno* prosiguió acercándose hasta que se escuchó y se sintió que el espolón se incrustaba en el casco enemigo. Al divisarse la silueta de la nave enemiga, en algunas partes muy astillada, Blackraven ordenó que se lanzaran los cabos de abordaje y que se acomodaran las tablas para cruzar. La tripulación elegida para el atraco se lanzó a la *Butanna* a voz en cuello. “¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!”, salomaban.

Los hombres de Galo Bandor sabían que, en caso de tener la buena fortuna de contar con el capitán Black en la batalla de esa tarde, debían evitarlo, pues se consideraba prerrogativa de Galo Bandor acabar con él. De igual modo, Blackraven

se topó con varios y los dejó tendidos sobre cubierta en su avance hacia el puente de mando, donde había avistado al hijo de su antiguo capitán. “Por ti, Amy. Por ti”, decía con dientes apretados, al tiempo que sus mandobles segaban manos, abrían vientres, sacaban ojos y tronchaban narices. A menudo necesitó pasarse la manga de la camisa por el rostro para limpiarse la sangre de sus víctimas.

Bandor lo vio desde el puente, Blackraven se acercaba con la cabeza envuelta en un pañuelo negro, la camisa empapada en sangre y una mueca cruel, y ocultó el miedo tras una sonrisa con aire de suficiencia. Lo intimidaba la apariencia de galeote de ese hombre.

Casi anochece cuando Blackraven alcanzó el puente y, desde allí, apreció que la contienda llegaba a su fin. La victoria le pertenecía.

—¡Capitán Black! ¡Hoy es mi día de suerte! —exclamó Bandor.

—¡Eres tan previsible! —se mofó Roger.

—¡Te enviaré al Infierno, malhaya, gitano inglés!

—¿A hacerle compañía a tu padre? ¡No, gracias!

Bandor reaccionó con ira. Dio un grito y se abalanzó sobre su enemigo. Se enzarzaron en un combate de espadas. No era la primera vez, y cada uno sabía que contendía con un soberbio espadachín. Por sus expresiones, parecían disfrutar la pelea. Había pasión en sus avances y estocadas, y sus sonrisas sin humor, más bien pedantes, les volvían siniestras las expresiones. Se habían infligido varios cortes, ninguno de consideración, y su sangre se mezclaba con las de sus víctimas. Malagrida calculó que llevaban más de veinte minutos de pelea, y dedujo que el hombro derecho debía de arderles por el peso de la espada, como también las piernas, dados los saltos y movimientos bruscos; no se trataba de una pelea con estilo sino de una a muerte.

La contienda se mantenía pareja, no se avizoraba un pronto final y resultaba difícil establecer quién llevaba ventaja, hasta que Bandor recibió un corte en el pómulo izquierdo, cerca del ojo, que lo desorientó, instante del que Blackraven se sirvió para colocarle la punta del estoque en la yugular. Se quedaron en suspenso, mirándose intensamente.

—¿Qué pasa? —se mosqueó Bandor—. ¿No vas a matarme?

—No —admitió Blackraven—. Ese derecho le corresponde a otra persona. Y lo hará con mucho gusto, luego de castrarte.

—Amy Bodrugan —dijo el pirata español, y le brillaron los ojos verdes.

Capítulo V

Era 24 de junio, y, pese a que las ventanas que daban sobre la calle de San José estaban cerradas, el bullicio por los festejos del día de San Juan Bautista alcanzaba los interiores de la casa. Melody no les prestaba atención. Inclineda sobre Jimmy, meditaba que no habían pasado tres días desde el comienzo del invierno que su pequeño hermano ya estaba en cama, muy enfermo. De hecho, le impartirían la extremaunción.

Tres noches atrás, Melody se había acostado con un fuerte dolor de cabeza, sintiéndose deprimida y desdichada al concluir que para ella el amor de Roger constituía su entera existencia mientras que, para Roger, ella significaba menos que un episodio agradable. Tal vez la ausencia y el silencio prolongado de su esposo la orillaban a esas conclusiones; Trinaghanta opinaba que su abatimiento se debía al embarazo, pues, según la cingalesa, las preñadas se volvían muy sentimentales; Miora sostenía que nadie podía estar de buen ánimo comiendo tan poco; o quizá la mención de Ana Perichon durante el encuentro de la tarde con Lupe y Pilarita la había desazonado porque terminó imaginando a las hermosas mujeres que su esposo conocería en el extranjero y a las que llevaría a la cama. Se le enturbió la vista y se mordió el labio. Deseaba amarlo menos.

Se durmió y, como le sucedía a menudo en los últimos tiempos, se despertó en medio de la noche, excitada, sudada, las palpitaciones a un ritmo frenético a causa de las escenas vividas de un tórrido apareamiento entre ella y Blackraven. Se ovilló, poniendo ambas manos entre las piernas en un intento por aplacar el latido y la dolorosa puntada. “¡Dios mío!”, suplicó. “¡Haz que lo olvide!”.

Sansón, el enorme terranova de Blackraven, empujó la puerta y entró gañendo. Melody se incorporó, alarmada, y, en tanto se echaba la bata encima, le preguntó:

—¿Qué ocurre, Sansón? ¿Qué pasa, cariño?

Encendió la bujía. El animal la contempló con sus ojos caídos y volvió a gañir. Hacía días que lo notaba inquieto, no comía con la avidez de costumbre ni jugaba con los niños, aunque permanecía con ellos el día entero, incluso durante las horas de clases, a pesar de la oposición de Perla y de Jaime, los maestros. Si Sansón los acompañaba a la Alameda o a escuchar la retreta al Fuerte, no corría ni ladraba, y, en vez de pasar las noches junto a la cama de Melody como acostumbraba desde la partida de Blackraven, lo hacía a los pies de la de Jimmy.

Melody se ajustó la bata y lo siguió hasta la habitación de su hermano. Ya desde el corredor se escuchó su tos seca. Apenas cruzó el umbral, la asaltó una espantosa sensación de inminencia que la mantuvo quieta de miedo, abrumada por la certeza de que algo grave acontecía. No quería avanzar, no encontraba la fuerza para afrontar lo que sobrevendría y deseó que Blackraven estuviese a su lado. Posó la mano en el

vientre y allí se quedó, de pie en la puerta, con el aire retenido y la mirada clavada en dirección a su hermano, hasta que sintió la humedad del hocico de Sansón en la mano y lo escuchó gemir. Dio unos pasos y, al acercar la palmatoria a la cabecera, ahogó un sollozo. Los carrillos de Jimmy se habían teñido de una tonalidad rojiza que contrastaba con la palidez en torno a la boca y a los ojos; además tenía la frente mojada y los labios resecos. Respiraba con dificultad y se agitaba sin pausa, tosiendo, moviendo la cabeza de un lado a otro, pateando las colchas.

—Sansón, despierta a Somar y a Trinaghanta.

Se dio cuenta de que le temblaba la mano al apoyar la palmatoria sobre la mesa de noche. Sumergió una toalla en la jofaina, y la frialdad del agua le erizó la piel. Se inclinó sobre su hermano y le pasó el trapo por la cara y el pecho.

—Señora, ¿qué ocurre?

La voz de Somar la confortó y enseguida vio las manos oscuras de Trinaghanta que le quitaban el trapo para hacerse cargo de la faena. “No estoy sola”, se alentó.

—Delira a causa de la calentura —explicó, al borde del llanto—. Urge bajarle la fiebre, Somar.

—Iré por el doctor Argerich. No tardo.

—Si no lo encuentras, recurre al doctor Fabre.

A partir de esa madrugada, tres días atrás, la casa de la calle San José se había vuelto sombría. Los médicos entraban y salían, no sólo Argerich y Fabre, que asistían a Jimmy desde hacía meses, sino uno nuevo recién llegado a Buenos Aires, el doctor Egidio Constanzó, encomiado por el esposo de Pilarita, don Abelardo Montes, barón de Pontevedra, quien aseguraba que, después de años de padecer, el médico le había curado la gota.

Constanzó era un hombre alto, de estilizada figura, que no pasaba los treinta, si bien aparentaba más edad debido a una natural circunspección que lo llevaba a economizar las palabras y retacear la sonrisa; Melody sólo lo veía esbozar una mueca afable dirigida a Jimmy cuando lo sacaban de la inconsciencia.

—¿Qué me cuentas, muchacho? —le preguntaba.

A pesar de su fría serenidad, Melody encontraba consoladora la presencia de Constanzó y se hallaba más a gusto en su compañía que en la de Argerich y Fabre. En los ojos le brillaba la inteligencia, y en sus maneras hieráticas, despojadas de vanidad, se revelaba su fina extracción. Había sido Constanzó quien se opuso a sangrar a Jimmy para bajar la liebre, granjeándose la antipatía de sus colegas; en cambio, prescribió una bebida hecha de corteza de quino que lo mantenía fresco por más de tres horas. Igualmente, la enfermedad avanzaba, y, dado su débil corazón, Jimmy se consumía a ojos vistas.

Lupe y Pilarita, que acudían a la casa de San José a diario, se sorprendieron la tarde del día de San Juan al hallar a Melody en la sala del piano cuando resultaba

imposible apartarla del lado de Jimmy. Echada en un sillón, lloraba con una amargura que las turbó. Miora y Trinaghanta, de pie junto a su ama, miraban el suelo.

—¿Ha muerto? —preguntó Pilarita al oído de Miora.

—No, señora, pero el doctor Constanzó ha dicho que no hay esperanzas. Le van a dar la extremaunción.

Constanzó y sus colegas, Argerich y Fabre, coincidían en que se trataba de un cuadro grave de pleuresía, de ahí que Jimmy tosiera todo el tiempo, tuviera taquipnea, el semblante de un tono azulado y se quejara de una puntada en la espalda. Era imperativo que sudara la fiebre: se le colocaban ladrillos calientes a los pies y varias mantas; se lo sometía a vahos con aceite esencial de alcanfor y, con mucha dificultad, se lo obligaba a beber infusiones de jara cervuna y miel.

Debido al calor en la habitación y a su estado, Melody se desvaneció en dos ocasiones. Apenas dormía, lo que mellaba sus nervios; tampoco comía, sorbía el té o el caldo de gallina que la misma Siloé le ponía en la boca a cucharadas. No admitía que la sustituyeran, pensaba que nadie se conduciría con tanta suavidad o meticulosidad; si el agotamiento la mareaba, sólo le permitía a Trinaghanta darle la tisana, incorporarlo durante los vahos o sacarle las prendas empapadas. El trabajo resultaba extenuante, se cambiaban las sábanas tres veces por día, al igual que al niño; se llevaban y traían los ladrillos calientes; se terminaba con los vapores y ya había que darle la medicina o hacerle beber la infusión. A pesar de su mansa disposición, Jimmy se quejaba y se rebelaba porque, al moverlo, se agudizaba el dolor en su espalda.

Esa tarde del día de San Juan, Constanzó se dio cuenta de que los esfuerzos eran vanos; la pleuresía se había complicado con una neumonía. A la sugerencia de Fabre de punzarlo para extraer el líquido de los pulmones, Melody se opuso con firmeza, y el médico se marchó, ofendido. Constanzó y Argerich optaron por sedarlo con un cordial, conscientes de que en última instancia lo que mataría a Jimmy sería su corazón enfermo.

—Ahora que Jimmy está más tranquilo —dijo Argerich—, nos gustaría hablar con vuestra merced en la sala.

La apartaron para sugerirle que convocase a un sacerdote ya que la condición del niño era irreversible.

—¡No! —se descontroló Melody—. ¡No es verdad! ¡Jimmy no morirá! ¡Él no me abandonará! ¡No él, mi adorado Jimmy! ¡No! ¡Se equivocan! Dios no podría ensañarse conmigo de ese modo. Él no me quitaría también a Jimmy.

Se echó en el sillón a llorar, y así la encontraron sus amigas, Lupe y Pilarita, que consiguieron tranquilizarla y convencerla de que dispusiera que el pequeño recibiera el sacramento de los moribundos. La acompañaron de regreso al dormitorio de Jimmy, donde rezaron los misterios dolorosos.

—Es evidente que tus compatriotas se aprestan a invadir el Río de la Plata —señaló Malagrida a Blackraven, mientras ambos estudiaban con sus catalejos la escuadra donde la Union Jack flameaba en la sobrecebadera y en el asta de bandera de cada embarcación.

—¿Reconoces la insignia?

—Del comodoro Popham —dijo Blackraven, y Malagrida le adivinó el desagrado en la coloración de la voz.

—No luces sorprendido.

—No lo estoy.

—En el día de San Juan Bautista —manifestó el jesuita—, que él ampare a los habitantes de Buenos Aires.

Después del triunfo sobre la *Butanna*, cinco días atrás, Blackraven había pensado que una buena estrella lo acompañaba; la fragata de Galo Bandor llevaba su bodega repleta de tesoros (cueros, especias, sal y marfil) y, si bien había sufrido averías, apenas minaban su belleza. Decidieron remolcarla hasta el Río de la Plata, con las bombas de achique expulsando agua a toda hora. Se trataba de una estupenda adquisición para la flota de Blackraven; la llamaría *Isaura* y, en Génova, contrataría a un gran escultor para que tallase un mascarón de proa con los lineamientos de su esposa.

Si bien había heridos entre los hombres del *Sonzogno*, von Hohenstaufen, el médico de a bordo, le aseguró a Blackraven, mientras le echaba polvo de azufre en una sajadura en la pierna y otra en el antebrazo derecho, que no habría víctimas fatales. En cuanto a la tripulación de la *Butanna*, además de su capitán, sobrevivieron cinco piratas, quienes, con grilletes en los tobillos, le hacían compañía en el pañol de cabuyería, un sitio pequeño que exacerbaba el carácter atrabiliario de Galo, heredado de su padre.

La presencia de la escuadra de Popham en el Río de la Plata significaba un revés a la buena fortuna de Blackraven, quien no pensaba en la Liga Secreta del Sur —la intromisión de sus compatriotas se oponía a sus intereses—, sino en *Isaura*, expuesta a la amenaza de los cañones. Tenía que llegar antes de que comenzara la invasión, aunque en parte lo tranquilizaba la sospecha de que el marqués de Sobremonte no opondría resistencia.

Para evitar ser molestados por los barcos ingleses, dispuso que se izara la enseña portuguesa y que el *Sonzogno* se alejara hacia el sur, más allá de la Ensenada de Barragán, para anclar en una caleta apreciada por contrabandistas y filibusteros dado el abrigo natural que ofrecía y sus aguas profundas, sin bancos de arena; la llamaban “El Cangrejal” por la cantidad de cangrejos que desovaban en sus pantanos.

A pesar de las bondades de esa zona del Plata, mandó lanzar la bolina para

sondear la profundidad del río; no podía permitirse un encallamiento. Terminadas las maniobras de fondeo y echada el ancla, Blackraven ordenó a Milton que aprestara a Black Jack, su caballo negro. A Malagrida le manifestó:

—Me urge llegar a Buenos Aires esta misma noche. Allí evaluaré la situación y, en breve, le enviaré indicaciones. Que Shackle lleve a Estevanico mañana por la mañana a la casa de San José. Le recomiendo a Galo Bandor. No se fíe de sus rizos de oro, es artero y astuto como un demonio.

—Es una locura que te lances a la carrera por estos terrenos pantanosos. Casi anochece. Y amenaza lluvia.

—Conozco bien la zona —aseguró, en tanto se cubría con un gabán de hule.

—Ve con tiento y lleva un fanal —indicó Malagrida—. Y que el Señor te acompañe.

Se había levantado viento sur que traía olor a lluvia. Tomás Maguire se ajustó las solapas de su barragán y aceleró el paso por las calles oscuras en dirección a la casa de su hermana. Una ansiedad difícil de controlar casi lo llevaba a correr. Visitaría a Jimmy, enfermo desde hacía días, y después haría lo que su padre habría querido, enfrentaría a los ingleses. Se alistaría en las tropas acuarteladas en el Fuerte con otro nombre. Prefería morir antes que ver a esos mal nacidos apoderarse de su tierra.

Reinaba la confusión, y de los mentideros surgían las más fabulosas hipótesis: que más de trescientos cañones se aprestaban a nivelar la ciudad con el suelo; que los invasores ya habían desembarcado en la Ensenada de Barragán; que violarían a las mujeres y matarían a los niños; que el virrey igualmente había concurrido al teatro de la Ranchería para la función de *El sí de las niñas* porque celebraba el cumpleaños de su futuro yerno y el compromiso con su hija, Marica; que las tropas acuarteladas no contaban con armas ni municiones y que algunos soldados lloraban y otros desertaban.

Ensimismado como estaba, Tommy se sobresaltó con los campanazos del Santo Viático. “Alguien está por morir”, pensó, al tiempo que se ponía de rodillas en la acera y se quitaba el sombrero esperando que pasara el carro con el sacerdote y su ayudante, que iban o venían de suministrar la extremaunción. Corrió el último trecho hasta la casa de San José asaltado por un mal presentimiento. Por fortuna, no se topó con Servando en su camino hacia el dormitorio de Jimmy. Melody dormitaba en una silla con el rosario en la mano, Sansón a sus pies y Somar a su lado. Trinaghanta le ponía a Jimmy un paño húmedo sobre la frente, en tanto Miora rezaba junto a la cama.

—Vi pasar el Santo Viático —susurró.

—Era el padre Mauro —confirmó Somar—. Acaba de estar aquí.

—Oh, no —se lamentó Tommy, con la mano en la frente.

Melody despertó, sobresaltada, y un dolor en la nuca le hizo fruncir el entrecejo y apretar los ojos. Se echó a los brazos de Tommy apenas lo vio.

—¡Oh, Tommy! —alcanzó a decir antes de que el llanto le impidiera hablar.

Se compuso enseguida para explicarle los detalles de la enfermedad y, pese a que le temblaban las manos y tenía la voz engolada, lo hacía con tal meticulosidad, abriendo grandes los ojos, justificándose y buscando ser justificada, que Tommy y los demás cayeron en la cuenta de que estaba al borde del colapso. Le pidieron que no siguiera hablando y la obligaron a sentarse. Trinaghanta regresó con una infusión de toronjil y camomila, y se la dio a beber a cucharadas.

Más dueña de sí, Melody dijo:

—Tommy, sé que es riesgoso, pero deseo que te quedes aquí, a mi lado, hasta que todo haya pasado.

Sabían cuánto la había lastimado expresar aquella tácita aceptación del inminente desenlace. Tommy, hincado junto a ella, le tomó las manos y se las besó.

—No puedo, Melody. Tengo que partir.

—Aquí podremos esconderte. ¿Verdad, Somar?

—Por supuesto, señora.

—Por unos días —suplicó Melody.

—No se trata de que no quiera quedarme aquí contigo. Existe otra razón. Los ingleses están por invadir Buenos Aires, sus barcos ya están frente a nuestras costas. He decidido unirme a la tropa para combatirlos.

—¡No! —Melody se puso de pie de modo abrupto y Maguire se tambaleó—. ¡Insensato! ¿Acaso sabes qué estás diciendo? ¡Insensato! —repitió, presa de la ira—. ¿Cómo piensas que puedes unirme a la tropa? ¿No eres prófugo acaso? ¡Jamás permitiré que arriesgues tu vida! ¡No lo permitiré!

—Me cambiaré el nombre.

—¡Tienen tus señas, Tomás!

—Melody, por favor.

Como Jimmy se rebulló en la cama, la discusión prosiguió en el despacho. Melody tomó a su hermano por los hombros y lo sacudió apenas.

—Escúchame, Tomás Maguire. Te esconderás aquí hasta que el peligro de la invasión haya pasado. ¡No te expondrás a luchar contra los ingleses! ¡Ellos son poderosos, Tommy, entiéndelo!

—¡No soy un cobarde!

—No, no eres cobarde. ¡Eres insensato!

—Nuestro padre habría estado de acuerdo conmigo.

—No te permitiré seguir adelante con tus necesidades.

—No sé cómo harás para detenerme. Iré, no me importa lo que tú digas.

Melody lo abofeteó y enseguida se echó a llorar.

—Tommy, estoy tan cansada de ti y de tu falta de juicio. ¿Acaso no comprendes que nuestro hermano está muriendo? ¿Ni eso te conmueve? ¿Crees que podría soportar perderte a ti también?

—Si no combatimos a los ingleses, en pocos días todos estaremos muertos.

—Si sales de esta casa dejaré de considerarte mi hermano.

Se miraron, Melody con ojos arrasados y un temblor en el mentón; Tommy, con una expresión de profunda tristeza.

—Tengo que hacerlo —dijo, y se marchó.

Capítulo VI

No tenía ánimo para preocuparse por Tommy; la agonía de Jimmy era suficiente. “No puedo combatir con tantos frentes abiertos”, meditó. “Roger podría, pero yo no”, y, arrastrando los pies, con la espalda vencida, regresó a la habitación donde le pareció oler la muerte. Siempre identificaría ese aroma tan peculiar, mezcla de alcanfor, velas, cordial y jara cervuna, con la muerte; no es que fuera un olor desagradable, pero lo llevaba impregnado en las fosas nasales desde hacía días y a veces le causaba náuseas.

—Se ha marchado, Somar —fue todo lo que comentó, y ocupó su silla en la cabecera.

Después de un profundo suspiro, retomó sus oraciones bisbiseadas que cada tanto se apagaban, cuando la respiración de Jimmy, un roce áspero y estridente, recrudecía, aunque casi de inmediato, dado el líquido en sus pulmones, se volvía más suave y lenta, casi imperceptible; entonces, Melody se precipitaba sobre él, lo llamaba por su nombre, lo incorporaba, lo movía, incluso lo sacudía, lo instaba a respirar, hasta que volvían los estertores y lo acomodaba de nuevo sobre la almohada. Se quedaba mirándolo, con el rostro muy próximo, amoldando sus inspiraciones y exhalaciones a las de su hermano, acompañándolo en ese dificultoso ejercicio, deseando insuflarle vida. “¡Vive, vive para mí!”, le susurraba.

Entró la esclava Gilberta y le informó al oído que, en el portón de mulas, se había congregado un grupo de esclavos, más de cien, que oraba por la mejoría de Jimmy; habían traído las imágenes de los santos de sus cofradías, y varias votivas ardían en torno a ellos. Melody se limitó a asentir y siguió con el rosario.

Blackraven se encontró con los negros, los santos y las velas en la parte trasera de su casa. Aquella inusual reunión —calculó que debían de ser las tres de la madrugada— lo embargó de angustia. Saltó de Black Jack y se abrió paso entre los esclavos preguntando qué ocurría, por qué rezaban, qué hacían en su casa. Las oraciones se acallaron y el grupo se apartó hacia un costado dejándolo solo.

—¡Qué ocurre aquí! ¡Justicia! —exclamó, entre iracundo y aliviado, al ver al curandero.

—Amo Roger —dijo el anciano a modo de saludo—. Agradezco al cielo que vuesa merced esté aquí. El Señor lo ha guiado en esta noche de amargura.

Con la desesperación reflejada en el gesto, Blackraven se llevó el puño a la boca y ahogó un gemido, al tiempo que una debilidad le aflojaba las rodillas.

—Isaura —dijo, casi sin aliento, tambaleándose un poco—. No, Dios mío, no.

—¡No, amo Roger! —se apresuró a aclarar Papá Justicia—. Miss Melody está bien. Se trata de su hermano Jimmy. Él... Pues él está muriendo, amo Roger.

Se armó un jaleo en la cocina cuando Gilberta, su esposo Ovidio y Siloé lo vieron

entrar. No lo conocieron de inmediato, se asustaron y gritaron a causa de su traza de saltador. Siloé se compuso enseguida y le explicó la situación entre lágrimas, mientras Blackraven se quitaba el abrigo de hule y se lavaba en una batea.

—¿Quiere comer algo, amo Roger? —preguntó la cocinera.

—Más tarde tal vez —y enfiló hacia el sector de las habitaciones.

Sansón ya lo había olfateado. Blackraven conocía esos ladridos y el golpeteo de las uñas sobre el entablado en tanto el animal corría hacia él. Lo vio aparecer en el primer patio, y una sonrisa le suavizó las facciones endurecidas por el cansancio y la preocupación. El terranova ladraba y gemía alternadamente, saltaba y se echaba, mientras su dueño lo acariciaba y abrazaba.

—¿Cuidaste bien de mi chica? —le preguntó, mientras le rascaba el vientre—. ¿Sí? ¿Verdad que sí, amigo?

—No se ha apartado de su lado ni un instante —intervino Somar, y caminó en dirección a Blackraven. Se abrazaron y se palmearon la espalda—. Sospechábamos con Trinaghanta que te encontrabas cerca pues, desde hace una hora, Sansón está inquieto, como suele ponerse cuando tú estás al llegar. Nunca me alegró tanto verte —confesó el turco—. No podrías haber elegido peor y mejor momento para volver. Peor, porque Jimmy agoniza. Mejor, porque mi señora está a punto de quebrarse y te necesita.

—Vamos, quiero verla.

“Necesito verla”.

—Isaura —la llamó desde la puerta con una voz extraña, más grave, más bien aguardentosa.

Melody la reconoció de igual modo. Se puso de pie enseguida, pero demoró en volverse. ¿Y si lo había imaginado? ¿Y si se daba vuelta y él no estaba allí? Ajustó la mano en el respaldo de la silla al prever un desvanecimiento.

—Isaura, mi amor.

Giró apenas la cabeza. “Oh, Dios, ¿es él? Está cambiado. ¿O es una ilusión? Dios mío, no seas cruel”. Blackraven la entendía: ella sufría la misma devastadora impresión que él.

Melody rodeó la silla y lo miró a los ojos. De una vez quiso decirle que la perdonase, que sabía que él no había traicionado a Tommy, que Jimmy estaba muy enfermo y que ella estaba muy asustada, que no había permitido que lo punzaran y que quizá muriese a causa de eso, pero ella ya no toleraba verlo sufrir. Las palabras se trabaron en su boca y no dijo nada, sólo musitó el nombre de él.

Miora, que observaba desde un rincón, contaría después que el amo Roger se había abalanzado sobre miss Melody y la había estrechado con tal ímpetu que le cortó el respiro y le provocó un desvanecimiento. En verdad, cuando Blackraven alcanzó a sostenerla entre sus brazos, Melody ya había perdido la conciencia. La llevó en andas

a su dormitorio, con Trinaghanta y Somar tras él.

—Hace días que no come ni duerme —le informó el turco—. Es imposible apartarla del lado de Jimmy. Se ha desmayado a causa de la extenuación. Y no es la primera vez.

—Amo Roger —balbuceó la cingalesa—, la señora... La señora está de encargo.

—¡Mierda! —profirió Blackraven, más asustado que enojado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se enfureció Somar.

—La señora me hizo jurar que no te lo diría. Ella temía que le escribieras al amo Roger y que él volviese por esa razón.

—¡Maldito orgullo irlandés! —tronó Blackraven.

—¡Debiste decírmelo, Trinaghanta!

—¡Hice un juramento!

—¡Basta! Silencio los dos.

La acomodó sobre el colchón y le apartó los rizos de la frente. Su palidez asustaba, y también la frialdad de sus labios. Le quitó los botines y le soltó los primeros corchetes del jubón, en tanto Trinaghanta la cubría con una frazada. Somar había salido en busca del médico, y la cingalesa no tardó en seguirlo para cumplir otras órdenes de Blackraven, como traer sales y preparar un baño.

—Yo lo haré —indicó Roger, y descorchó la botellita para pasarla bajo las fosas nasales de Melody—. Encárgate del agua caliente. Isaura está helada.

Al principio, como volvió en sí en la cama, Melody entendió que se había tratado de un sueño. Después, al mover la cabeza y ver a Blackraven otra vez, de rodillas junto a la cabecera, levantó la mano para tocarlo, para comprobar si era real. Le rozó las mejillas ásperas y los labios, y él le besó la punta de los dedos con los ojos cerrados.

Melody se echó a llorar como lo hacen los niños, sin inhibiciones, desahogando la angustia y el miedo de días. Blackraven la recogió entre sus brazos y la acunó con su cuerpo y sus palabras, pidiéndole que se calmara, que ahí estaba él para arreglarlo todo, que nada malo le sucedería, que él daría la vida para verla feliz, que la amaba.

—¡Oh, Roger, perdóname! —suplicó Melody, tomada a su cuello, y él, que en los últimos meses se había debatido entre el resentimiento y el amor, pensó que nada justificaba la angustia de su dulce Isaura. Entonces, no tuvo duda, la amaba de un modo demencial, obsesivo, la amaría siempre, se dijo, hasta el fin de sus días, porque acababa de comprender que era capaz de perdonarle cualquier cosa, la más ruin, la más baja.

—¡Perdóname! —insistía Melody, y él, emocionado, no conseguía articular.

—Basta, Isaura, no me pidas perdón.

—Necesito que me digas que me perdonas. Fui dura contigo. Te acusé injustamente. ¡Desconfié de ti! ¡Qué avergonzada estoy! —Ocultó la cara en el pecho

de Blackraven, aferrándose a él con el ímpetu de quien teme al precipicio—. ¡Dime que me perdonas!

—Te perdono —accedió él, con los labios sobre la coronilla de Melody, y la voz quebrada—. ¿Qué no te perdonaría yo a ti, amor mío?

Se quedó laxa en los brazos de su esposo y al cabo se dio cuenta de que Blackraven le acariciaba el vientre. Entendió que Trinaghanta le había confesado que esperaba un hijo, y no la culpó: la primera fidelidad de la cingalesa pertenecía a su amo Roger. Le pasó los dedos por el cabello, y Blackraven se movió para mirarla. La impresionó que tuviera lágrimas en los ojos.

—¿Por qué no se lo dijiste a Somar? Él me habría escrito de inmediato.

—No quería que volvieras a mí por el bebé. Quería que lo hicieras por mí. Quería que nuestro amor te guiara de regreso.

—Aquí estoy, por ti. El amor que te tengo me trajo de regreso. —La contempló en silencio, admirando los ojos turquesa que lo habían atormentado durante ese tiempo de separación—. ¡Por Dios, cuánta falta me hiciste! A veces pensaba que me volvería loco a causa de la nostalgia.

—Y yo creí enloquecer la tarde que fui al Retiro y don Bustillo me dijo que te habías hecho a la mar. Creí que moriría de pena —y, como le tembló la voz, Blackraven le pidió que olvidara, y le prometió que no volverían a separarse, que él jamás la dejaría atrás, que siempre la llevaría consigo, que ese tiempo lejos de ella había sido un infierno.

Inclinó la cabeza para acariciar con sus labios la boca de Melody, que soltó el aire con un gemido y le envolvió el cuello con los brazos, abriéndose para él, invitándolo a profundizar aquel beso, el primero en mucho tiempo, quizá no tanto, poco más de dos meses, pero a ellos les sabían a siglos. La deseaba con una pasión inmanejable, y empezaba a perder el control cuando la llamada a la puerta anunciando al doctor Constanzó acabó con el interludio y devolvió a Melody a su tragedia.

La mañana del miércoles 25 de junio, mientras Jimmy aún se aferraba a la vida, la casa de la calle San José se estremeció con el sonido de los tambores de la generala, seguido de tres cañonazos, señal acordada para anunciar un ataque inminente. Tomás Maguire se mezcló entre los vecinos que se agolparon bajo el arco del Fuerte para unirse a la milicia, y en una revista sin orden ni concierto, donde se palpaba la ignorancia y la indisciplina, se unió a una compañía del batallón de infantería bajo el nombre de Pablo Castaneda y Cazón, y a las órdenes del capitán Manuel Belgrano. Le dieron un uniforme descolorido y lo armaron con un fusil herrumbrado; después cayó en la cuenta de que le habían entregado municiones para carabina.

Tanto dentro como fuera de la fortaleza, la muchedumbre aclamaba al rey y a la España, por lo que Sobremonte, desde uno de los balcones, les dirigió una arenga que

recibió aplausos y vítores. En el interno del Fuerte, los ánimos de oficiales y funcionarios reflejaban la verdadera situación, que los ingleses se aprestaban a desembarcar en la Reducción de los Quilmes, nueve millas al sur de la ciudad, y que no importaba con cuántos soldados contasen, tomarían la plaza igualmente por disciplinados y hábiles. Si bien nadie lo expresaba en voz alta, todos lo pensaban, incluido el virrey.

Melody sufrió un leve temblor con cada cañonazo, y un fugaz pensamiento la llevó a elevar una plegaria por su hermano Tomás, mientras atendía a Jimmy. Había dormido algunas horas entre los brazos de su esposo después de que éste le aseguró que él tampoco habría permitido que punzaran a Jimmy. Tenerlo cerca le había devuelto la confianza. Él entraba y salía, lo escuchaba hablar con los sirvientes, encerrarse en el despacho con Somar, entrevistarse con don Diogo Coutinho y otros empleados de la curtiduría, y Melody sentía que su inmensa fuerza la envolvía y la ponía de pie.

La carita afiebrada de Jimmy se iluminó por primera vez en cuatro días al descubrir a Blackraven junto a su hermana.

—Capitán Black —musitó.

—Somar ha estado narrándoles las aventuras de cierto capitán Black —explicó Melody.

Blackraven pasó la punta de los dedos por la mejilla del niño, y Melody, conmovida, se alejó a llorar cerca de la ventana.

—¿Te gustaría navegar en uno de mis barcos, Jimmy? —El pequeño apenas asintió—. Entonces, en cuanto dejes esta condenada cama, lo haremos. Será divertido.

—Víctor... Angelita —balbuceó.

—Ellos también vendrán, si eso es lo que quieres.

A primeras horas de la tarde de ese miércoles 25 de junio, en tanto los ingleses desembarcaban en la Reducción de los Quilmes, y el coronel Arce, con pocos hombres del escuadrón de Blandengues y de la Caballería de la Frontera, se limitaba a contemplarlos desde la barranca, Jimmy caía en una inconsciencia de la que ya no saldría, en opinión de los médicos. Ante esas palabras, Melody comenzó a temblar de un modo convulsivo. Los brazos de Blackraven la circundaron como fuertes zunchos tratando de absorber su miedo y su dolor.

—¡Fuera todos! —ordenó sobre su hombro, y la habitación quedó desierta.

Arrastró a Melody hasta una silla y la sentó sobre sus piernas. Se angustió al notar que su vientre se endurecía, pero no dijo nada, sólo la meció como a un bebé mientras le juraba que la amaba más que a la vida, que esa pesadilla terminaría pronto y que ella volvería a sonreír.

Al aclarar el día 26, como habían presagiado los médicos, Jimmy seguía

inconsciente, cubierto por escapularios y estampitas. Las mujeres, congregadas en torno a la cama, rezaban sin descanso, a excepción de Melody, que, hincada, sostenía la mano de su hermano y lo contemplaba con fijeza. Como resultaba imposible moverla de allí, Blackraven le colocó un almohadón bajo las rodillas y se sentó detrás de ella.

Hacia el mediodía, la respiración de Jimmy cambió; en verdad, no respiraba sino que curvaba la espalda e inspiraba con ruido, como si estuviera ahogándose. Melody le asestaba golpes en el pecho y le gritaba: “¡Respira, Jimmy! ¡Respira! ¡Hazlo por mí! ¡No me dejes, por favor!”, hasta que el niño se relajaba y volvía a sus ásperas exhalaciones. El cuadro se repitió a lo largo de la tarde, y, ante la desesperación de Melody, que golpeaba a Jimmy y lo instaba a vivir, Blackraven se mordía el puño y se contenía a duras penas. Casi al anochecer, agotado y con los nervios de punta, la tomó por la cintura y la separó del niño.

—¡Somar, sujétala!

Inclinado sobre la cabecera, tomó a Jimmy por los hombros hasta que menguaron las convulsas inspiraciones. De rodillas, en tanto le pasaba la mano por la frente, le dijo al oído:

—Ya, muchacho, deja de luchar. Abandona este cuerpo enfermo y vete en paz con tus padres. Yo me haré cargo de tu hermana. Sabes que la amo más que a mi vida y que siempre la protegeré. Vete tranquilo, tu Melody está en buenas manos.

Jimmy se sumió en una tranquila inconsciencia y murió dos horas más tarde. Al escuchar que Argerich confirmaba el fallecimiento, Melody profirió un alarido y se arrojó sobre el cuerpo del niño.

Los que componían el cortejo que trasladaba el ataúd de Jimmy al cementerio de los franciscanos aquella lluviosa mañana del 28 de junio, levantaron la mirada en el momento en que se izaba la Union Jack en el Fuerte de Buenos Aires, triunfo celebrado con salva de artillería y una andanada disparada desde los buques ingleses anclados frente a la ciudad. A cada cañonazo, Blackraven sintió cómo se estremecía el cuerpo de Melody, que jamás elevó el rostro. Iba de negro, una mano enguantada sujetaba el rebozo de lana bajo el mentón y la otra, un pañuelo, que se pasaba por los ojos con frecuencia. También oculta por una mantilla, a varas del cortejo, Enda Feelham experimentaba cierta dicha en meses, y cavilaba que, aunque vieja y algo quebrantada, sus trabajos aún surtían efecto.

Debido a la lluvia, el padre Mauro dijo un responso corto antes de que los esclavos de la orden bajaran con cuerdas el cajón. Una punzada atravesó la garganta de Blackraven al ver el brazo de Melody extendido hacia el ataúd. “Jimmy, Jimmy”, la escuchó susurrar. Le dio la impresión que si no la sujetaba, ella se arrojaría a la fosa.

De regreso en la casa de San José, los invitados se congregaron en la sala del piano y en el comedor, donde las esclavas les sirvieron chocolate, mate de leche con canela, café y coñac. Blackraven rodeó a Melody por la cintura y la obligó a marchar hacia los interiores; cuando estuvieron fuera de vista, le pasó un brazo por las corvas y la llevó en andas hasta la habitación, donde Trinaghanta la aguardaba con la cama abierta y el brasero encendido. Melody se negó a beber el caldo de gallina y sorbió pocas cucharadas de la infusión de valeriana.

—Quiero ver a Lupe y a Pilarita —pidió, y Blackraven aprovechó que ellas la acompañarían para ocuparse de la gente.

Los porteños sólo hablaban de las invasiones, en particular denostaban la decisión de Sobremonte, que había mandado cargar unas carretas con los tesoros del virreinato y huido hacia Córdoba con su familia. “Gallina” era el insulto más suave. Según el relato de Mariano Moreno, ante el avance del ejército inglés que acababa de sortear el Riachuelo, el marqués de Sobremonte convocó a su tío político, el brigadier José Ignacio de la Quintana, para comunicarle su intención.

—Efectivamente, partiré de inmediato. La ciudad queda en vuestras manos —dijo a de la Quintana—. Disponed los términos de la capitulación y que se despache un correo extraordinario a Córdoba anunciando mi llegada. Instituiré a esa ciudad capital interina del virreinato. Allí me rearmaré y volveré para reconquistar la plaza que hoy dejo en vuestras manos, brigadier.

También de boca de Moreno, Blackraven se enteró de otros pormenores de la invasión, como la reacción del pueblo, que, ante la amenaza inglesa, se aglomeró en el Fuerte para alistarse. También supo que se cegaron los pozos, se enturbiaron las aguas de las acequias llenándolas de inmundicias, se quemaron los puentes, se dispersó a los vacunos y otros desmanes para dificultar la marcha del invasor, todo por nada, pues los ingleses, salvo algunos fuegos fatuos por parte de las tropas del virrey y la lluvia que les entorpeció la marcha, se apoderaron de Buenos Aires sin mayor dificultad.

Covarrubias se aproximó a darle el pésame, y Blackraven aprovechó para consultarlo sobre cuestiones relacionadas con sus negocios. El abogado le mencionó un tema como si él lo conociera.

—¿De qué habla?

—Ah, entonces el señor Somar no le ha dicho nada a vuestra merced.

—¿Decirme qué? —se impacientó Blackraven.

—Bueno, excelencia, que... Pues que...

—Diga de una vez, hombre.

—El mes pasado, la señora condesa fue detenida y llevada al Cabildo acusada de robar unos esclavos de la Real Compañía de Filipinas.

A medida que refería los particulares, Covarrubias atestiguaba el cambio en las

facciones de Blackraven, y, al expresarle su parecer, que Álzaga había concebido la idea, lo escuchó mascullar en inglés. Distrajeron su atención Pilarita y Lupe, que se acercaron para decirle que Melody dormía.

—Gracias por haberle hecho compañía.

—De nada, excelencia —contestó Pilar Montes.

—Lamentablemente —habló Lupe—, en varios meses no volveremos a verla. —Ante la mirada inquisitiva de Blackraven, la joven aclaró—: El luto prohíbe las visitas y las salidas, salvo para ir a la iglesia, por supuesto.

—Seguro que podremos hallar el modo de que veáis a Isaura. Ella necesitará de vosotras. La muerte de su hermano la ha devastado.

Lupe y Pilarita intercambiaron sonrisas veladas y asintieron.

—Excelencia —dijo Pilar, al acercarse su marido—, permítame que le presente a mi esposo, Abelardo Montes, barón de Pontevedra.

Se saludaron con una inclinación. A Blackraven, Montes le cayó bien de entrada, con ese marcado aspecto toledano y una conversación carente de afectaciones, que hablaba de un hombre práctico, más aventurero que noble, con las agallas para mencionar lo que nadie se había atrevido en esa sala, que la toma de Buenos Aires por parte de los ingleses lo beneficiaba. Blackraven sonrió.

—No soy partidario de las ocupaciones militares —expresó—. Ningún ejército puede ser eficaz si se lo divide en pequeños cuerpos por todas las costas del mundo. Es un método antieconómico que terminará por caer en desuso.

—En tanto cae en desuso —dijo Montes—, espero poder hacer buenos negocios con vuestros compatriotas, excelencia.

—Sea —apoyó Blackraven.

Siguió charlando, consciente de que el doctor Constanzó lo observaba de modo insistente. Se mantenía apartado, en compañía de una mujer joven de rostro agradable y cuerpo menudo. Más tarde, cuando por fin se vació la sala, Blackraven convocó a Somar a su despacho.

—¿Quién era la mujer que acompañaba al doctor Constanzó?

—Su hermana, según entiendo.

—¿Qué sabes de él?

—Lo recomendó doña Pilar Montes, y miss Melody parecía a gusto en su presencia, como si confiara en él.

—Sí, sí —dijo Blackraven, molesto—, ya sé que Isaura lo aprecia. Ahora quiero que me digas qué sabes de él. Nunca lo había visto ni sentido mentar.

—Llegó hace dos meses al Río de la Plata para ocupar un cargo en el Protomedicato. Entiendo que es madrileño y soltero, y que vive con su hermana en una quinta de las afueras, hacia el sur, cerca de la zona de la Convalecencia. —Somar se refería al Hospital de Hombres, atendido por los padres betlemitas, o “los

barbones”.

—Mañana concierta una entrevista con O’Maley y Zorrilla. Les pediré que lo investiguen.

—¿Alguna sospecha?

—Desde mi llegada, tú y yo no hemos podido hablar, y existen varias cuestiones que debes saber de las que me enteré durante mi estadía en Río de Janeiro, por Adriano.

—¿Távora en Río de Janeiro?

—Sí. Te lo contaré todo mañana. ¿Cuándo pensabas decirme que Isaura estuvo en prisión en el Cabildo? —habló sin pausa, como acostumbraba—. ¿O no pensabas hacerlo?

—Miss Melody me pidió que nada te dijera, que no deseaba preocuparte.

—¡Somar! Después de tantos años, ¿tengo que recordarte que tu fidelidad está conmigo? En especial cuando de ella se trata.

—Iba a decírtelo, Roger. Iba a hacerlo —enfaticó, incómodo—, una vez pasado lo de Jimmy.

Somar le relató lo mismo que Covarrubias, y agregó que los hombres de Álzaga habían merodeado la casa de San José durante el velorio esperando que Tomás Maguire se presentase.

—Tendré que ir mañana mismo a agradecerle a Moreno —manifestó Blackraven—. En cuanto a Álzaga, se arrepentirá de haberse metido con mi mujer. ¿Qué sabes del pelafustán de mi cuñado?

—Tan pelafustán como siempre —contestó Somar, y lo puso al tanto de las andanzas de Tommy.

—¡Condenado zagal! —se enfureció Blackraven—. Cuando lo tenga a mano, le daré una tunda que no olvidará y, después de que le suelden los huesos, lo pondré a trabajar.

Bebió su brandy mientras se daba un tiempo para acomodar los temas y darles prioridad.

—¿Se ha sabido quién fue el traidor en la conjura de esclavos? Vi a Justicia la noche en que llegué, pero no pude hablar con él.

—Justicia sospecha que fue Sabas, el hijo de la negra Cunegunda. Él era amigo de Tomás y de Pablo. Así pudo haberse enterado de su plan para atacar a los negreros. Por dinero, vendió la información a Álzaga, según Justicia.

—Lo aplastaré.

—No será necesario —intervino Somar—. Semanas atrás lo encontraron muerto. El doctor O’Gorman, que analizó el cadáver, dijo que sufrió una muerte horrible. Le habían mutilado los genitales.

Blackraven evitó mirar a su amigo a los ojos. A Somar también se los habían

mutilado siendo apenas un niño.

—¿Lo sabe Isaura?

—Sí. De todos modos, miss Melody ya sabía que tú no los habías delatado.

—¿Cómo lo supo?

—No lo supo, en realidad, lo intuyó. ¿Sabes, Roger? Ha padecido a lo largo de tu ausencia y te ha echado de menos. Creo que ha sido la culpa por haberte acusado lo que la ha atormentado.

Ante esa declaración, Blackraven le dio la espalda y guardó silencio por un rato.

—¿Qué me dices de la tía de Isaura, de Enda Feelham? ¿Qué sabes de ella?

—Nada —admitió el turco—. O'Maley sostiene que se ha marchado.

Blackraven negó con la cabeza.

—Quizá se haya marchado —concedió—, pero volverá por su libra de carne.

Cerró el armario y los cajones de su escritorio con llave y bebió el último trago de brandy. Se disponía a salir cuando notó la ansiedad en la mirada de Somar.

—¿Qué ocurre? Dime.

—Se trata de doña Bela. Ha escapado del convento junto con su esclava, Cunegunda.

Blackraven cerró los ojos y exhaló un suspiro.

Capítulo VII

Después del entierro de Jimmy, nadie vio llorar a Melody. Su rutina era simple: oía misa de seis —la de los esclavos y gentes de luto— en la iglesia de San Francisco, visitaba la tumba de su hermano y volvía a la casa de San José, donde pasaba el día entre su gabinete y la cama. Había empezado a escribir un diario que guardaba bajo llave en su secreter, actitud que lastimaba a Blackraven. Permitía que los niños la visitaran por la tarde, y Víctor llevaba a Goti, la cabrita de Jimmy, porque Melody le tenía mucho cariño. Al esclavo nuevo, Estevanico, también le había tomado cariño, y le permitía que la acompañase a misa y le llevase la carpeta para sentarse sobre los mazaríes cerca del altar. A diferencia de los demás negritos de la alfombra, que permanecían de pie detrás de sus amas, Estevanico, a una indicación de Melody, se sentaba junto a ella.

En tanto miss Melody adoptaba una actitud de recogimiento que la mantenía ajena del entorno, el pequeño esclavo notaba las miradas sobre ellos, más bien hostiles. La observaba de soslayo, tan pálida y etérea, con los ojos brillantes de lágrimas y los labios trémulos, y deseaba protegerla. La belleza de miss Melody lo sorprendía y no se cansaba de mirar ese cabello de peculiar color y esa piel que de tan blanca en algunas partes se volvía transparente —él podía verle las venas—. En ocasiones pillaba al amo Roger contemplándola con fijeza.

En realidad, el amo Roger y miss Melody no pasaban demasiado tiempo juntos, y él sólo los había visto en la misma habitación un par de veces. Era Sansón, ese perro gigante que le daba miedo, el que la acompañaba siempre, incluso a misa, aunque la esperaba en el atrio, donde cazaba palomas. Según los dichos de la negra Siloé, antes de que el niño Jimmy muriese, miss Melody, a la hora de la siesta, se ocupaba de las necesidades de los esclavos, que la esperaban en la parte trasera de la casa y la llamaban Ángel Negro; por esos días, si bien los esclavos seguían acudiendo por ayuda, miss Melody no salía y se servía de Miora y de Somar para atender los pedidos.

Somar le pidió a Blackraven que le hablase en castellano.

—Apenas lo balbuceo —se justificó.

—¿Para qué quieres hablar castellano? No lo necesitas.

—Si te obstinas en permanecer en el Río de la Plata, claro que lo necesito. Ahora me ocupo de muchos encargos de mi señora y quiero hablar con propiedad.

—Está bien —se avino Blackraven.

Somar aguardaba con ansia el momento del día en que él y Miora se ocupaban de los esclavos de miss Melody. Disfrutaba también después, cuando analizaban los pedidos y acomodaban los regalos. A veces la timidez la abandonaba, y Miora se reía, y él se quedaba mudo, admirándola, dichoso de que ella hubiese superado ese miedo

cerval que le provocaban sus tatuajes, su turbante y el sable en la cintura. Jugaba con fuego, estaba enamorándose de una muchacha joven, vital y hermosa, a la que él, un eunuco, nada podía ofrecer. Esta idea lo volvía hosco, y la trataba como al principio, con modos autoritarios, para protegerse de los encantos que esa niña prodigaba sin conciencia.

Al día siguiente del entierro de Jimmy, por la noche, Blackraven se entrevistó con sus espías O'Maley y Zorrilla, quienes extendieron un mapa del Río de la Plata sobre el escritorio y lo pusieron al tanto de la situación de los ingleses. Los barcos eran doce, *Ocean*, *Triton*, *Melanthon*, *Wellington* y *Walker*, escoltados por el *Diadem* (buque insignia), *Raisnable*, *Diomede*, *Narcissus* y *Encounter*; el *Leda* hacía tiempo que merodeaba las costas y el *Justinia* se había unido al convoy en la isla de Santa Elena a principios de mayo. Las fuerzas terrestres pertenecían mayormente a la infantería, al primer batallón del regimiento escocés 71 de Highlanders, a las órdenes del teniente coronel Denis Pack; contaban con escaso armamento.

—¿Nada de caballería? —se extrañó Blackraven.

—Nada, señor —confirmó Zorrilla—. En total, poco más de mil quinientos hombres.

—Ya sé que Popham está a cargo de la flota. ¿Quién tiene el mando en tierra?

—El general de brigada William Carr Beresford —dijo O'Maley—, gobernador de Buenos Aires.

Blackraven levantó las cejas, sorprendido, aunque no hizo comentarios, y sus hombres se guardaron de preguntar. Siguieron con más detalles: el virrey había huido con el tesoro hacia Córdoba y de la Quintana, a instancias de Beresford, le había escrito a Luján, donde pernoctaba, exigiéndole que lo devolviera; el comerciante William White oficiaba de intérprete; el doctor Belgrano, el secretario del Consulado, se había marchado a la Banda Oriental para no jurar fidelidad a Jorge III; y el doctor Moreno no había vuelto a ocupar su cargo en la Audiencia. Estas dos últimas noticias alarmaron a Blackraven, pues si Belgrano y Moreno les daban la espalda a los ingleses significaba que éstos no estaban dispuestos a conceder la independencia al Virreinato del Río de la Plata, lo que complicaba los planes de la Liga Secreta del Sur.

—¿Qué opinan los comerciantes? —se dirigió a Zorrilla, quien se codeaba con la clase poderosa.

—Hasta el momento, ninguno expresa abiertamente su opinión, aunque es sabido que hombres como Álzaga no apoyarán el régimen de libre comercio que pretende instaurar Beresford, con rebajas en los derechos y en las alcabalas.

A Blackraven le vinieron a la mente las palabras que años atrás había expresado

en el Parlamento Richard Wellesley, hermano mayor de Arthur, el militar: “La verdadera grandeza de la Gran Bretaña es su intercambio y el trono del comercio mundial, el natural objeto de su ambición”. Esa ambición, meditó Blackraven, se convertiría en una necesidad dado que el bloqueo continental impuesto por Napoleón les negaba el acceso a los principales puertos europeos y amenazaba la economía de la isla. De acuerdo con su índole, los ingleses se lanzarían a la conquista de nuevos mercados.

—La Iglesia los apoya —manifestó Zorrilla.

—¿El obispo Lué? —se extrañó Blackraven—. Lo dudo. Debe de tratarse de una artimaña, de las que es muy afecto su eminencia.

—Aseguran que esta mañana, en una reunión que convocó Beresford en el Fuerte, el prior de los Predicadores, fray Gregorio Torres, le brindó su apoyo y adhesión.

—Fray Gregorio —opinó Blackraven— puede decir misa, pero la Iglesia Católica no se quedará de brazos cruzados mientras los herejes anglicanos se apoderan de uno de sus bastiones.

En tanto algunos criollos de noble cuna albergaban la esperanza de que los ingleses los ayudaran a alcanzar la independencia, entre los esclavos, informó O'Maley, estaba gestándose la certeza de que los invasores les concederían la libertad.

—Necesito una lista —indicó Blackraven a Zorrilla— de los comerciantes que apoyan a Beresford, los que están en su contra y los que mantienen una posición neutral. También averigua quiénes son los clientes de Álzaga aquí, en Buenos Aires, y en las intendencias del virreinato. Me urge también conseguir los nombres de sus proveedores en Cádiz. —Zorrilla dijo que lo intentaría—. Además, necesito un listado con el nombre de sus barcos y su ubicación actual. Gracias. Puedes retirarte.

A solas con O'Maley, le comunicó las novedades.

—Fouché contrató a un sicario para liquidar al Escorpión Negro. Lo llaman La Cobra. —El irlandés manifestó que no lo conocía—. Es probable que nunca relacione mi nombre con el del espía, sin embargo, quiero que te mantengas ojo avizor. Malagrida está en El Cangrejal, a la espera de mis órdenes. Envíale un mensaje indicándole que me mande algunos hombres para montar guardia en la casa de San José y que alije la mercancía frente al Retiro, en la cueva del peñón, durante la noche. Dile también que envíe una embarcación para prevenir a Flaherty de fondear el *White Hawk* junto al *Sonzogno*. No quiero que se acerque a las balizas de Montevideo ni a las de Buenos Aires.

Le pesaba el cansancio de varias noches en vela, así que bebió la taza de café que le ofrecía Trinaghanta para afrontar la última diligencia: visitar a Papá Justicia.

—¿Cómo está Isaura?

—Duerme —contestó la cingalesa.

—En tanto llego, no te apartes de su lado.

Después de la lluvia de días, el barrio del Mondongo se asemejaba a una porqueriza, sobre todo en los olores; muy pocos cumplían el bando del virrey que prohibía tirar animales muertos y basura en las calles. Le llamó la atención el silencio, cuando a esa hora solía escucharse la música del candombe; la soledad de la casa de Papá Justicia también lo desconcertó, siempre atestada de gente, incluso de señoras de buen ver que acudían por algún filtro o hechizo.

—¡Amo Roger! —se sorprendió el anciano—. Pase, pase. ¿Por qué no me ha enviado aviso? Yo hubiese ido a la casa de San José.

—Me urgía verte. —Blackraven se sentó y Papá Justicia le puso una taza de barro enfrente—. Está bueno —dijo, luego del primer trago de café, sorprendido de que el quimboto pudiera permitirselo, aunque ya sabía que Justicia no era un liberto común.

—¿Cómo está mi niña Melody?

En otro, le hubiese molestado el trato familiar.

—No lo sé, Justicia. Ya la viste ayer en el entierro. Parecía no tener consuelo. Pero, desde que volvimos a casa, no ha derramado una lágrima.

—Tendrá que tenerle paciencia, amo Roger. Miss Melody nunca admitió que Jimmy pudiese morir, aunque se lo venían diciendo desde que el muchacho era un crío.

Blackraven asintió.

—¿Qué dice la gente de los ingleses, Justicia?

—Verá, amo Roger, las opiniones están divididas. La negrada anda alborotada porque piensan que los van a manumitir, los comerciantes están que trinan, en tanto los criollos piensan que ahora sí lograrán la independencia.

—El doctor Belgrano se ha marchado, según entiendo.

—Como funcionario del Consulado, tenía que jurar fidelidad al nuevo rey, y parece que eso no ha sido de su agrado. Se tomó las de Villadiego, hoy nomás. De igual modo, como le digo, algunos sí se entusiasmaron con los ingleses. Ahí lo tiene al joven Juan Martín.

—¿Qué joven Juan Martín?

—Juan Martín de Pueyrredón —explicó el quimboto—, un muchacho que acaba de volver de las Europas con ideas alborotadoras. Juan Martín, junto con el señor Castelli, lo mismo que don Saturnino —se refería a Rodríguez Peña—, su hermano Nicolás también, andan creyendo que los ingleses los apoyarán para conseguir el sueño de la libertad. Ahora, el que trina es don Álzaga, uno de sus esclavos me contó.

El anciano sometió el tema a su consideración antes de concluir:

—Es muy pronto para hablar, amo Roger. Tendremos que esperar a ver qué dicen los ingleses. Si no están dispuestos a darle la independencia a los criollos, entonces será la de San Quintín, pues tendrán a todos en su contra.

—¿Qué me cuentas de mi cuñado? ¿Qué sabes de él? Papá Justicia puso los ojos en blanco y resopló.

—Ese muchacho necesita mano dura, amo Roger, o seguirá cometiendo tonterías. Después del ataque a los asientos negreros, en lugar de huir, se esconde en los alrededores y cada tanto se aparece por aquí. A hora se le ha dado por jugar a los naipes en las pulperías y tomar ginebra. El día que se avistó la escuadra de los ingleses, mientras el niño Jimmy agonizaba, fue a molestar a la esposa de usted para decirle que se uniría a la tropa en el Fuerte.

—Sí, ya lo sabía.

—Amo Roger, en cuanto a esa noche, la del ataque a los negreros, yo... Blackraven levantó una mano.

—Sé que tú no eres el traidor, Justicia. Nunca dudé de ti. —Después de que me soltaron, me alejé de la ciudad, y durante ese tiempo pude pensar y desenredar la maraña que se armó aquella noche. Creo que el traidor fue Sabas.

—Lo sé, Justicia. Lo más probable es que haya sido él. ¿Qué sabes de su madre?

—Supongo que a su merced ya le informaron que Cunegunda y doña Bela huyeron del Convento de las Hijas del Divino Salvador. —Blackraven asintió—. Los esclavos del convento aseguran que recibieron ayuda de afuera para escapar.

—¿Don Diogo? —se inquietó Blackraven.

—No, lo dudo. Él depende de vuestra merced para vivir y no es ningún tonto. Se cuidaría de cometer alguna imprudencia que lo contrariase. Debió de venir de otra persona.

—Somar, quiero que mañana mandes cambiar las cerraduras de las puertas, la de la principal y la del portón de la cochera. Sospecho que Bela hizo una copia de las llaves —explicó Blackraven.

—Como tú digas.

—¿Qué sabemos del matrimonio que contrató Isaura para que se ocupe de la enseñanza de los niños?

—No mucho —admitió Somar.

Sabía que la pregunta guardaba relación con lo que Blackraven le había contado acerca de ese sicario, La Cobra. También había mandado investigar al doctor Constanzó, y, pese a que O'Maley no había hallado nada sospechoso, se negaba a que atendiera a Melody, y se ponía celoso pues ella se empeñaba en que no quería a otro. Para no contrariarla dado su embarazo y como casi no probaba bocado, Blackraven se resignaba a toparse con el médico en la casa de San José, y no importaba cuán ocupado se encontrase, siempre estaba presente. Nada podía censurarle a Constanzó, se comportaba de manera intachable, con el decoro de un caballero; de igual modo, el instinto le marcaba que atendía a Melody con especial celo, y que ella, a su vez, le dirigía las únicas sonrisas que esbozaba desde la muerte

de Jimmy. A veces se decía que la indiferencia de Isaura estaba volviéndolo patético y obsesivo.

—Son vizcaínos —informó Somar, en relación a Perla y a Jaime, los maestros.

—Sí, sí, eso ya lo sé —se fastidió Roger—. Necesito que me digas cómo llegaron aquí, con los auspicios de quién.

—Del doctor Covarrubias.

—Ah, conque Covarrubias visitaba esta casa.

—¡Roger, por caridad! Te he dicho que miss Melody casi se ahoga el día que supo de tu partida, presa de la desesperación, y que se lo pasó suspirando y llorando por ti, preguntándome a diario si había recibido una carta tuya. Sólo yo, Trinaghanta y Miora, que la acompañamos durante tus meses de ausencia, sabemos lo que sufrió. Covarrubias y el mismo príncipe de Gales habrían podido cortejarla que ella jamás les habría destinado una mirada.

“¿Por qué, entonces, se aparta de mí desde la muerte de Jimmy?”, quiso preguntar, y su orgullo lo mantuvo en silencio. Somar leyó la angustia que se filtraba en sus ojos.

—Concédele tiempo, Roger. La pérdida de Jimmy la ha quebrado. Con la voluntad de Alá, volverá a ser la misma de antes.

En contra de su disposición, a veces perdía las esperanzas de recuperar a la Isaura de principios de año. Nada la conmovía, ni siquiera haberle ofrecido una donación para terminar la remozada del hospicio y amoblarlo, ni haberle prometido que, en pocos días, obtendría lo que el inútil de Covarrubias no había logrado en dos meses, la habilitación. Ciertamente que no lo haría sólo para animar a Melody; la jugada significaría la primera victoria contra Álzaga, quien, como miembro de la Hermandad de la Caridad y comerciante influyente de Buenos Aires, desplegab su artillería para impedir la apertura.

—Cariño, haré una donación para el hospicio, la suma que tú digas, de modo que acabes con las obras y puedas disponerlo todo para su inauguración.

Melody levantó la vista de su diario íntimo y le sonrió con esfuerzo para ocultar que le molestaba que la instara a seguir adelante con el hospicio cuando en el pasado se había opuesto a que se ocupase de los esclavos; y le molestaba porque detestaba inspirarle lástima. Siempre se había sentido menos que él.

—Entrégasela a Lupe o a Pilarita —dijo, con esa voz que le salía áspera de poco que hablaba—. Ellas están a cargo ahora.

Ni tampoco se entusiasmó cuando le dijo que había pagado las deudas que *Bella Esmeralda*, la estancia de los Maguire, mantenía con el Consulado y con otros acreedores, y que pronto viajaría a Capilla del Señor para ponerla en funcionamiento.

—Cuando resolvamos la situación legal de Tommy, él se hará cargo de la estancia. ¿Qué opinas?

—Si te parece —repuso ella, y se sumergió una vez más en la lectura.

Blackraven habría preferido que su esposa llorase y lanzase maldiciones al cielo en lugar de optar por esa actitud abúlica con la que no sabía cómo lidiar. En ocasiones, mientras comían solos en el dormitorio y a ella se le perdía la mirada, Blackraven la estudiaba, admirado de que, pese a la tristeza, el embarazo la hiciese florecer. Llevaba el pelo sujeto en una lánguida trenza sobre el seno izquierdo, y a él le parecía que lo tenía más sano y abundante. Sus pechos estaban *enormes*, y se excitaba al imaginarlos en sus manos, y los pezones erguidos, en su boca. Ella dejaba que le besase el vientre y contestaba a sus preguntas, aunque imponía una distancia que lo hería y distanciaba.

No sabía qué hacer. Él, que jamás había mendigado nada a nadie —ni siquiera a su padre un poco de atención, y sabe Dios cuánto la había anhelado—, se encontraba suplicando a esa muchacha de veintiún años que volteara y se fijara en que él existía.

Capítulo VIII

Haber regresado a la ciudad, aunque en harapos y a escondidas, le había devuelto el ánimo. Bela admitió que no soportaría por mucho tiempo compartir la suerte de Enda, que parecía cómoda en aquel mechinal a varias leguas de Buenos Aires, ocupada en sus hierbas, mejunjes y ritos que asustaban, en especial, los que practicaba de noche.

Se cercioró de que Enda siguiese enfrascada en una conversación con el bandolero del pescado antes de alejarse hacia el arco del Fuerte. Le gustaban el uniforme rojo de los soldados ingleses y el sonido de las gaitas. Estaba preguntándose de qué modo les alteraría la vida el cambio de bandera en la torreta cuando el corazón le dio un vuelco: Roger Blackraven salía del Fuerte, imponente y atractivo; tenía la piel muy bronceada y las cejas muy negras, lo que acentuaba su aspecto malévolo. Se desplazaba con el vigor que caracterizaba su andar, el cabello atado en una coleta, de impecable levita oscura y botas negras.

Percibió la humedad entre sus piernas al desearlo de aquel modo eufórico que la poseía como un demonio. También sintió ira, poderosa como el deseo mismo, pues no se avenía a perderlo, no aceptaba que ese hombre jamás volviese a estar dentro de ella. Añoraba su cuerpo, su pene enorme, su voz al oído incitándola con procacidades, sus embestidas feroces, sus rugidos al aliviarse.

—¡Cúbrete! —murmuró Enda, y Bela dio un respingo—. ¿Qué quieres, que te vea? Terminarías muerta antes de que el sol se ocultase. No seas necia —agregó, con sorna—, desde aquí huelo tu lujuria. Tendrás que buscar otro palenque donde rascarte, como dicen en estas tierras. Blackraven tiene la verga atada a una sola mujer, a mi sobrina, y ni tú ni nadie podrán hacerlo caer en tentación. Es de hierro — señaló.

Si bien Enda no le exponía sus planes, Bela sabía que nada la detendría en su propósito de asesinar a Roger Blackraven, y, como le había dicho que no molestarían a Melody hasta que diera a luz, sospechaba que pretendía quedarse con el niño; estaba segura de que, en caso contrario, ya la habría asesinado, por muy preñada que estuviese. A Enda no la detenía esa clase de escrúpulos.

Aunque odiaba a Roger Blackraven, Bela también seguía amándolo, y la imagen de ese cuerpo, que tanto placer le había prodigado, deshecho a causa de los venenos de Enda o del facón de Braulio le llenó los ojos de lágrimas.

Cunegunda las observaba desde el huerto mientras la señora Enda y su ama Bela, muy embozadas, trepaban al carro, que emprendió la marcha con una sacudida cuando Braulio azotó a la mula. Apenas clareaba. Llegarían a la ciudad en unas horas, calculó Cunegunda. Si se daba prisa y tomaba el atajo, podría ir y volver sin que

notasen su ausencia. Corrió a la cabaña, tomó su rebozo y enfiló en la dirección señalada por la esclava de esa mujer rica que consultaba a menudo el oráculo de la bruja Gálata. “Por ahí llegas más prontito a Buenos Aires”, le había asegurado.

Aunque tenía miedo —desconocía aquellos parajes—, Cunegunda caminaba con decisión, alentada por el anhelo de volver a ver a su hijo Sabas, tratando de no pensar en que, si se extraviaba, terminaría como alimento de alguna bestia carroñera. Hacía tiempo que pergeñaba un plan para evadir la custodia de la señora Enda y de Braulio, que jamás le habrían permitido entrar en contacto con su hijo por temor a ser descubiertos. El comentario de esa joven esclava acerca de la existencia de un camino por el cual se accedía a Buenos Aires en la mitad de tiempo había llegado como respuesta a sus plegarias.

La ciudad le pareció cambiada a pesar de haber faltado pocos meses. Quizá, debido a la clausura en el convento y de esas semanas en aquel paraje desolado, apreciaba aspectos pasados por alto con anterioridad. La casa de la calle Santiago seguía de luto por la muerte del amo Alcides, con el crespón en la imposta de la fachada y las ventanas cerradas. Se acomodó detrás de un árbol, frente al portón trasero, y aguardó más de dos horas hasta que Gabina, su amiga y confidente, salió con una espuerta en dirección a la Recova. Le chistó. Gabina se detuvo y volteó. Cunegunda apartó un poco el rebozo y se despejó la frente. Sonrió al ver la expresión de desconcierto y júbilo de la muchacha.

—¡Jesús, María y José! ¡No puedo creerlo, Cunegunda! ¡Tú aquí! Supimos que escapasteis del convento, tú y el ama Bela.

—¿Dónde podemos charlar sin que nos vean? No puedo mostrarme. En el mejor de los casos, me ligaría una buena azotaina del ama Bela; en el peor, terminaría de nuevo encerrada.

—Vamos, vamos —instó Gabina—. Caminemos hasta el mercado que está lleno de recovecos donde podremos charlar tranquilas. Incluso un amigo nos permitirá hacerlo en su trastienda.

—¿El mismo con el que te revolcabas tiempo atrás?

Gabina profirió una risita a modo de respuesta. El hombre, después de pellizcarle las nalgas, le permitió usar la parte posterior de su tendejón. La primera pregunta de Cunegunda fue:

—¿Cómo está mi hijo? ¿Cómo está Sabas? ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así? ¿Qué ha sucedido?

—Sabas ha muerto, Cunegunda. Lo siento.

La esclava cayó de rodillas al piso y se mordió el puño para sofocar el alarido que le quemaba la garganta. Gabina se agachó junto a ella y la abrazó.

—Lo asesinaron, eso dijo el comisario.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha asesinado a mi Sabas?

—Nadie lo sabe. Es un misterio. Lo encontraron en la playa, ya llevaba varios días de difunto.

—¿Quién ha sido? —repitió Cunegunda, enajenada—. ¿Quién ha asesinado a mi hijo?

—Se dijeron muchas cosas y no se llegó a nada. Tienes que aceptar que Sabas no era muy querido entre los nuestros. Mucha gente le tenía ojeriza.

—Sobre todo ese demonio de Servando.

—No creo que él lo haya hecho —expresó la joven, y sacudió los hombros con indiferencia.

Las visitas de Blackraven al Fuerte se hicieron habituales. Alguien debió de haberles dicho a los soldados que se trataba del hijo del duque de Guermeaux por la obsecuencia con que lo saludaban. Beresford, por su parte, disfrutaba las largas conversaciones con su amigo de juventud, de la época en que ambos asistían a la Escuela Militar de Estrasburgo, y sospechaba que, en esa ciudad, sólo podía confiar en él, más allá de que intuía que el conde de Stoneville no aprobaba la invasión.

Beresford también comenzaba a juzgar que la misión era un gran desatino, en especial desde que Blackraven le informó que el ministro Pitt, el Joven, había muerto y que William Wyndham Grenville, del partido opositor, ocupaba su cargo. Él no olvidaba que aquella aventura se respaldaba en un memorando redactado por Popham y por el venezolano Miranda y firmado por Pitt en octubre de 1804, donde se exponían las conveniencias de anexar al Imperio Británico las colonias españolas de las Indias Occidentales. Sin Pitt, el respaldo se desvanecía y la invasión tomaba el cariz de una empresa privada.

Si bien ocupaba ese despacho en el Fuerte desde hacía diez días, tenía la impresión de que habían pasado meses dada la intensidad de las jornadas, con dificultades de distinta índole que le quitaban el sueño. Sus diálogos con Blackraven constituían un solaz, pese a que, en general, se refirieran a los problemas.

A menudo, Blackraven traía a la mesa los dichos de *El Príncipe*, de Maquiavelo, la obra que el dómine Gabriel Malagrida les había enseñado a amar, y de ese modo le planteaba su disconformidad, por ejemplo, al citar que no se juzgaba sensato ocupar militarmente un lugar debido a que los gastos crecían y las tropas consumían las nuevas rentas. Por otra parte, la población se consideraba agraviada a causa de los daños que ocasionaban los desplazamientos del ejército, y cada ciudadano se convertía en un enemigo.

—En la América del Sur se necesita la genialidad de un estadista, no la fuerza de un militar —señaló.

Le recordó también que “los hombres viven tranquilos si se los mantiene en las viejas formas de vida”, por lo que Beresford conminó a Popham a extender un bando

en donde garantizase que la Real Audiencia, el Consulado y el Cabildo seguirían funcionando como hasta entonces y que se respetarían la propiedad privada y las tradiciones de los porteños, en especial las religiosas.

Días atrás, antes de dar la orden de azotar quinientas veces a tres soldados acusados de deserción, Beresford recordó el comentario de Blackraven la primera vez que se vieron respecto al desatino de haber traído a tantos soldados irlandeses y católicos al Río de la Plata. Se acordó también de que le había advertido que no confiara en Liniers a pesar de sus muestras de buena voluntad; que el comerciante vasco Álzaga y la Iglesia se erigirían como los grandes enemigos; que los porteños no se interesarían en la suerte del tesoro pues sabían que terminaría en manos de Napoleón por el acuerdo de San Ildefonso; y que el Fuerte presentaba una desventajosa situación, con paredes muy bajas y cañones de corto alcance, y que resultaba inadmisibles que se hubiera permitido la construcción de casas con altos alrededor del mismo. En especial, Blackraven se mostró extrañado de que el ejército inglés no se hubiese asegurado en primer término el puerto de San Felipe, en Montevideo.

Beresford conocía la sensatez e inteligencia de Blackraven, por eso se inquietó cuando éste le dijo:

—Supe que te reuniste con el doctor Castelli. —Beresford asintió con una sonrisa; se suponía que la entrevista había sido secreta—. Escúchame bien, William: si no les prometes a los criollos la emancipación de la España, garantizándoles que no los usarán como bien de cambio en caso de un acuerdo de paz con la Francia, se convertirán en tus más acérrimos enemigos. Cualquiera que sea el plan para independizar a estos pueblos, los ingleses no deben presentarse de otro modo que no sea como protectores o auxiliares. Los conozco, William, preferirán unirse a los españoles a admitir el yugo de otro monarca. Y tú no cuentas con tropa ni con armamento suficientes para hacerles frente. Sin caballería, será difícil sojuzgarlos.

—Lo sé, Roger, lo sé —contestó, abatido—. Pero no puedo prometerles nada.

—El pueblo del Río de la Plata codicia la libertad bajo una máscara de obediencia. Parecen sumisos, pero en verdad son renitentes y voluntariosos. Deberías mostrarles algún signo de adhesión a su causa para poder gobernar en paz.

—Entiendo —insistió Beresford—, pero debo limitarme a hacer lo menos posible, a tratar de ser simpático y a no prometer nada.

—Estos criollos son tipos de aguda inteligencia, William. No los subestimes. Sustentan ideas propias y poseen una gran fuerza de voluntad. Su oposición al dominio español no se limita a cuestiones meramente comerciales sino que oponen razones filosóficas que nacen de su adherencia a las ideas roussonianas y de Montesquieu. No los convencerás bajando las tasas aduaneras y decretando el libre comercio.

—Es lo único que les daré por el momento. Hemos llegado aquí con instrucciones imprecisas.

—Con ninguna instrucción, diría yo. Tu general Baird se dejó convencer en el Cabo por ese charlatán de Popham, que sólo busca un beneficio pecuniario.

—Y lo conseguirá. Antes de ayer el capitán Arbuthnot llegó con el tesoro que Sobremonte abandonó en la villa del Luján.

—Tu amigo William White —pronunció Blackraven— ha de estar contento también. —Ante la desorientación de Beresford, Roger simuló sorprenderse—: ¿Cómo? ¿Acaso no sabes que Popham mantiene una abultada deuda con White desde sus años juntos en la India? Se especula con que asciende a noventa mil libras, aunque me inclino a pensar que llega a las veinte mil. —Beresford guardaba silencio, desconcertado—. Acabo de bajar del pedestal a White, uno de tus hombres de confianza, ¿verdad? Estimo que sólo te quedan tu secretario, el capitán Kennett, y Denis Pack. ¿Qué haréis con el tesoro?

—Enviarlo de inmediato a la Inglaterra —explicó Beresford, extrañado por la pregunta—. ¿Qué suponías que haríamos?

—Está claro que Popham se encuentra impaciente por ganar crédito en la corte de Saint James. Qué mejor que enviando arcones repletos de oro americano, sin soslayar, por supuesto, que quiere asegurarse su parte de la presa. Pero me pregunto, ¿no habéis pensado qué ocurrirá cuando os llevéis todo el circulante hacia la Inglaterra? Puesto que entre los dineros del reino existen cantidades de propiedad de particulares, provocaréis una baja tal en la liquidez que llevará a que el peso se sobrevalúe. ¿A cuánto cambiáis hoy una libra? ¿Algo así como a cuatro chelines, seis peniques? Pronostico una suba que alcanzará los siete chelines si despojáis a los porteños del total de sus dineros. —Beresford propuso la publicación de un bando donde se limitase el cambio a una cifra conveniente, lo que hizo reír a Blackraven—. Una medida de tal naturaleza se contrapondría con vuestra primera expresión de liberalidad económica y comercial, y perderíais el respeto de esta gente. Por otra parte, no pasaría un día de ese bando que florecería un mercado negro imposible de controlar o erradicar.

Beresford consideró la situación en silencio.

—A los de nuestra clase, William —manifestó Blackraven, y no necesitó aclarar que aludía a la condición de bastardos que compartían—, todo nos cuesta mucho más. Sé que esta conquista ha significado un gran logro en tu carrera militar. Pero déjame advertirte que no debes confiar en Popham.

Beresford se alejó hacia el bargueño donde escanció de nuevo una generosa medida de whisky escocés e hizo fondo blanco.

—¿Cómo van las cosas con él?

—¿Con Popham? Mal. Mi ascenso a mayor general le cayó como patada al

hígado.

Blackraven rió con sarcasmo y especuló:

—Imagino que la noticia no sólo lo molestó por quedar en un rango subalterno sino porque ahora, con tu nueva jerarquía, te llevarás una mayor tajada del botín.

Beresford asintió antes de cambiar de tema.

—En dos horas me reuniré con funcionarios de la Audiencia y del Cabildo y les haré firmar un juramento de fidelidad a nuestro rey. En algunos días, exigiré lo mismo a los comerciantes más encumbrados.

—La firma de un juramento no detendrá a estos hombres si, dentro de un tiempo, arribasen a la conclusión de que vuestra presencia en el Río de la Plata les resulta perjudicial.

—Firmarán un voto —insistió Beresford, algo escandalizado—, darán su palabra.

Blackraven se sacudió de hombros y se echó al colete el último trago. Se puso de pie y se colocó el abrigo.

—William, el comerciante no conoce más patria ni más rey ni más religión que su interés. Yo no confiaría en nadie si existiesen cuestiones económicas involucradas.

Lamentó ver el semblante taciturno de su amigo, aunque prefería hablarle con la verdad. Beresford, por su lado, valoraba la sinceridad de Blackraven.

—Me gustaría invitarte a casa, pero, ya sabes, no puedo por lo del luto.

—Espero que tu esposa esté mejor. Esta mañana firmé una ordenanza donde se habilita el hospicio Martín de Porres. Me sorprendí al leer su nombre entre las responsables del mismo. Me han dicho que la señora condesa de Stoneville es muy caritativa con los indigentes, en especial con los esclavos, quienes la veneran.

—No te han mentado. —Beresford lo contempló con una mueca sarcástica—. Entiendo —dijo Blackraven—, te preguntas cómo un sátrapa como yo casó con alguien como ella.

—Quizás el Señor la envió para redimirte de tu vida de calavera.

—Creo que el Señor ya abandonó sus planes de redención para mí.

Blackraven se retiró del Fuerte cerca del mediodía, minutos antes de que comenzaran a llegar los funcionarios convocados para la firma del juramento de fidelidad al rey Jorge III. Hacía frío. Se embozó en su redingote de cachemira y cruzó la Plaza Mayor dando largas zancadas, observando el entorno, preguntándose si alguna de aquellas personas sería La Cobra.

Le quedaban dos asuntos, cerrar un acuerdo de comercio con el barón de Pontevedra y visitar a Mariano Moreno; necesitaba conocer su postura en el nuevo mapa político del virreinato. Habían conversado días atrás, cuando se presentó en su casa de la calle de la Piedad para agradecerle por su intervención en el asunto de Melody y los esclavos de la Real Compañía de Filipinas. El joven abogado no quiso aceptar un generoso estipendio y se limitó a comentar los pormenores del caso; de los

ingleses, no dijo palabra.

Marchó a lo de Abelardo Montes, barón de Pontevedra, quien lo recibió entre elocuentes manifestaciones de simpatía que demostraron su disposición a complacerlo. “Bien”, se alegró Blackraven. Montes se convertiría de gran utilidad en su plan para destruir a Álzaga.

Servando abandonó el taller de tapicería al tiempo que las campanas tocaban el vespéral, ese repique lamentoso a tono con su ánimo. Enfiló hacia la tienda de abarrotes para cumplir el encargo del señor Cagigas, el maestro tapicero, quien necesitaba unos calamones de bronce y dos varas de brocado de seda. Justificaría su retraso con alguna excusa y pasaría por la casa de la calle Santiago. Ansiaba ver a Elisea.

Como de costumbre a esa hora, la encontró en el huerto; lo que no esperaba era toparse otra vez con Tomás Maguire acuclillado al lado de su amada. Se quedó quieto detrás de un nogal escuchando el relato de Tommy acerca de sus hazañas como soldado. Vestía un uniforme que le iba grande, de un azul desleído y con varios remiendos; de igual modo, desplegaba la actitud de un general prusiano.

—Pues si habéis luchado con tanto denuedo —apuntó Elisea—, es extraño que no hayáis ganado.

—¡Oh, pero si ellos eran cuatro mil! Nosotros apenas llegábamos a seiscientos.

—Entiendo. —Sin mirarlo, con la vista en su trabajo, Elisea opinó—: Juzgo un desatino esta idea de enrolarse, no sólo por su precaria situación con la Justicia sino porque su hermano menor... En fin, miss Melody ha sufrido mucho. ¿Y si los ingleses llegaban a herirlo, señor Maguire?

—Su señoría me habría cuidado. ¿Acaso no lo hizo cuando el artero de Servando me atacó a traición?

Los nudillos de Servando se tornaron blanquecinos a los costados de su cuerpo. “¡Qué fácil sería destruirlo!”, pensó. Una palabra vertida en el oído de Álzaga, y Tomás Maguire pasaría a la historia. Los observaba, atento a las palabras de él, a las sonrisas veladas de ella, hasta que dio un respingo, tan estupefacto como Elisea, cuando Maguire la tomó de los brazos y le estampó un beso en la boca. Esperó en vano la cachetada de la joven, que atinó a llevarse la mano a los labios enrojecidos y a mirar con extrañeza a Tommy. Entre colérico y abatido, Servando dio media vuelta y abandonó la casa de Valdez e Inclán, sin escuchar las palabras que Elisea pronunció a continuación.

—Yo lo aprecio, señor Maguire, pero le suplico que no vuelva a tomarse esa libertad conmigo.

—¿Por qué? —quiso saber, con aire impertinente.

—Porque no lo amo.

—¿A quién ama su merced, entonces? ¿Al zarramplín de Otárola?

—A quien yo ame no es de su incumbencia, pero sepa que, quien es dueño de mi corazón, no es un zarramplín sino el mejor de los hombres. Ahora váyase, no quiero que mi tía Leo ni mi tío Diogo lo encuentren aquí. Me comprometería.

Blackraven caminaba con aspecto reconcentrado, y nadie habría adivinado que estaba al tanto de una pareja que avanzaba detrás de él; de una esclava que, en la acera de enfrente, le ataba los cordones a su pequeño amo; del tañido de una campana, que anunciaba la cercanía del carretón del aguatero; de unas mujeres que, en los altos de la casa de la virreina vieja, contemplaban a los transeúntes. Detrás de su máscara impasible había un espíritu al acecho.

También meditaba acerca de la entrevista con el doctor Mariano Moreno, quien se había mostrado difidente ya que creía que el conde de Stoneville manejaba tras bambalinas la invasión ocurrida diez días atrás.

—Conozco a Popham —había explicado Blackraven—. Es un aventurero, hábil y convincente. Esta empresa en la que se embarcó no cuenta con el aval del gobierno británico, y tendrá que dar muchas explicaciones al nuevo gabinete en Whitehall.

—Cuando vuestras autoridades reciban el botín que llegó del Luján antier, le perdonarán cualquier bravuconada al comodoro Popham —apuntó Moreno.

—Eso es si, además de enviar el tesoro, consigue mantener la plaza.

Moreno se limitó a contemplarlo con estudiada serenidad, y Blackraven se dio cuenta de que se debatía entre volver a confiar en él u ocultarle lo que sabía. En su opinión, la actitud del joven abogado era elocuente, y lo llevó a concluir que ya se hablaba de la reconquista. “Es una buena oportunidad”, caviló. “Si los criollos se organizan para expulsar a los ingleses, nada los detendrá en su afán por expulsar también a los españoles”.

Entró en la casa de San José por la parte trasera, cuya tristeza habitual era alterada por risas y gritos de niños que jugaban a las escondidas y por las reprimendas de Siloé.

—¡Irrespetuosos! —Pronunciaba la negra entre dientes—. ¡Callad! ¿Acaso no sabéis que ésta es una casa de luto? ¡Respetad el dolor de la señora condesa!

—Déjalos, Siloé —intervino Blackraven—. Ya es hora de que acabemos con tanto silencio.

Víctor y Angelita, junto con un grupo de mulecones, se acercaron a saludarlo.

—Pero, amo Roger —se quejó Siloé—, hace pocos días que partió el niño Jimmy. Deberíamos mostrarnos todos tristes.

—Cuidado con la tristeza, Siloé. Puede convertirse en un vicio. ¿Dónde está Estevanico? —preguntó, sin pausa.

—No podemos hallarlo, señor —explicó Víctor.

—Nunca podemos —se desazonó Angelita—. Se esconde muy bien.

Blackraven avistó una mota que emergía de la enorme tinaja donde se almacenaba el agua de río para que decantase el barro. Como contaban con aljibe y ésa había sido una época de copiosas lluvias, no necesitaban comprar agua, por lo que las tinajas permanecían vacías. Sonrió al admitir la picardía del negrito.

—Quizá decidió meterse dentro de mi carruaje. ¡Pobre de él si lo ensució!

Los niños corrieron hacia la cochera, en tanto Blackraven se dirigía a la tinaja.

—Vamos, sal de ahí.

—Permítame hacer piedra franca, amo Roger.

Con agilidad admirable, Estevanico saltó de su escondite y corrió al manzano.

—¡Piedra franca! ¡Piedra franca! —proclamó, mientras golpeaba el tronco.

Los demás aparecieron con semblantes desolados y se arracimaron en torno a Blackraven, que comenzó a interesarse por las lecciones de esgrima, las de danza, las de equitación, los avances en el aprendizaje del inglés o de las aritméticas.

—Miss Melody me dijo hoy que desde mañana tomaré clases con doña Perla y don Jaime —anunció Estevanico.

—Habla en castellano —lo reconvino Blackraven.

—Está bien. ¿Con Miora puedo hablar en portugués?

—Sea.

Levantó la vista y descubrió varios pares de ojos oscuros que lo contemplaban en reverente silencio, apartados de Víctor, Angelita y Estevanico. Se trataba de los hijos de Ovidio y Gilberta, y de otras esclavas. Lo contentó verlos sanos, de carrillos llenos y buen brillo en la piel de ébano. A diferencia de los esclavos de otras familias porteñas, los de la casa de San José y de la de Santiago comían una variedad de platos que incluía carne vacuna, pescado, verduras y frutas, alimentos que, en la generalidad de los casos, sólo se degustaban en la mesa de los amos. Hurgó en la faltriquera y extrajo un puñado de cuartillos. Los repartió entre los niños, actitud que provocó que la expresión de miedo y reverencia cambiase por una de turbación.

—Gilberta —ordenó—, acompáñalos a la tienda a comprar golosinas.

—Gracias, amo Roger —balbuceó la esclava, emocionada.

Los niños salieron por el portón de la cochera polemizando acerca de las bondades del regaliz en oposición a las de los alfeñiques, las tortitas de coco o los caramelos de leche.

Blackraven caminó de buen ánimo hacia los interiores, en especial porque el comentario de Estevanico —que tomaría clases por disposición de miss Melody— hablaba de que su esposa comenzaba a ocuparse de nuevo de las cuestiones domésticas. La halló en su gabinete leyendo una carta. Le sonrió al verlo, y él se agachó para besarle la frente.

—Es de madame Odile —explicó Melody—. Me escribe por lo de Jimmy.

Se limitó a asentir y prosiguió quitándose la ropa. Un muro se erigía entre ellos, y él no sabía cómo franquearlo. La incomodidad de Melody lo ahuyentaba, ni siquiera se higienizaba desnuda sino que había vuelto al camisolín de baño, evitaba cambiarse frente a él e incluso lo rehuía con la mirada. Añoraba las noches de verano cuando la contemplaba pasarse loción por las piernas en tanto sus pechos se mecían a causa del enérgico masaje; y cuando después ella se deslizaba sobre su torso desnudo y dejaba un reguero de besos hasta alcanzar sus labios. Se le aproximó, en calzones.

Melody se sonrojó al notar su erección. De pie junto a ella, Blackraven le acarició el filo de la mandíbula y descendió por su cuello hasta abrirle el escote. Melody saltó de la silla y se alejó ajustándose el cuello de la bata.

—Roger, no —musitó.

—¡Isaura, por favor! —dijo, furioso.

Se echó encima el salto de cama y abandonó la habitación dando un portazo.

No supo qué lo despertó. Levantó los párpados de modo apacible y enseguida notó que Melody no yacía a su lado. Insultó entre dientes al no encontrar la yesca para encender la bujía. Por fin, la llama en el pabilo se estabilizó, y Blackraven elevó la palmatoria para iluminar el dormitorio. Allí no se encontraba, tampoco en el gabinete ni en el tocador. Se calzó las pantuflas de terciopelo, se puso la bata de lana y salió al pasillo, helado y silencioso.

La puerta entornada de la habitación de Jimmy llamó su atención. Entró. La divisó enseguida, sentada en medio de la cama donde había muerto su hermano, las rodillas bajo el mentón y los brazos en torno a las piernas. Se mecía y murmuraba, y mantenía los ojos muy abiertos, no pestañaba. Después se dio cuenta de que no murmuraba sino de que, entre castañeteos, canturreaba en gaélico.

Un nudo se anidó en su garganta, una obstrucción que nacía del miedo, la tristeza y la angustia. Aquella visión le provocó una impresión intensa, y se acercó a Melody, inseguro, como si estuviera a punto de tocar a una extraña.

—¡Isaura, estás helada!

La envolvió con su bata y la acomodó sobre sus piernas. Melody tiritaba y respiraba de modo agitado e inconstante. Blackraven la apretó, le besó la coronilla y la frente, y la llamó “mi pequeña, mi amor”, hasta que elevó los ojos al cielo raso para suplicar:

—Dios mío, devuélvemela.

Hacía años que no le pedía ayuda a Dios. Lo hizo con profunda fe mientras el carruaje de su padre se alejaba de Versalles, y no había surtido efecto; tampoco cuando suplicaba que el duque de Guermeaux lo amase. Al fin, se convirtió en un descreído. En esa instancia, alarmado hasta la desesperación, admitió su ineptitud y, de un modo natural, apeló a quien tantas veces había tachado de “entelequia”.

—Roger —susurró Melody.

—Aquí estoy, cariño.

—Jimmy me llamaba, *llorando* —se mortificó—, y yo no podía encontrarlo. No podía. Lo abandoné en la oscuridad, allá, en San Francisco, y tiene miedo. Está solo.

—Shhh, cariño. No digas más. Jimmy no está en la oscuridad ni solo. Está donde siempre hay luz, con tus padres. Él ha partido a un sitio mucho mejor que éste. Déjalo ir, Isaura, déjalo marchar en paz.

—¡No puedo! ¡No puedo creer que no lo veré nunca más! ¡No soporto su ausencia! ¡Lo extraño tanto! ¡Tanto! Quisiera escuchar su voz una vez más. ¡Quisiera tenerlo entre mis brazos una vez más!

—Lo sé, cariño, lo sé.

Melody se abandonó a un llanto amargo. Blackraven la sostuvo contra su pecho, sintiéndose impotente y estúpido, y también un miserable porque, en medio de aquella tormenta de sensaciones, padecía celos de Jimmy y se preguntaba si Isaura sufriría de igual modo por él.

—Amor mío —susurró, agobiado—, ¿es que acaso mi hijo y yo no somos suficientes para ti? Tú lo eres todo para mí, Isaura.

La cargó hasta el dormitorio y la depositó en la cama. Avivó la lumbre en el copón de bronce y volvió junto a ella, que seguía tiritando, aunque no lloraba. Amoldó su pecho a la espalda de Melody, le cruzó una pierna sobre la cadera y la envolvió entre sus brazos, todo para darle calor; le abarcó el vientre con una mano y movió el pulgar para acariciarlo. Se quedaron en silencio, advirtiendo cómo desaparecían la tensión y el frío, y una placentera somnolencia se apoderaba de sus mentes.

—Ya pasó, cariño —le dijo en voz baja, y el aroma familiar de su aliento erizó la piel de Melody—. ¿Ves? Sólo ha sido un mal sueño. Duérmete ahora. Quiero que estés tranquila, que vuelvas a sonreír, que vuelvas a ser mi dulce Isaura. Ése sería el deseo de Jimmy, estoy seguro. Él te quería tanto. Sólo deseaba verte feliz. ¿Harás el esfuerzo, mi amor? ¿Por nuestro hijo? —Ella asintió—. ¿Me lo prometes?

—Lo haré también por ti —musitó antes de quedarse dormida.

Blackraven consultó su reloj de leontina. Las cuatro y media de la madrugada. Fue a su despacho donde escribió dos notas, que selló con el símbolo del águila bicéfala, el de la casa de Guermeaux. Despertó a Somar y a Trinaghanta y les comunicó que él y Melody marcharían al Retiro; Somar quedaría a cargo de la casa de San José; la cingalesa, en tanto, los acompañaría.

—Roger —dijo el turco—, deberías llevar a Miora, incluso a Siloé. No olvides que, durante el invierno, allá queda un retén mínimo de domésticos. Los demás esclavos se ocupan en las tareas del molino y del lagar.

—Descuida, nos arreglaremos. Despierta a Servando para que lleve este mensaje

a Bustillo —el senescal de su propiedad “El Retiro”—. Dile que monte a Fuoco. En cuanto al regreso, indícale que le pida a Bustillo otro caballo. Más tarde, envía esta carta a madame Odile. —Se volvió para dirigirse a Trinaghanta—: Tu señora duerme, así que deberás armar los baúles con sigilo, como tú sabes moverte —acotó, con una sonrisa ligera—. Prepara ropa para tres días. —Consultó el reloj de nuevo—. Son las cinco y diez. Partiré a las seis y media. Somar, despierta a Ovidio y dile que prepare el carruaje. Asegúrate de que coloque *dos* braseros bajo los asientos de la cabina.

Cerca de la hora de partir, convocó a su asistente turco.

—Cuando regrese, no quiero encontrar vestigios de luto en esta casa. Se quitarán los paños negros de espejos, cuadros y muebles, se abrirán los postigos y se llenarán los jarrones con flores blancas. En cuanto a la habitación de Jimmy, quiero que sea remozada por completo. Dile a Ovidio que la pinte de otro color, que cambie las molduras y el mobiliario. Quiero que sea transformada en un cuarto de juego para los niños. Ah, Somar, lo olvidaba: encárgate de que la tumba de Jimmy reciba flores frescas a diario.

Todavía no clareaba cuando Blackraven despertó a Melody con besos en la frente.

—Cariño, levántate.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Iremos a pasar unos días al Retiro La envolvió con dos mantas y la condujo hasta el carruaje, donde Melody se recostó en el asiento, la cabeza sobre las piernas de Blackraven. Después de tantas noches en vela llorando, la joven apenas entreabrió los párpados.

—Duerme —susurró él.

Lo hizo, confiada y sin preguntas, y eso lo complació. Sus ojos no la abandonaban ni un instante, no podían apartarse de sus facciones embellecidas por una tonalidad untuosa en la penumbra del coche. “Dios mío, pareces una chiquilla”, pensó, admirado de que esa criatura le manejase la vida; siempre había algo de paradoja y sorpresa en relación con Isaura, y ni el tiempo conseguía que él se despojara de esa sensación de inseguridad que le provocaba amarla.

Debido a la precariedad del puente, el carruaje se meció con violencia al trasponer el zanjón de Matorras, y Melody despertó, sin sobresaltos, con la cara hinchada y reblandecida por el sueño. Blackraven se inclinó y la besó en los labios. Le habló al oído.

—Te he raptado, hermosa princesa. Eres mía, estás en mis manos. Durante algún tiempo, me ocuparé de prodigarte tanto placer que te olvidarás de todo. Gemirás entre mis brazos hasta la inconsciencia.

Una sombra de inquietud cruzó el semblante de Melody, y Blackraven percibió que su cuerpo se tensaba.

—¿Qué sucede? —La miró con fijeza; ella, en cambio, lo evitó—. ¿Por qué no

me miras? ¿Qué he dicho? ¿Acaso ya no me deseas? ¿Te doy asco, Isaura? ¿Te inspiro repulsión?

Melody movió la cabeza con rapidez, y sus ojos encontraron los azules de él, locuaces y exigentes. No le temió, más bien experimentó una pena infinita y mucha culpa por haberlo lastimado. La tristeza de Blackraven resultaba palpable, la oprimía y la angustiaba, y, como sabía que ese desconcierto podía transformarse en ira, extendió una mano indolente y le acarició el filo de la mandíbula, y, con la punta del dedo, le dibujó el contorno del labio inferior, pronunciado y grueso. Él apretó los ojos. Melody le pasó el brazo por la nuca y lo obligó a inclinarse para susurrarle:

—Te deseo, Roger Blackraven, tanto que a veces me duele el cuerpo. Imagino el placer que experimentaría con tu peso sobre mí, y me siento desfallecer. Recuerdo tus manos, cómo me tocaban, y tus besos en todas partes, y tus dedos dentro de mí, y mis pezones entre tus dientes... Pero después me pregunto si tengo derecho a tomar tanto placer de ti, a ser feliz entre tus brazos cuando Jimmy padeció esa agonía antes de morir.

Le tembló el mentón y apartó el rostro. Blackraven vio que su perfil se teñía de un rubor adorable y que una lágrima rodaba por su nariz. Se había tratado de un discurso sin fisuras ni titubeos, la expresión de un sentimiento de culpa que albergaba desde hacía tiempo y que había juzgado demasiado íntimo para desnudarlo. En ese momento debía de sentirse expuesta y vulnerada.

—Gracias por confiar en mí, Isaura. De algún modo superaremos este dolor. Si estamos juntos lo lograremos. El tiempo y mi amor curarán tus heridas.

Melody lo atrajo hacia ella y se pegó a su cuerpo en busca de la fuerza que él le prodigaba siempre, la que la había sostenido a lo largo de la agonía de Jimmy, y después también.

—He sido mezquina —se reprochó— al no advertir tu dolor. Tú también querías a Jimmy y has sufrido su pérdida.

—Por supuesto que quería a Jimmy, porque era tu hermano. Como también quiero a este hijo no sólo porque es mío sino porque tú vas a dármelo, porque será carne de tu carne.

El carruaje frenó a palmos de la entrada principal del Retiro.

—Hemos llegado —anunció Blackraven, y notó que la fisonomía de Melody se animaba y que una sonrisa le separaba los labios.

—Me siento destemplada —dijo—. Quisiera darme un baño bien caliente.

Capítulo IX

Hacía tiempo que no se embellecía, y así como el día anterior lo habría juzgado una frivolidad en época de luto, esa mañana quería estar hermosa para Roger. Se sumergió en la tina sin camisolín y se dejó consentir por Trinaghanta que le aplicó varios afeites, incluso el potingue de melaza y cera de abeja para quitarle el vello de las piernas, ese hábito escandaloso aprendido en el burdel de madame Odile y que tanto agradaba a Blackraven. En contraposición a su naturaleza comedida, la cingalesa se mostraba entusiasmada, se movía con premura en busca de frascos, toallas y ropa, sin detener su parloteo, y hasta se animó a sugerir que, durante esos días en el Retiro, no llevase el luto. Sacó del baúl un vestido de sarga verde claro con encaje en tonalidad marfil en escote y puños, y se lo mostró con un gesto pícaro que Melody no le conocía, acotando que el amo Roger moriría de amor al verla. Se aproximó para apreciar la textura del género.

—¿Quieres mucho a Roger, verdad?

—¡Oh, sí! Él lo es todo para mí.

La declaración no le molestó, por el contrario, la reconfortó la certeza de que tanto Somar como Trinaghanta habrían dado la vida por su esposo.

—¿Dónde lo conociste, Trinaghanta?

—En mi patria, en Ceilán. Él había llegado en busca de tierras para su hacienda, la que hoy tiene a unas millas de Colombo. La llamó *Párvati*, en mi honor —dijo, y su piel cetrina se cubrió de rojo.

—¿*Párvati*?

—Por la diosa *Párvati* —explicó—. Desde el mismo día de mi nacimiento fui consagrada a ella, aunque en su persona violenta, llamada Kali, que significa mujer negra. Como esclava de la diosa Kali, yo debo permanecer virgen hasta mi muerte y jamás debo tomar esposo.

—¿Incluso ahora, tan lejos de tu país?

—Oh, sí. Kali está en todas partes.

—¿Por qué dejaste Ceilán?

—El amo Roger me sacó de allí pues querían sacrificarme para aplacar la ira de Kali y la de su esposo, el dios Shiva. Así lo había decidido el sacerdote de mi aldea después de un sueño. Se suponía que debía entregarme voluntariamente al sacrificio, para eso me había consagrado como esclava, pero lo cierto es que lloré y grité todo el tiempo. El amo Roger y Somar, que andaban por la zona buscando tierras, escucharon mis gritos e irrumpieron en la ceremonia. Dispersaron a la gente blandiendo sus mosquetes y espadas. El amo Roger me tomó por el brazo y me levantó para sentarme sobre la grupa de Black Jack. Ya no pudo comprar tierras en esa zona —añadió— y debió hacerlo en el sur.

—Es una triste historia.

—He sido muy feliz sirviéndolo. Desde aquel día, nunca me he separado de su lado, salvo cuando viaja a Ceilán. Nunca he querido volver a mi tierra.

Pasado un silencio, Melody se animó a preguntar:

—Trinaghanta, ¿conociste a la primera esposa de Roger, a Victoria?

—Sí, claro.

—¿Cómo era ella?

—Bellísima —dijo, sin dudar—. Un poco caprichosa, aunque de buen corazón.

—¿Crees que Roger la amaba?

—A su modo, tal vez. Por cierto, no como a su merced, señora. Como ama a su merced, no he visto que amase a ninguna. Es otro desde que la conoció.

—Me pondré este vestido —se decidió Melody—, y pásame el *frangipani*.

Le gustaba cuando Blackraven apoyaba una pierna en el borde de la mesa de billar, su actitud relajada le gustaba. Leía el periódico y bebía de una jícara, chocolate, de seguro. Habían hecho el amor sobre esa mesa, y ella había acabado con la boca de él entre las piernas. La descubrió por el crujido de la sarga.

—Cariño —musitó al verla sin el luto y con el cabello suelto.

Melody metió las manos bajo la chupa de Blackraven y le rodeó la cintura. Estaba tibio, y se pegó a su cuerpo.

—Llevas el *frangipani*.

—Para ti. Bésame, Roger.

Lo hizo, con suavidad, más bien le acarició la boca con los labios. Melody se puso en puntas de pie y, con ambas manos en la nuca de Blackraven, saboreó su interior con gusto a chocolate, le succionó la lengua, el labio, se lo mordió, le refregó las encías, lo volvió loco. Él soltó un gruñido y profundizó el beso, y Melody creyó que se ahogaba.

—¿Por qué me haces esto? —le reprochó, agitado, y descansó la frente sobre la coronilla de ella.

—¿Qué?

—Perder el control. Tú me haces perder el control.

—Piérdelo.

—No.

—¿Por qué?

—Por el niño.

—Tu hijo está seguro dentro de su madre.

—Si me dejara llevar por lo que me provocas en este momento, no sería suave, Isaura, de hecho, sería muy brusco. Siento una erupción aquí dentro. Ha pasado tanto tiempo y te deseo de esta forma... Casi no puedo respirar.

Era cierto, lo hacía de un modo desacompañado, con intermitencias que le

ocasionaban jadeos.

—Pienso en el niño —dijo de nuevo— y en que podría malograrse.

Volvieron al despacho. Blackraven se quitó la chupa y se deslizó en el sillón de cuero frente al hogar, donde se consumían varios leños. Melody se acercó al escritorio para servir más chocolate. El escote le apretaba los senos y, cuando se inclinaba sobre las jícara, parecía que saltarían fuera. Blackraven se rebulló en el sillón y cruzó las piernas. Su erección era dolorosa.

La estudió mientras Melody, como hipnotizada por el fuego, daba pequeños sorbos con la gracia impasible de una dama, su belleza exaltada por tantos colores, el verde claro del vestido, el cobrizo del cabello, el turquesa de los ojos, el castaño oscuro de las cejas, el negro de las pestañas, el alabastrino de la piel, el coral de la boca. La vio mojar los labios con la lengua, y admitió que su resistencia había terminado. Dejó la jícara en el piso, hizo lo mismo con la de ella y, entrelazando los dedos en el cabello de la nuca de Melody, la atrajo a su boca y la devoró, ambos labios de ella terminaron dentro de él. La tomó por la cintura y la sentó a horcajadas de él, apartando el vestido y las enaguas hasta tocar sus piernas. Temblaba y exhalaba ruidosamente, mientras manipulaba el escote con movimientos torpes para liberarle los pechos.

—Están enormes —pensó en voz alta.

Melody tomó uno con la mano y le refregó el pezón en los labios. La succión de Blackraven la hizo gritar de placer, de dolor también. La cabeza empezó a darle vueltas. Con el rostro sumido entre sus pechos, él la sujetaba por la cintura y se masajeaba la erección con su vulva. Lo sentía latir y crecer, ella misma latía, se inflamaba, subía, hasta que el éxtasis la acometió con brutalidad, expulsándola hacia atrás, obligándola a tomarse de las sienes de Blackraven, en tanto sus gritos alertaban a las esclavas en la sala, que intercambiaron miradas y rieron. Se lo contarían a Berenice, la voluptuosa cuarterona que se había deslizado bajo las sábanas del amo Roger en el pasado.

—Ya no podrá decir que miss Melody es frígida.

El cuerpo de Melody se había vaciado de fuerza; sus piernas y brazos no respondían y le costaba levantar los párpados. Blackraven la sostuvo mientras la desembarazaba de los calzones antes de acomodarla de nuevo sobre él. Percibió que la humedad de ella le llegaba a la pierna.

—Bájame el pantalón —dijo, y levantó la cadera para facilitarle los movimientos.

Suspiró cuando Melody liberó su pene y lo sostuvo con ambas manos para estudiarlo. Se quedó mirándola. Era adorable cuando el deseo se dibujaba en su rostro, con esa mueca sin parpadeos, de mejillas ardidas y de labios hinchados y entreabiertos. Apretó los ojos y echó la cabeza hacia atrás para permitirle hacer, mientras sus manos se movían bajo la sarga y le imprimían marcas en las piernas.

Melody levantó la vista y la fijó en la de su esposo; había algo intenso e imperioso en él. La tomó por la nuca y le habló sobre los labios.

—¿Lo ves? Tócalo —y apretó su mano en torno a la de ella—. ¿Ves cómo está? ¿Así de duro?

—Así de enorme.

—Por tu culpa, amor mío. —A Melody le pareció distinguir un tono de reproche.

—Todavía me asombra que esto encaje dentro de mí. Debería temerle.

—¿Pero no le temes, verdad?

Melody buscó los labios de Blackraven y comenzó a besarlos con la misma energía que empleaba con los dedos al moverlos sobre su pene. Blackraven rugió en su boca y, con un movimiento ágil y austero, la levantó para introducirse dentro de ella.

—He deseado este reencuentro con desesperación —le confesó—. ¿Qué me has hecho, Isaura, que ya no soy el mismo? Acabarás conmigo si no me amas como yo a ti, de este modo demencial. A veces creo que estás despedazándome. ¿Es acaso una clase de venganza? Quiero verte loca por mí, loca, loca. Quiero que sufras por mí como yo por ti. ¿Cómo fueron estos meses de separación? ¿Como los míos, un infierno? ¡Dime!

Blackraven la levantaba y la bajaba, la hacía girar en círculos, la movía hacia atrás y hacia delante, hacia la izquierda y la derecha, sacudiéndola sin misericordia, enterrando los dedos en la carne de sus caderas. Melody lo escuchaba sin poder responder; tenía la respiración atascada, la boca seca y la garganta estrangulada.

—Quiero que sufras, quiero que me supliques que te ame, quiero que me jures que soy lo único, lo primero, lo último.

Blackraven había olvidado sus escrúpulos iniciales y, desatada su pasión, la poseía con brutalidad, consciente de que lo lamentaría, aunque sin intención de detenerse en aquella instancia. En realidad, le importaba un ardite el después. Sólo le importaba Isaura, lo que ella tuviera que decirle.

—¡Qué poco me siento a tu lado! —exclamó—. Recojo las migajas que me lanzas. ¡Suplícame, Isaura! Suplícame.

—¡Oh, Roger, no te detengas! ¡Sí, Roger, así! ¡Oh, voy a morir!

—¿Pensabas en mí? ¿Alguna vez pensaste en mí?

—Cada minuto de cada día durante setenta días.

—¿Sufrirías si yo muriera?

—¡Moriría contigo!

Sollozó en medio de una lujuria histérica, sujeta a espasmos que contraían y relajaban su vagina en torno al miembro de Blackraven, espasmos que aumentaban al acercarse al éxtasis; después se tornaron pura tensión, una tensión quieta y expectante, que, al explotar entre sus piernas, la sumió en una agonía que la aturdió y

la dejó temblando. Su orgasmo había sido tan intenso que ni siquiera tuvo conciencia del de Blackraven, aunque en medio de sus gritos le pareció escuchar los de él, profundos, desesperados, y percibir el apretón de sus manos enormes, que la asían con ferocidad. Después comprendió que, a Blackraven, su desahogo lo había devastado porque quedó tendido en el sillón, la cabeza echada hacia atrás, los brazos caídos a los costados. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en el cielo raso, no pestañaba y soltaba el aire por la boca con un silbido ronco; el pecho le subía y le bajaba al ritmo enloquecido de su corazón.

Melody se movió para ponerse de rodillas, pero Blackraven la devolvió a su posición.

—Quédate quieta. Todavía no quiero salir de ti.

Melody le abrió la camisa y besó su pecho dejando un rastro de saliva y lágrimas.

—Amor de mi vida. Dulce amor de mi vida. ¿Acaso supiste que fueron exactamente setenta días? Yo los contaba, ¿sabes? Uno por uno, día por día.

Finalmente se puso de rodillas para inclinarse sobre el semblante imperturbable de Blackraven. Melody hablaba y lloraba, y sus lágrimas bañaban las mejillas barbudas y terminaban filtrándose entre los labios de él.

—Merecía que me dejaras como lo hiciste, lo sé, pero cuando te fuiste, bueno, eso ha sido lo más duro que me ha tocado vivir. Lo más duro, ¿entiendes? Porque no te tenía a ti para soportarlo. Si te tengo a ti, atravieso cualquier prueba. Contigo, no le temo a nada. Nunca imaginé que estar lejos de ti dolería tanto. Durante tu ausencia, en cada amanecer me preguntaba: “¿Hoy será el día en que vuelva a verlo?”. Y cuando Somar retornaba a casa y yo, con una mirada, le preguntaba por una carta tuya, por una noticia tuya, y él sacudía la cabeza porque no había nada, ¡oh, Roger, mi corazón sangraba de dolor! Y cuando Jimmy enfermó, yo sólo podía pensar: “¡Dios mío, devuélveme a Roger! No me hagas vivir este martirio sin él”. La misericordia de Dios existe, Roger. Él te guió hasta mí para sostenerme cuando ya no podía tolerarlo. ¡Amor mío! ¡Nunca vuelvas a dejarme! ¡Roger, por amor de Dios, nunca vuelvas a dejarme! ¡Ámame, ámame siempre! Ámame locamente, como yo a ti.

Se cubrió el rostro y siguió llorando. Los brazos de Blackraven se ajustaron en torno a su espalda y le cortaron el aliento. Sus labios húmedos le marcaron surcos en las mejillas, en el cuello, en los hombros, en los brazos, en los pechos. Su pasión la asustaba, pero no se animó a dudar. Le había entregado todo a ese hombre.

Blackraven le encerró la cara con las manos y le dijo:

—Tú y yo somos una sola criatura, las dos partes de una unidad. No podemos vivir separados, no podemos apartarnos el uno del otro; tú no puedes excluirme, yo tampoco. Cualquier suerte que debamos correr, la correremos juntos. Así como nuestras carnes se convierten en una sola cuando hacemos el amor, también nuestras

mentes y nuestros corazones. ¿Tú puedes sentirlo? ¿Puedes sentir eso, Isaura? Para mí es tan claro, cuando te veo, cuando te toco, cuando te escucho hablar, cuando penetro dentro de tu cuerpo. Contigo acabó mi búsqueda. Ahora sé cuál es el sentido de mi existencia: amarte y ser amado por ti.

Melody se acomodó sobre el pecho de Blackraven y lloró hasta que la angustia se convirtió en suspiros.

—Mírame, Isaura. —Ella obedeció—. ¿Sabes que eres el único amor de mi vida? ¿Sabes que no te merezco, mi ángel? —Después de un silencio, los ojos azules de Blackraven se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué te tocó a ti esta vida tan dura, Isaura? ¿Por qué no fuiste una niña mimada, criada entre algodones, con vestidos costosos y preceptores tolerantes? No mereces nada de lo que te pasó. ¿Conoces la impotencia que me provocas? Cuando pienso en ese bastardo de tu primo, en las miserias que te hizo padecer... —Se le quebró la voz; inspiró bruscamente y apartó la cara para no verla—. Y como si aquello no hubiese bastado, pierdes a Jimmy...

Melody le secaba las mejillas, le acariciaba el cuello y el pecho, le besaba el mentón y los párpados.

—Shhh, calla —le pedía con dulzura—. Shhh, no hables. ¿Cómo puedes renegar de mi vida? ¿No te das cuenta de que cada momento, cada instancia, triste o feliz, me conducía a ti, me ponía un poco más cerca de tus brazos? ¿No lo ves? ¿Acaso no puedes verlo? Escúchame, Roger: volvería a vivir esta vida si supiera que al final del camino vería tu adorado rostro. Tú le diste sentido al dolor, ¿entiendes? Tú le diste sentido a todo. Le diste vida a mi vida. Y a la de Jimmy también, que en paz descanse. Pusiste vida dentro de mí. Sólo tú podías darme este hijo, Roger.

—¿Me amas, Isaura?

—Más allá del entendimiento. Con todas las fuerzas de mi corazón. A cada segundo del día, cuando duermo también. Sí, te amo, Roger Blackraven.

—¿Por qué me amas?

—Por qué te amo, no lo sé. Puedo decirte que soy feliz amándote.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—Jamás.

—¿Ni siquiera ahora que sabes que fui negrero?

—No, ni siquiera. El día en que lo supe sentí tristeza, no arrepentimiento. ¿Me amas tú a mí?

—Sí, sobre todo cuando tienes estos orgasmos tan escandalosos.

—No soy escandalosa —se ofendió Melody, y las mejillas se le tiñeron de rojo.

—Oh, sí. Lo eres, cariño. Creo que hasta Bustillo, en el cuarto patio, sabe qué hemos estado haciendo hoy en este despacho.

—¡Roger, no podré mirarlos a la cara!

La turbación y el sonrojo de Melody le provocaron una carcajada.

—En cambio, deberías mirarlos con orgullo. Lo único que deben de sentir nuestros empleados en estos momentos es envidia. —Se puso serio y le apartó unos mechones de la sien—. ¿Acaso crees que es normal esta pasión? ¿Acaso piensas que todas las mujeres gozan como tú? ¿Qué varón y mujer alcanzan el orgasmo al mismo tiempo? Eres tan inocente, amor mío. ¡Qué sabes tú de estas cosas! —Enseguida puso cara de malo—: ¿Habías tenido un orgasmo antes con algún otro?

—¡Sabes que era virgen cuando me tomaste por primera vez!

—No hablo de hacer el amor, hablo de que alguno te haya tocado hasta provocarte un orgasmo.

—Bueno, sí, una vez. —Melody se echó a reír ante la mueca entre furiosa y desconcertada de su esposo—. Fue en esta misma habitación, exactamente allá, contra aquellos paneles de roble. Mi patrón, aprovechándose de mi inexperiencia, me provocó mi primer orgasmo, por el cual casi pierdo la conciencia, y lo hizo echando mano de las caricias más escandalosas. Nunca se lo perdonaré.

—¿Ah, no? ¿Nunca se lo perdonarás?

—Bueno... Tal vez si él... En fin, quizá lo perdonaría si él repitiese la hazaña, aunque no creo que *esté* en condiciones.

Blackraven ya la tumbaba sobre el sillón y la obligaba a abrir las piernas. Le sujetó la muñeca y le guió la mano hasta encontrarla con la dureza de su pene. Melody jadeó.

—Mira en qué condiciones está tu patrón. Vamos, tómalo, apriétalo. ¡Ah! —Se arqueó en un movimiento convulso—. ¿Es que nunca acabaré este ardor que siento por ti? Acabo de poseerte y no pienso en otra cosa que en volver a estar dentro de ti.

—Le he echado un maleficio, excelencia, para que su merced arda por mí toda la eternidad.

—¿Ni siquiera me dejarás en paz después de muerto? Pues me convertiré en un fantasma y te violaré todas las noches.

—Sí —suplicó Melody, atrapada bajo el cuerpo de Blackraven, que se elevaba sobre ella como el coloso de Rodas.

La tomó con suavidad, moviéndose apenas. Melody notaba que se reprimía, por su mueca de dolor y por la forma en que soltaba el aire cada tanto, como si hubiese permanecido mucho tiempo bajo el agua. Con una mano le sujetaba un muslo; la otra se hundía en el brazo del sillón, sobre su cabeza. Melody le subió la manga hasta el codo y le besó la muñeca, en la parte de las venas. Amaba el modo en que se dilataban sus tendones bajo la piel velluda y bronceada, y cómo se estremecían sus músculos a causa del esfuerzo. Blackraven bajó la cabeza y le chupó los pezones.

—Oh, Roger —gimió Melody, y se arqueó para ofrecerle sus pechos.

Le abrió la camisa y se metió una tetilla de él en la boca.

—¡No lo hagas, cariño! Trato de ser suave esta vez.

La comunión entre ellos era tan intensa, iba más allá de la fusión de sus cuerpos, ella se sentía soldada a ese hombre, como si compartieran otras partes vitales, el corazón, el cerebro, los pulmones, el alma. Blackraven la conocía bien, en rigor, nadie la conocía como él. Melody percibía aquella revelación como un ahogo en el pecho. Se trataba de una felicidad desbordante, y las lágrimas comenzaron a caer por sus sienes.

—¿Qué ocurre? No llores, no soporto verte llorar.

—Lloro de felicidad.

—Te dije que te daría tanto placer que te haría olvidar.

—Sí. Nunca hablas en vano.

Nunca. Te amo, Isaura, como nadie ha amado jamás en este mundo. Roger.

Podría quedarme dentro de ti para siempre. Soy tuyo, mi amor, sólo le pertenezco a ti. Ni una vez lejos de ti te fui infiel, ni con el cuerpo ni con la mente. Estoy tan orgulloso de que seas mi mujer. ¡Cuánta falta me has hecho!

Melody levantó las piernas e hincó sus talones en los glúteos de Blackraven. Había quedado muy abajo, su boca a la altura del pecho de él, ovillada y prendida a su torso. Estiró el brazo y le acarició la base del cuello, donde le latía el pulso. Se arqueó para incitarlo, no quería suavidad sino toda su potencia dentro de ella. Volvió a torturarlo mordisqueándole las tetillas, hundiendo los dedos hasta tocarle el ano, los testículos y el punto por donde se unían sus cuerpos, provocándolo con un movimiento ondulante y veloz.

—¡Isaura! ¿Por qué me haces esto?

—Te quiero todo, completo. No te guardes nada.

—¿Así? ¿Esto te complace? —Sus embestidas recrudecieron, más cortas y rápidas, casi brutales—. Tú tampoco te guardes nada. Dame todo, Isaura. ¡Gime, gime para mí! Permíteme ver que te satisfago, que le sientes mujer debajo de mí. Quiero ver cuánto me amas.

Melody olvidó a los sirvientes y, con un gemido agudo y prolongado, se dejó arrastrar por esa marea espesa y caliente que le nacía entre las piernas, pero que le comprometía cada pulgada del cuerpo. El último empujón de Blackraven le hizo golpear la coronilla contra el brazo del sillón. Percibió que los glúteos de él se apretaban, y enseguida escuchó su bramido, como si lo hubiesen herido de muerte. Levantó los párpados, asustada. Él gritaba y se movía de un modo destemplado mientras se vaciaba en ella.

—¡Oh, Dios, vas a matarme! —dijo en inglés, y cayó rendido sobre sus pechos.

La calma no llegó fácilmente. Aunque Melody no respiraba con normalidad dado el peso de Blackraven, estaba a gusto; no tenía hambre ni sed ni frío ni calor. Antes de retirarse, él le pidió:

—Mírame.

Le gustó el ascenso agobiado de sus pestañas, lo encandiló el peculiar turquesa de sus ojos, y lo fascinó la adoración con que lo miró, lo hizo sentir poderoso, triunfador. Se inclinó para hablarle sobre los labios.

—¿Eres mía? Dímelo. ¿Sólo yo te importo, verdad? ¿Sólo a mí me amas?

—Sí a todo. Sí, soy tuya y de nadie más. Sí, sólo tú me importas. Sí, sólo te amo a ti, mi dulce y adorado esposo.

La respuesta lo convenció. Le dedicó una sonrisa que ocasionó que el corazón de Melody se desbocara de nuevo. Se acostaron en el sillón, demasiado pequeño para Blackraven, cuyas piernas colgaban en el brazo de cuero. Pasaban los minutos, y ellos guardaban silencio. Después Melody lo instó a hablar de su viaje. Blackraven le contó en voz baja acerca de las bellezas de Río de Janeiro, de la casa alquilada para sus primos, de sus amigos, el capitán Malagrida y Adriano Távora, de cómo había conocido a Estevanico, de las noches en vela, extrañándola, de los regalos que le había comprado y que le entregaría más tarde. Se quedaron dormidos. Los despertó un golpeteo en la puerta.

—Es Trinaghanta —adivinó Blackraven.

La cingalesa les traía una bandeja con el almuerzo. Al levantarse del sillón, Melody experimentó un dolor placentero en las extremidades, y se dio cuenta de que le ardía la entrepierna. La flojedad la hizo tambalearse. Blackraven, de rodillas frente a ella, le levantó la falda y le descubrió los muslos y las caderas llenos de moretones, sus dedos impresos en la blancura de su piel.

—He sido una bestia —admitió, y le besó el monte de Venus.

—Roger, no te mortifiques. Se trata de mi piel, siempre ha sido igual, apenas la rozo o golpeo, aparece un hematoma. A veces ni recuerdo haberme golpeado y amanezco con un cardenal.

—Es que es tan blanca y delgada —dijo, con la mejilla en el muslo de Melody—. Se te transparentan las venas. Perdona mi ardor excesivo.

—Has estado estupendo, mi amor.

—Y ahora muero de hambre.

—Come tú, yo no tengo apetito.

—Vamos, cariño, *tienes* que comer. Prometiste que te repondrías, por el niño.

—Por ti también.

—Ven —le ordenó, mientras ocupaba la butaca con Melody sobre sus rodillas—. Me resulta imposible creer que no tengas apetito después de lo que te he hecho. ¿O te dejé tan satisfecha que hasta el hambre te quité?

A Melody le dio gracia la pregunta, y el tono y el gesto con que la formuló también, y soltó una risita corta y tímida, como de niña, y, a Blackraven, el corazón se le llenó de ternura. Le besó la frente y le acercó un trozo de carne a la boca.

—Si tomas algunos bocados se te abrirá el apetito.

—Debería tomar una cucharada del tónico del doctor Constanzó.

—¡El doctor Constanzó! —se enojó Blackraven—. ¿Qué tiene ese majagranzas para merecer tu confianza ciega? ¡Ojalá confiaras en mí como confías en ese matasanos!

—Roger, ¿qué dices? Es un buen médico, muy humano. Fue dulce y comprensivo con Jimmy. Fue el único...

—Sí, sí, ya sé. El doctor Constanzó es el mejor hombre de la Tierra.

—No, tú eres el mejor hombre de la Tierra. —Lo besó en los labios—. ¿Cómo puedes estar celoso de él? ¿O de nadie? No puedo creer que sientas celos.

—Celos negros —acotó él, con fiereza.

—¿Cómo podría amar a otro siendo tú mi esposo?

—No quiero que Constanzó vuelva a casa, no quiero que sea tu médico.

—Eres injusto.

—Isaura, ese pelagatos te mira con cara de babioca. Sé lo que te digo. Soy hombre y conozco de estas cosas. No tengo quince años más que tú en vano. Ese idiota te desea, así que lo mantienes lejos de ti o lo acabo en un duelo.

—Está bien —aceptó, pues quería complacerlo—, no volveré a llamarlo.

—Y deja de beber ese tónico que te dio. Yo te devolveré el hambre. A fuerza de orgasmos. Ya verás.

Blackraven le entregó los regalos de Río de Janeiro en el dormitorio. No había imaginado el placer que experimentaría con el entusiasmo de Melody, que daba grititos con el semblante iluminado al descubrir el contenido de cada paquete, de cada caja: las piezas de terciopelo, seda y brocado, los chapines de badana, el abanico con varillas de nácar y paño de seda pintada, las arracadas de topacios, el collar de aguamarinas y crisólitos, el rascamoño de citrino, la sortija con amatistas. Le vino a la mente el día de la boda, cuando la vio entrar en el despacho circundada por esa aura diáfana. Le quitó la muñeca belga de las manos y la abrazó en un raptó intempestivo. Le habló con pasión al oído.

—Más tarde quiero que me cumplas una fantasía con la que soñaba en Río de Janeiro. Más tarde. Ahora me complacería caminar contigo hasta la playa.

—¡Sí, Roger! Es un día magnífico para caminar. Me cambiaré el vestido, éste está muy arrugado.

—No, déjalo. Tengo planes para seguir arrugándotelo. Toma, cúbrete con tu capa de merino. —Se la echó sobre los hombros y le ató el cordón en la base del cuello—. Y ponte los guantes, está frío. Anda, vamos.

—Estos días en el Retiro son nuestro viaje de bodas —comentó Melody, mientras cruzaban el parque camino a la barranca—, el que no tuvimos a causa de la muerte de don Alcides.

—Con qué poco te conformas, cariño. Tengo pensado un viaje más fastuoso que estos días en el Retiro. París, Roma, Venecia, Florencia. ¿Te importaría si nos desviásemos unos minutos? Veo el caballo del sobrestante y me gustaría cruzar unas palabras con él para preguntarle cómo marcha la ampliación del lagar.

Después de atender a los comentarios y pedidos del empleado, el mismo que estaba a cargo de la construcción de la curtiduría, siguieron hacia la playa. Melody, del brazo de su esposo, lo escuchaba con devoción mientras él le contaba acerca de sus proyectos. De pronto, Blackraven se detuvo y le besó las manos.

—Isaura, ¿te haría feliz si manumitiera a nuestros esclavos?

La tomó por sorpresa, y se quedó muda, sin apartar sus ojos de los de él.

—Yo haría cualquier cosa por ti, Isaura —le recordó, y apoyó la frente en la de ella—, cualquier cosa, cariño, sólo por verte feliz.

Melody le tomó el rostro con las manos a modo de contestación; no podía hablar.

—Lo sé —balbuceó, y lo invitó a seguir camino hasta la ceja de la barranca desde donde contemplaron el río.

—Muchas veces pensé en pedirte que manumitieras a nuestros esclavos —expresó Melody.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Porque me temes?

—Porque no estoy segura de que sea lo mejor para ellos. A veces creo que son como niños, Roger. Niños que perecerían sin nuestra protección. He visto a muchos africanos manumitidos vagar por las calles, muertos de hambre, envueltos en harapos, mendigando para sobrevivir. En especial, para ellos es el hospicio.

—Nuestros esclavos no tendrían por qué sufrir esa suerte. Podrían quedarse con nosotros y trabajar por un salario, con la diferencia de que, cuando lo desearan, tendrían la libertad de marcharse.

—¡Oh, Roger! ¿Harías eso?

—¿Por ti? Sí. Eso, cualquier cosa.

Le pasó los brazos por la cintura y se ciñó a él, pegando la mejilla a la suavidad de la cachemira de su redingote. Alzó la mirada y lo descubrió observando de nuevo el río, absorto.

—¿Qué consecuencias tendría una hazaña como ésa para ti? ¿Qué diría la gente? ¿Podría perjudicarte?

—Los porteños de rango se enfurecerían, por cierto. —Sonrió con ironía—. De todos modos, si los ingleses planean quedarse con estas tierras, lo más probable es que terminen absolviendo la esclavitud. Ah, logré sorprenderte, ¿verdad? ¿Ves que mis compatriotas no son tan perversos como crees? Es muy probable que el nuevo gobierno en Downing Street empiece por abolir el comercio negrero como primer paso para una medida más radical: devolver la libertad a los esclavos. ¿Qué opinas de la intervención inglesa en el Río de la Plata?

—Sólo esto: me alegro de que mi padre no esté vivo para verla. ¿Sabes, Roger? —dijo, con intención de acabar con ese tema—. Desde este mismo punto te vi nadar aquella mañana de enero, ¿te acuerdas?

Él ensayó una mueca que la hizo reír.

—¿Cómo olvidarlo? Me puse duro como una roca sólo porque me mirabas.

—Al principio no sabía que se trataba de ti. Me quedé para asegurarme de que nada le ocurriera al imprudente que se aventuraba en estas aguas. Son muy traicioneras, ¿sabes?

—¿Alguna vez dejarás de preocuparte por los demás?

Corrieron barranca abajo, y Melody lo incitó a que la persiguiera. Blackraven le permitió escapar. No tardó en atraparla. La rodeó por detrás, la despegó del suelo y la hizo dar vueltas. Melody reía y gritaba el nombre de él. Rodaron sobre la playa, y Blackraven recibió el impacto de la caída. Se colocó sobre ella y la besó, al principio con apremio, sujetándole las muñecas sobre la cabeza, succionándole el labio, empujándole la pelvis. Un momento después, ante la rendición de Melody, abandonó su impulso y le depositó lánguidos besos en el rostro y en el cuello.

—¿Y te acuerdas de que te hice el amor en este mismo sitio aquella noche de febrero, después de la tertulia?

—Sí, me acuerdo —susurró Melody—. Y yo antes te había tenido en mi boca. Quiero tenerte en mi boca, Roger, ahora, aquí. Deseo que acabes en mi boca.

La erección se pronunció. Deprisa, casi corriendo, la condujo al pie de la barranca, donde una curva natural del terreno les ofrecía un refugio al socaire del viento frío y de la curiosidad de posibles intrusos.

Volvieron a la casa al tiempo que los esclavos abandonaban las faenas del campo y se recogían en las barracas. Los más osados se acercaban a saludar al Ángel Negro; una muchacha se atrevió a besarle las manos.

—Tecla, no —dijo Melody—. No soy nadie para que beses mis manos.

—Usía lo es todo para nosotros. Gracias a su merced, tenemos camastros donde dormir, mantas para cubrirnos y braseros para calentarnos. Y gracias al amo Roger —añadió, y practicó una reverencia; nunca levantó la vista—. Estamos cómodos, miss Melody, no se preocupe. Además, don Bustillo ya no nos aherroja los tobillos.

“Me gustaría darles tanto más”.

—¿Y la comida? ¿Coméis bien? ¿Tenéis suficiente?

—Nadie come mejor que los esclavos del Ángel Negro —manifestó Tecla.

—¿Hay algún enfermo? —La muchacha negó con la cabeza—. Gracias a Dios —musitó, pensando en el brote de viruela en el barrio del Tambor—. Si alguno llegase a caer enfermo, Tecla, debes enviarme aviso. Hazlo con Balkis; él lleva la carne a diario a la casa de San José. ¿Y Juan Pedro y Abel, cómo están? —Melody preguntaba por los hijos de la esclava.

—Extrañando a vuesa merced. Quieren que usía se quede para siempre en el Retiro.

—Volveré —prometió Melody— y seguiré enseñándoles a leer y a escribir.

Blackraven la instó a entrar en la casa; el sol se había puesto y la temperatura disminuía.

—Te sabes los nombres de todos ellos, ¿verdad? —Melody asintió—. Y el de sus hijos. En algo estoy de acuerdo con Tecla —dijo Blackraven, que hasta ese día no conocía el nombre de la muchacha—. Usía lo es todo para mí también.

Se preparó la tina grande en el dormitorio, y tomaron juntos un baño. Melody amaba la desnudez de Roger, la tonalidad bronceada del torso y el contraste con la palidez de las caderas y de los glúteos. Le tocó el trasero bajo el agua, y Blackraven profirió un gemido y se movió compulsivamente. Sonrió, animada por el efecto de sus manos sobre él. Le gustaba también la mata de vello oscuro que le cubría el pecho, que se afinaba sobre el vientre para terminar en una línea bajo el ombligo que se internaba en su parte íntima. Lo contempló de cerca: tenía los ojos cerrados, había echado la cabeza hacia atrás y estirado los brazos sobre el borde de la tina. Su actitud relajada ejerció un efecto hipnótico sobre el espíritu inquieto de ella; acomodó la espalda en el torso de él e inspiró profundamente buscando aplacar sus pulsaciones. El agua caliente y los vahos fragantes los adormilaron.

Decidieron cenar en el despacho, recostados sobre cojines en la alfombra, delante del hogar, la única fuente de luz. Saltaban de un tema a otro, de buen humor, alegres, y, al mismo tiempo, serenos. Blackraven atizó los troncos de quebracho y las llamas se avivaron.

—¿Crees que todo marchará bien? —preguntó, con la mano sobre el vientre de Melody.

—Por supuesto, mi amor. ¿Qué podría ir mal?

—El parto. A veces hay complicaciones y muchas mujeres... —No se atrevió a decirlo.

—Soy fuerte, lo sabes.

—Sí, pero si algo llegase a sucederte, Isaura, yo...

—Nada va a sucederme —lo detuvo Melody—. Confiemos en Dios. Blackraven rodó junto a ella y la cubrió en parte con su cuerpo. No le hablaba, se limitaba a observarla, a tocarle el cabello, las mejillas, el cuello. La urgencia de sus caricias y el brillo penetrante de su mirada le comunicaban la naturaleza posesiva y tiránica de su esposo, esa índole de emperador que madame Odile había descubierto meses atrás y por la cual todo tenía que permanecer bajo su señorío. Comprendió también que ella había irrumpido en su vida para provocarle sentimientos que, al oponerse a esa índole de hierro, lo desorientaban y, por ende, lo enfurecían.

Cuando por fin habló, Blackraven lo hizo con una voz tan grave y profunda que

Melody experimentó una flojedad en las piernas.

—¿Sabes que soy uno de los hombres más ricos de la Inglaterra? ¿Sabes que mis riquezas son incontables? ¿Que tengo propiedades alrededor del mundo, una flota de barcos, un astillero, acciones en varias industrias, dinero en los bancos, joyas, piezas de arte? Tu mente no puede calcularlo, ¿verdad? ¿Y acaso sabes que me he partido el lomo para ganarme cada maldito penique, que he arriesgado mi vida en incontables ocasiones? Pues no debería decirte esto, puesto que ya ostentas demasiado poder sobre mí; de igual modo quiero que sepas que, si con mis riquezas yo pudiera asegurarte a mi lado, alejarte de la muerte, del peligro, del dolor, comprarte la felicidad eterna, yo las entregaría sin pensarlo un segundo. Me desprendería de todo si supiese que de ese modo tendría para siempre conmigo a mi dulce Isaura.

—Me tendrás, siempre, siempre contigo —lloró Melody, aferrada a su cuello.

—Isaura, tengo miedo de perderte. Amo amarte, pero a veces me asusta tanto.

—Quiero cumplirte esa fantasía con la que a menudo soñabas en Río de Janeiro —dijo Melody, quitándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Blackraven necesitó unos segundos para contestar.

—Entonces, déjame desnudarte. Cuando compré este camafeo en Río... —Lo sacó de su faltriquera y se lo entregó.

—Roger, mi amor, es bellissimo.

—Cuando lo compré —volvió a empezar—, me dije: “Quiero que se pasee desnuda delante de mí con este camafeo en torno a su cuello y el cabello suelto sobre su espalda”.

La desvistió con manos lentas, mientras veneraba con sus labios las partes que iban quedado expuestas. Le acarició la delicada curva del vientre, lo besó, apoyó el oído, volvió a besarlo y ahí dejó sus labios durante largos segundos, él de rodillas, Melody con los dedos enredados en su cabello negro. Se puso de pie, y volvió a hacerla sentir pequeña, como esa mañana, cuando la tomó en el sillón y ella pensó en el coloso de Rodas. Blackraven desanudó el tiento al final de su trenza y la desarmó, advirtiéndole que el cabello había crecido y que casi le cubría el trasero. Por último, le ató la cinta de terciopelo negro del camafeo en torno al cuello. Se sentó en el sillón y se cruzó de brazos y piernas. Desde allí le daba indicaciones, y ella obedecía en silencio. Había una fuerza excitante en la inocencia de sus movimientos, en el modo pudoroso y un poco torpe con que se mostraba, en esa voluntad por complacerlo pese a la vergüenza. Lo enorgullecía que su delicada feminidad le perteneciese y que jamás hubiese conocido otros ojos ni otras manos. Sin quitarle la vista de encima, se desvistió.

—Recuéstate.

Se acostó sobre la alfombra cerca del fuego, con las piernas recogidas y las rodillas echadas hacia la izquierda. La figura desnuda de Blackraven se proyectó

sobre ella, y Melody contuvo el aliento, no se dio cuenta, se trató de la reacción inconsciente ante la belleza de ese cuerpo de hombre. “¿Cómo es posible que sea sólo mío?”, se admiró. Las llamas proyectaban luces y sombras sobre los músculos de Blackraven, perfilando los contornos de su vientre chato, de sus brazos, de sus piernas largas y gruesas, enfatizando el filo de su mandíbula y el aspecto aquilino de su nariz, oscureciéndole la mirada. Parecía esculpido en piedra negra. El pelo, suelto sobre los hombros, le confería un aire primitivo.

—Eres tan hermoso —dijo Melody, y estiró el brazo hasta que sus dedos rozaron el glande duro e hinchado—. Ven, hazme el amor.

Se trató de una larga noche en la que durmieron a intervalos. Después de amarse en la alfombra junto al fuego, jugaron desnudos un partido de billar, que terminó cuando Melody se sentó en el borde de la mesa y rodeó las caderas de su esposo con las piernas.

—Buscas distraerme porque vas perdiendo —la acusó Blackraven, y, tomándola por las nalgas, la acomodó para penetrarla—. Eres una tramposa, ¿lo sabes?

—No, tramposa no, excelencia. Insaciable, por vuestra culpa.

Con las manos sobre la pana verde, se arqueó para ofrecerle los pechos, y, al ver la cabeza oscura cebarse en ellos, suspiró. “Estos pechos que alimentarán a mi hijo ahora me sacian a mí”, caviló Blackraven, e instigado por el pensamiento, la atrajo para sentir los pezones húmedos y duros contra su piel. En el silencio de la casa, los gritos de satisfacción recorrieron las estancias como ecos lamentosos.

Envueltos en sus abrigos, marcharon a la planta alta, al dormitorio, donde Trinaghanta ya había preparado el rebozo y colocado una colcha de zaraza y el copón de bronce con carbón de leña cerca de la puerta-ventana apenas abierta. Se acostaron, rendidos y desnudos, y se durmieron poco después. En medio de la noche, Melody despertó con los dedos de Roger en su vagina. Se quejó, luchando contra el sueño y la excitación, y Blackraven se instó a dejarla en paz, ella necesitaba descansar, le había exigido demasiado. Pero siguió adelante. No se trataba de él sino de esa pasión vesánica que lo manipulaba como a un títere, como si, salvajemente hambriento y sediento, hubiese hallado una fruta dulce, fresca y madura. No acababa de saciarse.

Melody terminó de despertar y casi enseguida volvió a desfallecer. Él era tan experto y viril, la conocía de memoria, sus puntos álgidos, sus posturas favoritas, la derretía, la volvía líquida, espesa y caliente. El entorno la incitaba, la oscuridad del dormitorio, el crepitar de los carbones en el copón, la calidez de las sábanas, el aroma de sus cuerpos, la respiración pesada de él, los gemidos de ella, todo la excitaba. Le erizó la piel escucharlo susurrar:

—Lo haremos de este modo, iremos practicando, para cuando tu vientre esté hinchado y yo no pueda echarme sobre ti.

—¿Crees que tendrás ganas de hacerlo cuando esté inflada y gorda?

—Puedes apostar.

La movió con destreza, la obligó a ubicarse de costado, su espalda amoldada al torso de él. Blackraven incursionó con su rodilla para levantarle la pierna. La sorprendió cuando la penetró, un empujón certero y rápido, no creyó que lo lograría en esa postura. Melody llevó el brazo hacia atrás para sujetarse a la nuca de Blackraven.

—Júrame —jadeó—, júrame que siempre será así entre tú y yo, que siempre nos querremos de este modo.

—Te lo juro, por mi hijo que vive en tu vientre.

La solemnidad del juramento y la violencia del orgasmo la conmocionaron, y no logró el sueño sino hasta el amanecer. Despertó muy entrada la mañana y, al levantar los párpados con dificultad, descubrió que Blackraven no estaba junto a ella. Trinaghanta, mientras le servía el desayuno, le informó que inspeccionaba la propiedad.

Bañada y vestida, se sentó en la cama a ver sus regalos, deseando que Miora estuviese allí para ayudarla a decidir en qué utilizar los géneros. Como llevaba un vestido de organdí amarillo decidió usar los pendientes de topacios y el collar de aguamarinas y crisólitos. Se dejó el pelo suelto, y apenas sujetó los mechones que le enmarcaban el rostro. Se miró en el espejo y se vio bonita.

La atrajeron ruidos de cascos y ruedas en el camino que conducía a la puerta principal; se envolvió en la mantilla y salió al balcón. “Roger, amor mío”, pensó, al verlo desmontar de Black Jack para ayudar a descender del carruaje con el águila bicéfala a madame Odile y a las muchachas. Lo observó conducirse con aquellas prostitutas con los modos impecables que habría destinado a una reina y a su cortejo.

Bajó a la carrera y se arrojó a los brazos de madame Odile. Ambas rompieron a llorar. Las demás lloraban también y se abrazaron a Melody y a madame formando un círculo apretado en torno a ellas.

—Todas lo quisimos —chilló Arcelia.

—Está en la gloria del Señor —acotó Apolonia.

—¡Era un ángel! —exclamó Jimena.

—¡Bueno, bueno! —tronó la voz de madame, que, sacudiéndose de encima a las muchachas, rompió el círculo—. Basta de lágrimas —ordenó, en tanto se pasaba el pañuelo por los ojos—. Que Jimmy debe de estar riéndose de nosotras donde sea que esté. Bien que ese mozuelo sabía disfrutar de las bondades de la vida, y eso quería para nosotras. Vamos. Su excelencia nos ha invitado a pasar un día de campo, no de luto.

Almorzaron en el comedor principal. En un parloteo sin ton ni son, las muchachas admiraban la vajilla —una rareza en esas tierras—, los cubiertos de plata maciza del Potosí, la variedad y abundancia de platos, el magnífico carlón, apreciaban la

propiedad, alardeaban de sus nuevos clientes, la oficialidad inglesa, y comentaban sobre la moda en la corte de la emperatriz Josefina. Con sus ocurrencias y comentarios, hacían reír a Melody, lo que Blackraven había buscado. Él se mantenía callado, comía, bebía, cada tanto emitía una risotada y rara vez apartaba sus ojos de Melody. Madame Odile lo contemplaba, y un par de veces, al detectar que la mirada de Blackraven se cruzaba con la de su esposa, lo pilló guiñándole un ojo, lo que levantó un sonrojo en los carrillos de la muchacha. Se inclinó para hablarle.

—Aunque la veo bien, necesito preguntar. ¿Cómo está mi niña, excelencia? Tengo que confesarle que su nota me alarmó.

—Yo lo estaba ayer cuando llegamos aquí, madame. Pero ha bastado alejarla de aquella casa y de las memorias que encierra para que le volviera la alegría de vivir.

La mujer levantó las pestañas postizas para mirarlo con malicia.

—Pues claro, sólo ha bastado con eso, excelencia.

Después del café y los bajativos, Blackraven se marchó a atender un problema en la ampliación del lagar. Las muchachas lo observaron alejarse sobre Black Jack y prorrumpieron en suspiros deliberados que causaron la risa de Melody.

—Es tuyo, cariño —la animó madame, con un golpecito en la mano—, sólo tuyo.

La tarde se esfumó entre lecturas de tarot, caminatas por el parque, visitas a la noria y al molino, y chocolate con repostería en la sala. La conversación desenfadada de las prostitutas incitaba la hilaridad de Melody, y así la encontró Blackraven al entrar en el comedor, riendo.

—¡Excelencia! —exclamó Odile al verlo—. Espero que haya podido solucionar ese problema.

—Así es, madame —dijo, y se quitó los guantes para montar—. Gracias por preocuparse —agregó, con una ligera inclinación de cabeza—. ¿Qué os causaba tanta gracia? —se interesó, en tanto recibía una jícara con chocolate de manos de su esposa.

—De aquella vez —habló Apolonia— en que un asesor letrado del Cabildo...

—Un joven muy gallardo —apuntó Arcelia.

—Pues este asesor letrado muy gallardo entró en la casa y atisbó un rastro del cabello suelto de Melody cuando ella huía hacia los interiores.

—Melody jamás regresaba a los salones una vez que empezaban a llegar los clientes —explicó madame.

—El muchacho se empacó como mula vieja, quería a esa joven, la de los rizos color del cobre, así los describía. ¿Poético, no cree, excelencia? No se conformó con ninguna y se marchó.

Esa noche, desnudos en la cama, Blackraven le pidió a Melody que le acariciase la espalda con sus “rizos color del cobre”, y ella se acomodó para consentirlo. Blackraven gemía a medida que sus músculos se aflojaban y la tensión se evadía por

sus extremidades. Se dio vuelta para recibir otro tanto en el pecho. Melody se inclinó para arrastrar el cabello y pequeños besos sobre los pectorales de su esposo.

—Gracias por haber invitado a madame y a las muchachas. Fue un hermoso día.

Blackraven soltó un débil gruñido a modo de respuesta.

—¿Estoy relajándote? —Otro gruñido—. ¿Era muy grave el inconveniente que atendiste hoy en el lagar?

—No. Ven, siéntate aquí —ordenó—, a horcajadas y de espaldas a mí —y la ubicó sobre su miembro saciado—. Acaríciame las piernas con tus cabellos, Isaura. —Ella obedeció—. Ésta es otra buena posición para hacerte el amor cuando tu barriga asemeje a un globo terráqueo. La vista desde aquí es inmejorable —bromeó, y le pasó un dedo por la hendidura entre las nalgas.

—También podrías tomarme como lo hacen los animales. —Blackraven no contestó, aunque Melody percibió la reacción entre sus piernas—. Cariño, ¿te acuerdas de nuestra noche de bodas, en el establo?

Las manos de Blackraven le contestaron con caricias más exigentes. Sus pesadas exhalaciones y el roce de las sábanas eran los únicos sonidos. Melody se mordió el labio, excitada. Le dolían los pezones. De modo instintivo, comenzó a refregarse, formando círculos. Blackraven la sujetó por la cintura, la levantó en el aire y la deslizó sobre su pene, arrancándole un grito doliente.

Más tarde, aún despiertos, Blackraven le confesó que se había enamorado de ella el primer día en que la vio.

—Entiendo al muy gallardo asesor legal del Cabildo. Yo mismo quedé hechizado al verte montada sobre Fuoco con tu glorioso cabello batiendo en el aire. Pocas veces una visión me ha causado esa impresión. Ya era tuyo en aquel momento.

—¿Aun sin haber visto mi rostro? —se extrañó Melody.

—Me dije que Madre Natura no habría desperdiciado una cabellera tan magnífica en un rostro poco agraciado. Y no lo hizo. Eres bella, bellísima. Me robas el aliento cada vez que te veo. ¿Cuándo te enamoraste tú de mí?

Melody reflexionó unos segundos.

—Ese primer día, al igual que tú.

—Lo disimulaste muy bien —se quejó Blackraven.

—Tú también.

—¿Yo también? Isaura, por Dios, traté de besarte esa misma noche, cuando te sorprendí en la cocina, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—No pude controlarme, como sabes que me ocurre contigo.

—Te temía tanto que me eché a llorar. ¡Qué necia!

Blackraven la apretó contra su cuerpo y la besó en la sien.

—Dices que te enamoré ese primer día. ¿Cuándo? ¿En qué momento? ¿Cuándo

los intercepté, a ti y a los niños, en la puerta de mi despacho?

—No puedo negar que fuiste una sorpresa, tan alto y oscuro, pero pensaba demasiado mal de ti para enamorarme en ese momento.

—Dime, ¿cuándo fue?

—Unas horas después —admitió, sonriendo—, cuando me pillaste en el establo enseñando las tablas de multiplicar. Me pareciste lo más hermoso que había visto, no podía apartar mis ojos de ti, aunque me exhortaba a hacerlo. ¿Sabes lo que pensé? “Lleva en prendas lo que a mí me costaría ganar en varios años”. —Blackraven rió—. Y esa noche, antes de la cena, mientras llenabas los vasos con ratafía, hice algo que me sorprendió pues jamás lo había hecho antes.

—¿Qué?

—Admiré tu trasero.

Blackraven soltó otra carcajada.

En el coche, de regreso a la ciudad, Melody permanecía callada, más bien deprimida. Sentada en el asiento frente a Blackraven, apretaba las manos y se mordía el labio. Había vuelto a llevar el luto. Blackraven no lo quitaba la vista de encima. De pronto, Melody levantó el rostro y lo descubrió contemplándola con fijeza, y un entendimiento tácito se cruzó entre ellos.

—Roger, ¿qué haces cuando tienes miedo? Oh, tú nunca tienes miedo.

—Sí, a veces tengo miedo.

—¿Qué haces, entonces?

—Te busco a ti. Y, cuando te encuentro, busco tu mirada y te provoco para que me sonrías. Y cuando me sonrías, de algún modo ya nada me parece tan amenazante ni peligroso ni importante.

—¡Oh, Roger! —sollozó Melody, y se echó a sus brazos—. Tengo tanto miedo de volver a casa.

—Lo sé, cariño.

—Temo bajar del carruaje y querer encontrarlo de la mano de Víctor y de Angelita. Temo correr a su habitación para verlo dormir. Temo buscarlo en el patio, entre los tiestos, donde le gustaba esconderse. Temo... —El llanto ahogó sus palabras.

—Aquí estoy, Isaura, junto a ti. ¿No me sientes? Yo soy tu sostén, tu fuerza. Nos sobrepondremos a su pérdida, cariño. Juntos lo lograremos. Viviremos cada instancia, las primeras serán duras, pero ahí estaré para absorber tu dolor, y después, paso a paso, iremos recorriendo el camino de la resignación. Juntos. Confía en mí, cariño. Algún día no dolerá tanto. Lo prometo.

El cuerpo de Melody sufrió un estremecimiento, y no se relacionaba con la muerte de Jimmy sino con Blackraven. Había sabiduría en esa promesa, que algún día

no dolería tanto; se trataba del conocimiento de alguien que había sufrido y sobrevivido. Blackraven, su estupendo y omnipotente esposo, también había conocido el dolor; el secuestro de su padre, la separación de su madre, la vida forzada entre piratas, la muerte de su esposa, las sospechas sobre su persona, nada había sido fácil en su vida. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y la nariz y se incorporó para mirarlo.

—Sonríeme, cariño —le pidió, y él la complació—. Tienes razón, ya nada luce tan amenazante.

Apoyó la cabeza bajo el mentón de Blackraven y buscó entre sus memorias, quería evocar las más felices, y enseguida, al recordar el día anterior, el último en el Retiro, cerró los ojos y aflojó la presión en el pecho, mientras una sonrisa inconsciente despuntaba en sus comisuras. A paso tranquilo, habían conducido los caballos hasta la Alameda, al sector donde solían almorzar con la señorita Béatrice y los niños; a lo lejos, haciéndose sombra con la mano, avistaron a las lavanderas, sumidas en el brillo del sol reflejado en el Plata. A esa hora no había visitantes, y el sitio lucía solitario. Dejaron los caballos ramoneando las hojas de los árboles, y caminaron hasta el álamo donde se habían besado algunos meses atrás, aunque parecieran años. Blackraven la apoyó contra el tronco y la observó largamente, de un modo manso y reverencial, mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano y le apartaba los mechones de la frente.

—Habría terminado haciéndote el amor aquel día si no me hubieses detenido —le confesó—. Me consumía de pasión por ti.

—Hazme el amor ahora. Te deseo, Roger. ¿Qué está ocurriéndome? ¿Por qué nunca me sacio de ti?

—Nunca te sacies de mí, amor, nunca.

Capítulo X

Al principio no resultó fácil. Melody se opuso a eliminar el luto de la casa, y la ofendió la remozada en la habitación de Jimmy. Blackraven insistió en que los cambios eran necesarios para curar las heridas. Al final acordaron mantener cerradas las ventanas que daban sobre la calle de San José porque Melody no quería rumores a su costa. Por supuesto, siguió vistiendo de negro. De igual modo, las murmuraciones continuaron, pues, salvo asistir a tertulias y a fiestas, Melody reanudó sus actividades, y se la veía a menudo en la calle. Blackraven la alentaba.

—Puedes ir adonde gustes —le concedió apenas volvieron del Retiro—, excepto al Tambor, al Mondongo y a los hospitales. Podrías pescar una enfermedad.

Le compró una berlina tirada por dos percherones, a pesar de que ella habría preferido dos mulas, las juzgaba menos conspicuas.

—La condesa de Stoneville —declaró Blackraven— no viajará en un coche tirado por mulas, y basta.

También dispuso que Shackle o Milton se turnarían para conducir la berlina; saldrían armados y jamás perderían de vista a Melody. Estevanico y Sansón la seguían a todas partes, y el peculiar trío, que iba a misa, que visitaba el cementerio de los franciscanos y las obras del hospicio, que incluso recorría las tiendas, se tornó un espectáculo excéntrico aunque habitual de las calles de Buenos Aires. Comenzó a circular el chisme de que la condesa estaba en estado de buena esperanza, y las mujeres se dedicaron a hacer cuentas, instigadas por la sospecha de que no había llegado virgen al matrimonio.

Además de la condesa de Stoneville y sus extravagancias, la presencia de los ingleses y las intrigas acerca de una revuelta mantenían la efervescencia en los mentideros porteños. Las fuentes de información de Blackraven coincidían en que se gestaban dos ofensivas, una a cargo de Martín de Álzaga, la otra a manos de Liniers, quien probablemente contase con la ayuda del gobernador de Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro, y de Juan Martín de Pueyrredón, hijo de un rico estanciero, que andaba por la campaña reclutando peones. En cuanto al papel de la Iglesia, Blackraven dedujo que el obispo Lué prestaría su apoyo al grupo liderado por Álzaga.

Estaba urdiéndose un tramado complejo, donde confluían fuerzas desordenadas, en ocasiones enfrentadas, que tornaban tenso el ambiente político. Se respiraba una febril actividad conspirativa y, con transitar las calles y frecuentar el café de los Catalanes, el de Marcó y la posada “Los Tres Reyes”, Blackraven habría podido señalar a los espías. Aun en el corazón de la logia masónica que los oficiales ingleses acababan de fundar en Buenos Aires, la *Southern Cross*, Álzaga había metido uno de sus hombres, un tal Juan de Dios Dozo.

Aunque más militar que político, Beresford intuía que se hallaba sentado sobre un polvorín. Mantenía un aire calmo, asistía a las veladas musicales, al teatro, a las tertulias y se paseaba por la Alameda preguntándose cuándo explotaría la asonada. Se limitaba a llevar adelante la administración, a esperar los refuerzos y a tomar medidas que enmendaran en parte la precaria situación, como reforzar las patrullas y rondas y ordenar que los particulares entregasen sus armas a los alcaldes de barrio so pena de una multa de doscientos pesos.

Su amigo Blackraven guardaba distancia y observaba. En ocasiones, de modo velado, le vertía alguna información, y sólo en una oportunidad le habló con franqueza: cuando un grupo de catalanes planeaba matarlo en su habitual cabalgata hasta el Riachuelo. Resultaba obvio que el conde de Stoneville no juzgaba propicia la intervención inglesa en el Río de la Plata para cualesquiera que fueran sus planes, y con un hombre como él, hijo del mundo, de nada valía apelar al amor por la patria y a la lealtad a Jorge III. “¡Qué distinto sería”, se lamentaba Beresford, “si contásemos con el apoyo de Roger!”.

Después del interludio en el Retiro, Blackraven había vuelto a sumergirse en sus asuntos. Se levantaba temprano y, montado en Black Jack, recorría la campaña en busca de proveedores de ganado para la curtiduría. También quería hacerse de un campo donde criar sus propias vacas para no depender de la veleidad de los ganaderos locales. Saldadas las deudas de *Bella Esmeralda*, había destinado una cuantiosa suma para ponerla de pie. En este sentido, consultaba con Melody antes de tomar una decisión, y la participaba de sus ideas y planes.

—Sé que, tiempo atrás —le aclaró Melody—, te acusé injustamente de querer apoderarte de la estancia de mi padre. Y sé que por esta razón actúas con tanta prudencia. Pero como dije, se trató de una acusación sin asidero e injusta, de la que me arrepentí casi de inmediato. Amor, confío en tu juicio y en que conservarás el patrimonio de Tommy hasta que él pueda hacerse cargo. Toma las decisiones sin consultarme, cualquier medida estará bien para mí.

A Blackraven le preocupaba Tomás Maguire, y, si bien el muchacho no le inspiraba simpatía, deseaba protegerlo por el bien de Melody. Llevaba la vida de un fugitivo y tenía la conciencia de un recién nacido, por tanto existía una alta probabilidad de que terminase con el dogal al cuello. Blackraven se estremecía ante la idea y se preguntaba si Melody se sobrepondría a un segundo golpe.

Había caído la noche al término de una entrevista con O'Maley en la Alameda, y Blackraven emprendió el regreso a la casa de San José por la zona del Bajo, oscura y peligrosa, atestada de pulperías donde se congregaban los descastados a beber y a jugar baraja, a pesar de la prohibición. Una pulpería atrajo su mirada debido al bochinche de una gresca, y se disponía a proseguir cuando una palabra captó su atención: Servando; alguien había gritado “Servando”. “De seguro existen cientos de

Servandos en el Río de la Plata”, supuso, y de igual modo entró. Lo reconoció enseguida, de bruces sobre otro hombre, en medio del salón, forcejeando con un cuchillo.

Blackraven se abrió paso entre el gentío con la ayuda de su estoque, y, a medida que su figura avanzaba y se imponía, los clamores se silenciaban. Atónitos, los parroquianos observaron a ese señor de ropas finas, macizo y alto, oscuro, de expresión siniestra, que miraba a los pleitistas, que no advertían que ya nadie los alentaba.

—Debe de ser fuerte como un buey —masculló un paisano—. Mira la anchura de esa mano —señaló, cuando Blackraven se inclinó para sujetar a Servando por el cuello de la camisa.

El yolof se debatió con frenesí y acabó a un costado, sobre sus asentaderas. La sombra de Blackraven lo cubrió por completo. Servando elevó la vista, y su gesto de rabia demudó.

—¡Amo Roger!

—¿Qué haces? —se enfureció—. Ponte de pie y espérame fuera.

La muchedumbre se mantenía en vilo, atenta al gigante que había levantado a Servando como si pesase lo que un niño. Algunos susurros cruzaban la pulpería y comentaban que se trataba de Roger Blackraven, el dueño de Servando.

Blackraven se volvió hacia el otro pendenciero, y la sorpresa lo dejó inmóvil. Era Tomás Maguire. Tenía la apariencia de un orate, el cabello largo y revuelto, un poncho de bayeta escabioso, y un hilillo de sangre que le manaba del labio. Blackraven avanzó y Maguire retrocedió. Se miraban con fijeza.

—Tomás, ven conmigo.

Tommy lanzó un escupitajo a los pies de su cuñado y corrió hacia la calle. Blackraven lo siguió, pero el muchacho era veloz, y la oscuridad se lo había tragado.

—¿Hacia dónde fue? —le preguntó a Servando, que señaló en dirección al río—. Vamos a casa —decidió, luego de una corta reflexión.

Gabriel Malagrida, huésped de los Blackraven desde hacía dos días, escuchaba absorto a Melody, que, sentada frente a él en el diván de la sala, narraba una leyenda celta a los niños. Estevanico, echado sobre la alfombra, descansaba la cabeza en las piernas de la muchacha y, con ojos cerrados, recibía sus caricias en la mejilla; Víctor, el ahijado de Roger, le sostenía la mano, le estudiaba los dedos y se los besaba; Angelita, detrás del diván, le trenzaba un mechón grueso y rojizo.

No prestaba atención a lo que Melody decía —algo sobre caballos de agua y lagos que nunca se congelaban— sino a su voz. Apenas la conoció, reparó en el tono peculiar, algo grave, dulce, elegante, las palabras adquirían volumen al salir de su boca, con una cadencia que lo hechizaba, como si lo sumiera en un letargo. Dedujo

que la llamaban “melodía” dadas sus dotes para el canto, y lamentó el período de luto en el que se prohibía toda forma musical. Si no se tratase de la mujer de Blackraven, habría tratado de seducirla; él era cura, pero hacía tiempo que había olvidado el voto de castidad.

El encanto se esfumó con la irrupción de Gilberta. El amo Roger estaba azotando a Servando. Malagrida, sorprendido ante la reacción de Melody, la siguió a través de la casa hasta el patio de la servidumbre, donde Blackraven descargaba la trailla sobre el lomo desnudo del yolof, que, sentado en sus talones, el torso inclinado sobre los ladrillos del solado, se estremecía con cada verdugazo sin emitir sonido.

—¿Acaso no te dabas cuenta de con quién peleabas? ¿No tienes consideración de tu señora? ¿No imaginaste qué habría pasado si lo matabas? ¡Estás borracho!

El clamor de Melody detuvo a Blackraven.

—¡Roger, no! ¡Por amor de Dios, basta! —Lo detuvo por la muñeca—. ¡Ya no más!

—¡Isaura, no te atrevas a interferir! —vociferó, y se soltó de un jalón—. Entra de inmediato en la casa.

—Lo que sea que haya hecho, perdónaselo, Roger. Por favor, no lo golpees.

—Me lo merezco, miss Melody —admitió el yolof.

Malagrida la tomó por los hombros y la obligó a regresar a los interiores. Cenaron en silencio, Blackraven furioso, Melody triste, y de nada sirvieron los esfuerzos de Malagrida por levantar los ánimos; Víctor y Angelita —insólita costumbre que compartieran la mesa con ellos, meditó el jesuita— comían sin despegar la vista del plato. Se pusieron de pie cuando Blackraven les ordenó que se retirasen a dormir, y pidieron la bendición a Melody antes de marcharse. La muchacha les practicó la señal de la cruz, dijo una corta oración y los besó en la frente.

Como si Malagrida no estuviese presente, Blackraven se dirigió a Melody:

—Isaura, jamás vuelvas a desautorizarme frente a mis empleados. ¿Está claro?

La muchacha no levantó la mirada al contestar:

—Sí, está claro —y pidió permiso para retirarse ella también.

Ambos la imitaron cuando Melody se puso de pie.

—Buenas noches, capitán Malagrida.

—Que descanse, señora condesa.

Fumaron vegueros y sorbieron whisky en el despacho, mientras analizaban cartas de crédito y afidávits.

—¿Estibasteis toda la mercancía en la cripta del Retiro? —quiso saber Blackraven.

—Sí, toda. Incluso la de Flaherty, que obtuvo un buen botín de su asalto a una embarcación holandesa.

—Bien. En unos días, enviaré los carretones para comenzar la distribución de los

productos, aquí, en Buenos Aires, y en el interior.

—Me extraña tu empeño por colocar toda la mercancía en este puerto.

—Me interesa quitar del medio a un comerciante, Martín de Álzaga. He averiguado quiénes son sus clientes aquí y en las intendencias del virreinato y quiénes lo proveen en Cádiz. Además, tengo en la mira apresar dos de sus barcos, *El Joaquín* y el *San Francisco de Paula*, que están viajando hacia acá desde la Europa. Rebosan de mercaderías.

—Supongo —conjeturó el jesuita— que, por un lado, te encargarás de inundar de mercancías a sus clientes, ofreciéndoselas a precio inmejorable, y, por el otro, dejarás sin productos que vender al tal Álzaga.

—Así es. No sólo ofreceré mis ultramarinos a precios inmejorables sino a crédito. Se tratará de una oferta demasiado tentadora. Por otro lado, haré que llegue a manos de sus clientes del interior la información que más codician: el nombre de los proveedores de Álzaga en Cádiz. De ese modo, comprarán en forma directa, ahorrándose la intermediación.

—El señor Álzaga se verá en serias dificultades.

—Ésa es la idea. Además, le pediré a Adriano que gestione la compra de la deuda que Álzaga mantiene con los comerciantes gaditanos.

—Su ruina será completa —vaticinó Malagrida.

—Aún le queda su actividad como financista. A falta de bancos en Buenos Aires, los comerciantes más poderosos hacen las veces de tales; son los únicos que cuentan con liquidez. Álzaga debe de tener pagarés firmados por varios comerciantes mayoristas y también por algunos minoristas.

—¿Se puede saber por qué quieres quitarlo del medio?

—Digamos —se demoró Blackraven— que se equivocó al meterse conmigo.

—¿Tú mismo harás la distribución de los productos?

—No. Acabo de asociarme con un toledano, Abelardo Montes, barón de Pontevedra. —Ante la mueca de extrañeza de Malagrida, Blackraven explicó—: Compró el título. Si bien ahora es terrateniente, años atrás se dedicaba al mercadeo y mantiene contactos comerciales que serán valiosos para mi plan. Le ofrecí un cincuenta por ciento de las ganancias si los ponía a mi disposición. Aceptó. Es tan inescrupuloso como yo. Nos llevaremos bien.

—De igual modo, Roger, tú careces de la variedad de productos que puede ofrecer el tal Álzaga, y si deseas sacarlo del medio, necesitarás satisfacer a sus clientes en todas las mercancías que le compran a él.

—También por esta razón me asocié con Montes, no sólo para que me facilite los medios para realizar la distribución sino para que me provea de contactos a los que comprarles aquello que nos falta. En cuanto a los barcos de Álzaga que deseo apresar, le encomendaré el curso al *White Hawk*. ¿Qué tal? —preguntó, y señaló el veguero.

—De calidad inmejorable —admitió Malagrida.

—Es de tabaco del país —informó—, de una zona al noreste, llamada Misiones. Montes dice que hay enormes extensiones de tierra que antes pertenecían a vosotros, los jesuitas, y que son espléndidas para el cultivo del tabaco. Creo que en breve emprenderé un viaje para adquirir varios acres. ¿Quiere acompañarme?

—¿Por qué no? Oye, Roger —dijo Malagrida para cambiar de tema—: ¿qué has pensado hacer con Galo Bandor y su tripulación? No es fácil mantener a seis tipos de semejante catadura en un pañol de cabuyería.

—Pienso entregárselo a Amy. Ella sabrá qué hacer con él.

—¿Cuándo verás a Amy?

—No lo sé.

Blackraven entró en su dormitorio y encontró a Melody despierta, leyendo. Se miraron, y ella supo que aún estaba enojado. Se acercó para ayudarlo a desvestirse, en silencio, con manos suaves y solícitas. Blackraven se sentó para quitarse las botas y la arrastró sobre sus piernas.

—¿Quieres saber por qué lo he castigado? —Melody asintió—. Porque trataba de matar a tu hermano Tomás. Los encontré de casualidad peleando en una pulpería de mala muerte en el Bajo. Quise hablar con tu hermano, pero huyó.

—¿Qué voy a hacer con Tommy, Roger? Lo amo, pero estoy tan cansada de él. A veces creo que podría azotarlo con mis propias manos.

—Tomás ha acabado con tu paciencia, cariño, y eso es mucho decir.

Una noche, algunos días después, Blackraven se hallaba echado en la butaca de su escritorio pensando que la jornada había sido larga y que aún le quedaba enfrentarse con Isaura, furiosa y atrincherada en el dormitorio. En realidad, el día había comenzado de acuerdo con lo planeado: al amanecer, en el Retiro, con la supervisión de los carretones que viajarían al interior atiborrados de ultramarinos, y los que irían al depósito de Montes, que se ocuparía de las negociaciones con los comerciantes minoristas de Buenos Aires. Se demoró otra hora en controlar las actividades en el molino y en el lagar antes de regresar a la ciudad, donde se entrevistó con un proveedor de taninos para la curtiembre. Por la tarde, visitó la casa de la calle Santiago; hacía tiempo que no veía a sus pupilas. Antes de marchar a San José, tomó una copa con Beresford en el Fuerte; lo encontró ojeroso y desmejorado. Tres días atrás, habían descubierto la existencia de un polvorín en San José de Flores, no declarado en la capitulación, donde Pueyrredón depositaba el armamento y demás suministros para la reconquista.

—Y pensar que Pueyrredón —se lamentó el inglés— solía visitarme como amigo.

—Lo hacía —interpuso Blackraven— cuando creía que lo ayudarías a lograr su sueño de romper con las cadenas españolas.

Además, Manuel Collantes, uno de los espías de Beresford, acababa de comunicarle la noticia de la deserción de Liniers, quien, pese a haber manifestado su intención de alejarse de la vida militar y dedicarse al comercio con Sarratea, su suegro, se había fugado a la Banda Oriental.

—Lo más probable es que reúna un ejército con la ayuda de Ruiz Huidobro —conjeturó Beresford—. Tú me habías advertido que no confiara en él —recordó—. Debí haberlo apresado.

—Popham será el encargado de detenerlo —señaló Blackraven— pues de seguro cruzará con su ejército por el río.

—¡Popham! —se quejó Beresford.

Blackraven se ajustó el abrigo al cruzar la Plaza Mayor en dirección a la calle de San José. El viento sur azotaba la ciudad y mordía la piel desnuda de su rostro. Pensó en la tibieza del cuerpo de Melody bajo las sábanas y aceleró el paso. La encontró en la sala, con los niños y Malagrida.

—¿Deseas un jerez, Roger? —ofreció Melody—. La comida se servirá en unos minutos.

Malagrida y Blackraven se apartaron a conversar cerca del brasero, en tanto Melody les contaba otra leyenda celta a los niños. Llamaron a la puerta, y todos se miraron, extrañados de que alguien se aventurara en una noche de tormenta. Gilberta se apresuró en abrir. Se escuchó un rápido intercambio de palabras, un chillido agudo como el sonido de un pífano y un correteo por los pisos de roble. Instantes después, una figura atlética, con una criatura peluda posada sobre su hombro, se materializó bajo la arcada del comedor, realzada porque vestía por completo de negro, una chaqueta corta ceñida al torso, ajustados pantalones y botas hasta las rodillas; una larga espada le colgaba del tahalí. Después Melody se dio cuenta de que se trataba de una mujer.

—¡Amy! —exclamaron Blackraven y Malagrida al unísono.

El semblante de la muchacha pareció brillar cuando sus labios se ensancharon en una sonrisa de dientes perfectos; pegó un saltito, volvió a lanzar el chillido y corrió hacia Blackraven. Se le arrojó al cuello, le envolvió la cintura con sus largas piernas y lo besó en los labios con hambre. Melody contemplaba la escena con la boca abierta, al igual que Víctor, Angelita y Estevanico; Malagrida sacudía la cabeza y sonreía. Sansón entró corriendo en la sala y aportó su cuota de barullo y fiestas a la recién llegada. La criatura saltó del hombro de su dueña para caer en el lomo del terranova. Melody pasaba la mirada del perro a Blackraven y de Blackraven al perro.

—¡Amy, santo Dios! —se quejó Roger, y la depositó en el piso—. ¡Compórtate!

—¡Tesoro, siempre te han gustado mis recibimientos fogosos!

—Amy —intervino Malagrida—, mesúrate.

—Niños, por favor —habló Melody—, venid conmigo.

—Isaura... —empezó a decir Blackraven, pero una mirada gélida lo petrificó en su sitio. “No le conocía esa mirada”, pensó.

Melody marchó con aire de gran dignidad y lo último que escuchó antes de adentrarse fue: “¡Esa chiquilla tu esposa!”. Cenó con los niños y los maestros, Perla y Jaime, en la sala de estudios. No tomó bocado y tampoco se molestó en apremiar a los niños a que dejaran de hablar acerca de la excéntrica mujer y del insólito animal y que comieran; se hallaba demasiado iracunda y deprimida.

En el comedor, en tanto, Gilberta servía la mesa con mala cara.

—Te esperé en *La Isabella* por semanas —explicó Amy—. Al final, después de recibir tu misiva, decidí bajar hasta el Río de la Plata. ¡Qué río imposible! Estuvimos a punto de encallar en un banco de arena.

—¿Te hiciste de alguna presa en el Caribe?

La conversación se extendió a lo largo de la comida y después, mientras bebían café en el despacho. Blackraven le comunicó a Amy la noticia del fallecimiento de Simon Miles, y la mujer trató de ocultar en una mueca de desprecio la tristeza que experimentó; de niña, en Cornwall, había estado muy unida a él.

—Traidor —lo llamó.

Malagrida anunció que se levantaría temprano y se retiró a descansar. Amy se sentó en las rodillas de Blackraven y volvió a besarlo.

—¿Puedes dejar de atosigarme? —se enfadó, y saltó de la butaca para quitársela de encima.

—¿Acaso le eres fiel? —se asombró Amy, y, como no obtuvo respuesta, se echó a reír—. No me lo creo, Roger. A mí no me vengas con ésas, te conozco demasiado.

—Ni yo me conozco desde que la conocí —admitió, y su seriedad enfrió la exaltación de la mujer.

—Oh. Te has enamorado —balbuceó.

—Como un loco.

—¡Roger, no es justo! ¡Es una niña! ¿Qué edad tiene? ¿Veinte?

—Pronto cumplirá veintidós.

—¿Qué puede darte? ¿Qué sabe ella de ti, de tus gustos, de tus costumbres? —Se aproximó con actitud felina—. ¿Acaso sabe que te enloquece que te toquen así?

—¡Basta, Amy! O dejas las manos quietas o esta conversación termina acá.

La mujer se arrojó en el diván con un bufido.

—Entiendo tu decepción.

—No entiendes nada, Blackraven, nada. Supuse que el día que volvieras a pensar en casarte (si ese milagro acontecía alguna vez), yo sería la elegida. Nadie te conoce como yo, *nadie*. Tú y yo somos iguales, hemos sido cortados por la misma tijera, estamos hechos el uno para el otro.

—Lo sé, cariño, pero en estos asuntos la razón no cuenta. El corazón manda, y es

un tirano.

—Tu tirano corazón ya te metió una zancadilla cuando desposaste a esa frígida de la Trewartha.

—No es lo mismo —dijo Blackraven, con acento ominoso, y Amy supo que se había propasado—. Jamás amé a Victoria, al menos no como amo a Isaura.

—¡Ja! Me gustará ver el acceso de ira del viejo duque de Guermeaux cuando sepa que la futura duquesa será católica, mitad criolla, mitad irlandesa. ¿Eso dijiste durante la cena, no? Que su padre era irlandés y su madre, nativa. “¡La futura duquesa, una papista!”, exclamará antes del síncope. ¡Ah, tu madre no protestará menos! Dirá —y habló en castellano, imitando a Isabella—: “Querido Alejandro, has hecho una mala boda”. —Blackraven soltó una carcajada a pesar de sí—. Nuestra entrañable Isabella es liberal como pocas, aunque muy consciente de su origen. Pretende que se respeten los privilegios de cuna, y que su hijo, el futuro duque, no case con una advenediza. —Miró a Blackraven de soslayo, y sonrió—. Con que se llama Isaura, ¿eh? —y empleó un tono conciliador.

—Tengo algo importante que contarte.

—Está bien, cambiemos de tema. ¿Qué pasa? De pronto te pones serio.

—Amy, días antes de llegar al Río de la Plata abordamos una fragata y nos hicimos con ella. El capitán y cinco de su tripulación están prisioneros en el *Sonzogno*.

—Hasta ahí, nada impresionante —opinó la mujer—. ¿Por qué esa cara?

—La fragata era la *Butanna*. —El efecto fue inmediato, y la sonrisa se esfumó del semblante de Amy—. Tengo a Galo Bandor prisionero desde hace casi un mes.

—Debiste matarlo en el abordaje. Deberías haberlo hecho gritando mi nombre.

—Pensando tu nombre, lo reduje, pero creí que tú querrías acabar con ese gusano. Lo mataré, si eso deseas, pero antes quería darte la opción de hacerlo tú misma.

—Entiendo. —Pasado un silencio, expresó—: Lo haré, acabaré con ese malhaya.

Blackraven le entregó una copa de brandy.

—Antes de irme a dormir —dijo Amy, y se puso de pie—, quería comentarte un hecho inquietante: tres o cuatro meses atrás, anduvieron haciendo averiguaciones acerca de ti en Saint John’s.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Sólo me informaron que han estado preguntando por ti.

—Podría tratarse de algún interesado en comprar los productos de *La Isabella* —sugirió Blackraven, aunque una preocupación alarmante lo puso tenso.

—Si hubiesen querido averiguar sobre tus productos o sobre tu honestidad como comerciante, bien podrían haber acudido a Jean-Jacques —se refería al capataz de *La Isabella*— para lo primero o a las autoridades para lo segundo, no a las tabernas del puerto. Además, ¿para qué ofrecer guineas de oro a cambio de esa información?

—Entonces, ¿sabes qué clase de información recababan?

—Sobre ti, sobre tu persona. En qué época del año visitas Antigua, qué haces, adónde concurren, con quiénes te relacionas. En fin, preguntas que no me gustan.

—A mí tampoco —aseguró Blackraven, y le habló de La Cobra.

Amy se había retirado a descansar y él aún seguía en el despacho, bebiendo y meditando. Si La Cobra había llegado a Antigua, ya conocía la identidad del Escorpión Negro. “Isaura”, susurró, y apretó el vaso. Se echó el último trago al coleteo y se dirigió a su dormitorio. Movi6 el picaporte varias veces. Melody había puesto el cerrojo. Seguía despierta, la luz se filtraba bajo la puerta.

—Isaura, ábreme. —No hubo respuesta—. ¡Ábreme!

—No.

—¡Ábreme o tiro la puerta abajo!

—No te atreverías.

La puerta bati6 contra la pared y el estruendo la puso de pie de un salto. Arroj6 el libro sobre el canapé y se alej6. Como la falleba colgaba, inútil, Blackraven apoy6 una silla contra la puerta para mantenerla cerrada. Se volvi6 con expresi6n entre incrédula e irascible.

—¿Qué pretendías? ¿Qué durmiera en el corredor?

—Oh, no, *tesoro*. Pensé que dormirías con tu adorada Amy.

—Estás celosa. —Se acercaba. Melody retrocedía—. Me encanta que estés celosa. Comenzaba a cansarme de ser el único que siente celos aquí.

—¡El único que siente celos! —se exasper6—. ¡Vivo sintiendo celos de ti! ¿Acaso no sabes que la mitad de las porteñas me quiere muerta por tu causa? ¿No sabes que sé quiénes fueron tus amantes?

—Antes de ti, tuve muchas. Después de ti, nadie, sólo tú.

—Vete, no quiero dormir contigo esta noche.

—En cambio, yo muero por dormir contigo. Tu camis6n se transparenta al trav6s de la luz. Me vuelves loco.

Melody camin6 hacia atr6s y se escondi6 tras la columna del dosel. Blackraven hizo un movimiento deliberado en su direcci6n y ella trep6 en cuatro patas sobre la cama para escapar por el lado contrario. Chill6 cuando la mano de Blackraven se cerr6 en torno a su tobillo y lanz6 un quejido ahogado cuando el peso de su cuerpo le abrum6 la espalda y la aplast6 en el colch6n.

—¡Déjame! —Le costaba respirar con la cara en la manta, y no podía moverse, él la sojuzgaba por completo—. ¡Déjame! No tengo deseos de ti, no después de que esa mujer te bes6.

—¿No tienes deseos de mí? —Le subi6 el camis6n mientras ladeaba la cabeza para buscarle los labios. Melody escondi6 el rostro y se lo impidi6—. Nunca imaginé que podrías convertirte en esta gata rabiosa. ¡Me excitas!

—¿En qué te convertirías tú si un hombre me tomara entre sus brazos y, frente a tus propios ojos, me besara del modo en que lo hizo esa mujer?

—No tolero siquiera que lo plantees como hipótesis. A ese desgraciado lo atravesaría con mi espada antes de que sus labios llegaran a tocarte.

—¡Maldito inglés embustero! ¡No la detuviste! ¡Dejaste que te besara! ¡No la detuviste! ¡Te odio! —Se puso a llorar.

—No llores, mi amor. Amy no significa nada para mí. Entre nosotros es así, hay una gran confianza. Ella es mi más vieja amiga, quien más me conoce.

—¡Claro que te conoce! ¡Te conoce muy bien! ¡Quita la mano de ahí, Roger Blackraven, o te arrepentirás! No te atrevas a tocarme ahí. Tengo ganas de matarte —dijo, entre sollozos.

—Mátame a besos.

—No te burles. Estoy sufriendo.

—Dulzura mía —se enterneció Blackraven.

—¡Déjame! Saca tu mano de ahí.

La penetró con los dedos provocándole un instante de dolor que la hizo protestar y levantar la cabeza. No quería excitarse.

—Estás borracho —lo acusó.

—Ah, sí. Borracho de amor por ti.

Blackraven movía la mano con destreza, le empujaba el trasero con la pelvis y le besaba la nuca, y la resolución de Melody se disolvía. Luchó. “No cedas, no cedas”. Él no contaba con tanto poder. No le perdonaba el episodio con Amy, la había lastimado. Se mantendría firme. Sus dedos entraban y salían y le acariciaban ese lugar que él le había dicho que se llamaba clítoris. Gimió, no pudo evitarlo, y la vergüenza y la ira la mortificaron hasta las lágrimas.

—Shhh, no llores. No tienes por qué llorar. Tú eres la única, Isaura, y lo sabes. Amy me tomó por sorpresa. Jamás pensé que se precipitaría de ese modo.

—Cállate —dijo, sin fuerza—. Te odio.

—No, no me odias. Tú no sabes odiar. —Levantó la cadera para desabrocharse el pantalón y liberar su pene—. Vamos, cariño, relájate, déjame tomarte. Estoy muriéndome por enterrarme dentro de ti.

Lo último lo expresó después de una pausa, con otra voz, ahora sonaba enronquecida, nada de la ligereza inicial, y temblaba mientras la llenaba de besos; había pasado una mano por debajo y le apretaba un pezón. Melody cerró los ojos y suspiró. “Odio este poder que tiene sobre mí”. Sus piernas empezaron a ceder. Entreabrió los labios y jadeó de modo inconsciente. Blackraven sabía que estaba preparada para recibirlo y la penetró desde atrás. Le besó la mejilla y la sien, y en el perfil de la nariz pequeña, y lamió su boca aplastada en la colcha.

—Gracias. Estaba a punto de acabar sobre tu trasero. Te he pensado todo el día,

Isaura. Sólo deseaba llegar a casa y hacerte el amor. Lamento el contratiempo, cariño. De veras, lo lamento. No me gusta verte sufrir, Isaura, no lo tolero. Así que no sufras por esta estupidez. Sabes que te amo sólo a ti, ¿verdad? Dime que lo sabes, anda, dímelo.

—Sí, lo sé. Sé que me amas.

—Sólo a ti. ¿Y sabes que nunca dejaré de hacerlo? ¿Lo sabes?

—¿Nunca?

—Jamás —aseguró con vehemencia, y se incorporó sobre sus manos para intensificar los embates—. ¡No escondas la cara! —se enojó, con voz forzada y tensa—. Quiero escucharte —exigió—, tus gemidos, quiero escucharlos. Necesito saber que te satisfago. Te necesito —dijo un momento después, y ese tono doliente, como de súplica, terminó por desarmarla, y se dio por vencida, y lo complació hasta en eso, hasta en hacerle saber cuánto le gustaba que la poseyera de esa forma a pesar de Amy Bodrugan y de las otras, cuánto ansiaba el calor y el peso de su cuerpo, el ímpetu de su miembro, el descaro de sus manos, su pericia. Ya no le quedaba orgullo, y gritó y gritó hasta yacer agitada y laxa debajo de él, que se derrumbó con la frente sobre su sien, jadeándole en la mejilla como si estuviera muriéndose.

Por orden de Blackraven, Amy Bodrugan se instaló como huésped en la casa de la calle Santiago, aunque visitaba a menudo la de San José, todos los días, en realidad. Con la anuencia de Roger, había decidido pasar una temporada en Buenos Aires, a pesar de que “esa aldea” no despertara su interés. Melody y ella se trataban con fría cortesía. Melody la llamaba “señorita Bodrugan” y Amy, “señora condesa”, en un tono de burla subyacente.

La pequeña criatura sobre su hombro resultó ser un langur dorado, un mono originario de Ceilán, al que, años atrás, Amy había hallado medio muerto con días de nacido. Su nombre era Arduino, y, en opinión de los niños, tenía cara de viejo, por las arrugas en su piel negra y por dos mechones sobre los ojos como cejas muy pobladas.

Los celos de Melody no remitían en tanto Amy se ganaba la admiración y el cariño de las muchachas Valdez e Inclán, de Víctor y de Estevanico. Melody hasta sentía celos de Somar, que besaba el suelo que Amy pisaba, incluso de Sansón, que la adoraba y consideraba a Arduino como su mascota. En general, el langur nunca tocaba el piso, o bien se montaba a la cabeza o al hombro de su dueña, o al lomo de Sansón.

—¿No tiene miedo de que se lo coma de un bocado? —le preguntó Melody un día en que el terranova jugueteaba con el pequeño animal.

—¿Sansón a Arduino? ¡No! —dijo, y rió—. Sansón es como un padre para él. Gracias al calor de su cuerpo, Arduino sobrevivió. Pregúntele a Roger. Se pasó días acurrucadito junto a Sansón, que no se movió del sitio. Le poníamos la comida y el

agua junto al hocico, en caso contrario, él no se habría levantado ni para comer ni para beber.

Le molestaba que Amy Bodrugan conociera de modo tan acabado a su esposo y que compartiera tantas anécdotas con él. Se pasaban horas recordando y riendo. Melody también lamentaba que, debido a la llegada de Amy Bodrugan, las murmuraciones acerca de ellos no encontrarán fin. La mujer se paseaba por la Plaza Mayor con Arduino al hombro, vestida de varón, con esos pantalones ajustados, la espada y a veces hasta ceñía un pañuelo negro en torno a su cabeza.

A pesar de mantener las ventanas delanteras cerradas, Amy Bodrugan acabó con el luto en la casa de San José. Melody la estudiaba. Le gustaba el modo en que se conducía, con ese desenfado natural y desapego a las convenciones; no parecía reparar demasiado en nadie ni preocuparse por nada y, de igual modo, cautivaba a todos con sus sonrisas expansivas, ilimitado anecdotario y eterno buen humor. Hasta su cuerpo, de grácil flexibilidad, acompañaba el ritmo de su temperamento. Movía las manos al hablar, se tocaba el cabello de continuo, nunca estaba quieta; la había visto trepar a los árboles con la agilidad de su mono.

—Echo de menos subir a la cofa —explicó, desde una rama, mientras Víctor, Angelita y Estevanico la contemplaban con sonrisas de admiración.

Le parecía hermosa, el cabello negro como una gema de azabache, los ojos pardos y enormes y la piel tostada. Envidiaba su cuerpo, atlético, flexible y delgado, así le habría gustado ser, no tan redondeada y contundente. Se atormentaba preguntándose si Blackraven, al verla enfundada en esos pantalones, la desearía.

—¿Por qué quieres que Amy se quede? —se extrañó Malagrida.

—Necesito a mi gente conmigo en este momento —dijo Blackraven—. Cuando llegue Adriano, estaremos todos. Bueno, los que quedamos —acotó, pensando en Ribaldo Alberighi.

—¿Volverá el Escorpión Negro?

—Sospecho que le queda una última batalla por librar.

Capítulo XI

Por primera vez en mucho tiempo, Roger y Melody cenaban a solas. Malagrida había viajado al Cangrejal para supervisar los barcos, Amy estaba en lo de Valdez e Inclán y los niños con sus maestros, en la sala de estudio. Ese día, 22 de julio, era el cumpleaños de Melody, y, aunque dado el luto no habría festejos, Roger la había despertado con besos y la había colmado de regalos, tantos que ocupaban toda la cama.

—Dame la mano —dijo Melody, y se la colocó sobre el vientre.

—Oh, por Dios —se asombró Blackraven—. ¿Te duele? —Melody, sonriendo, sacudió la cabeza—. Parece como si una burbuja se moviera dentro de ti. ¿Crees que sea varón?

—No me cabe duda. Será varón, será parecido a ti y será escorpiano, como tú.

—¿De veras? ¿Nacerá en noviembre?

—Si mis cálculos no fallan, a finales de noviembre.

Gilberta apareció en el comedor y se inclinó sobre el oído de Blackraven.

—Amo Roger, Papá Justicia pide verlo.

—Regreso en un momento, cariño.

El curandero lo esperaba en la cocina. Siloé le había servido un plato con guiso de lentejas. Se puso de pie al ver a Blackraven y se quitó la chistera.

—Amo Roger, me urgía hablar con su merced. ¿Podemos hacerlo lucra?

Blackraven asintió, y ambos se perdieron en la oscuridad del patio de servicio.

—Vamos a la caballeriza. Está helando.

Al escucharlos entrar, Servando se escondió en el corral de Fuoco, que no se inmutó pues lo conocía.

—¿Qué ocurre? Dime, Justicia.

—Es el niño Tommy. —Blackraven masculló un insulto en inglés—. Ha sucedido una desgracia. Tuvo una discusión con un soldado inglés en una pulpería del Bajo, se entreveraron en una riña a cuchillo y Tommy mató al desgraciado.

—¡Mierda!

—Ahora tiene a toda la milicia tras él. Si lo atrapan, lo colgarán.

—¿Sabes dónde se esconde?

—No.

“Yo sí”, pensó Servando.

—Dicen que disparó para la zona del río.

Blackraven era un maestro de la simulación, por lo que no le costó regresar a la mesa junto a Melody y sonreír. Un problema con Black Jack, ésa fue la explicación. Pasó la noche en vela, mirándola dormir; estaba tranquila, como él tanto había deseado verla desde la muerte de su hermano pequeño. A veces la encontraba

lloriqueando sobre un retrato de Jimmy que Fermín Gayoso, esclavo de Pueyrredón, había dibujado a la carbonilla; el parecido resultaba asombroso. “Ésta será la última patraña que cometas, Tomás Maguire”, se prometió Blackraven. “No te permitiré que le hagas daño”. A decir verdad, Blackraven sabía que era poco lo que podía hacer si el muchacho permanecía escondido. Convocó a O’Maley y lo instruyó para que, con algunos de sus hombres, lo rastrearán.

De nada valieron las previsiones para proteger a Melody. Tres días después, Miora entró corriendo en su gabinete, descompuesta y desmadrada, y le soltó que los “rojos” habían tomado prisionero a Tommy y que lo colgarían por asesinato. Melody se puso de pie, dejó caer la costura y se desvaneció. Mandaron por Blackraven a la curtiduría. La encontró desconsolada, en cama, con trapos embebidos en vinagre aromático sobre la frente. Le temblaban las manos y tenía los labios morados. Blackraven se los besó.

—Isaura, sólo te pediré una cosa: que te calmes por tu bien y por el bien del niño. Tu vientre está rígido. Vamos, respira profundo. Vamos, así es. Otra vez. Yo me haré cargo, mi amor —le prometió—. Lo solucionaré. Sé cómo hacerlo. Lo salvaré por ti, cariño. Descuida.

Servando no se presentó en lo del tapicero Cagigas esa mañana y se dirigió a lo de Valdez e Inclán. Se deslizó por los patios y corredores hasta alcanzar la habitación de Elisea y allí la esperó a que regresara de la misa de una. La muchacha se iluminó al verlo, y Servando pensó que lucía angelical con la mantilla de encaje y el breviario en la mano enguantada.

—¿Por qué has tardado tanto? Han pasado días desde la última vez. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Puta —profirió el esclavo entre dientes, y la aferró por los hombros—. Eso es lo que eres: una puta.

—¡Apesta a alcohol! ¿Qué dices? ¿Has perdido el juicio?

—¿Acaso con esto no es suficiente? —y la obligó a tocar sus genitales—. ¿También necesitas los de Maguire?

—¿De Maguire? ¿De qué hablas?

—¡Bah! —La arrojó sobre la cama—. Te vi el otro día en el huerto. Se besaban.

—¿Nos besábamos? —lloriqueó Elisea, y se incorporó—. ¿De qué hablas?

—¡No te atrevas a negarlo! Lo vi con mis propios ojos. Ese hijo-puta te besó y tú nada hiciste. Lo dejaste. ¡Lo alentaste con tu mirada! ¿Qué ocurrió después? ¿Te hizo suya?

—¡De qué hablas! ¡Le dije que se fuera! Le dije que no volviera a besarme porque amaba a otro. No he vuelto a verlo desde entonces.

—¡Y no volverás a verlo! Ya me encargué de eso. Días atrás mató a un casaca roja en una riña de pulpería. Lo juzgarán por asesinato y lo colgarán. Yo mismo lo

entregué esta mañana. Lo sacaron de su escondite entre los troperos como una comadreja asustada, el muy cobarde.

Elisea se apartó de modo convulsivo y se tapó la boca. Lo miró con ojos desorbitados. Con una rapidez que tomó desprevenido al esclavo, dio un paso adelante y le descargó una bofetada.

—¡Traidor! ¿Cómo has podido cometer semejante bajeza? ¡Me das asco!

—Sufres por tu amante, perra. Ya no volverás a tenerlo.

—¡Sufro por mi amante! —se exasperó Elisea—. ¡Calla, negro estúpido y traidor! Pienso en miss Melody, en ella, a quien le debo la vida, a quien tú tanto le debes. Pienso que acaba de perder a su pequeño hermano y que está a punto de perder al otro a causa de un necio como tú. ¡Me recuerdas a Sabas!

Aquello le devolvió la sobriedad; trastabilló hacia atrás y cayó en un confidente.

—Miss Melody —balbuceó.

Se dirigió a los tumbos hasta la casa de San José. Entró usando el portón de la cochera y fue al cobertizo donde se guardaban las herramientas y la trailla.

—¿Adónde vas, Servando? —se extrañó Siloé.

El yolof caminó hacia la habitación de miss Melody arrastrando el látigo. Llamó. Una voz lánguida lo invitó a pasar. Por un instante, al ver a miss Melody sentada, con la vista perdida, una mano en el vientre y en la otra un rosario de nácar, Servando creyó que no reuniría el valor. Al acercarse, notó los surcos de lágrimas en sus mejillas y las pestañas húmedas. Se hincó y pegó la frente al suelo.

—¡Babá! ¿Qué ocurre? No me asustes.

—¡Castígueme, miss Melody! —dijo, y levantó el látigo—. Todavía no han sanado los verdugones que me dejó el amo Roger y ya merezco que su merced me castigue de nuevo. ¡Castígueme hasta la muerte! ¡Yo entregué a su hermano a los casacas rojas! ¡Yo les revelé su escondite! Y lo hice porque estaba celoso, porque él quería quitarme a mi Elisea. —Servando escuchó que Melody se ponía de pie y sofocaba un lamento—. ¡Castígueme, miss Melody! ¡Máteme!

Ahí se quedó, con el brazo extendido ofreciendo el látigo, el rostro en el suelo y el cuerpo convulsionado por el llanto. Pasaron varios minutos. Miss Melody no hablaba, es más, Servando no sabía si aún seguía allí. Levantó la mirada. Sí, allí estaba, de pie junto a la puertaventana, con la mirada perdida en el patio principal.

—Miss Melody —suplicó.

—Si tu señor llegase a saber que has entregado a mi hermano te traspasaría con su estoque sin darte tiempo a pestañear. Por tu bien, cierra la boca y no hables de esto con nadie. Ahora márchate, no tengo deseos de verte. Has roto mi corazón.

—Dependiendo de la prisión a la que fue conducido —aventuró O'Maley—, serán mayores o menores las probabilidades de rescatarlo. Si lo han llevado a la del propio

Fuerte, estaríamos de parabienes porque he escuchado decir que existen pasadizos subterráneos que unen la Casa de las Temporalidades, que perteneció a los jesuitas hasta el 67, con el Fuerte.

—Aunque encontrásemos el ingreso a esos pasadizos —opinó Malagrida—, sería necesario contar con los planos. Suelen ser laberínticos. Nos perderíamos.

—Creo que podría conseguirlos —aventuró O'Maley—. El capitán Malagrida sería de gran ayuda si me acompañase —agregó, de modo sibilino.

—Consíguelos —ordenó Blackraven—. En tanto, yo le haré una visita a Beresford para ver qué provecho le saco a la información que acabas de proporcionarme. —Le había hablado a Zorrilla.

—Iré con Edward —anunció Malagrida, y se despidieron.

Blackraven y Trinaghanta cruzaron el pontón levadizo que salvaba el foso del Fuerte y caminaron por el patio central hacia el despacho del gobernador Beresford. La cingalesa cargaba una canasta con ropa, comida y enseres para curaciones. No había resultado fácil convencer a Melody de permanecer en la casa de San José; lo consiguieron cuando Blackraven la asustó con una gran variedad de pestes propias de los calabozos y cuando le prometió que Trinaghanta lo acompañaría para ocuparse de Tommy.

—¡Roger! —se alegró Beresford, y le estrechó la mano, de acuerdo con la usanza inglesa.

—Me trae aquí un asunto de carácter delicado. Esta mañana habéis aprehendido a un muchacho acusado de asesinar a uno de tus soldados en una gresca de cantina. —Beresford asintió—. Ese muchacho, William, es mi cuñado, hermano de mi esposa. Su nombre es Tomás Maguire.

Beresford le imprimió a su gesto una expresión de alarma y desánimo. Se sentó e invitó a Blackraven con un ademán.

—Cuánto lo siento, Roger.

—¿Dónde lo tienen?

Mandó comparecer al capitán Alexander Gillespie, comisario de la prisión ubicada en la calle de Santo Cristo. El militar se cuadró ante su superior y saludó con una inclinación al conde de Stoneville. Ante la pregunta, informó que el reo Maguire había sido conducido a las mazmorras del Cabildo. Beresford lo despidió.

—Me conoces, William, no me andaré con rodeos: estoy dispuesto a cualquier cosa para obtener la libertad de mi cuñado.

—¿No pretenderás que lo deje ir después de haber asesinado a uno de los míos? Tengo que dar un escarmiento que sirva como ejemplo. El populacho está volviéndose cada día más osado.

—Fue una trapisonda de cantina —desestimó Blackraven—. Puede alegarse defensa propia.

—Hay quienes sostienen que tu cuñado hizo trampa con la baraja.

—¿Qué quieres por su libertad?

—¡Me ofendes! No quiero tu dinero.

—No te ofrezco dinero. Te conozco demasiado para ofrecértelo. Estoy ofreciéndote otro bien a cambio de tu colaboración. Tu situación en Buenos Aires es precaria, y lo sabes. Estoy ofreciéndote información que podría salvarte del desastre que está por sobrevenir en días. ¿Qué significa para ti un muchachito alocado ante la posibilidad de conocer la realidad que te amenaza? Créeme, lo que sé no se puede desatender.

—¿Qué pretendes de mí? ¿Qué clase de ayuda reclamas?

—No pretendo que lo dejes en libertad bajo indulto y que el muchacho salga caminando por la puerta principal del Cabildo. Entiendo que eso no es posible dada tu posición. Sí te pido que facilites ciertas cuestiones para que yo pueda arreglar su fuga. Te prometo sacarlo del Río de la Plata. No volverás a saber de él.

—¿Qué cuestiones serían ésas?

—Te las haré saber apenas trace mi plan.

Beresford apoyó los codos en el escritorio y se llevó las manos a los labios, como si rezase, en tanto sometía la propuesta a su consideración.

—Te ayudaré. Tienes mi palabra —expresó el militar inglés, con la mano derecha extendida en dirección a Blackraven—. Ahora dime, ¿qué sabes?

—Financiado por el comerciante Álzaga y con los auspicios del obispo Lué, se ha trazado un plan para volar el cuartel de la Ranchería, donde se aloja el regimiento 71.

—¡Qué! —Beresford se puso de pie.

—Por supuesto, piensan hacerlo cuando tus hombres estén acuartelados. Será una masacre. El grupo, al mando del ingeniero Felipe Sentenach, está excavando un túnel que nace en la casa de don José Martínez de Hoz, cruza la calle de San Carlos y llega al cuartel. Piensan colocar una buena cantidad de barriles de pólvora. Están prontos a terminarlo. Si no es hoy, será mañana. Para evitar ser sorprendidos, han apostado centinelas en los altos del café de Marcó y algunos dan vueltas a la manzana disfrazados de pregoneros o mendigos.

—¡Dios mío! No he juzgado debidamente la índole de estos sudamericanos —se convenció Beresford.

Blackraven se puso de pie para despedirse.

—La próxima vez que nos veamos, traeré los detalles de la fuga y te daré más información. Ahora, por favor, firma un permiso para que pueda visitar a mi cuñado.

Tommy se hallaba inconsciente, en muy mal estado. Yacía boca abajo sobre un montículo de paja hedionda. Blackraven lo dio vuelta y le estudió las heridas. Lo habían torturado; tenía quemaduras en el pecho y le habían arrancado algunas uñas; presentaba un corte en la frente, un culatazo lo más probable, otro en el labio inferior,

y la nariz estaba quebrada. Le quitó la camisa y lo examinó de modo concienzudo, palpándolo, buscando quebraduras. “Parece un Santo Cristo”, se dijo, al ver los golpes y tajos. No detectó huesos rotos, quizás alguna costilla con fisuras. Tenía un corte profundo en la pantorrilla derecha que urgía limpiar y aislar. “Resulta una ironía”, meditó Blackraven, “que, al igual que a tu padre, a ti también te hayan torturado los ingleses”.

—Le colocaré la nariz —dijo a Trinaghanta—. Tú te ocuparás del resto.

El tabique nasal se acomodó con un sonido seco que despabiló a Tommy. Se incorporó dando un grito para volver a desplomarse sobre la paja.

—Tomás, muchacho —lo llamó Blackraven.

Tommy apartó la mano de la cara y miró con ojos exaltados y vidriosos. En la penumbra, le costó advertir que se trataba de su cuñado.

—¡Por amor de Dios! —exclamó, y se tomó de las solapas de Blackraven—. ¡Sáqueme de aquí! ¡Se lo suplico, sáqueme de aquí! ¡Por amor de Dios, tenga piedad!

—Calma, Tommy. Te sacaré de aquí. Descuida. Lo haré. Pero debes tener un poco de paciencia. Lo haré. En unos días.

—¡Sáqueme ahora! ¡Volverán a torturarme! Maté a uno de ellos, ¿es que no lo entiende? Me matarán ellos a mí como venganza.

—No, no lo harán. No volverán a tocarte. Te lo prometo. Ahora permite que Trinaghanta cure tus heridas. Yo me encargaré de mejorar las condiciones de este sitio.

Gracias a los escudos de oro que Blackraven prodigó entre los guardias, quitaron la paja vieja y colocaron un montículo limpio y fragante; trajeron dos baldes con agua limpia, y desapareció el que contenía orines y heces de antiguos prisioneros; le quitaron los grilletes de tobillos y muñecas; y, por último, le dieron de comer un guiso bastante pasable de cordero y verduras.

Antes de regresar a la casa de San José, Blackraven visitó a Beresford de nuevo.

—Escúchame bien, William: vuelven a tocar un cabello de mi cuñado y yo mismo nivelaré este Fuerte con el suelo. Sabes que puedo hacerlo.

—Sé que no amenazas en vano —admitió el gobernador inglés.

—¡Cómo está Tommy! —Melody se precipitó sobre Blackraven—. Dime, ¿pudiste verlo?

—Cariño, él está bien, quejándose de la comida e insultando a los ingleses, como imaginarás. Lo tienen en el Cabildo. Está bien, muy bien.

—Gracias a Dios.

—En pocos días quedará en libertad.

—¿De veras?

—¿Acaso no te lo prometí?

—Sí. —Sonrió y ocultó la cara en el pecho de su esposo.

No fue necesario pedir que se trasladara al reo Maguire a la prisión del Fuerte ya que, gracias a los mapas de los pasadizos subterráneos, descubrieron que también conducían al Cabildo. Hacerse de los mapas resultó bastante fácil. Los conservaba un jesuita, Vespaciano Clavius, que había escapado a la expulsión del 67 refugiándose en esos mismos pasadizos en los que se interesaba Blackraven, y que por esos días se hacía llamar Francisco Álvarez, productor de frutas en una quinta de la zona sur, que lindaba con el hospital de los betlemitas, llamado la Convalecencia.

O'Maley conocía a Clavius y su secreto, y lo saludó con cordialidad. Cuando Clavius se volvió hacia Malagrida, éste lo miró con fijeza y seriedad y citó en latín el voto sagrado de los jesuitas.

—Servir siempre al Señor y a la Iglesia, su Esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la Tierra —y sacó a relucir una cruz de plata, insignia de la orden.

—¡Hermano! —profirió Clavius, y se dieron un abrazo.

El arquitecto jesuita que proyectó las edificaciones y los pasadizos subterráneos les adjudicó mucha importancia a los planos, por ello los trazó sobre la costosa y rara vitela en vez de utilizar el más común pergamino de cordero. Después de admirar la precisión y pulcritud de los mapas, Edward O'Maley se inclinó sobre ellos y los estudió con una lupa en tanto Malagrida y Clavius se contaban sus desventuras.

Se pactó con Beresford que la fuga tendría lugar en la madrugada del primero de agosto. La elección de la fecha no era antojadiza: el 31 de julio por la noche, Beresford, de acuerdo con la información de Blackraven, saldría a aplastar al ejército de peones e indios al mando de Pueyrredón acantonado en una propiedad de la familia Belgrano, conocida como la quinta de Perdriel. Dejaría una guardia mínima en la ciudad y se aseguraría de que los soldados apostados en el Cabildo lo acompañaran en su mayoría. Blackraven le exigió que destinara sólo dos para el cuidado de la prisión, y se ocupó de que recibieran botellas de whisky escocés. Gracias a la ayuda de la parda Francisca, a quien Melody había salvado de su cruel dueña, Clara Echenique, y que trabajaba como doméstica en el Cabildo, se hicieron con una copia de la llave de la celda de Maguire. Si había otras cerraduras que salvar, deberían arreglárselas solos. Conocían los horarios de las rondas y el momento en que pasarían frente al Cabildo. Gracias a los permisos de Beresford, Blackraven se había movido con libertad dentro de la prisión hasta familiarizarse con sus oficinas e instalaciones.

A las once de la noche del 31 de julio, se congregaron en la parte trasera de la casa de San José; Vespaciano Clavius los acompañaba, pues, en su opinión, por más que contaran con los mapas, no llegarían a las mazmorras del Cabildo si él no los guiaba.

—Las encontrarán —dijo—, dentro de cinco días —añadió, con una carcajada. Blackraven aprestaba sus pistolas cuando apareció Servando.

—¿Qué haces aquí, Babá? Vuelve a la barraca.

—Lléveme con usted, amo Roger. Quiero acompañarlo. Una vez lo ayudé a rescatar al joven Tomás. Puedo volver a hacerlo. Se lo debo a mi señora.

—El muchacho es despierto —intercedió Somar—. Podría sernos útil.

—Está bien —accedió Blackraven, y se dirigió a O'Maley—: Dale un cuchillo y una pistola.

—¿No me dará un arma a mí, excelencia? —preguntó Clavius.

—¿Alguna vez ha disparado una? —se interesó Blackraven.

—No, pero parece fácil.

—Créame, estará mejor sin ella. Se dislocaría el hombro con el retroceso del disparo. Amy, dale una chaqueta oscura a Servando. Serías como un fanal en la noche con ese poncho blanco, Babá.

Alistaron pólvora y yesca para hacer saltar las cerraduras, teas cortas para iluminar los oscuros pasadizos y una sierra por si habían aherrojado a Tommy, aunque confiaban en que los escudos de Blackraven hubiesen resultado suficientes para tornar olvidadizos a los guardias.

Antes de partir, Blackraven entró en su dormitorio para ver a Melody. Dormía. La angustia de los últimos días se reflejaba en un sueño inquieto. Nada la convencía de que Tommy se hallaba fuera de peligro, a pesar de que él y Trinaghanta, que lo visitaban a diario, le aseguraban que saldría en libertad más gordo y harto de descansar. Le llevaban comida, vino y ropa limpia, hasta avíos para afeitarse e higienizarse; Trinaghanta le limpiaba las heridas, le untaba los magullones y le ajustaba la venda en torno a las costillas. De igual modo, Tommy lucía deprimido, casi no hablaba, y se asustaba como un ratón; la tortura lo había quebrado.

Blackraven se inclinó junto a la cabecera y apoyó una mano sobre el vientre de su esposa. “Te lo traeré de vuelta, cariño, sano y salvo”. Le acomodó el rebozo bajo el mentón y se marchó.

Al tanto de los trayectos y horarios de las rondas, alcanzaron sin obstáculos la Casa de las Temporalidades y, después de trepar los muros traseros, accedieron al patio principal, donde se ocultaba la entrada a los túneles bajo una escalera de piedra y ladrillo. Clavius introdujo una llave enorme en la poterna e intentó girarla varias veces. Apenas se movía con un sonido que denunciaba la herrumbre y el polvo de años. El jesuita sacó del interior de su gabán un pequeño paquete envuelto en cuero. El contenido asemejaba una pastilla de jabón.

—Vine preparado —dijo, con una sonrisa—. Es pella —explicó—. Necesito un poco de fuego para ablandarla antes de untar la llave.

Blackraven encendió su yesquero y se lo pasó. La capa superior del pan de pella

se derritió rápidamente, y Clavius empapó la llave con el líquido.

—Mejor que funcione tu truco, Clavius —dijo Malagrida—. Aquí, en la superficie, no podremos hacer volar esta maldita poterna sin despertar a media ciudad.

El jesuita volvió a colocar la llave en la cerradura, y todos sujetaron la respiración. Al tercer intento, la llave giró por completo. Se escucharon leves suspiros de alivio. Clavius abrió y les hizo una seña para que entraran; los conducía sin vacilar, y casi no necesitó consultar los mapas. Aunque en algunos sectores se ensanchaban, formando pequeñas cámaras atestadas de toneles, cajas de maderas, muebles apolillados y demás trastos, en general los pasadizos eran estrechos y bajos, por lo que Blackraven caminó con la espalda encorvada.

—Hemos llegado —anunció Clavius—. Después de esta puerta, estaremos dentro de las mazmorras del Cabildo.

Volaron la cerradura y entraron. El aire cambió súbitamente; antes los circundaba un punzante olor a humedad y a encierro; en esa parte, hedía a orines, heces y hombre sucio. Aguardaron. Se escuchó ruido de cadenas arrastradas.

—Son los presos —conjeturó Amy—, alertados por la explosión.

Para ese momento, los dos guardias ya habrían dado cuenta de las botellas de whisky y dormirían en la parte superior del edificio. Avanzaron. Los prisioneros estiraban los brazos entre las rejas y les suplicaban; uno, maltrecho en el suelo, pedía agua; Malagrida se acuclilló y le entregó su petaca con vino. Se sobresaltó cuando Blackraven hizo estallar otra cerradura.

En la calle de la Santísima Trinidad, la del Cabildo, la ronda compuesta por cuatro casacas rojas llegó antes de lo previsto. Sabían que Carmody, uno de los guardias, y su compañero, Ryan, habían comprado dos botellas de excelente escocés a un contrabandista que se les presentó por la mañana y se las ofreció a precio de ganga; esperaban echarse unos tragos para combatir el frío del sereno.

Carmody y Ryan bailaban gigas sobre el escritorio del capitán, cada uno con una botella en la mano; alternaban estruendosas risotadas con canciones en gaélico. Los soldados se decepcionaron, en las botellas apenas quedaban unos sorbos.

—¿Qué fue eso? —se inquietó uno de la ronda.

—Me pareció una explosión.

—¡El pedo de algún reo! —vociferó Carmody, y Ryan carcajeó.

—¡Haced silencio!

—Vamos a echar un vistazo.

Alejado como estaba para montar guardia, Servando los vio primero; se habían deslizado con sigilo, y no se percató de ellos hasta tenerlos a unos palmos.

—¡Casacas rojas! —vociferó.

Descerrajó un tiro y se precipitó en dirección a Blackraven, que empujó a Tommy

detrás de él y disparó sus dos armas, al igual que Amy, Somar, Malagrida y O'Maley. En un instante, el corredor de la mazmorra se sumió en una espesa nube de humo blanco y olor a pólvora quemada. Servando cayó de bruces a los pies de Blackraven alcanzado por una bala de mosquete.

—¡Retroceded! —ordenó Blackraven, en tanto se echaba al hombro a Servando y empujaba a Tommy hacia delante.

El muchacho se movía con torpeza debido a la herida en la pantorrilla y a las costillas con fisuras. Amy y Malagrida cubrían la retirada; Somar y O'Maley cargaban las pistolas. A pesar del pánico, Clavius se azoraba ante la destreza de su hermano jesuita con el arma de fuego.

—¡Andando! —exclamó Blackraven—. ¡Somar, ayuda a Maguire!

Los soldados los persiguieron a través de las mazmorras, e incluso se adentraron en los pasadizos ya que la cerradura estaba destrozada. Parapetados tras unos toneles de roble, Blackraven y sus amigos dispararon una andanada que entorpeció el avance y les permitió abrir la brecha con sus cazadores. De acuerdo con lo anticipado, los túneles eran laberínticos, y los soldados, desprovistos de teas, pronto se perdieron en la oscuridad. Al alcanzar el patio central de la Casa de las Temporalidades, Clavius echó llave a la poterna.

—Ponte estos guantes —ordenó Blackraven, y Tommy se los calzó—. No quiero que tu hermana vea que te faltan algunas uñas. Le dirás que te encuentras bien y trata de no cojear tanto. Es mi deseo que no la inquietes. Ha sufrido bastante con la muerte de tu hermano Jimmy y con tus hazañas.

—Sí, señor.

Blackraven le echó un vistazo: el baño, el cambio de prendas, la rasurada y el corte de pelo de Trinaghanta lo habían desembarazado de la traza de forajido para poner al descubierto lo que era, un muchacho temeroso y desorientado. Ya no desplegaba la soberbia ni la bravuconería de antes, lucía triste y avergonzado; en todo momento, mantenía la vista en el suelo.

—Muy bien. Aguarda aquí. Iré a despertarla.

La encontró inquieta, movía la cabeza sobre la almohada y los ojos, bajo los párpados; sus manos se aferraban al acolchado. Se despertó de súbito, estremecida y agitada. Blackraven la tomó entre sus brazos y le susurró.

—Ya, cariño, estabas teniendo una pesadilla.

—Soñaba con Tommy, que lo colgaban.

—¡Qué en vano esa pesadilla, Isaura! ¿Por qué no confías en mí? Tu hermano está aquí, del otro lado de la puerta. Acaba de salir de prisión y quiere verte.

—¡Roger! —gimoteó, y se echó a llorar.

Blackraven le explicó que se había tratado de una fuga, que la situación legal de

Tommy no le había dejado alternativa, que el muchacho tenía que abandonar el Río de la Plata y que lo haría en uno de sus barcos, como grumete.

—Así aprenderá un oficio y a ganarse el pan. Si es inteligente, podrá ahorrar algún dinero con las presas.

—¡Es una vida tan peligrosa!

—Isaura, por favor —se fastidió Blackraven—. ¿Más peligrosa que la vida de fugitivo y errante que llevaba hasta hoy? ¿Esa vida de vago y mal entretenido?

—No, claro que no.

Blackraven indicó a Tommy que entrase. Melody tenía ganas de insultarlo, de pegarle, de besarlo y de abrazarlo. Se lo veía tan decaído, tan sumiso. Lo recibió en sus brazos y le acunó la cabeza. Tommy rompió en un llanto angustioso.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Por todo!

—Shhh, está bien. Te perdono. No llores.

—Los defraudé, a ti y a Jimmy. Los abandoné, los dejé solos en manos de Paddy. ¡Dios mío, nunca me lo perdonaré!

—Tuviste que huir de *Bella Esmeralda*, tuviste que hacerlo —le recordó.

—No, no, los abandoné. Nunca volví, nunca tomé a mi cargo la obligación que nuestro padre me había encomendado. Y cuando los encontré de nuevo aquí, en Buenos Aires, os dejé librados a vuestra suerte.

—No es así, no te culpes, estás siendo demasiado duro contigo. Nuestra vida ha sido difícil, pero ahora va a cambiar. ¿Verdad que sí? —Tommy asintió, sin mirarla—. Haz lo que Roger te indique. Confía en él. Ponte en sus manos. Ya sé que es inglés, pero también es el hombre más bueno y generoso que conozco. ¿Lo harás por mí? Júramelo.

—Lo juro por la memoria de Jimmy.

—Te han golpeado —dijo Melody, y le pasó los dedos por el corte en la frente.

—No es nada —desestimó Tommy—. Estoy bien, de veras, muy bien.

—Despídanse —intervino Blackraven—. Es riesgoso permanecer más tiempo en esta casa. Será el primer lugar donde vendrán a buscarlo.

—Miora estuvo confeccionándote un poco de ropa. ¿Te la dio? —Tommy dijo que sí—. ¿Te dio Trinaghanta provisiones para el viaje? —Asintió—. Te quiero, Tommy, nunca lo olvides. Cuídate, sé juicioso y piensa siempre en mí, en que estoy aquí, esperándote. Roger conseguirá que se retiren los cargos en tu contra y entonces volverás para ocupar tu lugar en *Bella Esmeralda*. ¿Verdad, cariño?

—Así lo haré —se comprometió Blackraven—. Vamos.

Somar y O'Maley aprestaban los caballos para escoltar al joven Maguire hasta El Cangrejal donde se sumaría a la tripulación del *White Hawk*, al mando del capitán Flaherty.

—Dice Trinaghanta —habló el turco— que la herida de Servando es de cuidado.

Ella no se atreve a extraer la bala. Habrá que llamar a un médico. Pensé en Samuel Redhead.

—Samuel es de fiar —concedió Blackraven—, pero no quiero comprometerlo. Trae a von Hohenstaufen —se refería al médico del Sonzogno—. Él puede montar a Fuoco de regreso. —Ayudó a Tommy a subir al caballo—. Entrégale esta carta a Flaherty de mi parte —indicó, y Tommy metió el sobre en un bolsillo interno de su abrigo—. Aquí tienes unas libras para tus gastos. Espero que no te las juegues o te las bebas. Si eres inteligente, como juzgo que lo eres, sabrás conducirme en mi barco y hasta hacerte de un buen dinero. Vamos, en marcha —ordenó.

Tommy sujetó las riendas e hizo volver a Fuoco sobre sus pasos.

—Gracias, señor Blackraven.

Roger inclinó la cabeza aceptando la gratitud y el pedido velado de disculpas.

Capítulo XII

Cierta normalidad reinó en la casa de San José después de la fuga de Tommy, más allá de las pesquisas e indagaciones por parte de las autoridades inglesas, que se mostraron prudentes y no incomodaron a los miembros de la familia.

Blackraven pasaba fuera gran parte de la jornada, absorbido en sus variados negocios y ocupaciones. El 3 de agosto de 1806 se asentó en los libros de la curtiduría *La Cruz del Sur* el ingreso de las primeras cabezas de ganado en pie. Se aprovecharían hasta los huesos, le explicó Blackraven a Melody. *La Cruz del Sur*, a orillas del Riachuelo, no sólo contaba con instalaciones para el largo proceso de curtido del cuero vacuno, sino con vastos playones para el cecinado de carne. Se produciría tasajo, es decir, lonjas de carne secadas al sol, y charqui, carne secada en barriles con sal; si bien el charqui era más sabroso y tierno que el tasajo —éste presentaba la consistencia del cuero y olía mal—, se pudría a menudo y había que quitarle el gusto salitroso sumergiéndolo en vinagre.

En cuanto a la grasa, muy demandada para la elaboración de velas, jabones y ungüentos, se derretiría en hornillos de piedra, se exprimía y se moldearía en cubos de cobre para embalsarse en tachos de hojalata; Blackraven tenía comprometida la elaboración de un año.

—¿Qué harás con los huesos? —se interesó Melody.

—Además de polvo para mi fábrica de porcelana en Truro, los venderé a quienes fabrican peines, botones, vasos, salvaderas, tinteros, alfileteros. Te sorprenderías al saber la cantidad de utensilios que obtienes a partir del hueso de la vaca.

Como le había anticipado a Álzaga meses atrás, Blackraven pretendía alcanzar la calidad de los cueros de la Inglaterra, logrando flexibilidad y resistencia, en contraste con los del país, que por insuficiencia en el período de fermentación en los noques, presentaban una textura rígida, falta de lustre y delgadez. Introduciría la vaqueta, desconocida entre los productores locales, además de curtir cueros exóticos codiciados en la Europa. En Río de Janeiro había conchabado a cuatro maestros curtidores irlandeses que alabaron el establecimiento, la calidad del cuero crudo y la excelencia del tanino proveniente de cebil; lo desconocían. Contrató los servicios del naturalista checo Tadeo Haenke, quien pasó varias jornadas en la curtiduría explicando a los maestros irlandeses cómo preservar la corambre de la polilla. El montevideano Pascual de Parodi les recomendó, para ese fin, secar con cal la parte grasosa del cuero.

Blackraven amaba el Río de la Plata. Pocas veces había fondeado en una tierra tan generosa y vasta; le ofrecía infinitas posibilidades de expansión. Abelardo Montes se obstinaba en el viaje a Misiones para comprar terrenos destinados al cultivo del tabaco y la yerba mate; Francisco Martínez de Hoz, otro rico comerciante, le

proponía viajar a Catamarca, donde la producción de añil daba buenos réditos; y doña Rafaela del Pino, la virreina vieja, le ofrecía participar en la explotación de sus canteras de piedra caliza ubicadas en la Banda Oriental; esto último atrajo su atención.

—Supe que, a finales del mes de febrero —comentó la antigua virreina—, su excelencia desposó a una joven del país. Espero que sea virtuosa.

—Lo es —aseguró Blackraven.

—Bien —suspiró la señora—. Le confieso que me sentí decepcionada al saberlo ya que había ambicionado que su excelencia se fijase en alguna de mis niñas para contraer nuevas nupcias, ya que son en extremo hacendosas y bien educadas.

Blackraven rió. Siempre le divertía el desenfado de doña Rafaela, enmascarado tras ese barniz de recato y aires de dignidad. Su amistad contaba varios años, de la época en que don Joaquín, su esposo, aún vivía.

—Sin duda lo son —convino—, hacendosas y bien educadas, además de muy bonitas —y paseó la mirada por los rostros acalorados de las jóvenes, que se empeñaban en sus bordados y labores como si no las hubiesen mencionado.

—Se rumorea que la señora condesa de Stoneville —prosiguió la virreina vieja— se encuentra en estado de buena esperanza.

—Así es.

—Me gustaría conocerla. La invitaré a tomar chocolate uno de estos días.

—Lamentablemente, doña Rafaela, no será posible, al menos por el momento. Mi esposa está de luto —explicó Blackraven—. Su hermano falleció el 26 de junio pasado.

—Oh, poco más de un mes. ¿Cómo se encuentra ella?

—Mejor.

—¿Es verdad que piensa fundar un hospicio para esclavos viejos y manumitidos?

—Sí, es verdad.

—¡Qué obra tan loable! Me gustaría hacer una donación.

—Será bienvenida.

—Su excelencia se complace con la intervención de sus compatriotas en Buenos Aires, imagino.

—No particularmente.

—¿Ah, no? Entiendo que vuestra merced visita el Fuerte a menudo.

Blackraven movió los labios en una sonrisa deferente.

—El general Beresford y yo somos viejos amigos. Él conoce mi opinión acerca de esta intrusión: me opongo.

—¿Podría preguntarle por qué, excelencia?

—No creo en las ocupaciones militares, señora. Desgastan e irritan. Sí creo en la amistad entre los países y en los acuerdos comerciales que los benefician.

—Muy interesante. Hablando de acuerdos comerciales, ¿ha contemplado la idea de asociarse conmigo en la explotación de la calera? Debo advertirle que, manejada adecuadamente, puede convertirse en una industria muy lucrativa.

Le habría incomodado hablar de negocios con otra mujer; doña Rafaela, tan pragmática y despojada de prejuicios, convertía aquel diálogo, para otros inaceptable, en una cuestión ordinaria.

—Esta mañana estuve reunido con su abogado, el doctor Ruda y Vega, quien me explicó los detalles. La juzgo una propuesta ciertamente atractiva. —Doña Rafaela sonrió—. Entiendo que su condición es que yo me ocupe de administrarla.

—Así es, excelencia. Yo no estoy para esos trotes, y mis hijos no muestran ninguna inclinación por dichas caleras, aunque disfrutan de sus réditos.

—Su confianza me halaga, señora —dijo, e inclinó la cabeza—. Aunque su señoría debe saber que sólo podré encargarme *personalmente* de la administración cuando me encuentre en el Río de la Plata. El resto del tiempo quedará en manos de mis notarios y empleados.

Acordaron que doña Rafaela le vendería un cuarenta y cinco por ciento de las canteras y firmaría un documento encomendándole su administración. En algunos aspectos, como en el caso del trato con los empleados, las mejoras de las condiciones de trabajo y las inversiones en bienes de capital, Blackraven exigió libertad de decisión. La virreina vieja accedió.

—Sus compatriotas andan en problemas, excelencia. Las murmuraciones sostienen que el capitán Liniers se encuentra en la Banda Oriental aprestando un ejército para lanzarse a la reconquista. ¿Qué sabe su merced al respecto?

—Teniendo en cuenta mi nacionalidad, señora, y mi conocida amistad con el general Beresford, es improbable que alguien me confiese los planes del capitán Liniers. Lo cierto es que no sé nada.

Blackraven mentía. Se hallaba al tanto de cada paso de Liniers, desde su huida a la Banda Oriental el 10 de julio hasta de su reunión en Montevideo con el gobernador Ruiz Huidobro el 18, de resultas de la cual había obtenido una fuerza de seiscientos hombres además de artillería, municiones, víveres y uniformes, y el apoyo de la flota al mando del capitán Gutiérrez De la Concha. El ataque era inminente.

—Si el ataque acontecerá en poco tiempo —se impacientó Somar esa noche, después de la cena—, ¿no deberíamos marcharnos?

—No —dijo Blackraven—. Ni Liniers ni Beresford ordenarán batir a cañonazos la ciudad desde el río. Batallarán, de seguro, pero no creo que nos afecte. Beresford tratará de llevarlo a campo abierto, donde el regimiento 71 aplastará a los soldados poco adiestrados de Liniers; éste, por su parte, intentará llevar la lucha a las calles de la ciudad, porque cuenta con el apoyo del populacho.

—Si la lucha se llevase a cabo en el corazón de la ciudad, nosotros estaríamos en

medio.

—No serán más que escaramuzas. Apostaré a mis hombres en la azotea y en ambas entradas. Nadie podrá ingresar en esta casa ni en la de la calle Santiago ni en El Retiro. ¿Nunca reparaste en las construcciones de Buenos Aires? Son pequeñas fortalezas. Contando con los hombres de O'Maley y las tripulaciones del Sonzogno y del Afrodita —hablaba del bergantín al mando de Amy Bodrugan—, seremos suficientes y estaremos mejor armados que cualquiera de los bandos.

—Quizá la chusma se encarnice con nosotros debido a que tú eres inglés.

—¿Y atacar la casa del Ángel Negro? Lo dudo.

—¿Cuándo estimas que Liniers emprenderá su reconquista?

—Acabo de enterarme de que desembarcó ayer en Las Conchas, a 20 millas de aquí.

—Estará en la ciudad en dos días.

—Si este temporal persiste —opinó Blackraven—, y eso es lo que asegura Justicia (ya sabes que él nunca se equivoca en cuestiones climáticas), las tropas de Liniers no llegarán sino dentro de varios días. Hoy es 5 de agosto. Dudo que estén aquí antes del 10. Malagrida y Amy salieron hoy hacia El Cangrejal para traer a su tripulación de regreso con ellos. Sólo dejarán un retén mínimo como vigilancia.

—No me gusta. Galo Bandor es un pillo, se aprovechará de la situación.

—Ordené que durante estos días permanezca encadenado, al igual que los otros cinco, y que no los suban a cubierta, ni siquiera con grilletes.

—No sé qué espera Amy para abrirle el gaznate —se mosqueó el turco.

—Déjala. Estará pensando en el mejor modo de deshacerse de él.

Blackraven tomó el abrecartas y rasgó un sobre.

—Es de Marie y de Luis —dijo—. Me la trajeron esta mañana.

La leyó en silencio; en tanto avanzaba se le oscurecía el ceño.

—¿Malas noticias?

—No lo sé. Quizá. Se trata de una visita nada oportuna. Un matrimonio de barones portugueses que conocí en Río de Janeiro se embarcó hacia acá días atrás.

—¿Alguna sospecha sobre ellos? Me refiero a lo de La Cobra.

—No se trata de eso —explicó Blackraven—. La baronesa de Ibar podría llegar a convertirse en una molestia. Es una mujer muy insistente cuando se lo propone.

—Entiendo.

—Y no quiero altercados con Isaura. Ahora está tranquila, y quiero que siga así.

—¿Iremos a la casa de San José, niña Elisea? —se pasmó Manila—. ¿No es que están de luto?

—Miss Melody mandó por mí —explicó—. Vamos, Manila, apresúrate.

—Soy buena pa'lo que guste, niña. Vamos. ¿Su merced cree que en la casa de San José estará el turco ése con los dibujos en la cara?

—¿Somar? No lo sé, Manila. ¿Para qué querrías verlo tú?

—Ah, pues. Parece que le arrastra el ala a la Miora, y tengo muchas ganas de verlo. Lo vi una vez, hace tiempo. Me acuerdo que me llevé un buen susto. Pero la Miora parece muy enamorada.

—¿Miora enamorada de Somar? —se extrañó Elisea—. ¿Y por qué no? —dijo, más para sí.

—¡Pero, niña! Las malas lenguas dicen que el turco Somar... Pues él... Ay, no sé cómo decirle que... ¡Pues que a él no le cuelga nada entre las piernas!

—¡Manila!

—Sí, sí —se resignó la esclava—, ya sé: mejor me callo o me mandará azotar.

—Así es.

Como le había indicado Melody en su nota, Elisea llamó por el portón trasero, embozada en una mantilla gruesa y basta, similar a la de su esclava. Le abrió Miora, quien la condujo dentro de la casa por la zona de la cocina, vacía y silenciosa.

—Quédate aquí, Manila —indicó Miora—. Por favor, niña, sígame. Melody se hallaba en una de las habitaciones de servicio, sentada junto a una yacija; Trinaghanta, a su lado, colocaba un paño frío sobre la frente de Servando. Elisea sintió una debilidad en las piernas y se llevó la mano a la boca para ahogar un lamento.

—Pasa, Elisea. Servando ha pedido muchas veces por ti. A pesar de que es arriesgado, lo mejor ha sido que vinieras, para aplacarlo.

—¿Qué le ha sucedido?

—Lo hirieron mientras ayudaba a escapar de prisión a mi hermano Tomás.

Elisea ocupó la silla de Melody y rozó la frente caliente y húmeda de Servando. “¡Dios mío!”, se estremeció. “Arde en fiebre”.

—Servando —susurró Melody—. Elisea está aquí, ha venido a verte.

En la cocina, Miora le sirvió una taza con leche a Manila, que la contempló de soslayo y sonrió. No se veían a menudo, aunque eran amigas.

—Y ese hereje tuyo, ¿no está?

—No es ningún hereje mío —se ofendió Miora—. Y no, no está.

—¿Tú y él seguís ayudando al Ángel Negro a la hora de la siesta? —Miora asintió—. Ah, pues. Entonces, lo ves todos los días. —Miora asintió de nuevo—. No lo recuerdo bien. ¿Es guapo? —Afirmó por tercera vez y se sonrojó—. Me acuerdo de que tenía dibujos en la cara dijo la negra, con desdén.

—¿Y qué? —se despabiló Miora—. Tú tienes la marca del carimbo en la mejilla y no por eso dejo de conversar contigo.

—No es lo mismo. A mí me marcaron. Él quiso marcarse.

—Me da igual. A mí me gustan esos dibujos.

—¿Te gustan, ah? Y él, ¿él te gusta? —La codeó con ligereza—. Vamos, amiga,

antes solías confiar en mí.

—Sí, me gusta, me gusta muchísimo.

—¿Crees que tú le gustas a él?

—¡Oh, no! Apenas me habla. Creo que no le caigo bien.

—Pues mejor —declaró Manila—. Así no te entusiasmas con alguien que no podría darte ni esto de satisfacción.

—¿Por qué?

—¿Acaso no sabes lo que se dice de él? —Miora agitó la cabeza—. ¡Que está castrado!

Hacía tiempo que Beresford aguardaba el desenlace, y en ese domingo 10 de agosto de 1806, frente al edecán de Liniers, el capitán Hilarión de la Quintana, se convenció de que existían pocas probabilidades de conservar la plaza.

El incompetente de Popham había fracasado en detener a la escuadra española al mando del capitán Gutiérrez De la Concha. Los espías lo atosigaban con información sobre la avanzada de Liniers, a quien se le habían unido Pueyrredón y Martín Rodríguez; la caballería enemiga cercaba la ciudad e impedía el ingreso de víveres; y el temporal, que se abatía sin dar respiro, seguía entorpecéndolo lo mismo que cinco días atrás, cuando trató de salir de Buenos Aires para detener a Liniers que se movilizaba desde Las Conchas hacia la Chacarita de los Colegiales por el camino de la Legua. Debido al mal tiempo, Beresford tampoco había podido sacar a las mujeres, los niños, los enfermos y la impedimenta hacia el sur, hacia la Ensenada de Barragán. Pocas veces había experimentado esa impotencia y furia.

Detuvo su ir y venir frente a de la Quintana y le pidió a William White que tradujera.

—Éste es mi mensaje para el capitán de navío Liniers. Infórmele que defenderé mi puesto tanto tiempo como dicte la prudencia, para salvar a esta ciudad de posibles calamidades que nadie lamentaría más que yo, y que no ocurrirán si todos los habitantes actúan de buena fe.

Antes de que terminara ese domingo 10 de agosto, Beresford tomó medidas para la defensa: mandó colocar piezas de artillería en las esquinas de la Plaza Mayor y apostó soldados en los altos de las casas circundantes, en la Recova y en el Fuerte. Al otro día, supo que el ejército de Liniers, tras una penosa marcha —la tormenta volvía intransitables los caminos—, en la que el pueblo lo ayudó a remolcar la artillería, había alcanzado la zona del Retiro. A la fuerza de vanguardia sólo le bastó una corta escaramuza para doblegar a la guardia inglesa y posesionarse del cuartel. Enseguida se ubicaron los obuses y cañones cerca de la Plaza de Toros, apuntando hacia la ciudad. Esta artillería detuvo el avance de Beresford, quien, con trescientos hombres y dos cañones, pretendía recuperar la zona norte. Tampoco lo consiguió el comodoro

Popham desde el río, pues un cañonazo de las fuerzas de Liniers voló el mástil de mesana del *Justinia*. Después de estos embates, Beresford convocó a Popham al Fuerte.

—Habiendo sido incapaces de evitar el desembarco de Liniers en Las Conchas —expresó Beresford, sin molestarse en disimular el desprecio por su subalterno—, considero que la situación en el Río de la Plata es insostenible. Sin refuerzos, estamos perdidos. Y si por los albuces de la vida lográsemos vencer a Liniers, caeríamos, tarde o temprano, cuando el ejército que el virrey Sobremonte trae desde Córdoba sitie la ciudad. Insisto, sin los refuerzos que tanto hemos pedido a Londres, no somos nada.

—Deberíamos saquear la ciudad y reembarcarnos sin pérdida de tiempo —propuso Popham.

La ira le tiñó a Beresford incluso la pelada, y su ojo de vidrio pareció más artificial dado el fulgor y la vivacidad que adquirió el otro.

—Dejaría de ser soldado para ser pirata si pensara como usted, comodoro.

Denis Pack, George Kennett y otros oficiales carraspearon y se movieron, incómodos. Beresford retomó su discurso.

—En vistas de la situación que ya expuse, caballeros, espero, entonces, que estéis en un todo de acuerdo con la propuesta que he trazado, que es la siguiente: le escribiré a Pueyrredón, a quien juzgo el nervio de esta rebelión, además él está a cargo de la caballería, la única capaz de detenernos. Como les decía, le haré la siguiente propuesta a Pueyrredón: restituiré la plaza, devolveré el ejército del virrey Sobremonte, liberándolo del juramento de no iniciar acciones bélicas en nuestra contra...

—Algunos ya lo han hecho —acotó Popham—, han roto la palabra empeñada y se han unido al ejército de Liniers.

—En fin —prosiguió Beresford—, los liberaré *formalmente* del juramento y les reintegraré las presas de las que nos hicimos en alta mar, siempre y cuando se detenga el avance de las milicias hasta que el ejército inglés haya evacuado la ciudad y se encuentre en camino hacia la Ensenada de Barragán.

Liniers tenía poco control sobre aquel rejunte de soldados, civiles y marinos, lo que se puso de manifiesto la noche del 11 de agosto, cuando los de la compañía de Miñones, por su cuenta, se infiltraron en las casas y cruzaron azoteas hasta alcanzar la Plaza Mayor y adueñarse del cuartel de la Ranchería emplazado en la esquina de las calles de San Carlos y de San José. Los ingleses se atrincheraron en el Fuerte.

La orden de Blackraven había sido clara: tirar a matar a quien intentase entrar en su casa, en la del Retiro o en la de la calle Santiago, fuera inglés, criollo o español. Había distribuido a sus marineros en azoteas, patios y ventanas, mientras él, Malagrida y Amy, a riesgo de sus vidas, iban y venían de una propiedad a otra.

Somar definió la idea de cabalgar hasta el Retiro como un acto suicida, y no se

equivocaba pues había escaramuzas e intensos tiroteos en cada esquina, y en varias ocasiones sintieron las balas acariciarles las sienas. Llegaron de noche, cuando un piquete con el propio Liniers a la cabeza se adentraba en la propiedad. El grupo se detuvo al recibir disparos a los cascos de los caballos desde el campanario. De la Quintana, ayudante de campo de Liniers, explicó a voz en cuello que solicitaban víveres, agua y un lugar para que el capitán y sus oficiales pasaran la noche.

—Buenas noches, capitán Liniers.

—Ah, excelencia. ¡Qué agradable sorpresa encontrarlo aquí!

A la pobre luz de las teas, Blackraven divisó el gesto amistoso del francés, aunque algo tenso y cansado, y como reflejo de las penurias de esos últimos días daba cuenta el uniforme azul y rojo de capitán de navío, flordelisado de oro, que días atrás debió de haber presentado un espléndido corte, pero que esa noche estaba sucio y ajado.

Le presentó a Malagrida y a Amy Bodrugan, quien, con un pañuelo negro en la cabeza, pantalones ajustados, espada al cinto y un pequeño mono en el hombro, causó miradas suspicaces entre la tropa, incluso entre los oficiales. Se intercambiaron palabras de cortesía antes de que Blackraven los invitase a entrar.

—Disculpe el recibimiento poco amistoso que le han hecho mis empleados, capitán Liniers. Tenían órdenes de disparar a cualquier extraño. Es para evitar los saqueos y robos tan comunes en estas circunstancias.

—Por supuesto, excelencia. Lo entiendo.

Blackraven llamó a Bustillo y le ordenó que atendiera a los caballos y que se ocupase de alojar y alimentar a los soldados del piquete.

—Bustillo —agregó—, envía a las tropas que están en el cuartel algunas gallinas y dos cerdos.

—Gracias, excelencia —intervino Liniers—. No olvidaré este acto de generosidad de su parte.

Después de la cena, mientras fumaban y bebían “el mejor coñac que he probado”, según la expresión de De la Concha, Liniers y Blackraven se apartaron para conversar.

—Todavía me pregunto, excelencia —habló Liniers—, cómo su merced y vuestros amigos lograsteis llegar sin un rasguño al Retiro. Entiendo que la ciudad es un caos.

—Nos lanzamos hacia aquí cuando comenzaba a oscurecer. Vinimos por el Bajo y evitamos las calles principales puesto que en ellas la gente dispara desde las azoteas, incluso desde los conventos, que cuentan con pequeños cañones; los monjes tienen una destreza encomiable para dispararlos. Ojalá contase con artilleros tan certeros en mis barcos —expresó, con una nota divertida, y Liniers sonrió.

—Hace un momento llegó al cuartel un emisario de Beresford con un mensaje para Pueyrredón. Mañana a las nueve de la mañana, en el convento de Santa Catalina,

nos reuniremos con William White, quien me transmitirá una propuesta de Beresford. Supongo que querrá negociar la retirada.

—No creo que le resulte fácil a White alcanzar ese punto de la ciudad a menos que su merced le envíe un piquete que lo proteja del populacho. Están enardecidos.

Liniers sorbió un trago mientras cavilaba sobre el modo velado con que Blackraven acababa de decirle que la refriega se le había ido de las manos. Enseguida se preguntó si Anita Perichon, su amante, recordaría el *affaire* con el excéntrico conde de Stoneville; parecía un hombre difícil de olvidar.

—Sí, están enardecidos —admitió Liniers—. Esta ocupación ha sido muy odiosa para todos. Incluso se dice que lo es para vuestra merced, lo cual me sorprende, siendo su excelencia de origen inglés.

Blackraven soltó una carcajada corta, carente de humor.

—¿Qué soy? —preguntó de manera retórica—. De padre inglés, de madre mitad italiana, mitad española, con antepasados austríacos y lucido en la Francia. ¿Alguien puede decir cuál es mi nacionalidad? Soy mi ciudadano del mundo, capitán. He pasado la mayor parte de mi vida como corsario, surcando los mares, conociendo los rincones más alejados del globo. —Acabó el discurso burlón y añadió, serio—: En verdad no estoy de acuerdo con esta intervención de la Inglaterra en los asuntos del Río de la Plata. No estoy de acuerdo con las conquistas militares, han caído en desuso. La civilización ha encontrado métodos menos despóticos para sacar provecho de la relación entre un país y otro. La Inglaterra debería haber escarmentado luego del estrepitoso fracaso en las colonias de Norteamérica, sin mencionar los graves problemas que existen en las Indias Orientales. De igual manera, capitán, el general Beresford es un caballero, amigo de mi juventud, a quien tengo en la más alta estima. Un hombre de palabra —subrayó.

—Ciertamente, lo es.

—Su merced, como militar, conoce el arte de la guerra, sus reglas y códigos. El populacho, no. Y eso me preocupa.

—Le garantizo, excelencia, que la integridad del general Beresford y de su oficialidad son de primordial importancia para mí.

Blackraven anunció que regresaba a la ciudad y que dejaba a sus invitados en compañía de Malagrida y de Amy Bodrugan.

—Estáis en vuestra casa —dijo Blackraven—. Los sirvientes os proporcionarán todo aquello que necesitéis. Me despido, capitán Liniers —y le tendió la mano a la usanza inglesa—. Que la suerte os acompañe mañana.

—Excelencia, nunca olvidaré su hospitalidad y generosidad. Su merced cuenta con mi amistad y profundo respeto.

Blackraven inclinó la cabeza en señal de gratitud y complacencia. Malagrida y Amy lo acompañaron fuera.

—¡Es un dislate que vuelvas a la ciudad!

—Amy tiene razón, Roger. Es una locura. Quédate esta noche. Volveremos a primera hora mañana por la mañana.

—Quería ver si el Retiro estaba a salvo. Ya lo vi. Ahora me regreso.

—Es por tu mujercita —se empacó Amy—. Pues recuerda que ella está con Somar, Milton, Shackle y Radama. Sólo Dios podría llegar a infligirle algún daño. Quédate, o la convertirás en viuda con sólo veintidós años. —Roger le palmeó la mejilla, y Amy se apartó, exasperada—. No me trates con condescendencia, Blackraven, o terminarás con mi rodilla en tu entrepierna. Y si estás convencido de lanzarte en ese enjambre de tiros y cañonazos, al menos revisa que tus pistolas estén bien cargadas.

Con la noche, una calma tensa se apoderó de la ciudad. Nadie dormía; se escuchaban detonaciones perdidas y gritos; los perros ladraban, denunciando movimientos desacostumbrados; sombras furtivas se deslizaban por las calles, y cada tanto el vapor de un aliento o la brasa de un cigarro destacados en la negrura helada evidenciaban la expectación y el sentido de alerta en que se hallaban sumidos los porteños. Blackraven entró por el portón trasero, y Radama le salió al encuentro.

—Pensamos que haría noche en el Retiro, capitán.

—¿Cómo está todo por aquí?

—Sin novedades, capitán. Dos horas atrás, un grupo de soldados rebeldes cruzó la azotea en dirección a la plaza, pero como no mostraron intenciones de meterse en la casa, se les permitió seguir.

—Está bien. ¿Se sabe algo de la calle Santiago?

—Nada, señor. El último parte lo recibió usía antes de irse.

Melody se inclinó junto a Sansón y le pasó una mano entre las orejas.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué te has inquietado?

El animal se levantó, caminó hacia la puerta del dormitorio y allí se quedó, mirándola. Melody sacudió los hombros y volvió a su confidente, donde se embozó y recogió los pies bajo la manta. Trató de individualizar los sonidos: el crujir de los carbones en el copón, el jadeo del terranova, los ligeros ronquidos de Víctor, la respiración congestionada de Angelita y algún ocasional disparo o grito; ya no la asustaban, después de la experiencia de ese día.

Sansón comenzó a temblar y a gañir antes de que Melody advirtiera el sonido de botas en el tablado del corredor. La puerta se abrió, provocándole un sobresalto. Era Blackraven.

—¡Roger! —exclamó, y se echó en sus brazos—. ¡Gracias, Dios mío! Eres un mal esposo. Estaba enferma de preocupación por ti.

—¿De veras? ¿Muy preocupada? —Ella asintió con vehemencia en su pecho—. ¿Eso quiere decir que me amas un poco?

—¿Un poco? ¡Desgraciado! Bien sabes que te amo como una loca y que no puedo respirar si sé que corres peligro.

Se besaron. El rostro de Blackraven, frío y áspero, se hundió en su cuello y le arrancó un gemido.

—¿Qué hacen ellos aquí?

—Oh, Roger, debiste verlos. Se comportaron como adultos mis niños, en especial Víctor, que, a pesar de tener miedo, se mostró sereno y no lloró. Pero a la hora de marchar a dormir, fue demasiado para ellos y me pidieron quedarse conmigo. Yo pensé que tú harías noche en el Retiro, por eso les permití acostarse aquí.

—¿Hacer noche en el Retiro, Isaura? ¿Y dejarte sola en medio de este batifondo? ¿Es que aún no me conoces? —Le echó un vistazo incrédulo mientras apartaba las mantas de los niños—. Los llevaré a sus recámaras. Quiero acostarme. Estoy exhausto.

Melody puso agua a calentar en el copón y salió a buscar la garrafa de brandy de la sala, donde se topó con Somar a cargo del primer turno de guardia.

Blackraven se desnudó y permitió que su esposa lo higienizara con un trapo jabonado y agua caliente, mientras bebía a sorbos lentos. Un calor placentero le subía desde los pies hasta el pecho. Cerró los ojos y suspiró, atento a las manos de Melody en su espalda y a la tibieza de su aliento al golpearle la piel.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella en voz baja.

—No.

—¿Tienes frío? —y, desde atrás, le acarició la pierna.

—No.

—Pues tienes piel de gallina.

Blackraven la obligó a ubicarse frente a él y le quitó la bata.

—Pensé que estabas exhausto —se burló Melody, y levantó los brazos para que la deshiciera del camisón.

—Vuelvo a preguntar, un poco enojado: ¿es que aún no me conoces?

Melody rió y se dejó arrastrar a la cama mientras decía:

—El mundo se viene abajo y nosotros haciendo el amor.

La mañana del martes 12 de agosto, de acuerdo con el pronóstico de Blackraven, William White no consiguió llegar al convento de Santa Catalina donde, a la hora prevista, lo aguardaban Pueyrredón y el corsario francés Hippolyte Mordeille dispuestos a escuchar la oferta de Beresford.

White quedó, al igual que el ejército inglés, confinado en la zona de la Plaza Mayor, ya que los Miñones, sin orden superior, habían ganado el centro de la ciudad a lo largo de la noche e impedían los movimientos; además, desde las azoteas de las casas y desde los conventos, se mantenía un fuego constante de armas y artillería, lo

que convertía a las calles en trampas mortales para los ingleses.

A media mañana, mientras Liniers aguardaba los resultados de la entrevista en el convento de Santa Catalina, los Miñones, aprovechando la neblina, iniciaron su ataque a la Plaza Mayor por la esquina de la Santísima Trinidad con objeto de quebrar el último bastión inglés y copar el Fuerte. Empeñados en su avance, solicitaron ayuda a la caballería acuartelada en el Retiro, la cual, sin autorización, se lanzó por la calle de San José. Superado por los acontecimientos e incapaz de dominar su ejército, Liniers ordenó que se ejecutara el plan de ataque, sin conocer el desenlace de la entrevista.

—Lo más probable —se justificó con su ayudante de campo, De la Concha— es que, tal como dijo el conde de Stoneville, White nunca haya alcanzado el punto de encuentro. No tiene sentido seguir aguardando. Pongámonos en marcha.

Agazapado en la azotea, provisto de su catalejo, Blackraven observaba el avance de tres columnas desde el Retiro, una por la calle de San Martín de Tours, la otra por la de la Santísima Trinidad y la última que pasaría frente a su casa, por la calle de San José. No se trataba de una marcha ordenada, y costaba distinguir los cuerpos que la componían; además, los vecinos se sumaban a las fuerzas y aportaban caos y bullicio. Había que hablar a los gritos para superar el estruendo del fuego de fusiles y cañones que se descargaba contra las tropas inglesas ubicadas en la plaza y en los alrededores del Fuerte.

—Ahí veo a William Beresford —declaró Malagrida, con su catalejo en dirección al arco principal de la Recova—. Ya debe de saber que la victoria está del lado de Liniers.

—Esto se ha convertido en una resistencia desesperada —apuntó Amy Bodrugan—. Tu amigo Beresford tendrá que rendirse pronto si quiere evitar más muertes.

—Ahí viene la caballería —anunció Blackraven—. Pronto terminará.

El batallón de húsares irrumpió en la plaza seguido por las fuerzas terrestres, y se lanzó para tomar posesión del Cabildo y de la Catedral, provocando la retirada del regimiento 71 de Highlanders hacia la Recova.

A Blackraven le pareció que Pueyrredón, al frente del cuerpo montado, adoptaba la traza de un demonio cuando, en una maniobra temeraria, se abatió sobre el gaitero del regimiento escocés y le arrebató la banderola, como si se tratase del acto de desagravio por la derrota sufrida en Perdriel once días atrás.

—Deberíamos enviar mensaje a William —sugirió Malagrida—. Podríamos sacarlo con vida. No me gusta el comportamiento de esta horda de salvajes.

—No conseguirías moverlo una pulgada —aseguró Blackraven—. Preferirá morir a manos de estos paletos a abandonar a su gente. Para él, el honor lo es todo.

—Jamás he visto algo igual —expresó Amy, al tiempo que paseaba su catalejo sobre los techos de las casas lindantes—. Hasta los esclavos están parapetados en los

techos peleando como fieras.

—Agáchate, ¿quieres? —se mosqueó Blackraven—. ¡Maldición! exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntaron Malagrida y Amy Bodrugan al unísono.

—Acaban de herir a Kennett, el secretario de William. Ahora no alcanzo a verlo, quizá se acuclilló para ayudarlo.

Kennett murió en brazos de su amigo, el general Beresford, quien muy emocionado, aunque entero, ordenó al regimiento 71 que se replegarse en el Fuerte, lo que hicieron en ordenada formación. Beresford fue el último en cruzar el foso; tras él, se cerró el puente levadizo.

—¿Dónde está Liniers? —se interesó Malagrida.

—Me parece que lo veo en el atrio de la Iglesia de la Merced —dijo Blackraven—, rodeado de algunos de sus oficiales.

—¡Están arriando la Union Jack! —exclamó Amy, y señaló en dirección al Fuerte.

A pesar de que se izó la bandera de parlamento, lo que suscitó la algazara de vecinos y soldados, el fuego no cesó sino hasta que el edecán de Liniers, Hilarión de la Quintana, entró en el Fuerte para conferenciar con Beresford.

—¡Dios los ampare! —se apiadó Malagrida de los ingleses, ante el espectáculo que se desarrollaba en la Plaza Mayor.

El populacho había abandonado sus escondites y se desplazaba hacia el Fuerte al grito de “a cuchillo”. Agolpados contra los muros de la fortificación, intentaban treparlos o voltear el rastrillo.

—¿Es que nadie pondrá orden? —se encolerizó Malagrida.

—Liniers no tiene autoridad sobre estas hordas —comentó Blackraven.

Beresford se asomó por el muro del Fuerte y, agitando los brazos, exclamó:

—¡No más fogo! ¡No más fogo! —al tiempo que ordenaba a su tropa no disparar contra la turba.

La situación se tornaba inmanejable y ni siquiera se aplacó la furia de la muchedumbre cuando de la Quintana, montado en el muro, se abrió la chaqueta y extendió los brazos en cruz ofreciéndose como víctima. Al final, se instó a los ingleses a arriar la bandera de parlamento e izar el estandarte español como único medio para sosegar los ánimos. La muchedumbre se calló al ver que bajaban la bandera de parlamento. Ante la aparición de la de la España, explotaron en vítores y vivas.

Liniers, aprovechando la tregua, caminó desde la Iglesia de la Merced hasta el Fuerte. Beresford salió a recibirlo escoltado por de la Quintana, a quien se le unieron Hippolyte Mordeille y Gutiérrez De la Concha.

—¡Pena de la vida al que insulte a las tropas británicas! —amenazó De la Concha, y el gentío se abrió en silencio para dar paso al general vencido.

Capítulo XIII

La ciudad cobró un ánimo festivo y anárquico que Melody no entendía con tantos heridos y muertos plagando la ciudad. Grupos de vecinos y soldados se volcaron en las calles con porrones y botellas de gres en las manos, y, entre trago y trago, cantaban cuchufletas, reían y vociferaban. La ginebra y la chicha pronto desaparecieron en las pulperías, donde el júbilo por la victoria mezclado con el alcohol a veces terminaba con algún destripado. En tanto algunos festejaban, otros se confinaban en sus casas, temerosos de esa muchedumbre a la que nadie controlaba. Como medida de protección, Liniers mandó alojar en el Cabildo a los soldados ingleses, y en casas de familia, a la oficialidad, con puertas bien trabadas y postigos cerrados, aunque estas previsiones no detuvieron a los exaltados, entre ellos, a algunos de la compañía de Miñones, que se abatieron contra los porteños conocidos por su afición a los invasores para saquearlos. Un piquete se detuvo frente a la casa de la calle San José y a la voz de “¡Es la casa del conde inglés! ¡Arrasemos con ella!”, se le opuso la de otros que proclamaron: “¡Es la casa del Ángel Negro! ¡No os atreváis!”, de modo que se evitó una matanza pues Blackraven y su gente habían amartillado los mosquetes, los fusiles y las pistolas.

Como los heridos desbordaron los dos establecimientos para hombres de la ciudad —La Convalecencia y Belén, ambos regenteados por los “barbones”—, se improvisaron hospitales de sangre en las iglesias de Santo Domingo, San Francisco y Santa Catalina de Siena. En tanto la gran mayoría festejaba, otros, protegidos por piquetes de soldados, recogían a las víctimas y los llevaban a los hospitales o a los conventos.

El miércoles 13 de agosto, a la hora del desayuno, el tañido doliente de las campanas anunció los funerales de las víctimas; los soldados católicos eran enterrados en los camposantos de las iglesias; los anglicanos, en una fosa del Paseo del Bajo, a la que arrojaban cal para evitar las pestes.

—¡De ninguna manera! —se ofuscó Blackraven—. ¿Cómo se te ocurre siquiera pedirme permiso para ir a curar heridos a San Francisco?

—Roger, ten compasión de esa pobre gente. Muchos son tus compatriotas, a los que nadie comprenderá porque son pocos los que aquí hablan inglés. Trinaghanta, Somar y yo podríamos ser de gran ayuda. Por favor, mi amor, déjame ir. Acompáñame si quieres.

—¡Ah, Isaura! —se enfureció Roger—. ¿Qué sucedería si te prohibiese ir? De seguro encontrarías la forma de llegar por tus medios, ¿verdad? ¡Pues bien! Ve a aprestarte. Yo mismo te llevaré a San Francisco.

En el convento de San Francisco los recibió un panorama desolador, con heridos alineados en el piso por falta de camas o colchones, heridas sin curar, olores pesados,

a ácido muriático y a azufre, montículos de vendas ensangrentadas, miembros mutilados, gemidos y súplicas, frailes que iban y venían, y cirujanos con mandiles empapados en sangre e instrumentos ominosos en las manos. Melody divisó al padre Mauro.

—Bendita seas, Melody —dijo el sacerdote—. No se da abasto con tanto herido. Tu ayuda es bienvenida. ¿Qué traes en esa canasta? —Trinaghanta levantó la tapa—. Bien, esto será muy apreciado. Ve, muchacha —le indicó a la cingalesa—, y ponte al servicio de fray Benigno, que habla algo de inglés. Excelencia, vuestra merced y Somar, que sois tan fuertes, ¿podrías ayudarme a quitar esos cuerpos de los camastros? Necesitamos llevarlos al cementerio para enterrarlos cuanto antes. Tú, Melody, ocúpate de cambiar las sábanas.

A primeras horas de la tarde, Blackraven la condujo a un banco en el jardín del convento y la obligó a comer pan, queso y un trozo de carne fría y a beber agua con panal. Melody se mostraba ansiosa por volver al refectorio con los heridos.

—Un soldado del regimiento 71 está dictándome una carta para su madre —le comentó Melody—. El doctor O’Gorman me dijo que quizá no pase la noche.

—Come —la instó Blackraven.

—¿Sabes, Roger? No puedo dejar de pensar que, si tú no hubieras sacado a Tommy de Buenos Aires, él se habría unido al ejército de Liniers y hoy podría hallarse entre estos desdichados.

—Termina con esa misiva. En breve, te llevaré a casa. —Blackraven levantó una mano y le lanzó un vistazo de advertencia—. No discutas conmigo sobre este punto, Isaura. Si tú has decidido olvidar que llevas a mi hijo en tu vientre, yo no. Estás exhausta. Además tengo que ocuparme de ciertas cuestiones y no quiero dejarte aquí sola. Me urge ir a lo de Valdez e Inclán.

—No estoy sola. Somar y Trinaghanta estarán conmigo —tentó Melody.

—Ellos pueden quedarse. Tú, no.

—¿Me permites acompañarte a lo de Valdez e Inclán? Hace tanto que no veo a las muchachas.

En la casa de la calle Santiago, Diogo Coutinho les explicó que hospedaban al teniente general Winston Lane, del cuerpo de Santa Elena, herido frente al portal durante la refriega del día anterior. Ante la súplica de sus sobrinas, Diogo había autorizado a dos esclavos a arriesgarse hasta la calle y cargarlo dentro.

—Lo hemos ubicado en la habitación de don Alcides —agregó—. Espero que esto no contraríe a su merced.

—¿Lo ha visto un médico? —se interesó Melody.

—Sí, el médico del regimiento 71, el doctor Forbes. Le extrajo la bala, aunque nos advirtió que había perdido mucha sangre, y que una infección en ese estado sería mortal.

—¡Excelencia! —se alegró la señorita Leonilda al presentarse en la sala—. Dios lo ha guiado a esta casa hoy día. Mi hermano lo habrá puesto al tanto acerca de nuestro huésped inglés. El pobre cristiano no habla palabra de castellano, y nosotros ni una en vuestra lengua. Como la señorita Bodrugan no se encuentra, acaso su merced pueda tranquilizarlo. Desde que volvió en sí ha estado muy inquieto.

María Virtudes y Marcelina se alejaron de la cama para dar paso a Blackraven. Elisea se mantuvo rezagada, junto a Melody.

—¿Cómo está Servando? —susurró.

—Esta mañana amaneció sin fiebre —dijo, y le apretó la mano al ver el alivio en los ojos de Elisea.

—Gracias, miss Melody —musitó la joven—. ¿Cuándo volveré a verlo?

“¿Qué haré con estos dos?”, se angustió, y con un gesto le dio a entender que pronto.

Acometido por una debilidad extrema, el teniente general Lane apenas balbuceó unas palabras. Blackraven se presentó, y el militar inglés dio muestras de conocerlo. Le explicó que el doctor Forbes le había extraído la bala alojada en el pecho, que debía guardar reposo y descansar.

—¿Qué ocurrió con los míos? —farfulló Lane.

—Ayer, cerca del mediodía, el general Beresford capituló ante las fuerzas locales. Ahora se hospeda en casa del ministro de la Real Hacienda, don Félix Casamayor. En cuanto a su batallón, se encuentra en las dependencias del Cabildo junto con el 71.

—¿Y los términos de la capitulación?

—No se han acordado aún. —Ante el desconcierto de Lane, Blackraven agregó—: La rendición fue poco ortodoxa, teniente. Había que contentar a la chusma, que se mostraba beligerante. Supongo que en la capitulación se estipulará el intercambio de los prisioneros del ejército de Sobremonte por vosotros como también vuestro pronto embarco hacia la Inglaterra.

—¿En qué estado mantendrán a mi tropa? —se preocupó el militar inglés.

—Lo desconozco —admitió Blackraven—, pero si lo tranquiliza, iré al Cabildo.

—Gracias, excelencia —suspiró Lane, y se quedó dormido.

Blackraven dejó a Melody en la casa de la calle San José y enfiló hacia lo de Casamayor. Después de compartir unos tragos con el anfitrión, Blackraven quedó a solas con su amigo Beresford.

—Espero que te encuentres bien.

—Casamayor ha sido muy amable y hospitalario —admitió el general inglés.

—Lamento la muerte de Kennett, William. —Beresford asintió—. Cualquier necesidad que tengas, quiero que envíes mensaje a mi casa para comunicármelo.

—Gracias, Roger. Aunque espero no permanecer muchos días en esta ciudad. Ayer acordamos con Liniers que pronto me embarcaré junto con mi tropa.

—¿Ya firmasteis el documento de la capitulación?

—No aún. Lo haremos en estos días.

—La situación de Liniers es precaria, William. Es importante que comprendas esto. Él no es virrey, ni siquiera es el subinspector de tropas y milicias, tampoco es funcionario de la Audiencia. Antes de la gesta de ayer, Liniers no era más que un capitán de navío destinado en la Ensenada de Barragán y recelado por su origen francés. Tiene poderosos enemigos, entre ellos el comerciante Álzaga. Opino que se apresuró en prometerte el inmediato regreso a Londres. Mientras Popham mantenga su flota frente a Buenos Aires y a Montevideo, y en tanto los porteños teman una nueva invasión por parte de los refuerzos que mandasteis pedir al Cabo y a Londres, dudo que os liberen, ni a ti ni a la tropa.

Blackraven volvió a la casa de San José de mal humor. Sospechaba que Liniers no convencería a las autoridades del Cabildo ni a las de la Audiencia, y que la estada de Beresford, de su oficialidad y de la tropa en el Río de la Plata se extendería por mucho tiempo. La noticia que lo aguardaba al llegar no favoreció a su ánimo. Apenas entró en la sala y se topó con las caras de Amy Bodrugan y de Malagrida, olfateó un problema.

—Galo Bandor y sus hombres han escapado —anunció el jesuita, y Blackraven buscó a Amy con la mirada.

—Sí, ya sé —se deprimió la mujer—, debí matarlo días atrás.

—No he dicho eso —expresó Blackraven—. ¿Cómo ocurrió?

—Resulta evidente —comentó Malagrida— que, quien haya orquestado la fuga, sabía que el *Sonzogno* contaría con una guardia mínima.

—Igualmente, había hombres suficientes para impedirlo —se impacientó Roger.

—Eso es lo insólito —señaló el jesuita—. Sommerson asegura que el atraco lo concertó un hombre solo. Abaacha y Van Goyen están muertos.

—¡Abaacha! —se pasmó Blackraven—. Puedo entenderlo de Van Goyen, pues lo suyo no era la lucha ni las armas, pero Abaacha... Pocas veces he conocido un hombre con mejor dominio del machete.

—Los encontraron degollados, a los dos —indicó Amy—. Schegel está herido, pero von Hohenstaufen dice que no es de cuidado.

—¿Schegel vio algo que pueda ayudarnos a dar con ese mal nacido?

—Lo tomó por sorpresa —explicó Malagrida—. Asegura que se dio cuenta de su presencia cuando lo tenía encima. Lo describió como un hombre alto, más bien delgado. No le vio el rostro, estaba oscuro.

—Schegel, a quien tú sabes, Roger, no es fácil impresionar —acotó Amy—, sostiene que pocas veces ha visto tal despliegue de dominio físico. El atacante era fuerte, aunque más que fuerte era hábil, y saltaba y se movía con la destreza de

Arduino.

Después de la cena, Amy se encerró en el despacho con Blackraven, y Melody llevó a los niños a dormir, angustiada y celosa. Dado que la mujer había colaborado en la fuga de Tommy, se esforzaba por admitirla en la familia, por considerarla una hermana y no una rival, sin éxito. La envidiaba. Envidiaba su conocimiento de Roger, los años compartidos, las aventuras vividas, las anécdotas recordadas, las sonrisas y miradas intercambiadas, su cuerpo, esbelto y elástico, su sabiduría en las cuestiones del mar, su desenfado y denuedo. Caminó hasta su dormitorio y comprobó que Blackraven seguía con ella.

—Basta, Amy, ya no bebas —ordenó Roger—. Te caerás del caballo antes de llegar a lo de Valdez e Inclán.

—Déjame, necesito este trago. ¡Devuélvemelo!

—Estás borracha. Será mejor que te quedes aquí esta noche.

—¿Tu mujercita lo aprobará? ¿O te hará un berrinche y tú, que sólo quieres complacerla, me arrojarás a la calle?

—¿Qué te pasa? —se molestó Blackraven.

—¡Estoy celosa, eso me pasa!

—En realidad, estás furiosa porque dejaste escapar a Galo Bandor.

—¡Maldito seas, Roger Blackraven, por no haberlo acabado por mí!

¡Maldito Galo Bandor! ¡Maldito! ¡Maldito hijo de puta! ¡Miserable puerco inmundo!

Así prosiguió, acompañando los insultos con descargas de su puño sobre el escritorio. El ímpetu inicial languideció y la voz comenzó a temblarle. Dejó caer la cabeza y rompió a llorar. Blackraven se puso de pie, rodeó el escritorio y se ubicó junto a ella.

—Cariño —dijo, en tono burlón—, siempre te pones melancólica cuando estás borracha.

—Ya te dije que no estoy borracha. Es ese niño, Roger. Está volviéndome loca. ¡Por su culpa no pude matar a ese miserable hijo de perra! Tenía la impresión de que si me enfrentaba a Galo Bandor, sería al niño a quien viese. ¡Se le parece tanto! No habría conjurado el valor para acabar con ese engendro de Lucifer.

—Creí que te caía bien Víctor, que no te afectaba.

—Simulo que no me molesta, que no me disturba su rostro, pero es mentira. ¡Es mentira! Voy a perder la cordura, y tú, maldito cabrón, me arrojarás en Bedlam.

—Ven, cariño. Sentémonos en el diván. Ven. —La ayudó a ponerse de pie—. No llores, Amy. Lo has hecho tan poco a lo largo de los años, ni siquiera cuando niña, que es un espectáculo infrecuente y turbador. No sé qué hacer si lloras.

—Bien sabrías qué hacer si fuera tu dulce Isaura la que llorase.

—Amy, por favor, no empieces.

—Si no quieres que empiece, abrázame.

Melody los encontró en el diván, abrazados. Su mirada incrédula se cruzó con la mueca de desconcierto de Blackraven antes de propinar un portazo y echar a correr. Roger cerró los ojos, inspiró profundamente y salió detrás de ella. La alcanzó en el primer patio, antes de que se adentrara en el sector de las habitaciones. La aferró por el brazo, y Melody intentó desasirse.

—¡Suéltame! —profirió, entre dientes.

—Vamos a nuestra recámara. Tú y yo tenemos que hablar.

—¡Esta vez no dormirás en mi recámara!

—¡Basta, Isaura!

La orden, de una violencia inusual, detuvo el forcejeo y las quejas, y la hizo avergonzarse.

—Entiendo que estés enojada —admitió, con firmeza—, pero hay una explicación.

—¿Cuál explicación? —balbuceó Melody, sin levantar la vista—. ¿Qué estás enamorado de esa mujer?

—¡Por Dios santo, Isaura! —se fastidió Blackraven, y la condujo al dormitorio—. Siéntate y escúchame en silencio. No admitiré interrupciones.

Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la cama, y Melody entrevió en su gesto y en ese ademán al soltar la prenda, el hartazgo que sus celos y suspicacias le provocaban. Blackraven acercó una silla y tomó asiento frente a ella.

—Víctor es hijo de Amy Bodrugan.

Una palpitación violenta le alteró la respiración. Blackraven advirtió que el color abandonaba sus mejillas e igualmente siguió hablando. Ella intentó concentrarse, aunque un pensamiento recurrente la devolvía a la tarde en que atestiguó una escena que, a la luz de la confesión de Blackraven, cobraba sentido, la tarde en que halló a Víctor y a Amy conversando cerca del aljibe. Víctor la contemplaba con el embeleso de costumbre. Alejada, Melody no lograba escuchar. Al llamado de Perla, el niño corrió hacia los interiores y dejó sola a Amy, quien, apoyada en el aljibe, con el mentón sobre el pecho, se miraba la punta de la bota. A Melody le tomó pocos segundos caer en la cuenta de que la mujer estaba llorando. Por la noche, mientras le ponía el pijama a Víctor, le preguntó:

—¿Qué hablabais tú y la señorita Bodrugan junto al aljibe?

—Ella me preguntaba por mi madre.

—Y tú, ¿qué le respondiste?

—Que para mí, usted es mi madre.

—¿Se sorprendió?

—No. Insistió en preguntarme qué sabía de mi *verdadera* madre.

—Y tú, ¿qué le contestaste?

—Que no sabía nada, pero que todas las noches usted y yo rezábamos por ella, para que Dios la protegiera donde fuera que se hallase.

—Isaura, ¿estás escuchándome? —se molestó Blackraven.

—No —admitió, y le confesó lo que estaba evocando.

—No debes juzgar duramente a Amy por haber abandonado a Víctor. Ella habría preferido que el niño no naciese, pero yo le prohibí abortarlo. Son pocos los casos en que las mujeres sobreviven a esa clase de intervención.

—¿Por qué quería deshacerse de Víctor? —se animó a preguntar.

—Porque él es el fruto de una violación. Una violación llevada a cabo como una venganza en mi contra.

Gracias a las anécdotas relatadas por Somar durante la ausencia de Blackraven, Melody conocía la historia del pirata español Ciro Bandor, que, por la fuerza, había introducido a Roger y a Amy en la vida de perros del mar. También sabía que Ciro Bandor había acabado a manos de Blackraven. Somar, sin embargo, no había mencionado a su hijo, Galo Bandor.

—Galo ha jurado vengar la muerte de su padre. En un principio, no conseguía echarme el guante, y yo no deseaba matarlo. Era un mozuelo, joven e impulsivo. Habría sido como aplastar a un cachorro. No me parecía justo liquidarlo. Me mantenía alejado, complicando aún más su búsqueda y aumentando su rabia y sed de venganza. Supo que Amy y yo éramos grandes amigos...

—Que erais amantes —sugirió Melody.

—Sí —concedió Blackraven—, que éramos amantes, y decidí convertirla en su víctima para obligarme a enfrentarlo, para perjudicarme también. Sabía que, lastimando a Amy, me asestaría un duro golpe, no sólo por ser mi amante sino por ser, junto con Somar, lo más importante de mi vida. —Melody desvió el rostro, dolida y celosa—. Cariño, por favor, eso fue hace tantos años. Conozco a Amy desde que era un niño. Nos hemos criados juntos. Ella y yo... ¿Por qué tú puedes amar a tantos —se enfadó de pronto—, a tus hermanos, a los esclavos, a Angelita, a Víctor, y yo sólo tengo que amarte a ti? ¿Acaso crees que no soy capaz de sentimientos nobles hacia otras personas?

Pasada la sorpresa, Melody abandonó su silla y se sentó sobre las piernas de Blackraven.

—Perdóname, Roger —le suplicó—. Como siempre, he sido una egoísta. Perdóname. Estoy muy celosa. Ella es tan bonita y segura de sí, tan valiente. En cambio, yo...

—¿Tú qué, Isaura? ¿Tú qué? ¡Por Dios! ¿Acaso me dirás que no eres hermosa? Ya te dije que me quitas el aliento cada vez que te veo. Cuando luces un vestido nuevo, cuando cambias el tocado, cuando te pones carmín en los labios o remarcas de negro tus ojos. ¡Dios mío! Sólo pienso en llevarte a la cama. ¿Y te atreverías a decir

que no eres valiente? ¿No te conocí una mañana de verano, huyendo porque te habías metido en la Compañía de Filipinas para robar los carimbos? ¿Y no fuiste tú la que secuestró a la parda Francisca y le quitó la propiedad a su dueña? ¿Y no fuiste tú la que me robó a Miora para que Alcides no la forzara de nuevo? ¿Cómo llamas a eso? ¿Cobardía?

—Tú y ella habéis hecho el amor, y yo... Yo a veces me pregunto... si tú nos comparas. Ella debe de ser muy experimentada, y yo no sé nada. De seguro soy desmañada, y tú no me lo dices para no avergonzarme.

Una oleada de ternura cambió la disposición de Blackraven, y la inocencia de su joven esposa lo hizo sonreír y elevar los ojos al cielo raso.

—Isaura, Isaura, ¿cuándo te entregarás a mí por completo? ¿Cuándo me concederás el don de tu confianza? Yo te amo, mi amor, te amo de esta extraña manera que me desconcierta. —De pronto, se sintió cansado; apoyó la frente en la mejilla de Melody y suspiró—. Has llegado a mi vida y te has apoderado de todo, Isaura, me has dejado sin nada, y un me importa porque sólo te necesito a ti.

—¿Te complazco en la cama?

—¡Si me complaces! En la cama me vuelves loco, pero es más allá de la cama donde entiendo que lo que existe entre tú y yo es sublime. Porque nunca me canso de mirarte, de desearte, de extrañarte, de admirarte, de atesorarte. Nunca me sacio de ti, ya te lo he dicho, y eso a veces me asusta. Ah, Isaura —susurró, con ardor—, yo estaba acostumbrado a otra cosa, y tú has puesto mi mundo patas arriba.

—¿Te hago feliz a pesar de poner tu mundo patas arriba?

—Sí.

Guardaron silencio, abrazados, las frentes unidas, mientras compartían esa paz después de un día agitado, sirviéndose de la fuerza del otro, sintiéndose vivos gracias a la vida que palpitaba en el otro. Blackraven se apartó un poco para hablar.

—¿No sabes que el amor es el mejor afrodisíaco?

—¿Qué es afrodisíaco?

Blackraven soltó una risotada y la besó.

—Tu inocencia también es un afrodisíaco. Un afrodisíaco —explicó— es algo (una sustancia, una bebida, un alimento, una droga) que estimula el apetito sexual.

—Yo quiero ser tu afrodisíaco —dijo Melody.

—Lo eres, cariño.

Después de amarse, con sus cuerpos todavía enfebrecidos de pasión, yacían en la cama, Blackraven entre las piernas de Melody, con la cabeza sobre su vientre.

—¿Está enojado porque lo despertamos?

—No —respondió Melody—, está feliz porque sus padres se aman.

—¡Auch! Ese puntapié me dolió.

Melody rió.

—No exageres, Roger. Aún es demasiado pequeño para dar puntapiés.

—Pues acaba de darme uno. Te quiere para él solo, ya veo. Habrá conflicto entre tu hijo y yo.

—Cuéntame sobre Amy. Dime qué le sucedió con Galo Bandor.

Blackraven se ubicó junto a ella y la tomó en sus brazos antes de hablar. Resultaba claro que le costaba evocar el episodio, por lo que Melody no indagó y se contentó con lo que él le refería, a pesar de que no le diera detalles. A grandes líneas, Roger le explicó que, luego de secuestrar a Amy, Bandor la encerró en su camarote de la *Butanna*, donde la mantuvo desnuda por tres días, con poco alimento, y la vejó en tantas ocasiones como le dio la gana. Amy, armada tan sólo de una presilla para el cabello, abrió la claraboya y se lanzó al mar.

—¡Dios mío! Podría haberse ahogado.

—Es una gran nadadora, y, pese a la debilidad por la falta de alimento, consiguió llegar al puerto de Marigot, en Dominica. La *Butanna* se hallaba a pocas millas de la costa.

—Si Amy no hubiese escapado, ¿Bandor la habría asesinado?

—Lo dudo. Creo que el pobre idiota terminó enamorándose de ella. A su debido tiempo, Amy supo que estaba embarazada, y la pesadilla volvió a cernerse sobre nosotros. Como ya te referí, ella quiso deshacerse del hijo de Bandor, pero yo me opuse. Le aseguré que jamás tendría que ver al niño, que yo me haría cargo. “Quiero que después de nacido, lo regales. Deshazte de él”, me exigió. Pero yo no tuve corazón para darlo. Después de todo, también era hijo de Amy. Durante un tiempo, Víctor vivió en mi hacienda en Antigua, pero el clima no le sentaba y, como Alcides y su familia ya estaban asentados en Buenos Aires, decidí traerlo aquí.

Con la vista clavada en el cielo raso, se sumergió en un mutismo reflexivo que Melody no se atrevió a perturbar. Una nueva coloración dominaba su voz cuando prosiguió con el relato.

—Víctor nunca fue un niño feliz sino hasta que tú llegaste. No sólo se trataba de sus ataques, que lo acometían cada vez más a menudo, sino de sus miradas, sus silencios, su rostro demasiado serio para un niño. Lo escuché reír por primera vez aquella mañana, en el Retiro, cuando los intercepté en el corredor, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

Se volvió hacia Melody, erguido sobre un codo. Ella ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos. La fascinó la extraña tonalidad que adquiría el azul del iris a la luz de la vela, como si varios colores danzasen provocando un juego de iridiscencias que le recordaron a un ópalo de madame Odile. Le entreveró los dedos en el cabello de la nuca y lo obligó a inclinarse para besarlo.

—Isaura, sería de mi agrado que tú, con tu dulzura, me ayudases a curar las heridas que Amy recibió por mi culpa, del mismo modo que curaste las de Víctor.

—Sí, te ayudaré.

Blackraven y Melody llegaron a un acuerdo: ella y Trinaghanta asistirían a los heridos de San Francisco por la mañana, en tanto Somar y Miora lo harían por la tarde.

Miora advertía que, si bien el turco se mostraba afable e invariable con los demás miembros de la casa de San José, en relación con ella, su temperamento sufría cambios drásticos que iban de actitudes casi románticas a desplantes groseros. Manila, entendida en asuntos del corazón, opinaba que Somar estaba enamorado de Miora, pero, dada su condición de castrado, se frustraba y se entusiasmaba con la misma intensidad.

—Te ve y muere de amor por ti. Luego se acuerda de que no tendría con qué cumplirte y se mortifica.

Que a Somar no le colgara nada entre las piernas, como decía Manila, a Miora la tenía sin cuidado. Después de su experiencia con don Alcides, prefería evitar otra similar. Juzgaba suficiente contar con la compañía del turco y con su conversación, la que se volvía más fluida debido al empeño de Somar por aprender el castellano. Ya ni el amo Roger ni miss Melody le hablaban en inglés, y Miora terminó por enterarse de que así procedían por pedido del turco.

—¿Para qué quieres aparejarte con un hombre que no podrá cumplirte en la cama? —se pasmó Manila—. ¿Estás loca?

—No quiero que me cumpla en la cama —se empecinó Miora—. Quiero que me quiera en la vida y punto. ¿Vas a ayudarme? No sé cómo hacer para que me diga que me quiere.

—Tendrás que dar el primer paso, Miora, si quieres que él se anime a confesarte lo que deseas escuchar.

Ya no se presentaban ocasiones para charlar con Somar dado que miss Melody había vuelto a ocuparse de los esclavos a la hora de la siesta. Lo veía poco, a veces ni siquiera comía en la casa de San José, siempre empeñado en los asuntos del amo Roger. Se había mostrado atento y preocupado el día en que las tropas del capitán Liniers enfrentaron a los casacas rojas, cuando la ciudad se venía abajo y los tiros, los clamores y los cañonazos le arrancaron lágrimas de pánico.

—Ya, muchacha —la había consolado el turco—. ¿A qué temes? ¿Crees que permitiría que alguien te hiciera daño?

Miora vivía de esas palabras y de la caricia que las acompañó. No cabía duda: Somar sentía algo especial por ella, no se comportaba de ese modo con las demás. Lo ayudaría a expresar lo que su corazón escondía. Por eso, cuando miss Melody le ordenó que marchase todas las tardes con él a curar los heridos de San Francisco, Miora no pudo evitar sonreír.

—No sonreirás tanto cuando veas miembros cercenados, vendas con sangre y

hombres agonizando —la previno Melody—. ¿Qué te hace tan feliz? ¿Ayudar al prójimo o hacerlo con Somar?

Las mejillas oscuras de Miora se tiñeron de púrpura y sus grandes ojos negros adquirieron el brillo de las lágrimas. Melody le palmeó la mejilla y marchó hacia la calle donde la aguardaban Trinaghanta y Estevanico en la berlina.

—Vuelve a casa, Estevanico —ordenó Melody—. No me acompañarás adonde voy. No es espectáculo para un niño. Y llévate a Sansón y a Arduino contigo. Oír misa en San Francisco a la una. Si deseas, puedes alcanzarme la alfombra.

—Allí estaremos —aseguró el mulecón, y palmeó la cabeza del terranova.

Se estableció una rutina: Melody y la cingalesa montaban en la berlina apenas terminado el desayuno, y, conducidas por Shackle o Milton, partían hacia el convento. Dentro del refectorio, cambiaban el luto y los extraños trajes de colores estridentes por un delantal blanco, y sujetaban sus largas cabelleras con un pañuelo. Trabajaban sin descanso. Cambiaban vendajes, limpiaban heridas, colocaban paños fríos en frentes afiebradas y ventosas en espaldas, daban de comer y beber, afeitaban mejillas hirsutas y mondaban cabellos, preparaban emplastos y tisanas, cortaban vendas y asistían a los médicos y a los cirujanos. Trinaghanta se ocupaba de tareas a las que Melody, dado su estado, no le permitían llevar a cabo, como desinfectar los pisos con ácido muriático, hervir sábanas y prendas de los soldados o cargar trastos.

Melody echaba de menos a Lupe y a Pilarita, todavía ausentes de la ciudad. Antes de que estallara la lucha para expulsar a los ingleses, la familia Moreno había partido hacia Luján, y la de Abelardo Montes, a la quinta de San Isidro. Ansiaba volver a verlas, había novedades que compartir, con relación al hospicio Martín de Porres y también a una nueva amiga, Simonetta Cattaneo, a quien había conocido en circunstancias peculiares, y que deseaba presentarles.

Como de costumbre, cerca de la una, terminada la labor entre los heridos, Melody y Trinaghanta se desembarazaban de los delantales y los pañuelos, se higienizaban y peinaban, y caminaban hacia el sector del cementerio. Ponían flores en la tumba de Jimmy, Melody entrelazaba su brazo con el de la cingalesa y se quedaban un momento en silencio. Trinaghanta volvía a pie a la casa de San José; Melody entraba a oír misa. Estevanico la esperaba en el atrio para escoltarla hasta su sitio, donde desplegaba la alfombrita y se acomodaba detrás de ella. Miss Melody enredaba el rosario entre las manos, bajaba el rostro, cerraba los ojos y se ensimismaba hasta perder la capacidad de oír, de ver y de sentir, y ni siquiera caía en la cuenta de las miradas hostiles que le lanzaban las otras damas, las cuales Estevanico no sabía si se debían a que su señora se presentaba en público en un estado de preñez avanzado o a la nacionalidad de su esposo.

La abstracción de Melody infundía respeto, y Estevanico no se habría atrevido a interrumpirla excepto el día en que le tocó el brazo y, con disimulo, le señaló hacia el

ala central por donde caminaba, con aires de reina, la esclava Polina seguida de un negrito de la alfombra en fina librea verde y una mulata que cargaba a Rogelito, su hijo de meses, nacido a principios de febrero en el Retiro; era ahijado de Melody. Tanto la madre como el niño le debían la vida a Roger Blackraven, de allí que lo hubiesen llamado Rogelio.

Melody no atendía a los latinismos del cura ni conseguía volver a sus oraciones; con palmaria incredulidad, veía a la esclava y a su cortejo ubicarse cerca del altar. No se trataba sólo del descaro de asistir a una misa para gente decente sino de los ropajes que vestía. Se suponía que las mujeres, en la iglesia, sólo usaban el negro. Las prendas de Polina desplegaban la gama completa del arco iris, el guardapiés, en organdí violeta, algo recogido para lucir las enaguas con encaje de Flandes —nada de liencillo—, la blusa de holán verde manzana, la cotilla en damasco azul Francia y la chupa de cuatro faldillas en raso de una tonalidad azul claro. A pesar del frío, no llevaba el rebozo de bayeta, típico de las de su casta, sino una mantilla de seda verde esmeralda, que caía en punta sobre la espalda, con una borla que casi rozaba las baldosas. Melody pensó: “Debe de estar muriéndose de frío con esa mantilla”. Al descubrirle los zapatos, de brocado de oro con tacos altos de plata maciza, sacudió la cabeza.

Polina se mostraba con la ostentación de un pavo real para provocar a quienes, en ese momento, creía igualar en nivel social dado que su dueño, don Gervasio Bustamante, había reconocido a Rogelito como su hijo, mientras que a ella la había manumitido y le había dado el lugar de señora de la casa; incluso, en una actitud deliberada, Polina había llegado tarde a misa para asegurarse de que todas la apreciaran al entrar. Melody echó un vistazo en torno y advirtió cómo crecía y bullía el resentimiento.

Nadie prestó atención a las palabras del cura; la feligresía se mantuvo atenta a “la esclava manceba de don Gervasio”. en sus gestos de miradas miopes y labios apretados, revelaban su indignación. Algunas sonrieron cuando el sacerdote pasó de largo a Polina y no le dio la hostia. A Melody la lastimó ese desplante, aunque sabía que la esclava había llegado demasiado lejos. “Quizá si se hubiese presentado de negro”, pensó.

Como parte de su puesta en escena, Polina salió en último lugar, deleitándose de modo anticipado con su propia imagen en el atrio, sus esclavos en reata y sus ropajes brillando a la luz del sol. Melody marchó detrás de ella. De acuerdo con la costumbre, las señoras conversaban en la puerta de la iglesia.

—Tal vez —conjeturó Prudencia Iraola— el Ángel Negro la obligó a salir por la sacristía para evitar un papelón mayor.

—Lo dudo —expresó Melchora Sarratea—. El Ángel Negro no es para nada sensata.

—¡Qué atrevimiento! —se quejó Saturnina Otárola.

—¿A dónde llegaremos si estos negros se toman tales atribuciones? —interpuso Filomena Azcuénaga—. ¡Es inadmisibile!

—No entiendo qué mal atacó a don Gervasio para haberle dado alas a esa perdida —se preguntó Flora de Santa Coloma.

—Lo tendrá dominado con alguno de los brebajes que fabrica el demonio ése al que llaman Papá Justicia —opinó Magdalena Carrera e Inda, esposa de Martín de Álzaga—, uno de los salvajes que organizó la conjura de esclavos el lunes después del Domingo de Ramos. Se dice que beben sus pócimas para el candombe, para entregarse más libremente a esas danzas satánicas y lúbricas.

La quietud que siguió a la aparición de Polina en el atrio fue casi teatral, y los esporádicos ladridos de Sansón, que cazaba palomas, y el campanazo distante del aguatero sólo sirvieron para acentuarla. A Melody le dio la impresión de que la ciudad entera había callado y que ese silencio la sofocaba. Inspiró con fuerza y ajustó su rebozo, cubriéndose el vientre.

Primero las mujeres mascularon insultos al paso de Polina, después los pronunciaron en voz un poco más alta; una, más atrevida, le tiró de la mantilla y le gritó: “¡Negra y ramera!”. Cerraron un círculo, y la esclava quedó en el centro. Melody ordenó a la mulata —la que cargaba a Rogelito— que regresara dentro de la iglesia y que llamara al sacerdote.

—Miss Melody —se asustó Estevanico—, no vaya su merced a acercarse, se lo ruego. Podrían golpearla.

—Dile a Shackle que venga.

Las mujeres se lanzaron sobre Polina, y Melody se precipitó a socorrerla, aunque se detuvo a palmos de la trifulca con las manos sobre el vientre. Suplicó por piedad, gritó hasta que le dolió la garganta, mientras veía, impotente, cómo esas señoras de buen tono y católicas se abatían sobre la esclava como bandoleras de la Recova peleando por un cliente. Le arrancaban las prendas, le propinaban puntapiés y mamporros, la escupían y le tiraban de los pelos.

El grupo se abrió de súbito y las mujeres se dispersaron, agitadas y azoradas. Entonces, Melody las vio por primera vez, a Simonetta Cattaneo y a su esclava Ashantí, quienes habían roto el círculo y, con musitado vigor, apartaban a las atacantes. Las mujeres se abrían ante los embistes y se quedaban contemplando al dúo que las mantenía a raya de Polina. Cierta aire de superioridad en el porte de Simonetta como también en la imponencia de sus ropajes —resultaba obvio que no pertenecían a esas latitudes— las sofrenaba de volcar su ira contra ella o contra la esclava, alta como la dueña, con una actitud que, de no ser tan auténtica, se habría juzgado como impertinente.

—¡No os da vergüenza! —vociferó Simonetta con marcado acento extranjero—.

¡Atacar a una criatura del Señor en su propia casa!

—¡Ella mancilló la casa del Señor al presentarse aquí con esas ropas y siendo la manceba de su patrón! —se ofuscó Magdalena de Álzaga.

—¿Acaso no dijo el Señor —les recordó Simonetta—: “Quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra”?

Apareció el sacerdote y mandó despejar el atrio con cajas destempladas. Melody se acuclilló junto a Polina y le levantó el rostro por el mentón. Estaba casi desnuda y muy lastimada, tenía un corte en la ceja, otro en el labio y un ojo hinchado; temblaba y balbuceaba. Melody se quitó el rebozo para cubrirla. Simonetta la ayudó a incorporarse mientras Ashantí recogía los jirones y los zapatos.

—Gracias —dijo Melody—. Gracias por haber intervenido.

—De nada —contestó Simonetta, y extendió la mano en una inusual costumbre para el Río de la Plata—. Mi nombre es Simonetta Cattaneo. —Melody le estrechó la mano con timidez—. Alquilo unas habitaciones a pocas casas de aquí. ¿Por qué no vamos hasta allí así la muchacha puede reponerse?

—Mejor volvemos a la casa de San José, señora —propuso Shackle, quien acababa de presentarse en el atrio—. El capitán Black debe de estar esperándola para almorzar.

—Será sólo un momento —replicó Melody—, no tardaremos. Por favor —dijo, mirando a Simonetta—, acompáñeme, iremos en mi coche.

Antes de subir, Simonetta se detuvo frente a la portezuela y estudió el diseño del águila bicéfala. Con una expresión que Melody no supo definir si era displicente o respetuosa, Simonetta le clavó la vista y le sonrió.

—Ah, pero vuestra merced pertenece a la nobleza.

—Mi esposo es un conde inglés —replicó Melody, torpe e incómoda.

—Entonces debería llamarla “señora condesa”.

—¡Oh, no, por favor! Llámeme Melody, como todos.

—¿Melody?

—Mi nombre es Isaura Blackraven, pero todos me llaman así, Melody.

Se acomodaron en la berlina algo apretados: Melody, con Sansón a sus pies, Polina, la nodriza con Rogelito, Simonetta y Ashantí; Estevanico y el otro mulecón fueron al pescante con Shackle, quien farfullaba que el capitán Black le sacaría el hígado con una cuchara por haber permitido que su esposa se relacionase con una desconocida.

—En el 38 de esta misma calle de San Carlos —indicó Simonetta, y se balancearon cuando la berlina emprendió la marcha—. Le alquilo unas habitaciones a la viuda de Arenales —explicó—. Es una buena mujer. Nos proveerá lo necesario para las curaciones.

Polina más que llorar rechinaba los dientes y se ajustaba el rebozo de Melody

como si nunca cubriese por completo su desnudez.

—Cálmate, Polina —la instó Melody—. Ya todo ha pasado. Te curaremos y después te devolveré a tu casa.

—Vamos, muchacha —intervino Simonetta—. Sabías en qué te metías, ahora arrostra las consecuencias con dignidad. Jugaste un juego riesgoso dentro de la iglesia, estuve observándote. Las provocaste y ellas reaccionaron. Admiré tu bizarría, no me decepciones mostrándote tan indignada.

Polina inspiró ruidosamente, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se irguió en el asiento.

—Ahora soy igual que ellas —declaró—. Ahora soy la mujer de un hombre rico y tengo ropas de mujer rica.

—Siempre fuiste igual que ellas —la amonestó Melody—. Y lo sigues siendo, no por esas prendas ostentosas y vulgares que llevas ni por meterte en la cama de tu dueño sino porque eres un ser humano, una criatura de Dios igual que todos. Hoy te denigraste.

Polina se echó a llorar con sincera amargura. Melody le pasó un brazo por los hombros y la obligó a descansar la cabeza en su pecho.

—No llores. Perdóname, no quise ser dura contigo.

—Oh, pero su señoría tiene razón —intervino Simonetta.

La viuda de Arenales las proveyó de avíos para curaciones y envió a un esclavo al Protomedicato por un médico pues, en su opinión, la muchacha tenía una costilla rota que perforaría el pulmón. En tanto Ashantí se ocupaba de traer ropa para Polina, Melody aprovechó para reiterar su agradecimiento.

—Os estoy muy agradecida a su merced ya... —Señaló en dirección de la esclava.

—Su nombre es Ashantí.

—A su merced y a Ashantí por vuestra oportuna ayuda. Sería de gran placer para mí invitarla a tomar un chocolate mañana por la tarde.

—Su merced está de duelo —se entremetió la viuda de Arenales, que, como todos, conocía los avatares del Ángel Negro.

—Pensé que vestía de negro —dijo Simonetta— por encontrarse en la iglesia. He sabido que es tradición aquí que las mujeres oigan misa en ese color.

—Sí, es verdad. Aquí oímos misa de negro, pero, en mi caso, la señora de Arenales tiene razón —admitió Melody—, estoy de duelo. Mi hermano menor, James Maguire, murió el 26 de junio pasado.

—Lo siento, de veras.

—Gracias. De igual modo, me gustaría que me visitara. La verdad es que, dada la actividad de mi esposo, sus amigos entran y salen, y mi casa hace tiempo que abandonó el luto, por mucho que escandalice a toda la ciudad.

—Será un placer.

La viuda de Arenales anunció la llegada del doctor Constanzó, y Melody se puso nerviosa a la mención de su nombre. El médico también se mostró confundido, aunque la saludó con discreción y se consagró a mi paciente, a quien encontró muy golpeada, pero sin huesos rotos; la herida de la ceja no precisaba sutura.

—Hacía tiempo que no la veía —expresó Constanzó antes de despedirse.

—Estoy muy ocupada —se justificó Melody—. Voy todos los días a cuidar a los heridos de la reconquista que se alojan en el convento de San Francisco.

—La veo mucho mejor. Ya no necesita de mis consejos ni de mis visitas. Me alegro.

Simonetta Cattaneo era una mujer peculiar. Veneciana, rica, viuda, de una belleza que, por su opulencia, provocaba hondas impresiones. Se dedicaba a viajar por el mundo en compañía de la negra Ashantí. En ocasiones, su recato y observancia de las convenciones sociales la posicionaban a la altura de mujeres como Lupe y Pilarita; en otras, su desenfado, impertinencia y audacia la volvían digna rival de madame Odile y de las muchachas. En ambas instancias, Melody se hallaba a gusto y de compañía de esa mujer, cuya presencia en el Río de la Plata suscitaba comentarios y sospechas. Para nada ayudaba a su reputación la amistad con el Ángel Negro.

Como Melody supo más tarde, Ashantí había sido manumitida después de la muerte del esposo de Simonetta, y, a pesar de servir a su señora de manera obsequiosa, con los demás se mostraba altanera, en especial con los de su propia raza. Sobre Melody ejercía una gran atracción, nunca se cansaba de estudiarla, tan alta y vigorosa, con la mota a la raíz que descubría una cabeza perfecta, y le despejaba unas facciones suaves y regulares. A diferencia de la mayoría de las africanas, tenía una piel tersa, sin imperfecciones, que hablaba de buena alimentación y cuidados. Quizá para no opacar a Simonetta, vestía con géneros más simples, ya que si se hubiese enfundado en los mismos brocados, sedas y guipures habría resultado un espectáculo soberbio. De igual modo, poseía un guardarropa que habría competido con el de la coqueta Marica Thompson. Jamás iba descalza, sino con chapines de terciopelo o seda bordada. A Melody la intrigaba que Ashantí rara vez pronunciara palabra, parecía una esfinge; sólo se dirigía a su señora; se inclinaba y, de modo escueto, lo hacía en francés con una voz que la hechizaba por lo profunda y grave. Jamás se apartaba del lado de Simonetta, y por horas se mantenía de pie junto a ella. La primera vez que visitaron San José, Melody le ofreció marchar a la cocina, a lo cual Simonetta se opuso con garbo.

—Ashantí no es mi esclava, es mi más íntima amiga, mi compañera de años. Si a vuestra merced no le molesta, preferiría que permaneciese detrás de mí, aquí, de pie.

—¡Por supuesto! —se entusiasmó Melody—. Pero no de pie. Por favor, Ashantí, tome asiento. Haré traer otra taza.

—Gracias, Melody, pero Ashantí permanecerá de pie y no tomará chocolate.

La expulsión de los ingleses derivó en consecuencias beneficiosas para la Liga Secreta del Sur ya que comenzaron a manifestarse las primeras actitudes de abierto espíritu independentista. El pueblo, envalentonado por la victoria y soliviantado por Pueyrredón, invadió el Cabildo dos días después de la reconquista y exigió que se impidiese a Sobremonte entrar en la ciudad y que se nombrase a Liniers como gobernador. Aunque despotricó, el 28 de agosto, desde San Nicolás de los Arroyos, Sobremonte le otorgó el comando de las armas a Santiago de Liniers, aunque conservó sus atribuciones en lo político y siguió firmando y despachando documentos desde la distancia.

Esta exigencia del pueblo porteño desagradó a los monarquistas encabezados por Álzaga, no por significar una afrenta a la autoridad española sino porque colocaba en la palestra a un personaje como Liniers, un marino de poca monta y, para peor, francés. Blackraven sospechaba que la próxima jugada de Álzaga consistiría en forzar la dimisión de Sobremonte y hacerse con el cargo de virrey. Para lograrlo necesitaría el poder que daba el dinero, y quizá para ese momento ya no contaría con él. Su plan para quebrarlo económicamente marchaba lenta pero satisfactoriamente.

El empleado de la tienda de Álzaga al cual O'Maley sobornaba a cambio de información, aseguraba que a su patrón comenzaba a preocuparlo la demora de las notas de pedidos de los comerciantes del interior, más allá de que los acontecimientos políticos de los últimos días lo habían distraído de sus negocios y aún no tomaba conciencia de que tampoco los minoristas porteños habían realizado sus compras habituales. Varios de estos comerciantes mantenían abultadas deudas con Álzaga, que de seguro los extorsionaría para que confesasen la identidad del nuevo proveedor bajo amenaza de ejecutar el pagaré, y si bien no surgiría el nombre Blackraven de inmediato, el vasco ataría cabos, iniciaría investigaciones y pronto arribaría a la lógica conclusión. “Mejor”, caviló Roger, “deseo que sepa de dónde procede el golpe”.

Esa mañana, Blackraven había recibido una misiva firmada por don Francisco De Lezica y don Anselmo Sáenz Valiente, alcaldes de primero y segundo voto del Cabildo, donde le solicitaban que abandonase el Río de la Plata en un término perentorio de diez días, pedido fundamentado no sólo en la nacionalidad de Roger sino en su manifiesta colaboración con los invasores ingleses. Se entreveía la mano de Álzaga en esas líneas, ya que ni el pusilánime De Lezica ni Sáenz Valiente se habrían atrevido a enfrentarlo.

Al terminar de leer la misiva en la soledad de su despacho, Blackraven sesgó los labios en una sonrisa pedante. Garabateó una esquila para un viejo amigo y aliado, el oidor de la Real Audiencia, el doctor don Juan Manuel de Lavardén, donde le

solicitaba que lo recibiera por la tarde, y envió a Somar a entregarla.

—Vuelve con la respuesta —le ordenó.

El turco la trajo poco después: el funcionario lo recibiría a las cinco de la tarde. Escribió una nota para las autoridades del Cabildo y otra para don Santiago de Liniers y Bremond donde, sin dar explicaciones, les solicitaba que se le unieran en el despacho de don Juan Manuel de Lavardén a la hora acordada. No comentó ese contratiempo con Melody y se marchó hacia *La Cruz del Sur*, la curtiduría, donde pasó el resto de la mañana supervisando los primeros pasos del proceso en compañía de los maestros curtidores irlandeses, quienes hablaban con autoridad y demostraban una gran pasión por su oficio. Plantearon la necesidad de contar con personal experimentado, sobre todo en el sector donde se salaba o cecinaba la carne; los esclavos no sabían cómo acomodar las lonjas en los barriles con sal ni cómo colgarlas en las sogas, fallas que ocasionaban la descomposición del producto. “Necesitamos un maestro tonelero”, habían expresado.

En cuanto a las tareas de desposte, los irlandeses se quejaron del gran desperdicio ocasionado por la ineptitud de los matanceros.

—Les enviaré a Servando —prometió Blackraven—, un esclavo habilísimo para despostar cualquier tipo de animal. Se encuentra convaleciente de una herida, así que deberán ahorrarle las faenas más duras, pero podrán mantenerlo aquí el tiempo necesario para que aleccione a los demás empleados. Luego lo devolverán.

El último rato en *La Cruz del Sur* lo dedicó a don Diogo Coutinho, flamante administrador de la curtiduría. Para sorpresa de Blackraven, después de la muerte de su cuñado, el portugués había dejado de ser el pasota al que los tenía acostumbrados para tomar las riendas de la casa de la calle Santiago y las de su vida; ya no holgazaneaba ni se dedicaba a perseguir esclavas. Se mostraba meticuloso en el manejo administrativo y llevaba al día los libros con excelente caligrafía. Le enseñó a Blackraven las primeras notas de pedido de un comerciante montevideano por cinco quintales de cecina, la de un fabricante de zapatos de la calle de San Martín que solicitaba baqueta, una novedad en el Plata, y la del amigo de Blackraven, Hipólito Vieytes, que quería sebo para su fábrica de jabones recién inaugurada.

—A don Vieytes —dijo Blackraven— rebájale el precio del tacho de grasa. Digamos... Hágale una rebaja del cuarenta por ciento. Dígale que es un obsequio de la casa. En cuanto al fabricante de zapatos, no olvide, don Diogo, que tengo comprometida una parte de la producción de cueros con un fabricante inglés.

—De eso necesitaba hablarle, excelencia. Si bien faenamos cincuenta cabezas por día, urge aumentarla dado los pedidos que tenemos que cumplir.

—Estoy en ello —repuso Blackraven—. Aumentar la cantidad de ganado en pie es mi prioridad. También urge emplear más personal diestro en el sector del faenado. ¿Algún pedido de la firma de Álzaga? —preguntó, sin pausa.

—Ninguno —contestó don Diogo—. Aunque ayer recibí esta carta de don Dalmiro Romero, un comerciante que, en ocasiones, se asocia con don Martín. Se dice que es su testaferro en algunos negocios.

—Rechace el pedido de Romero —ordenó Blackraven, y enseguida quiso saber—: ¿Cómo se encuentra el teniente Lane?

—Ayer fue su primer día sin fiebre. En verdad, excelencia, pensamos que la infección se lo llevaría. Pero es un hombre fuerte, y el doctor Forbes asegura que se sobrepondrá, aunque aún está muy débil. Mis sobrinas y mi hermana Leonilda han estado pendientes de él. Lo han atendido con el mayor de los esmeros. Contar con la señorita Bodrugan ha sido de gran ayuda a la hora de salvar el escollo del idioma.

Blackraven dejó la curtiduría pensando en Amy. Desde la noticia de la huida de Galo Bandor, su habitual buen humor se había esfumado; no lucía furiosa, más bien triste, y hablaba poco, lo que alarmaba a Blackraven y a Somar sobre cualquier otro cambio en su disposición. Se había mantenido lejos de la casa de San José, y si la visitaba, eludía a Melody y a los niños.

Blackraven consultó su reloj. Las doce. Si el cochero apremiaba los caballos, quizá llegase al convento de San Francisco antes de que Melody entrase a oír misa. Golpeó con la empuñadura de su estoque el ventanuco que comunicaba la cabina del carruaje con el pescante.

—Ovidio —dijo al esclavo—, dirígete a la iglesia de San Francisco. Y apresura los caballos. Me urge llegar en pocos minutos.

Le abrió el hermano Casimiro, que lo llamó “excelencia” mientras practicaba varias genuflexiones; pocos días antes se había enterado de la suculenta donación con la que el conde de Stoneville había favorecido a la orden. Lo guió hasta la sala donde congregaban a los heridos. Blackraven deseaba que curasen del todo o terminasen de morir; quería a Isaura de vuelta en la casa de San José. El hermano Casimiro le dio una noticia alentadora.

—Esta mañana, recibimos orden del Cabildo de transportar a los heridos del ejército inglés a las Casas de Oruro. Sólo retendremos a los nuestros, que ya son muy pocos —añadió.

—¿Las Casas de Oruro?

—Están sobre la calle del Correo, o de San José, en esquina con la de San Carlos. Son unas casas redituantes que el virrey Vértiz mandó construir en el 82, en el sector que antes ocupaban los hermanos de la Compañía de Jesús, para darlas en alquiler a particulares. Cuando devino la conjura de los criollos y de los cholos de Oruro, los reos fueron encarcelados en estas casas, las cuales se remozaron para servir como calabozos. Es allí donde albergarán a los heridos ingleses, los que tenemos aquí, en San Francisco, y los que están en otros conventos y hospitales. Allí veo a la señora condesa, siempre tan solícita y servicial.

Al ubicarla en un extremo del refectorio, Blackraven frunció el entrecejo, y sus labios desaparecieron en un mohín de impaciencia. Melody estaba con el doctor Constanzó. Él le hablaba en actitud intimista, mientras ella, sin levantar el rostro, sonreía y doblaba vendas. Los celos no le permitieron recobrar el dominio de inmediato.

—¿Desde cuándo los asiste el doctor Constanzó? —le preguntó al franciscano.

—Se presentó días atrás y expresó su deseo de colaborar. Su hermana, doña Ingracia —y señaló a la mujer que Blackraven recordaba del velorio de Jimmy—, también viene a colaborar a diario. La ayuda de ambos es invalorable.

Que Melody se mostrara turbada al verlo, como si la hubiese pillado cometiendo un delito, empeoró su mal humor.

—Buenas tardes, doctor Constanzó —dijo, y tomó del brazo a su esposa—. Ve a cambiarte. Nos vamos a casa —y la contempló como diciéndole: “Me desautorizas frente a este mastuerzo y te despellejo viva”.

—Con permiso —balbuceó Melody, e hizo señas a Trinaghanta para que la siguiera.

Blackraven inició una conversación intrascendente a la que el médico replicaba con monosílabos. Melody regresó minutos después con la cingalesa.

—Hasta mañana, señora condesa —dijo Constanzó, inclinándose apenas.

—Temo que su merced no verá a mi esposa mañana —expresó Blackraven, y Melody levantó la vista con un movimiento rápido—. Ésta es su última jornada.

—Pero... —se desconcertó el médico—, ¿ya no volverá, entonces?

—No —contestó Blackraven—, ya no. Buenas tardes, doctor.

—Buenas tardes, excelencia.

Como Trinaghanta viajó con ellos en la cabina, Melody no se atrevió a cuestionarlo acerca de la inopinada decisión; se mantuvo callada, al igual que durante el almuerzo, a lo largo del cual Blackraven conversó con Malagrida, aun con los niños, mientras que a ella la ignoró por completo. Estaba furioso, y Melody se sentía en falta. “¡Como si yo hubiese procedido de modo incorrecto!”, se indignó. Terminada la comida, Blackraven se encerró en el despacho con Malagrida y con Amy, que se había presentado a los postres, y ella salió a atender las necesidades de los esclavos. Después se entretuvo con los niños de Gilberta y Ovidio, a los que se les unieron Víctor, Angelita y Estevanico. Le levantó el ánimo jugar a las escondidas. Sansón, Arduino y Goti, la cabrita de Jimmy, delataban los escondites, y pronto todos se desternillaban de risa. Hasta Siloé abandonó su pieza donde descansaba y fumaba pipa para unirse a la diversión. Cuando Melody volvió a entrar, Trinaghanta le informó que el amo Roger había salido.

—¿Dejó algún mensaje para mí?

—No, señora.

Blackraven había estado observándola jugar con los niños, y parte de los celos y la rabia que prevalecieron al encontrarla con el doctor Constanzó se esfumaron. No la llamó porque sabía que su presencia quebraría el encanto del conjunto. La siguió con ojos ávidos, sonrió al verla reír y hasta se mordió los labios para no explotar en una carcajada cuando Goti la empujó fuera de su escondite. La miró hasta que el reloj le señaló que se aproximaba la hora de reunirse con el oidor de la Real Audiencia.

Liniers y los alcaldes de primero y segundo voto aguardaban en la antesala del despacho de don Juan Manuel de Lavardén. Blackraven los saludó con una inclinación y se volvió hacia Liniers, que le preguntaba por el motivo de la convocatoria.

—Enseguida lo revelaré, su señoría. Le agradezco vuestra presencia y le pido disculpas por la pérdida de tiempo que estoy ocasionándole. Estimo que esta diligencia sólo llevará unos minutos —agregó.

Poco después, el edecán del oidor les pidió que entrasen. Don Juan Manuel, de peluca empolvada y capa corta de terciopelo negro, distintivo de su cargo, los recibió con deferencia y les indicó que tomasen asiento. Las miradas se posaron en Blackraven.

—Por favor, excelencia —dijo el oidor—, exponga el motivo que lo llevó a citarnos esta tarde.

—Gracias, su señoría. Esta mañana recibí en mi domicilio de la calle de San José esta comunicación del Cabildo, rubricada por los alcaldes aquí presentes. —La entregó al oidor, quien se la pasó a su edecán para que la leyera en voz alta.

—... por lo que en un plazo perentorio de diez días se exige a su excelencia, el señor Roger Blackraven, conde de Stoneville, abandonar los territorios de su majestad, el rey Carlos IV, en el Virreinato del Río de la Plata...

Los semblantes de Liniers y de don Juan Manuel no disimularon la impresión que aquellas líneas les causaron; De Lezica y Sáenz Valiente luchaban por no bajar la vista ni mostrarse como niños asustados, aunque el color rubicundo que adoptaron sus mejillas los traicionaba.

—¡Habéis excedido vuestras facultades! —se escandalizó don Juan Manuel—. La expulsión de un vasallo del rey o la de un extranjero le compete con exclusividad al virrey como presidente de esta honorable Audiencia.

—La medida —farfulló De Lezica— se tomó con la sola consideración de la seguridad del virreinato, y dado que su excelencia, el virrey de Sobremonte, se encuentra ausente...

—¡El señor virrey no se encuentra ausente! Con fecha de ayer, es decir, jueves 28 de agosto, firmó una notificación donde nombra a don Santiago de Liniers y Bremond comandante general de armas de la plaza, conservando él las facultades en todo lo pertinente a las demás cuestiones del virreinato. Antes de importunar a su

excelencia —e indicó a Blackraven con la mano—, debisteis consultar al señor virrey, el cual, como sabéis, se encuentra en San Nicolás de los Arroyos.

Se enredaron en una discusión acerca de la legalidad de una u otra medida que sirvió para poner de manifiesto la confusión en la que había caído Buenos Aires después de la expulsión de los ingleses. La falta de carácter de Liniers había quedado expuesta el día de la derrota de los ingleses, cuando, a causa del desbande del populacho y de los soldados, la rendición cobró extravagantes ribetes, y se manifestaba de nuevo en ese despacho, en el cual no abría la boca ni para pedir orden. Blackraven lo miró a los ojos, y Liniers carraspeó.

—Señores —intervino—, si lo que discutimos aquí es la lealtad de su excelencia, el conde de Stoneville, puedo dar fe de ella. La tarde del 11 de agosto, en vísperas del ataque final a las tropas inglesas, el señor conde nos recibió, a mí y a mi oficialidad, en su quinta del Retiro, y envió víveres para las tropas acantonadas en el cuartel de esa localidad. Pasamos la noche en el Retiro atendidos como reyes.

—Todos conocen su amistad con el general Beresford —interpuso De Lezica—. El señor conde era asiduo visitante del Fuerte mientras el general se desempeñaba como gobernador de esta plaza.

—La amistad del señor conde con el general Beresford... —dijo Liniers, y se calló a una seña de Blackraven.

—Agradezco a vuestra merced el empeño por defender mi posición. Pensé que mi permanencia en Buenos Aires podría acordarse apelando al sentido común y a la razón. Sin embargo, las voluntades aquí reunidas no admiten contemplaciones de ningún tipo. Y como no deseo haceros perder vuestro valioso tiempo, los proveeré de un documento que zanjará la cuestión en segundos.

Entregó un sobre a Lavardén, que levantó las cejas al reconocer el sello de su majestad, Carlos IV. El funcionario sacó el documento y le dio una rápida leída antes de pasárselo al edecán.

—Léalo en voz alta —le ordenó.

—... por cuanto yo, Carlos IV, soberano de la España y demás posesiones ultramarinas, concedo absoluta libertad de tránsito en los terrenos donde ejerzo mi imperio al portador de la presente, don Roger Blackraven, conde de Stoneville, de nacionalidad inglesa, quien estará habilitado asimismo para realizar toda clase de operaciones comerciales que serán de su provecho y del de esta Corona...

Sáenz Valiente adujo que dicho beneficio se había concedido con fecha anterior a la invasión del general Beresford, por lo que podía presumirse que la opinión del rey variase de conocerla. Ante este pretexto, Blackraven simuló perder la paciencia. Se puso de pie, y su estatura intimidó a los alcaldes, que se rebulleron en sus sillas. Le quitó el documento al edecán y lo colocó delante de De Lezica y de Sáenz Valiente.

—Señores —pronunció—, como podéis apreciar, cuando su majestad Carlos IV

firmó este permiso de libre tránsito, la España y la Inglaterra y a eran enemigas declaradas, como lo son hasta el día de hoy. La invasión por parte del general Beresford no ha modificado en un ápice dicha situación. Por tanto este documento tiene absoluta vigencia y validez. Si deseáis que deje el Río de la Plata, tendréis que pedirle al propio Carlos IV que revoque este permiso. En tanto conseguís dicha enmienda, no volváis a molestarme. Buenas tardes, vuestra merced —dijo, y se inclinó en dirección al oidor—. Buenas tardes, capitán Liniers. Y gracias a todos por vuestro tiempo.

Se echó el abrigo sobre el brazo, aferró su estoque y abandonó el despacho. Al salir a la calle, el frío lo tomó por sorpresa. Se puso el redingote y se calzó los guantes. Casi anochecía, y el viento sur y los nubarrones negros presagiaban tormenta. Le indicó a Ovidio que lo condujese a lo del ministro Félix Casamayor; hacía días que no visitaba a su amigo Beresford. Lo encontró deprimido. Acababa de recibir una carta de Liniers donde desmentía los términos de la capitulación acordados el día 12 de agosto, cuando, para evitar una masacre, Beresford consintió en arriar la bandera de parlamento e izar la española.

—Como me advertiste apenas puse pie en esta ciudad, no debí confiar en ese francés. Liniers ya había dado muestras de poco caballero cuando, habiendo prometido dedicarse al comercio con su suegro, huyó a la Banda Oriental para organizar el contraataque. No sé si es pusilánime, cobarde o traidor.

—Un poco de cada cosa —opinó Blackraven—. Además de su falta de carácter, tiene un enemigo que se opone a sus resoluciones simplemente para socavar su poder: Álzaga. Eso no lo excusa, pues, para quedar bien con las autoridades del Cabildo, con las de la Real Audiencia y con el populacho, no tendrá ningún escrúpulo en sacrificarte a ti y a la palabra que te dio para lograrlo. En este momento, Liniers se quitó el uniforme de militar para ponerse el de político.

—Ya veo. En resumidas cuentas establece que no se observará la capitulación acordada el 12 de agosto. ¡Hasta tiene el descaro de manifestar que me rendí sin condiciones! ¡Por Dios santo! Debí permitir que mis tropas dispararan contra esa turba salvaje antes que avenirme a izar el estandarte español. Me expresa también que, dado su buen trato conmigo, lo han sospechado de recibir venalidades, y que, con motivo de esta acusación, de hoy en adelante, nuestra comunicación será por escrito. Me informa que la tropa irá al interior y que la oficialidad volverá a la Inglaterra si previamente dan su palabra de no tomar armas contra la España. ¡Por supuesto que les ordenaré que no den su palabra si la capitulación no se cumple!

Blackraven suspiró largamente y, con gesto cansado, miró a su amigo a los ojos.

—William, dudo de que los oficiales sean embarcados para la Inglaterra, con palabra otorgada o sin ella. Aquí se juegan otras cuestiones que no tienen que ver con el honor. Estás en medio de una contienda política donde Liniers, Álzaga, los

independentistas y los demás funcionarios tratan de sacar la tajada más suculenta. Lo mejor que puedo aconsejarte es que huyas. Yo podría sacarte de aquí, a ti y a tus oficiales, esta misma noche.

—Te agradezco, Roger, pero tengo que pensar en mi tropa. No puedo irme y abandonarlos a su suerte, no con estos inescrupulosos de por medio, que ya ni los uniformes les han dejado. ¿Sabías que se los han quitado? ¡Para vestir a sus propios soldados! Si es que a esos paletos puedes considerarlos soldados.

—¿Qué sabes de Popham?

—Popham —repitió Beresford, con evidente desaprobación—. No hace demasiado para sacarnos de apuros. Sigue firme con su flota, o lo que queda de ella, delante del puerto de Montevideo a la espera de refuerzos.

—Eso debe de poner muy nerviosos a españoles y a criollos por igual. —Blackraven se puso de pie, y Beresford lo imitó—. Me voy, William. Ya sabes dónde encontrarme. Cualquier urgencia o necesidad que se te presente, no dudes en acudir a mí. Por determinadas circunstancias, dos de mis barcos están fondeados a pocas millas hacia el sur. Cuenta con ellos si finalmente decides escapar.

La tormenta avanzaba desde el sur proyectando una oscuridad tenebrosa sobre la ciudad; no había luna ni estrellas, y la calle estaba vacía. El viento azotaba la costa del Plata, y el frío recrudecía. No se avistaba al sereno ni se escuchaba su pregón, y las bujías en los fanales seguían apagadas. Blackraven ajustó las solapas de su redingote y caminó hacia el carruaje.

El bramido del viento le impidió escuchar los pasos furtivos tras él, y una reacción más instintiva que consciente lo llevó a darse vuelta en el instante en que una mole se le echaba encima. Sintió el filo de un cuchillo en el costado izquierdo, no se trató de una sensación dolorosa, más bien fría, y supo que el atacante apenas le había sajado la carne. Perdió el equilibrio y cayó sobre los afilados adoquines, que se clavaron en su cadera, provocándole una corriente de dolor hasta el talón, inmovilizándolo, y, aunque se le nubló la vista, atinó a levantar la otra pierna para rechazar el embiste de ese hombre, quizá, más alto y macizo que él.

“¿Dónde está mi estoque?”, se preguntó, y tuvo tiempo de quitar la daga de su bota y aferrarla con los dientes antes de que el asaltante volviese a la carga con la intención de asestarle, ahí mismo, sobre la calle, varias puñaladas en el pecho. Lo retuvo por las muñecas para alejar el burdo cuchillo de su rostro. “Debe de ser un campesino o un esclavo”, se dijo, a juzgar por la calidad del arma, como de fabricación casera. “Es el hombre más fuerte con el que me ha tocado contender”, admitió. Sus dientes se apretaban en la empuñadura de marfil de su arma y las manos le temblaban de aguantar el empuje, en tanto el peso del atacante lo hundía sobre las puntas de los adoquines causándole ramalazos de agonía en la espalda.

En la negrura de la noche apenas distinguía las facciones que se cernían a

pulgadas de su rostro; veía el brillo de la pupila y el blanco de los dientes. “Es un africano”, dedujo, “un africano enorme”, y el destello de la punta de la hoja fulguró cerca de su ojo izquierdo. Pensó en sus propios brazos, se concentró en la fuerza que palpitaba en sus músculos, se acordó de las incontables jarcias que había jalado durante tormentas feroces en las que el viento y el mar se debatían sobre su barco y sobre él como seres todopoderosos capaces de engullirlos. Él los había sometido. Evocó también los abordajes, las batallas en cubierta, el peso de su espada, el ímpetu para abrirse camino, las peleas cuerpo a cuerpo. Él siempre vencía. Confiaba en su vigor, la fuerza de sus miembros jamás lo abandonaba.

Inspiró profundamente y, apretando los ojos, se quitó de encima ese peso abrumador. No tuvo tiempo de incorporarse ya que el negro volvió a lanzarse con una rapidez sorprendente en un hombre de su contextura, aunque en esa ocasión Roger tenía la daga en la mano y le soltó una cuchillada que lo alcanzó en el cuello. El hombre soltó un quejido y se cubrió la herida, mientras caminaba hacia atrás hasta desaparecer en la oscuridad.

Blackraven se incorporó sobre los codos y, pasados unos segundos, comprendió que el pregón del sereno, que ya doblaba la esquina, había ahuyentado al asaltante. Vio que el hombre encendía la luz del fanal, que se proyectó sobre el carruaje con Ovidio en el pescante, dormido y embozado. Calzó la daga de nuevo en la bota y se puso de pie, apretando los labios para soportar los latidos punzantes en el costado y en la espalda. Recogió el estoque y caminó hacia el coche, tomando cortas inspiraciones.

—Buenas noches, excelencia —saludó el sereno, que había distinguido el escudo de armas en la portezuela—. Me pareció escuchar un grito, aunque con este viento, no sé. ¿Su excelencia lo escuchó?

—No —contestó, tajante—. ¡A casa, Ovidio! ¡Deprisa!

Entró por la parte trasera, y en la cocina sorprendió a Siloé y a las demás esclavas afanadas en la cena.

—Que Trinaghanta vaya a mi dormitorio, ahora mismo.

Melody apareció en la habitación cuando la cingalesa ayudaba a Blackraven a deshacerse de la camisa con el costado empapado en sangre. Dio un grito en el umbral.

—¡No te asustes! —la tranquilizó Blackraven—. No es nada.

—¿Qué ha sucedido? —Avanzó rápidamente—. ¿Cómo te ha ocurrido esto?

—Me atacaron a la salida de lo de Casamayor.

—Dios mío. Llamaré al doctor Argerich.

—No es necesario. Trinaghanta se ocupará.

La muchacha limpió la herida, y Melody tomó la mano de su esposo mientras la suturaba. Blackraven apenas pronunciaba el ceño cada vez que la aguja se hundía en

su carne, aunque padecía, y gruesas gotas le brotaban en la frente. Melody observaba ese torso desnudo, fuerte y ancho, al que tanto amaba acariciar y besar, y se dedicó a estudiar las variadas cicatrices que mellaban la superficie bronceada y velluda; ahí, cerca de la herida nueva, se veía la que le había infligido Pablo meses atrás, ahora una línea rosada. Cada marca guardaba una anécdota, la historia de alguna aventura, y, aunque a Melody le dolía quedar fuera de esa parte de la vida de su esposo, se enorgullecía de pertenecer a un hombre que se había forjado con esfuerzo, asumiendo riesgos a los que la mayoría habría temido; se sentía segura y protegida.

Trinaghanta vendó el torso de Blackraven, y Melody lo ayudó a ponerse la bata antes de recibir en el dormitorio a Malagrida y a Amy.

—Iré a buscar tu cena —anunció, y lo dejó a solas con sus amigos.

—¿Quién te atacó? —quiso saber el jesuita.

—Estaba oscuro y no pude verlo bien, pero estoy seguro de que no lo conozco. Se trataba de un hombre alto como yo, más corpulento, fuerte como un jayán, el muy condenado. Creo que era negro, posiblemente un esclavo.

—¿Crees que lo haya enviado Galo Bandor? —preguntó Amy.

—Todo es posible —admitió Blackraven.

—Podría tratarse de La Cobra —opinó Malagrida.

—Desde la expulsión de los ingleses, las clases bajas, en especial los esclavos, han mostrado una actitud hostil contra los oficiales y soldados ingleses. En Buenos Aires todos saben que soy inglés. Quizá se trató de un ataque sin importancia.

Siguieron especulando hasta que Melody apareció con una bandeja. Amy se levantó del borde de la cama y tomó distancia. Malagrida abandonó el confidente.

—Roger, deberías comer ahora y descansar luego —sugirió Melody.

—Nosotros nos retiramos —anunció el jesuita, y se despidieron.

Al chasquido de la falleba le siguió un mutismo incómodo. El choque de la vajilla crispaba a Melody. Su mirada se cruzó con la de Blackraven, y tuvo miedo. “A pesar de lo que acaba de ocurrirle”, se dijo, “no se ha olvidado de que me encontré hablando con el doctor Constanzó”. Acomodó los platos sobre la mesa y sirvió el pastel de espinacas y el estofado de carne.

—Ven a comer —dijo, sin mirarlo, consciente del peso de sus ojos en ella.

Blackraven no pronunció palabra ni se aproximó a la mesa. Melody levantó la vista. Se contemplaron.

—Siempre me pides el don de mi confianza —le recordó—. ¿Tú no vas a concederme el tuyo?

—¿Por qué estabas con el doctor Constanzó cuando te prohibí que volvieras a verlo?

—Roger, por favor, no eres razonable. ¿Debía pedirle que se marchara del convento porque yo estaba allí y a ti te molesta que me hable?

Blackraven se movió con una velocidad que no le dio tiempo a apartarse; la tomó por los brazos y la obligó a ponerse en puntas de pie. Le habló cerca de los labios.

—¡No quieras pasarte de lista conmigo, Isaura! Me pregunto qué hacía ese palurdo hablándole a mi mujer al oído, haciéndola sonreír, cuando había tantos heridos sin atender. ¡Te advertí que no lo quería cerca de ti! ¿Por qué desobedeciste mi orden? ¡Nunca hablo por hablar, Isaura! Ya deberías saberlo. ¡No quiero a Constanzó cerca de ti! Ese hombre te desea. Si no quieres que zanje la cuestión a mi modo, mantente alejada de él. No soporto la idea de que otro codicie lo que me pertenece. Lo destrozaré con mis propias manos, ¿entiendes?

La soltó, y Melody cayó sobre una silla. Blackraven se paseaba por el dormitorio con la impaciencia de una fiera, mascullando insultos y apretándose el costado que le latía ferozmente.

—¡No me gusta que me desobedezcas!

—¡Estás siendo insensato! Constanzó no me desea.

—¡Oh, sí! ¡Te desea! Matasanos del carajo...

—Me insulta tu desconfianza. ¿Por qué no confías en mí?

Blackraven detuvo su ir y venir, y le clavó la vista. Sus celos y su rabia se esfumaron ante la conmoción de Melody; le temblaban los labios y el mentón porque trataba de sofrenar el llanto, aunque en vano, pues las lágrimas fluían de sus ojos. Se arrodilló delante de ella y le tomó las manos.

—Sí confío en ti, Isaura. Te confiaría mi vida, sin pensarlo dos veces.

—No es cierto. Si confiases en mí no me creerías capaz de engañarte con el doctor Constanzó, ni con ningún otro.

—¡Jamás creería eso de ti! —se impacientó—. El problema no es contigo sino con ese matasanos de chicha y nabo. Simplemente quiero que te mantengas alejada de él porque me insulta y me enfurece el modo tan evidente en que te pretende.

Melody lo comprendía, esos sentimientos no le resultaban ajenos, ella los experimentaba cada vez que una mujer lo admiraba. Le acarició la mejilla.

—Te amo tanto, Roger.

—Yo también, mi amor.

—Tú no entiendes la extensión de este amor. No hay sitio para nadie más dentro de mí. Tú me ocupas por completo.

Blackraven se inclinó y le besó el vientre.

—Sé que no debí enfadarme contigo, Isaura, sé que esta escena que he montado es desmesurada, pero una fiera se alza dentro de mí cada vez que siento que te acechan. Y hoy, tú le sonreías; él te susurraba y tú le sonreías. Podría haberlo ahorcado ahí mismo. —Descansó la frente en el regazo de Melody—. No estoy enfadado contigo —insistió—. Perdóname por haberte angustiado.

—Lo que más me preocupa es que, con tremendo jaleo, se te haya abierto la

herida. Déjame ver.

Capítulo XIV

Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre, 30 de agosto de 1806.

Querida amiga, Hemos dejado Río de Janeiro y viajado al Río de la Plata. El barón de Ibar se mostraba muy interesado en visitar esta parte del continente sudamericano y yo lo he alentado pues me urgía llegar a Buenos Aires. Ya te he hablado en mi carta anterior de Roger Blackraven, conde de Stoneville, y si lo hubieses conocido habrías actuado de igual modo, habrías dejado la magnífica ciudad de Río de Janeiro para seguirlo hasta este sitio abandonado de la mano de Dios, sin teatros (al menos sin teatros que puedan preciarse de tal) ni tiendas, con calles más parecidas a porquerizas y veredas angostas, donde las edificaciones destacadas son las iglesias y los conventos, de los que no hay escasez alguna. La hotelería es deleznable, y si bien rentamos unas habitaciones en el mejor hospedaje, yo lo calificaría de figón. No querrás que entre en detalles, y no lo haré para no contrariarte.

Pensarás: “Ojalá que el señor conde valga la pena”, cuando te cuente que ni en las clases más acomodadas encuentras personas de refinamiento ni educación. Ayer almorzamos con una familia adinerada, los Ezcurra; la dueña de casa se daba aires como si presidiera la mesa de Versalles. Te habrías horrorizado, querida Gertrudes, al comprobar que la mesa no llevaba mantel, que la abarrotaron con todo tipo de alimentos presentados en escudillas de las que se servían con las manos, que la vajilla era escasa, que había un vaso para todos, que la sopa la tomaban de un lebrillo (a Dios gracias, había uno para cada comensal y que, al final, al servirnos café con leche, rebosaron la taza (me explicaron que es símbolo de cortesía) y que la medida del azúcar venía sobre el plato, el cual debía darse vuelta sobre la taza antes de que echaran la Difusión con leche. No existen azucareras ni bandejas para el pan ni salseras; no hay jarras sino unas toscas botellas de gres. En honor a la verdad, diré que el vino era pasable y que los distintos platos, en general, sabían bien, a excepción de la carne de vaca, demasiado sanguinolenta para mi paladar.

Apenas llegados al puerto, nos enteramos de que los habitantes de Buenos Aires acababan de repeler una invasión del ejército inglés, el cual, durante cuarenta y cinco días, rigió los destinos de estos desgraciados. Juzgo descabellada la decisión de desembarazarse de los hijos de la Inglaterra; sin duda, el balance de la influencia de los súbditos de Jorge III habría sido en beneficio de esta plaza; al menos les habrían enseñado a comer con maneras

decentes y a usar vajilla.

El conde de Stoneville, como ya te comenté en mi carta anterior, es inglés. Tiene varios negocios en estas latitudes, y una esposa. Lo sé, se trata de un tedioso escollo, pero lo cierto es que la mujer existe, más allá de que es difícil coincidir con ella puesto que está de luto (murió su hermano, según me informaron). Las opiniones acerca de la condesa de Stoneville son adversas; a las señoras les molesta su parvificencia y la devoción que manifiesta por los pobres, aunque entreveo más envidia que verdad en los comentarios. ¿Quién no la envidiaría con Roger Blackraven a su lado? Me intriga, deseo conocerla, debe de ser bellísima para haber conquistado a un hombre como él, a quien le sobran las cualidades, no sólo es atractivo a un punto escandaloso sino que es rico como Creso. Las malas lenguas aseguran que es un gran amante.

La prima del conde, a quien conocí en Río de Janeiro, se mostraba reticente cuando la cuestionaba acerca de la señora condesa; se limitó a asegurar que es muy joven (acaba de cumplir veintidós años) y de un gran corazón. Le ordené a mi esclava Joana (una jovencita que el barón de Ibar tuvo a bien comprarme apenas llegados al Brasil) que intentase trabar amistad con alguien de la servidumbre de la casa del conde para procurarme información; la barrera del idioma se presenta como el mayor desafío dado que Joana sólo habla portugués, y aquí el idioma oficial es el castellano.

De igual modo, la fortuna me acompaña ya que todos los días, después del almuerzo, la señora condesa (¡la propia condesa de Stoneville!) atiende a las necesidades de los negros. Joana se presentó ayer y al menos obtuvo un vistazo de ella. ¡Ángel Negro la apodan los esclavos! ¡Y es pelirroja! ¿Qué clase de rival es ésta? Siempre he podido con todas, lo sabes, ¿por qué no con una que se ensucia las manos con estas bestias africanas?

En mi próxima misiva espero proveerte succulentas noticias, sé con qué afán aguardas mis relaciones. Ansío encontrarme con el conde de Stoneville en estas tierras. No desesperaré, ya coincidiremos, puesto que nuestra agenda es nutrida, y él, en alguna ocasión, tendrá que honrar las infinitas invitaciones que le extienden. Cuando lo haga, asistirá solo (ya te mencioné el luto de su mujer) y yo me consagraré a atraer su atención. Al menos, albergo esperanzas de que, en nuestra próxima invitación a comer, al menos nos faciliten cuchillos y tenedores; no me agradaría llevarme los alimentos a la boca con las manos frente al conde.

Espero que al recibir la presente tu salud sea buena. Cuídate. Tu amiga que te quiere.

Ágata de Ibar Baronesa de Ibar

Sentada sobre la grama, Bernabela contemplaba con ojos inyectados el trabajo de Cunegunda en el huerto, las hileras de vegetales libres de maleza y la tierra removida y fragante.

La esclava estiraba el liencillo sobre las hortalizas y lo sujetaba con estacas, como le había enseñado la señora Enda para protegerlas del frío, en tanto se lamentaba: “Mi ama Bela ha olido esos humos de nuevo. Tiene la catadura de un chiflado”. Le robaba la hierba a la señora Enda, la que ésta solía utilizar cuando, de noche, se apartaba de la cabaña, encendía una hoguera y practicaba esas invocaciones horripilantes en una lengua extraña que ponía los pelos de punta. Y ella era negra y bruta, pero no tonta: la señora Enda dejaba a mano esa hierba para que su ama Bela la tomara. “¡Voto a Dios que es así!”, se dijo, y asintió con firmeza. “Porque qué casualidad”, siguió refunfuñando, “que a las demás hierbas y polvos, esa bruja los guarda bien bajo llave”.

Echó un vistazo furtivo a Bela. Todavía era una mujer hermosa, a pesar de que vistiese harapos y no tuviera afeites para cuidarse la piel. Cualquiera hombre la habría deseado. En su opinión, escapar de la influencia de la señora Enda y procurarse una nueva vida les traería muchos beneficios; ella contaba con algunos ahorros mientras que su ama Bela había salvado la mayoría de las joyas al entrar en el convento; saldrían adelante.

Sin apreciar la sabiduría de la sugerencia, su ama Bela no quería oír hablar de eso. “Aún me queda por cobrarme todas las que me hizo esa maldita de miss Melody, y sólo Enda puede ayudarme”, era la excusa. Cunegunda sospechaba que, en realidad, Bela seguía encaprichada con el amo Roger y, en la esperanza de reconquistarlo, permanecía cerca de Buenos Aires, de Enda y del pasado. “Vivir con ese rencor dentro”, caviló la esclava, “es más venenoso que los polvos de la señora Enda. Mi ama Bela debería tomar mi ejemplo, debería olvidar así como yo trato de olvidar que mi hijo murió asesinado”. Después de todo, su ama Bela jamás recuperaría al amo Roger. Gabina, a quien seguía viendo a menudo si sorteaba la vigilancia de Braulio, declaraba que nunca había conocido a un hombre más devoto de su esposa. “Besa el suelo que pisa miss Melody. Y ya la dejó preñada, que se lo pasan de revolcón en revolcón, al menos eso dice Berenice, ¿te acuerdas de ella, la esclava del Retiro? Pues ella nos chismoseó que se pasaron tres días en el Retiro y que lo único que hicieron fue el amor. Los gritos de miss Melody llegaban hasta el último patio”.

Bela movió despacio la cabeza para mirarse las manos y las uñas, negras de tierra y astilladas, y se preguntó cuándo y cómo acabaría esa etapa de su vida. Le latían las sienes, una consecuencia desagradable de aspirar el humo con aroma picante que la hacía volar. Tampoco le gustaba que le quedara esa pesadez en el cuerpo, que se le secara la boca y que le ardieran los ojos, e igual seguía hurtando la hierba y quemándola porque le concedía unas horas en las cuales olvidaba su miserable

existencia.

Enda insistía en que el tiempo de la venganza no había llegado, que la prudencia y la victoria eran aliadas, que un movimiento en falso y ambas acabarían en prisión. Estaba sola, y necesitaba de esa excéntrica irlandesa para subsistir. Le temía tanto como Cunegunda, no a causa del poder de su brujería, el cual comenzaba a respetar, sino porque la sabía capaz de llevar a cabo cualquier hazaña. Le temía a sus ojos de hechicera; sus miradas sibilinas la debilitaban y acobardaban. Aún se rebelaba a la idea de que asesinara a Roger Blackraven, aunque se cuidaba de expresarlo; a veces tenía la impresión de que Enda le leía la mente.

—Debes olvidar a ese hombre —le había ordenado tiempo atrás—. Gracias a él estás aquí cuando podrías llevar la vida de una princesa. El no te ama, nunca lo hará. Mi sobrina lo ha cautivado de una forma inusual, como pocas veces he visto en mi vida.

—Tú podrías darme un filtro de amor para tenerlo en mi puño —insinuó, y de inmediato cayó en la cuenta del desliz, pues le había revelado sus íntimos anhelos.

—Ni siquiera mis filtros conseguirían romper el lazo que lo ata a Melody. Tú me caes bien, Bela. Estamos hechas de la misma madera. Me agrada tu compañía y podría llegar a quererte como a una hija. Si te mantuvieses fiel a mí, obtendrías cuanto desees. Ahora bien, si te opusieses a mis designios, te destruiría como a un insecto.

—No me opondré a tus designios, Enda —le prometió, y, al pensar lo que no se atrevió a añadir, evitó mirarla: “Aunque no es por culpa de Roger que vivo en este mechinal junto a ti y a dos esclavos sino de la maldita hija de perra de tu sobrina, Melody Maguire”.

El sonido de cascos la devolvió al presente. Cunegunda se hacía sombra con la mano y oteaba en dirección al camino. Se trataba de Braulio, que regresaba de la ciudad montado en la yegua de Enda; traía provisiones. Aunque el negro pasó junto a ellas y les dispensó un vistazo rápido, casi displicente, Bela advirtió que le miró el escote corrido.

—No me gusta cómo la mira ese desconsiderado, ama Bela —se quejó Cunegunda.

—¿Qué le ha sucedido en el cuello? ¿Por qué lleva esa venda?

—Anoche llegó tarde, tambaleándose. Debe de haber estado borracho. Vuestra merced no lo escuchó porque... Pues bien, no lo escuchó, pero ese negro hijo de Mandinga armó tremendo bochinche. Estoy segura de que se ligó ese tajo en alguna gresca de pulpería.

—Sabes que Braulio no toma. ¿Enda le curó la herida?

—Sí, la mismita señora Enda. Le ordenó que bajara la voz y no pude oír nada.

—¿Parecía enojada?

—No, ama Bela, aunque con la señora Enda nunca se sabe.

—Recoge las herramientas y termina de poner orden aquí —indicó a la esclava; necesitaba dar órdenes y sentirse la dueña.

—Sí, ama Bela.

Bela caminó en dirección a la casa. Braulio, que acomodaba unos sacos de harina, levantó la cabeza al escucharla entrar. Se miraron, y Bela le sonrió. El esclavo mantuvo el gesto impertérrito sin apartar la vista.

—¿Qué te ha sucedido en el cuello, Braulio?

—Nada.

—Oh, pero si tienes sangre en la venda. Algo debió de sucederte.

—Nada de qué preocuparse.

—No obstante, me preocupo por ti, Braulio. Eres el único hombre de la casa, el único que puede defendernos, y no me gustaría que una desgracia cayese sobre ti.

Enda salió de la habitación contigua y se quedó mirándolos. Bela le dio la espalda para lavarse las manos en la jofaina; después, se ocupó de la costura y, mientras ojalaba, comentó como quien habla por hablar:

—El negocio de curandera y hechicera va muy bien, veo. Lo digo por esa yegua que compraste días atrás. No es ninguna jaca de medio pelo sino un hermoso animal.

Enda no contestó y prosiguió cerca de la trébedes, revolviendo los brebajes y mejunjes que vendía a buen precio. Bela habló de nuevo sin apartar su atención de la labor.

—Has decidido quedarte con el hijo de miss Melody, ¿verdad, Enda?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para criarlo como mi hijo.

—Es el hijo de Blackraven. Te recordaría al asesino de Paddy.

—Es también nieto de Fidelis —argumentó la irlandesa.

Si Amy Bodrugan necesitaba pensar buscaba la altura, de igual modo si deseaba tomar una decisión. En la cofa, cerca del cielo, con el mar abierto delante de ella y el viento agitándole el cabello, alcanzaba la paz, y un equilibrio iba tomando lugar en su interior donde minutos antes el caos y la confusión la habían vuelto malhumorada.

Ese mediodía, trepó al tilo de los Valdez e Inclán, a la última rama que podía sostenerla, y se acomodó con las piernas al vacío y Arduino en su hombro. Desde allí se divisaban las cúpulas de las iglesias y la torre del Cabildo. Una brisa fría le acarició el cuello y le erizó la piel, enervándola. Volvió la vista al río, ese río sin horizonte, parecido al mar excepto en el color, una tonalidad que recordaba al té con leche. Quería marcharse de Buenos Aires, no le gustaba, y, sin embargo, allí seguía; cierto que Blackraven la necesitaba, a ella y a la tripulación del *Afrodita*, con tantas

cuestiones que lo acuciaban, pero ella habría sabido convencerlo.

—Aún no me hago a la mar por ese niño —admitió en voz alta, y el mono soltó un chillido y le tocó la oreja.

En un principio, la semejanza con Galo Bandor la había perturbado, sus mismos bucles dorados, los ojos verdes y almendrados, la nariz aquilina, hasta el modo en que caminaba, con las piernas un poco estevadas, y los dos hoyuelos junto a la comisura izquierda cuando sonreía. Conoció después el temperamento de Víctor, y las similitudes con su padre ya no resultaron tan manifiestas; tampoco se parecía a ella, impulsiva y más bien ramplona, sino a miss Melody, porque la dulzura y la bondad de Víctor eran las de la nueva condesa de Stoneville, como también esa sonrisa franca y frecuente, y el corazón sensible.

—Lo convertirá en un afeminado —se quejó, y de inmediato le vino a la mente una escena días atrás cuando lo halló practicando esgrima con el maestro Jaime en el primer patio. Un orgullo inusual le dibujó una sonrisa y le calentó los ojos al evocar la destreza del niño y la seguridad desplegada, incluso le pareció familiar la mueca de hastío cuando el entrenador se mostraba cauto en consideración a su edad. Sus piernitas avanzaban y retrocedían con agilidad, mientras su brazo soportaba, sin atisbo de cansancio, el peso del florete.

—Es regalo de mi padrino —le explicó al término de la lección, y se lo pasó con actitud solemne—. Me lo trajo de su último viaje. A Jimmy le compró una colección de libros muy bonitos con las fábulas de Esopo, Iriarte y La Fontaine, pero él no tuvo oportunidad de verlos —añadió, y su pena entristeció a Amy—. A Angelita le dio una muñeca y mucho regaliz porque sabe que es su golosina favorita. Ahora la colección de libros que era de Jimmy nos pertenece a Angelita y a mí. ¿Está mal? —Amy negó con la cabeza; no podía hablar—. Miss Melody dice que Jimmy está contento de que ahora sea nuestra.

—Miss Melody —masculló, y Arduino saltó a la rama, como espantado.

Esa muchachita le había quitado a Blackraven, y también a su hijo. Se sintió incómoda; era la primera vez que se refería a Víctor como a su hijo.

—Mi hijo —susurró, y evocó la tarde del nacimiento de Víctor, cuando se separó de él movida por el orgullo y la amargura y no por la repulsión—. Ven, Arduino. —El animal se montó en su hombro—. Bajemos.

Amy detuvo el descenso y se agazapó en una de las ramas más bajas al entrever a una pareja besándose a los pies del tilo. Le indicó a Arduino que guardase silencio y apartó las hojas que le impedían ver. Se trataba de una pareja de esclavos, al menos distinguía la mota de él. Aguardaría a que terminasen para bajar. Se dijo que no volvería a mirar, no era de índole curiosa, nunca lo había sido, y poco le importaban las acciones ajenas. Apartó la rama un poco más y se mordió el labio para no proferir una obscenidad. “¡La señorita Elisea!”, se pasmó. Nadie habría podido esgrimir que

el esclavo la forzaba; ella lo abrazaba y lo besaba con el mismo ardor.

Amy los contemplaba como presa de un encantamiento. Roger y ella jamás se habían besado de aquel modo; entre ellos, los encuentros físicos tenían más de retozo, de lucha, de competencia, de juego que de verdadera pasión nacida del amor.

—¿Cómo te sientes? —oyó preguntar a Elisea.

—Bien. El amo Roger me ha pedido que trabaje en la curtiembre por unos días, para que les enseñe a los esclavos a despostar una vaca.

—Aún no estás repuesto del todo, no puedes ocuparte de una tarea tan pesada. La herida podría abrirse nuevamente.

—Ya me siento bien, de veras. No quiero que le preocupes por mí.

—¿Y por quién debo preocuparme? Tú eres mi amor, Servando, el único que cuenta para mí.

—Entonces, ¿ya no estás enojada conmigo por haber entregado al hermano de miss Melody?

—No, ya no. Además, tú mismo te redimiste al ayudar al señor Blackraven a librarlo de prisión. ¿Te ha perdonado miss Melody?

—Sí, me ha perdonado, aunque todavía me avergüenzo en su presencia.

—Entiendo.

—Ella es una santa, tú lo sabes bien, y sé que me ha perdonado de corazón. De igual modo, lo que hice me ha rebajado ante sus ojos y ante los tuyos. La vergüenza por haberme comportado como una alimaña vivirá conmigo para siempre.

—No seas duro, Servando. Los celos y el alcohol son malos consejeros, y actuaste bajo su influencia. ¿Se enteró el señor Blackraven de que tú habías entregado al señor Maguire?

—Lo dudo. Me habría pelado el lomo a rebencazos.

—¿Crees que cumplirá su palabra? ¿La de darte la libertad en tres años? —Servando sacudió los hombros—. Estoy segura de que sí —se animó Elisea—. De ese modo, podríamos fugarnos, irnos lejos y casarnos.

—Aunque yo sea un hombre libre, no será fácil llevar adelante una vida juntos. Un negro y una blanca —dijo, con sarcasmo—. Muchos creen que es una unión desnaturalizada, obra del maligno.

—¡No digas eso! Nuestro amor es tan puro y noble como el de cualquier pareja de blancos.

Después de otro beso y una despedida llena de promesas, el esclavo abandonó la casa de Valdez e Inclán saltando el tapial. Elisea permaneció apoyada en el tronco del tilo, suspirando con las manos en el pecho, hasta que un jaleo sobre su cabeza la llevó a levantar la vista. Gritó al divisar a alguien entre las ramas.

—¡No se asuste! —exclamó Amy, y saltó a tierra; sus rodillas se flexionaron para soportar la caída, y enseguida se puso de pie.

Elisea se alejó hacia atrás, con las manos cruzadas en la garganta y una mueca de horror como si acabase de ver a un fantasma. No pestañeaba y mantenía los labios entreabiertos por donde escapaba su agitación.

—Disculpe a Arduino, señorita Elisea. No ha querido asustarla. Es que se ha entusiasmado con un benteveo al que intenta echarle el guante.

—Lo ha escuchado todo —dijo, más para sí.

—Todo —ratificó Amy, con acento divertido—. ¿Qué hay en esta casa en la cual el amor flota en todos los rincones? Su hermana María Virtudes suspirando por el teniente Lane, el señor Diogo cada vez más complaciente con su hermana Marcelina y usted, señorita Elisea, enamorada como una Julieta del esclavo Servando.

—¿Nos delatará con su excelencia?

—¿Delataros? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque es impropio.

—¿De veras cree que es impropio amar a Servando? —Elisea agitó la cabeza—. Usted misma acaba de afirmar que el amor que existe entre vosotros es tan sublime como el que pueden sentir dos de la misma raza.

—Nadie lo juzgará así —se desanimó.

—¿Nadie? ¿Sólo yo sé de vuestros amoríos?

—Miss Melody, mi hermana María Virtudes y, ahora, vuestra merced.

—Ah, miss Melody lo sabe.

—La señora condesa es la persona más bondadosa que conozco.

—¿De veras?

—Oh, sí, claro que sí —aseguró Elisea, que no había captado la ironía de Amy—. Desde que lo supo nos ha ayudado muchísimo, incluso habló con mi tío Diogo y con mi tía Leo para convencerlos de la necesidad de romper mi compromiso con Ramiro Otárola.

—Debió de ser un escándalo.

—Lo fue, y todo el peso cayó en los hombros de la señora condesa. Los Otárola la culparon de instigar en contra de Ramiro, pues él es amigo del hijo mayor de don Martín de Álzaga, a quien la señora condesa no estima.

—Algo escuché al respecto.

—Yo sé que a la señora condesa le importa un ardite de quién es amigo Ramiro Otárola. Sólo se preocupó por mí. Me dijo: “No debes unirte a un hombre que no amas. Serías infeliz la vida entera, como lo fue mi madre”. Como lo fue la mía —agregó Elisea.

—¿Es verdad lo que le dijiste a Servando momentos atrás? ¿Qué estarías dispuesta a huir para casarte con él?

—¡Por supuesto! Sólo pienso en ese día, aunque sin demasiadas esperanzas.

—Yo podría ayudarte.

—¿De veras?

—Por supuesto, ¿acaso piensas que sólo *la señora condesa* puede hacerlo? — Elisea la miró con expresión desorientada—. Claro que puedo ayudarte. Y lo haré si me lo permites. Hay lugares en el Caribe donde podríais vivir como marido y mujer sin enfrentar el escarnio público. Por ejemplo, en Jamaica, en Haití o en la misma Antigua, donde el señor Blackraven posee una hacienda. Cuando zarpe, podría llevaros conmigo, en mi barco, aunque Servando debería conseguir su libertad previamente, porque no lo ayudaría a escapar siendo como es esclavo de su excelencia.

—¡No, claro que no! Debería conseguir su libertad —repitió Elisea, en voz baja y con menos ánimo.

—No me importaría ayudarte a escapar a ti porque tú eres libre.

—¿Lo soy?

—¡A fe que sí! Las mujeres tenemos el derecho de decidir nuestro destino. Hemos soportado el yugo de los hombres durante demasiado tiempo. ¡Es hora de liberarnos!

—Nunca había escuchado a una mujer pronunciar palabras tan audaces —admitió Elisea—. Aunque usted, señorita Bodrugan, es muy especial.

—Sí, lo soy —concedió, con cierta amargura que Elisea no entendió.

—Mi tío Diogo se enfurecería si me escapase con un blanco, ni qué decir con un negro. Su excelencia también.

—Escuché que el señor Blackraven ha prometido liberar a Servando en tres años. Es demasiado tiempo. ¿No existe algún medio para adelantar la manumisión?

—¡Oh, sí! Miss Melody podría convencer a su excelencia. Ella obtiene de él lo que se propone.

—Ya veo.

—Hablaré con la señora condesa y le referiré nuestro plan.

—¿Podemos confiar en ella?

—¡Absolutamente!

Camino a la casa de San José, Amy meditaba acerca del romance entre Elisea y el negro Servando, y volvía a preguntarse: “¿Qué hay en esta ciudad en la cual el amor flota en todos los rincones?”. La mayor sorpresa la había constituido Roger, enamorado como un zagal, en realidad, como un estúpido. “¡Le es fiel hasta con el pensamiento!”, exclamó, más sorprendida que enfadada. A veces lo pillaba contemplándola, abstraído, en especial cuando miss Melody tocaba el piano o el arpa a pesar del luto, porque él insistía tanto, y ella lo complacía porque lo amaba. Sí, lo amaba, de eso estaba segura.

“¿Alguien me ha mirado como Roger mira a miss Melody?”, se preguntó, y una larga cadena de obscenidades brotó de sus labios mientras se empeñaba en eliminar el

nombre de Galo Bandor de su mente.

Pensó también en la señorita María Virtudes, dedicada en cuerpo y alma al cuidado del teniente Lane, que ponía cara de pavo cada vez que la muchacha se presentaba en la habitación; resultaba divertido escucharlo balbucear palabras en castellano; y no olvidar a Marcelina, que coqueteaba con su tío de un modo descarado. La sorpresa del amorío entre Elisea y Servando sólo servía para ratificar la presunción de que, en el Río de la Plata, confluían extrañas energías que ablandaban los cerebros y los corazones, energías extrañas y traicioneras, como extrañas y traicioneras eran las aguas de ese maldito río.

Aunque nada la había conmocionado tanto como el cotilleo que aseguraba que el turco Somar y la esclava Miora estaban perdidamente enamorados. “¡Un eunuco enamorado!”, y carcajeó, suscitando miradas condenatorias de unas señoras de negro que caminaban detrás de ella.

Para Somar, admitir su amor por Miora se había convertido en una lucha que le quitaba el sueño y le agriaba el humor. Las tardes compartidas en San Francisco, ayudando a los frailes a curar heridos, y el descaro de Miora —le buscaba los ojos, le sonreía, le tocaba la mano por causalidad, se ocupaba de su ropa y del lustrado de sus botas y le preparaba confituras de coco, yema quemada y figuritas de mazapán— lo habían extenuado, y él, que siempre sabía lo que quería, en ese momento se hallaba perdido, con los nervios a flor de piel y la mente embrollada. Tenía miedo, una experiencia inusual y desconcertante.

Los eventos de la noche anterior amenazaban con aniquilar su escasa voluntad. Quizá Miora lo sorprendió con la guardia baja después de la noticia del ataque sufrido por Blackraven a la salida de lo de Casamayor. Meditaba en su habitación acerca de la identidad del asaltante cuando llamaron a la puerta. “Debe de ser Roger”, se dijo, y abrió sin preguntar.

Miora estaba muy bonita, con el cabello crespo suelto sobre los hombros y un vestido rojo que miss Melody le había regalado y que ella reservaba para lucir los domingos en la cofradía de San Baltasar. Menuda, mucho más baja que él, elevó la barbilla y lo contempló con fijeza, y Somar se apartó sin necesidad de palabras. Miora entró y él cerró la puerta.

—Le traje un pedazo de bizcochuelo, señor Somar. Yo misma lo hice. Lo unté con mermelada de higos. ¿Le gusta la mermelada de higos? —Somar asintió, tomó el bizcochuelo y se lo llevó a la boca en la actitud de un niño obediente, sin apartar sus ojos de Miora—. ¿Está sabroso? Me alegro. Lo hice pensando sólo en su merced, preguntándome si sería de su agrado, si debería cubrirlo con crema y azúcar o con mermelada de higos. Siloé había preparado dulce de albaricoque y entonces se me presentó otra gran duda, pues no sabía si su merced preferiría éste al de higos. Pero como a mí me gusta más el de albaricoque y como yo soy una negra inculta, me dije,

estoy segura de...

—¿Qué pretendes de mí, criatura? —Apoyó el bizcochuelo sobre el plato como si de pronto hubiese recobrado la cordura—. ¿Volverme loco? Entre tú y yo no puede existir nada. Yo no soy un hombre común y corriente, al menos no soy la clase de hombre que una mujer desearía a su lado. No me obligues a una franqueza que rayaría en la grosería. Evítame las explicaciones humillantes. Vete, sal de aquí.

Como la joven seguía mirándolo con aquella expresión cándida y expectante, la aferró por la muñeca y la obligó a colocar la mano sobre su bulto.

—¡No hay nada aquí! ¿Puedes sentirlo? ¿Sientes que no soy un hombre completo?

—Pues yo toco algo ahí, señor Somar.

El gesto iracundo del turco se transformó en una risotada hueca que perturbó a Miora más que su enfado.

—Sí, hay algo, pero no es suficiente. Lo que tengo no me sirve para nada sin lo que me quitaron cuando niño. No soy un hombre completo, ¿entiendes? ¡No soy un hombre completo! ¡No tengo testículos!

—A mí no me importa —aseguró la esclava, con dominio y serenidad.

—¿Que no te importa? ¡Pobre criatura! ¿Es que acaso no entiendes nada?

Somar le dio la espalda e insultó en su lengua. Giró, dispuesto a sacarla a empellones del dormitorio, y, en cambio, se puso tenso al descubrir las lágrimas de Miora. Su corazón se llenó de piedad al comprobar que la muchacha se esforzaba para mantener esa expresión digna y no romper en un llanto abierto. La obligó a sentarse y se hincó delante de ella; le tomó las manos y se las besó.

—Miora —dijo, y a ambos los afectó que la llamara por su nombre; hasta el momento había utilizado otros apelativos, casi siempre “criatura” o “muchacha”—. Miora, debes olvidarte de mí. Tú eres tan joven y hermosa. Podrías tener a cualquier hombre, el que te placiera.

—Yo sólo quiero a su merced —insistió, con voz quebrada y una nota de desesperación.

—¿Qué locura se ha apoderado de ti? ¿No entiendes que no podré complacerte?

—Su merced me complace, siempre.

—No me refiero...

—Sé a lo que se refiere. No soy tonta. —Lo expresó con autoridad y algo de enojo, y el turco Somar se quedó callado—. No me interesa que su merced no pueda darme placer en la cama, porque sé que a eso ha estado refiriéndose todo este tiempo. No quiero esa clase de placer. No lo deseo. El amo Alcides... —Las ínfulas menguaron, bajó la vista y comenzó a llorar quedamente.

—Sí, lo sé —afirmó Somar, y la tomó entre sus brazos—. Sé lo que ese perro de Valdez e Inclán te hizo. Y lo siento, no sabes cuánto lo siento. Pero no todos son

zafios como él. Algún día encontrarás a un joven que te quiera y te respete, y al que tú quieras también, y él te enseñará el verdadero amor. —En tanto hablaba, Somar se daba cuenta de que le costaba pronunciar esas palabras; de igual modo, debía hacerlo, por el bien de la muchacha. La separó de él.

—Señor Somar, no quiero encontrar a otro hombre, por muchos testículos que tenga. Yo lo elegí a su merced, y si su merced me privilegiara con su cariño, haría de mí la mujer más feliz. —Levantó la mano con timidez y la apoyó en la mejilla del turco—. Su merced me hace feliz cada vez que me mira, cuando me habla, cuando es justo con los demás esclavos, cuando trata con afecto a los niños o cuando lo veo trabajar y me doy cuenta de lo fuerte que es. Su merced acaba de hacerme muy feliz llamándome por mi nombre.

—Miora, Miora —susurró, y permitió que siguiera acariciándolo.

“¿Por qué estoy experimentado esta dicha?”, se preguntó, pues no recordaba que el contacto con una mujer le hubiese proporcionado esa plenitud y felicidad. En el harén del sultán Mustafá IV, sus esposas, concubinas e hijas lo habían buscado desde edad temprana; con sólo trece años —aunque aparentaba veinte—, las atraía por su delicada belleza en contraposición a su cuerpo robusto y a su orgullosa prestancia. Adquirió fama la habilidad de sus manos y de su lengua, y aseguraban que sólo él conocía el secreto para repetir los orgasmos hasta la pérdida del sentido.

Entre las mujeres del harén, al principio se trató de un juego, aunque más tarde se instauró como un desafío provocarle una erección al eunuco Somar, de los pocos eunucos imperfectos del harén, como se definía a los que no se les había mutilado el miembro. Somar había salvado el pene gracias a los oficios de su madre, una cautiva francesa que se había convertido en la amante del cirujano para persuadirlo; los eunucos menos afortunados, es decir, los eunucos completos, orinaban por una cánula de estaño, incómoda y antiséptica. Una vieja sabia, la favorita del sultán anterior, afirmaba que un eunuco con pene, en ciertas circunstancias, alcanzaba la erección, la cual adquiriría una dimensión formidable. Las mujeres pronto descubrieron que, más allá de sus encantos y habilidades, de los brebajes con que atosigaran a Somar y de los ungüentos que aplicaran en sus partes pudendas, no resultaría una tarea fácil.

El tiempo pasaba, y en tanto Somar abandonaba los últimos vestigios de la pubertad, las mujeres no perdían el interés y se empeñaban en alcanzar su propósito, convertido en el pasatiempo predilecto, al que daban casi la misma importancia que conquistar el favor del sultán. Acudían a hechiceras, sibilas, brujos y médicos, gastaban fortunas en filtros, drogas y pócimas, se embellecían, lo provocaban, aprendían nuevas técnicas de seducción, citaban de memoria párrafos del *Kama Sutra* y de *El Jardín Perfumado*, y, las habilidosas con el dibujo, copiaban de sus páginas las ilustraciones eróticas y las colgaban delante de Somar mientras lo excitaban. Todo en vano. Nada conmovía a ése apéndice largo e inerte.

Al final, el sultán zanjó la cuestión. Enterado de la obsesión de sus mujeres por el joven Somar, mandó castigarlas y decidió alejar al eunuco del harén, aunque se habría esperado que ordenase su ejecución; pero el sultán sentía afecto por el hijo que le había dado la cautiva francesa y decidió salvarlo, enviándolo lejos como guardián de su hermana, la princesa Kaira, que, en pocos días, partiría rumbo al Egipto para desposar a un califa cuya tribu ocupaba un vasto sector a orillas del mar Rojo. En el Mediterráneo, faltando pocas millas para avistar Alejandría, la saetía que transportaba a la hermana de Mustafá IV sufrió el ataque del pirata español Ciro Bandor, que terminó haciéndose con la nave, la tripulación, la dote de la princesa turca y los sirvientes.

Muchas mujeres habían acariciado a Somar, no con las caricias castas y algo torpes de Miora, que le pasaba las manos pequeñas y húmedas por las mejillas, sino con caricias escandalosas, que lo invadían y le exigían un estado que él nunca alcanzaba; ni siquiera lo conmovían, menos aún le prodigaban la dicha de ese instante en que Miora, envalentonada, le rozaba los labios con la punta del dedo.

Le pasó los brazos por la cintura y la obligó a arrodillarse delante de él; la atrajo contra su pecho y la besó en los labios. Se dio cuenta de que ella nunca había sido besada, y ese descubrimiento lo colmó de orgullo y de un sentido de posesión. La estrechó con ímpetu y la incitó con su lengua para que se abriera a él. Miora daba cortos gemidos, sujeta a los hombros de Somar.

—Yo también puedo darte placer en la cama —susurró el turco, con los labios en el cuello de Miora, que olía tan bien, a narciso, parecía.

—Este momento con usted, señor Somar, es el más hermoso de mi vida.

—Dime Somar, sólo Somar.

—No, usted es mi señor. Aunque yo sea propiedad del amo Roger, es a usted a quien pertenezco.

—Miora, ¿qué haré contigo? ¿Qué buscas? ¿Qué pretendes de mí?

—Que su merced me conceda todos los días un momento a su lado. ¿Podré regresar mañana por la noche? —Al verlo dudar, Miora se apresuró a añadir—: No seré una molestia, le aseguro. Estaré en silencio, mirándolo, o haciendo lo que su merced me indique. Siempre vendré limpia y perfumada. ¿No huelo bien?

—Muy bien.

—Es por la loción de narcisos, la que me regaló Apolonia, una de las muchachas de madame Odile. ¿Podré regresar mañana por la noche?

—Sí, podrás regresar. Y que Alá me perdone y te asista.

Expulsados los ingleses, el escenario de Buenos Aires cambió; los viejos actores se mezclaban con los nuevos, en tanto los discursos y las ideas de independencia

abandonaban sus escondrijos y salían a la luz; sus defensores se volvían osados.

Blackraven sostenía que la liberación del virreinato podía provenir tanto de Liniers —si afianzaba su autoridad y si obtenía el apoyo del gobierno francés— como de los criollos o de los comerciantes españoles del Río de la Plata, con Álzaga en el liderazgo. De las tres opciones, Blackraven juzgaba que la última se oponía a los planes de la Liga Secreta del Sur y que debía neutralizarla, lo que lograría apoyando al gobierno interino de Liniers, fortaleciendo su posición política y convirtiéndose en su principal auspiciante para alejarlo de la influencia napoleónica. El medio más certero para alcanzar su propósito sería patrocinar la organización del ejército y de la marina.

Liniers se hallaba en una posición precaria, con gran indisciplina en la tropa y desorden en las demás instituciones, que a menudo excedían sus facultades y se inmiscuían en los asuntos del virrey. En una situación de esa naturaleza, meditó Blackraven, otros considerarían peligrosa la falta de carácter de Liniers, posible detonante que terminaría por sumir la plaza en un estado anárquico, del que Álzaga sacaría provecho. Él, en cambio, apreciaba la debilidad del marino francés, pues le facilitaría la manipulación. Urgía apresurar los movimientos y adelantarse a los del monarquista vasco.

Asimismo, necesitaba ganar nuevamente la confianza del grupo de los criollos, en el cual Juan Martín de Pueyrredón había adquirido preponderancia, y seducirlos para que unieran sus fuerzas a las de la nueva autoridad. Se trataba de una jugada compleja, casi un acto de malabarismo, aunque no más difícil que otros urdidos en el pasado. Para Blackraven, la independencia del Río de la Plata se definiría como una partida de ajedrez.

—¿Cenaste anoche con Liniers, verdad? —le preguntó a su espía Zorrilla.

—Sí, excelencia.

—¿Estaban Mordeille y Duclos? —Blackraven preguntaba por los corsarios franceses cuyo desempeño en la reconquista les había granjeado la admiración de los porteños; para Blackraven, su presencia evidenciaba la intromisión del emperador Napoleón en los asuntos del Plata.

—Así es, excelencia. También cenaban con nosotros Fantin y Giraud. Había muchos oficiales; un gran desorden, debo decir. Cuando el edecán entró con una misiva de Popham, todos instaron a Liniers a que la abriese en ese momento, a pesar de que él protestaba que lo haría más tarde. Por fin la abrió, allí mismo, y todos lo rodearon. Algunos sostenían los ángulos de la carta y otros la leían por encima de sus hombros. La carta no decía nada de importancia —agregó Zorrilla—. Se refería al precio de unas pipas de vino que Popham tomó de un barco de Santa Coloma. Después se desató una discusión en la mesa, y, pese a que Liniers ordenó que cesara, la polémica siguió, y nadie prestó la menor atención al pedido del jefe.

—¿Hablaste con Liniers a solas?

—Sí, excelencia. Me comentó que en breve pasará a ocupar las habitaciones del virrey en el Fuerte.

—¿Se refirieron al ejército como te indiqué?

—Sí, excelencia. Liniers espera que los refuerzos ingleses que pronto llegarán lo encuentren con un ejército más organizado, pues el actual es una verdadera calamidad. No sólo carecen de armamento sino que necesitan botas para los soldados, monturas para la caballería, comida, uniformes, ni qué decir entrenamiento y disciplina. Liniers está al tanto de todo esto.

“Bien”, pensó Blackraven, “convertirme en el primer abastecedor del ejército del virreinato me brindará una posición inmejorable para manejar a su jefe”. Hasta dinero le ofrecería a través de su espía. Con Anita Perichon como amante y una caterva de hijos, no habría talego demasiado lleno para costear los gastos. No se lo ofrecería en forma directa para no levantar sospechas puesto que también quería convertirse en proveedor de su ejército.

—Zorrilla —dijo Blackraven, mientras abría un cofre y extraía tres bolsas de cuero con monedas—, mañana mismo pedirás audiencia con el capitán Liniers y le ofrecerás un préstamo de cuarenta mil pesos a una tasa, digamos, de un punto y medio anual, pagaderos en doce asignaciones.

—Es una tasa irrisoria —se animó a opinar el informante—. Sospechará de mi generosidad ya que es *vox populi* que la tasa de interés normal es de seis puntos al año.

—Esgrimirás que no eres un usurero sino un fiel servidor del rey. Convencerás a Liniers de que tome el dinero como una ayuda desinteresada para la constitución de un ejército que evite una nueva invasión. Le dirás que tan aciago acontecimiento arruinaría por completo tus negocios. Una vez firmados esos doce pagarés, me los traerás aquí de inmediato.

Blackraven no dudaba de que Liniers aceptaría el préstamo. No se destacaba por su moral, ni él ni su hermano el conde; todavía quedaban negocios poco claros en su pasado, y el *affaire* con la Perichon, llevado con tanta desvergüenza, sólo confirmaba la índole relajada del militar francés. “Será como arcilla blanda en mis manos”, concluyó Blackraven. Por fortuna, su relación con Liniers se desarrollaba en los mejores términos; no perdería tiempo y lo visitaría al día siguiente para ofrecerle ayuda. Él poseía lo que la tropa necesitaba: tasajo y galleta, cuero para botas, monturas y atelajes, géneros para uniformes, armas, plomo para balas, cuerda mecha, pólvora, y aquello que no tuviese a mano, tal el caso de caballos y mulas, cañones y morteros, lo obtendría.

En cuanto al grupo de los criollos independentistas, esa mañana, Blackraven había visitado al doctor Belgrano, el primero al que se aproximaba después de la

expulsión de sus compatriotas. Todavía no los convocaría a todos pues sospechaba que, a causa de la invasión inglesa, existían desavenencias entre ellos, por ejemplo, con Saturnino Rodríguez Peña, que de modo tan abierto había apoyado a Beresford. El doctor Moreno aún se encontraba en la villa del Luján, y de Castelli no sabía nada.

Belgrano había regresado a Buenos Aires pocos días después de la reconquista, de buen talante, a pesar de sus achaques, y con ganas de integrarse a la milicia y de instruirse en las cuestiones de la guerra. Se mostró suspicaz en un principio, y comentó, con gran tacto, que lo sorprendía la presencia de Blackraven en el Río de la Plata.

—Las autoridades del Cabildo me exigieron que abandonara la ciudad —admitió, con una sonrisa pagada—, aunque bastó una corta reunión con los alcaldes de primero y segundo voto, con el oidor Lavardén y el capitán Liniers para que el sentido común los convenciera de que mi estancia en Buenos Aires sólo redundaba en beneficios para el virreinato. Su merced conoce mi opinión acerca de las ocupaciones militares —agregó Blackraven, en tono intimista—. Las desapruébo. Las acciones de mis compatriotas me han contrariado y causado muchos problemas. Las autoridades de mi país deben entender que nada más conveniente para ambas partes que la independencia de estas colonias por completo abandonadas por la España.

—Excelencia —dijo Belgrano—, nosotros queremos al amo viejo o a ninguno.

—Entiendo.

—Lo cierto es que nos falta mucho para aspirar a la empresa que nos guíe a la independencia, y, aunque se realizase bajo la protección de la Inglaterra, estoy persuadido de que ésta nos abandonaría si se ofreciera un partido ventajoso a la Europa, y entonces vendríamos a caer bajo la espada española otra vez.

—Me atrevo a disentir con su merced —apuntó Blackraven— en ambos conceptos. En cuanto a que falta mucho para aspirar a la independencia, la situación indica lo contrario. Ha sido el pueblo de Buenos Aires, sin autoridad española alguna, el que ha expulsado al invasor, y lo ha logrado sin envío de armamento ni de dinero. Eso ha elevado la moral del pueblo, llevándolo a pensar que el sueño independentista está al alcance de la mano. En cuanto a la protección de la Inglaterra, vosotros no la necesitáis, ya os lo he marcado en incontables conversaciones que sostuvimos en el pasado. Vosotros podéis y debéis organizaros. La creación de un ejército es el primer paso, y en esta tarea, la experiencia y el conocimiento del capitán Liniers serán de enorme valía.

Zorrilla carraspeó, y Blackraven volvió a la realidad; apartó el puño de su boca y levantó la vista.

—Zorrilla —dijo, y empujó las bolsas con monedas hacia su informante—, en estos talegos hay cuarenta y cinco mil pesos. Le entregarás la suma indicada al capitán Liniers y te quedarás con el resto en compensación por tus servicios.

—Gracias, excelencia.

—Como ya te dije, mañana concurrirás al Fuerte y pedirás audiencia con Liniers. Cuanto antes concluyamos este asunto, mejor.

—Apenas cuente con los doce pagarés firmados se los haré llegar, excelencia.

Blackraven asintió.

—Ahora dime, ¿qué novedades tienes acerca de Álzaga?

—En su círculo íntimo se comenta que pretende postularse para alcalde de primer voto el año entrante.

—¿Cuándo serán esas elecciones?

—El mismo primero de enero. A las nuevas autoridades, las eligen los miembros del Cabildo saliente, aunque se precisa una confirmación del señor virrey para poner en posesión a los funcionarios electos.

Blackraven recordó que los alcaldes ordinarios, es decir, los de primero y segundo voto, tenían a su cargo la justicia del común —la de aquéllos sin privilegios, fueran españoles, negros o indios— en su primera instancia. Dichos alcaldes entendían por turno en los asuntos civiles y criminales, y el bastón o vara de justicia que blandían era el símbolo de su investidura. Como en general estos funcionarios desconocían la materia de derecho, costeaban de su bolsillo los servicios de un asesor letrado, y en la mayoría de los casos se limitaban a suscribir las sentencias aconsejadas por aquéllos.

—¿Quién fue el asesor letrado de Álzaga cuando fue alcalde en el 95? —se interesó Roger.

—El doctor Manuel Zamudio, pero murió poco después, algunos insinúan que debido a las penas y disgustos que padeció como letrado de Álzaga. En el 95 aconteció aquél nefando asunto, el de la conjura de los franceses, en el cual Álzaga estuvo muy involucrado. Se dice que mandó torturar más de dos veces a los reos, algo prohibido y muy mal visto. Durante aquel año, don Martín se granjeó la antipatía de muchos.

Blackraven contempló a su informante con aire reflexivo.

—Zorrilla, piensa qué leguleyos podrían resultar idóneos para ocupar el cargo de asesor letrado de Álzaga el año que viene, y comunícame sus nombres de inmediato. ¿Qué has sabido del negocio de Álzaga? —preguntó, sin pausa.

—Se dice que don Martín está preocupado, que uno de sus agentes ha viajado a Córdoba para visitar a su cliente más importante, pues éste no ha realizado su habitual pedido. Además, envió a su edecán a hablar con don Sixto Parera, un minorista de aquí, de Buenos Aires, el cual no sólo es cliente de los almacenes de Álzaga sino que le debe una fuerte suma de dinero. Parece que el buen hombre, ante la presión, confesó haber adquirido mercadería a otro abastecedor. Supe también —acotó Zorrilla— que pronto será exigible una deuda importante que Álzaga mantiene con la Casa Ustáriz y Compañía, su mayor proveedor gaditano. Y anda falto de

liquidez. Esto lo tiene más preocupado aún.

Blackraven guardó silencio, la mirada detenida en un punto.

—Es casi medianoche —dijo de pronto, y se puso de pie— y te he retardado aquí más tiempo del necesario. Buen trabajo. Puedes marcharte. ¡Somar! —El turco debió de estar tras la puerta ya que apareció al instante—. Escolta al señor Zorrilla a su casa. Lleva una fuerte cantidad de dinero.

—De acuerdo, milord.

—Buenas noches —se despidió el informante, y abandonó el despacho.

Somar aprovechó para anunciarle a Blackraven que O'Maley lo aguardaba.

—Hazlo pasar —concedió, aunque estaba cansando, y el anhelo por encontrarse a solas con su esposa lo volvía impaciente.

Resultaba obvio que Edward O'Maley no había pasado por su casa para desembarazarse de las huellas de un largo viaje. Blackraven le sirvió un brandy.

—Ni rastro de Galo Bandor, excelencia —informó el irlandés—. Mis hombres y yo hemos cubierto las posibles vías de escape. Nadie ha visto ni oído sobre un hombre de tales características.

—Pudo haber pasado inadvertido.

—Es posible, aunque un sujeto con las señas tan marcadas de Bandor (rubio, de ojos verdes, de piel clara y tan alto) no es fácil de olvidar en estas tierras. Además, anda con sus cinco marineros, a menos que, para desorientar, hayan tomado rumbos distintos.

—En tu experiencia —lo instó Blackraven—, ¿qué opinas? ¿Bandor ya se encuentra en alta mar o sigue rondando Buenos Aires?

—En mi opinión, Bandor aún sigue en Buenos Aires. ¿No considerará su merced una impertinencia si me atreviese a preguntar por el estado de ánimo de la señorita Bodrugan?

Blackraven conocía el afecto que sus hombres, sobre todo los espías del Escorpión Negro, le profesaban a Amy.

—¿Sabes, Edward? Tu querida Amy me desconcierta. Pensé que, a causa de la huida de ese mal nacido de Bandor, estaría de un humor de los mil demonios. En cambio la encuentro taciturna, te diría deprimida.

—Lo siento, señor.

—Zorrilla acaba de informarme que Álzaga anda falto de liquidez, y que pronto la Casa Ustáriz le exigirá el pago de una factura abultada. Mañana mismo ponte en contacto con tu informante y pídele ver los libros. Quiero ratificar o desechar esta información. En cuanto a Bandor, que tus hombres sigan buscándolo.

—¿Los mando al Cangrejal, excelencia?

—No. Hay una fuerte guardia apostada en la *Butanna*. Dudo de que se atreva a acercarse. Si logra escapar del Río de la Plata, lo hará en otro barco.

—Somar acaba de contarme, excelencia, que su merced sufrió un ataque la noche pasada. ¿Galo Bandor, quizá?

—No lo sé —admitió Roger—. Se trataba de un africano, fuera de la media, con un físico de titán.

—¿Más alto que su merced? —se pasmó O'Maley.

—No me pareció que fuese más alto que yo, aunque su fuerza era abrumadora. El irlandés soltó un silbido y agitó la mano.

—Ninguno de los marineros de Bandor presenta esas características, excelencia.

—Ninguno, es cierto.

—¿Está pensando en ese sicario, el que contrató Fouché?

—Imposible saber. Podría ser un simple salteador, un esclavo resentido con los ingleses, un enviado de Galo Bandor o La Cobra misma. En esta instancia y con tan poca información, imposible saber. Ahora vete, O'Maley. Tú no luces mejor que yo. Un buen descanso nos sentará de maravillas.

—Así es, excelencia. Buenas noches.

Apenas entró en su dormitorio, Blackraven notó que Melody escondía el retrato de Jimmy bajo las sábanas y que se secaba las lágrimas deprisa, con el dorso de la mano. En silencio, evitando mirarla, se quitó la chaqueta y la colocó sobre una silla. Caminó hacia la cabecera y se sentó en el borde de la cama. Contempló a Melody con seria atención antes de besarla en los labios.

—No me ocultes tu dolor por su muerte. No me ocultes nada.

—No se trata de ocultarte sino de no ser otra carga para ti. Siempre luces tan preocupado. Siempre estás tan atareado. Hoy estuviste de aquí para allá, a pesar de tu herida en el costado. —En tanto hablaba, Melody le acariciaba el ceño, buscando relajarlo—. A veces creo que tantas responsabilidades te abruma y no te dejan ser feliz.

—Isaura, tú eres mi fuente de alegría, mi refugio, mi única felicidad. No vuelvas a pensar que eres una carga para mí. Cuando la jornada me pesa y los problemas me fastidian, sólo necesito recordar el momento de solaz que compartiré contigo por la noche para recobrar el buen ánimo.

—¿De veras? ¿Piensas en mí a menudo? —se interesó, con acento divertido y aire travieso, mientras le desataba la lazada y le desabrochaba la chupa.

—Sabes que sí —fue la respuesta susurrada mientras la besaba en el cuello y le pasaba las manos por el vientre—. ¿Está dormido?

—Después de darle puntapiés a su madre toda la tarde, terminó durmiéndose. Creo que su hijo, excelencia, ha heredado su temperamento.

—Ah, será un gran hombre, entonces —se mofó Blackraven.

—Y voluntarioso como una mula, y con un carácter difícil también. Bastante orgulloso, por cierto. Y muy celoso.

Blackraven rió de buena gana y la besó.

—Te pareces a mi madre cuando se queja de mí. A ver, muéstrame el retrato de Jimmy, el que ocultas entre las sábanas. —Melody lo extrajo del rebozo y se lo entregó—. De veras se trata de una obra excelente. ¿Quién dices que lo hizo?

—El esclavo de don Juan Martín —Melody hablaba de Pueyrredón—. Su nombre es Fermín Gayoso. Es tan bueno, Roger, y dibuja mejor que cualquier maestro que yo haya conocido. ¿Sabes? Tiempo atrás, cuando el Consulado fundó la Escuela de Dibujo, se le prohibió el ingreso por ser negro. ¿Puedes concebir tanta injusticia?

—Cariño, a veces creo que no perteneces a este mundo. ¿Por qué te sorprendes tanto? Tú, mejor que nadie, sabes que los esclavos son considerados menos que perros.

—No lo tolero, Roger, no soporto tanta iniquidad. ¿Sabes lo que me contó hoy Leocadia, una tercerona del convento de las Capuchinas? —Blackraven, divertido, negó con la cabeza—. ¡Pues que las monjas se han amotinado porque sospechan que una que acaba de profesar tiene sangre negra! Le han exigido a la madre superiora que les enseñe el certificado de pureza de la pobre diabla, so pena de seguir adelante con el motín y armar tremendo escándalo. ¿Puedes creerlo, entre religiosas? ¿Qué clase de cristianas son?

—Lo que más amo de ti es que no hayas perdido la capacidad de sorprenderte de la malicia de este mundo. Amo el modo en que te enfureces, cómo abres los ojos, cómo mueves tus manos. Me excitas de cualquier forma, pero enojada me vuelves loco.

Le apretó la cintura engrosada, la atrajo hacia él y hundió su cara entre los pliegues de batista que le cubrían los pechos y que olían a *frangipani*.

—¿De veras te gusta el retrato que dibujó Fermín?

—Sí, de veras. ¿Por qué presiento que estás aprovechándote de mi actual estado de debilidad por ti para sonsacarme algo?

Melody se cubrió la boca para ocultar una risa bribona, como de niña traviesa. Blackraven la tomó por la nuca y la besó sin contemplaciones, penetrándola con la lengua, devorando sus labios, mordiéndolos, chupándolos.

—Vamos —la urgió—, pídemelo lo que quieras. Mi resistencia no durará mucho más, y ya no tendré paciencia para escucharte.

—¿Podríamos contratar a Fermín Gayoso para que pinte los retratos de los niños, incluso uno mío y tuyo, juntos?

—Sí, sí, que Fermín Gayoso pinte también los retratos de Sansón y de Arduino, y el de todos los esclavos, si quieres. ¿Qué podría negarte? Nada, lo sabes.

—Si no puedes negarme nada, seguiré pidiéndote.

—Estoy seguro de que me exigirás vestidos fastuosos, joyas y afeites a precio de oro, ¿verdad? ¡Eres tan frívola, esposa mía! Terminarás por llevarme a la bancarrota.

Melody estalló en un acceso de risa y terminó abrazada al cuello de Blackraven, entre abiertas carcajadas.

—¿Ahora soy tu monigote que ríes de este modo?

—Me causó gracia lo que dijiste; tu gesto también.

—¿Qué deseas pedirme? A ver, dime, ¿qué es eso que tanto deseas?

Melody carraspeó y, agitada aún, le explicó que necesitaba un abogado.

—¿En qué lío te has metido? ¿Es para tu hospicio?

—¡Oh, no, no es para mí! Es para Antolín, el mulato que vende mazamorra en el Fuerte y en el atrio de San Ignacio, ése que pregona: “Mazamorra con miel para que se le vaya la hiel. Mazamorra con azúcar para la dama pituca”. —Blackraven, riendo, dijo que no lo conocía—. En fin, al pobre Antolín lo han condenado a una sentencia injusta y excesiva. El alcalde del barrio de Monserrat lo enviará a la frontera a servir en el ejército durante ocho años. ¡Ocho años! ¿Y sabes por qué? ¡Por recitarle un piropo a Melchora Sarratea! Ella ha denunciado que ha sido insultante. ¡Que ni se lo merece, la muy insulsa! No te rías, Roger. Esto es serio. Resulta casi improbable que subsista en las condiciones en que viven los reos en aquellos parajes perdidos de la mano de Dios. Debemos actuar antes de que lo trasladen al sur. ¿Quién crees que podría ayudarlo?

—Isaura, amor mío —suspiró, y apoyó la frente en la de su esposa—. Yo lo ayudaré, por ti, sólo por ti, para verte contenta. Deja el asunto en mis manos. Ya deja de preocuparte. Mañana iré a casa del doctor Moreno. Quizás haya regresado del Luján y se avenga a sacar a tu querido Antolín de este aprieto.

—Estoy segura de que querrá ayudarnos —opinó Melody, y su entusiasmo complació a Roger—. Verás, me contó Lupe que en Chuquisaca ayudaba a los indios explotados por los encomenderos. Es un hombre con un gran sentido de la justicia.

—También me ocuparé de contratar los servicios de Gayoso. Tengo pendiente una visita a casa de Pueyrredón. Hablaré con él y le pediré que autorice a su esclavo a realizar ese trabajo para ti.

—¡Gracias, gracias, cariño! Papá Justicia me contó que Fermín...

La acalló con un beso.

—Basta de los asuntos de los esclavos. Ahora cuéntame de ti mientras tomo un baño. —Comenzó a quitarse las botas—. Anda, dime qué hiciste hoy. No, no salgas de la cama. Te enfriarás.

—En absoluto —objetó, mientras se ponía la bata de lana—. Trinaghanta acaba de agregar brasas en el copón. Está muy agradable aquí, ¿no crees? —Melody siguió hablando al tiempo que aprestaba una pastilla de jabón de benjuí, las toallas, la navaja para afeitar y otros utensilios—. Aunque temo que el agua para tu baño se haya enfriado. —Levantó la frazada que cubría la tina y sumergió la mano—. Ah, qué bien. Está perfecta, cariño.

Alzó la vista. Su sonrisa se desvaneció lentamente a medida que sus ojos vagaban por la figura desnuda de Blackraven. Él la observaba con esa expresión que reflejaba su ansiosa codicia, y que todavía le robaba el aliento y la hacía sentir hermosa. La desnudez de él aún la afectaba como en la ocasión del río meses atrás: la dejaba quieta; y también como en aquella ocasión, a pesar de ir vestida, se sintió incómoda y en desventaja, quizá por la soltura con que Roger se mostraba, como si estar desnudo fuese su estado natural, como si enseñarle su cuerpo lo llenara de satisfacción.

Demoró su atención en la venda que le ceñía el torso. Caminó hacia él y, sin mirarlo, se la quitó. Los labios de la herida, unidos por los puntos del sedal, se habían cerrado formando una línea seca y de buen color. La acarició con la punta de los dedos y percibió que lo recorría un ligero temblor y que se le erizaba la piel.

—Eres tan hermoso —le dijo en un susurro, con la boca pegada a su piel.

La respiración de Blackraven se volvía pesada y ruidosa en tanto Melody profundizaba su inspección y le tocaba y le besaba las marcas del pecho y de los brazos.

—Ni siquiera escuchaste cuando te pedí que te quedaras quieto por el día de hoy —protestó—. Sólo anoche te hicieron esa herida en el costado, Roger. ¿Por qué eres tan duro y exigente contigo? ¿No entiendes que me angustia que no te cuides, que seas tan temerario? ¿Qué sería de mí y de nuestro hijo si algo te ocurriese?

Blackraven no contestó. Melody se había puesto de rodillas y, con el delicado roce de sus dedos, le hacía unas cosquillas enervantes mientras estudiaba las cicatrices que encontraba al separarle el vello de las piernas. “Esta marca es muy nueva”, pensó, “al igual que ésa que acabo de ver en el antebrazo derecho”, y, aunque intrigada, no quiso preguntar. En cambio, se llenó la boca con el pene de Roger, que había crecido delante de sus ojos. Él profirió un quejido profundo y le sujetó la cabeza, pegándola a su pelvis.

Blackraven quería apreciar cada detalle: los dedos de ella hundidos en la carne de sus glúteos, las caricias de su lengua sobre el glande y la delicada fricción de sus dientes. La había moldeado a su gusto, y aun así notaba la inexperiencia de Isaura, falta que en otra mujer lo habría impacientado, en ella operaba el efecto contrario, lo enardecía.

—¡Dios, cómo me haces temblar!

La llevó a la cama donde le indicó que se colora a gatas. Le levantó el camisón y le bajó los bombachos. Le acarició el trasero, tan blanco y mórbido, se lo besó, se lo mordió, le pasó la lengua por la hendidura, mientras le tocaba el vientre y los senos, satisfecho con su peso y redondez, no le cabían en las manos. Esa plenitud de Isaura lo conmovía, la generosa feminidad de su cuerpo exacerbaba su hombría, le provocaba una gran satisfacción.

Melody respiraba por la boca, y se mezclaba su resuello con los gemidos de

placer.

—Roger, por favor —la oyó suplicar.

Se hundió dentro de ella y permaneció inmóvil, con el respiro sujeto, atento a dominar lo inminente. Como reacción, la vio arquearse, levantar la cabeza, soltar un quejido, acomodarse para devorarlo con su carne, apretada, húmeda, caliente. Reanudó los movimientos con lentitud, oprimiéndole las caderas para preservar el control. “Le dejaré marcas”, pensó, “siempre la lleno de marcas”, y esa idea, de marcarla con su impronta, le arrebató el precario equilibrio y envió al olvido los miramientos. Estiró el brazo, la sujetó por la nuca y llevó las sacudidas a un ritmo cada vez más brusco, más grosero, más ruidoso.

A Melody la fascinaba la expectación por el orgasmo tanto como el orgasmo mismo. Llegaría, de un momento a otro, y esa marea de placer la devastaría. La seguridad de que se trataba de una chispa fugaz que podía esfumarse le agarrotaba el cuerpo y le hacía perder toda conciencia a excepción del interés por ese punto entre sus piernas que crecía y que terminaría por explotar. Las ansias de Roger la envolvían, ya no estaban separados, eran una sola carne palpitando al unísono, ella lo contenía a él, como contenía a su hijo, ambos le pertenecían, eran sólo de ella.

Acabaron en medio de gritos y exclamaciones en inglés que después los llevarían a preguntarse si habrían despertado a los niños. Siempre sucedía lo mismo, se proponían moderar su alivio y después lo olvidaban.

Melody había caído de costado sobre la cama en deferencia a su barriga. Blackraven, pegado a su espalda, respiraba agitadamente con la frente en su omóplato. Él todavía conservaba la tensión del orgasmo, y le apretaba las caderas con el ímpetu de segundos atrás; así como antes Melody no lo había notado, ahora se daba cuenta de que le hacía doler.

—Tócame el vientre —le pidió, y él metió la mano bajo el camisón.

—Deseaba sentirlo moverse dentro de ti.

—A veces, cuando pasan muchas horas y no lo siento, me angustio —le confesó—. Temo que algo le haya sucedido. Entonces, me recuesto de este modo, que a él tanto le disgusta, y el alma me vuelve al cuerpo cuando comienza a patearme. No me importa enfadarlo.

—¿Cómo sabes que no le gusta esta posición?

Melody se sacudió de hombros.

—Simplemente lo sé.

—Quizá se mueve de contento.

—No. Sé que le molesta.

Blackraven comprendió que el vínculo entre Melody y ese niño estaba fuera de su alcance, se trataba de una unión que iba más allá de él, de su discernimiento, y lo asombró que, siempre tan posesivo en relación con su esposa, en lugar de celos,

experimentara pura alegría. Para él, Melody y el bebé constituían una sola cosa: su vida.

Pasado ese silencio, Blackraven dijo:

—Te amo, Isaura. No, esto que me une a ti es más que amor. No sé lo que es, no sé cómo explicarlo.

La abrazó con un fervor contenido que le provocaba temblores, y Melody percibió infinito amor en aquel acto, aunque también miedo y algo de enojo.

—Es una clase poco común de amor —explicó ella—. Es amor eterno. —Se dio vuelta y se cobijó en su cuerpo—. Nunca se acabará, Roger, y ni el tiempo ni la muerte podrán con él. Roger Blackraven —dijo, al rato—, amor de mi vida, única razón de mi existencia.

Le sonrió, y, por un instante, él se distrajo, fascinado al ver cómo la sonrisa le llegaba a los ojos. Isaura era incapaz de ocultar el alma, cada una de sus expresiones reflejaba su auténtica emoción, él no le conocía gestos impostados.

—Dulzura mía —susurró, y le besó la punta de la nariz—. ¿Tomarías un baño conmigo?

Apenas la vio asentir, la ayudó a quitarse la bata y el camisón, y le deshizo la trenza, y el cabello se esparció sobre su espalda, más abundante y terso de lo que recordaba, ya le cubría el trasero.

—Tu pelo es magnífico, aunque ahora luce distinto, más hermoso si eso es posible. Nunca lo habías llevado tan largo.

Blackraven se alejó, buscando el mejor ángulo, hasta alcanzar una perspectiva donde la apreciara, al mismo tiempo, de frente —sus carrillos más llenos, sus pechos enormes de rosados pezones, su barriga de seis meses, sus piernas y caderas redondeadas— y de atrás gracias al espejo de caballete.

—Si no me enfureciera la idea de que otro te viese desnuda, te haría pintar así, tal como te encuentras ahora, con tu hermoso trasero en el espejo.

—Tú podrías pintarme —dijo Melody—, no te resultaría difícil. Con que dibujases una bola con peluca sería suficiente.

Blackraven se echó a reír. Volvió junto a ella y la abrazó, riendo aún, y le mordisqueó los hombros mientras le aseguraba que lucía tan apetitosa que la comería. Ella se agitaba a causa de las cosquillas, reía y le pedía que se detuviese. Poco a poco, al percibir su pequeñez y vulnerabilidad, una tierna emoción cambió el talante de Blackraven, y acabó con el juego. La mantuvo apretada contra su pecho y le costó apartarla de él.

—Vamos a la tina.

Admiró la habilidad con que Melody se recogía el cabello en la base de la nuca y lo sujetaba con unas presillas. Él se acomodó primero, y le tendió la mano para ayudarla a sentarse con la espalda pegada a su torso.

La circundó con las piernas y con los brazos, y descansó las manos sobre su vientre; el niño no se movía. Le besó el hombro y las marcas del carimbo a las que se había acostumbrado tanto como al resto de los lineamientos de Melody, y sonrió al comprobar que ella no se incomodaba. Parecía que habían pasado años desde la noche en que le confesó que las tenía.

Iniciaron una conversación serena, en susurros.

—¿Crees que mi hermano Tommy esté bien, allá, en alta mar?

—¡Voto a Dios que sí!

—Él ha sido siempre tan libre, Roger. Me pregunto si se acostumbrará al confinamiento y a la disciplina de un barco. El capitán Malagrida estuvo contándome que, en un barco, la disciplina lo es todo. No sé si Tommy estará a la altura.

—Eso déjalo en manos del capitán Flaherty. Él sabrá instilar en tu hermano un poco de cordura. De igual modo, el muchacho aprendió una lección en las mazmorras del Cabildo y no creo que se comporte con la misma liviandad de cascos del pasado.

—Roger, gracias por haber ayudado a Tommy a pesar de los problemas que nos ha causado.

—Una vez, tiempo atrás, te dije que haría cualquier cosa por ti. ¿Lo has olvidado?

—Melody negó con la cabeza—. Cualquier cosa —subrayó, mientras la besaba detrás de la oreja—. Cariño, la semana que viene emprenderé un viaje hacia la Banda Oriental por asuntos de negocios. Serán unos pocos días.

—¿Qué negocios? —preguntó, con desánimo.

—Doña Rafaela del Pino...

—¿La virreina vieja?

—La misma. Ella me ofreció una participación en unas canteras de cal que posee en la Banda Oriental, a pocas millas al norte de Montevideo.

—¿Conoces a doña Rafaela, pues?

—Era muy amigo de su esposo.

—¿El que ocupó el puesto de virrey antes de Sobremonte?

—El mismo. Don Joaquín fue de los primeros amigos que tuve al llegar a Buenos Aires. Doña Rafaela me tomó mucho afecto, y yo a ella, siendo como es una mujer entrañable. Me expresó que desea conocerte.

—¿Cuándo regresarás?

—En quince días, no más.

—¡Quince días!

—Pasarán como un suspiro.

—Dicen que la flota inglesa está sitiando el puerto de Montevideo. ¿Cómo harás para llegar? No quiero que te expongas.

—Quédate tranquila, nada malo me ocurrirá. Confía en mí. —Para distraerla, le preguntó—: ¿Fuiste hoy al hospicio?

—Sí. Me acompañó Simonetta Cattaneo. Quedó muy impresionada con la obra y ha prometido ayudarnos. Tengo la impresión de que es una mujer muy rica.

Blackraven hizo una anotación mental: pedirle a O'Maley que siguiera los pasos de la italiana y la investigara. Melody estaba aficionándose a su compañía, y, a pesar de que jamás salía sola —Milton, Shackle o Somar la escoltaban—, él no tendría paz hasta despejar las sospechas. Si bien no conocía a la tal Simonetta Cattaneo en persona, daba crédito a los rumores que la tenían por una mujer peculiar, más bien excéntrica.

—¿Por qué crees que es rica?

—Por las ropas que lleva, por sus joyas, por lo que cuenta de su vida en la Italia. Pero no la juzgues como ostentosa o pedante, por el contrario, es de espíritu sencillo, y lo que me ha referido ha surgido naturalmente en nuestras conversaciones.

—Volviendo al tema del hospicio —dijo Blackraven—, recuerda que debes dejar en manos de Somar el manejo de los alarifes, carpinteros, pintores y demás menestrales. No quiero enterarme de que entras en tratos con ellos, Isaura.

—Quédate tranquilo, de eso se ocupa Somar.

—Mañana cenaré en casa de los Montes.

—¿Pilarita está de regreso? —se alegró Melody.

—Sí, llegó ayer con los niños de San Isidro, aunque el barón hace días que está en la ciudad, por asuntos de sus negocios.

—Le escribiré una carta y tú se la llevarás, ¿verdad, cariño? —Blackraven dijo que sí—. Tengo tantos deseos de verla. ¿Crees que se escandalizaría si la invitase a casa a pesar del luto?

—¿No aseguras siempre que Pilar Montes es una mujer sensible y de criterio?

—Sí. De igual modo...

—Yo le pediré que venga a visitarte. Quiero que, poco a poco, retomes tu vida.

—Oh, pero si he llevado una vida casi normal. No he observado el luto para nada. Debo de ser la hablilla de todos los salones.

—No es verdad. Aún vistes esos ropajes negros, los postigos del frente siguen cerrados, madame Odile no puede visitarte, tampoco tus otras amigas, y sólo sales para oír misa, para visitar el cementerio o las obras del hospicio. Dentro de pocos meses, esta casa se llenará de alegría con motivo del nacimiento de mi primogénito, y, para cuando él llegue, no quiero vestigios de tristeza a su alrededor. Así lo querría Jimmy.

Aunque se quedó callada, Blackraven no percibió que Melody se hubiese ofendido o que hubiese caído en un estado melancólico.

—¿Quieres que te afeite? —la escuchó decir, y su carácter animado lo tranquilizó.

—No, quédate aquí, junto a mí, un momento más, al menos hasta que el agua se enfríe. Sólo entre mis brazos tengo la certeza de que estás a salvo. El resto del tiempo

me sumo en un gran desasosiego.

—Yo, en cambio, desde que estoy contigo, me siento segura y a nada temo. Siempre vivía con miedo desde la muerte de mi padre. —Incluso antes de terminar la frase, Melody deseó no haber mencionado su pasado; sabía cuánto lo entristecía—. ¿Sabes una cosa? —se apresuró a decir—. Sospecho que Somar está enamorado de Miora. Ella lo está de él. Me lo confesó días atrás.

—Isaura —expresó Roger—, deberías prevenir a Miora para que no se ilusione en vano.

—¿Te refieres a la condición de Somar? ¿A que es un castrado?

—¿Lo sabías?

—Es lo que se murmura acerca de él.

—O sea que Miora está enterada de la condición de Somar.

—Sí, y no le importa.

—Vaya. Eso sí que es inesperado.

—Yo sería tan feliz si Somar y Miora se casasen.

Giró para estudiar la reacción de su esposo, y él sonrió, movido por la simpleza de ella, por su capacidad para alegrarse de la dicha ajena.

—¿Lo desaprobarías, Roger?

—Si Somar y Miora desearan casarse, ¿qué tendría yo que decir? ¿Qué fundamentos esgrimiría? Además, ¿podría oponerme contigo de parte de ellos?

Melody echó la cabeza hacia atrás y, medio de costado, tomó el rostro de Blackraven con ambas manos y lo besó en la boca. Él permaneció quieto para concentrar la atención en la esponjosidad de esos labios sobre su boca, que se movían con deliberada lentitud, como si de lánguidas caricias se tratase. Melody llevó las manos a la nuca de Roger y profundizó el beso, incitándolo con la lengua, pasándola por su paladar y sus encías, hasta que él la tomó en su boca y la succionó entre sonidos eróticos y jadeos.

—Oh, por Dios, Isaura.

Melody adivinó la urgencia de Blackraven en el apremio de sus manos, que la sujetaron por la cintura y la levantaron para deslizarla sobre su erección, lentamente, en ese medio acuoso y cálido, hasta sentirlo alojado en la profundidad de su ser, duro, caliente, palpitando. Dada la posición, no podía verlo; entonces, dejó caer los párpados e imaginó los gestos que acompañaban a sus gemidos; él solía apretar los ojos o morderse el labio inferior para no ser tan ruidoso; su nuez de Adán subía y bajaba muy rápido, y a veces profería un grito mudo y se quedaba en suspenso, con la boca abierta y sin aire, en tanto sus embestidas se volvían lentas, aunque, paradójicamente, más bruscas; esa inflexión se rompía con un lamento oscuro y áspero, que siempre la estremecía y la excitaba, pero que, por encima de todo, la hacía pensar en la fuerza del cuarto arcano, en su imperio, y enseguida anidaba en

ella un sentimiento primitivo de sumisión y entrega. Amaba conocerlo en la intimidad, cuando él se despojaba de la armadura y le enseñaba, confiado, su debilidad por ella. Amaba la intimidad que compartían.

Con el brazo derecho se sujetaba a la nuca de Blackraven, mientras le clavaba los dedos de la mano izquierda en el antebrazo, notando la tensión en los músculos y en los tendones a causa del esfuerzo de levantarla y penetrarla una y otra vez. Temió que su herida del costado se abriera y, a punto de mencionárselo, desistió, convencida de que Blackraven se había sometido a ese impulso frenético y no podría ni querría detenerse. Sus vaivenes agitaban el agua y formaban pequeñas olas que desbordaban la tina y mojaban el entablado.

Melody se mordió el puño para no gritar y, sin darse cuenta, entrelazó los dedos en el cabello de Blackraven, tirándoselo cruelmente a medida que alcanzaba la cúspide de un placer oscuro y embriagante. Lo oyó jadear, y un momento después sintió que le apartaba el puño de la boca.

—Dime, Isaura, quiero saber, ¿te gusta tenerme tan dentro de ti?

—Sí —balbuceó ella, y asintió con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—¿Dónde te gusta que te toque? ¿Aquí? —Le frotó la palma de la mano sobre los pezones endurecidos.

—¡Sí, ahí! Ahí, Roger —añadió, con voz desfallecida—. Sal de mí y vuelve a entrar —le pidió—. Más profundo esta vez. Te quiero más dentro de mí.

Él obedeció, y ambos acompañaron la nueva penetración con un soplido ronco.

—¿Sabes? Tienes los pechos más hermosos que conozco. —Los sujetó con ambas manos, sin detener el movimiento de sus pulgares sobre los pezones, provocándole a Melody una sucesión de grititos ahogados—. ¡Eres tan estrecha! ¡Ah, cómo me calientas cuando te mueves así! Sigue haciéndolo, no te detengas.

Cada palabra que le dirigía tenía el propósito de llevarla de nuevo al orgasmo, de intensificarlo y prolongarlo. Melody sacudía la cabeza de lado a lado, y los contoneos de su trasero sobre la pelvis de Blackraven hablaban del delirio frenético que la dominaba. Como siempre, ya se había olvidado de los niños y de los sirvientes y gemía con libertad.

—Hazme saber que amas tenerme dentro de ti.

—¡Sí, Roger, sí!

—Pídeme que te penetre más profundamente. Me enloqueció que lo hicieras.

—Por favor. —La súplica se deslizó como un sollozo—. Por favor, más profundo.

Blackraven separó un poco las piernas, y si no hubiese sostenido a Melody por las nalgas, ésta habría terminado en el fondo de la tina. Ella sentía cómo el pene de él crecía y se introducía aún más.

—Yo amo hundirme en tu carne, muy profundo. Que me contengas, amo que me contengas dentro de ti. Sólo a mí me deseas. Sólo piensas en mí. Anda, dímelo.

—Sólo te deseo a ti, amor, sólo a ti.

—Tú eres mía, tu cuerpo es mío —insistía, con una fiereza que igualaba la manera exigente de su técnica amatoria.

Blackraven exhaló un respiro pesado, y ya no volvió a hablar hasta que, entre lamentos lascivos, pronunció en inglés, con voz tirante:

—*Isaura, my love! Oh, Jesus!*

En cierto sentido, esa experiencia era tan novedosa para Blackraven como para Melody, pues, a pesar de haberse acostado con tantas mujeres, en realidad, Roger nunca había experimentado la fusión de cuerpos y almas que se producía cuando tomaba a su esposa en esa rendición a ciegas, libre de suspicacias y mezquindades, y ahí radicaba el secreto que volvía diferente y novedoso un acto tan conocido para él. Después de retirarse del cuerpo de Melody, ellos seguían fuertemente unidos.

—Sólo a ti te he hecho el amor —le confesó, siguiendo el hilo de su pensamiento, tan agitado que Melody no lo entendió—. Sólo a ti te he hecho el amor.

Tardaron en recuperarse, y dejaron la tina porque les daba frío. Melody se tambaleó con los ojos cerrados y la piel erizada, y Blackraven debió secarla y ponerle el camisón. Por fin, apagó las bujías y se metió en la cama. Estrechó el cuerpo tibio de Melody y soltó un suspiro de satisfacción. A pesar de la oscuridad, los rescoldos echaban una luz ámbar sobre sus rasgos. Se contemplaron en silencio, demasiado emocionados y perplejos para hablar.

—Me haces tan feliz —susurró él.

—La mañana en que te conocí —dijo Melody—, no imaginé que Dios me tuviera preparado este regalo. Nunca imaginé que Dios me lo daría todo.

Capítulo XV

Una mano le acariciaba la frente y una voz familiar la instaba a despertarse, Melody se daba cuenta de ello, pero no conseguía despegar los párpados.

—Señora —insistió Trinaghanta—, ¿quiere que le traiga el desayuno?

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

“¡Qué tarde!”, pensó, mientras estiraba el cuerpo, y la sensación de placentero dolor que le corría por las piernas, los brazos y la espalda le traía a la memoria la noche de escandalosa pasión con Blackraven.

—¿Y mi esposo?

—El amo Roger también se levantó tarde. Desayunó y se marchó a casa del doctor Moreno. Me ordenó que la dejara dormir.

Cerca del mediodía, Melody pasaba tiempo con los niños en el salón de estudios cuando Gilberta solicitó unas palabras con ella.

—Se trata de la negra Escolástica —le explicó, y se refería a una esclava del Retiro, a quien Melody le había tomado especial afecto—. Está llora que llora en la cocina y pide hablar con vuestra merced. Aunque todavía no es la hora de la siesta, a Siloé y a mí nos pareció que vuestra merced desearía verla, que después con el guirigay que se arma en el portón de mulas, no podrá hacerlo en paz.

Melody entró en la cocina y la encontró llena de esclavas que cuchicheaban. Al divisarla, la negra Escolástica se puso de pie de un salto y se hincó delante de ella.

—Sabes que no me gusta que te arrodilles frente a mí —la amonestó Melody—. Por favor —se dirigió al resto—, dejadnos a solas. Volved a vuestros quehaceres. Vamos, Escolástica, siéntate aquí y cuéntame qué te ocurre.

La esclava le contó que Florestán, un liberto que trabajaba en una carnicería en la zona del Retiro, le había propuesto matrimonio. “Debe de estar muy enamorado de Escolástica”, caviló Melody, pues no resultaban frecuentes las uniones entre libertos y esclavas ya que los hijos seguían la condición de la madre, sin mencionar que sólo se les permitía cohabitar durante algunas horas los sábados por la noche o los domingos. De igual modo, ése no constituía el desvelo de la muchacha.

—Apenas conseguimos la autorización del amo Roger para casarnos —refirió Escolástica—, fuimos a ver al cura de la iglesia del Socorro, el padre Celestino. — Los ojos se le llenaron de lágrimas, y prosiguió con voz quebrada—: El padre no nos quiere casar frente al altar, miss Melody. Dice... Él dice que *los perros* no son dignos de pararse delante del Santísimo. Sólo nos casará en la sacristía, así dijo.

—¡Por amor de Dios! —prorrumpió Melody, enfurecida.

Se puso de pie y caminó de un lado a otro restregándose las manos.

—¿Cómo llegaste a la ciudad?

—Me trajo Florestán en su burro, miss Melody. Él está fuera, esperándome.

—Vuelve al Retiro, Escolástica. Te enviaré mensaje apenas encuentre una solución. —Al ver el mohín de la muchacha, añadió, más serena—: No te preocupes. Todo saldrá bien. Tú y Florestán os casaréis frente al Santísimo.

—Gracias, miss Melody. —Se inclinó, le tomó las manos y se las besó—. Gracias. No quería molestar a vuestra merced, por su estado y porque el amo Roger podría enfadarse, pero, en verdad, no sabíamos a quién acudir.

Melody sopesó varias alternativas. Casi de inmediato descartó una visita al obispo Lué y Riega; lo tenía por un infame que siempre le fijaba la vista en el escote; además, no dudaba de que respaldaría al padre Celestino; por otro lado, sospechaba que Lué montaría una escena y le endilgaría una catilinaria si lo visitaba con una preñez tan avanzada. Suspiró y se llevó la mano a la frente, cansada de las hablaturías. Su nombre estaba demasiado enlodado para seguir arrojándolo a los perros.

Pedirle explicaciones al padre Celestino no daría ningún fruto; Melody conocía su aversión por los africanos y su mentalidad mezquina y estrecha; amenazarlo con retirar las donaciones que el conde de Stoneville, como vecino principal de la zona del Retiro, realizaba mensualmente a favor del Socorro probablemente lograría el cometido, pero ella no era capaz de una acción tan baja.

Por fin, se sentó frente a su secreter y, sin remilgos por el luto, le escribió a su amiga Pilarita pidiéndole que la visitase esa misma tarde; y también al padre Mauro, para que la recibiese en el locutorio del convento. La baronesa de Pontevedra se presentó a las cuatro de la tarde, y Melody experimentó un gran alivio al comprobar que su amiga aún le guardaba el cariño de siempre y que las mentadas transgresiones de la condesa de Stoneville a las normas del luto le importaban un pepino.

—Te he echado mucho de menos —confesó Pilarita.

—Te pido perdón por haberte citado con tanta premura. Sé que esta noche tienes comensales y que debes de estar atareadísima.

—Oh, no te aflijas. Mis muchachas —así llamaba Pilarita a su ejército de esclavas y recogidas— están ocupándose de todo. Me alegro de que me hayas invitado. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Se sentaron y, mientras Trinaghanta les servía chocolate caliente y bizcochos de anís, Melody le refirió el desplante del padre Celestino a Escolástica y a su novio.

—¡Es una crueldad! —se ofuscó la delicada baronesa, y sus mejillas se tiñeron de rubor—. ¿Qué clase de sacerdote es ese padre Celestino?

Melody le expuso su plan con escrúpulos, pues, en verdad, se trataba de una acción osada. Casar a una pareja de africanos en la capilla privada de la baronesa de Pontevedra, en la casa más suntuosa de la ciudad, sin duda, era un dislate. Pilarita, en cambio, la juzgó una buena idea.

—De igual modo —añadió—, tendremos que llevar a cabo la boda cuando Abelardo no esté en casa.

—No quisiera causarte problemas con tu esposo. Tampoco quisiera que él se enojase conmigo, y así dañar su amistad con Roger. Ya sabes, ellos tienen negocios juntos. Lo cierto es —admitió Melody— que la boda podría llevarse a cabo en cualquier sitio. Hablé con el padre Mauro y, a pesar de que me dijo que él no la celebraría en San Francisco porque el provincial no lo autorizaría (tú sabes, no se entienden bien), accedió a casarlos en donde dispusiésemos. Como te digo, podríamos casarlos aquí, en San José, o en el Retiro. Pero la pobre Escolástica quiere hacerlo en una iglesia, frente al Santísimo, y no quisiera que sufriera una decepción. Ya sufren tantas...

La ceremonia tuvo lugar seis días más tarde en el exclusivo oratorio de la casa de la Santísima Trinidad, consagrado por el anterior obispo, Azamor y Rodríguez. Se trató de una ceremonia emotiva, hubo muchas lágrimas y sonrisas. Terminado el rito, Florestán se aproximó a Melody y le agradeció, muy emocionado, que hubiese hecho tan feliz a su querida Escolástica.

—Mi esposo —les comunicó Melody— ha accedido a que Escolástica viva contigo, Florestán, siempre y cuando se presente todas las mañanas a su trabajo en la tahona del Retiro.

—¡Oh, sí, miss Melody! Allí estaré —aseguró la esclava, y Melody no se atrevió a mencionarle que, quizás en breve, conseguiría la libertad para todos.

—¿Estás a gusto con tu nuevo trabajo en la curtiduría? —le preguntó a Florestán.

—Muy a gusto, señora. La paga es muy buena, mucho mejor que en la carnicería de don Pintos. Ayer hice una demostración de mi trabajo y el señor Green —Florestán se refería a uno de los maestros curtidores irlandeses— le ha dicho al señor Blackraven que soy un hábil tonelero.

—¿Qué es un tonelero? —se interesó Melody.

—Un tonelero es quien acomoda las lonjas de carne en el tonel con sal para la cecina. Hay que hacerlo con destreza, para que ninguna parte quede expuesta, tratando de acomodar las lonjas bien apretadas, para que el aire no las pudra. El señor Blackraven me ha prometido que, una vez que Servando, que es muy diestro con el cuchillo, termine de enseñarles a los muchachos a despostar una vaca, yo me haré cargo.

—¿Has conocido a don Diogo?

—Sí, señora. El señor Blackraven me lo presentó ayer mismo.

—¿Trata de buen modo a los esclavos y demás empleados?

Florestán dudó en responder.

—Antes solía ser un diablo —se le escapó a Escolástica—. Perdón, miss Melody.

—Hace sólo dos días que voy a la curtiduría, señora, y no podría responder a su

pregunta. Según comentan, don Diogo es un hombre de mucho carácter, aunque no maltrata a nadie, quiero decir, no usa el látigo con nadie. Servando asegura que es porque el señor Blackraven se lo ha prohibido.

A pesar de que la boda de Escolástica y Florestán se planeó con absoluta discreción y sólo asistieron Melody, Pilarita, Lupe —ya de regreso de la villa del Luján— y Trinaghanta, la noticia se esparció como incendio en un granero. Durante días, los sermones del padre Celestino se ocuparon de condenar la afrenta al Santísimo, así la liturgia hablase de amar al prójimo o de la parábola del buen samaritano. Hasta el obispo Lué mencionó el tema y recordó la obediencia que los feligreses le debían a una decisión del clero. En cuanto a las señoras de buen ver, se embarcaron en una diatriba que duró semanas, y el nombre de Melody volvió a tomarse como sinónimo de desvergüenza y vulgaridad.

—¿Qué ambiciona esta mujer? —se preguntó doña Magdalena, la esposa de Álzaga—. ¿Adónde quiere llegar? ¿A que los negros reciban el mismo trato que las gentes decentes? ¿A qué departamos con ellos como si fueran iguales?

—¡Dios nos libre y nos ampare! —exclamó Saturnina Otárola—. Todavía no quito de mi mente la imagen de aquella negra entrando en San Francisco con aquel ropaje de ramera y ese gesto de supremacía. ¿Adónde terminaríamos si fuese lo mismo una dama virtuosa que una negra lujuriosa?

—Sería el fin del mundo —presagió Melchora Sarratea, que ya sabía que el Ángel Negro había contratado a un abogado (ese ateo de Mariano Moreno) para apelar la sentencia del alcalde de Monserrat contra el negro Antolín.

De todos modos, y aunque ninguna lo admitiera, lo que más las indignaba era que el Ángel Negro hubiese ganado el favor de la baronesa de Pontevedra, una de las mujeres más admiradas de Buenos Aires.

Melody lamentaba el escándalo, no por ella, si bien le dolía, sino por Roger.

Habría preferido cenar en su casa, sobre todo porque al día siguiente partiría hacia la Banda Oriental. Echaría de menos la escena familiar en torno a la mesa, con Melody, los niños, Malagrida, Amy Bodrugan y algún otro invitado ocasional. No le gustaba comer solo, le traía memorias de su infancia en el castillo familiar de Cornwall, y, aunque siempre, en tierra o en mar, se rodeaba de sus hombres y amigos, sólo después de su boda con Melody había experimentado el sentido de familia y de pertenencia que buscaba en una comida.

De igual modo, se respiraba un ambiente agradable en lo de Pueyrredón y estaba pasándolo bien. No lo había sorprendido la invitación a cenar, es más, la esperaba. Días atrás, al visitarlo con la excusa de contratar los servicios de Fermín Gayoso, sostuvieron una larga conversación en la cual Blackraven expuso sus ideas republicanas e independentistas. Dada la parsimonia con que Pueyrredón acogió la

declaración, resultó evidente que conocía su postura. Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña o algún otro se la habría transmitido. Pueyrredón también sabía, y así lo manifestó, que Blackraven abastecería al ejército de Liniers, “y a precios que hablan de su sensibilidad republicana, excelencia”.

Juan Martín de Pueyrredón presidía la mesa, y su semblante irlandés, que le venía por parte de madre, se tornaba más rubicundo en tanto los esclavos escanciaban sin pausa un excelente priorato. De temperamento afable, poseía una voluntad de hierro y, de su forma de expresarse, se desprendía la pasión con que teñía las cuestiones cercanas a su corazón, como la independencia del Río de la Plata. Su tenacidad y el apoyo de sus hermanos habían bastado para congregarse a un grupo de peones y gauchos que se levantó contra el ejército inglés en la chacra de Perdriel, armado, sobre todo, de denuedo. En aquella ocasión, Pueyrredón salvó el pellejo de milagro, y Blackraven meditó que, si bien ahora se sentaba a su mesa y brindaba a su salud, no había dudado en vender a Beresford la información acerca de lo que ese criollo tramaba en Perdriel a cambio de obtener ayuda para rescatar a Tomás Maguire de prisión.

“Así es la política”, pensó, y, aunque jamás experimentaba remordimientos, de pronto se sintió viejo, como si lo hubiese vivido todo y tuviese cien años. En parte, ese genio melancólico se debía al buen vino y al aire un poco estancado, pero también podía adjudicarse a que lo conmovía la pasión con que ese grupo de jóvenes defendía la idea de liberar su tierra. “No debo ponerme sentimental”, se dijo, “en el fondo se juegan intereses económicos”. De igual manera, a esas alturas, Blackraven estaba convencido de que, en rigor, buscaban separarse de la España movidos por el orgullo, por una índole indómita y porque estaban enamorados de su país. De algún modo, envidiaba esa pureza de sentimientos, los ennoblecía. Para él, en cambio, su gran fuerza motriz la había constituido el resentimiento hacia su padre, que lo impulsó a huir de la Escuela Militar de Estrasburgo y llevar la vida de un errante pirata primero y la de un corsario después, con un único objetivo: lastimarlo. También quería demostrarle que no lo necesitaba, que se bastaba, que no le debía un penique, que podía meterse su dinero y su ducado en el... Sonrió con tristeza al evocar la escena tan lejana en el tiempo y a su disposición actual.

Desde Melody, todo había cambiado, como si ella le hubiese bañado el corazón con un linimento que calmó el ardor de viejas heridas; o como si, con sus besos, hubiese suavizado las asperezas de un alma endurecida por las carencias afectivas. Cómo esa muchacha había desbaratado años de incredulidad y desvergüenza seguía siendo un misterio para él, aunque el mayor misterio lo constituía que Isaura Maguire se hubiese atrevido a acogerlo en su pequeño y simple mundo para hacerlo feliz.

Fijó la vista en su anfitrión, que lucía muy animado mientras comentaba acerca de los últimos avances en la formación de su escuadrón de húsares, y se acordó de que

doña Rafaela del Pino le había dicho que su esposa, una tal Dolores Pueyrredón, había muerto a principios de año después de sufrir un parto prematuro durante el viaje desde la Europa. La imagen de Isaura sufriendo un mal parto le cortaba el aliento; la idea de que muriese era intolerable. Él siempre se había jactado de su gran sentido del fatalismo; los hombres nacen y mueren, punto; la vida continúa. Sin embargo, ¿cómo continuaría sin Isaura? Existió una época en que el dolor por la pérdida de su madre lo hirió de un modo tan cruel que lo llevó a desear que Isabella jamás hubiese existido. Se esforzó por olvidarla, no quería acordarse de las facciones de su rostro ni del tono de su voz ni de los momentos compartidos. Su temperamento se moldeó en esa fragua, y lo ayudó a superar el mal trago escondiendo las heridas tras una máscara de dureza y sarcasmo. Pero intuía que con Isaura sería distinto. No reuniría el valor para olvidarla, en realidad, no quería hacerlo. Ella se llevaría sus fuerzas y lo dejaría inerme. Le destrozaría la máscara, la armadura, el alma y el corazón. Proyectó su imagen, y se vio reducido a una sombra.

Por fortuna, Pueyrredón se puso de pie y los invitó a la sala. El aire en el comedor se había tornado irrespirable, y su mente, embotada, estaba jugándole una treta; después de todo, él no era de índole pesimista.

Se acomodaron en los sillones y confidentes. Los esclavos dispusieron las garrafas con coñac *Martell* —excelente, con mucho cuerpo, traído de la Francia por el anfitrión— y con licores de naranja y de nísperos, producción de la casa. Blackraven daba cuenta del coñac, mientras escuchaba y estudiaba a los invitados. Belgrano tenía la palabra, y, con esa voz chillona, con matices femeninos, aludía a su nombramiento como mayor del Regimiento de Patricios, bajo las órdenes de Cornelio Saavedra, flamante teniente coronel de ese cuerpo. Aseguraba que, siendo un ignorante en cuestiones de la milicia, estaba dedicándose a estudiar con mucho ahínco. Hipólito Vieytes, en un aparte, cuchicheaba con Nicolás Rodríguez Peña, de seguro, acerca de la fábrica de jabón que acallaban de inaugurar. No se mencionaba a Saturnino Rodríguez Peña, pues su honra había quedado en entredicho después de su abierto apoyo a William Beresford.

Blackraven se inclinó en el oído de Diego José Pueyrredón, hermano mayor del dueño de casa, y le preguntó:

—¿Por qué lleváis esas cintillas azules y blancas en vuestros ojales?

—Es un símbolo, excelencia. Nuestros gauchos, antes de lanzarse a la reconquista, se las colocaron como distintivo, una especie de amuleto, a decir verdad. Las llaman “medidas de la Virgen”, pues las cortan de la altura de la imagen que hay en la villa del Luján.

—¿A qué se deben los colores?

—Son los colores del manto y de la túnica de la Virgen.

—Y para vosotros, ¿qué representan estas cintillas?

—Pues veré, excelencia —manifestó Diego José—, para nosotros son un distintivo, el que diferenciará al cuerpo de caballería ligera que intentamos crear.

Pueyrredón, al oír la explicación de su hermano, manifestó en voz alta, para acallar las conversaciones paralelas:

—Creación que será posible, en gran medida, gracias a la ayuda de su excelencia —y levantó el vaso en dirección a Blackraven, que inclinó la cabeza en señal de reconocimiento—. Amigos, me complace informaros que el señor conde de Stoneville me ha ofrecido una generosísima donación para nuestro cuerpo de húsares.

Se elevaron los vasos, y un murmullo de aprobación recorrió la sala.

—Señores —expresó Blackraven—, a pesar de no haber nacido en este suelo, todos conocéis mi afición por esta bendita tierra. He desposado a una criolla y mi primogénito nacerá aquí, por lo que la considero mi patria. He invertido mucho dinero en su progreso, y mis intereses son cada vez más ambiciosos. El desarrollo agrario e industrial del virreinato sólo puede acarrear beneficios para todos, sin distinción. Pero estoy convencido de que no lo lograremos en tanto sigamos la suerte de un reino débil y corrupto como el de la España. Si queremos que el virreinato alcance la gloria de la que, no tengo duda, es capaz, debemos desembarazarnos de las cadenas que, como yunques, nos aplastan y no nos dejan crecer.

Pueyrredón brindó a la salud del conde de Stoneville, de su esposa y de su primogénito, y los demás lo imitaron. Antonio Beruti, de recio temperamento y que desconfiaba de Blackraven, se interesó en el hospicio de la señora condesa.

—Doña Mercedes —hablaba de su mujer— dice que se llamará Martín de Porres. ¿Quién es Martín de Porres?

—Yo mismo debí preguntárselo a la señora condesa —admitió Blackraven—. Era un dominico peruano, un dominico mulato —remarcó—, nacido a fines del siglo XVI. Es casi contemporáneo de Santa Rosa de Lima. Su madre era una negra panameña y su padre, un funcionario español. Martín practicaba la medicina entre los pobres. Pero lo más sobresaliente de su vida son sus incontables milagros. Lo llamaban “Martín, el bueno”.

—¿No ha sido canonizado? —se extrañó Belgrano.

—No.

—¿Se habrán enviado los testimonios de sus milagros a Roma, imagino?

—No lo sé —contestó Blackraven.

—Santa Rosa de Lima fue canonizada en 1671 —se impacientó el secretario del Consulado.

—Pero Santa Rosa de Lima —intervino Pueyrredón— era blanca —y un silencio, entre incómodo y triste, ganó los ánimos.

—De igual modo —intervino Belgrano—, nosotros también podemos ufanarnos de contar con una santa en Buenos Aires. ¿O acaso la señora condesa de Stoneville

no merecería llamarse “la condesa buena”?

Aunque Blackraven pensó: “No todos opinan como vuestra merced”, asintió en señal de beneplácito y expresó:

—Gracias, doctor Belgrano. Sí, mi esposa es una santa.

Melody apoyó el libro sobre sus piernas y aguzó el oído. No se había equivocado, era la voz de Blackraven, que, de seguro, impartía órdenes a Somar o a Milton, de guardia esa noche. Al experimentar ese alivio, tomó conciencia de la inquietud que le había impedido disfrutar de la cena, del baño y de la lectura. Desde el ataque a las puertas de lo de Casamayor, Melody vivía angustiada, aunque se cuidaba de mostrárselo. También le ocultaba los celos que la dominaban desde que Pilarita le refirió el comportamiento vergonzoso de una tal baronesa de Ibar en ocasión de la cena en casa de los Montes la semana anterior.

—No me gusta el cotilleo, querida —la previno la baronesa de Pontevedra—, pero la conducta de esa *señora* ha sido tan palmaria y desvergonzada que no creo cometer una calumnia al revelártela. Además, el cariño que siento por ti y nuestra amistad me obligan. Es imperativo que sepas que ha mirado al señor conde durante toda la cena con tal impudicia que me ha hecho sonrojar. Terminada la cena, al pasar al salón, se ha sentado a su lado (cuando se esperaba que lo hiciera junto a su esposo, el barón de Ibar) y ha buscado rozarlo y tocarlo de un modo escandaloso. La habría hecho expulsar por los sirvientes si no me hubiese apenado su esposo, un buen hombre, amigo de mi Abelardo.

Melody no conseguía articular palabra. Al final, Pilarita le manifestó lo peor.

—Entiendo que esta *señora* y tu esposo se conocieron tiempo atrás, en Río de Janeiro. ¿Es cierto que estuvo en Río de Janeiro? —Melody apenas asintió—. Pues bien, creo que la baronesa está dispuesta a todo para ganarse el favor de tu esposo. Prueba suficiente fue su espectáculo en mi casa. Y que Dios la perdone.

Melody apretó el libro en su falda al evocar la confesión de Pilar Montes. No dudaba de las buenas intenciones de su amiga, aunque habría preferido no enterarse de las transgresiones de la tal baronesa de Ibar. Vivir con celos la mortificaba. “No debes desconfiar de Roger”, se instó. “Una vez te equivocaste. Él no había tenido culpa de nada y lo lastimaste con tu acusación. Si lo inculpas de nuevo, lo perderás”.

Por eso, cuando Blackraven entró en el dormitorio, Melody le sonrió y salió a recibirlo. Se abrazaron en silencio. Él conservaba en su gabán de cachemira el frío de la noche, como también los olores a vegueros y a brandy, con algún resto de su perfume de algalia. Ese abrazo y esos aromas le resultaron tan familiares, la hicieron sentir tan a gusto, que disiparon la nube negra de los celos.

Melody levantó el rostro y le ofreció sus labios, y Blackraven la tomó toda en su boca con un genio insaciable. Sus débiles gemidos quedaban atrapados dentro de

Roger, que ahora hundía su lengua y, con pasadas suaves, le tocaba el paladar. Melody tuvo la impresión de que él llegaría a rozarle la úvula.

—Te eché tanto de menos —lo oyó decir—. No veía la hora de reunirme contigo.

—Gracias a Dios ya estás en casa, junto a mí.

—¿Estabas inquieta? —preguntó Blackraven, y le acarició la frente y los párpados con besos pequeños.

—Un poco —dijo.

Blackraven la apartó para quitarse el abrigo, y Melody se alejó en dirección al tocador para aprestar los efectos de su esposo —el cepillo de cerda y el polvo de bicarbonato para lavarse los dientes, el peine de carey, una pastilla de jabón de Nápoles y una toalla— y echar agua caliente en la jofaina. Blackraven se desvestía y le hablaba.

—Te has ganado un admirador entre los gentilhombres de esta ciudad. El doctor Belgrano te ha llamado, frente a una concurrida audiencia masculina, “la condesa buena”.

—¡Oh! —se sorprendió Melody, y lo ayudó con la bata—. ¿De veras? ¿No estaría mofándose?

—¿Mofándose de ti delante de mí? Me ofendes, Isaura. ¿Acaso crees que no inspiro respeto?

—¡Sí, por supuesto que lo inspiras! ¡Qué tonta he sido! Discúlpame, cariño. Es que tu comentario me ha tomado por sorpresa. No imaginé que pudiera agrardarle a alguien de la alta sociedad porteña. ¿Por qué me ha llamado así?

—Porque hablamos de tu hospicio y, al preguntarme quién era Martín de Porres, les mencioné que lo llamaban “Martín, el bueno”. Entonces, a su vez, el doctor Belgrano te llamó a ti “la condesa buena”.

—No todos opinan como él, en especial las mujeres; ellas me odian.

—Manuel Belgrano es un buen hombre, Isaura. Cultísimo e inteligente. No me sorprende que aprecie a alguien tan valioso como tú. —Estiró los brazos y deslizó sus manos por el vientre de Melody—. Mi amor, no quiero que te aflija la opinión de un puñado de mujeres sin sesos ni agallas. Me hiciste sentir muy orgulloso esta noche. Cuando se habló de tu hospicio y el doctor Belgrano hizo ese comentario, descubrí la envidia reflejada en los ojos de los demás invitados. Nunca había experimentado orgullo por otra persona —le confesó, y se inclinó para besarla—. Te sentí muy mía.

—Hoy celebramos la boda de Escolástica y Florestán en la capilla privada de la baronesa de Pontevedra. Fue muy emotiva. Escolástica está muy agradecida contigo por permitirle vivir en casa de su esposo, y él parece muy contento con su nuevo trabajo. Dice que la paga es mejor que la que recibía en la carnicería del Retiro.

—¿Habrías preferido darle a Escolástica, como regalo de bodas, la libertad?

Los carrillos de Melody se tiñeron de rubor y, en el brillo que de pronto

intensificó el turquesa de sus ojos, Blackraven adivinó el entusiasmo que le causaba su propuesta velada.

—¿Sí, verdad? —Melody asintió—. No he olvidado lo que hablamos tiempo atrás en el Retiro, cuando te pregunté si te gustaría que manumitiese a todos nuestros esclavos. He estado muy ocupado, con muchas cuestiones en la cabeza, pero no he olvidado mi promesa. Lo haremos, Isaura, les darás ese regalo a nuestros negros. —Tú se lo darás.

—No, serás tú, puesto que yo jamás lo habría hecho sin tu influencia. A mi regreso de la Banda Oriental, diseñaré el mejor plan para llevarlo a cabo. Quiero complacerte y quiero darles la libertad a ellos, pero tengo que cuidar mis negocios. —Sí, claro.

—En este momento, casi todas mis actividades dependen del trabajo de los negros. El Retiro, la curtiduría, la atención de las cuestiones domésticas, incluso en *Bella Esmeralda* he puesto a trabajar a varios esclavos. No podría darles la libertad y quedarme sin un perro que me ladre. Sería una catástrofe, y muchas familias dependen de estas actividades.

—Estoy segura de que los africanos querrán quedarse y trabajar para ti, mi amor. Ellos le temen a la libertad tanto como odian la esclavitud. Han vivido demasiado tiempo aherrojados y se sienten incapaces de ser libres. Aunque también sería justo que, si desearan marcharse, se lo permitiésemos.

—Por supuesto. En ese caso, sólo necesitaría tiempo para conseguir jornaleros que los reemplazasen.

—¿Qué sucedería si alguno quisiese regresar al África? Si bien muchos son nacidos en este suelo y son parte de esta tierra, hay otros que añoran su patria, como Babá.

—En ese caso, los pondríamos en alguno de mis barcos y les haríamos cruzar el Atlántico de nuevo, si están dispuestos a sufrir la travesía por segunda vez, aunque en condiciones muy distintas a las del viaje que los trajo hasta estas costas.

La puerta se abrió de golpe, y Víctor entró llorando con Sansón por detrás. Blackraven se separó de Melody con un insulto y maldijo entre dientes por haber olvidado echar el cerrojo.

—¡Miss Melody! —chillaba el niño, y Blackraven se preguntó cómo se las ingeniaba para mantener la boca tan abierta, llorar y llamar a su institutriz, todo al mismo tiempo.

Víctor estrechó la cintura de Melody y escondió la cara en su regazo. Melody lo arrastró a la silla del tocador y lo sentó sobre su falda.

—Shhh, cariño, no llores. ¿Qué pasa? Nada puede ser tan grave. Shhh, vamos, Víctor, deja de moquear. Sabes que no te hace bien. —El llanto recrudeció—. ¿Otra vez la pesadilla tan horrible? Vamos, cálmate y cuéntame.

Blackraven empezó a hablar en un inglés tan rápido y furioso que Víctor jamás lo habría comprendido.

—¡Te tiene todo el día para él! ¡Estás a su disposición! No creas que no sé que anda colgado de tu falda y que te sigue por todas partes. Y ahora también te reclama por la noche. Piensas que estoy dormido, que no escucho cuando vas a su dormitorio casi todas las madrugadas porque te llama llorando, pero lo cierto es que sí, escucho. ¡Tú debes descansar, Isaura! Este niño no puede alterar tu sueño de ese modo.

Melody levantó la barbilla con aire desafiante, y Blackraven se acordó de la advertencia que le echó con la mirada en la ocasión en que Amy lo besó. No siguió despotricando, aunque mantuvo una actitud exasperada, mascullando por lo bajo, hasta que calló del todo para oír la explicación de Víctor.

—Angelita acaba de ir a mi dormitorio para decirme que la señorita Bodrugan quiere llevarme con ella. Para siempre.

—¿De dónde sacó Angelita semejante sandez?

Víctor lanzó un vistazo a Blackraven y después habló al oído de Melody.

—Escuchó cuando la señorita Bodrugan se lo decía al señor Blackraven en el despacho. Angelita se había metido para sacar el libro de las fábulas (ése que el señor Blackraven le trajo a Jimmy de su viaje, ¿se acuerda, madre?). —Melody asintió—. Y entonces se escondió tras el sofá cuando los vio entrar. Tenía miedo de que la reprendieran. Se quedó quieta y así fue que escuchó cuando la señorita Bodrugan le decía al señor Blackraven que me llevaría con ella en su barco.

—Nadie te llevará a ninguna parte —prometió Melody—, si tú no deseas ir.

—¡Yo no deseo ir, madre! Yo no quiero separarme de usted. ¡Pero Angelita dice que quizás usted sí quiera separarse de mí!

—¿Por qué habría de querer algo así, Víctor?

—Porque Estevanico dice que es mentira lo que Siloé nos contó acerca de usted.

—¿Qué os contó Siloé acerca de mí?

—Ella dice que usted tiene el vientre hinchado de tanto comer dulce de higos y de albaricoque y que a nosotros se nos pondrá igual si comemos muchos confites. —Melody y Blackraven lucharon por sofrenar la risotada—. Estevanico asegura que eso no es verdad. Él dice que su vientre está hinchado porque tiene un bebé dentro y que, cuando su bebé salga afuera, a nosotros no nos querrá más y nos enviará lejos.

—¡Víctor, tesoro mío! —exclamó Melody, y lo apretó en un abrazo—. ¡Cariño mío! ¿Cómo puedes pensar que yo podría alejarte de mi lado? Yo te quiero, Víctor, te quiero muchísimo, y no te separaría de mí.

—¿Es cierto que su vientre está hinchado porque tiene un bebé dentro?

—Sí, es cierto. Pero la llegada de mi bebé no significa que te querré menos. Significa que tú tendrás un hermano al que me gustaría que quisieras mucho, como yo te quiero a ti. ¿Crees que podrías quererlo mucho? —Víctor asintió y se pasó la

manga del pijama por la nariz—. Roger, por favor, alcánzame mi pañuelo. Allí, sobre el tocador. Gracias. Vamos, tesoro, suénate la nariz y deja de pensar en tonterías.

—Yo lo llevaré a su dormitorio —dijo Blackraven, y lo tomó en brazos.

Melody lo envolvió en su mantilla de merino y lo besó en la frente.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, hijo. Sueña dulces sueños. Ve, cariño —le indicó a Sansón—, duerme con Víctor —y el terranova caminó tras su dueño. Blackraven acostó a Víctor en la cama y lo arropó. Ya se le había esfumado el enojo, y sólo quedaba un extraño sentimiento que no acertaba a definir, algo entre la pena, la compasión y el amor. Víctor lo observaba con esos ojos verdes tan similares a los de su padre, no pestañeaba y parecía contener el respiro, como a la espera de que él le endilgase una filípica. Blackraven admiró su calma y el gesto de desafío con que arrostraba las consecuencias de su acto. Suspiró y le acarició la frente. Melody le había enseñado a querer a ese niño.

—¿Está enojado conmigo, señor?

—Debiste llamar a la puerta antes de entrar. —Víctor pegó el mentón al rebozo y bajó los párpados—. Pero descuida, no estoy enojado contigo. Te vi ejercitando hoy con el maestro Jaime —le comentó—. Tus progresos en esgrima son asombrosos.

—¿De veras, señor?

—De veras. Tienes un talento natural para manejar la espada. Te mueves muy ágilmente. ¿Te sientes a gusto con el florete que te regalé?

—¡Sí! ¡Es magnífico, señor! Leopoldo, el hijo de doña Pilar Montes, dice que es el mejor florete que él haya visto jamás.

—Me alegro. Mañana seguirás practicando. El maestro Jaime es un buen instructor y llegará a hacer de ti un gran espadachín.

—¿Tan bueno como vuestra merced?

—Mejor aún.

—¿La señorita Bodrugan quiere llevarme en su barco?

Por un instante, Blackraven pensó en contarle una mentira.

—Ella me lo propuso hoy, Víctor. No tienes que aceptar si no lo deseas —agregó deprisa ante el mohín del niño y sus ojos llenos de lágrimas—. Ya escuchaste lo que miss Melody te dijo. Irás si es tu deseo. Amy te ha tomado un gran cariño y pensó que sería una buena idea que pasarais una temporada juntos.

—Aunque la señorita Bodrugan es muy agradable y buena conmigo y Arduino es mi amigo, yo no me separaré de miss Melody, señor. No lo haré.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Con todo mi corazón.

“Te entiendo”, pensó Blackraven, e hizo algo insólito: besó a Víctor en la frente.

—Ahora vete a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —contestó el niño, todavía azorado.

Blackraven postergó la salida hacia la Banda Oriental para la tarde. Primero compondría el lío entre Víctor y Amy. Melody no cedía terreno: el niño se iría con la señorita Bodrugan si él lo deseaba y después de haberse enterado de que ella era su madre. Amy, en cambio, prefería que Víctor pasase un tiempo a su lado para que llegase a quererla antes de confesarle la verdad.

—Señorita Bodrugan —habló Melody—, usted cuenta con la admiración de Víctor, con su cariño también. Para él, usted es lo más parecido a una heroína mitológica. Nada que usted haga o diga es incorrecto. No cesa de hablar de sus hazañas o de las de su mascota. Está embelesado. Por lo tanto, este momento es tan propicio para decirle la verdad como uno en el futuro.

—¿Por qué se opone a que hable con él más adelante? —se empecinó Amy.

—No quiero que Víctor se entere de que usted es su madre cuando esté lejos de mí. Le provocará una gran conmoción y podría sobrevenirle un ataque que sólo yo sabría cómo dominar.

—Usted podría enseñarme a proceder en un caso así. Soy capaz de mantener a raya a una tripulación de sesenta hombres rudos, ¿no podría con el ataque de un niño?

En ese momento, llamaron a la puerta del despacho. La maestra Perla traía a Víctor. Blackraven lo había mandado comparecer. Apenas Melody posó su mirada en él, tuvo la certeza de que Víctor sufriría un ataque. Conocía ese temblor en sus manos, el color ceniciento que adoptaban sus carrillos, cómo se le agrietaban los labios y, en especial, la transformación que sufrían sus ojos, perdían el brillo para adoptar un aspecto vidrioso, sin vida.

—¡Roger, sujétalo! —alcanzó a decir antes de que Víctor se desplomase.

Perla y Amy profirieron un alarido y se quedaron mirando, inmóviles en su sitio, con expresiones de pasmo. Blackraven dio un paso adelante y se detuvo, como si dudara.

—¡Roger, ayúdame! —insistió Melody—. Yo no puedo sujetarlo con esta barriga. Arrodíllate y colócalo de costado. Bien, así. No permitas que sacuda los brazos. Señorita Bodrugan. ¡Señorita Bodrugan! —exclamó, pues la mujer no reaccionaba—. Arrodíllese junto a Roger y tome las piernas de Víctor. Señora Perla —prosiguió, en tanto corría hacia el escritorio y tomaba el abrecartas con mango de cuero—, díglele a Trinaghanta que Víctor está sufriendo un ataque. Ella sabrá qué traer. ¡Aprisa, por favor!

Melody se apoyó en el hombro de Blackraven para arrodillarse, y percibió cómo le temblaba el cuerpo sacudido por las convulsiones de Víctor. Resultaba increíble que alguien tan pequeño fuera capaz de ese vigor sobrenatural. Con dificultad —el volumen del vientre la volvía desmañada—, Melody se sentó sobre sus calcañares.

Colocó una mano en la frente de Víctor y se inclinó para hablarle al oído.

—Aquí estoy, tesoro, aquí está tu miss Melody. Escucha mi voz, Víctor, aférrate a ella —y, en tanto hablaba, le metía los dedos en la boca y le calzaba el mango de cuero entre los dientes—. Vamos, tranquilo, aquí estoy, junto a ti, no te voy a dejar.

—¿Morirá? —sollozó Amy, pero no obtuvo respuesta.

Melody comenzó a cantar la melodía en gaélico, la misma de aquella primera ocasión, cuando Víctor se descompuso en la tienda del señor Aignasse, la que se había convertido en su preferida. A Blackraven y a Amy también los subyugó esa voz, y, al igual que el ensalmo controlaba las convulsiones de Víctor y tornaba menos áspera su respiración, también apaciguaba las alocadas palpitaciones de Roger y de Amy.

Trinaghanta se presentó seguida de Somar y de Sansón, y le entregó a Melody el frasco descorchado con amoníaco. Al pasarlo bajo las losas nasales de Víctor, éste se quejó sin fuerza y sacudió la cabeza de lado a lado.

—Tranquilo, cariño —lo instó Melody—. Ya estás mejor. Abre los ojos lentamente. Sigue mi voz y abre los ojos.

Los tenía inyectados y aún vidriosos, y los movía de un lado a otro intentado aprehender la situación; no le llevó demasiado tiempo, y se echó a llorar con un sonido ronco y antinatural. Sobre todo, le daba vergüenza.

Amy no salía del estupor; la sorprendía el cambio que el ataque de epilepsia había operado en las facciones de su hijo, estaba distinto.

—No llores, tesoro —decía Melody, mientras le retiraba el mango de cuero y le limpiaba la saliva sanguinolenta que aún fluía por sus *comisuras*—. Ya estás bien. Ahora Somar te llevará a tu cama y yo me quedaré contigo el día entero leyéndote las fábulas de La Fontaine. ¿Eran esas tus preferidas o las de Iriarte?

—Las de Iriarte —lloriqueó.

—Bien, leeremos las de Iriarte. ¿Qué le pedirás a Siloé que te cocine de sabroso?

Amy y Roger no escucharon la contestación. Somar, con el niño en brazos, se alejaba por el patio principal rumbo a la zona de los dormitorios.

—¡Oh, Roger! —se quebró Amy, todavía de rodillas en el piso—. Ha sido mi culpa. Temblaba de miedo pensando que lo alejaría de tu mujer, y por eso ha sufrido ese espantoso ataque. ¡Pobre hijo mío! —y rompió a llorar, conmovida por lo que acababa de presenciar y porque, de modo inconsciente, había llamado “hijo mío” al hijo de Galo Bandor, Blackraven la obligó a ponerse de pie y la condujo al sofá. Escanció whisky irlandés en dos vasos. Le entregó uno a Amy y se sentó a beber a su lado.

—Ella es su madre, no yo —manifestó Amy—. La adora a ella, a mí no.

—Tú bien podrías ganarte el afecto de tu hijo si te lo propusieras. Melody no conoce a Víctor desde su nacimiento sino desde el año pasado. Cuando llegó a la casa

de la calle Santiago, ella se encontraba en las mismas condiciones que tú. Y ahora Víctor la venera.

—Aunque me cueste, admito que esa mujercita tuya es, definitivamente, muy especial. A veces creo que no es de este mundo, como si se tratase de una criatura celestial a la que, en cualquier momento, le crecerán alas y echará a volar. Y tú me conoces mejor que nadie, Roger. Yo no soy así, carezco de ese don. A ella todos la aman, no sé cómo lo logra, carajo, pero todos darían su vida por ella, empezando por ti, maldita sea. ¿Crees, entonces, que Víctor podría llegar a quererme como a ella?

—Si Melody te ayudase, Víctor te adoraría.

—¿Has visto con qué sangre fría se ha conducido? —exclamó, sorda a las palabras de Blackraven—. ¡Mierda, con qué habilidad lo ha sacado del trance! Yo, que no dudo ante una horda de argelinos, temblaba como una doncella estúpida y no atinaba a nada.

—Melody podría enseñarte a manejarlo. Tú lo viste, no es tan complicado.

—¿Es que no comprendes, Roger? Sólo ella puede hacerlo. Han sido su voz y su presencia las que lo han quietado, como si Víctor, aunque desvanecido, de algún modo la escuchase. Él sentía su presencia, Roger. Ella irradia un halo de bondad y armonía del que es difícil escapar. ¡Si hasta yo le he tomado cariño!

Blackraven rió sin fuerza y pasó un brazo por los hombros de Amy.

—Me alegra saber que la quieres.

—Tampoco te ilusiones, no la adoro. He dicho que le guardo cariño, nacido, quizás, en la admiración que me inspira. Esa muchachita ha conquistado el corazón de los dos hombres que, por derecho natural, me pertenecen: tú, porque nos conocemos desde la niñez, y Víctor, porque lo parí con dolor.

—¿Amas a Víctor, Amy?

—Es mi hijo, ¿no?

—También lo es de Galo Bandor.

—¡Bah! Ni siquiera odio a ese malhaya como en el pasado. Debo de estar poniéndome vieja y estúpida. O debe de ser la influencia de tu miss Melody.

Capítulo XVI

Zara sorpresa de Bela, Braulio resultó un excelente amante, y, si olía el humo de la hierba mágica antes de acostarse con él, hasta tenía la impresión de encontrarse bajo el peso de Blackraven. La primera vez, Braulio la tomó por la fuerza. Ciertamente que ella había estado coqueteándole con descaro, buscando soltarle la lengua para enterarse de los planes de Enda; hacía tiempo que sospechaba que la irlandesa la había sacado del juego. Necesitaba un aliado, y Braulio se presentaba como la única opción.

Se resistió al principio, aunque cierta familiaridad al aferrarse a esos hombros tan anchos y en la potencia de los embistes la hizo quedarse quieta y callar las protestas. Bajo los párpados, le pareció ver el rostro de Blackraven. Alcanzó el clímax con rapidez, y el orgasmo la sació como pocas veces. El tiempo en el convento y en ese paraje desolado la habían vuelto inerte, y sólo después de haber gozado tan intensamente reparó en cuánto echaba de menos a un hombre. Después de todo, nadie se enteraría de que se revolcaba con un esclavo.

A menudo se reprochaba haber caído tan bajo; se deprimía y sentía repulsión de sí. Ella quería a Roger Blackraven, no a ese negro, por muy bueno y callado que fuera para el sexo. De igual modo, la simulación que desplegaba en compañía de Braulio daba cuenta de sus excelentes dotes para la actuación, el pobre idiota hasta había terminado por enamorarse y creía que se fugarían juntos.

Bela supo ocultar su alarma el día en que Braulio le confesó que doña Enda lo había enviado a asesinar al sujeto que había degollado a su hijo Paddy.

—El muy mal nacido —añadió— es más fuerte que una yunta de bueyes.

—No creo que sea más fuerte que tú, querido —lo lisonjeó.

—No más fuerte que yo, pero sí igual de fuerte, y yo no lo sabía. Doña Enda no me había dicho nada. Y por eso me ligué este corte.

—Yo lo encuentro muy sugerente, muy varonil. Dime, cariño, ¿Enda ha vuelto a pedirte que mates al sujeto?

—Me dijo que esperaríamos, que el hombre es un bellaco y que, después del ataque fallido, estará atento como un sarraceno.

—Braulio, por favor, te suplico, no enfrentes a ese hombre otra vez. ¿Qué sería de mí si algo te ocurriese? De seguro irá armado, con armas de fuego, y tú, por muy vigoroso que seas, nada podrías hacer si te disparase. ¡Anda, prométemelo! No volverás a atacar a ese hombre.

—¿Qué le diré a doña Enda?

—No sé. Inventaremos una mentira, pero prométeme, júrame que no pondrás tu vida en peligro de nuevo.

—Te lo juro, Bela.

Braulio no sólo se desempeñaba como un excelente amante sino como un

perfecto vasallo, sumiso y obediente. “¡Qué fácil es manipularlo!”, se jactó el día en que lo convenció de que la sobrina de Enda, Melody Maguire, debía morir.

Se encontraban siempre en el mismo sitio, donde Braulio la había tomado por primera vez. Mientras Enda atendía a sus clientas o desaparecía de vista, ellos huían al monte. Esa tarde, Bela llegó antes a la cita. Estaba deprimida porque había pasado el efecto del humo, y todo se le antojaba más lúgubre. No le resultó difícil echarse a llorar. Al verla de cara sobre la hierba, sollozando, Braulio se desesperó, tanto que Bela sintió un poco de lástima.

—Lloro porque mi vida ha sido muy dura, Braulio. Siempre he sido infeliz. Sólo ahora, que te tengo, sé lo que es la dicha. Aunque nunca seré dichosa por completo porque la amargura que me causa la injusticia me lo impide. Yo estoy aquí, sufriendo, mientras que la persona que me lo quitó todo goza como una emperatriz.

Y le contó una mentira que Braulio no dudó en creer. Melody, la sobrina de doña Enda, había asesinado a su esposo, Alcides Valdez e Inclán, para inculparla y de ese modo quedarse con su casa, su dinero y sus cuatro hijas.

—Soy una fugitiva, ahora lo sabes. Por esa razón, a las clientas de Enda les decimos que mi nombre es Rosalba y que soy su hija. ¡Mira cuánto confío en ti! Después de la muerte de mi esposo, me enviaron al convento para evitar la ruina de la reputación de mis hijas, pero habría sido lo mismo que me enviaran a prisión. Enda se apiadó de mí y me ayudó a escapar. Bueno, tú nos ayudaste a escapar, cariño, por mandato de Enda.

—Sí —replicó el esclavo, con mirada reverente—. Cuando te vi por primera vez pensé: “Es la mujer más hermosa que existe”.

Bela sonrió con tristeza y volvió a echarse a llorar.

—Enda no quiere oír hablar de escarmentar a Melody Maguire porque es su sobrina y la quiere, a pesar de que sabe que es una pérfida. Fue la esposa de su hijo Paddy, y ella cree que es su deber respetarla. Pero tú conoces a Melody de la época en que vivía en *Bella Esmeralda* y sabes que trató de asesinar al hijo de Enda. Es perversa.

—Sí, es verdad. Le dio una cuchillada y lo dejó medio muerto. Aunque es justo decir que el amo Paddy la trataba muy mal, como a un perro. Hasta la marcó con el carimbo. Aquí —dijo, y se llevó la mano a la espalda, a la altura de los omóplatos.

—¿De veras? —Se repuso enseguida del asombro—. Tú no sabes cómo era Melody, cariño. Paddy la trataba mal porque conocía su índole cruel.

—Es cierto, yo no la conocí demasiado pues, al poco tiempo de mi llegada a *Bella Esmeralda*, se fugó.

—Esa mujer arruinó mi vida, Braulio, y posee todo cuanto es mío, y, a pesar de que nunca volveré a recuperar lo que me pertenece, no creo que sea justo que ella viva feliz.

—No, no es justo, Bela.

—Debería morir —manifestó, en medio de un quebranto.

—Sí, debería morir.

La negra Cunegunda no aprobaba su relación con Braulio, y de pronto se había transformado en una persona sensata, en la voz de su conciencia. Desde la noticia de la muerte de Sabas, la negra era otra, hasta se le había dado por rezar el rosario, uno de fabricación casera, hecho con lentejas, cuando meses atrás se dedicaba a la práctica de la magia negra.

—Esa mala hierba le hace cometer locuras, ama Bela.

—Me secundabas cuando me acostaba con Roger.

—Pues hacía mal. Y, de todos modos, el amo Roger era el amo Roger, todo un señor. Braulio es un esclavo. Ahora no la ayudaré —le advirtió—. ¿Cuánto tiempo tardará la señora Enda en darse cuenta de que su merced anda enredada con su esclavo? ¡Esto será peor que la noche de San Bartolomé!

—No se dará cuenta. Somos cautos.

—¡Se dará cuenta, ama Bela! Esa mujer lee los pensamientos de la gente.

—¿No comprendes que necesito a Braulio para llevar a cabo mi venganza? Es claro que Enda y yo ya no somos aliadas.

—¡Ama Bela, olvídense de la venganza! Vayámonos de aquí, su merced y yo. Con lo que tenemos, mis cuartillos y sus joyas, saldremos adelante. Yo puedo trabajar.

—¡Ah, no fastidies, negra!

Joana, la joven esclava de la baronesa de Ibar, cruzó el parque lleno de árboles y alcanzó la orilla del río. El agua helada le lamía los pies y el viento del sur se le colaba por los agujeros del rebozo y por la falda. Ella no sentía frío; la pena la había vuelto indiferente. Echaba de menos su tierra y a su antigua patrona, que Dios la tuviese en su gloria, y se lamentaba de su suerte; además, le dolían los golpes asestados por su ama Ágata; si no hubiese intervenido el barón, quizás habría terminado rompiéndole un hueso. No se había tratado del frasco con loción que dejó caer; su humor irascible se debía a que el conde de Stoneville no reparaba en ella.

A Joana, la situación se le antojaba muy inusual, y el matrimonio de Ibar, muy peculiar; a veces le daba miedo. La baronesa se dedicaba a perseguir al conde de Stoneville abiertamente, en tanto el barón se aplicaba a sus investigaciones sobre plantas y animales de la zona, a sus dibujos y lecturas, como si su esposa fuese, en realidad, su hermana menor, una hermana inquieta y rebelde a la que él complacía para que no lo disturbara en su trabajo. No dormían juntos, aunque Joana había visto al barón entrar, de noche, en la habitación de su ama, y, si bien al otro día la baronesa lucía distendida y más afable, no cejaba en su capricho por atrapar al conde inglés.

La usaba para obtener información, por eso la enviaba a la casa de San José. Después del almuerzo, mientras las familias decentes dormían la siesta, la condesa de

Stoneville abría el portón trasero de su casa y escuchaba los pedidos de los esclavos. En ocasiones se reunía mucha gente, a veces sólo un puñado, pero nunca faltaba un menesteroso que se arrojase a sus pies. Una vez que aparecía la condesa, Joana no podía apartar su mirada de ella, y, como no entendía lo que hablaban, se concentraba en sus facciones y en sus modos. Nunca había visto piel tan blanca ni ojos tan celestes —aunque eran más que celestes, con mucha luz— ni cabellera de tonalidad tan insólita, como si la hubiesen pintado con cobre líquido. Era muy joven y no parecía de la nobleza ya que se conducía con maneras sencillas, sin protocolo alguno. Sonreía todo el tiempo y a veces se emocionaba, entonces le brotaban lágrimas. Aunque salía bien envuelta en su mantilla negra, se notaba que estaba gruesa.

Joana corrió barranca arriba, cruzó el parque y llegó a lo de San José agitada y desgredada. Por fortuna, la condesa aún se encontraba allí. “Quizás hoy tenga suerte”, se alentó, pues el día anterior había realizado un descubrimiento excepcional: una de las esclavas de la casa de San José, una muchacha muy bonita, tal vez de su misma edad, hablaba portugués con un niño negro de aspecto familiar que siempre iba tomando del guardapiés de la condesa. Si obtuviese alguna información sustanciosa, la baronesa se contentaría y la dejaría en paz. Estaba cansándose de los golpes.

Se puso de puntillas y estiró el cuello. La muchacha se hallaba, como de costumbre, a la izquierda de su ama; a la derecha, una mujer de aspecto infrecuente, vestida con una túnica verde chillón; y, por detrás, un hombre con gesto de pocos amigos. Joana se abrió paso y se detuvo frente a la esclava.

—Buenas tardes. Mi nombre es Joana. Soy de Río de Janeiro. ¿Tú de dónde eres?

Miora demoró en comprender que le hablaba en su lengua madre, y se quedó mirándola.

—¿Me entiendes, verdad?

—Sí.

—Me gustaría que fuéramos amigas. Me siento muy sola aquí. No sé hablar la lengua de este sitio. —Miora se sacudió de hombros—. ¿Puedo regresar mañana y platicar contigo?

—Está bien.

Por la noche, Miora le refirió el intercambio a Somar, que le soltó una retahíla de preguntas que no supo contestar; el turco insistía en una en particular: ¿qué hacía una esclava extranjera, que no hablaba palabra de castellano, en el portón del Ángel Negro?

—Mañana yo saldré a custodiar a miss Melody y me señalarás a esa mujer. —Miora asintió, con gesto compungido—. Ven acá —dijo el turco, y la atrajo hacia él—. ¿Me echaste de menos hoy?

Miora volvió a asentir, y Somar sonrió al ver la tonalidad rojiza que poco a poco le teñía los carrillos morenos. “Es tan adorable”, pensó. Se sentía feliz cuando ella se

presentaba por las noches; su corazón palpitaba, desbocado, al sonido de sus delicados golpes. Miora trasponía el umbral y allí se quedaba, sin levantar la vista, bañada y perfumada, preciosa en su vestido rojo, aguardando a que él la tomase de la mano y la obligase a entrar.

—Esta noche tengo un regalo para ti.

Somar levantó la tapa de un baúl y extrajo un vestido.

—¡Oh! —Miora se demudó y no se atrevió a tomarlo.

—Quiero que te lo pruebes —dijo Somar—. No sé si te irá bien. Ven, quítate el vestido rojo y pruébate éste. —Miora levantó la vista con un movimiento rápido—. Quiero verte desnuda —admitió el turco—. ¡No te vayas! —La detuvo por el antebrazo—. ¡No temas! ¿Crees que te haré daño? —Miora negó, sin convicción—. ¿Confías en mí?

—Sí —dijo apenas.

—¿Sabes, Miora? —habló Somar, en un tono pausado y grave, mientras desataba el lazo de la cotilla—. Hace tiempo que deseo conocer tu cuerpo. No debes tener miedo de mí. Jamás te haría daño. Si me pidieses que te dejase en paz, lo haría.

El turco se detuvo y le clavó la vista, a la espera de una respuesta. Podía sentir el pánico que esa intimidación le causaba, aunque también vislumbraba una índole audaz que, más por curiosidad que por lujuria, la conminaba a seguir con ese juego.

Miora tomó a Somar por las muñecas y le guió las manos hasta sus pechos. El turco inspiró bruscamente, sorprendido de que un contacto tan familiar —¡cuántos senos había tocado en su vida!— le hubiese causado ese estremecimiento. Sus manos vagaron por el torso de Miora, y sonrió al oírla gemir cuando sus pulgares le repasaron los pezones endurecidos.

—¿Qué debo hacer?

—Quítate el vestido. —Ella obedeció—. Ahora, la enagua y el justillo. No te cubras. Permíteme contemplarte. —La sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo—. Eres tan hermosa. ¿Tienes frío? —Ella sacudió la cabeza—. Ven, échate en la cama. —Miora se ovilló y escondió el mentón en el pecho para no mirar a Somar—. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—Quiero pedirle algo —dijo Miora—, pero no me animo.

—¡Pídeme lo que sea! —replicó, con ardor, acostado junto a ella.

—Quiero verlo sin ropa. Quiero verlo... desnudo.

—¿Por qué?

—Nunca he visto a un hombre desnudo. A don Alcides no lo vi, no quise mirarlo.

—¿Te haría feliz verme desnudo? —Ella asintió—. Entonces, te complaceré.

Somar era perfecto; aun que fuera tan velludo la fascinaba, tenía pelo en todas partes, incluso en las nalgas y en la espalda, si bien era muy suave, como el cabello de un bebé.

El arrobamiento de Miora le secó la garganta, y entreabrió los labios de modo inconsciente; la manera en que lo veneraba con los ojos y con las manos le provocaba una sensación misteriosa, un cosquilleo en el bajo vientre y entre las piernas. Estaba desconcertado. Ella se deshizo del turbante y enredó sus dedos entre los rizos castaños con extrema dulzura. A pesar de su timidez y su torpeza, esa chiquilla lo hacía vibrar como ninguna de las técnicas orientales a las que habían echado mano las mujeres del harén, y, cuando ella levantó la mirada y le susurró: “Lo amo, señor Somar”, un líquido caliente le surcó el estómago y se disparó hacia sus piernas, poniéndolo tenso, privándolo del aliento. Comenzaron a besarse y a refregar el cuerpo de uno en el del otro. Somar quería detenerse; la energía que le imprimía a sus caricias y a sus labios estaba asustando a Miora.

—¿Tienes miedo?

—No —le mintió.

Se animó a pedirle que lo tocara porque ella no tenía con quién compararlo y, por ende, no echaría en falta la ausencia de los testículos. Lo espantaba que Miora lo considerara un engendro de la naturaleza, quería parecerle normal, necesitaba agradaarle; eso también era nuevo. Como en un principio ella apenas lo rozó con los dedos, Somar la alentó con gemidos y palabras, y logró que lo tocara con decisión. La pequeña mano se cerró en torno al miembro y lo apretó. Entonces ocurrió el milagro: tuvo una erección. Sintió como un tirón, como una fuerza que chocaba y presionaba dentro del puño de Miora. Se irguió en la cama, de rodillas. La esclava lo imitó.

—¡Por Alá todopoderoso! —exclamó—. ¡Mira lo que has conseguido! ¡Muchacha, mira lo que has logrado!

Miora sonreía porque lo veía sonreír, pero no comprendía el motivo del júbilo. Debía de tratarse del cambio operado en ese apéndice que le había pedido que tocara, pues ahora lucía enorme, con una cabeza que parecía una ciruela madura.

—No sé si esto se repetirá algún día —admitió—, pero quiero que sepas que me has hecho muy feliz. Ninguna mujer había logrado lo que tú esta noche, y esto ocurrió porque eres especial para mí.

Se trataba de la experiencia más fascinante y turbadora por la que había atravesado, y, sin miramientos, olvidándose de las prevenciones de Miora, la tumbó sobre la cama y la penetró. No sabía qué esperar, no podía imaginar qué seguiría a continuación, él hacía lo que su cuerpo le indicaba, entraba y salía de Miora con rapidez y nunca dejaba de besarla. No reparaba en el desconcierto de ella, sólo pensaba en llevarla al orgasmo; él sabía cómo hacerlo con las manos y la lengua, ¿lo lograría con su pene? “Más rápido, más profundo”.

La escuchó gemir dentro de su boca, y, por el modo compulsivo en que movió las manos y le sujetó los hombros, Somar se dio cuenta de que estaba gozando gracias a

él. La euforia se esfumó cuando un ramalazo eléctrico lo obligó a curvar la espalda y lo hizo gritar como si padeciese una tortura. El asombro y la incredulidad le impidieron comprender de inmediato que él también estaba experimentando la potencia estremecedora del alivio. Después, cuando pudo observarse, comprobó la efusión de una pequeña cantidad de un fluido transparente. Cada etapa de esa experiencia lo había maravillado. Estrechó a Miora con ímpetu mientras reía de dicha.

—Quédate conmigo esta noche. No vuelvas a tu pieza. Quédate Aquí.

—Está bien, me quedaré.

—Muchacha, no sabes la bendición que has derramado sobre mí. Junto a ti, me siento un hombre de verdad.

—Para mí, su merced siempre ha sido un hombre. El mejor que conozco.

Melody suspiró, complacida, pues se daba cuenta de que, poco a poco, recobraba la armonía perdida a causa de la muerte de Jimmy y las desventuras de Tommy. El equilibrio de su espíritu le concedía paz y le devolvía la confianza en sí misma. No recordaba en qué circunstancias la inseguridad se había apoderado de sus pensamientos, tal vez ocurrió el día de la muerte de Lastenia, su madre, que amojonó el inicio de una larga cadena de tragedias que la condujeron a los brazos de Roger. No se trataba de que Blackraven le hubiese enseñado a confiar en sí misma sino que, protegiéndola y amándola, le había devuelto la seguridad, y por ende la armonía y el equilibrio.

De igual modo, su paz espiritual se debía también a que la gente a su alrededor estaba contenta. Los habitantes de las casas de la calle de San José y de la calle Santiago atravesaban una época de bienestar. A pesar de que a finales de febrero habían perdido a su padre y a su madre, las muchachas Valdez e Inclán florecían bajo la influencia de su tía Leonilda, quien había tomado las riendas de la casa, desplegando un sentido común del que había carecido su hermana Bela. De ésta, nada sabían, y Melody hacía tiempo que la había olvidado.

El cambio de Elisea era notorio. Su ánimo melancólico había mudado en un entusiasmo de sonrisas frecuentes y ojos chispeantes, del cual Melody conoció el origen cuando la muchacha le refirió el plan de Amy Bodrugan para huir con Servando.

—Miss Melody, ¿podría conseguir que el señor Blackraven le concediese la libertad a Servando antes de los tres años?

—Sí, creo que podría —admitió, pues su esposo le había prometido que, a su regreso de la Banda Oriental, se ocuparía del tema de la manumisión—. Sin embargo —acotó—, creo que no deberíais huir. Si tú me permitieses hablar con el señor Blackraven, quizás él mismo os ayudaría.

—¡Oh, no, miss Melody! —se aterrorizó Elisea—. Jamás admitiría que la hija de su amigo desposase a un esclavo. Me prohibiría acercarme a Servando. A él, de seguro, lo vendería, o lo azotaría hasta matarlo, y a mí me enviaría a un convento.

—Yo no lo permitiría.

—Miss Melody, en un asunto de tan delicada naturaleza, el señor Blackraven jamás torcería su voluntad, ni siquiera por vuestra merced.

A María Virtudes también la desvelaban cuestiones del corazón. Gracias a los dimes y diretes de la servidumbre, Melody conocía la relación amorosa nacida entre el teniente coronel Lane y la pupila de su esposo, aunque simuló no hallarse al tanto cuando la joven le pidió audiencia y se lo confesó. Quizá, de las cuatro hermanas, María Virtudes era la más parecida a Bela, no sólo en el aspecto físico sino también en el carácter; se expresaba con los mismos ademanes y le daba mucha importancia a la apariencia, a la propia y a la ajena; Melody no recordaba haberla visto despeinada o vestida impropiamente; era voluntariosa, aunque más compasiva y benévola que su madre, y, si bien se esmeraba en mostrarse racional, dentro de ella bullía una índole apasionada. No había manera de disuadirla de que no la llamara “señora condesa”.

—Si la señora condesa tuviera a bien ayudarme, yo le estaría profundamente agradecida y pediría misas eternas por su merced.

—¿En qué podría ayudarte?

—En convencer a su excelencia que, pese al luto por la muerte de mi señor padre, me permita desposarme con el teniente coronel Lane antes de que lo envíen al interior. Él no ha sanado de su herida y yo querría acompañarlo para asistirlo durante el viaje.

A principios de septiembre comenzó a circular el rumor de que la oficialidad y los soldados ingleses no se intercambiarían con los prisioneros del ejército del virreinato sino que serían enviados a diversas localidades lejanas a la costa. Se desvanecía la esperanza de Beresford de firmar la capitulación según lo parlamentado el 12 de agosto. Lo cierto era que los ingleses habían quedado atrapados en un fuego cruzado entre Álzaga y Liniers, donde el vasco, en su afán por desprestigiar al marino francés, se empeñaba en sembrar suspicacias entre las autoridades de la Real Audiencia y del Cabildo. De igual modo, las circunstancias no colaboraban para que Liniers pudiera honrar su palabra y cumplir con los términos pactados: Popham se mantenía firme en la entrada del puerto de San Felipe de Montevideo y corrían voces de que los refuerzos enviados por sir David Baird desde Ciudad del Cabo llegarían a principios de octubre. Urgía alejar a los prisioneros ingleses para impedir que se unieran a la tropa fresca; incluso se hablaba de obligarlos a firmar un juramento por el cual prometiesen no tomar parte en una lucha.

—No enviarían al teniente coronel Lane al interior si su salud no es buena —razonó Melody—. Le permitirían quedarse acá.

—¿Su merced así lo cree?

—Exigirán que un médico del Protomedicato certifique su condición para luego eximirlo de partir hacia el interior. —Ante la inquietud de María Virtudes, Melody agregó—: Igualmente hablaré con el señor Blackraven e intercederé por ti.

—¡Oh, gracias, miss Melody!

A veces deseaba contar con el poder de Roger para solucionar los problemas, y su deseo no nacía en la ambición sino en la necesidad de evitar abrumarlo. Durante el último momento compartido antes de que emprendiera su viaje a la Banda Oriental, tuvo la impresión de que estaba agobiado y algo desanimado. Le insistió hasta el hastío que se cuidara y que no saliera sola, y la abrazó y la besó tantas veces que Melody pensó que al final desistiría de marcharse. Quizás el ataque de epilepsia de Víctor esa mañana lo había impresionado más de lo que ella sospechaba.

Por fortuna, la buena salud de Víctor le permitió una rápida mejoría. En los primeros tiempos, cuando Melody lo tomó a su cargo, los ataques lo postraban dos días, a veces tres, dado que, al no alimentarse ni dormir bien, estaba muy débil.

Al contrario de los vaticinios de Melody, Amy no se desalentó después de la escena con su hijo en el despacho sino que volvió a ser la que conocían, una mujer desinhibida, descarada y alegre, que visitaba la casa de San José con la asiduidad de las primeras semanas. Aunque no mencionó de nuevo su intención de llevarse a Víctor, éste la miraba de soslayo y con recelo y se mantenía alejado o aferrado a la mano de Melody como si sospechase que la señorita Bodrugan planeaba meterlo en un saco y robárselo. La persuasión de Melody y el encanto de Amy consiguieron que Víctor ganara confianza y se sintiera a gusto otra vez en presencia de su madre.

—Sólo quiero verlo feliz —le confesó Amy a Melody, en una inopinada muestra de amistad y confianza—. Ésta es su casa y no quiero incomodarlo con mi presencia. Si es necesario, no volveré.

—Víctor es un niño que requiere tiempo para adaptarse a las nuevas situaciones. Téngale paciencia. —Y habría agregado: “¿Quiere que la ayude a confesarle que usted es su madre?”, pero calló movida por un sentimiento mezquino, el único que amenazaba con perturbar ese equilibrio espiritual que tanto le había costado alcanzar. “No estoy preparada para separarme de él”, se justificaba, “todavía no. He perdido a Jimmy, no podría perderlo a él también”. Sin embargo, insistía en que rezasen por la madre de Víctor, y la oración se prolongaba más de lo habitual, y ella agregaba nuevos pedidos como: “Que algún día Víctor pueda conocerla si aún no ha partido a tu encuentro, Señor” o “Que el corazón de Víctor aprenda a amarla como corresponde a todo buen hijo, Señor”, peticiones que desconcertaban al niño, que se quedaba mirándola, sin pestañear, y después de un rato tragaba haciendo ruido y decía: “Amén”.

En ocasiones, Melody tenía la impresión de que Amy le exigiría que Víctor

supiese la verdad. Cierta inquietud la volvía taciturna y seria, y borraba la sonrisa de un momento antes; aun Arduino lo notaba y se apartaba con un chillido. Amy daba bandazos por la casa como si buscara un efecto perdido o se confinaba a beber en el despacho o se montaba en la rama más alta del jacarandá. A veces, se aproximaba y la miraba con fijeza como si intentase soltarle una verdad rotunda y definitiva, para terminar chasqueando la lengua y alejándose a largas zancadas.

Una tarde, Melody la halló echada en el diván del despacho, llorando. Resultaba perturbador pillar a una mujer de su talla en ese quebranto; no sabía si terminar de entrar o marcharse con sigilo.

—Pase, Melody. —Hacía días que no la llamaba “señora condesa”—. Me hará bien un poco de compañía. Me he dejado llevar por negros pensamientos.

—¿Quiere hablar de ellos? —Amy negó con la cabeza—. Es por Víctor, ¿verdad? Desea comunicarle que usted es su madre y no encuentra el valor, ¿no es así?

—No es eso lo único que me angustia. En realidad, se trata del padre de Víctor. Roger le dijo quién es el padre de Víctor, ¿verdad? —Melody asintió—. Es un maldito hijo de puta. Disculpe, no ha sido mi intención escandalizarla con mi vocabulario.

—Descuide. Me crié entre hombres de campo. Ninguno reparaba demasiado en mi condición de mujer, y he escuchado insultos desde que tengo memoria. No me escandalizo fácilmente.

Amy levantó las cejas, sorprendida, aunque más bien su gesto comunicaba admiración.

—Roger ha sido afortunado en encontrarla, Melody, si bien me cuesta admitirlo. Es usted una magnífica mujer, digna de él.

—¿Está usted enamorada de mi esposo, Amy?

No esperaba esa audacia ni esa franqueza por parte de una muchacha varios años más joven y de carácter tan dulce. Sonrió con tristeza y se puso de pie.

—No, no estoy enamorada de él. Lo que existe entre Roger y yo traspone las puertas del amor, va más allá. Durante muchos años fijamos como una sola cosa. Carne y uña. Yo, desde niña, vi en Roger a un héroe, a mi salvador, y con los años confirmé que no me había equivocado. Él es mi héroe y mi salvador, aunque soy demasiado inteligente para confundir una infatuación con el amor verdadero, ése que él siente por usted y que usted siente por él.

—¿Ha estado enamorada, Amy?

—Sí —contestó, sin demora—, aunque me avergüenzo de ese sentimiento.

—¿De veras? Pues creo que no debería avergonzarse.

—Oh, créame que estará de acuerdo conmigo cuando le diga que es al padre de Víctor a quien amo. ¡No puedo quitarlo de mi cabeza al bastardo mal nacido! Hace años que intento aborrecerlo y no lo consigo. El muy hijo de puta me tomó por la

fuerza y me embarazó en contra de mi voluntad. Roger me mataría si supiera que estoy enamorada de su peor enemigo. —Se volvió para mirar a Melody—. Ah, bien, veo que no luce estupefacta. En verdad, no se escandaliza fácilmente. ¿No tiene nada para decirme? ¿Nada para comentar?

—¿Por qué lo ama?

Amy regresó al diván y, apoyando los codos en las rodillas, se tapó la cara con ambas manos. Melody no sabía si lloraba o meditaba; al cabo descubrió que las dos cosas, cuando la mujer levantó el rostro, bañado en lágrimas, y le contestó:

—Porque él ha sido el único que me ha contemplado con la misma pasión con que Roger la contempla a usted. He tenido muchos amantes, Melody, no intentaré pasar por una casta doncella, sería ridículo. En verdad, muchos han sido los hombres que he conocido, aunque sólo ese maldito hijo de perra me ha hecho sentir... No sé... Mujer, quizá. Me ha hecho sentir que soy una verdadera mujer, no este personaje mitad macho, mitad hembra a quien ciertos hombres codician sólo por curiosidad, para comprobar si pueden doblegarme en la cama como no lo hacen en batalla. Es extraño —dijo, después de un silencio— que siendo yo tan independiente, me haya enamorado del hombre que me mantuvo cautiva y me amó en contra de mi voluntad. ¡Es inadmisibile! ¡Mi cabeza no lo entiende! ¡Me volveré loca, loca! Temo que ya lo estoy —dijo, con acento lúgubre.

Melody se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Amy se sobresaltó con el contacto y alejó el rostro para mirarla de frente.

—La cabeza y el corazón no siempre van de acuerdo, Amy. Yo sé de eso porque, cuando conocí a Roger, mi cabeza me exigía que lo odiara. Sí, se sorprende, la entiendo, pero, desde mi punto de vista, Roger encarnaba todo cuanto yo debía aborrecer. Es inglés, pertenece a la raza que torturó a mi padre hasta casi provocarle la muerte; pertenece a la nación que ha oprimido con crueldad a la de mis ancestros y que obligó a mi padre a abandonar su amada Irlanda. Además, lo precedía una fama de mujeriego, libertino y tirano que me aterrorizaba. Mi corazón, sin embargo, anhelaba su amor. Sabía que si me rendía a la pasión de Roger, traicionaría la memoria de mi padre y a mis hermanos. Luché para no amarlo, sin éxito. Lo amaba y no podía esconderlo. Me entregué a él llena de miedo y me enfrenté a mi hermano, me peleé con él. Roger había pasado a ocupar el primer lugar en mi vida. Ya no me echaría atrás. Y cada día, al despertar, le agradezco a Dios que me haya concedido el valor para unirme a Roger, pues con el tiempo descubrí que es un hombre muy distinto de cuanto se dice de él. Sí, ha cometido errores en el pasado, pero ¿y quién no? ¿Me corresponde juzgarlo? No, por supuesto que no. Ahora sólo pienso en la felicidad que compartimos en el presente, y le pido a Dios que nos conserve unidos en el futuro.

—¡Oh, Melody! —sollozó Amy, y la abrazó.

La relación entre ellas cambió, no de un modo manifiesto, frente a los demás seguían tratándose con respeto y cierta prudencia, como si temiesen invadir sus territorios y romper el equilibrio alcanzado, aunque cada una sabía que los sentimientos que se inspiraban en un principio sufrían una lenta transformación que terminaría en una amistad, y estaban a gusto con esa idea. Como Somar durante el viaje de Roger a Río de Janeiro, Amy, después de cenar, les narraba a los niños las hazañas del Capitán Black y sus marineros, y más tarde, cuando la casa dormía, le refería a Melody pasajes de la niñez de su esposo.

—Debería aprender a amar Cornwall —le sugirió Amy—. Aunque Roger insista en que es un ciudadano del mundo, su corazón está en Cornwall, por mucho que le pese y le cueste admitirlo.

—¿Por qué le cuesta admitirlo?

—Porque ésa es la tierra de su padre.

—Ah. —Melody permaneció meditabunda—. ¿Cómo es la relación entre Roger y su padre?

—Complicada —confesó Amy—. Aunque no sea santo de mi devoción, es justo decir que, desde la reaparición de Roger luego de su huida de Estrasburgo, el duque ha tratado de componer las cosas entre ellos, pero Roger no ha mostrado ninguna buena voluntad. Se empeña en odiarlo cuando, en rigor, siempre lo ha querido. Bah, al menos siempre ha querido que su padre lo quisiera.

El corazón de Melody sufría ante aquellas revelaciones. Le costaba imaginar a un Roger Blackraven carente de afecto. De igual modo, las palabras de Amy sonaban verdaderas, ella misma había advertido cierta desesperación en la mirada de su esposo cuando parecía suplicarle: “Ámame, Isaura”. Ya deseaba que estuviese de nuevo a su lado para decirle: “Yo te amo, Roger, más que a nada en esta vida, y mi amor es tan inmenso que alcanza para cubrir todo el que alguna vez pudo faltarte”.

En ocasiones, Melody tenía la impresión de que los habitantes de las casas de las calles Santiago y San José habían estado aguardando que Blackraven se marchase para volcar en ella sus súplicas y pedidos, que, por supuesto, en última instancia serían resueltos por quien todos parecían evitar, hasta el propio don Diogo, que se presentó una tarde, acabado su trabajo en la curtiduría, con una noticia que conmocionó a Melody: quería desposar a su sobrina Marcelina.

Ella recordaba de sus días en la casa de Valdez e Inclán que don Diogo manifestaba una parcialidad por la segunda de don Alcides y doña Bela, más allá de que siempre había creído que se trataba de cariño paternal; la novedad la pasmaba y la escandalizaba también. La señorita Leo le confirmó que su hermano había sentido amor filial por su sobrina hasta hacía poco, cuando la propia Marcelina le confesó que lo amaba, no como a un tío, no como a un padre, sino como a un hombre. Melody encontraba difícil imaginar a la tímida Marcelina realizando una declaración

de esa índole. Elisea, por su parte, le confesó que Marcelina suspiraba por su tío Diogo desde que éste abandonó el Portugal y marchó a vivir a la casa de la calle Santiago años atrás, y que, si bien se mostraba apocada, su hermana tenía un genio testarudo y voluntarioso.

—Miss Melody —había agregado Elisea—, mi hermana Marcelina es capaz de enfrentar de ese modo a tío Diogo y de mucho más.

Melody se preguntaba cómo reaccionaría Blackraven, y, a pesar de esforzarse en razonar como él, no lograba predecir su respuesta.

—Su excelencia aceptará de buen grado —opinó Elisea—. Es el amor que nos profesamos Servando y yo el que juzgaría escandaloso y desnaturalizado.

Dado el lazo consanguíneo tan próximo, deberían tramitar una dispensa ante el obispo Lué para celebrar la boda, al menos así le informó el doctor Covarrubias cuando lo consultó acerca de la factibilidad de un matrimonio de esa índole.

—Es bastante común —dijo el abogado, y le mencionó otros casos.

Melody tenía que admitir que Marcelina lucía feliz, con un brillo en los ojos y una tonalidad saludable en las mejillas que delataban el contento de su corazón, el mismo brillo y la misma tonalidad saludable que descubría en Miora cada mañana cuando se presentaba en su habitación para asistirla con el baño. No se atrevía a preguntar de qué modo se desarrollaba el entendimiento entre ella y Somar pues, dada la condición de él, se trataba de un asunto de delicada naturaleza donde la prudencia se imponía. De igual modo, el buen ánimo y la sonrisa constante de la esclava y del turco hablaban de que, a su manera, eran felices. Entonces, Melody también lo era.

La amistad con Simonetta Cattaneo se cimentaba con el paso de los días, y, si bien crecía el cariño por su amiga italiana, Melody admitía que se trataba de la persona más excéntrica y compleja de entre sus conocidos. Simonetta y Ashantí, a quien Melody no sabía cómo tratar ni dirigirse, la acompañaban a menudo al hospicio, donde, a pesar de que alarifes, escayolistas y carpinteros aún trabajaban en la remodelación, ya residían tres ancianos manumitidos a la muerte de sus dueños, a los cuales no les habían heredado un real. Allí, en el hospicio, las presentó a Lupe y a Pilarita, que se limitaron a dispensarle un trato cordial aunque sin demostrar mayor interés. Melody las comprendía: Simonetta y su amiga Ashantí a veces daban miedo, y sólo con un conocimiento más profundo de la personalidad de la italiana llegaba a descubrirse su verdadera índole, benévola y mansa, puesto que, a simple vista, parecía fría, hasta perversa, dado su modo de caminar, de mirar, de hablar, muy pausado, más bien retaceado, como si quisiera dejar en claro que guardaba para su fuero íntimo sus conceptos y pensamientos, y que juzgaba a pocas personas dignas de su atención. Esa actitud, la que se empeñaba en mostrar al mundo, iba a tono con un guardarropa espléndido y joyas dispendiosas; a su paso, la seguía una estela de

perfume que Melody supo, tiempo después, correspondía a una fórmula exclusiva creada para Simonetta por un perfumista francés, una mezcla de jazmines, narcisos y un toque de bergamota que la precedía; antes de subir al carruaje de Simonetta, cuando ésta pasaba a buscarla para ir al hospicio, Melody percibía el inconfundible aroma desde la puerta de su casa; también le ocurría cuando entraba en la iglesia; aunque sus ojos no la encontrasen, ya sabía que la descubriría sentada en su habitual rincón del ala derecha.

Un mañana, en el atrio de San Francisco, después de misa, Simonetta le comunicó que había alquilado una casa en la calle de Santa Lucía, en esquina con la de San Martín, a una cuadra de la Iglesia de la Merced, ya que pensaba prolongar su estancia en Buenos Aires y necesitaba más espacio e intimidad. A las pocas horas, Gilberta llegó del mercado con la noticia de que la viuda de Arenales les había pedido que se marcharan.

—¿Por qué? —se alarmó Melody.

—Yo no sé si creerlo, miss Melody.

—Vamos, habla.

—Pues que dice Elodia —Gilberta se refería a la cocinera de los Valdez e Inclán — que Mariaba, la esclava de los Echenique, ¿se acuerda de Mariaba, miss Melody? Bueno, que dice Mariaba que Bernarda, la que trabaja en casa de la viuda de Arenales, le dijo que... Bueno... que...

—¡Habla, Gilberta! No me tengas sobre ascuas.

—Pues que la señora Cattaneo y su esclava estaban besándose. En la boca —añadió—. Por eso la viuda de Arenales las puso de patitas en la calle.

Melody profirió una exclamación y se quedó quieta, con sus ojos fijos en la esclava, que le devolvía un gesto de fatalismo propio de los de su casta, esa capacidad para adaptarse o aceptar cualquier situación por nefanda que fuera; así habían soportado los años de cautiverio. Para Melody, en cambio, el comportamiento de Simonetta, en caso de probar su veracidad, era inaceptable, y no sabía cómo proceder. Aunque se trataba de una hablilla de mercado, Melody las creía capaces, de alguna manera se las imaginaba besándose con pasión. La sociedad las destrozaría. Hasta corrían el riesgo de que las denunciaran en el Santo Oficio. ¿Con qué objeto deseaban prolongar la estancia en una ciudad donde las marginarían? Melody recordó que, en una de las primeras conversaciones profundas que sostuvo con Simonetta, ésta le había dado a entender que buscaba su lugar en el mundo y que quizá lo hubiese hallado en Buenos Aires.

—¡En Buenos Aires! —se había pasmado Melody—. Entiendo que esta ciudad es nada comparada con Roma, París y Londres, sitios que vuestra merced, de seguro, conoce al dedillo.

—Sí, las conozco al dedillo, aunque también puedo afirmar que son ciudades

feroces a las cuales me gusta visitar para renovar mi guardarropa y ponerme al día con las últimas novedades en materia de política, pero en las que prefiero no pasar todo mi tiempo. Para eso elijo un lugar apacible, como éste. Ashantí y yo visitamos ayer una quinta en las afueras que nos ha resultado un lugar encantador. Había gran variedad de aves, sus trinos se escuchaban con extraordinaria nitidez. ¿Os he comentado que nuestro pasatiempo favorito es la observación de las aves? Somos muy buenas en ello, y Ashantí es extraordinaria imitando sus trinos. Aun un experto la confundiría con un ave.

—De igual modo, encontrarán extremadamente acotada la vida en Buenos Aires.

—De ser así, pasaremos temporadas en la Europa —adujo Simonetta—. Me gusta estar aquí —reiteró—. Además —dijo, y por el modo en que sonrió, con timidez, Melody intuyó que le revelaría una parte que acostumbraba ocultar—, vuestra amistad, Melody, no es algo que yo tome a la ligera ni que esté dispuesta a soslayar fácilmente.

A la luz de la revelación de Gilberta, aquellas palabras podrían haberle causado repulsión; no obstante, Melody experimentó una gran empatía, ya que, en cierta forma, ella también era una paria, desdeñada por las señoras de rango y fuste, que ahora la apodaban “la condesa burda”, una deformación del mote con que la había favorecido el doctor Manuel Belgrano, “la condesa buena”.

De igual modo, la novedad acerca de Simonetta y Ashantí seguía incomodándola. Se sentó frente a su secreter y le escribió a madame Odile. Al día siguiente, Emilio, el empleado y amante de madame, entregó la respuesta en la casa de San José. Melody se refugió en su gabinete, rasgó el sobre y leyó.

Supongo que la noticia no te habrá tomado por sorpresa, puesto que, de tus días en la Casa de Ocre, estás al corriente de que existen mujeres que aman a otras mujeres, como es el caso de nuestra querida Apolonia, que durante tanto tiempo intentó seducirte aunque tú no lo notaras o te hicieras la tonta. Sin embargo, comprendo tu azoro; una cosa es una lesbiana en un burdel, otra muy distinta, una lesbiana con quien tomas el chocolate y oyes misa.

No debes juzgar duramente a tu amiga, Melody. Por mi experiencia —que tú sabes vasta—, en general, las personas que vuelcan su pasión y su amor en otras del mismo género han sufrido cruelmente en esta vida, han sido decepcionadas y lastimadas, muchas veces despreciadas. Vaya uno a saber qué desventuras ha vivido la tal Simonetta. Me dices que la casaron cuando apenas era una niña con un hombre de edad proveya. Imagínate lo que habrá padecido en la alcoba con un anciano siendo, quizás, apenas núbil.

El último párrafo de madame la hizo reír.

Tal vez no existirían mujeres como Simonetta si a todas les tocase en suerte un ejemplar como el Emperador, cariño.

Capítulo XVII

Ese día había comenzado muy bien. Al despertar, Melody pensó:

“Faltan sólo tres días para que Roger vuelva a mis brazos”. Desayunó y se vistió con su mejor traje para posar durante una hora para el retrato en el que trabajaba Fermín Gayoso, el esclavo de Pueyrredón. A pesar de lo inusual de retratar a una mujer encinta, Blackraven había insistido en que así fuera; Sansón aparecía echado a sus pies.

Más tarde, Somar había pasado por la oficina del correo, y, entre la correspondencia que recogió, había una carta de Tommy. Melody la recibió con manos temblorosas. Si bien se esforzaba por ocultar a Blackraven su preocupación, vivía pensando en el destino de su hermano.

Río de Janeiro, 17 de agosto de 1806

Querida Melody:

Espero que entiendas mi caligrafía, ya sabes cuántos desvelos le causó a nuestra madre y cuántos coscorrónes me gané a causa de su trazo espantoso; lo cierto es que no ha mejorado con los años, más bien lo contrario.

Quiero que sepas que me encuentro en estado inmejorable de salud. Hace dos días atracamos en el puerto de Río de Janeiro, una ciudad magnífica, llena de vida. La travesía fue muy buena y, como ni un día he sufrido el mal del mar, el capitán Flaherty sostiene que tengo aptitudes natas de marinero. Soy un simple grumete y no creas que por ser el cuñado del dueño de la embarcación me favorecen con concesiones especiales, aunque el capitán Flaherty me ha invitado a comer en su cabina en dos ocasiones y eso sí es una muestra de deferencia si tenemos en cuenta que pertenezco a la más baja categoría dentro del White Hawk; la primera vez que me invitó, supongo, lo hizo por eso, por deferencia al capitán Black (así llama la marinería a tu esposo); la segunda, porque durante la primera supo que nuestro padre había tomado parte en un ataque a lord Grossvenor y que había sido apresado y torturado como consecuencia del mismo. Me confesó durante esa segunda cena que ha sido miembro de los United Irishmen y que ha luchado en la batalla de Vinegar Hill en junio de 1798. Después de la derrota, huyó de la Irlanda y se conchabó como contramaestre en uno de los barcos de Blackraven. Dado su vasto conocimiento en náutica, pronto consiguió capitanear el White Hawk. Flaherty es un sujeto de buen carácter, aunque para nada desprovisto de firmeza y coraje. A veces me recuerda a nuestro padre, en especial cuando habla con apasionamiento de la Irlanda o cuando denuesta a los ingleses. Le pregunté cómo, entonces, trabajaba para uno de

esa aborrecida nacionalidad. Me contestó con una risotada: “¡Ah, el capitán Black podrá tener un apellido inglés pero su corazón es el de un buen hombre!”.

En pocos días partiremos hacia el Caribe donde, según me informan mis compañeros, es más fácil dar con una buena presa. Si la suerte me acompaña, me haré de mis primeros pesos (o más bien libras) en poco tiempo. Estoy dispuesto a ahorrar cada cuartillo que entre en mi faltriquera para devolverle a tu esposo lo que está desembolsando en Bella Esmeralda, y no me importa si tendré que trabajar hasta caer rendido para lograrlo.

Espero que te encuentres en buen estado de salud y de ánimo. No te aflijas por mí, ya lo has hecho demasiado. Tu hermano que te quiere.

Tomás Maguire.

P.D. ¿Qué sabes de la joven Elisea Valdez e Inclán?

Melody releyó la carta, exultante de dicha, convencida del sincero entusiasmo que comunicaban las líneas de su hermano. Lo notaba reposado y maduro, libre de ese rencor que lo había envilecido en el pasado. No le molestó que le preguntase por la suerte de Elisea; después de todo, tenía derecho a enamorarse.

Llamaron a la puerta. Melody plegó la carta e indicó que entraran. Miora, con una sonrisa jovial y ojos chispeantes, le anunció que don Gervasio Bustamante, dueño de Polina y padre de Rogelito, le enviaba un obsequio: tres cajas repletas de cítricos, membrillos, manzanas, nueces, higos secos, orejones, rábanos, coles y puerros. Dos esclavos, con las boinas en las manos y la vista al suelo, aguardaban al Ángel Negro. Uno de ellos, el más viejo, tomó la palabra cuando Melody entró; lucía muy conmovido.

—Que manda a preguntar el amo Gervasio que cómo están su merced y los niños.

—Muy bien, gracias —contestó Melody—. ¿A santo de qué se debe este maravilloso presente?

—El amo Gervasio se las manda con sus bendiciones, señora condesa. Son de su quinta, la que queda cerca de la Convalecencia.

—No me llames señora condesa. ¿Acaso no vive allí Petronio?

Melody hablaba de un liberto por quien había intercedido para que Bustamante le arrendara el campo.

—Petronio murió, señora condesa.

—Oh.

—No sabemos cuándo. Lo encontró don Francisco Álvarez, su vecino, el que se ocupa del campo lindante. Petronio estaba tieso como una vara. Parece que le dio un soponcio. El amo Gervasio mandó recoger la fruta y la verdura para que no se echase a perder. ¡Era tanta, y aun siendo invierno! Hasta conservaba higos secos, nueces y

orejones que recogió en el verano.

—Pobre Petronio —se lamentó Melody—. Siempre tan industrioso y dedicado. ¿Sabes si le dieron cristiana sepultura?

—Sí, señora condesa. El mismo don Francisco Álvarez, él se encargó de eso. Y como Petronio no tiene familia, don Gervasio le manda a su merced parte de la cosecha.

Melody le entregó al esclavo un envoltorio de papel de seda que contenía una chaquetilla de muaré que había tejido para Rogelito y una esquila de agradecimiento para Bustamante, y los despidió. Siloé se dedicaba a hurgar entre las cajas, mientras lanzaba exclamaciones ante la cantidad y calidad de la fruta y la verdura; apartó la que estaba papanduja y trazó planes para conservar el resto. A partir de ese momento, la cocina cobró vida, y hasta las esclavas consignadas a la limpieza de las salas y de las habitaciones vistieron mandil y se pusieron a las órdenes de Melody y de Siloé, que decidían el mejor destino para cada alimento.

—No, no —se opuso Melody—. A las nueces las almibararemos pues es el postre favorito del señor Blackraven. Comió doble porción de las que preparé el otro día. Le agregaremos otro clavo de olor esta vez.

—Lo mejor para los rábanos sería escabecharlos, miss Melody —propuso Siloé.

—De acuerdo. ¿Y qué sería mejor para las naranjas?

—Pensaba abrillantar la cáscara y hacer mermelada con la pulpa. ¡Qué magníficas tortas de membrillo haré! Mire, miss Melody, son un poema —y le acercó un membrillo para que lo apreciara.

Se mandó encender tres fuegos más, y quitar el polvo de las pailas de cobre que se guardaban en el sótano hasta el verano, cuando se las utilizaba para preparar conservas y dulces. Como no alcanzaría con los dos sacos de azúcar que hallaron en la despensa, Ovidio marchó a la Recova por más; también trajo vinagre, canela en rama para condimentar la compota de manzana, más clavo para la confitura de nueces, vino dulce, semillas de mostaza y recipientes de cerámica, de gres y dos de vidrio, todo un hallazgo y que pagó a peso de oro.

“¡Qué día tan maravilloso!”, suspiró Melody, en tanto agitaba la cuchara de madera para evitar que los membrillos se adhirieran en la olla. Desde la amplia ventana de la cocina que daba al patio de la servidumbre, le llegaban las risas de los niños en su recreo, las voces de los maestros, Perla y Jaime, que los amonestaban por alguna travesura, los ladridos de Sansón y los chillidos de Arduino. Las esclavas cuchicheaban en la cocina y se afanaban en los manjares que preservarían durante varios meses el fruto del trabajo de pobre Petronio. “Le llevaré una torta de membrillo a Simonetta”, pensó. “De seguro jamás las ha probado”. También se dijo que le regalaría rábanos en vinagre a Lupe y dulce de naranja a Pilarita. Pero en quien realmente pensaba mientras removía el puré de membrillo era en Roger; todo lo que

preparaba era para él, por ninguna razón en especial excepto para complacerlo.

Se escucharon varios aldabonazos en la puerta principal. Gilberta se secó las manos y fue a ver de quién se trataba. Volvió al rato, frunciendo el entrecejo.

—¿Quién es? —preguntó Melody.

—Unas gentes —contestó, evasiva—. Yo no entiendo nada —añadió—. Por favor, miss Melody, vaya su merced a ver.

Melody se quitó el mandil y el pañuelo de la cabeza, y los colocó sobre una silla. Se cubrió el vientre con el rebozo y caminó a paso rápido, intrigada, en tanto se mesaba las gudejas de las sienes y se pasaba las manos por la cara.

Apenas los vio en el salón, presintió que traían una mala noticia y que su llegada a la casa de San José provocaría un cataclismo en su vida. Eran cuatro, tres mujeres y un hombre; a sus pies, había varios baúles y bolsos de cuero. La mirada de Melody se posó en la mujer más joven, y, si bien no reparó en los detalles de su rostro, absorbió su belleza como hipnotizada.

—Buenas tardes —dijo—. ¿A quién buscáis?

—Al señor Roger Blackraven. Soy su madre, Isabella di Bravante.

El anuncio no la alegró, a pesar de que había deseado conocer a su suegra, y se lamentó de no haber pasado por su dormitorio para acicalarse un poco.

—Buenas tardes, señora. Es un gran placer conocerla.

Acometida por un repentino mareo, se tambaleó apenas. Percibió la firmeza de una mano en la espalda y, al volver la cabeza, se encontró con Trinaghanta, que no la miraba a ella sino que se concentraba en los recién llegados con expresión indefinida.

—Usted debe de ser Isaura —prosiguió Isabella—, la esposa de mi hijo.

—Sí, señora —musitó Melody, entorpecida por ese sentimiento de premonición que seguía advirtiéndole que se pusiera a buen resguardo; quizá por tal razón, seguía en la entrada de la sala, a varios palmos de los extraños, y no se decidía a avanzar para recibirlos de acuerdo con las normas mínimas de urbanidad. Se mantenía quieta, el cuerpo en tensión, los puños y los dientes apretados, desplegando una actitud nacida del instinto de supervivencia, como si enfrentase a una bestia feroz.

—Roger está de viaje —balbuceó—. Regresará en tres días.

—Ah, de viaje —repitió Isabella, decepcionada—. Entiendo su sorpresa. Nuestra llegada ha sido un tanto súbita y sin previo aviso. ¿Cómo estás, Trinaghanta? —preguntó, en inglés; hasta el momento se había dirigido a Melody en castellano, con el acento de los de la península.

Trinaghanta se limitó a una inclinación de cabeza.

—Esto no es nada fácil —admitió la mujer, y caminó en dirección a Melody—. Venga, querida, siéntese, está muy pálida.

Melody e Isabella tomaron asiento, mientras los demás permanecían de pie.

—¡Oh, por favor! —reaccionó la joven—. Creerán que soy una desconsiderada.

Por favor, tomad asiento vosotros también. Por favor —insistió, con timidez, y cayó en la cuenta de que estaba experimentando una gran incomodidad, como si ya no fuese la dueña de casa—. ¿Deseáis tomar algo?

—No por el momento. Más tarde, quizá —dijo la madre de Roger—. Isaura, el señor Adriano Távora —y señaló al hombre del grupo— es un gran amigo de mi hijo. Hace poco, él nos visitó en Londres y nos trajo la noticia de que Roger había vuelto a contraer nupcias. Para ese entonces, un gran descubrimiento había tenido lugar, y, dada la importancia del mismo, decidimos embarcarnos para comunicárselo a mi hijo. Sé que esto...

—Isabella —intervino Távora—, creo que lo mejor sería esperar la llegada de Roger. Él debería estar al tanto de la situación antes de tomar cualquier medida.

En ese punto, las manos de Melody temblaban y el corazón le palpitaba en la garganta; apretó con ímpetu las mandíbulas, segura que, de lo contrario, le castañetearían los dientes.

—Considero —dijo Távora— que no deberíamos molestar a la señora Blackraven y tomar habitaciones en algún hotel de la ciudad.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —replicó Melody, con una voz inestable, como gangosa, que la avergonzó.

—Yo considero... —tomó la palabra la madre de Roger, pero no pudo terminar.

Amy Bodrugan se presentó en la sala, profirió su conocido chillido y, a continuación, un insulto en inglés.

—¡Victoria Trewartha! ¡Que me parta un rayo si no eres tú, maldita condenada! ¡Las entrañas del Infierno te han vomitado de nuevo en este mundo!

—¡Amy, por favor! —se enfureció Isabella.

—Descuide, Isabella —habló Victoria por primera vez—, siempre ha sido así entre nosotras, desde niñas. No entiendo por qué debería cambiar en esta instancia.

Melody se puso de pie en un acto reflejo y se apartó, caminando hacia atrás, con ambas manos sobre la boca, asfixiando un grito de dolor y de pánico; se había quedado sin aire, y su corazón seguía bombeando a una velocidad que la ensordecía; el latido en las sienes le acentuaba el mareo y las náuseas; le dolían la garganta y el pecho, hasta le dolían las puntas de los dedos.

—¡Mira lo que has conseguido con tu arrebato!

—¡La muchacha no lo sabía aún!

—¡Eres una irresponsable!

Melody apenas oía las frases vociferadas sin alcanzar a comprenderlas; tampoco veía con claridad ya que las lágrimas nublaban su visión; apenas divisaba los contornos de las figuras, y los colores de sus prendas la enceguecían con un fulgor inusitado; algo sí distinguía, todos se habían puesto de pie, y, mientras Isabella, Távora, Victoria y Amy seguían enzarzados en una discusión, la tercera, mujer, una

anciana menuda y de cabellos blancos, se aproximó a ella y le tocó el vientre, y después le apoyó el dorso de la mano en la frente y en una mejilla, como si le tomase la temperatura. Por último, cerró ambas manos sobre sus puños crispados, y empezó a hablar. “¿En qué idioma habla?”, se preguntó Melody, que no caía en la cuenta de que la anciana le dirigía unas indicaciones a Somar, que acababa de entrar en el salón, atraído por el bullicio. El turco cargó en brazos a su señora y la condujo a los interiores de la casa.

Melody sollozaba en la cama, apenas entreabría los ojos, no tenía fuerzas. Después de tomarle las pulsaciones, el doctor Fabre le había practicado una sangría pues, según diagnosticó, la presión se había disparado y ese cuadro, en una embarazada, resultaba alarmante. De allí su debilidad.

—Sería muy riesgoso que esto deviniese en una eclampsia —les informó el médico a Isabella y a Malagrida, que acababa de llegar y a quien Amy había puesto al tanto de la situación—. Nada de sal en las comidas, mucho líquido, reposo y absoluta tranquilidad. Le extraje doscientos cincuenta centímetros cúbicos de sangre. Es imperioso que se alimente bien. Leche, carne, un poco de yema con oporto sería muy bueno.

Las últimas palabras de Fabre se desvanecieron en los oídos de Melody. Al despertar, se sintió perdida y le tomó un momento reconocer su habitación; no sabía cuántas horas había dormido. “No ha sido un mal sueño”, pensó, y ladeó la cabeza con dificultad, sin potestad sobre sus miembros, de hecho, tenía la impresión de hundirse en el colchón, como si unas arenas movedizas estuvieran a punto de engullirla.

Miró hacia la ventana, donde las cortinas de cretona seguían abiertas, y comprobó que había anochecido, ¿o sería de madrugada? A un paso de la cabecera, Miora y Trinaghanta la contemplaban con ansiedad. Le sonrieron; sus semblantes reflejaban una mezcla de alivio, preocupación y piedad. Melody trató de articular, pero no le salió la voz. Trinaghanta se inclinó y le puso el oído cerca de los labios.

—¿Qué hora es?

—Deben de ser como las siete y media de la tarde, señora.

—Manda buscar al doctor Covarrubias. Que nadie se entere —le exigió.

Salieron las dos sirvientas. Miora volvió poco después con una bandeja y la ayudó a incorporarse. Si bien no deseaba comer, Melody recordó las últimas palabras del doctor Fabre y se instó a esforzarse. “Es imperioso que proteja la salud de mi bebé. Necesito recuperar mis energías”. Miora le acercó la cuchara a la boca y Melody comió sin mirar de qué se trataba. “Sopa de gallina”, se dijo, y la tibieza del caldo le alivió la sequedad de la garganta. “No tiene sal”, pensó; de igual modo, sabía bien. Comía con actitud obediente, la vista perdida y en silencio.

—¿Dónde están todos? —susurró.

—Descansan antes de la cena, miss Melody —contestó Miora en voz baja.

No volvieron a hablar. Melody siguió tragando como autómatas, y su pasividad exterior en nada armonizaba con el enjambre de pensamientos que asaltaban su mente; pasaba de un tema a otro sin ton ni son. “¡Qué mujer tan hermosa! Mucho más de lo que supuse. Dejé el membrillo en el fuego, ¿se habrá pegado? No quiero que Roger vuelva a verla. Se enamorará de ella otra vez. ¿Habrán dejado cristalizar el almíbar para las nueces? ¿Le habrá dado Perla la medicina a Víctor? ¿Qué hará Roger conmigo cuando regrese?”. Se echó a llorar. Miora apartó la bandeja y la abrazó.

—No se altere, miss Melody. El doctor Fabre dijo que vuesa merced debe permanecer tranquila. Cállese, por favor, por el bien del niño.

Todo saldrá bien. El amo Roger lo compondrá todo. Él siempre lo compone todo.

Llamaron a la puerta, y la esclava se apresuró a abrir. El doctor Covarrubias se quitó el sombrero en el umbral y entró. Lucía incómodo, más bien apenado, aunque Melody no reparó en su actitud. Le pidió que tomase asiento en la silla que un momento antes ocupaba Miora y le contó lo sucedido. Covarrubias la escuchaba sin mirarla, con la cabeza algo inclinada, el ceño fruncido y una mano en el mentón, cada tanto asentía. Melody terminó su exposición y el abogado suspiró.

—Melody —dijo, con acento intimista—, no le mentiré: es una situación compleja y difícil. De hecho, el señor Blackraven ha cometido bigamia.

—¡Pero él...! —Melody se detuvo cuando Covarrubias levantó una mano.

—No ha existido intención de cometerla. Es sabido que su primera esposa fue dada por muerta. Sin embargo, ella acaba de aparecer con vida, quienes la conocen dan fe de que se trata de ella, y, por ende, el primer matrimonio del señor Blackraven sigue vigente. Mientras cursaba mis estudios en Charcas, escuché de un caso similar acontecido en la ciudad de México, donde era la mujer quien había contraído segundas nupcias creyendo perdido en alta mar a su primer esposo. Tanto el señor obispo como la Real Audiencia del Virreinato de la Nueva España dieron por nulo el segundo matrimonio, y se absolvió a la mujer y a su segundo esposo del pecado de haber vivido en concubinato.

—¡En concubinato!

—Desde un punto de vista legal, al ser nulo su matrimonio con el señor Blackraven, usted y su excelencia vivieron en concubinato durante estos últimos meses.

—¡Dios mío, ayúdame! —Se llevó la mano a la frente, de pronto muy descompuesta—. ¿Qué ocurrirá con mi hijo? —atinó a preguntar.

Covarrubias bajó la vista y entrelazó las manos hasta que sus dedos adquirieron una tonalidad entre roja y blanquecina. Melody insistió:

—¿Qué ocurrirá con mi hijo?

—Pues verá... El niño... Él será considerado hijo natural. Será ilegítimo.

Melody comenzó a respirar de modo agitado y rápido, con el mentón ligeramente levantado, como si el aire le resultase insuficiente. Covarrubias la contemplaba, atónito, y se puso de pie como espantado cuando Melody rompió en un llanto abierto y desconsolado. Se apartó para dar paso a Trinaghanta, que se sentó en la cama y cobijó a la muchacha entre sus brazos.

“Concubinato, ilegítimo, hijo natural, bigamia, pecado”, las palabras irrumpían con la potencia de un cañonazo en la cabeza de Melody. Quería detener el llanto y no lo conseguía. Una fuerza, sobre la cual no ejercía ningún control, había desbordado en su interior. Lloraba sin experimentar pena ni miedo ni dolor. Lloraba igual que respiraba.

La casa se había sumido en un silencio sepulcral. Todos debían de estar durmiendo. Horas atrás, los niños se habían presentado en su dormitorio y solicitado la bendición, y, como se encontraban tan alborotados con los nuevos visitantes, no repararon en su aspecto cadavérico. Mejor. Se sentó frente al espejo y se contempló un buen rato. Lucía espantosa. “Soy espantosa”, concluyó.

Ese día había comenzado tan bien que le resultaba inverosímil el curso que había tomado arruinándose por completo. En parte, había sido la belleza de Victoria la que la mantuvo en silencio y aturdida esa tarde en el salón, como si de algún modo sospechase, en contra de toda lógica, de quién se trataba. En general, no se obtiene una apreciación acabada de una persona apenas se la conoce, no obstante, Melody podía recrear los detalles de Victoria con precisión: su cabello rubio, abundante y ondulado, aunque no salvaje como el de ella; las cejas castañas de preciso dibujo; los ojos celestes, algo sesgados, y de pestañas negras y espesas, que le conferían un aire intrigante; los pómulos, enhiestos y bien moldeados, que acentuaban la forma de corazón de su fisonomía. Se trataba de una dama de asombroso talle, alta y de huesos pequeños; encarnaría a una perfecta duquesa por ese buen tono sin esfuerzo que se descubría en ella. “Descuide, Isabella, siempre ha sido así entre nosotras, desde niñas. No entiendo por qué debería cambiar en esta instancia”. ¡Qué bien se había expresado! ¡Con qué garbo y soltura! Su voz no había fallado una vez.

Tomó la muñeca belga que Blackraven le había traído de Río de Janeiro y la contempló con nostalgia evocando la tarde en que se la regaló. Comenzó a encontrarle un parecido con Victoria y terminó por preguntarse si Roger también lo habría notado. “¿Cómo puede amarme a mí cuando una mujer como ella está enamorada de él?”, porque de eso ya se había convencido: Victoria Trewartha amaba a Roger.

Antes de la cena, Isabella la había visitado con la intención de llevarle un poco de paz; la acompañaba la anciana, de nombre Michela, que, sin emitir palabra, con

actitud de experta comadrona, le tocó el vientre y le tomó las pulsaciones y la temperatura.

Isabella se había mostrado cordial, aunque distante; le comentó que ya ocupaban las habitaciones para huéspedes y que los atendían como a reyes, lo cual era mentira ya que las esclavas se negaban a recibir órdenes de Victoria. La servidumbre, al tanto de la situación, se amotinó en la cocina, y ni siquiera habrían preparado la cena ni tendido la mesa si Somar no las hubiese amenazado con ochenta azotes a cada una.

—¡Pero ni mil azotes me convencerán de servirle a la usurpadora! —se rebeló Gilberta, por lo que Trinaghanta tuvo que asistir a los comensales.

Isabella no permaneció mucho tiempo en el dormitorio de Melody. Antes de retirarse, expresó:

—Mi nuera lamenta profundamente este mal rato que usted ha debido pasar. Habría preferido que recibiese la noticia de otro modo. También fue duro para ella enterarse de que Roger había vuelto a casarse.

La había llamado “mi nuera”, y Melody ratificó una sospecha que siempre la había inquietado: la madre de Roger no la aprobaba como esposa del futuro duque de Guermeaux.

—Le ruego me disculpe con los demás —dijo Melody—, pero no los acompañaré durante la cena. Todavía estoy un poco débil.

—Por supuesto, querida. Quédese a descansar.

Miora le comentó que Amy Bodrugan no había cenado en San José y que se había marchado, enfurecida, después de discutir con el tal Távora y con la señora Isabella; y que la usurpadora tampoco se sentó a la mesa sino que Trinaghanta le llevó, a su dormitorio, té con leche y bizcochos de anís porque estaba indispuesta.

Melody pensó que esa mujer dormía en una de las habitaciones que ella, con tanta ilusión, había decorado durante el verano; que la envolvían las sábanas de hilo que ella y Miora habían cosido y que la abrigaba la manta de merino que ella había tejido; que usaba su vajilla, la que Roger fabricaba en Cornwall, toda una rareza en Buenos Aires, de la cual se enorgullecía; que tomaba su té y que comía los bizcochos de anís que ella había horneado. Se sintió invadida, y, a pesar de haber amonestado a Miora por llamar a Victoria Trewartha “la usurpadora”, le pareció la mejor definición.

Melody, sobre todo, necesitaba predecir la reacción de Blackraven. ¿Se alegraría al ver a su primera esposa? ¿La abrazaría? ¿La besaría en los labios? ¿Le perdonaría su infidelidad con Simon Miles? De seguro que se alegraría ya que, por lo menos, la aparición de Victoria Trewartha terminaría con las suspicacias que su muerte había echado sobre el buen nombre de Blackraven. ¿Pensaría Roger en el descrédito de la casa de Guermeaux? ¿Intentaría preservar del escándalo al ducado aviniéndose a admitir de regreso a su esposa perdida? Más allá de que él le hubiese manifestado que el ducado lo tenía sin cuidado, ella sabía que no era verdad. Amy Bodrugan (“quien

más conoce a Roger en este mundo”, se recordó), días atrás, le había confesado que Blackraven amaba Cornwall, la tierra de su padre, y que siempre había querido al actual duque, a pesar de que se empeñase en odiarlo. “Bah, al menos siempre ha querido que su padre lo quiera”, había apostillado Amy. ¿Se decidiría por repudiar a Victoria Trewartha y pedirle el divorcio para casarse con ella? Divorcio, una palabra más sórdida que bigamia o bastardía. ¿Aceptaría ella, una católica, casarse con un divorciado? Pensó en Lastenia, su madre.

Melody acabó por admitir que temía volver a enfrentar a su esposo en esas circunstancias. “Ya no es mi esposo”. No soportaría que Blackraven le dijera: “Cariño, tú y un grupo de esclavas os instalaréis en el Retiro. Iré a visitarte todas las semanas”, aunque lo que en verdad temía era enfrentarlo en presencia de Victoria Trewartha, lo que en verdad no soportaría sería que la comparase. Esa humillación se la ahorraría.

Dejó la silla frente al espejo del tocador y se encaminó hacia el ropero arrastrando los pies. Le dolía el brazo donde el doctor Fabre la había cortado para sangrarla, y le tomó el doble de tiempo llenar un bolso de cuero con algunas de sus ropas y las que Miora le había cosido al bebé; no necesitaría los vestidos rumbosos ni los guantes de cabritilla ni los abanicos ni las joyas, tomaría lo indispensable, ropa de abrigo, guantes y calcetas de lana y sus botines de cordobán, y sólo llevaría una prenda suntuosa, la palatina de marta, lo mejor para prevenir un dolor de garganta. Extrajo de un cartapacio el retrato a la carbonilla de Jimmy y lo contempló brevemente antes de guardarlo en el bolso.

En tanto aprestaba sus cosas, Melody se preguntaba a quién acudiría por ayuda. Enseguida descartó a Lupe y a Pilarita; necesitaba alejarse de Buenos Aires y ganar tiempo para serenarse y meditar. La aparición de Victoria la había sumido en la confusión más negra de su vida, y no atinaría con una decisión clara y meditada mientras permaneciese cerca del embrollo y permitiese que las habladoras, que se desatarían con crueldad, ejercieran sobre ella el efecto de siempre: deprimirla y asustarla. Pensó en Simonetta y después se arrepintió dado que su amistad contaba con pocas semanas y, en verdad, no la conocía; si bien había optado por seguir frecuentándola a pesar de conocer la verdadera naturaleza de su relación con Ashantí, aún no se sentía preparada para confiar en la italiana. “Iré a *Bella Esmeralda*”, se dijo, y una agradable añoranza le calentó el pecho para desvanecerse en un instante al concluir que sería el primer sitio donde Blackraven la buscaría. “¡Papá Justicia!”, pensó, y de inmediato se acordó de que el viejo quimboto trabajaba para Blackraven, al menos lo había hecho en ocasión de la conjura de esclavos de la que Tommy formaba parte.

—Iré a ver a don Gervasio —pronunció con acento firme y decidido, y el sonido de su propia voz operó un cambio positivo en su ánimo.

En ocasión del nacimiento de Rogelito, Gervasio Bustamante le había expresado su eterna gratitud por haber salvado a Polina y a su hijo de una muerte segura y cruenta a orillas del Río de la Plata; el hombre le había besado las manos e insistido en que acudiese a él frente a cualquier dificultad. “Pues bien”, se dijo, “llegó el día de poner a prueba la palabra de don Gervasio”.

Se sentaría en su confidente y aguardaría a que el cielo clareara; no se aventuraría en la calle con esa oscuridad. No tenía sueño con tanto alboroto en su cabeza, por lo que no correría el riesgo de dormirse. Pero se durmió.

—Miss Melody, miss Melody.

—¿Qué ocurre? —se despertó con un sobresalto.

—¿Adónde piensa ir? —le preguntó Miora, y, como Melody seguía mirándola, con una mueca desorientada, la esclava le señaló el bolso de cuero a sus pies.

Se incorporó con dificultad; le dolían las sienes y tenía la boca seca.

—Iré con usted. No la dejaré partir sola.

—No, no vendrás. Te convertirías en una cimarrona.

—Tendrá que matarme para que no la siga —se empacó la esclava.

—¿No piensas en Somar?

Miora se sacudió de hombros.

—Él entenderá.

—Si te atrapan, Blackraven te dará de azotes hasta dejarte el lomo en carne viva.

—Qué poco conoce vuesa merced al amo Roger. Él me estará muy agradecido por haber protegido a su esposa y a su hijo.

—¡No soy su esposa!

—Está bien, a su esposa no. A la mujer que ama.

—¡No me fastidies con tus impertinencias!

—Entonces, permítame marchar con usted.

—Ve a preparar un poco de ropa —la engatusó Melody para huir a continuación.

—Ya tengo un lío con mis prendas en la puerta. Hace rato entré y la vi dormida con el bolso a sus pies, y me di cuenta de sus intenciones. Y fui ligerito a preparar mis cositas. No la detendré, pues la entiendo, pero no la dejaré marchar sola.

—¡Negra ladina! —dijo Melody, y Miora abrió grandes los ojos pues se trataba de la primera vez que su señora la llamaba “negra”.

Blackraven había pasado la noche en el *Sonzogno* después de haber fondeado en El Cangrejal la tartana que alquiló en Colonia del Sacramento. A las siete de la mañana, montó a Black Jack y emprendió el regreso a Buenos Aires; calculó que, si mantenía un buen ritmo y sólo se detenía en dos postas, llegaría a la casa de San José alrededor de las dos de la tarde, para el almuerzo.

Se había tratado de un viaje provechoso; el negocio de la calera de doña Rafaela

del Pino, bien administrado, devengaría suculentas ganancias. De todos modos, ya no pensaba en las canteras de cal ni en sus trabajadores ni en las herramientas que debían reemplazar ni en las medidas de seguridad que resultaba imperioso tomar. Pensaba en la tarde que pasaría en su dormitorio con su esposa. Se preguntaba acerca de ella la mayor parte del tiempo, si se encontraría bien de salud, si evitaría salir sola, si Amy estaría importunándola, si algún esclavo la habría entristecido con sus penas, si las reformas en el hospicio le habrían traído algún inconveniente, si estaría feliz.

Al divisar el portón trasero de su casa, lo embargó una cálida sensación de familiaridad, y le vino a la mente la palabra “hogar”. Saltó de Black Jack y entró con una ansiedad que le impidió notar que los esclavos lo rehuían y que Siloé tenía los ojos hinchados de llorar. Cruzó los tres patios e irrumpió en el comedor, hasta donde lo habían guiado unas voces. “Están almorzando”, pensó.

Vio primero a Isabella y, como a un apéndice de ella, a la vieja Michela sentada a su lado. Aunque lo fastidiaba que lo tomaran desprevenido, avanzó con una sonrisa.

—¡Madre! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis...? —Se interrumpió, y no advirtió que Malagrída y Távora, al igual que Isabella, se ponían de pie, y no lo advirtió porque su vista se clavaba en una mujer que, sentada a la cabecera, había dejado de darle la espalda y lo miraba a los ojos.

—¿Victoria? —La voz le salió en un susurro—. ¿Victoria? —repitió, casi sin aliento, agitado.

—Alejandro, por favor, querido —terció Isabella—. Ven, siéntate.

Blackraven caminó hacia Victoria, la asió por el brazo y la obligó a abandonar la silla y apartarse de la mesa. Se miraron durante un prolongado silencio.

—¿Eres tú? ¿De veras eres tú?

—Sí, soy yo, Roger. Yo soy Victoria, tu esposa.

—¡Dios mío!

La soltó como si el contacto lo hubiese quemado, y se echó hacia atrás varios pasos.

—¿Qué significa esto? ¿Qué diablos hacéis aquí? —Al dirigir la mirada hacia el resto, notó la ausencia de Melody—. ¿Dónde está Isaura? —Se dio cuenta de que el pánico se apoderaba de los semblantes de su madre, de Malagrída y de Távora; él también sintió pánico, que se manifestó como ira—. ¡Dónde está Isaura, carajo! ¡Dónde está mi esposa!

—¡Yo soy tu esposa! —intervino Victoria.

—¡Tú cállate!

Victoria volvió a su silla y se puso a llorar. Malagrída se inclinó en el oído de Távora y le susurró. De inmediato, Adriano tomó a Victoria del brazo y la sacó del comedor. Isabella se acercó a su hijo para confesarle la verdad, pero Malagrída tomó la palabra antes de que empezara a hablar.

—Tu esposa ha huido, Roger. Se marchó hace dos días, a la mañana siguiente de la llegada de tu madre y de Victoria. No sabemos dónde está.

—¡Qué!

Isabella, que aferraba el brazo de su hijo, percibió que se tambaleaba.

—¡Alejandro, por favor, hijo mío! ¡Conserva la calma!

—¡Qué estáis diciendo! ¿Que mi mujer ha huido con mi hijo en su vientre, y vosotros aquí, sentados a su mesa, comiendo y pasándolo como reyes? ¡Qué le habéis hecho para que se marchara! Madre, ¿qué le has dicho? ¿Qué le ha dicho Victoria? ¡La mataré si la ha ofendido de alguna manera!

—¡Roger, contrólate! —intervino Malagrida—. Ya no lances acusaciones cuando nada sabes de lo ocurrido. Isabella, por favor, una copa con brandy. Roger la necesita.

Isabella le hizo una seña a Michela para que se encargase de la bebida, mientras ella intentaba desembarazarlo del abrigo y Malagrida le acercaba una silla. Blackraven se quitó a su madre de encima con una sacudida y pateó la silla, arrojándola a varios palmos.

—¡Dejadme en paz! Y decidme adónde ha ido mi esposa. ¿Dónde está mi Isaura?

—No lo sabemos —reiteró el jesuita—. Hace dos días que Somar y todos tus hombres rastrean la ciudad y los alrededores. No habrá ido muy lejos. Quizá se esconda cerca de aquí.

—¿Qué le dijisteis? ¿Qué le hicisteis para que tomase una medida tan drástica?

Michela le puso el vaso con brandy enfrente. Roger lo tomó y lo estrelló contra una pared.

—¡Basta de sandeces! Decidme de una vez qué fue lo que pasó.

—Alejandro, hijo mío, nada la habría preparado para la impresión que recibió. La pobrecita se puso mala y hubo que llamar al médico, que decidió sangrarla pues la presión se le había ido a las nubes.

—Oh, Dios mío, no, no, por amor de Dios, no. No me digas esto, madre, estás matándome.

Isabella, desconcertada ante la reacción de su hijo, levantó la mirada y buscó la de Malagrida. El hombre le devolvió una expresión que decía: “Le advertí que la amaba más allá del entendimiento; le advertí que Roger no era el mismo”.

—La muchacha —prosiguió Isabella— debió de pensar que ya no había lugar para ella en esta casa y por eso tomó esa alocada decisión. Por la memoria de mi padre te juro, Alejandro, que no le dijimos ni le hicimos nada para incomodarla. ¿Adónde vas?

—¿Adónde crees, madre? A buscar a mi mujer.

—Somar y Eddie O’Maley están encargándose de eso —dijo Malagrida—. No han hecho otra cosa en estos días. Tú deberías...

Blackraven ya no lo escuchaba. Corría hacia la zona de la servidumbre y, a los

gritos, le pedía a Ovidio que le ensillara otro caballo.

—¿Mi esposa se llevó a Fuoco?

—Sí, amo Roger. También se llevó a Goti, la cabrita del niño Jimmy.

—Si llega a aparecer Somar, le dices que me espere, que no vuelva a salir.

—Sí, amo Roger.

Terminada la cena y antes de marchar a dormir, Isabella llamó a la puerta del dormitorio de Victoria. La encontró en cama, con los ojos hinchados y las mejillas arreboladas, no de un modo saludable, más bien lo contrario, como si tuviese fiebre. Tosía con un pañuelo para amortiguar el ruido.

—Mandaré traer alguna de las infusiones de Trinaghanta. No luces bien.

—Ni siquiera se detuvo a preguntarme qué había sido de mí —sollozó Victoria—. Sólo le importó la suerte que hubiese corrido esa chiquilla. —Isabella guardó silencio—. Me trató como a un perro, como si jamás hubiésemos estado casados. ¡Y seguimos estándolo! Yo no he muerto, por mucho que a Roger le pese.

—No le pesa —intercedió Isabella—. Está preocupado. La muchacha está encinta y teme que algo grave le ocurra. Es lógico.

—No ha venido a verme.

—Ya lo hará. Ten paciencia.

—Su belleza es vulgar —manifestó Victoria, pasado un silencio.

—Si te refieres a Isaura, no diría vulgar —opinó Isabella—, sino exuberante. ¿Acaso no lo es su cabello? ¿O sus labios? ¿Su cuerpo, de curvas tan pronunciadas? Se nota, a pesar del embarazo. Hasta el turquesa de sus ojos es tan... turquesa; nunca vi una tonalidad tan definida, sin matices. No cabe duda, es una mujer de extremos.

A Victoria, el discurso le sonó como una apología.

—Sus senos son desproporcionados. Parece una campesina que ha amamantado a diez mocosos. Tiene la contextura de una mujer gorda.

—Es porque está a término.

Victoria se puso a llorar e Isabella le tomó la mano. Se apiadaba de su nuera, bien conocía ella el padecimiento que causaba el rechazo del hombre amado. Debía de sentirse en desventaja con respecto a la nueva esposa de Roger, muchos años más joven y a punto de darle un hijo, algo que Victoria jamás había conseguido.

—Vamos, hija —la instó—, métete en la cama. Mañana, descansada y más tranquila, no juzgarás tan negro tu porvenir. Enseguida regreso. Iré por tu infusión.

Isabella abandonó el dormitorio y, después de cerrar tras de sí, se apoyó sobre la puerta, se llevó una mano a la frente y suspiró.

—¿Cansada?

La voz profunda y sensual de Malagrida no la sobresaltó sino que la envolvió como una caricia y la enervó. Apartó su mano del rostro y le sonrió con tristeza.

—Muy cansada, Gabriel. Y muy preocupada. ¿Cómo se resolverá esta situación?

—Es complicada, de veras lo es. Pero lo más importante ahora es hallar a miss Melody sana y salva, por el bien de ella, pero, muy especialmente, por el de Roger.

Isabella lo contempló con fijeza y Malagrida le devolvió la mirada. Se palpaba una intensidad en aquel cruce, un mensaje mudo, aunque elocuente, de la afinidad existente entre ellos. Le fascinaba que ese hombre tan espléndido amara a su hijo, que lo respetara y que lo admirara, y anhelaba, con la emoción de una jovencita, que en ese mensaje sin palabras le expresara que también ella era destinataria de una parte de ese afecto, de una porción de ese respeto, de algo de esa admiración.

—Me alegro de que esté aquí, Gabriel. Su presencia me tranquiliza.

—Yo también me alegro de que usted esté aquí, Isabella.

Le tomó la mano, se inclinó y la besó.

—Buenas noches —dijo el jesuita, y caminó deprisa hacia el despacho.

Isabella lo siguió con la mirada hasta que Malagrida se desvaneció en la penumbra del corredor, y continuó atenta al sonido de sus botas sobre las tablas de roble aun después de que había ingresado en la biblioteca.

Gabriel Malagrida le despertaba un sentimiento poco frecuente. Le gustaba como hombre, sí, pero no era la atracción física que ejercía sobre ella lo que la inquietaba sino la necesidad de agradarle, no como mujer sino como persona. Acostumbrada a que su belleza y simpatía cautivaran a los del sexo opuesto, en relación con Malagrida le resultaban insuficientes, como si él se hallara por encima de esas frivolidades, como si no reparase o no concediera importancia a sus cualidades más logradas. Él poseía una cultura, un discernimiento y una vida espiritual que la posicionaban muy por debajo. Lo admiraba y al mismo tiempo ansiaba contar con su beneplácito.

Blackraven volvió a San José entrada la noche. Había recorrido la ciudad buscando a Melody, no tanto porque tuviera fe en encontrarla sino porque le resultaba imposible renunciar a la lucha. El silencio de la casa le pareció insultante, todos deberían compartir su agitación y dedicarse a buscarla. Antes de alcanzar el despacho, una sombra furtiva lo llevó a desenvainar el estoque.

—¡Amo Roger! —Trinaghanta se echó a llorar a sus pies.

Blackraven la tomó por el brazo y la levantó como si se tratase de una pluma.

—¡Perdóneme, amo Roger! ¡No debí dejarla sola esa noche! Estaba muy conmovida, mi pobre señora. No debí dejarla sola. Su excelencia me la había encomendado. Le he fallado, he faltado a mi palabra. ¡Por favor, perdóneme!

—Cálmate, Trinaghanta. Nada de lo sucedido es tu culpa.

—Si me hubiese quedado junto a ella no se habría marchado. Pero mi señora me pidió que me fuera. Me dijo: “Estaré bien, Trinaghanta. Vete a descansar. Necesito

estar a solas”. ¿Qué podía hacer yo, entonces? ¡Ah, debí echarme a dormir en el umbral de su puerta! ¡Eso debí hacer!

El llanto recrudeció. Blackraven le palmeó la mejilla.

—La encontrará, ¿verdad, amo Roger?

—Puedes apostar. Ahora ve a dormir. Luces extenuada.

—Es que no duermo desde que mi señora se marchó. No tengo paz.

—Descansa esta noche porque mañana me ayudarás a buscarla.

—¡Oh, sí! Haré cualquier cosa que me pida, amo Roger.

En el despacho, lo aguardaban Malagrida, Távora, O’Maley y Somar.

—¿Alguna información? —preguntó Adriano, y Blackraven sacudió la cabeza con gesto huraño, y caminó a grandes zancadas hasta el mueble de las bebidas. Se quitó el abrigo y los guantes, y los arrojó sobre el diván.

—Somar, tráeme un trapo humedecido —y se sirvió una medida de whisky irlandés, que bebió de un trago.

El turco regresó al cabo y le extendió una toalla. Blackraven se la pasó por el rostro.

—Decidme qué habéis hecho para encontrarla en estos dos días.

O’Maley tomó la palabra para explicarle que habían visitado a sus amistades —a la baronesa de Pontevedra, a la señora Moreno y a Simonetta Cattaneo—, quienes parecían sinceras al asegurar que nada sabían de Melody.

—¿Fuisteis a lo de madame Odile?

—Por supuesto —intervino Somar—. No la ha visto desde antes de la muerte de Jimmy. Se inquietó tanto que ordenó a dos de sus empleados que se nos unieran en la búsqueda. Hasta hoy están ayudándonos.

—Fuimos también al Retiro y enviamos a dos de mis hombres a *Bella Esmeralda* —declaró O’Maley—. Aún no han regresado. Supongo que lo harán mañana, a más tardar pasado mañana. Quizá traigan buenas noticias.

—¿Y qué con Papá Justicia? —le preguntó Blackraven a Somar.

—Nada sabe. Y puso a un ejército de negros a buscarla. Confío en que daremos con alguna seña en pocos días. Una mujer de sus características, con una esclava y un caballo de la estampa de Fuoco, no pasará inadvertida.

—¿Qué hay del puerto? ¿Habéis averiguado si la han visto en algún barco?

—Hemos hablado con los carreteros —O’Maley se refería a los dueños de las carretas que conducían a los pasajeros hasta los barcos, anclados a una milla, a veces más, de la costa—. Tengo gente apostada día y noche en el puerto. También mis hombres vigilan las compañías de coches que emprenden viajes hacia el interior.

—¿A qué hora huyó?

—Calculamos que fue a primera hora de la mañana del día siguiente a la llegada de tu madre y de Victoria —expresó Malagrida.

—Trinaghanta fue la primera en notar su ausencia cuando se dirigió a su habitación para asistirle como cada mañana. Serían las siete y media.

Blackraven se llevó el puño a la boca y fijó la vista en la alfombra al tiempo que repasaba todas las posibilidades de que Melody disponía para huir. Dedujo que, por el bien del niño, no se arriesgaría a deambular por caminos peligrosos y a pasar hambre y frío. “Lo más probable”, meditó, “es que no se encuentre muy lejos”.

—¿Habéis visitado los hoteles, hospedajes y casas de alquiler?

—Sí, yo mismo me ocupé de eso —dijo Somar.

—¿Tú averiguaste algo, Roger? —se interesó Malagrida.

—Anduve por las pulperías, repartiendo cuartillos a cambio de información, sin ningún éxito. Pero ofrecí cuantiosas recompensas para quien brinde alguna seña.

—Desde mañana, éstos que se lo pasan bebiendo y jugando a la baraja rastrearán a miss Melody y a Miora por la campaña —apuntó Somar.

—Muy bien —dijo Roger—. Os agradezco que me hayáis esperado hasta esta hora. Podéis ir a descansar. Mañana, a las siete, retomaremos la búsqueda. Adriano, aguarda un momento. Necesito hablar contigo.

Volvió a escanciar whisky en dos vasos haciendo tiempo para que los demás abandonaran la estancia. Le entregó uno a Távora.

—¿Por qué diantre trajiste a Victoria al Río de la Plata si sabías que yo me había casado?

—Ella se empecinó, Roger. Tú conoces lo voluntariosa que puede ser. Me dijo que si no la traía en la *Wings*, se embarcaría en la primera nave que zarpara con destino a la América del Sur. Tu tío Bruce y tu madre trataron de disuadirla, pero estaba muy encaprichada. Cuando llegué a Londres con la noticia de tu boda...

—¿Cómo? ¿Mi tío Bruce no estaba enterado?

—No. Fui yo quien lo puso al tanto.

—Despaché una carta para él meses atrás, el sábado 22 de febrero. Lo recuerdo porque fue el día antes de mi boda. Ahí le comunicaba a mi tío que había decidido contraer nuevas nupcias.

—No creo que Bruce haya recibido esa carta, Roger. Lucía tan sorprendido como tu madre y como Victoria cuando les dije que habías vuelto a casarte. Lo mismo Constance.

—Supongo que conoces los detalles de la reaparición de Victoria. —Távora asintió—. Cuéntame.

Como habían sospechado, Victoria Trewartha se había lanzado al mar desde el risco donde encontraron sus ropas y una carta para Blackraven; con todo, no había muerto.

—Me cuesta creerlo —se impacientó Blackraven—. Esa caída tendría que haberla matado.

—Victoria recuerda haber caído en el agua como si hubiese caído en tierra, así de duro fue el impacto, de igual modo no perdió el conocimiento, o quizá lo perdió por algunos segundos, no lo recuerda. Pero enseguida nadó hacia la costa. Tiempo más tarde despertó en la calzada que conduce al monte Saint Michael.

Blackraven poseía dos propiedades en Cornwall: una cerca de Truro, donde se hallaban las minas de cobre y las canteras de caolín que abastecían a su fábrica de porcelana; y otra al sur del condado, entre las ciudades de Marazion y Penzance, cerca del castillo medieval de los Guermeaux, donde se erigía el palacio estilo isabelino llamado Hartland Park, en el cual había vivido con Victoria y donde la había encontrado en brazos de su amigo Simon Miles. Frente a la ciudad de Marazion, se eleva en el mar una especie de islote o prominencia rocosa llamada monte Saint Michael, en la cima del cual se construyó, en siglo XII, un castillo ocupado por una familia que, al igual que los Guermeaux, llegó a las islas británicas formando parte del ejército de Guillermo el Conquistador, que batalló en Hastings. Al monte de Saint Michael se accede en bote o a pie por una calzada construida en el siglo XV, que se despeja durante cinco horas en la bajamar. Allí, sobre ese camino, un empleado del castillo de Saint Michael halló el cuerpo casi desnudo de una mujer que, en un principio, creyeron muerta.

—¿Quieres decirme que Victoria flotó varias millas por las aguas heladas del mar y sobrevivió?

—Acuérdate de que Victoria es una gran nadadora; el propio Simon Miles le enseñó cuando eran niños. Tu tío Bruce se entrevistó con Peter Trevanion —Adriano hablaba del señor del castillo de Saint Michael—, que corroboró la historia. Creyeron que se trataba de la superviviente de un naufragio acontecido el día anterior, creyeron que era pasajera de la *Formidable*, una corbeta francesa. Victoria tardó días en recuperarse y, cuando pudieron preguntarle quién era y de dónde venía, Trevanion dijo que se quedó mirándolos, como si no comprendiera. Le hablaron en francés, seguros de que se trataba de una pasajera de la *Formidable*, y ella les respondió en esa misma lengua con acento tan claro que no tuvieron dudas.

—¡Claro que habla francés a la perfección, sin acento alguno! —se encolerizó Blackraven—. Su madre es francesa, y fue la primera lengua que Victoria habló. —Hizo una seña para que Adriano continuara.

—Victoria no recordaba cuál era su nombre ni de dónde provenía.

—¡Ja! ¡Muy conveniente!

—¿Qué insinúas? ¿Qué fingió haber perdido la memoria? ¿Con qué objeto?

—Con objeto de desaparecer. Yo la había encontrado en la cama con otro, su buen nombre era historia. La amenacé con repudiarla, con acusarla de adúltera y enviarla a prisión, por eso huyó despavorida de casa. Lo hizo para escapar de la ignominia.

—No, no, Roger, estás exagerando. Victoria es una mujer de poco ingenio y muy

prudente. Eso que sugieres habría sido una farsa demasiado azarosa para una naturaleza como la de ella. Además, ¿para qué regresar ahora si su propósito era desaparecer? En fin —dijo, con un suspiro—, creo que nunca sabremos la verdad. Lo cierto es que los Trevanion la entregaron a las autoridades en Penzance, quienes jamás imaginaron que podía tratarse de la condesa de Stoneville. Todos la reconocieron como la única superviviente del naufragio de la *Formidable*. Victoria fue llevada a la Francia donde vivió en un convento de Boulogne-sur-Mer, el de las Trinitarias Recoletas, hasta que recuperó la memoria y volvió a Cornwall. ¿Te acuerdas de cuando te conté en Río de Janeiro que había ido a tu casa en Londres y que Duncan me había informado que tu tío Bruce, tu madre y Constance habían partido hacia Cornwall? —Blackraven asintió—. Pues bien, habían viajado con urgencia pues tu notario en Truro, el doctor Pearson, había escrito a tu tío para comunicarle la aparición de tu esposa.

Távora le conocía ese gesto, cuando se frotaba el puño en la boca y miraba fijamente al suelo sin pestañear; estaba tramando algo.

—Quizá Victoria pueda salvar las dudas que te inquietan.

—No tengo deseos de verla ni de hablar con ella.

—Tendrás que hacerlo, tarde o temprano. Es tu esposa.

—Sí, tendré que hacerlo, tarde o temprano. Pero para mí, mi esposa es Isaura, y no quiero volver a escuchar lo contrario.

—Está bien, de acuerdo. Cambiando de tema, cumplí con los encargos que me encomendaste en Río de Janeiro. ¿Deseas hablar de eso?

—No ahora. No tengo cabeza para nada excepto para Isaura. Aunque de un asunto sí me gustaría saber. ¿Qué has averiguado acerca de La Cobra?

—Nada, Roger. Viajé a París, pero no obtuve ninguna información de valía.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Isabella desayunó a solas con su hijo en el comedor. Se notaba que no había pegado ojo; las duras líneas de su rostro se habían acentuado, lo cual, sumado a su expresión ominosa, le confería el aspecto de un sayón.

—En cuanto se complete el reaprovisionamiento de la *Wings*, tú y Victoria regresaréis a Londres —anunció, sin mirarla.

—Victoria no está bien de salud, Alejandro. No soportará otro viaje tan pronto.

—Debió de considerarlo antes de lanzarse hasta aquí.

—Sus pulmones se resintieron después de aquella caída en el mar y nunca se recuperaron. No me lo ha dicho, pero creo que padece de tisis. Anoche fui a verla a su recámara y tenía fiebre y mucha tos. Hoy llamaré a un médico. —El silencio de Blackraven la alentó a continuar—. ¿Qué harás, hijo?

—En primer lugar, encontrar a mi mujer. Después, divorciarme de Victoria y casarme con Isaura.

—¡No puedes! Será un escándalo. Tu padre no lo admitirá.

—¡Madre! —se enfureció Blackraven, y asestó un golpe que hizo tintinear la cubertería y la vajilla—. ¿Qué diablos me importa lo que diga mi padre? No amo a Victoria, nunca la amé. Me divorciaré de ella y le daré tanto dinero que no le alcanzará la vida para gastarlo. Puedes decírselo para que no se inquiete. En cuanto a su buen nombre, ella ya lo había mancillado al acostarse con otro siendo la condesa de Stoneville. Puede marcharse a París, siempre le ha gustado, o a Viena, o adonde diantre quiera, pero no la recibiré de nuevo como mi esposa. Y no se hablará más del asunto.

—Victoria no tiene culpa de haber sobrevivido a esa caída, Alejandro. Pareces apenarte de que esté viva.

—No me apeno de que esté viva. Al contrario, es para mí un gran alivio porque siempre me culpé de su absurda muerte.

Blackraven siguió sorbiendo su café con la vista clavada al frente. Isabella sentía su sufrimiento, su ira, su impotencia. Le tomó una mano y se la besó.

—Cariño, no te angusties, no habrá ido muy lejos. Casi una niña, sola, sin dinero, ¿adónde iría? Se amedrentará y volverá pronto.

—Tú no conoces a Isaura, madre. De verdad es una niña, y está sola, sin dinero y con mi hijo en su vientre, ¿pero amedrentarse? —Sacudió la cabeza—. No volverá. Su maldito orgullo irlandés la mantendrá lejos de aquí.

Capítulo XVIII

Don Gervasio Bustamante instaló a Melody y a Miora en la quinta próxima al hospital de los “barbones” conocido como la Convalecencia, que le había arrendado a Petronio, muerto poco tiempo atrás. Miora se ocupaba de mantener el montículo bajo el cual yacía el liberto limpio de malezas, y Melody colocaba a diario un ramo de flores silvestres en la cruz de madera que su vecino, Francisco Álvarez, había construido y embellecido con un tallado.

Miora sostenía que Francisco Álvarez rondaría los setenta años, a pesar de que su estado físico lo desmintiera pues se levantaba al alba y trabajaba en el huerto y en los árboles frutales el día entero, de modo incansable. Era un hombre solícito, de trato gentil y muy generoso; las visitaba a menudo con un obsequio: manzanas, limones, naranjas, legumbres, conservas o dulces que él mismo elaboraba, o pan amasado y horneado por él. En un principio, Melody dudó de aceptar la amistad que el anciano le ofrecía porque deseaba permanecer en el anonimato, aunque pronto sucumbió a su bondad. Le gustaba de don Francisco que fuera prudente y discreto; ni una vez le había preguntado acerca de su vida, ni siquiera había mencionado su estado. La tranquilizaba saber que, a corta distancia, vivía un hombre de buen jaez a quien acudir.

También podía acudir al doctor Egidio Constanzó y a su hermana puesto que arrendaban un solar a corta distancia de la quinta de don Gervasio. Habían pasado sólo dos días desde la llegada a su nuevo hogar cuando Melody avistó, desde la galería, que una calesa se detenía en el camino. Lo reconoció por el modo de caminar y de quitarse el sombrero de ala ancha y colocárselo bajo el brazo.

—Buenos días, señora condesa.

—Buenos días, doctor Constanzó. —No se animó a pedirle que la llamara señorita Maguire—. Es una sorpresa encontrarlo por estos parajes.

—Yo vivo muy cerca, en aquella dirección. Desde aquí se ven los techos de mi casa. —Señaló hacia el sur, y Melody siguió con la vista adonde el médico apuntaba—. Fue una gran alegría cuando Ingracia me dijo que la había visto junto a su esclava.

—Es una alegría saber que contamos con amigos en este sitio algo desolado.

Constanzó la miró a los ojos con esa intensidad que la incomodaba, y Melody bajó la vista.

—Por supuesto que contáis con nosotros. Siempre, a cualquier hora y en cualquier circunstancia.

—Gracias, doctor.

Sobrevino un silencio en el que Melody presagió que el médico mencionaría el escándalo que, de seguro, ya se habría desatado.

—No voy a mentirle, Melody. —El cambio en el apelativo la hizo levantar el rostro—. Conozco su situación.

—Supongo que es la hablilla del momento.

—Sí, lo es.

—No me diga nada, por favor, doctor. No quiero saber. Necesito un poco de paz.

—La entiendo. Tiene mi palabra de que ni mi hermana ni yo jamás lo mencionaremos. No deseo inquietarla. Más bien, quiero que esté tranquila y a gusto.

—Deme también su palabra de que no le diré a mi espo... al señor Blackraven dónde me encuentro.

—Tiene mi palabra.

—Gracias.

Como cada mañana, después de desayunar, Melody elegía pasear entre los árboles frutales, bien embozada en su mantilla de merino. Petronio había realizado un excelente trabajo, y la quinta había medrado de modo considerable bajo su tutela. Abundaban los naranjos, los limoneros, las higueras, los manzanos, los durazneros, los membrilleros, los perales y los nogales, y en el huerto, las legumbres, las coles, las cebollas, las plantas de lechuga, las arvejas, los zapallos y las habas; en el verano tendrían melones y sandías. Los gallineros y la porqueriza se encontraban vacíos ya que don Gervasio se había llevado los animales a la noticia de la muerte del liberto, por lo que Melody le pidió a don Francisco que le vendiera algunas aves de corral. El hombre le llevó cuatro gallinas y un gallo, y le explicó que las blancas eran excelentes ponedoras, en tanto la gallina y el gallo de color marrón la proveerían de buena carne. No quiso hablar de recibir ningún pago a cambio.

Nada les faltaba, ni siquiera leche, ya que Goti comía buena pastura y, por tanto, daba buena y en cantidad; además, la señorita Ingracia, la hermana de Constanzó, les enviaba cada mañana, con un esclavo, un cubo de leche vacuna recién ordeñada; con el sobrante, Miora preparaba manteca con una receta irlandesa.

Melody llegó al linde de la propiedad marcada por una acequia. Le gustaba cerrar los ojos y escuchar el sonsonete del agua. A veces, en ese punto de la caminata, le daba por llorar. Diez días atrás había creído que la felicidad volvía a formar parte de su vida, cuando la pérdida de Jimmy no dolía tanto gracias al amor de su esposo, y la llegada de su hijo la colmaba de ilusión. En ese momento, no sabía qué sería de ella. Echaba lauto de menos a Roger que el sentimiento a veces se transformaba en una puntada en el pecho; debía recostarse y tomar cortas inspiraciones para aliviar el dolor.

Aunque no quería pensar en Victoria, rara vez en el día la quitaba de su mente. Se la imaginaba presidiendo la mesa, dando órdenes en la cocina, modificando la decoración, cambiando los muebles de sitio; sobre todo se la imaginaba durmiendo con Roger; ese pensamiento la angustiaba hasta las lágrimas. Miora insistía en que el

amo Roger no la aceptaría de nuevo, pero Melody no estaba tan segura.

No tenía paz. Si no pensaba en Roger, pensaba en Victoria, en los niños, o en las obras del hospicio o en los esclavos a quienes les había prometido ayuda para después desaparecer. “A Víctor le hará bien compartir un tiempo con su madre y lejos de mí”, se justificaba, aunque temía que su ausencia le trajera más pesadillas y ataques que alegrías. No había tenido tiempo de hablar con Roger acerca del romance entre el teniente Lane y María Virtudes ni de la intención de don Diogo de desposar a Marcelina. Elisea y Servando tampoco abandonaban sus pensamientos, y se preguntaba si llevarían a cabo el plan de Amy, aun sin la papeleta de la manumisión. Y esto la llevaba a otro tema: la promesa de Blackraven de liberar a los esclavos a su regreso de la Banda Oriental. Melody sabía que, en esas circunstancias, la propuesta quedaría en agua de borrasca.

Una pregunta que la atormentaba era: “¿Cómo habrá reaccionado Roger al volver a ver a Victoria?”.

—No me preocupa tanto cómo ha reaccionado el amo Roger al ver de nuevo a su primera esposa —decía Miora— sino al enterarse de que su merced se ha marchado. Debió de armar tremendo jaleo. Y mi pobre Somar debió de llevar la peor parte, que de seguro lo culpó de nuestra fuga, por no estar ojo avizor.

Secretamente, a Melody la complacía esta respuesta, aunque se cuidaba de gestar vanas ilusiones. Victoria era la esposa de Blackraven, y ella, nada. De igual modo, se preguntaba qué ilusiones pretendía gestar, ¿convertirse en la querida de Roger? La idea de ocupar un puesto tan denigrante la llenaba de espanto, y de pronto se acordaba de los preceptos, los valores y los principios que Lastenia, su madre, le había inculcado desde niña. Por otro lado, también se acordaba de las palabras que madame Odile solía repetir: “Nadie, por muy virtuoso que sea, puede asegurar que nunca, en ningún momento de su vida, ni siquiera a causa de determinados albures, terminará aceptando lo que antes condenaba y le causaba repulsión”.

“He hecho bien en marcharme”, se repetía, y a veces llegaba a creérselo porque aquel sitio, alejado de la ciudad, le concedía momentos de paz, con sus aromas silvestres, su aire límpido y el trinar de las aves que formaba parte del silencio que tanto la complacía.

El 29 de septiembre, el día de los tres Arcángeles, Malagrida partió a caballo a visitar a su hermano jesuita Vespaciano Clavius. Ansiaba la paz que se respiraba en su hogar, alejado del bullicio y de los olores de la ciudad, de los chismes y la maledicencia, de las caras largas y del malhumor. Necesitaba escapar del ambiente de la casa de San José. El carácter habitualmente proceloso de Blackraven se había convertido en un genio de los mil demonios; sólo se dedicaba a buscar a miss Melody, y descuidaba sus negocios y otras actividades; Isabella, que mediaba entre su

hijo y Victoria, tenía los nervios a flor de piel; Victoria, por su parte, lloraba, se peleaba con Amy o se quejaba, en especial de la servidumbre, que insistía en el amotinamiento y no la servía, y, aunque había acudido a su esposo para que pusiera en su sitio “a ese enjambre de negros”, Blackraven había agitado los hombros antes de manifestar:

—Si no te sientes a gusto en esta casa, toma el primer barco que zarpe para Londres y vete.

—Sabes que mi salud es muy precaria. No resistiría otro viaje.

—Has resistido el que te trajo hasta aquí. No veo por qué no resistirías el de regreso. No luces tan mal semblante. —Lo cual era mentira, Blackraven la veía muy delgada y desmejorada, con ojeras oscuras.

—Despreocúpate, Victoria —había intervenido Amy—, nada malo te sucederá si decides emprender ese viaje. En estas tierras aprendí un refrán muy sabio, a ver si puedo traducírtelo: “Yerba mala nunca muere”. —Lo que había desatado otra discusión.

De igual modo, Blackraven ordenó a Somar que seleccionara dos esclavas que no estuvieran tan encariñadas con Melody, por lo que Berenice del Retiro y Gabina de la casa de la calle Santiago llegaron al día siguiente para atender a la nueva patrona, y esto, si bien solucionó un problema —Gabina y Berenice parecían encantadas con su nueva ocupación—, creó otro, puesto que las esclavas de San José peleaban a menudo con las “traidoras”, como apodaban a las nuevas, y Somar o alguno de los hombres de Blackraven se veía obligado a intervenir en las grescas.

A medida que su caballo abandonaba las calles de la ciudad y se adentraba en la zona de quintas y tambos, Malagrida se olvidaba de los problemas, y cuestiones agradables ocupaban su lugar. “Isabella”, musitó. No pronunció su nombre de modo consciente; se deslizó entre sus labios en tanto las facciones de la mujer se esbozaban en su mente. El tiempo no transcurría para ella, seguía hechizándolo como la tarde en que la conoció en la oficina del rector Barère, cuando la escuchó defender a gritos su derecho de ver a Roger. Sonrió al evocar aquel episodio, y terminó por reprocharse el contento y el orgullo que estaba experimentando; no tenía derecho a esos sentimientos, en primer lugar, porque en San José se vivía una situación tensa y dolorosa; además, porque alentaba vanas ilusiones con riesgo a salir lastimado; pero sobre todo porque él era un cura y, en el remoto caso de que Isabella lo aceptara, jamás podría ofrecerle una situación digna. Blackraven no lo consentiría. Suspiró, como resignado a esa alegría de zagal que explotaba en su pecho y que lo avergonzaba. Es que no podía evitarla si Isabella di Bravante se hallaba cerca y su perfume de violetas lo provocaba.

Avistó la propiedad de su amigo Vespaciano cerca del mediodía y, aunque no lo divisó entre sus árboles frutales, supo que se encontraba en casa ya que el humo salía

por la chimenea de la cocina. Estaría preparando otro de sus dulces o conservas que después vendería a los minoristas de la Recova. Lo había sorprendido: Vespaciano era un excelente cocinero. De pronto sintió hambre y lo complació la idea de comer algún manjar de su amigo.

Vespaciano lo recibió con el delantal puesto y, en la mano, una cuchara de madera con mermelada pegoteada.

—He llegado en buen momento —comentó Malagrida a modo de saludo.

—Pasa, pasa. ¿Lo dices por esto? —y señaló la paila de cobre donde hervían los melocotones.

—Excelente aroma.

—Estoy probando una nueva receta. Ya veremos qué resulta.

—Puedo convertirme en un excelente juez de mermeladas.

—Ya está casi lista. Te pondré un poco en un plato para que se enfríe. Aunque no alientes esperanzas de que te regale un frasco. ¿Deseas una taza de café? Mira, toma uno de estos panecillos. Los ha amasado mi nueva vecina. Son exquisitos.

—Son buenos —admitió Malagrida, con el pan en la boca—. ¿Por qué no me regalarías un frasco de tu nuevo dulce? Puedo pagártelo —acotó, risueño.

—No puedo darte un frasco porque lo que no venda, que ya lo tengo todo comprometido, he decidido llevárselo a mi nueva vecina. Le regalé unas gallinas días atrás y, como no quise cobrárselas, me ha estado trayendo todo tipo de comida. Los panecillos son el presente del día. Mira, unta el panecillo con esa manteca que su esclava me trajo ayer. Es de las mejores que he probado.

—Manteca —se relamió—. No la he probado desde que me embarqué en Londres meses atrás. En estas tierras no la conocen. ¿Cómo es que tu vecina hace manteca?

—Dice que es una vieja receta familiar, de sus antepasados irlandeses.

—Es exquisita. Tu vecina podría hacerse rica si se decidiese a venderla.

—Se lo propondré. Creo que le vendría bien el dinero que obtendría. La veo tan sola y desvalida, y en estado de buena esperanza.

—¿Y el esposo?

—Si el esposo existe, nunca lo he visto. Ella llegó hace poco más de diez días, con una esclava muy joven. Yo no he querido preguntar, aunque sospecho que su situación es comprometida.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada en particular. Llámalo un presentimiento. Si te quedas un rato más, quizá pueda presentártela. Prometió visitarme para recoger la mermelada. Recuerda que, en su presencia, soy Francisco Álvarez.

—¿Cómo se llama la muchacha?

—Melody, aunque debe de tratarse de un sobrenombre.

Blackraven entró en su dormitorio y se despojó, con malos modos, de los guantes y el largo levitón de cuero. Llenó la jofaina y se enjuagó la suciedad de los ojos y del rostro mientras esperaba que Trinaghanta le preparase el baño. Acababa de llegar de la villa del Luján, donde nada sabían de una joven encinta con una esclava. Se sirvió una medida generosa de clarete y bebió la mitad de un trago. Enseguida se sintió mejor. Vaso en mano, se aproximó al retrato a medio terminar y descorrió la tela que lo preservaba del polvo. En verdad Fermín Gayoso era un excelente retratista. Acarició la línea de la mandíbula de Melody e hizo vagar sus dedos hasta rozarle los labios. ¡Oh, Dios, sus labios! Se inclinó sobre el lienzo y los besó. Aquel acto le pareció patético, y lo embargó una mezcla de autoconmiseración y tristeza, que por fin acabó en rabia. Nunca había experimentado la impotencia de esos días. “Cariño, ¿por qué estás haciéndome esto?”, le preguntó a la pintura, y se quedó contemplándola, absorto en la paz que transmitía su mirada; el artista había sabido reflejar el alma de Melody en la expresión de sus ojos. Cubrió el lienzo y se alejó en dirección al clarete.

Hacía más de diez días que Melody y Miora habían huido y nada sabían de ellas. Aunque abundaban los farsantes con pruebas falsas, seducidos por la promesa de una generosa gratificación, no tardaban en descubrirlos y los echaban con cajas destempladas. Blackraven era consciente de su mal humor y de que su gente lo soportaba injustamente; sus caras largas, sus contestaciones destempladas y sus arranques de furia se habían vuelto parte de la cotidianidad, y, a pesar de saber que, en cierta forma, su talante irascible se debía a la falta de sueño y de buen comer, lo impacientaba destinar tiempo a esas actividades cuando Isaura seguía allá fuera, sola y sin protección, a poco menos de tres meses de parir; comía cuando podía y lo que encontraba, y se echaba algunas horas donde el sueño lo vencía. Odiaba regresar a la casa de San José, sumida en un ambiente de desagradable tensión generado no tanto por su humor de perros sino por la ausencia de Melody; él siempre había intuido que ese acogedor sitio sin Melody se reduciría a una cáscara. Los niños andaban cabizbajos y lloriqueaban por cualquier motivo, y los maestros Perla y Jaime no conseguían, ni con la férula ni con mimos ni halagos, interesarlos en las lecciones; a Sansón, ni Arduino le arrancaba un ladrido de alegría.

Descubrió un mensaje sobre la mesa de noche. Rompió el sello de lacre y lo abrió. Era de Beresford, le pedía que lo visitase en lo de Casamayor. Blackraven se había enterado de que el 11 de septiembre, tras una sesión en el Cabildo en la cual se planteó que “dados los graves inconvenientes que depara la permanencia de los oficiales ingleses en esta ciudad, cuando nos vemos amenazados de una segunda invasión y cuando, por noticias positivas, han de llegar refuerzos a la escuadra de Popham”, se había votado a favor de la salida de Buenos Aires de dicha oficialidad. No se escuchaba la voz de Liniers defendiendo las cláusulas de la capitulación

pactada con Beresford el 12 de agosto, y resultaba fácil entrever la mano de Álzaga en esa votación.

Pensar en la suerte de su amigo le trajo a la mente la ringlera de responsabilidades pendientes. Ni siquiera le había enviado una esquela a doña Rafaela del Pino comunicándole su regreso y que pronto la visitaría para ponerla al tanto de los avances en la calera de los Sauces, en la Banda Oriental; se había desentendido por completo de la curtiduría y del Retiro, donde la ampliación del lagar aún no se completaba a pesar de que el sobrestante había asegurado que lo inaugurarían a principios de septiembre; no sabía cómo marchaban las operaciones comerciales con el fin de correr a Álzaga del mercado ni de qué modo se habían desenvuelto las maniobras de los criollos independentistas en las últimas semanas; se preguntó qué sería de Liniers, y por un momento estuvo a punto de llamar a Távora para que lo informase acerca de los asuntos que le había encomendado en su viaje a Londres: desactivar el proyecto del conde de Montferrand para conquistar México, y ubicar y poner a salvo al padre Edgeworth de Firmont, testigo de la abdicación de Luis XVI, que había entregado en las propias manos del pequeño Luis XVII el documento con la última voluntad del rey Borbón; también le había indicado que ubicase y protegiese a madame Simon, la esposa del carcelero de Luis Carlos durante sus años en la prisión del Temple. Por último, quería que Távora le hablara de La Cobra.

Llamaron a la puerta.

—Pasa, Trinaghanta.

—Soy yo —dijo Victoria, y entró; cerró la puerta y cruzó la falleba.

Apenas la vio, Blackraven adivinó sus intenciones; llevaba un hermoso vestido en tonalidad rosada que le sentaba a sus ojos celestes y al rubio de su cabello; parecía una muñeca. Se había corregido las ojeras con algún afeitte y pintado los labios pasándose papel con colorante de carmín y manteca de cacao, para el brillo. No podía negarlo, era bellísima.

—¿Qué quieres? Habla rápido. En un momento, volveré a salir.

—¿A buscarla a ella? —Blackraven no contestó ni la miró—. No creo que me hayas buscado a mí con el ahínco que la buscas a ella.

—No pude encontrarte porque no deseabas que lo hiciera. Montaste la farsa del suicidio para desaparecer y evitar la afrenta pública.

—Ya te dije cómo fueron las cosas —se mosqueó Victoria—. Salté al agua pero no me maté con la caída de acuerdo con mi suposición. El instinto de supervivencia me llevó a nadar con desesperación hacia la costa, pero una corriente me empujó mar adentro. Nadé y nadé hasta perder el conocimiento. Al volver en mí, estaba en una de las habitaciones del castillo Saint Michael, sin saber quién era ni de dónde venía.

—No me fastidies, Victoria, no me enredarás en otra de tus discusiones. ¿Qué quieres? Ve al grano.

—Quiero saber cuándo nos marcharemos a Londres.

—Tú, en cuanto el doctor Fabre diga que estás en condiciones de emprender el viaje. Yo, cuando lo juzgue conveniente.

—Deberíamos regresar juntos, para evitar las murmuraciones.

—¿Ahora te preocupan las murmuraciones? —Blackraven profirió una carcajada hueca—. Debiste hacerlo cuando te encamabas con mi mejor amigo.

Victoria ensayó un gesto de niña atemorizada. Él le conocía ese carácter versátil que la llevaba de un extremo a otro con una rapidez y una ductilidad asombrosas. Si se contaba con una naturaleza perceptiva y un poco de tiempo para analizarla, enseguida se adivinaba que la única y verdadera índole de Victoria, la egotista, la impulsaba a asumir diversidad de rostros para alcanzar sus fines; ninguno de ellos mostraba jamás a la verdadera Victoria Trewartha, y Blackraven no podía afirmar si alguna vez la había conocido o si existía; a veces concluía que Victoria era una extraña unidad conformada por varias personalidades. Nunca sabía con claridad a cuál Victoria se enfrentaría, si a la de la sonrisa ambigua, a la de las caricias suaves y bondadosas, a la del gesto caritativo, a la feroz enemiga capaz de atormentar a un niño llamándolo *gipsy*, *darkie* o *bastará* o a la amante insaciable.

Victoria se había aproximado con aquel paso estudiado, lento e indeciso. La tenía a un palmo. La miró con fijeza, y su perfume de ládano, que en otra época lo había seducido, le invadió las fosas nasales y le causó una sensación de ahogo y repugnancia. Ahora le descubría el exceso de maquillaje del que había sospechado al verla entrar, las primeras líneas en torno a los ojos y algunos cabellos blancos. De igual modo, su rechazo no nacía en el descubrimiento de esas nimias imperfecciones sino en conocer su naturaleza compleja y anómala, aunque debía admitir que, después de haber convivido con una criatura como Melody, cualquiera, la más hermosa o la más buena, habría palidecido junto a ella.

—¿Sabes que Simon Miles fue asesinado? Victoria asintió.

—Fui a su entierro —dijo.

—¿Cómo? —se sorprendió Blackraven—. ¿Acaso estuviste en Londres antes de viajar desde Cornwall con mi madre y mi tío?

—Cuando llegué a Dover desde la Francia, decidir tomar un coche hacia Londres en la esperanza de encontrarte en nuestra casa de la calle Birdcage. Me hospedé unos días en una posada en la Strand, y allí, por los periódicos, me enteré de la muerte de Simon. Aguardé a que la comitiva que acompañaba al féretro en el cementerio de Saint George se dispersase para arrojar una flor en su tumba todavía abierta y rezar una plegaria por su alma. Ambos habíamos pecado. —Victoria levantó la vista y acarició la mejilla sin rasurar de Blackraven—. Sé que aún no me has perdonado por aquella abominable traición, Roger, pero quiero que sepas que nunca he dejado de amarte. Si me entregué a Simon fue por despecho, para lastimarte.

—Lo sé —contestó Blackraven, y le apartó la mano con suavidad—. Sé que lo hiciste por eso. Y no hay nada que perdonar. Yo no fui un buen esposo y sabe Dios que no tengo derecho a reclamarte por tu infidelidad. Jamás deberíamos habernos casado. Y lamento que Simon esté muerto porque, ahora que nos divorciaremos, tú y él podríais haber formado una familia.

—No me repudies, Roger, no me apartes de tu lado, por favor. Yo te amo. —Le dirigió una sonrisa bribona antes de apoyarle la mano sobre el pantalón—. Tú y yo éramos buenos en la cama. ¿Lo recuerdas, tesoro?

Blackraven se alejó, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—Te has vuelto demasiado cínica y desvergonzada para haber pasado cuatro años en un convento.

Llamaron a la puerta. Blackraven acudió a abrir. Detrás de Trinaghanta, que traía un cubo con agua caliente, apareció Malagrida que la sobrepasó con actitud desmadrada.

—Necesito hablar contigo —se dirigió a Blackraven—. En este instante.

—Me disponía a tomar un baño. Saldré en media hora.

—En este instante —apremió el jesuita.

Blackraven despidió a la cingalesa con un movimiento de mano. A Victoria la tomó por el brazo y la condujo hasta el umbral.

—Roger...

—Después, Victoria. Ahora no.

Cerró la puerta y se volvió para enfrentar a su amigo.

—Encontré a tu esposa. Encontré a miss Melody.

Un latido feroz le desgarró el pecho, y se dio cuenta de que la sangre le abandonaba el rostro porque de pronto lo sintió frío.

—¿Cómo está? —atinó a preguntar.

—Bien, muy bien.

El alivio le aflojó el cuerpo, y buscó apoyo en el respaldo de una silla.

—Gracias, Dios mío —balbuceó, con el mentón sobre el pecho.

Miora y Melody volvían por el camino de realengo de muy buen ánimo. Acababan de almorzar en casa del doctor Constanzó. Esa mañana, el esclavo, que a diario llevaba el cubo de leche, le entregó una nota con la invitación. No pensó en el luto al aceptar ni en la prohibición de Blackraven de acercarse a Constanzó; esa vida que llevaba lejos de la ciudad no le pertenecía, y en nada se asemejaba a la que había conducido la Melody de la calle de San José. Sentirse ajena era de las vivencias que mejor definía a ese período.

La señorita Ingracia era la persona más simpática, dulce y gentil que Melody había conocido, y se preguntó por qué seguiría soltera siendo tan preciosa. Su

hermano, aunque más reservado, también mostraba ese sello de nobleza que parecía una característica de familia. La conversación se había desarrollado de un modo tan natural y ameno, y tomado derroteros tan interesantes que por dos horas Melody no pensó en Roger ni en Victoria.

De regreso a su casa, se desviaron por el camino hasta lo de don Francisco, quien les había prometido mermelada de melocotón. Miora cargaba una canasta llena de vituallas, ya que los Constanzó también las habían obsequiado con largueza. Se acordaban de un comentario ocurrente de la señorita Ingracia cuando la risa de Miora se apagó. Codeó a Melody en las costillas y, con el mentón, le señaló la entrada de la casa. Allí, apostado como una columna, se encontraba Somar, que las observaba con los brazos cruzados a la altura del pecho. Melody reconoció enseguida a Black Jack, pero no vio a Roger. “¿Dónde está?”, quiso preguntar, pero no tenía voz.

—Somar —musitó, con acento forzado.

—Señora —dijo el turco, y ejecutó una corta reverencia—. El amo Roger la espera dentro.

Miora permaneció frente a Somar, sosteniéndole la mirada.

—Tuve que hacerlo —le explicó—. Le debo todo a miss Melody.

—Lo sé, y no te reprocho, aunque habría preferido que recurrieras a mí por ayuda.

—Ella no lo habría permitido. Y yo no habría querido traicionarla.

—Entiendo.

La desembarazó de la canasta y la ciñó contra su pecho.

La cerradura no estaba forzada. Melody sujetó el picaporte y entró. Pese a haber cuidado su aspecto para el almuerzo en lo de Constanzó —incluso vestía medio luto—, se sintió fea, y habría dado cualquier cosa por contar con un espejo y un peine entre el vestíbulo y la sala. Se aplastó los mechones de las sienes, se pellizó las mejillas, se pasó el índice por los dientes y sacudió su guardapiés para desprender las cazcarrias. Respiraba con dificultad. Aunque razonó que no podía enfrentarlo en ese estado de agitación, siguió caminando; una ansiedad la impulsaba a la sala, donde lo escuchaba deambular, y se lo imaginó estudiando los muebles derrengados y las escuetas comodidades.

Entró. Blackraven se dio vuelta con un giro veloz. Se contemplaron con fijeza, en silencio, sin cruzar palabra. Melody permaneció quieta, como hechizada por esos ojos de azul negro bajo la línea gruesa y oscura que formaban sus cejas. El gesto de Blackraven intimidaba; de igual modo, ella percibía su cansancio, vislumbraba, tras esa dura máscara, la expresión de agobio que hablaba de su alma atormentada. Él tampoco dormía bien de noche, y había descuidado su aseo, la barba era de más de tres días y su cabello lucía opaco y despeinado.

Melody rompió con la fascinación y se movió hacia un aparador donde Miora

solía colocar una jarra con aguamiel. Necesitaba un sorbo; tenía la garganta seca, y los dientes se le pegaban a los labios. Le temblaban las manos, y vertió parte de la bebida en el mueble. Tragó apenas para no hacer ruido y, cuando tuvo la certeza de que su voz saldría clara, preguntó sin volverse:

—¿Cómo entraste?

—¿Pensaste que una puerta me detendría? Mírame, no sigas dándome la espalda. Mírame a los ojos. —Melody obedeció—. ¿Por qué me has hecho esto, Isaura? ¿Por qué has sido tan cruel? ¿Acaso lo has hecho para castigarme, como si yo fuese responsable de la aparición con vida de Victoria?

—No —dijo, a pesar de que Blackraven tenía razón; los celos y la rabia habían desempeñado un papel importante en su decisión—. Ya no había sitio para mí en esa casa.

—¡Ésa es tu casa! ¡Y tú, su dueña! Era Victoria quien debía irse, no tú.

—No, ella es la dueña ahora. Ella es tu esposa.

Blackraven caminó con rapidez y la tomó por los brazos.

—¡Tú eres mi esposa!

—¡No, no! ¡No lo soy!

Melody se puso a llorar y a temblar, y Blackraven se acordó de que la última vez la presión se le había ido a las nubes. Le rodeó la espalda y la aplastó contra su pecho.

—¡No llores! Sabes que no lo tolero. Cálmate. Por el bien del niño. —Acompañó sus palabras con caricias que poco a poco la serenaron.

Le alcanzó el vaso con aguamiel y la obligó a sentarse. Se alejó para darle tiempo a reponerse, en tanto él estudiaba la estancia y miraba por la ventana. No importaba que la decoración y las comodidades fueran humildes; la casa, de paredes sólidas y excelente carpintería, estaba bien construida; con todo, la cerradura de la puerta principal había cedido a su ganzúa.

—¿Estás mejor? —Melody asintió—. Iré a llamar a Miora para que comience a empacar tus cosas. Nos vamos de aquí.

—¡No! —Melody se puso de pie.

—¡No me castigues por algo de lo que no soy culpable, Isaura! —se enfureció Blackraven—. ¡Por amor de Dios! ¿Por qué lo haces? Eres tan caritativa y bondadosa con todos, ¿qué hay de mí? ¿No merezco tu compasión? ¿Tan ruin me crees?

No lograba contener las lágrimas, brotaban sin cesar, le bañaban el rostro y terminaban en los ladrillos del piso. Blackraven se aproximó de nuevo y le pasó las manos por las mejillas.

—¿Dónde te sangró Fabre?

Melody le señaló el brazo izquierdo. Blackraven lo descubrió y le besó el corte, apenas una cicatriz rosada.

—Cálmate, cálmate —le susurraba sobre la piel, y la calidez de su aliento le enviaba suaves corrientes a través del brazo, que la enervaban.

La ciñó por la cintura y la acercó a su cuerpo. Se miraron a los ojos. Esa niña-mujer había entrado en su vida, trastornándola por completo. No pensaba con claridad ni actuaba con decisión; todo se reducía a ella. Necesitaba tomar el mando de nuevo, quebrarle la voluntad y dominarla, protegerla y poseerla.

—Quiero que estés tranquila, quiero que te olvides de este contratiempo y que vivas con alegría estos últimos meses de embarazo. Yo solucionaré esta situación. Tú, olvídате.

—No quiero abandonar este sitio, Roger, no quiero volver a la ciudad. Aquí hay mucha paz. Aquello será un infierno para mí.

Blackraven asintió, con actitud vencida.

—Traeré mis cosas esta misma tarde.

Melody se separó de él y lo contempló con extrañeza.

—No quiero que vivas aquí. —Blackraven frunció el entrecejo y endureció la mirada, y, aunque le temió, Melody se animó a pronunciar—: Tú y yo ya no somos nada. Si vivieses aquí me convertirías en tu manceba.

—Isaura, no me hagas esto, por favor. ¡Tú eres mi esposa! Y vas a darme un hijo. —Melody lo miró con una mueca de firmeza que lo llenó de ira—. ¡Tú eres mi esposa, Isaura! —Ante la implacabilidad de ella, pareció quebrarse, y volvió a estrecharla entre sus brazos—. Tú eres mi mujer, la madre de mi hijo. Tú eres el único motivo que tengo para vivir, no me lo quites. ¡Eres mi vida! Y ni tú ni nadie me separará de ti. Sería como dejarme matar. ¿Tienes idea de lo que han sido estos días lejos de ti? ¿Por qué lo hiciste, Isaura? ¿Por qué huiste?

—Porque no soportaba permanecer más tiempo en la casa que antes me había pertenecido y que ahora es de ella.

—¿Qué dices? A veces eres tan insensata. ¿No pensaste en mí, en mi sufrimiento al no conocer tu paradero? Creí que me volvería loco.

—Perdóname, Roger. Sé que me precipité, pero aquel día fue espantoso. Todo había comenzado tan bien, yo estaba tan feliz, sólo pensaba: “Faltan tres días para tener a Roger de nuevo en mis brazos”.

—Cariño —se emocionó Blackraven.

—Y en un instante mi vida se desmoronó. Ahí estaba ella, tu esposa, más hermosa y elegante de lo que yo la había imaginado, con ese aire natural de duquesa. Me sentí tan fea y tan fuera de lugar. Tuve la impresión de que todo ese tiempo había usurpado el sitio que, por derecho, le pertenece. Sólo pensaba en huir, en correr lejos, alejarme, esconderme. No quería que tú nos vieras a las dos juntas, no quería que nos compararas.

—¡Isaura! —se pasmó Blackraven—. No doy crédito a lo que estoy escuchando.

¿Acaso, cuando te hablo, tú no me crees? —Melody asintió—. No afirmes con tanta vehemencia puesto que no es verdad. Siempre pones en duda mis palabras. ¿No te dije aquel día, en el Retiro, que eras el único amor de mi vida? ¿No te dije también que era tuyo, que sólo te pertenecía a ti, que me enorgullecía de que fueras mi esposa, y que ni una vez te había sido infiel, ni con el cuerpo ni con la mente?

—Sí, lo dijiste —apenas contestó Melody—. Pero al conocer a Victoria pensé que, quizá, te alegrases de verla y que quisieras recibirla de nuevo.

—¡Si estoy loco por ti! ¡Si me tienes atado de pies y manos! ¿No te das cuenta? Te metiste en mis venas y no puedo arrancarte. ¿Qué has hecho de mí? ¿En qué clase de idiota me has convertido? Ya te he dicho, Isaura, que me quitas la fuerza si no me amas.

Una mezcla de profundo amor y piedad la llevaron a echar sus brazos al cuello de Blackraven y corresponder a su feroz abrazo.

—¡Oh, Roger! ¿Por qué tenía que pasarnos esto cuando éramos tan felices?

—Yo lo solucionaré, cariño.

—¡Tengo miedo de perderte!

—¡Jamás! —replicó él, casi con violencia—. Me divorciaré de Victoria y volveremos a casarnos.

Melody se apartó.

—¿Divorciarte? Yo soy católica, Roger. Nosotros no admitimos el divorcio.

Él no veía otra salida, a menos que Victoria muriese o que él consiguiese una anulación. De todos modos, concedió:

—Está bien, no habrá divorcio. Igualmente, yo me haré cargo, yo lo solucionaré.

Lo expresó con una certeza que llenó de esperanza el sombrío rostro de Melody, y, sin embargo, por primera vez, Blackraven se cuestionaba si lo lograría, aunque, en medio de esa confusión, un pensamiento le indicaba el norte: Isaura le pertenecía y jamás se separaría de ella.

—Te quiero con locura —le dijo al oído, y sintió cómo los brazos de Melody se ceñían a él—. Dime que me amas, por favor.

—Lo sabes. Sabes que te amo. Eres lo máspreciado en mi vida.

—Tú, en cambio, eres lo único en la mía. —Tras un silencio, le pidió—: Isaura, confía en mí, descansa en mí. Yo compondré este lío.

Se inclinó para besarla, pero Melody desvió la cara.

—No lo hagas, Roger, por favor. Sabes dónde terminaríamos.

—Sí, en la cama —susurró él, con voz pesada—. Te deseo tanto. —La sutil tensión en sus pantalones se transformó en una erección palpitante y dolorosa—. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez. ¡Qué largas fueron estas semanas sin ti! Nuestra cama me parece tan vacía.

Esas palabras la colmaron de dicha. Deseaba creerlas, deseaba creer que

Blackraven no había dormido con Victoria ni con ninguna otra, y que lo hacía solo, en la cama que antes compartían. Un pensamiento opacó su júbilo: si ella no lo satisfacía, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que Blackraven buscara alivio en otros brazos? Ella conocía la potencia de su pasión, una fuerza animal que, desatada, resultaba imposible de controlar.

Melody tomó distancia y no lo miró al decirle:

—Roger, en tanto se solucione esta situación, será mejor que no vengas.

—¿Qué estás pidiéndome?

—Si es cierto que me amas, quiero que cuides mi buen nombre porque es el nombre de la madre de tu hijo. Quiero que lo respetes y lo hagas respetar. No soporto más murmuraciones a mi costa. No quiero que mi hijo se avergüence de su madre. Me llamarán ramera, manceba, me destrozarán.

—¿Qué carajo me importa lo que diga ese hatajo de imbéciles!

—¡A mí me importa!

—Nos iremos lejos, donde no haya murmuraciones y el pasado quede atrás.

—No puedo escapar a mi conciencia ni a Dios. No me convertiré en tu querida, Roger. Terminaría odiándome. Prométeme que no vendrás.

—Seré prudente y vendré cuando nadie me vea. Nadie se enterará de que te visito.

—Se enterarán, Roger. ¿Acaso no conoces a los de esta ciudad? Lo saben todo. La única manera de preservar mi honra es que tú permanezcas en San José y yo, aquí.

Aunque no cumpliría, Blackraven le dijo: “Está bien”, para no alterarla; le preocupaba ese continuo temblor de manos y los labios un poco azulados. No obstante, impuso una condición.

—Trinaghanta vivirá contigo, además de Miora. Milton, Shackle y Somar se turnarán para hacer guardia día y noche.

Asintió, consciente de que no le torcería la voluntad en ese punto. Blackraven sacó del bolsillo interno de su redingote un talego con monedas y lo colocó sobre el aparador. Melody se lo devolvió.

—No quiero tu dinero.

—Mi dinero es tuyo. Todo lo mío te pertenece.

—Antes sí, cuando era tu esposa.

—¡Carajo, Isaura! —Propinó un golpe al mueble, y Melody dio un respingo—. Estás actuando como una necia. Todo lo que tengo es mío, me lo gané partiéndome el lomo, ya te lo he dicho. Y soy yo quien decide a quién le pertenecen mis riquezas. Y mis riquezas te pertenecen a ti, esposa o no esposa. Si no quieres aceptar este dinero para tus gastos, está bien, pero acéptalo para los de mi hijo. Tengo derecho a mantenerlo, ¿o también me impedirás que vele por él?

—No, claro que no —musitó Melody, y tomó la pequeña bolsa de cuero.

Blackraven se alejó hacia la contraventana que daba al único patio de la propiedad. Sujetaba los guantes con una mano y los golpeaba en la palma de la otra. Melody sabía que lo había enfurecido. Blackraven se dio vuelta y se quedó mirándola. Ciertamente había rabia en sus ojos, aunque también desesperación y dolor. Melody deseaba consolarlo, pedirle que se quedara, que huyeran, que le dieran la espalda a la realidad y simularan que sus vidas no se habían trastornado con el regreso de Victoria. Se sentía confundida y perturbada; por un lado pesaba el deber y por el otro, el deseo. “Es por el bien de mi hijo”, se convencía. “Quiero que camine con la frente en alto el día de mañana y que nadie lo lastime gritándole que su madre era una ramera”.

—Me marcho —anunció Blackraven, y la tristeza que le oprimía el pecho lo llevó a evocar la frase de Shakespeare, “Partir es un poco morir”, de su obra *La tempestad*.

Melody le ocultó la mirada con tenacidad para que no advirtiera que lloraba. Blackraven se aproximó y le levantó el rostro por la barbilla. Admiró el turquesa de sus ojos realzado por el negro de las pestañas y el brillo de las lágrimas, y también admiró la hermosura de sus labios, rojos, húmedos y generosos. Se inclinó sobre ella como tantas noches lo había hecho sobre el retrato a medio terminar, y le besó la boca con delicadeza, como si se tratara de la caricia de las alas de una mariposa.

—Porque te amo demasiado —lo escuchó decir— es que respeto tu decisión. Sobre todo, quiero que estés tranquila. Pero debes saber que la juzgo descabellada. Deberías regresar conmigo a San José y seguir llevando la vida de siempre. Por mucho que insistas en repetir lo contrario, tú eres mi esposa. No me importa lo que digan las leyes canónicas ni la de los hombres. Lo dice mi corazón, y eso es suficiente para mí. Escúchame bien, Isaura: jamás, nunca renunciaré a nuestro amor.

A pesar del esfuerzo, Melody se echó a llorar sin consuelo. Estaba lastimándolo; el sufrimiento de Roger le resultaba intolerable y la oprimía con la agudeza de un dolor físico. Le pasó los brazos por la cintura y escondió la cara en su abrigo. Después de unos segundos, Blackraven también la abrazó.

—No me dejes marchar así —le suplicó, con voz quebrada—, no me dejes ir sumido en esta angustia. Dime algo que me dé esperanzas, no me dejes ir así.

—Ten fe en Dios, amor mío. Ten fe. Él no nos abandonará.

Blackraven podría haberle pedido cualquier cosa en ese momento, y Melody se la habría concedido.

Capítulo XIX

La paz que Melody había deseado pronto se convirtió en una ilusión. Horas más tarde de la partida de Blackraven, llegó Trinaghanta, y, si Melody y Miora supusieron que se mostraría ofendida o enojada porque habían partido sin ella, estaban equivocadas; en contra de su disposición natural, la cingalesa, encantada de servir de nuevo a su señora, hablaba y reía mientras sacaba del baúl los vestidos y efectos personales que Melody había dejado atrás. Melody la contemplaba mientras se acordaba de la mañana en el Retiro, después de la muerte de Jimmy, cuando la muchacha la convenció de que no vistiera luto para agradar a Roger.

Con Trinaghanta, venía Somar para encargarse de la primera guardia, lo que puso una sonrisa constante en el rostro de Miora. El primer altercado tuvo lugar a la mañana siguiente, cuando el esclavo de los Constanzó se presentó en la quinta de don Gervasio con el cubo de leche, y Somar intentó echarlo. Se armó una disputa en la cual el joven no entendía palabra de la extraña jerga con la cual se expresaba ese chiflado con un trapo en la cabeza. Melody salió a intervenir.

Con los días, el paisaje de la quinta terminó asemejándose a la parte trasera de la casa de San José, ya que la negrada de Buenos Aires, enterada del paradero del Ángel Negro, se presentaba en la quinta, no para pedirle favores sino para llevarle regalos y una palabra de consuelo en ese tiempo de tribulación.

—Donde está mi señora, hay una carretada de negros —se quejaba Somar, quien siempre había opinado que resultaba difícil velar por la seguridad de Melody si la abordaban tantas personas al mismo tiempo. En los últimos días se había añadido una nueva preocupación: Blackraven le habló del brote de viruela que azotaba al Tambor y al Mondongo y le ordenó que no permitiera que los esclavos tocasen a Melody.

Papá Justicia la visitaba a menudo, siempre con algún obsequio y noticias de la ciudad. Melody se daba cuenta de que el quimboto jamás le mencionaba el escándalo por la aparición de Victoria Trewartha ni la infinidad de habladurías que se tejían en torno a ella; le refería las novedades inofensivas y se comportaba como si la vida siguiese su curso normal. Los esfuerzos de Papá Justicia por preservarla de la malicia de la gente resultaban vanos ya que, con tanto esclavo visitándola, terminaba enterándose. Ella podría haber pedido que no le contaran, pero la verdad es que quería saber. Ansiaba conocer las actividades de Blackraven y también las de Victoria. Sabía que la sociedad la había recibido con los brazos abiertos, que las damas de buen ver la invitaban a menudo a sus casas y que doña Magdalena, la esposa de Álzaga, le había manifestado en un rudimentario francés: “Ya nos parecía que la verdadera condesa de Stoneville no podía ser esa joven tan poco refinada”, y así como a Melody la llamaban “la condesa burda” en lugar de la “condesa buena”, o simplemente “la concubina”, a Victoria comenzaron a apodarla “la condesa

verdadera”.

Nada lastimó tanto a Melody como enterarse de que Victoria y Simonetta Cattaneo se habían convertido en grandes amigas. Los porteños no daban crédito a los cuentos de la viuda de Arenales, ya sabían que la pobre no había quedado bien desde la muerte de su esposo y de su único hijo, la prueba estaba en que dormía con siete gatos, hablaba con el espectro del viejo coronel Arenales y se alimentaba sólo de fruta; pero, en realidad, los porteños no daban crédito a los cuentos de la anciana desde que la señora Cattaneo aceptó de buen grado las muestras de interés de Eduardo Romero, un rico comerciante, viudo y de excelente porte. Simonetta participaba en las tertulias y bailes de los salones más refinados, y los anfitriones la lucían como si se tratase de una pieza de arte o de una exótica gema; tanto hombres como mujeres la esperaban con ansias; los primeros, para regodearse con tanta belleza y esperanzados de acompañarla en alguna pieza; las mujeres, para estudiar de cerca sus trajes y accesorios. La noche en que Simonetta se presentó en lo de Escalada con Victoria Blackraven cayó un silencio sobre los convidados. “Es como admirar *El nacimiento de Venus* por partida doble”, expresó Manuel Belgrano, quien días atrás había caído en la cuenta de que la señora Cattaneo llevaba el nombre de la modelo favorita de Sandro Botticelli.

—¿Cattaneo es el apellido de su esposo? —le había preguntado el secretario del Consulado.

—¡Oh, no! —contestó la mujer, sonriendo—. Apenas murió, volví a hacerme llamar por mi apellido de soltera.

Le perdonaban esas excentricidades que rayaban en el escándalo porque era hermosa, culta, muy agradable y porque, con el mundo a sus pies, quizás eligiese casarse con un miembro de esa sociedad —Eduardo Romero— y permanecer en esas tierras. Se trataba de un raro honor.

—¿Sabía su merced —insistió Belgrano— que lleva el nombre de la modelo que posó para Botticelli en *El nacimiento de Venus*? Por cierto, es vuestra merced dueña de su misma exquisita belleza.

—Lo sabía, doctor. La Simonetta Cattaneo, modelo de Botticelli y amante del hermano menor de Lorenzo de Médicis, Giuliano, es mi antepasada. Tenemos una tradición en mi familia: en memoria de aquella famosa Simonetta, las hijas mayores llevamos su nombre.

Melody se enteró de que la sociedad se entretenía polemizando acerca de quién era más bella y donosa, si Victoria o Simonetta. Las opiniones se encontraban divididas. Una tarde, Simonetta se presentó en la quinta de don Gervasio, y Melody la recibió con afecto. Al sentirse envuelta en su perfume de jazmines, narcisos y bergamotas, experimentó una grata sensación de familiaridad, como si nada hubiese cambiado y ella no hubiese debido abandonar la casa de San José, aunque Melody

enseguida admitió que le confería un buen trato por orgullo y no por cariño, y que disimulaba con sonrisas y comentarios banales cuánto la hería que se hubiese relacionado con la esposa de Blackraven. Instigada por Miora, Melody concluyó que Simonetta la visitaba en calidad de espía de Victoria, por lo que ordenó a los guardias que, si la señora Cattaneo se presentaba de nuevo, le dijeran que ella no se encontraba. Se sentía extraña mintiendo, tendría que confesarse con el padre Mauro. No era ella misma.

Otro rumor que la inquietaba hasta robarle el sueño tenía a Blackraven por amante de la portuguesa Ágata de Ibar. Había oído ese nombre por primera vez de labios de Pilar Montes, que le había detallado las escandalosas actitudes que la baronesa desplegó en relación con Blackraven durante una cena. Se decía que el conde de Stoneville visitaba a menudo el hotel donde el matrimonio de Ibar se hospedaba, que había entablado una estrecha amistad con el barón y que a menudo lo invitaba a su propiedad en el Retiro o a recorrer las instalaciones de *La Cruz del Sur*. Hasta se cotilleaba que el barón no sólo conocía la relación amorosa que unía a su esposa con el conde sino que la alentaba dada su calidad de impotente. Aunque Melody intentaba convencerse de que la gente mentía, la duda parecía una carcoma que roía su confianza. “No dudes de él”, se instaba. “Lo hiciste tiempo atrás y te equivocaste. De todas maneras”, se desalentaba, “¿quién soy yo para exigirle fidelidad? Es Victoria la que ostenta ese derecho ahora”. A veces, angustiada hasta las lágrimas, se arrepentía de haberle ordenado que se mantuviera alejado de ella. El orgullo la prevenía de enviarle una nota para invitarlo a su cama.

Las visitas de Lupe y Pilarita constituían una gran alegría para Melody, ya que, al igual que Papá Justicia, optaban por preservarla de los dimes y diretes, y le hablaban de las obras del hospicio, próximas a acabar, de los libertos que vivían allí, entre andamios y menestrales, de la política del Río de la Plata, tan convulsionada por esos días, y de sus hijos. Este tema, en particular, interesaba a Melody, que les preguntaba acerca de la crianza de un bebé y sobre el parto; de pronto, se había llenado de miedos. Pilarita, que veía a Blackraven con frecuencia dados los negocios que lo unían a su esposo, solía contarle que lo encontraba demacrado y taciturno. A Melody no le gustaba saberlo triste, pero de algún modo ese estado de ánimo de Blackraven contradecía el chisme que lo ponía en la cama de la baronesa de Ibar, y se alegraba.

En esos días de tristeza y confusión, nada le proporcionaba tanto placer como las visitas de Amy y de los niños. El corazón le saltaba en el pecho cuando avistaba a los niños, a Sansón y a Arduino saltar a tierra del coche sin darle tiempo a Ovidio a desplegar la gradilla. Amy descendía a continuación, enfundada en su insólito traje de pantalones y chaqueta negros que ya le resultaba tan familiar. Melody abría los brazos, y Estevanico, Víctor y Angelita se abrazaban a su gruesa cintura, en tanto Sansón y Arduino daban brincos a su alrededor. Tomaban chocolate y saboreaban los

bizcochos y tortas que Miora preparaba, y, con la boca llena, hablaban los tres al mismo tiempo para contarle las novedades. Jamás se habrían comportado de ese modo en la mesa de San José; esa quinta, alejada de la ciudad, de la mirada del señor Blackraven y de la disciplina de los maestros Perla y Jaime, donde miss Melody los consentía y les sonreía todo el tiempo, se había convertido en su lugar favorito, sin reglas ni deberes, pura diversión y libertad. Terminado el chocolate y como el clima era benévolo en esas primeras semanas de primavera, les permitían corretear entre los árboles frutales; también les gustaba armar barcos de papel y hacerlos navegar por la acequia. A solas, Amy y Melody se dedicaban a conversar, sobre todo de Victoria, por quien Amy no mostraba ninguna predilección, y, más allá de sospechar que la mitad de los comentarios era mentira dada la natural propensión de Amy a exagerar, a Melody le servían para ahuyentar sus fantasmas.

—¿Cómo está Víctor? —le preguntó en una ocasión.

—Ahora que sabe dónde te encuentras tú, bien —admitió Amy—. Tenía el ánimo por el piso cuando supo de tu desaparición. Temí que sufriera otro ataque.

—Pobre ángel mío —se lamentó Melody—. Pensé que, en cierta forma, este período de lejanía te serviría para acercarte a él, para confesarle que tú eres su madre.

Un ruido a vidrio roto las sobresaltó. Al darse vuelta en sus sillas, lanzaron una exclamación al descubrir a Víctor, pálido y lloroso, que las miraba con un mohín de súplica. A sus pies, se hallaban las trizas del plato con rosquillas que había entrado a buscar con sigilo para llevarlo al huerto.

—Oh, Dios mío —balbuceó Melody—. Ven, cariño, no llores.

Víctor dio media vuelta y salió corriendo. Amy lo siguió. Melody, muy pesada en su séptimo mes, caminó detrás. Desde el borde de la galería, se hizo sombra con la mano y vio a Amy sujetar a Víctor por la cintura y levantarlo en el aire. El niño luchó y gritó con frenesí hasta que Amy cayó de rodillas al suelo y consiguió domarlo. Ahí se quedaron un rato, Amy meciéndose como si lo acunara, y Víctor, llorando. Melody decidió no acercarse y permaneció en la galería rezando de modo mecánico el padrenuestro. Cada tanto se interrumpía y suplicaba: “Que no le dé un ataque”.

—¿Tanto te disgusta que sea tu madre? —le preguntó Amy pasado un momento.

—¡Sí! ¡La odio!

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Entonces mentías cuando cada noche rezabas por mí y le pedías a Dios por mi bien? —Víctor, amorrado, no contestó; Amy lo sacudió un poco—. ¿Mentías, Víctor?

—No —dijo, con acento doliente—. Yo sí quería que mi madre estuviera bien.

—Dios escuchó tus oraciones. Estoy bien.

—No me importa.

—Entonces —dedujo Amy—, lo que no te agrada es haber descubierto que yo

soy tu madre. ¿Te avergüenzas de mí? —Víctor negó con la cabeza—. ¿No te gusto como madre?

—Miss Melody es mi madre.

—No —replicó, con una firmeza que asustó al niño—. Tu madre, aunque te pese, soy yo. Tú eres mi hijo.

Víctor se movió en el regazo de Amy para mirarla de frente, y ella se lo permitió. A pesar de que sus latidos habían vuelto a un compás normal después de la corrida, se aceleraron de pronto ante la mirada del niño, imperiosa, inquisitiva, despiadada. Le parecía estar viendo a Galo Bandor. “Dios mío, es igual a él”.

—¿Por qué tardó tanto en venir por mí? ¿No me quiere porque me dan esos ataques? ¿Me odia?

—¡No! ¡Por Dios, no pienses eso! Tus ataques nada tienen que ver. No te odio. Te quiero, te quiero muchísimo.

—¿Más que a Arduino?

—Muchísimo más. Eres a quien más quiero en este mundo. Los ojos de Víctor se llenaron de lágrimas, y Amy sintió una punzada en la garganta y un escozor en la nariz.

—¿Por qué tardó tanto en venir por mí?

—Porque estaba asustada, porque no sabía cómo ser madre, porque temía que me quitases la libertad. —Amy se dio cuenta de que estaba hablándole con la crudeza que destinaba a sus marineros; no podía evitarlo, ella era así, torpe, dura y franca—. No pretendo que me entiendas, Víctor, sólo te pido que me perdones, porque estaba equivocada, y que me permitas ser tu madre.

Víctor se abalanzó al cuello de Amy y la abrazó con un ímpetu que desmentía su menuda y valetudinaria constitución. Los dos se echaron a llorar sin remilgos, al igual que Melody, que seguía la escena desde la galería.

—Sí me gusta que sea mi madre —sollozó Víctor con la cabeza apoyada en el pecho de Amy.

—No sabes qué feliz me hace saberlo, tesoro. —La quiero mucho, madre.

Amy no pudo contestar; lo estrechó hasta sentir las costillitas de Víctor en sus brazos. La embargaba una opulenta energía, no sabía dónde se originaba, jamás la había experimentado, una fuerza poderosa que la colmaba de una dicha exultante y, paradójicamente, también de serenidad. Desde pequeña había buscado ser amada, por su madre, que huyó con el palafrenero; por su padre, que, borracho, la golpeaba hasta hacerla sangrar; por Roger, su héroe; por sus marineros. Por Galo Bandor. La necesidad de afecto se había mantenido constante a lo largo de su vida. Esa sed acababa de extinguirse, sólo había bastado escuchar a Víctor pronunciar: “La quiero, madre”. Él la completaba, suplía sus falencias. Él era carne de su carne, lo único valioso y digno que poseía. Su hijo.

—Víctor, Víctor, adorado hijo mío —repetía, y lloraba. El niño se apartó un poco y se pasó el dorso de la mano por la nariz. Amy se quitó el pañuelo negro de la cabeza y, en su primer acto de madre, le sonó los mocos. Conocía esa mirada, ya la había visto en otros ojos, sabía que anunciaban una pregunta que no querría contestar. “¿Me amas, Amy Bodrugan?”, la había inquirido Galo Bandor años atrás.

—¿Quién es mi padre?

—Un gran marinero, ¡un gran capitán! Muy valiente, excelente espadachín. Posee una hermosa nave con la cual surca los mares en busca de aventuras.

—¿Es tan valiente como el capitán Black? —Sí, sí, igual que el capitán Black.

La sonrisa de Víctor compensó el mal trago. Nunca resultaba fácil hablar de Bandor.

—¿Cómo se llama?

Amy dudó. “Basta de mentiras, Bodrugan. Tu hijo merece la verdad”.

—Se llama Galo Bandor.

—Galo Bandor. ¿Y me odia, por eso no viene por mí?

—No, tesoro, él no te odia. Sucede que no sabe que existes. Nunca se lo dije.

—¿Por qué?

—Pues, verás, los asuntos entre adultos no siempre son fáciles. Nosotros complicamos las cosas. Cuando supe que tú nacerías, tu padre y yo estábamos peleados, y decidí no revelarle la novedad.

—¿Y ahora, estáis peleados? —Amy asintió, y Víctor bajó el rostro.

—Te prometo que lo buscaremos y le diremos quién eres. Estoy segura de que se sentirá feliz al conocerte.

—¿De veras?

—Confía en mí, tesoro.

Caminaron de la mano hasta que Víctor divisó a Melody en la galería y se puso a correr.

—¡Miss Melody! ¡Miss Melody! ¡La señorita Bodrugan es mi madre!

Melody lo recibió en un abrazo.

—Sí, cariño, lo sé. ¡Qué maravillosa noticia! Dios escuchó nuestras oraciones.

—Y mi padre es un gran capitán, tan bueno como el capitán Black. Su nombre es Galo Bandor.

—¡Qué afortunado eres, Víctor!

—Él no sabe que soy su hijo —admitió, para nada abatido—, pero mi madre ha prometido que se lo dirá.

—Ésa es una sabia decisión de parte de tu madre.

—Iré a contárselo a Estevanico y Angelita.

Amy, con el pañuelo negro en la mano, los cabellos desgreñados y los ojos congestionados, se acercó a Melody llorando y riendo. Se abrazaron.

—Casi muero del miedo —le confesó Amy.

—Yo también.

Que Víctor por fin supiera quién era su madre y que hubiera aceptado con felicidad la noticia significó para Melody una alegría tan grande que consiguió apartarla por unos días de sus dudas y preocupaciones, hasta que llegó de visita madame Odile, y, al sermonearla durante una hora por haber echado de su cama al Emperador, logró que la pesadilla regresara.

—¿Deseas que otra más avispada te lo arrebate? ¿Qué clase de virtuosismo despliegas ahora cuando te acostaste con él no estando casada?

—Pero en ese entonces él era viudo. Ahora está casado.

—*Mon Dieu!* —se exasperó Odile, y cayó en su lengua madre como le ocurría cuando perdía la paciencia—. *Tu me dis qu'il est marié maintenant! Bien sur qu'il est marié. Avec toi, ma petite!*

—Madame, no comprendo un pepino de lo que está diciéndome.

—Trato de decirte que por supuesto que el Emperador está casado. ¡Contigo!

—No, madame. Nuestro matrimonio es nulo, nunca existió.

—¿Qué dice el Emperador? ¿Que tú ya no eres su esposa? ¿A ver, responde?

—No, él dice lo que usted, que yo soy su esposa.

—¡Has visto que tengo razón! Gracias a Dios, alguien conserva la cordura en este desquicio. —Madame sorbió un trago de aloja y se tomó unos segundos para serenarse—. Melody, cariño mío, sabes que te quiero como a la hija que nunca tuve. Lo sabes, ¿verdad, cariño? —Melody asintió—. Confía en esta vieja que más sabe por vieja que por diablesa. Escríbele al Emperador y pídele que vuelva.

—¿Y mi reputación, madame?

A pesar de las noches de insomnio deseando que Blackraven le hiciera el amor —a veces el anhelo se tornaba tan intenso que se acariciaba entre las piernas hasta provocarse un orgasmo—, Melody recibía su compensación cuando los esclavos la visitaban con su letanía de chismes, y ninguno hablaba de que ella se hubiese convertido en la querida del conde de Stoneville. Podían llamarla “la condesa burda”, hasta “la concubina”, pero nadie le achacaría el mote de “la amante”. Madame no opinaba del mismo modo.

—¿Reputación? ¿Sabes lo que pienso de esa palabrita? Que no tiene nada que ver con la virtud, más bien con el orgullo y las pretensiones vanas. ¡Reputación! La única reputación que deberías cuidar es la de ser una mujer valiente y auténtica que sigue el camino que le indican sus sentimientos, y no atrincherarte tras esos valores idiotas que a lo único que te conducirán será a la infelicidad. ¿Crees que a esas señoras copetudas les importa tu felicidad? ¡Claro que no! Estarán regodeándose con tu desdicha, puesto que siempre han codiciado a tu hombre y envidiado tu suerte. Si te encaprichas en esta tesitura para complacer a ese hato de vacas malvadas, te volverás

una amargada como ellas. ¡Ah, eso sí te advierto! No alientes ninguna esperanza de que el Emperador tome tu ejemplo. Él se buscará otra y seguirá su camino, que ya se habla de que una tal baronesa de Ibar lo sigue a sol y a sombra.

Cunegunda se había propuesto salvar el alma de Bela del fuego eterno como medio para ganarse el perdón del Señor por sus pecados del pasado. Y el Señor estaba ayudándola; la novedad que le comunicaría a su ama Bela la haría cambiar de parecer. Llegó agitada y la buscó dentro de la cabaña. La encontró en el camastro, muy descompuesta. Pensó: “Ha estado oliendo el humo otra vez”, y de pronto se acordó de que esa mala hierba no le provocaba vómitos ni náuseas.

—Ama Bela, ¿no estará su merced preñada, verdad?

—¡Ni lo menciones! Tú misma me preparas las lavativas de mostaza y vinagre que me hago luego de estar con Braulio.

—Ya le dije que algunas mujeres quedan preñadas sin importar la lavativa.

—¿De dónde vienes? Te necesitaba hace un momento.

—¡Ama Bela! —pareció recordar Cunegunda—. Su merced se caerá de espaldas cuando le cuente la noticia que le traigo.

—¿De dónde vienes?

—De la ciudad. —Bela alzó la vista, sorprendida—. No se enoje, ama Bela. He estado yendo a visitar a Gabina.

—Como que le hayas dicho donde nos escondemos, Cunegunda, te molere a palos. Esa Gabina es una gran bocona.

—No, no, ama Bela. No le he dicho nada —mintió.

—¿Qué noticia me traes que alborotas como gallina clueca?

—¡La primera esposa del amo Roger está viva! —Bela se incorporó de súbito—. Sí, no está muerta como todos creíamos sino bien viva.

—¿Te refieres a Victoria? ¿A Victoria Trewartha?

—¡La misma! Gabina es quien la sirve en San José, y ella me lo contó.

—¿Quieres decir que Victoria Trewartha está en Buenos Aires? —Cunegunda asintió—. Victoria Trewartha en Buenos Aires. Santo Dios. Dímelo todo.

Cunegunda le relató lo que Gabina le había referido, y, sin pausa, agregó:

—Su merced ha sido vengada por el destino y no ha debido echar mano a ninguna artimaña para escalear a miss Melody. El destino se ha encargado de castigarla, y su merced sigue con el alma pura. ¡Su alma se salvará, ama Bela!

Bela no la escuchaba; sólo podía pensar que sus planes se habían trasegado. Miss Melody no era rival comparada con Victoria Trewartha. Recuperar a Blackraven con Victoria viva se le antojó una empresa sin futuro, ninguna mujer la habría vencido. “Tendrá que morir ella también”, decidió, y se puso de pie y asestó un puñetazo en la mesa.

—¡Mala Pascua les dé Dios a esas dos condenadas!

—¡Ama Bela! No maldiga, por favor, no lo haga. —Se persignó dos veces—. ¡Huyamos de aquí! Ya no queda nada por hacer. Miss Melody es desdichada, su merced ha sido vengada por la Justicia de Dios. Aprovechemos que la señora Enda no está y huyamos.

El día anterior, bien entrada la noche, un vecino de la Reducción de los Quilmes había llamado a la puerta de la cabaña y preguntado si allí vivía la señora Gálata. Estaba pálido, y en su semblante se traslucía la honda preocupación que lo abrumaba. Enda se aproximó, con su paso tranquilo y su gesto imperturbable, y le preguntó qué deseaba.

—Se trata de mi hija. Está poseída por un demonio ¡o varios! La tenemos atada, ya no sabemos qué hacer. Los médicos me han dicho que el mal que la aqueja excede a su conocimiento. Una vecina, doña Elena, nos habló de vuesa merced, de sus extraordinarios poderes. —Extendió una mano temblorosa y le ofreció varios escudos de oro; Enda los tomó y los contó—. Si viniese a mi casa conmigo en este momento y aliviase el alma atormentada de mi hija, le entregaría otra cantidad igual.

Enda partió hacia la Reducción de los Quilmes en la calesa del angustiado hombre; Braulio los escoltaba en la yegua. Todavía no habían regresado. Cunegunda estaba convencida de que el Señor había enviado a ese hombre para alejar a Enda y a Braulio de la cabaña, de modo que ella pudiese escapar con su ama Bela. Comenzó a armar un lío con sus pertenencias.

—¿Qué haces? —se enojó Bela.

—Junto nuestras cosas, amita, así huimos antes de que regresen esos demonios.

—¡Vete tú si quieres! Yo no me marcharé.

—¿Irme sola, sin su merced? ¡Jamás, ama Bela! Yo jamás me separaré de vuesa merced.

—Entonces no fastidies y quédate quieta. No me dejas pensar. —Después de un silencio, preguntó—: Así que miss Melody ocupa la quinta de Bustamante, la que colinda con la Convalecencia, ¿verdad?

Cunegunda cerró los ojos y echó la cabeza hacia delante.

Por haberse tratado de una estadía tan corta —apenas cuarenta y cinco días—, la influencia de los ingleses sobre la cultura porteña era, en opinión de Martín de Álzaga, excesiva e inaceptable.

—Ahora resulta —se quejó a su esposa, Magdalena— que los hombres, al saludarnos, debemos estrechar nuestras manos, y que, a las damas, debemos ofrecerles el brazo.

—No sólo eso, querido —agregó la mujer—. Está imponiéndose también cambiar los cubiertos con cada plato, que, por otra parte, deben servirse uno a uno. ¡Dónde se ha visto!

En cuanto a la situación política e institucional después de las invasiones, aún no

se decidía a calificarla de favorable o de perjudicial. Por un lado, se habían quitado de encima a Sobremonte, que erraba por la Banda Oriental en total descrédito, pues tampoco lo admitían en Montevideo. Tras de sí, Sobremonte había dejado un terreno fértil para que cualquiera se hiciese con el poder. Por lo tanto, su mayor ambición, la de convertirse en virrey, se cumpliría pronto, aunque avizoraba algunos nubarrones en aquel espléndido horizonte, como la preponderancia de Liniers, a quien el populacho consideraba un héroe, y las ínfulas que habían ganado los del partido independentista, que se juntaban en la quinta de Rodríguez Peña o en la fábrica de jabón que acababan de abrir con Vieytes para confabular contra el rey.

La formación del ejército implicaba también un riesgo. Nadie negaba la necesidad de contar con una milicia hallándose a las puertas de una nueva invasión inglesa; lo que a Álzaga repugnaba era que, en su mayoría, los cuerpos se conformasen por criollos; se trataba de una situación harto peligrosa. A la apatía de los españoles para cumplir con las obligaciones militares se oponía un entusiasmo de los nativos en el que Álzaga olfateaba la idea de libertad. Los independentistas, en especial Pueyrredón, no perdían oportunidad para instilar la creencia de que la Corona Española los había abandonado y que debían armarse y defenderse. La ciudad se había convertido en un cuartel gigante, y hasta los niños de trece y catorce años aspiraban a ocupar un puesto en alguna compañía. Con fervor religioso, recibían instrucción de cinco a ocho de la mañana, y recién a esa hora, cuando los soldados volvían de sus maniobras, se abrían los negocios y las oficinas.

Más allá del entusiasmo, el ejército de Liniers carecía de disciplina, y la instrucción que recibían los soldados era deplorable ya que los oficiales de línea a cargo de ella, a excepción del coronel Balbiani, ignoraban el oficio de militar. Ese rejunte de campesinos, tenderos, estancieros, peones e indios no sería capaz de enfrentar a un ejército regular en un campo abierto; a Álzaga le parecía estar viéndolos en desbandada. A esa falla en los cimientos del ejército debía sumarse la carencia de armamento y municiones —si hasta se requisó el plomo de las casas para hacer balas—, de uniformes, de remuneraciones y de vituallas. Se destacaba la caballería de Pueyrredón, llamados húsares, que ostentaban los uniformes más elegantes y demostraban bastante disciplina. Se notaba que se trataba de un grupo de la clase acomodada, ya que se costeaban las armas, las municiones, la manutención de los caballos y el ropaje. Le había llegado el rumor de que Roger Blackraven había donado una generosa suma a Pueyrredón para la conformación de su milicia, lo cual lo inquietaba sobremanera. “Blackraven”, masculló, mientras se dirigía a su tienda.

El negocio no marchaba bien, y él, ocupado en las cuestiones políticas, lo había descuidado, lo admitía. En un principio no se alarmó y desestimó la tardanza de algunos minoristas porteños en presentar sus pedidos. “Ya lo harán”, le había dicho a su amanuense. Más preocupante le resultó que no llegaran los del interior, su mayor

fuente de ingresos, de donde obtenía una ganancia inmejorable, más del ciento por ciento. El empleado de confianza enviado a Córdoba y a Catamarca había emprendido un oneroso viaje para traer malas noticias: los clientes no seguirían comprándole a Álzaga, y, cuando se les exigió que, en ese caso, finiquitaran el saldo adeudado, sin protestar, pusieron las monedas sobre el escritorio. Ese dinero había sido bienvenido, pero la pérdida de los clientes asestaba un duro golpe para la situación económica del negocio. De las indagaciones en el mercado local, Sixto Parera, que mantenía una deuda considerable con Álzaga, había soltado prenda: le compraba a otro proveedor que vendía a mejor precio y ofrecía condiciones de pago insuperables.

A Álzaga nunca le había molestado la competencia, ni siquiera la de su antiguo jefe, Gaspar de Santa Coloma, porque sabía que él ocupaba el puesto del comerciante más importante del virreinato, no sólo por la variedad y calidad de sus mercancías sino por la soberanía que ejercía sobre sus clientes, a quienes maniataba a fuerza de deudas. Grande fue su sorpresa cuando, para castigar a Parera, días más tarde le exigió que levantara el pagaré, y el anciano lo hizo sin chistar.

—¿De dónde ha sacado el dinero? —se enfureció Álzaga.

—Dice que se lo ha pedido a otro prestamista —informó su empleado—, que le cobra una tasa sensiblemente menor.

—¿A quién?

—No ha querido dar su nombre, señor.

Entró en su tienda de mal humor al recordar esos diálogos y situaciones. Apenas tomó asiento en su despacho, convocó a su amanuense.

—¿Alguna novedad?

—Lo aguarda un negro. Dice que trae un mensaje y que tiene órdenes de entregárselo sólo a su merced.

Álzaga se puso de pie con el corazón desbocado. “Ha llegado la hora”, se dijo, pensando en la amenaza que el esclavo Sabas le lanzó el día en que acordaron que le daría dinero por la información de la conjura. “*Aunque si algo llegase a ocurrirme, lo que fuere, por ejemplo, desaparecer en el día que vengo a traerle la información, entonces habrá alguien que irá donde su esposa, doña Magdalena, y le contará acerca de sus visitas a la casa de esa señora. También le dirá lo parecido que es el niño Martín a usted, mercé*”. Desde la muerte de Sabas —¡maldito sea el momento en que eligió para morir!— vivía angustiado a la espera de que la amenaza se cumpliera. Se convertiría en su ruina moral y en la destrucción de su matrimonio. Lo expulsarían de la Tercera Orden de San Francisco y sus pares le darían vuelta la cara. Después dedujo que el socio de Sabas, compareciendo en la tienda en lugar de ir directamente con doña Magdalena, tenía intenciones de pedirle dinero. Justo en ese momento de poca liquidez. “¡Malditos sean sus ojos!”.

—Hazlo pasar.

Un mulato, más bien canijo, cruzó el umbral, con la vista baja y la boina entre las manos.

—¿Qué quieres?

—Que manda a decir mi ama, la señora de Escalada, que su merced le ha vendido toda la harina agorgojada. Que no quiere...

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu dueño?

—Soy Sempronio, don Martín, el cochero de doña Tomasa.

—¿Y vienes a qué?

—A cumplir un encargo de mi ama. Que ella dice que la harina está agorgojada.

Tan grande fue el alivio que Álzaga se echó a reír. Sempronio se atrevió a mirarlo en abierta confusión. Para acabar con el tema, mandó que subieran dos sacos de harina en la carreta de los Escalada y despidió al esclavo. De igual modo, se dijo, la amenaza aún pendía sobre su cabeza. ¿Y si lo de Sabas se había tratado de una bravata y, en realidad, nadie sabía de su acuerdo con Álzaga? Jamás podría estar seguro y, al menos por un tiempo, viviría penando.

De nuevo con mal genio, mandó pedir el libro caja. Desde hacía días, no tenía más que problemas, el último, quizás el más grave, era la demora de sus barcos, *El Joaquín y el San Francisco de Paula*, que ya deberían haber atracado en la Ensenada de Barragán. Para ahorrar una cuantiosa suma, le había indicado a su yerno y agente en Cádiz, José Requena, que no contratase un seguro para la carga ni para las naves, por lo que la sola idea de su pérdida le quitaba el sueño.

Entró el amanuense y le extendió el libro caja.

—¿Está al día?

—Sí, sí, señor. Señor, hoy día hay que pagar el almojarifazgo. —Hablaba del impuesto aduanero—. ¿Mando a José al Consulado con el dinero?

—¿Cuánto es?

—Ochenta pesos.

“¡Ochenta pesos!”. Había calculado que no ascendería a más de cuarenta puesto que contrabandeaba la mayor parte de su mercadería.

—Envía a José nomás. Lo último que me falta es tener problemas con Belgrano.

El documento a favor de su principal proveedor gaditano, la Casa Ustáriz, que pronto tendría que pagar, era otro motivo de insomnio. Todavía no había librado la letra de cambio que su yerno haría efectiva para saldar la deuda de once mil seiscientos pesos con Ustáriz. El tiempo apremiaba, y, por los números que arrojaba el libro caja, el dinero faltaba. No enviaría a sus empleados a desplumar a sus deudores exigiéndoles la cancelación de los pagarés más los intereses puesto que con eso, a más de no obtener un ochavo, se desacreditaría como prestamista, y resultaba imperioso preservar esa actividad si la de comerciante se desplomaba. Ciertamente que

tenía unos ahorros apartados, pero, con una familia de trece vástagos, con varias hijas a las que dotar, prefería endeudarse a echar mano de ese dinero.

En Buenos Aires, el único que contaba con la suficiente liquidez para prestarle más de once mil pesos era Blackraven, uno de sus peores enemigos. A través de sus investigaciones, Álzaga se había enterado de que el inglés se hallaba detrás de la nueva red de distribución, la que le había arrebatado gran parte de la clientela porteña y la del interior, e incluso sospechaba que les había prestado el dinero a Parera y a los comerciantes de Córdoba y de Catamarca para que saldaran sus obligaciones con la Casa de Álzaga. La pregunta que lo inquietaba era: ¿por qué? Porque deseaba destruirlo, eso surgía con claridad; ahora bien, ¿destruirlo movido por una ambición económica —manejar todo el mercado del Río de la Plata— o por una cuestión personal?

Salvo la ocasión de la conjura contra los negreros, en que se presentó en la casa de la calle San José e increpó a su esposa, Álzaga no veía otra afrenta que Blackraven pudiese reclamarle. Su irrupción aquella mañana en el comedor mientras los Blackraven desayunaban, a su juicio, se justificaba en la gravedad del hecho; después de todo, su vida, la de Sarratea y la de Basavilbaso habían corrido peligro. Le resultaba improbable que Blackraven supiese que él había convencido a Sarratea de que denunciara a la condesa de Stoneville por robo de esclavos.

—Si no me los ha robado —explicó Sarratea en aquella ocasión—, yo los he botado fuera y ése, al que llaman Papá Justicia, los ha recogido y los ha llevado a la casa del Ángel Negro.

—¿Qué importa? —se exasperó Álzaga—. Si la encarcelamos se asustará y nos dirá dónde se esconde su hermano, el cabecilla de la conjura.

—¿No pensarás hacerla hablar bajo tormento, verdad? —se espantó Sarratea, que no olvidaba las torturas que su amigo Martín había ordenado en el 95.

—Claro que no. Las cuatro paredes de una celda hedionda la harán hablar.

Tampoco creía probable que Blackraven sospechase que él había instigado para que De Lezica y Sáenz le enviasen esa carta en la que le ordenaban abandonar el Virreinato del Río de la Plata dada su nacionalidad. La resolución de aquel suceso lo había pasmado y le había proporcionado una verdadera dimensión del poder y el alcance del noble inglés. Le pidió a De Lezica que le repitiera el contenido del documento que Blackraven había desplegado frente al oidor Lavardén, ese rubricado y sellado por el propio rey Carlos IV. ¿Quién era realmente Blackraven? Ahora, además de odiarlo, lo admiraba y le temía. Debía restablecer el trato amistoso, el que había caracterizado su relación hasta que la maldita conjura de Maguire echó todo a perder.

No sería fácil. Blackraven parecía dispuesto a destruirlo. No sólo se había negado a venderle cueros —si bien el pedido lo había realizado a través de Dalmiro Romero,

los comerciantes sabían, incluso Diogo Coutinho, que era su testafarro—, sino que se hacía negar cuando lo visitaba en su casa. Aunque la situación tomaba un inquietante cariz, Álzaga todavía no desesperaba ya que contaba con un as en la manga: la absolución del cuñado de Blackraven, el joven Tomás Maguire, quien, para la ley, seguía prófugo.

—Ya no es su cuñado —le recordó Sarratea días atrás—. No olvides que la verdadera condesa apareció con vida.

Álzaga se limitó a sonreír con suficiencia. “La condesa verdadera, un cuerno”, pensó. Sin duda, Blackraven era un hombre de grandes recursos e influencia, no obstante, al igual que la mayoría de los mortales, tenía una debilidad: el Ángel Negro. Esposa legítima o concubina, esa muchacha se había convertido en la única persona con poder para influenciar en el ánimo de un enemigo tan soberbio.

A veces su madre lo fastidiaba tomando partido por Victoria; otras, lo hacía reír, como esa mañana en que, mientras desayunaban con Malagrida —Victoria lo hacía mucho más tarde y en la cama—, Isabella les relataba sus desventuras en la corte de Carlos IV, su medio hermano.

—Es imposible, querido Alejandro, que tu tía María Luisa —Isabella hablaba de María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV—, con lo fea que es, sea la amante de nadie, menos de Godoy, que es dieciséis años menor que ella y se cree hermoso como Narciso. Bueno, en honor a la verdad, es bastante bien parecido —admitió.

—Madre, no puedes negar cierto favoritismo por parte de la reina.

—¡Por supuesto que no lo niego, hijo! Pero te aseguro que no son amantes, por mucho que esa arpía de mi cuñada lo desee. El comportamiento de María Luisa es abominable. Durante mi estadía en Madrid, me cansé de escuchar coplillas y de leer panfletos que se referían a su relación amorosa. ¿Cómo queda mi pobre hermano en todo este asunto? ¡“Cornudo satisfecho” lo llaman! Está ganándose el descrédito a los ojos del pueblo. Los españoles se preguntarán: ¿cómo puede gobernarnos un hombre que no maneja a su mujer? Mi padre debe de estar revolcándose en la tumba al ver la deshonra que ha caído sobre nuestra casa.

—Su hermano Carlos —intervino Malagrida— es un buen hombre, pero carece del talento por el cual su padre es recordado. No tiene carácter ni visión de estadista.

—Eso no justifica que su mujer lo humille y que su hijo lo traicione, porque debes saber, Alejandro, que tu primo Fernando —se refería al príncipe de Asturias— desea acabar con todos, con Carlos, con María Luisa y con Godoy. Eso, más que una familia, parece un campo de batalla. Y yo culpo a María Luisa, ella ha ocasionado este desquicio mostrando un favoritismo exacerbado por Godoy.

—¿Por eso habéis peleado? —preguntó Blackraven.

—Por supuesto. Y, como puedes suponer, nuestras posturas son irreconciliables.

Más allá de las ocasionales sonrisas que su madre le arrancaba, Blackraven mantenía un talante nostálgico. Hablaba poco, comía poco, bebía mucho y dormía mal. Su aspecto desmejoraba con el paso de los días. Se mantenía ocupado como único recurso para no pensar en Melody. Sabía por Somar y por Amy que su esposa se encontraba bien, aunque, al igual que él, bastante triste. A veces se rebelaba contra la decisión de mantenerse distanciados, la juzgaba no sólo insensata sino cruel. No sabía hasta cuándo cumpliría su promesa. El deseo de abrazarla en ocasiones se tornaba insoportable.

Si Melody no hubiese estado a punto de parir, él ya habría dispuesto el regreso a Londres, por varias razones, sobre todo por la inminencia de un nuevo ataque inglés. Existía otra poderosa razón para emprender el viaje a Londres: gestionar la anulación del matrimonio con Victoria. En este sentido, después de la conversación que había sostenido ese día con el padre Mauro, la posibilidad de decretar la nulidad del sacramento matrimonial ya no se le presentaba como un fabuloso escollo.

—La indisolubilidad del matrimonio —había explicado el franciscano— es una enseñanza que nos viene directamente de Cristo. —Y le leyó el versículo del Evangelio de Mateo—: “Por tanto, yo les digo que el que se divorcia de su mujer, fuera del caso de infidelidad, y se casa con otra, es adúltero, y el que se casa con la divorciada es adúltero también”. Por esta razón, la Iglesia defiende con tanto ahínco el sacramento del matrimonio. Sin embargo, admite que existen situaciones en las que el sacramento, por faltar algunos de sus elementos fundamentales, nunca existió, más allá de que el rito haya tenido lugar. Por eso se habla de *nulidad* del acto sacramental. Si hablamos, en cambio, de *anulación* del matrimonio, admitimos que el acto sacramental existió pero que, durante la vida del matrimonio, sucedieron cosas que podrían ocasionar su revocación, como por ejemplo que no se haya consumado.

—¿Cuáles son los elementos para la nulidad?

—Eso lo determina el tribunal de la Iglesia después de una minuciosa investigación de las razones presentadas por la parte actora, que, en este caso, serías tú. Entre las razones que pueden motivar la nulidad de un matrimonio están la existencia de un impedimento que no se puede dispensar, por ejemplo, el matrimonio entre hermanos, la presencia de una intención contraria al matrimonio en el momento de la boda o el uso de la fuerza o el engaño para llevar a uno o a los dos cónyuges al matrimonio.

—Cristo dice —volvió a citar Blackraven— “fuera del caso de infidelidad”. Mi esposa, a Victoria me refiero, me fue infiel.

—¿Puedes demostrarlo?

—Quizá.

—Ella podría colaborar contigo admitiendo su culpabilidad. De todas maneras —

retomó el padre Mauro—, en el caso de infidelidad estaríamos hablando de un defecto no del acto sino de la vida del acto. Tendrías que concentrarte en la nulidad, en decretar que el sacramento fue nulo por vicios existentes en el momento de celebrarse. Sería más fácil de conseguir de ese modo.

—Yo no la amaba. Me casé con ella por despecho, por venganza, porque Victoria pertenecía a la clase que siempre me había marginado por ser bastardo. Y ella, estoy seguro, se casó conmigo para solucionar una complicada situación económica que habría conducido a su padre a prisión por deudas.

—Entonces, estaríamos ante el segundo elemento que te mencioné, esto es, la presencia de una intención contraria al matrimonio en el momento de celebrarse el rito. La Iglesia, cuando los novios comparecen para casarse, asume que son libres para hacerlo y que es el amor el que los conduce al altar. Si consiguieras que tu esposa refrendase esto que me comentas, sería mucho más fácil.

—Como le dije al principio, padre, mi matrimonio con Victoria se llevó a cabo por el rito anglicano.

—Pero tú eres católico.

—Soy las dos cosas —admitió Blackraven, y sonrió ante el desagrado del sacerdote—. Cuando nació mi madre me bautizó por el rito católico. Cuando era un niño, mi padre me tomó bajo su tutela y marché a vivir a la Inglaterra, donde practiqué el anglicanismo. Victoria es anglicana, y por eso nos casamos por ese rito.

—Esta situación ambigua en cuanto a tu religión podría ser de ayuda para el proceso de nulidad. De igual modo, Roger, todo lo que he estado comentándote es lo que la Iglesia católica haría en caso de un pedido de nulidad. Desconozco los procedimientos de la Iglesia anglicana. Aunque, si tenemos en cuenta que la Iglesia de la Inglaterra nació como consecuencia de un divorcio, el de Enrique VIII y Catalina de Aragón, todo indica que sus exigencias para la nulidad deberían ser más lenitivas que las nuestras.

A pesar de que, gracias a los comentarios del padre Mauro, Blackraven había llegado a su casa de buen humor, al hablar con Victoria y plantearle la situación, su ánimo se tornó negro.

—Jamás, ¿me entiendes? Jamás admitiré que te fui infiel frente a un tribunal eclesiástico.

—No me será difícil demostrarlo. Aún conservo la carta que me dejaste en el risco junto a tu ropa.

—Tendrás que hacerlo, tendrás que demostrarlo. De mí no saldrá una palabra en ese sentido. Y tampoco diré, ni bajo tormento, que me casé contigo porque las deudas acuciaban a mi padre. Me casé contigo porque te amaba. Y seguiré casada contigo porque sigo amándote.

—Si me ayudas en la tramitación de la nulidad, te daré tanto dinero que no te

alcanzarán los años para gastarlo. En cambio, si tengo que enfrentar el proceso contigo en mi contra, lograré la nulidad, tarde o temprano, pero de mí no obtendrás un penique.

—Si te encuentras tan seguro de que conseguirás la nulidad conmigo en tu contra y sin desembolsar un penique para sobornarme, ¿por qué te muestras tan interesado en que colabore contigo?

—Porque tu colaboración podría significar un ahorro sustancial de tiempo.

—Te apremia conseguir la nulidad, ¿verdad? Que me he enterado de que esa chiquilla de belleza vulgar y gorda te ha echado de su cama mientras yo sea tu legítima esposa. Algo debo reconocerle: es virtuosa. O muy artera, aún no lo determino.

—¡Cállate! No eres digna ni de mencionarla.

Victoria recogió el ruedo de su vestido y abandonó el despacho. Poco después, Blackraven escuchó las ruedas de un coche que se detenía frente a la casa de San José. Descorrió la cortina y vio a Simonetta Cattaneo abrir la portezuela desde dentro y ayudar a Victoria a ascender. Salían todas las noches, se habían convertido en la atracción de tertulias y bailes.

—Me preocupa la vida desordenada que está llevando Victoria —le había comentado Isabella días atrás—. El doctor Fabre recomendó para sus dañados pulmones mucho descanso y buena alimentación. No cumple ni lo uno ni lo otro.

Blackraven dejó caer la cortina con un suspiro y volvió a su butaca, mojó la péñola en el tintero y comenzó a escribir la contestación a la carta de Beresford recibida ese mediodía. Cuatro días atrás, el sábado 11 de octubre, Blackraven había concurrido a almorzar a lo de Casamayor para despedirse de Beresford ya que, en pocas horas, lo trasladarían al interior junto con sus oficiales y la soldadesca, de acuerdo con lo dispuesto por las autoridades durante una sesión en el Cabildo el mes anterior.

—Te agradezco —le había dicho Beresford— que hayas conseguido ese certificado médico que le permitió al coronel Lane permanecer en Buenos Aires. —Blackraven asintió—. También te agradezco tu amistad y tus consejos desinteresados. Este asunto ha sido muy desdichado.

—¿Qué crees que ocurrirá con vosotros?

Beresford se sacudió de hombros.

—Tú lo dijiste tiempo atrás: mientras Popham siga vigilando el río y penda la amenaza de una nueva invasión, nuestra estadía en este bendito suelo se extenderá.

—Escríbeme apenas llegues a destino —le había pedido Roger—, hazme saber si necesitas algo, lo que sea. Iremos viendo cómo se desenvuelve esta situación. —Se estrecharon las manos—. Todavía sigue firme la propuesta que te hice tiempo atrás. —Blackraven hablaba de urdir un plan de fuga—. Si te decides, mándame una nota

pidiéndome... —Miró en torno hasta que sus ojos dieron con una fuente de frutas—. Pidiéndome naranjas.

Beresford rió.

—De acuerdo. Gracias, Roger.

Cerca de las cuatro de la tarde de ese mismo sábado 11 de octubre, Beresford y su gente abandonaron Buenos Aires, y si bien la tropa siguió camino hacia Córdoba y Catamarca, a Beresford y a otros oficiales se les ordenó permanecer en la villa del Luján. Apenas instalado, el militar inglés no perdió tiempo y envió con un propio una carta a Blackraven comunicándole el lugar de su estadía.

Roger firmó la contestación para Beresford, sacudió la salvadera sobre la tinta fresca y luego la carta para quitarle la arenilla que enjugaba lo escrito. Derritió lacre y selló el sobre. La entrega se la encomendaría a O'Maley; sabía que Álzaga interceptaba la correspondencia que se intercambiaba con los oficiales ingleses prisioneros en el Cabildo de la villa del Luján. Por fortuna, según le explicaba Beresford en su misiva, los días en Luján transcurrían apaciblemente; gozaban de comodidades y de una amplia libertad, les permitían recorrer la ciudad y los alrededores, y recibir visitas; incluso, los habían autorizado a asistir a una tertulia.

Blackraven se llevó la mano a la pechera de su chaleco para consultar la hora, pero no halló la cadena de leontina. Se levantó con un insulto para buscar el reloj, quizá lo había guardado en la levita. Palpó el bolsillo externo; ahí estaba. Junto con el reloj, extrajo un pedazo de papel marquilla.

—¿Qué es esto?

Excelencia, mañana estaré esperándolo en el atrio de la iglesia de la Merced a las tres de la tarde. Sé que está solo y que necesita el afecto de una mujer. No exijo nada, no pido nada, tan sólo unas horas en su inestimable compañía.

Suya.

A.

—Mujer del demonio —masculló, y acercó la nota al pabito, y, mientras la veía consumirse, se lamentaba de que un hombre tan agradable como el barón de Ibar se hubiese unido a una esposa tan inconveniente.

“¿En qué momento puso este papel en mi levita?”, se preguntó, y repasó las dos horas en compañía del barón en el vestíbulo del hospedaje “Los Tres Reyes”. Afortunadamente, la baronesa había salido. ¿O acaso se hallaba en la habitación contigua? “Ha sido la esclava”, concluyó, “al alcanzarme la chaqueta”. Ahora que lo meditaba con atención, resultaba poco creíble que la baronesa hubiese salido sola y dejado a su escolta en el hotel. Por cierto, la muchacha —Joana la había llamado el

barón— lucía nerviosa y le temblaba la mano cuando le extendió la levita; tenía una herida en el labio, como si le hubiesen propinado un trompazo o se hubiese caído de bruces; Blackraven sospechaba que se trataba de lo primero.

Blackraven apreciaba la compañía de João Nivaldo de Ibar, un hombre de vasta cultura, un declarado fisiócrata, gran conocedor de las técnicas de agricultura, en especial de las referidas a las oleaginosas, aunque su conocimiento abarcaba una enorme cantidad de especies vegetales, sus plagas, sus ventajas y debilidades. En el Retiro y con el clima templado de octubre, habían visitado los olivares, las plantaciones de lino, de cáñamo, de trigo, de maíz, y el sector de árboles frutales. Blackraven le enseñó el molino donde el lino y las aceitunas se convertían en aceite, las obras de ampliación del lagar, la tahona y su producción de harinas, y le expuso su proyecto de convertir el cáñamo en fibras textiles. La expresión usualmente discreta y reflexiva de Ibar cobraba vida y se iluminaba con cada descubrimiento. Visitaron a Martín Joseph de Altolaquirre, vecino de Blackraven, otro fisiócrata que había adoptado ideas revolucionarias en materia agrícola en su propiedad, con quien Ibar congenió al punto de volverse un asiduo visitante de su casa en el Retiro.

El barón opinaba, hacía sugerencias, proponía modificaciones, y Blackraven tomaba nota mental, pues sus aportes le resultaban muy sensatos. Lo mismo ocurrió cuando lo invitó a recorrer la curtiduría junto con el naturalista Tadeo Haenke, gran amigo de Ibar, y el barón le sugirió una nueva técnica de curtido que prescindía de los taninos y usaba unos componentes a base de hidrargirio.

João Nivaldo de Ibar no sólo era un hombre culto y desprendido con su conocimiento, sino que su talante, tranquilo y prudente, propiciaba largas conversaciones, de cualquier temática, en las cuales su mirada serena invitaba a la confesión. Dada su naturaleza recelosa y sus años como espía, Blackraven rara vez cometía el error de caer en una indiscreción, aunque admitía que, con el barón de Ibar, en un par de ocasiones se había visto tentado de revelar sus problemas personales. Debía de ser un excelente amigo.

“Es una lástima”, se dijo, “que su gusto en materia de mujeres deje mucho que desear”. Así como juzgaba al barón una excelente compañía, la de la baronesa le resultaba intolerable. Su asedio se había vuelto descarado, y ni siquiera se cuidaba de que su esposo no oyese cuando lo halagaba o no viese cuando intentaba tocarlo. El barón se limitaba a sonreír, a sacudir la cabeza y a mirar a Blackraven con el gesto de quien pide paciencia ante las ocurrencias de una niña veleidosa. A veces se comportaban como padre e hija, o como hermanos; en realidad, existía un vínculo tan estrecho entre ellos como extraño y chocante. Con pesar, Blackraven decidió que se alejaría del barón para no caer en las artimañas de su esposa. Quería evitar las habladurías, no debían llegar a oídos de Isaura. Esa nota de la baronesa de Ibar había acentuado su mal humor.

Bebió el resto del whisky de un trago y se dirigió a su dormitorio, al que le costaba regresar cada noche. Se sentía especialmente deprimido, no sólo a causa de la discusión con Victoria y de la decisión de enfriar su amistad con Ibar sino por la información que O'Maley le había proporcionado esa tarde: Constanzó alquilaba una quinta a pocas varas de la de don Gervasio. Su espía, que se había encargado de investigar al médico madrileño meses atrás, recién ese día había vinculado la zona donde se ubicaba su residencia con la de Melody. El anuncio había significado un duro golpe para Blackraven.

No quería descubrir el retrato a medio terminar, se sentía un tonto haciéndolo; sin embargo, lo hizo. Resolvió que al día siguiente lo enviaría a la quinta de don Gervasio y le pediría a Gayoso que lo terminara. No pasó sus dedos por los lineamientos de Melody; se limitó a mirarla con fijeza mientras sentía cómo la rabia lo embargaba en tanto decidía que su mujer y su hijo no seguirían viviendo sin él; la paciencia le había durado dos semanas, demasiado, ya no soportaba la separación, él no tenía por qué sufrir esa ordalía, no se correspondía con su índole despótica; le importaba un carajo lo que se dijera, él sólo pensaba en Isaura y en él. Estaba cansado, harto, de mal humor, un poco ebrio y deprimido.

—¡Mierda!

Caminó a grandes zancadas hacia las caballerizas al tiempo que se ponía el levitón de cuero y se calzaba los guantes. Un gesto de fiera determinación le tornaba oscuro el semblante. Ensilló a Black Jack y se lanzó hacia el sur, hacia la zona de la Convalecencia. Se trataba de una noche magnífica, de luna llena, sin nubes, aire fresco y perfumado por la tierra húmeda de sereno. Fustigó a su caballo sin importarle que esa temeridad pudiese costarle la vida. Se detuvo frente a la propiedad, en el camino de realengo, y entró caminando, guiando a Black Jack por las riendas.

—¿Quién vive? —gritó Shackle, en un castellano de mala pronunciación, y Blackraven distinguió la silueta de su marinero, recortada en la tenue luminosidad de la noche, incorporarse con rapidez y levantar el mosquete.

—*El rey hizo destruir el quemadero de Ben-Hinnon* —pronunció.

—¡Capitán Black! —se alegró Shackle al reconocer la contraseña y la voz.

—¿Todo bien por acá? —se interesó Roger, y palmeó el hombro del marinero.

—Sí, capitán, todo marcha bien. Hace rato que se apagaron las luces en la casa.

Abrió la puerta principal con la copia de la llave que le había dado Somar. Apenas conocía la casa, así que se adentró chocando con los muebles.

—¡Soy yo! —dijo entre dientes, al escuchar los gañidos de Sansón y al percatarse de la sigilosa presencia de Somar en el corredor.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada —lo tranquilizó Blackraven, mientras palmeaba la cabeza del terranova

—. ¿Cómo estás, amigo? Conque me has abandonado por una mujer, ¿no es verdad?

Desde la última visita de Amy, tres días atrás, Sansón habitaba en la quinta de don Gervasio. Llegada la hora de partir, se metió bajo la cama de Melody y ni las lisonjas ni las amenazas ni los chillidos de Arduino sirvieron para convencerlo de salir.

—Está bien —se enojó Amy—, quédate si quieres, pero no te lamentes cuando aparezca Blackraven y te saque a puntapiés en el culo.

Somar se aproximó para estudiar el semblante de Roger; aun en la oscuridad se apreciaban su cansancio y desaseo.

—¿Te has portado bien? ¿Has cuidado de mi chica? —Sansón le lamió la mano—. ¿Dónde duerme Isaura? —se dirigió al turco.

—Allí. —Le indicó la última puerta.

—Vuelve a descansar. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Somar, y se retiró a su dormitorio, llevándose al perro.

Melody dormía ovillada sobre su vientre, en actitud protectora, con las piernas encogidas. Blackraven la contempló mientras se aflojaba la lazada del cuello. Dormía con placidez, el semblante relajado y las inspiraciones silenciosas. Tampoco apartó la vista de ella en tanto se deshacía del resto de sus ropas. Desnudo, se deslizó bajo la sábana, sin tocarla, y se sostuvo la cabeza con la mano para seguir mirándola. No importaba si le impedía hacerle el amor, se conformaba con que le permitiera dormir abrazado a ella. Isaura era su refugio, su roca.

Le daba pena despertarla, pero como su deseo lo volvía egoísta, introdujo una mano bajo el camisón de Melody hasta dar con el abultado vientre, donde se demoró en lánguidas caricias. La muchacha inspiró y dio un giro, quedando de espaldas a Roger, que pegó su cuerpo al de ella. Desde atrás, le acarició los pechos a través de la delgada muselina del camisón y, con la punta de los dedos, le rozó los pezones, que enseguida respondieron. Melody se agitó y gimió de placer.

—Roger —pronunció dormida, y Blackraven sonrió con masculina satisfacción.

—Sí, soy yo.

—Roger. —Comenzó a despertar—. Oh, Roger. ¿Eres en verdad tú?

—Sí, mi amor, aquí estoy. ¿Soy bienvenido?

—Sí, sí, cariño. Sí.

Melody volvió la cara, sin levantar los párpados, y enseguida sintió los labios de Blackraven sobre los suyos. El beso se intensificó cuando Melody echó el brazo hacia atrás y tanteó hasta cerrar el puño en torno al miembro de él. Lo masajeó con movimientos lentos. Roger profirió gemidos en su boca, en tanto, con manos desmadradas, le aflojaba la cinta en la jareta de los bombachos y se los quitaba casi con violencia.

Melody se arqueó y llevó la cabeza hacia atrás hasta acomodarla en el hueco que formaban el cuello y el hombro de Roger. Él olía a sudor, a whisky y a restos de la

loción de algalia, una combinación punzante y masculina que la excitaba. Le habría gustado llevar el *frangipani*, pero hacía tiempo que no lo usaba, desde la partida de Blackraven a la Banda Oriental por el negocio de la calera.

—Isaura —suplicó él, con voz cavernosa.

—Entra dentro de mí, por favor.

Blackraven la obligó a abrirse colocando la pierna izquierda de ella sobre su cadera, echándola un poco hacia atrás. No la penetró enseguida, siguió excitándola con la mano y susurrándole palabras en la nuca. Le fascinaba escucharla rogar entre jadeos, se trataba del sonido más erótico que Isaura producía, más erótico que sus gritos cuando la acometía el orgasmo; esos “Roger, por favor, no aguanto más”, “Roger, por favor, te quiero dentro de mí” lo enardecían como nada.

Aunque había esperado con ansiosa expectativa que Blackraven se hundiera en ella, cuando lo hizo, la tomó por sorpresa. Sus enérgicos embistes la lastimaban al tiempo que la excitaban. Blackraven gemía y le levantaba la pierna izquierda como si nunca consiguiese que ella se abriera lo suficiente para penetrarla cuanto quería. En un acto reflejo, Melody llevó un brazo hacia atrás para tomarse de los cabellos de Roger, mientras con la otra mano se asía al barrote de la cabecera; al cabo percibió que una mano de Blackraven se cerraba sobre la de ella en el mismo barrote; la otra ya no vagaba por su cuerpo sino que le sujetaba el vientre. La pasión se había desatado, y ella había sabido que el reencuentro sería así, exigente y brusco, con algo de enojo y de venganza. Al alcanzar el punto culminante de placer, Melody ladeó la cabeza sobre la almohada para amortiguar sus gritos, no porque temiese despertar a los habitantes de la casa sino porque deseaba escuchar la voz enronquecida de Blackraven gemir su nombre de modo entrecortado, medio ahogado, remarcando cada sílaba con una embestida.

Permanecieron en esa posición largo rato, él dentro de ella, con la pierna izquierda de Melody echada sobre su cadera, los dedos de ella enredados en el cabello de él y las manos de ambos sujetas al barrote de la cabecera. El torso de Roger chocaba con la espalda de Melody al ritmo de una desacompasada respiración; parecía que habían corrido leguas.

—Si no te tomaba esta noche, me habría colgado —bromeó Blackraven—. Me hacía falta la suavidad de tus piernas, tus rizos entre mis dedos —y los entreveró en el vello pubiano de Melody—, y mi carne en tu carne.

—Deseaba tanto que me hicieras el amor. Extrañaba sentirte dentro de mí. ¡Cuánta falta me has hecho!

—Si tanto me deseabas, ¿por qué no mandaste por mí? Sabías que habría dejado todo por venir.

—Por orgullo. No mandé por ti por orgullo.

—Orgullo irlandés, tu único defecto.

—Ya no más orgullo irlandés —aseguró Melody, y se dio vuelta para enfrentarlo—. No me importa si soy tu esposa o tu ramera. Sólo quiero ser tuya.

—Isaura —suspiró Blackraven, con ojos cerrados, y se quedó dormido.

Despertó sin sobresaltos y enseguida supo que alguien se movía en la habitación. Melody dormía a su lado. La sombra pasó a los pies de la cama, sigilosa como un gato, alterando por un segundo la tenue luz de luna que entraba por la contraventana. Blackraven movió con lentitud la mano hacia la mesa de noche donde había colocado su daga. En el instante en que su puño sujetaba el mango de marfil, la figura se materializó a su lado y le descargó una puñalada en el pecho. Blackraven giró sobre sí hacia el costado donde dormía Melody y la cubrió con su cuerpo. El atacante intentó con un nuevo mandoble que descargó sobre la almohada de plumas. Melody, a gritos, preguntaba qué ocurría.

—¡Métete bajo la cama! —ordenó Blackraven—. ¡Ahora mismo!

El atacante parecía haberse orientado y rodeaba la cama hacia el lado de Melody, como si ella fuese su objetivo, pero Blackraven saltó por el sector de los pies y se le echó encima. Cayeron los dos al piso, de costado, y el atacante se montó con agilidad sobre Roger, que quedó abrumado bajo su peso. “¡Carajo!”, se quejó. “Si yo peso doscientas cuarenta libras, ¿cuánto pesa este hijo de puta?”. Las prendas de bayeta le rasparon el torso desnudo, y un olor a clase baja, una inconfundible mezcla de humo y ginebra barata, le inundó las fosas nasales. Recibió la impresión de haber vivido ese momento, y, al concluir que, dada la calidad del cuchillo del asaltante, de su vestimenta y de su olor, debía de tratarse de un esclavo o de un campesino, tuvo un presentimiento. Se concentró en los oscuros lineamientos que se abatían sobre él. “Es el mismo negro que me atacó a la salida de lo de Casamayor”.

Bajo la cama, Melody llamaba a gritos a Somar y a Shackle y pedía auxilio. Pronto oyó los ladridos de Sansón, que rascaba la puerta, y los golpes que le propinaba Somar. “¿Por qué no entra?”, se enfureció Melody. “¿Qué espera Somar para entrar?”, y enseguida cayó en la cuenta de que Blackraven la había cerrado con traba. La puerta se sacudía con los embates del turco, sin ceder. “No logrará derribarla”, pensó Melody, ya que se trataba de una puerta de quebracho, con herrajes de hierro forjado. Decidió abandonar su refugio para quitar la falleba.

Blackraven tomó una profunda inspiración al sentir que el peso se retiraba de su tórax. El asaltante pasó por encima de él en dirección a la puerta donde Blackraven escuchó que Melody forcejeaba con el cerrojo. “Ha venido por ella”, dedujo, y, sin moverse, extendió el brazo por encima de su cabeza y atrapó el grueso tobillo del negro que cayó de bruces. Blackraven giró sobre sí y se arrastró. La primera puñalada se la asestó en la parte trasera del muslo, justo debajo de la nalga. El negro gritó y se contorsionó. Blackraven se deslizó unos palmos y descargó su daga por segunda vez,

a la altura del riñón. No seguiría apuñalándolo, lo quería con vida para interrogarlo.

Somar y Sansón se precipitaron dentro. El perro se abalanzó sobre Blackraven y, entre ladridos, le olfateó la nuca. Somar, pasmado en medio de la estancia, movía la cabeza hacia uno y otro lado intentando comprender lo que había acontecido en esa habitación. Descubrió a Melody acurrucada en el piso, junto a la puerta, que lloraba y tiritaba, y, a pocos pasos, distinguió dos cuerpos, ambos tumbados boca abajo. Miora levantó una palmatoria y Somar de inmediato identificó a Blackraven.

—¡Por Alá todopoderoso! ¡Roger! —Se acuclilló a su lado y apartó a Sansón con un manotazo—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —dijo, y se incorporó—. Estoy bien. Pásame mis pantalones.

Se los colocó rápidamente, sentado en el piso, y caminó a gatas hasta Melody. La muchacha se ovilló en el pecho de Blackraven, que se cerró sobre ella como un escudo. Melody lloraba convulsivamente, mientras Roger le besaba la cabeza y la apretaba contra su cuerpo, cada vez más estremecido a medida que la realidad colaba en su mente.

—Ya todo ha pasado, cariño. Estás a salvo. Tranquila, mi amor. —Se levantó con Melody en brazos, aferrada a su cuello—. Trinaghanta, condúceme a tu habitación. Miora, ve a preparar una infusión para tu señora. Somar —dijo, y con un ademán de cabeza le indicó que se encargase del negro.

Blackraven colocó a Melody sobre la cama de la cingalesa y se recostó a su lado, angustiado porque ella no cesaba de llorar ni de temblar; percibía la tensión en su cuerpo y, sobre todo, en su vientre. Le costó pronunciar:

—Miora, que Somar vaya por el doctor Constanzó. Vive cerca de aquí, ¿verdad?

—Sí, amo Roger.

—Roger —balbuceó Melody—, ¿quién era ese hombre que ha querido matarnos?

—No ha querido matarnos, mi amor. Era un simple ratero. Se ha metido a robar y yo, al sorprenderlo, no le dejé otra salida que pelear.

—¿Acaso Shackle no está de guardia?

—Quizá se durmió —dijo Blackraven, que lo creía improbable.

No volvieron a hablar. Permanecieron en silencio, abrazados, hasta que llamaron a la puerta y Blackraven abrió para dar paso a Constanzó. Se echó encima una camisa al tiempo que le detallaba al médico los pormenores.

—Un ratero se metió en la recámara y nos dio un susto de muerte. Mi esposa —dijo, con intención— está muy impresionada. Me preocupa en su estado.

Constanzó se aproximó a Melody. Le tomó las pulsaciones y le palpó el vientre.

—Voy a sangrarla —dijo— para bajar la presión arterial.

Blackraven se recostó junto a Melody y le tomó la mano con firmeza, en tanto Constanzó efectuaba la sangría en el otro brazo, asistido por Trinaghanta.

—¿Estará bien nuestro bebé, Roger? Me angustié tanto, tenía tanto miedo, quizá

le haya hecho daño.

—No hables —la instó Blackraven, muy conmovido—. Al niño nada le pasará. Es fuerte como un buey.

—Como su padre —dijo Melody, y sonrió entre lágrimas.

—Sí, cariño, como yo.

Trinaghanta se alejó con la jofaina llena de sangre, y Constanzó vendó la sajadura.

—Ahora trate de dormir —le indicó a Melody— y de guardar cama por dos días. Nada de sobresaltos, nada de esfuerzos. Poca sal en las comidas y mucho líquido. Debe alimentarse bien, leche, queso, carne, para recuperar fuerzas. Aquí le dejo una botellita con un tónico que le abrirá el apetito.

—Gracias, doctor —contestó Melody—. Gracias por venir.

—Buenas noches, señorita Melody —dijo Constanzó, y Blackraven se contuvo para no agarrarlo a golpes; ese “señorita Melody” era una afrenta personal.

—Te dejaré con Miora un momento, cariño, mientras acompaño al doctor a la puerta. Por aquí —dijo, e indicó la salida.

Somar apareció en el corredor.

—Roger, será mejor que el doctor Constanzó le eche un vistazo a Shackle. El asaltante le dio tremendo mamporro en la cabeza y no cesa de sangrar.

—De eso se hará cargo Trinaghanta.

—No, no —intervino Constanzó—. Yo me ocuparé.

Encontraron a Shackle más compungido por haber permitido que el asaltante entrase en la casa que por la hemorragia que le bañaba la espalda.

—Discúlpeme, capitán Black —dijo, mientras el médico lo suturaba—. Confundí al muy mal parido con su excelencia. En la oscuridad, no me di cuenta de que era un extraño pues era tan corpulento como su señoría. Debió de quitarme las llaves después de dejarme sin sentido.

—Está bien, Shackle —dijo Blackraven con frialdad, y, más allá de que a juicio de Constanzó, el inglés desestimaba el yerro, Somar y Shackle sabían que no era así, sobre todo cuando podría haberle costado la vida a su mujer encinta. Tomaría una medida, posiblemente enviaría a Shackle a El Cangrejal a limpiar las cubiertas inferiores del *Sonzogno* con vinagre o a rasquetear la tiñuela, y convocaría a otro de su confianza; Somar apostaba por Radama. Para Shackle sería un duro golpe.

—¿Qué ha sido del asaltante? —se interesó el médico.

—Logró huir —contestó Blackraven, y agregó de inmediato—: Somar, acompáñame fuera un momento mientras el doctor Constanzó termina su trabajo.

Entraron en la pequeña sala y cerraron la puerta. Somar ya había encendido un candelabro. El asaltante se hallaba en el piso, inconsciente, sobre un charco de sangre; su palidez no daba esperanzas de poder llevar adelante el interrogatorio.

Blackraven se acuclilló y puso dos dedos sobre el cuello del negro, a la altura de la yugular.

—Está muerto.

—¡Mierda! —masculló el turco—. Ahora jamás podremos saber si era un simple ladrón o alguien enviado a propósito.

—De algo estoy seguro, no era un simple ladrón. Este negro es el mismo que me atacó tiempo atrás a la salida de lo de Casamayor. Lo que más me desconcierta es que en esta oportunidad no vino por mí sino por Isaura.

—¡Por Alá! ¿Quería matar a miss Melody?

—Entró en la recámara creyéndola sola, y se sorprendió cuando me encontró en su cama. Intentó llegar a ella dos veces.

—Primero intentó matarte a ti —razonó Somar—, frente a lo de Casamayor. Y esta noche quiso acabar con mi señora. ¿Por qué tendría interés en liquidaros a vosotros dos? ¿Actúa por su cuenta o alguien lo envía?

—Sólo me viene a la mente un nombre: Enda Feelham.

—O doña Bela. No olvides que anda suelta. —Luego de una reflexión, el turco siguió conjeturando—: O bien podría tratarse de algún esclavo despechado, alguno a quien el Ángel Negro no le haya concedido un favor. ¡Y no olvidemos a Galo Bandor! Su venganza contra ti sería perfecta si pudiese acabar con lo que más te importa, tu mujer. Quizá, cuando mandó a este negro a atacarte a la salida de lo de Casamayor, desconocía la existencia de miss Melody. Más tarde se enteró y cambió de parecer: en lugar de matarte a ti, la mataría a ella. —Blackraven meneó la cabeza con aire incrédulo—. ¿Y qué hay de ese sicario, La Cobra? —insistió el turco.

—¿Para qué querría matar a Isaura? Según Adriano, lo contrataron para liquidar al Escorpión Negro. ¿Qué interés tendría en ella?

—Podría quererla como celada para atraparte a ti. —Somar sacudió la mano en el aire—. Olvídalo, es una especulación vana.

—No, no —dijo Blackraven—. Lo que dices no carece de sentido. Yo mismo he pensado que, si llegase a asociarse la identidad del Escorpión Negro conmigo, Isaura correría un gran peligro.

—¿Crees que este negro sea La Cobra?

—No, no lo creo. De igual modo, jamás estaremos seguros. Antes de que entierres el cuerpo en algún baldío, ve a buscar a Papá Justicia. Quizás él lo reconozca y pueda decirnos algo.

Constanzó se negó a recibir dinero por su trabajo.

—¿Por qué no habría de cobrarme, doctor? —preguntó Blackraven, de mal modo—. ¿Qué es lo que le impide hacerlo?

—Nada, por supuesto —se apresuró a aclarar el médico—. Es un gesto de cortesía.

—¿Cortesía? ¿Por qué? Mi esposa es un paciente como cualquier otro, y supongo que su merced no trabaja *ad honorem*, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, no comprendo por qué se niega. Lo he mandado importunar en medio de la noche, y no sólo ha debido asistir a mi esposa sino a uno de mis hombres. De ninguna manera aceptaré que abandone esta casa sin su debida retribución. O me dice cuánto le debo o pondré en su mano lo que crea justo.

Constanzó, con un gesto entre incómodo y molesto, le indicó la suma de tres pesos. Blackraven le pagó y se inclinó para despedirlo.

—Somar lo escoltará hasta su casa, doctor. Adiós.

Capítulo XX

A pesar de que Blackraven tomó las medidas para que el ataque sufrido por el negro no se diera a conocer, la ciudad lo supo en pocos días. Miora se lo contó en calidad de confidencia a su nueva amiga brasilera, Joana, quien le juró, por la memoria de su anterior dueña, que no se lo diría a nadie. Bastó que Ágata de Ibar le preguntara por novedades acerca del Ángel Negro para que Joana soltara todo; temía que la baronesa se enterase por otra fuente y le propinase una golpiza por habérselo callado. El mayor celo de Blackraven, preservar la reputación de Melody, se desbarató en poco días. En los mentideros no se referían con tanto horror al asalto como a que el conde de Stoneville pasaba la noche con la joven Maguire.

—Y agradezco al Señor que su excelencia se haya encontrado esa noche junto a ella —puntualizó doña Rafaela del Pino—, en caso contrario estaríamos lamentando algo más que una reputación mancillada.

—Su sensibilidad cristiana no me asombra, doña Rafaela —intervino Blackraven—. Vuestra merced parece ser la única en darse cuenta de ese detalle.

—Sin embargo —prosiguió la mujer, y elevó el índice y la voz una nota—, por el bien de ella, mi estimado conde de Stoneville, deberá abstenerse de volver a importunarla. Está arrojando al lodo la honra de esa muchacha.

—Ella es mi esposa —le recordó Blackraven.

—Lo es en su corazón, no ante la ley de Dios.

—Pronto iniciaré los trámites para la nulidad de mi primer matrimonio, apenas pueda viajar a Londres —añadió—, aunque no será antes de algunos meses puesto que no sería conveniente que Isaura viajase a poco de haber parido a nuestro hijo.

—¿Viajará ella a Londres con su excelencia?

—En otro de mis barcos y escoltada por mi madre y su nodriza, un cancerbero al que, ni vuestra merced, tendría algo que objetar. En Londres se alojará en una de mis casas. Yo ocuparé otra.

Doña Rafaela asintió con aire solemne. Era consciente de que el conde de Stoneville —un hombre que no le brindaba explicaciones a nadie, ni siquiera a Dios— se mostraba paciente con ella y le permitía inmiscuirse en sus asuntos de modo descarado porque quería pedirle un favor. El favor estaba implícito, Blackraven no necesitaba expresarlo, y, aunque por distintas razones —él, pensando en la seguridad de la madre de su hijo; doña Rafaela, pensando en la salvación del alma de la joven—, se habían puesto de acuerdo con la misma facilidad que en las cuestiones de la cantera de cal.

—Mientras la señorita Maguire llega a buen término y su excelencia dispone ese bendito viaje a Londres, juzgo apropiado que ella venga a vivir aquí, conmigo, bajo mi tutela y cuidado. Aquel paraje, cerca de la Convalecencia, con dos criadas como

única compañía, no es, en absoluto, apropiado para la reputación de una dama. — Blackraven sonrió—. La señorita Maguire podría, si su salud lo permite, enseñar solfeo y canto a mis nietas, que me he enterado de que toca y canta con una destreza admirable.

Melody no quiso oír hablar de marcharse a vivir a la casa de la virreina vieja, y, como Blackraven evitaba cualquier altercado para preservar su salud, no insistió demasiado.

—Éste es un paraje desolado —se quejó—. En lo de doña Rafaela estarías a pocas cuadras de San José. Es una casa muy segura, yo estaría más tranquilo.

—Tú estarías más tranquilo, pero yo no me sentiría a gusto. Aquí tengo libertad, además de que me he aficionado a este sitio. En casa de la virreina vieja no podría recibir a mis visitas.

—Sí podrías. Doña Rafaela querrá complacerte.

—No.

Así quedó zanjada la polémica, y, en cierta forma, Blackraven estaba satisfecho ya que, aunque la seguridad de Melody y la de su hijo constituían su prioridad, visitarla libremente por las noches le proporcionaba una alegría que jamás habría concretado si su esposa se hospedase bajo el techo de doña Rafaela. Redobló la guardia, y conminó a sus hombres a desconfiar de todos.

Nada averiguaron del asaltante. Papá Justicia no reconoció el cadáver ni los carimbos que le marcaban el pecho y la espalda, por lo que Somar lo enterró en un baldío en la zona del Bajo. Días más tarde, el quimboto se presentó en San José.

—Amo Roger, ese negro no era de por aquí. Si lo hubiese sido, yo lo habría sabido. Además lo confirma el hecho de que, en estos últimos días, no se han presentado denuncias por fuga ni desaparición de esclavos en ninguna comisaría de ningún barrio.

—Podría haberse tratado de un liberto y, por tal motivo, nadie reclama su desaparición.

—Podría ser. Igualmente, le aseguro que ese negro no era de por aquí. —Papá Justicia se puso de pie y se calzó la vieja chistera—. Me voy por un tiempo, amo Roger. El brote de viruela que nació en el Tambor tiempo atrás ya se extendió al Mondongo, y no quiero que me pesque. Ya no estoy para esos trotes.

—¿Tienes adónde ir?

—Pues no. Ya veré dónde reclino mi cabeza cada noche, como dice el Señor.

—Puedes ir a *Bella Esmeralda*, la estancia de Maguire que yo administro en su ausencia. Lo más seguro es que Isaura y yo te sigamos pronto, ya sea que el brote se extienda o que invadan de nuevo los ingleses.

La referencia a una posible invasión no se trataba de un comentario meramente especulativo. La noche anterior, la del martes 28 de octubre, los porteños se habían

sobresaltado en sus camas al escuchar el intenso cañoneo al que Popham, envalentonado por los refuerzos llegados desde El Cabo al mando del teniente coronel Backhouse, había sometido a la ciudad de Montevideo. Se trató más bien de una bravuconada que de una acción meditada ya que, a causa de la bajante del río, la flota debió ubicarse lejos de la costa, y las balas no alcanzaron a infligir ningún daño. “Cualquier buen artillero habrá previsto esto”, dedujo Blackraven, “pero Popham, siendo el insensato que es, siguió adelante con su plan, desoyendo a su gente”. Al cabo de tres horas de disparos fallidos, Popham claudicó en su intento de tomar Montevideo, y navegó hacia Maldonado. A esa hora de la noche del 29 de octubre, Blackraven ya estaba al tanto de que se habían hecho con Maldonado y que planeaban caer sobre una pequeña localidad llamada Punta del Este y sobre la isla Gorriti.

Le entregó unos reales a Papá Justicia y lo despidió. Se acomodó en su butaca, llevó las manos detrás de la cabeza y suspiró. Estaba cansado. Primero pensó en Isaura; esa mañana habían discutido, y él abandonó la quinta muy enojado, más allá de que terminó imponiendo su voluntad: hasta que se acabara la epidemia de viruela, no más Ángel Negro ni visitas de los esclavos a la hora de la siesta, a excepción de los de su propiedad, que a menudo concurrían a la quinta con algún encargo; sus hombres debían enviar de regreso a los demás. Con esa medida, también detendría el flujo de cotilleo que tanto la disturbaba.

Cerró los ojos y descansó la nuca sobre el respaldo. No podía quitarse de la cabeza el ataque perpetrado días atrás en la quinta de don Gervasio, las preguntas lo abrumaban —¿Quién era ese negro? ¿Qué buscaba? ¿Quién lo enviaba?— y lo inquietaba la falta de respuestas. Su mente saltó de un tema a otro, como acostumbraba, del atacante anónimo a la insólita declaración de Diogo Coutinho que pretendía desposar a su sobrina, Marcelina Valdez e Inclán. Pensó en Álzaga; ese día había vuelto a llamar a la puerta de San José y él había vuelto a negarse. El vasco debía de hallarse en un grave aprieto económico para rebajarse a esa humillación; sabía que había visitado a Abelardo Montes, a quien ofreció convertirse en socios en lugar de competir hasta desangrarse.

—De este modo, todos ganaríamos mucho más de lo que obtenemos en nuestra posición actual.

—Tendría que consultarlo con mi socio —señaló el barón de Pontevedra.

—¿Quién es su socio? —preguntó Álzaga.

—Él prefiere permanecer en el anonimato. Pero le comunicaré su propuesta, don Martín, no se preocupe.

Blackraven sonrió con malicia: su plan daba frutos antes de lo esperado. En honor de la verdad, había supuesto que la situación de Álzaga era más sólida, y que su irrupción en el mercado no lo haría tambalear tan fácilmente sino reaccionar como un

felino; creyó que bajaría sus precios, que mejoraría las condiciones de pago, que condonaría deudas, en fin, que le opondría una competencia tenaz. Resultaba evidente que no contaba con el capital de trabajo para permitirse esa flexibilidad. Zorrilla y O'Maley hablaban de que había pedido préstamos a sus amigos, los negreros Sarratea y Basavilbaso, y a su antiguo patrón, el comerciante Gaspar de Santa Coloma.

“¿Hasta cuándo seguiré con este jueguito del comerciante?”, se preguntó. “Hasta que consiga que Álzaga le pida disculpas a Isaura por el modo en que él y su mujer siempre la han tratado y denostado, y hasta que Álzaga cancele el pedido de captura que pende sobre Maguire”.

Victoria entró en el despacho sin llamar.

—Ah —se sorprendió—, disculpa, no sabía que estuvieras en casa. He venido a buscar un libro. No concilio el sueño. —Caminó hacia la biblioteca—. Veo que esta noche nos honrarás con tu presencia. ¿O te irás a compartir la cama con ella más tarde?

No le explicaría que pasaría la noche en San José ya que, de otro modo, terminaría despertando a Isaura y haciéndole el amor, y ella necesitaba descansar; tampoco le diría que seguía enfurruñado por lo de los esclavos y la peste de viruela, y que quería hacérselo saber.

—Yo también estoy sorprendido de que hayas decidido quedarte esta noche en casa y no asistir a otra de tus innumerables veladas con tu amiga Simonetta Cattaneo.

—¿Te pone celoso que salga todas las noches?

—No, pero me preocupa tu salud. Fabre dice que tus pulmones requieren mucho descanso.

—Tú eres el que luce cansado. Sospecho que tienes demasiadas preocupaciones.

Apoyó el libro sobre el escritorio, se colocó detrás de la butaca y comenzó a masajear el cuello y los hombros de Blackraven, que cerró los ojos y gruñó de placer.

—Siempre has sido buena para los masajes —admitió.

—Siempre he sido buena cuando se trata de tocar tu cuerpo.

Blackraven rió por lo bajo.

—Sí, en verdad, eras buena en la cama.

—Y aún lo soy, tesoro. Déjame demostrarte. —Se sentó sobre las piernas de Blackraven y le encerró la cara con las manos—. Aún me excito con mirarte. Te deseo, Roger, te deseo tanto. Quiero demostrártelo.

Blackraven le permitió que lo besara y se sorprendió de no experimentar emoción alguna. Victoria percibió la falta de respuesta y alejó el rostro para mirarlo con un gesto inquisitivo.

—¿Te acuerdas —dijo Blackraven— de cuando años atrás me dijiste que el amor no era bello sino poderoso, capaz de quebrar una voluntad tan férrea como la mía? —

Victoria asintió—. ¿Y te acuerdas de que en esa oportunidad yo me mofé de ti? — Victoria sonrió y asintió de nuevo—. Pues tenías razón y te debo una disculpa. El amor, el verdadero amor, es maravilloso, por cierto, pero, sobre todo, es una fuerza poderosa y avasallante que nos domina a su antojo, que nos convierte en marionetas, en idiotas. Eso es lo que me sucede con Isaura, y ésa es la razón por la que ahora no puedo corresponderte, porque el amor que siento por ella, esta fuerza omnipotente, me tiene maniatado y sólo me permite responder si es ella a quien tengo enfrente. Te juro, Victoria —le confesó, con pasión—, te juro que desearía no amarla de este modo, pero a tanto no llega mi poder.

—¡Oh, Roger! —sollozó Victoria, y se abrazó a él—. ¡No me resigno a perderte! ¡Duele tanto!

—Lo siento, cariño, lo siento —y estrechó su delicado talle—. No quiero hacerte daño, Victoria, por el contrario, desearía que encontrases la felicidad.

—¡Ámame sólo esta noche!

—No podría hacerlo como mereces.

Gabina golpeó el portón de mulas tres veces, como habían acordado, y Berenice abrió. No le hacía el favor de esperarla despierta y al sereno porque fuese buena sino porque al día siguiente le tocaría a Gabina velar el regreso de Berenice, mientras ésta se divertiese con su nuevo amante, un mulato manumitido del barrio del Tambor que le había prometido comprar su libertad. El de Gabina, en cambio, un tercerón del barrio del Mondongo, no tenía un ochavo; su atractivo radicaba en la potencia y el tamaño de su miembro, mentado entre las esclavas de Buenos Aires.

—Me olvidé de sacar el vestido de la señora condesa para plancharlo —se alarmó Berenice.

—¡Eres una mentecata! La señora lo necesita para mañana a primera hora. Y ahora, ¿quién entra en su habitación? De seguro ya estará dormida pues no salía esta noche con la señora Cattaneo. Si la despertamos será la de San Quintín, como dice Papá Justicia.

—¡Ve tú! —le rogó Berenice—. Te quiere más a ti. ¡Ve tú! A ti no te dirá nada.

Berenice decía la verdad, Victoria se había aficionado a Gabina, tanto que le había regalado un par de blusas de batista, que la negra lucía en los candombes los domingos, y un frasco con un resto de perfume de ládano, que la esclava atesoraba y que, a cuentagotas, usaba para las noches que dedicaba a su amante del Mondongo.

En tanto se adentraba en los interiores de la casa, Gabina pensaba que, por fortuna, ese mastín que parecía ternero se había quedado con miss Melody; si se topaba con el guardia de turno le diría la verdad; quizás el amo Roger la reprendiera —los esclavos tenían prohibido ingresar en la casa durante la noche—, y, aunque la perspectiva no le agradaba, tampoco deseaba faltar a un pedido de la señora condesa,

que con tanta amabilidad la trataba, incluso con dulzura, jamás le levantaba la mano ni la voz y por demás contaban los regalos que le había entregado.

“Por suerte está despierta”, se dijo, ya que veía luz bajo la puerta. Llamó con suavidad; no le contestaron; llamó de nuevo; nada. Probó la puerta, estaba sin cerrojo; se animó a entreabrir la, y la vio: la señora condesa sufría un quebranto; cierto que, cada tanto, le daba por llorar porque el amo Roger no la admitía en su cama; sin embargo, ese ataque de llanto asustó a Gabina, parecía que su señora iba a ahogarse.

—¡Señora condesa! ¡Señora mía! —se precipitó la esclava sin dudar, y se acuclilló junto a la silla de Victoria—. ¡Por favor, cálmese! ¡Cálmese! Le hará daño.

—¡Oh, Gabina! —dijo Victoria entre espasmos—. Lo he perdido, lo he perdido. Y es para siempre, lo sé. Ama a esa chiquilla como un loco. Es un amor imposible de matar. ¡Lo he perdido! ¡Oh, Roger, amor mío!

A veces a Gabina y a Berenice les costaba entender el enrevesado castellano de la condesa; en ese momento, aunque hablaba entrecortadamente y con mala pronunciación, la esclava había entendido sin problemas. Se atrevió a tomarle las manos, y Victoria, como si se sujetase para no caer, se las apretó hasta hacerle doler.

—Gabina, ¿qué voy a hacer?

—Tratar de recuperarlo.

Victoria sacudió la cabeza.

—Es imposible. Lo he intentado todo.

—No todo, señora condesa. Aún podemos recurrir a una bruja. Ella le dará un filtro de amor para que el amo Roger vuelva a enamorarse de vuesa merced.

Victoria sonrió con condescendencia.

—No creo en esas cosas, Gabina.

—Ah, pero no importa si vuesa merced cree o no. Lo importante es que vaya a ver a una bruja muy, pero muy poderosa que hay en un paraje cercano y le compre un filtro para que lo beba el amo Roger.

Victoria dejó caer la cabeza, agobiada de dolor, de culpa, de tristeza. Había cometido tantos errores, estaba cansada de pagar por ellos; deseaba un poco de paz. “Debería ayudar a Roger a conseguir la nulidad de nuestro matrimonio y retirarme a vivir en la campiña. Seré una mujer rica, Roger me lo ha prometido. ¿Qué más puedo pedir?”. Negó con la cabeza, confundiendo a Gabina que seguía con atención el comportamiento de su ama. “Quiero más, quiero a Roger, no puedo controlar este deseo. ¿Sólo a Roger? Oh, no, claro que no. Quiero mi nombre asociado al de él, al de su padre, quiero el boato que lo rodea, la admiración que inspira. Quiero a Londres a mis pies. Quiero ser la mujer de Roger Blackraven, Victoria Blackraven, la futura duquesa de Guermeaux”.

—¿Dices que esa bruja es poderosa? —En tanto lo preguntaba, Victoria no daba crédito a sus propios oídos. Ella, una muchacha educada en la más estricta moral

anglicana, que había pasado los últimos cuatro años entre monjas católicas, preguntaba por las facultades de una hechicera.

—¡Oh, sí! Mi amiga dice que es poderosísima. Días atrás liberó a una muchacha de la Reducción de los Quilmes de tres demonios.

—¿Vive lejos de aquí?

—No muy lejos, cerca del paraje de San José de Flores. En coche será apenas una hora, si no ha llovido.

—¿Cómo se llama esta bruja tan poderosa?

—Gálata.

—Bien. Iremos mañana a verla.

La desaparición de Braulio sumió a Bela en una depresión, en parte porque, al no regresar la noche en que se escabulló para acabar con miss Melody, resultaba claro que había fallado, también porque echaba de menos sus encuentros clandestinos entre la hierba, y sobre todo porque no sabía a quién recurriría para cumplir su plan. Se preguntaba de continuo qué suerte habría corrido el negro, y con Cunegunda especulaban por horas. “Es probable que lo hayan encarcelado”, se decía, aunque un día comenzó a pensar seriamente que el negro había muerto después de que, echándose de inocente, le preguntó a Enda dónde estaba Braulio.

—Está muerto —contestó la mujer.

—¡Oh, por Dios! ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, lo presiento —aclaró, mirándola con una fijeza que la obligó a desviar la cara.

Una tarde, Cunegunda llegó de una de sus escapadas a Buenos Aires y la alejó de la cabaña para darle una noticia.

—¡Ama Bela! En la ciudad todos hablan del ataque que miss Melody sufrió en la quinta de don Gervasio, la noche en que Braulio salió a cumplir su orden, ama Bela.

—¿Miss Melody ha muerto? —se esperanzó.

—¡No, qué va! El amo Roger estaba con ella esa noche, y la salvó.

Bela se quedó pasmada, muda, con los ojos muy abiertos. “Braulio está muerto”, se convenció, y la embargó un temor paralizante, como si se hubiese quedado sola en medio de un sitio solitario y tenebroso, con alimañas y fieras que la asediaban para comérsela.

—Hay quien dice que el asaltante huyó, aunque los más dicen que el amo Roger le dio muerte. Yo también creo como la señora Enda, que Braulio está muerto. ¿Qué le ocurre, ama Bela? —se inquietó, al verla señalar hacia el vacío—. ¿Qué sucede?

—Braulio —balbuceó, con el dedo extendido hacia el monte—. Braulio.

—Braulio de seguro está muerto, ama Bela.

—No, ahí, ahí está. ¿No lo ves?

Cunegunda dio un giro precipitado. A sus espaldas no había nadie, sólo el monte con su vegetación agreste y triste.

—Ahí no hay nadie, ama Bela.

—Braulio, ven.

—¡No, ama Bela! ¡Él no está ahí! —La obligó a bajar el brazo con el que seguía señalando el vacío—. Vamos, vamos a la casa.

En esa ocasión, hasta Cunegunda se sintió aliviada cuando su ama Bela olió el humo y dejó de pronunciar disparates. Al día siguiente, aunque con el resabio de la droga, Bela lucía más compuesta, “aunque demasiado callada y quieta”, caviló Cunegunda. La llevó al huerto y la obligó a sentarse sobre la tierra mientras ella se ocupaba de las hortalizas.

—Mire, ama Bela. Ahí se acerca un carruaje muy lujoso. Debe de ser de una señorona de la ciudad que viene por uno de los brebajes de la señora Enda.

Bela se hizo sombra con la mano y aguzó la vista, y enseguida se operó un cambio drástico en su semblante. Se puso de pie y avanzó unos pasos.

—¡Es el escudo de la casa de Guermeaux!

—¿Qué?

—¡Te digo que ese carruaje tiene el escudo de la casa de Guermeaux en la portezuela! ¡El escudo de Roger!

—¡Oh!

Victoria aguardó a que Ovidio desplegara los escalones para descender del coche seguida por Gabina.

—Victoria —susurró Bela.

—Y Gabina —acotó la esclava.

Ovidio se aproximó a la entrada y aplaudió.

—¡Alguien en casa! —exclamó.

Victoria levantó las cejas, asombrada. La mujer que compareció en el umbral desentonaba con la rusticidad del entorno. Era muy blanca, como traslúcida, de ojos verdes y saltones que miraban como penetrando en el interior de una persona.

—¿Señora Gálata? —La vio asentir con tranquilidad—. Me han hablado de usted, señora, me han dicho que es usted poderosa y que ayuda a la gente que lo necesita.

—¿Es vuestra merced inglesa?

—Pues... Sí.

—Hablemos en inglés, entonces. Yo soy inglesa también.

—Está bien —contestó Victoria, y estuvo a punto de mencionar que su acento asemejaba más bien al irlandés.

—Pase, por favor.

Victoria entró sola a indicación de Enda, y tomó asiento en la silla que la mujer le separó, la más cómoda y nueva del lugar. Enda, en cambio, permaneció de pie.

—Hable. ¿Para qué necesita mi poder?

Victoria, sin dar nombres ni especificar situaciones, le explicó su problema. Enda nunca la interrumpió ni comentó, la escuchó con gesto apacible que operó en el ánimo de Victoria como un narcótico. Terminó de hablar y se quedó laxa, como si, con las palabras, también se le hubiese escapado la fuerza. La bruja se alejó en dirección a un aparador con puertas de vidrio que desentonaba en ese recinto. Lo abrió con una llave que le colgaba del cuello.

—¿Trajo algún objeto de su esposo?

—Aquí tengo un mechón que le corté hace muchos años, cuando nos casamos. — Victoria sacó un pastillero de su escarcela y lo abrió—. ¿Servirá?

—Sí, será perfecto —aseguró, y tomó el rizo negro.

Sin mediar palabras, Enda apoyó una mano sobre el vientre de Victoria y cerró los ojos.

—Está con la regla —manifestó, sin dudar.

—¿Cómo lo supo? —La mujer no le contestó—. ¿Acaso tengo el vestido manchado? —Victoria se puso de pie y se miró.

—No, su vestido está bien.

—¿Cómo lo supo? —Otra vez silencio—. De hecho, estuve a punto de no venir. Debería estar guardando cama.

—¿Por qué? ¿Simplemente porque tiene la regla? Usted no está enferma, señora, sino cumpliendo con el ciclo de la Naturaleza. Hizo bien en venir hoy puesto que tendrá que ser esta noche.

Enda le extendió un paquete de tela.

—¿Qué tendrá que ser esta noche?

—El conjuro. Usted está con la regla y esta noche la luna alcanzará la posición que necesitamos. Será a las diez de la noche.

—¿Qué tengo que hacer?

—Preparar una infusión con el contenido de la bolsita y esta medida de agua —le entregó un pequeño cacharro—, agregarle una parte de su fluido menstrual y dárselo a beber.

—¡Qué! ¿Una parte de mi fluido menstrual?

—Para que su esposo vuelva a desearla, tendrá que hacer lo que le digo. Si no, ahí está la puerta.

—Está bien, está bien. —Victoria, medio embrollada, se llevó una mano a la frente; necesitaba concentrarse—. ¿Cuánto fluido... menstrual?

—Unas gotas estará bien.

—¿Puedo mezclarlo con una bebida? Mi esposo jamás bebería una tisana.

Enda asintió y recalcó que debía beberlo a las diez de la noche.

—¿Por qué a las diez de la noche?

—Ése será el momento en que haré la invocación.

—¿Y después?

—Sólo esperar. Si el conjuro da resultado, en pocos días su esposo volverá a su cama y abandonará a la otra mujer.

Blackraven había pasado la noche con Melody. Llegó tarde y la despertó para hacer el amor. Al día siguiente, Melody entreabrió los párpados con dificultad y se dio cuenta de que él ya se había marchado. Se dijo que no tenía motivos para sentir esa felicidad. Se había convertido en la amante de Blackraven, idea que la escandalizaba semanas atrás y a la que ahora se adaptaba con naturalidad. Las palabras de madame Odile habían probado su certeza: “Nadie, por muy virtuoso que sea, puede asegurar que nunca, en ningún momento de su vida, ni siquiera a causa de determinados albures, terminará aceptando lo que antes condenaba y le causaba repulsión”. “Hice todo lo que pude, Señor”, se justificó Melody, mientras caminaba hacia la acequia con Sansón a su lado, “pero lo amo más que a nada, más que a la salvación de mi propia alma y, lo que es peor aún, más que a la salvación del alma de Roger. ¡Oh, Dios mío, no puedo vivir sin él!”.

De regreso a la casa, divisó a Papá Justicia que entraba en la propiedad. A Sansón se le pararon los pelos del lomo y gruñó; Melody lo sujetó por el cuello.

—No seas bobo, Sansón. ¿Acaso no conoces a Papá Justicia? ¡Ey, Radama! Permite entrar a Papá Justicia.

—¡El capitán Black ha prohibido el ingreso de los esclavos, señora!

Se movía con lentitud, tenía los pies hinchados y le dolían las piernas, y su vientre había adquirido un tamaño que le hacía pensar en mellizos. Apuró el paso y llegó agitada como si hubiese corrido.

—Papá Justicia no es un esclavo —explicó, al alcanzar la entrada—. Permítele entrar.

—El capitán Black me mandará colgar si lo hago.

—Tu capitán Black no hará nada de eso. Vamos, anda, baja esa arma, estás inquietándome. Papá Justicia es nuestro amigo.

—Pero de seguro vive en esos barrios donde están los empestados de viruela.

Por fortuna, pensó Melody, Radama hablaba en inglés y Papá Justicia no entendía palabra. Le lanzó al guardia un vistazo poco amistoso y extendió la mano para tomar al quimboto por el brazo. Escuchó el soplido del malgache y un insulto mascullado.

—Ven, Papá, pasa. Vamos a la sala a tomar un refresco. ¿Qué es eso que traes en los brazos? ¡Oh! —se maravilló ante la vista de un bebé negro de semanas—. ¡Santo Dios! ¿Qué haces con este niño? ¿No le habías dicho a Roger que marcharías a *Bella Esmeralda*? ¿Qué haces todavía en la ciudad? Es peligroso.

—No pude emprender mi viaje porque me dediqué a cuidar a la madre de este

pobre guachito. Murió anoche. Se la llevó la viruela.

—Lo siento. Pobre criatura.

Melody lo cargó en brazos, y emprendieron el camino hacia la casa.

—El niño es saludable —aclaró Papá Justicia—. Su madre lo cuidaba como a un tesoro y lo alimentaba muy bien con su leche. Pobre Rufina, pobre muchacha, estaba tan angustiada pensando en la suerte de su niño.

—¿Por qué andas tú con él, Papá? ¿No tiene familia?

—No. Y los dueños de su madre no lo quieren, temen que esté empestado como ella. De hecho, cuando contrajo la viruela la expulsaron de la casa. La pobre terminó viviendo conmigo sus últimos días.

—¡Dios mío!

—Te lo traigo a ti porque entre las esclavas de tu esposo siempre hay alguna que amamanta.

—No es mi esposo, Papá. Y sí, siempre hay quien amamanta entre sus esclavos. Está bien, puedes dejarlo. Yo me ocuparé. Lo primero que haré será pedir a Roger que hable con sus dueños para aclarar la situación. No quiero que me acusen nuevamente de robar esclavos.

—No, no, claro que no. Aunque con el amo Roger en Buenos Aires, no se atreverían.

—¿A quién pertenece este niño, Papá?

—A don Martín de Álzaga.

Melody se detuvo y miró al quimboto con expresión entre furiosa y desalentada.

—No estamos en buenos términos con ese señor.

—Lo sé, Melody, pero no sabía a quién recurrir. Nadie lo querrá, por el modo en que murió Rufina.

Melody asintió. Entraron en la casa. Miora y Trinaghanta se hallaban en la cocina.

—Papá Justicia nos ha traído un regalo —anunció desde la puerta—. Miren qué hermoso niño. Acaba de quedar huérfano. Su madre murió de viruela.

Miora se aproximó casi corriendo y apartó la mantita que lo cubría. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras lo contemplaba dormir. Melody y Trinaghanta intercambiaron una mirada de complicidad.

—Toma, Miora, hazte cargo de él.

—¿De veras, señora? ¿De veras puedo cuidarlo yo?

—Sí, quiero que lo cuides tú. Aunque deberás regresar a San José para que Palmira, que amamanta a Julián, amamante también a este angelito. ¿Cómo se llama, Papá?

—Precisamente —dijo el quimboto—, por haber nacido el 29 de septiembre, día de los tres Arcángeles, lo bautizaron con el nombre de Rafael, que significa medicina de Dios.

—¡Qué bello nombre! —se entusiasmó Miora.

—Alguien llamado “medicina de Dios” no podría acarrear la peste a nuestra casa, ¿verdad? —opinó Melody.

—Por supuesto que no —aseveró Miora—. ¡Qué bello es este angelito de Dios! ¡Gracias, Papá Justicia! Gracias por haberlo traído aquí. Lo cuidaré como si fuera mío, de mis propias entrañas.

Somar apareció en la cocina, atraído por las voces; tenía cara de dormido, acababa de despertarse después de la guardia de la noche anterior.

—¡Oh, Somar! —exclamó Miora al verlo, y Melody y Trinaghanta volvieron a cruzar miradas intencionadas. Miora jamás trataba al turco con familiaridad frente a terceros, menos aún lo llamaba por su nombre. Estaba eufórica, y su semblante resplandecía. Somar terminó de abrir los ojos y se inclinó sobre el niño.

—¡Mira qué hermoso es Rafael! Acaba de quedar huerfanito, pobre ángel. Papá Justicia se lo trajo a miss Melody y ella me ha encomendado que lo cuide.

Somar estudiaba el pequeño paquete con actitud recelosa mientras el cloqueo de Miora le llegaba como un sonido molesto y lejano. Rafael despertó, y el turco temió que se pusiese a chillar como gorrino, sonido que siempre lo había crispado. En el harén del sultán Mustafá IV, se cuidaba de acercarse a la recámara de los niños pequeños. Rafael, en cambio, le sonrió.

—¡Oh, Dios mío! —se azoró Miora—. Te ha sonreído, cariño. ¡Y siendo tan pequeño!

—Parece un niño listo —admitió Somar, y se inclinó aún más para estudiarle de cerca las facciones, muy bonitas, admitió; su nariz, sobre todo, le llamó la atención pues no era ancha sino pequeña y algo respingada. “No parece africano puro”, pensó, “debe de correr sangre blanca por sus venas”.

Rafael extendió su bracito y tocó el bigote de Somar, que rió y pasó un dedo grueso y áspero por la tersura del carrillo del bebé. Miora lloraba. La escena embargó a Melody de una dicha traducida en lágrimas y rápidos golpeteos de corazón.

—No tiene mucha ropa —dijo Papá Justicia, y le entregó a Melody un pequeño atado.

—¡No importa! —intervino Miora—. Ahora que estoy haciéndole tanta ropa al hijo del amo Roger, bien puedo hacerle algo para él. ¿Verdad, miss Melody?

—No seas impertinente —se quejó Somar por lo bajo.

—Por supuesto que puedes, Miora. Hemos comprado tantos géneros que mi hijo no tendrá tiempo de usar toda esa ropa. Dispone de unas varas para vestir a Rafael. Y te daré unos reales para que mandes comprar más de esa pieza de algodón tan suave para los pañales, pues de éstos sí debemos tener en cantidad.

—Yo le daré a Miora el dinero para comprar el género, miss Melody —manifestó Somar—, si a su merced no le molesta.

—No, claro que no.

Esa noche, Blackraven cenó en la quinta de don Gervasio. Melody lo recibió alborotada y le contó acerca de la llegada de Rafael en tanto lo conducía al dormitorio de Miora para enseñárselo.

—Isaura —se molestó Blackraven—, no has debido aceptarlo. Si su madre ha muerto de viruela, su hijo bien podría pasarte la peste.

—Oh, Roger, cariño, no lo rechaces. Pobre angelito. Ya ha sufrido demasiado en tan poco tiempo de vida. Además, míralo, luce tan sano y fuerte. No ha llorado en todo el día, y eso que no hemos podido darle otra cosa que agua con azúcar y un poco de leche de Goti a cucharadas. Pobre ángel, se le escurría la mayor parte por las comisuras.

—Isaura, ¿qué haré contigo?

—¿Amarme para toda la eternidad?

Blackraven la abrazó y hundió su rostro en el cabello suelto de Melody. Durante la cena, hablaron de la situación legal de Rafael. Melody había sospechado que Blackraven se enfurecería cuando se enterase de que el niño pertenecía a la servidumbre de la casa de Álzaga.

—Le daría una tunda a Justicia por meterme en este lío. Él sabe cómo están las cosas entre Álzaga y yo. Pero claro, ese negro artero conoce tu naturaleza y se aprovechó de ella, una vez más.

—No digas eso, mi amor. Rafael ha sido una bendición. Deberías haber visto la cara de Somar mientras lo contemplaba. Ya lo siente su hijo. —Blackraven frunció el entrecejo para disfrazar su sorpresa y beneplácito ante la noticia—. Sea lo que sea que hay entre Miora y él, algo es seguro: nunca tendrán hijos. Rafael ha llegado para ocupar ese lugar. Y Miora y Somar lo han aceptado de inmediato, del modo más natural. Si hubieses visto la felicidad en sus...

—¡Voto a Dios, Isaura! ¡Deberías formar parte del cuerpo diplomático europeo! Conseguirías que Bonaparte volviese a confinarse dentro de los límites de la Francia, pidiendo disculpas por las molestias ocasionadas.

Más tarde, antes de retirarse a descansar, Blackraven convocó a Somar a la sala. Cerró la puerta tras el turco. Le indicó que se sentase y le pasó un vaso con oporto. Disparó la pregunta sin ambages:

—¿Qué hay entre la esclava Miora y tú?

—Somos amantes.

—¿Amantes? —repitió—. ¿Amantes de veras?

—Si lo preguntas por mi condición de castrado, sí, amantes de veras.

—Pero, Somar... ¿Cómo es eso posible?

El turco sacudió los hombros.

—Todo es posible, Roger. Miora logró lo que ninguna mujer consiguió en años.

No ocurre a menudo ni me resulta fácil alcanzar una erección, pero esa muchacha, cuando se lo propone, lo consigue.

—¿Cuáles son tus planes con ella?

—Para mí, Miora es mi mujer.

—¿Te gustaría casarte con ella?

Volvió a sacudir los hombros.

—No soy cristiano, ¿cómo podría? Pero sí, me gustaría formar una familia con ella y con ese niño que Justicia trajo hoy. Miora ya se siente su madre. Nunca la he visto tan feliz. —Blackraven suspiró—. Sé lo que estás pensando —expresó Somar—, que el niño pertenece a Álzaga. —Blackraven asintió, serio—. Justicia quiso devolvérselo luego de la muerte de su madre, y Álzaga lo rechazó por temor a que estuviese empestado.

—De igual modo —manifestó Blackraven—, ese niño le pertenece. Cuando se entere de que está bien y de que ninguna peste se lo ha llevado, lo querrá de nuevo. Podrá reclamarlo, legalmente es suyo.

—Mañana le pediré audiencia a Álzaga y le ofreceré comprarlo.

—¿Después de haberlo amenazado aquella noche poniéndole tu sable en la yugular? —se mofó Roger—. Dudo de que entre en tratos contigo. Además, no quiero que interfieras entre Álzaga y yo. Sabes que tengo asuntos pendientes con él.

—La compra del niño te pondría en desventaja.

—De algún modo tengo que terminar con este rol del comerciante que he montado para fastidiarlo. En cuanto a Miora, hablaré con Covarrubias y dispondré que inicie el papeleo para su manumisión.

—Te compraré su libertad.

—Y yo te partiré la crisma si vuelves a mencionarlo. —A pesar de sí, Somar rió—. Iba a concedérsela de todas maneras, se lo he prometido a Isaura. Le daré la libertad a Miora y a todos los esclavos que poseo.

—¡A todos!

—No mencionarás esto a nadie, Somar, ni siquiera a Miora, ya que se tratará de un proceso que llevará tiempo y no deseo que la negrada se impacienta, menos aún que los porteños conozcan mis planes.

—¿Liberarás también a los esclavos de *La Isabella* y a los de *Párvati*?

—No se te ocurra mencionarle esa idea a Isaura —dijo, y ambos echaron a reír.

Capítulo XXI

Para dirigirse a Buenos Aires, Bela utilizó el mismo atajo por el que Cunegunda iba y venía varias veces por semana. Tuvo la impresión de que la caminata le llevaría días cuando a su esclava, gorda y vieja, le tomaba pocas horas. Desde hacía un tiempo experimentaba un cansancio anormal, se quedaba dormida en cualquier parte, y no se relacionaba con el humo que aspiraba sino con que estaba encinta. Maldito fuera Braulio por haberla embarazado de un mulato. La idea de que una cabeza negra emergiera entre sus piernas le provocaba náuseas. Se desharía del bastardo, ya lo había decidido, aunque no sabía cómo. A veces se envalentonaba y se decidía a confesárselo a Enda y pedirle ayuda; la mujer sabía cómo desembarazarse de hijos indeseados, muchas clientas la visitaban porque la fama de sus pócimas abortivas se había extendido entre las mujeres de la zona. Sin embargo, cuando se aproximaba para hablarle, Bela se acobardaba. Si bien hacía tiempo que temía y respetaba a Enda, desde la desaparición de Braulio sus escrúpulos habían aumentado; la mujer mantenía una actitud más reservada que de costumbre y la miraba con desprecio.

“Ya me encargaré de ese asunto”, se dijo. “Ahora debo concentrarme en lo que tengo entre manos: mi venganza contra miss Melody”. Cunegunda se había negado a ayudarla, y ella, que últimamente razonaba con poca claridad, no podía permitirse ninguna distracción. “Maldita Cunegunda. Todo sería más fácil si contase con su ayuda”. Pero la negra se había encaprichado.

—No, ama Bela, no la ayudaré a dañar a miss Melody. Me iría derecho al Infierno. Y su merced se irá también si lo hace. ¡Hágame caso! ¡Escuche mi súplica! Olvídese de ella y marchémonos.

—No fastidies con tu cantinela, Cunegunda. Estoy hasta la coronilla de tu pazguatería. Si no me ayudas, ten la consideración de mantener la boca cerrada.

—De todos modos, ama Bela, su plan no funcionará. Gabina me dijo que el amo Roger ha prohibido a miss Melody recibir a los esclavos en la quinta de don Gervasio.

—¿Por qué? —se alarmó Bela.

—Por la peste de viruela que azota el Tambor y el Mondongo. El amo Roger no quiere que miss Melody tenga contacto con los esclavos. Le ha prohibido acercarse a ellos. Hace días que ninguno la visita en la quinta de don Gervasio. Por muy embozada y disfrazada que yo fuera a verla, los guardias del amo Roger no me permitirían entrar en la propiedad.

—¿La misma prohibición pesa sobre los esclavos de las casas de San José y de Santiago?

—No, claro que no. De hecho, van a menudo a llevarle alimentos y otras cosas. Lo que sí tienen prohibido los esclavos del amo Roger es visitar el Tambor y el

Mondongo, ni siquiera les permite ir a la cofradía el domingo.

Si bien su plan original había sufrido un revés, Bela se sorprendió al trazar uno alternativo casi de inmediato, aunque, se dijo con preocupación, el éxito estribaría en la buena voluntad de la esclava Gabina. Una vez en Buenos Aires, se encaminó hacia la Recova, muy tapada y cuidando de transitar por las calles menos populosas. Como señora de Valdez e Inclán nunca había concurrido al mercado, de modo que ni tenderos ni bandoleros la conocían. Compró un pote con dulce de higos, el preferido de miss Melody; recordaba esa afición de sus días de institutriz en la casa de la calle Santiago. Marchó hacia el Bajo y se adentró en la Alameda, vacía a esa hora de la jornada. Vertió el polvo blancuzco en el pote de dulce y lo mezcló con una ramita. El veneno, el mismo que Enda le facilitó para matar a Alcides, olía bien, a almendras, y no alteraría el sabor de la confitura. Cumplida esa etapa del plan, se dispuso a llevar a cabo la crucial: convencer a Gabina de que concurriese a la quinta de don Gervasio y que entregase el dulce a miss Melody en nombre de su hermana, la señorita Leonilda.

Desde hacía un tiempo, Gabina servía a Victoria en la casa de San José. Según la información extractada a Cunegunda, la esclava acostumbraba escaparse a la hora de la siesta para visitar a sus amigas de la casa de la calle Santiago. La aguardó con ansiedad, pensando que, si no corría con la suerte de encontrársela, su plan se dificultaría puesto que debería volver al día siguiente, y con Enda de regreso de su corto viaje a la Reducción de los Quilmes no contaría con la misma libertad. Su ausencia había posibilitado el robo del veneno —forzó la cerradura con una lezna de Braulio— y su huida a Buenos Aires.

“La suerte está de mi lado”, se regocijó Bela al avistar a Gabina escabullándose por el portón trasero. La esclava no iba a la casa de la calle Santiago sino a encontrarse con su amante, el tercerón del Mondongo. Le llevaba unos reales que Victoria le había dado; el pobre a veces no tenía para comer. Se dio vuelta al escuchar un chistido. Una mujer, demasiado cubierta para identificarla a esa distancia, le pedía, con una seña, que se acercase.

—Gabina, soy yo, tu ama Bela.

La esclava se cubrió la boca y se echó hacia atrás.

—¡Ama Bela! ¿Qué hace aquí? Si el amo Roger la descubre, la devolverá con las Hijas del Divino Salvador.

—Lo sé, lo sé. Escúchame, no tengo tiempo y necesito hablar contigo. Vamos, movámonos de aquí. Si alguien saliese por el portón de mulas podría reconocirme.

“Nadie la reconocería”, meditó la esclava. Su ama Bela había sufrido una profunda transformación, y no se trataba de sus ropajes bastos ni de su rostro macilento, de oscuras ojeras, ni de su cutis opaco y reseco ni de su pelo sin gracia, sino de su gesto de ojos saltones y boca entreabierta, y de sus manos trémulas; se percibía algo anormal en su comportamiento; cierto que nunca había sido una mujer

equilibrada; sus arranques de ira y sus expresiones exacerbadas la habían caracterizado; con todo, nunca nadie habría pensado que estaba loca, precisamente lo que Gabina tenía en mente en ese instante. “La ama Bela está chiflada”.

Se metieron en un estrecho pasaje entre dos casas, y Bela sacó un pote de una escarcela atada a su cintura. Se lo extendió, y Gabina, acostumbrada a cumplir sus órdenes sin objetar, lo tomó. Bela colocó un broche de esmeraldas, zafiros y brillantes en la palma de su mano y cerca del rostro de la esclava.

—Siempre te ha gustado —dijo, con una sonrisa, al notar la emoción de la joven, que no apartaba la vista de la joya—. Recuerdo que lo mirabas con codicia cuando yo lo lucía en mi pecho. Te gusta, ¿verdad? —La esclava asintió—. ¿Y sabes que cuesta mucho dinero, más de quinientos pesos? Te sorprendes, ¿verdad? Pues sí, es una alhaja valiosísima, y podrías obtener una fortuna si la vendieses. Yo estaría dispuesta a dártela si tú me hicieras un favor.

—¿Cuál?

—Llevarle ese frasco de dulce de higos a miss Melody de parte de mi hermana, la señorita Leonilda.

—¿Eso nada más?

—Ah, pero no es tan fácil, Gabina. Después de hacerlo deberías huir, escapar, desaparecer.

—¿Por qué?

—No preguntes, no seas insolente. Si aceptas hacerme el favor, lo harás sin preguntas y desaparecerás sin más. ¿Aceptas?

Gabina admiró el broche nuevamente. Nunca había visto un objeto tan hermoso. El ama Bela tenía razón; de todas sus joyas, ese broche era su preferido. Muchas veces, cuando su ama se iba a oír misa o a cumplir alguna visita, ella se escabullía dentro de su dormitorio y prendía el broche en su pecho. “¿Y sabes que cuesta mucho dinero, más de quinientos pesos?”. No, no lo sabía, no había imaginado que costase esa fortuna. Pensó en su amante del Mondongo, en salir de pobres, en huir juntos hacia la Banda Oriental o, mejor, hacia el Brasil y comenzar una nueva vida. La emoción le impidió hablar y se limitó a asentir con la cabeza.

—Bien —dijo Bela—. ¿Cuándo le llevarás el dulce a miss Melody?

—Mañana por la mañana. Ahora no tendré tiempo. Pero mañana, cuando la señora Victoria me encargue algún mandado, iré.

—Entonces, mañana te daré el broche. Te esperaré en este mismo sitio, a esta hora, y te lo daré.

—Si su merced no está aquí mañana, a esta hora, con el broche, le contaré al amo Roger que la he visto y que su merced me ha pedido este favor.

—¡No seas impertinente, negra zorra! Yo soy una mujer decente. Siempre cumplo mis promesas.

Cunegunda había tomado una decisión. Venía meditándola desde hacía dos días, desde la visita de la señora Victoria a la señora Enda, y acababa de consultarlo con su nuevo confesor, un sacerdote de la Merced, joven y bondadoso, que le había perdonado sus pecados y que la había alentado a advertir a la señora Victoria que no entrara en tratos con la bruja Gálata y que quemara esas hierbas. “Espero que la señora Victoria no le haya dado a beber la tisana al amo Roger”. Enda había cumplido con su parte; esa noche había pasado varias horas salmodiando junto a una fogata; el conjuro le había tomado más tiempo y más energías de los habituales; volvió muy descompuesta y con la mirada vidriosa; se arrojó en su lecho y durmió hasta entrado el día siguiente; después se levantó, montó su yegua y partió rumbo a la Reducción de los Quilmes.

Cunegunda se animó a interceptar a una esclava de San José a la que no conocía. Le preguntó por Gabina.

—Eso querría saber yo —contestó la muchacha—. Que mi señora Victoria está que trina, pues se fue esta mañana con un encargo y aún no ha vuelto. ¡Seguro que está en la cama de ese muerto de hambre del Mondongo! Y yo cargando con todo el trabajo. Que Berenice, pláncame esto, que Berenice, lávame esto otro, que apúrate con el tocado que llevo prisa.

—¿Tu señora tiene que salir?

—Ya salió, por fortuna, y me ha dejado tranquila.

—¿Adónde fue?

—A lo de doña Anita Perichon, con su amiga, la señora Cattaneo.

Cunegunda marchó deprisa y llegó cuando la señora Victoria abandonaba la casa de la amante de Liniers. La negra pensó que, aunque hubiese habido varias mujeres, habría individualizado a Victoria Blackraven de inmediato; descollaba como una rosa entre las piedras; la mujer que la acompañaba era muy atractiva también, y la negra que las secundaba se distinguía por su modo altanero y mirada despectiva; caminaba con el mentón ligeramente elevado y pasos felinos, mientras echaba vistazos de soslayo.

—Señora Victoria —la llamó Cunegunda antes de que las tres mujeres subieran al carruaje con el escudo de la casa de Guermeaux.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy amiga de Gabina, señora.

—¡Ah, esa desagradecida! ¿Sabes dónde se ha metido? —Cunegunda negó, agitando la cabeza embozada—. ¿Qué quieres?

—Hablar con vuesa merced un momento.

—Habla pues.

—A solas.

—¡Qué impertinencia! ¡Lo único que me faltaba escuchar en estas tierras! No tengo tiempo que perder con una negra. Vamos, Simonetta.

—Sé que antier visitó a una bruja, la bruja Gálata. —Victoria interrumpió el ascenso al carruaje y se dio vuelta—. Su nombre verdadero no es Gálata sino Enda Feelham. Es una mujer malvada, señora Victoria. Vuesa merced no debería acercarse a ella, nunca más. Y debería también quemar las hierbas que le dio y no dar de beber esa tisana al amo Roger.

—¡Quién eres tú! ¡Cómo sabes estas cosas!

—Soy una enviada de Dios para salvarla. Enda Feelham odia al amo Roger porque él mató a su hijo Paddy. Ha jurado vengarse, y lo hará, tarde o temprano. Y también matará a miss Melody, que es su sobrina, porque la culpa de la muerte de su hijo Paddy. El amo Roger lo mató por ella, ¿entiende? —Victoria asintió con un movimiento mecánico—. Aunque a miss Melody no la matará hasta que nazca su hijo porque quiere quedárselo, para criarlo ella. No vuelva a acercarse a esa mujer, por su bien y la salvación de su alma, no lo haga.

Cunegunda se ajustó el rebozo y echó a correr por la calle de San Nicolás. Victoria, en estado de conmoción, no atinó a nada. Simonetta la aferró por el brazo y la obligó a enfrentarla.

—Victoria —dijo, con determinación—, ¿quieres que Ashantí persiga a esa negra y la traiga de regreso?

Victoria se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza.

—No, no —balbuceó—, déjala ir.

—Vamos, sube al coche. Iremos un momento a casa para que te repongas.

Victoria guardó silencio durante el trayecto. Las palabras de esa negra se repetían en su mente una y otra vez, aturdiéndola, confundiéndola. “Aunque a miss Melody no la matará hasta que nazca su hijo porque quiere quedárselo, para criarlo ella”. “¡Oh, Dios, no permitas que me alegre por esta noticia!”. Deseaba con tanto ahínco recuperar a Roger que pensaba y actuaba como otra persona, una carente de principios y valores. Pocas veces había experimentado esa confusión. Por un lado, se había avergonzado y despreciado mientras, con el cacharro entre las piernas, recogía algunas gotas de sangre, y, por el otro, lamentaba que, hasta el momento, el ritual no hubiese surtido efecto, a pesar de que Blackraven había bebido el brebaje mezclado con su habitual vaso de coñac. Se convenció de que su naturaleza era débil, perversa y pecadora, con una irreversible tendencia al mal, de otro modo jamás habría sucumbido a la pasión de Simon Miles ni a la tentación de arrojarse del risco ni a la de acudir a una hechicera.

En casa de Simonetta, Ashantí le sirvió un vaso con una bebida fuerte que le hacía recordar el aroma del coñac de Roger. Como mujer de buena crianza, Victoria no bebía alcohol, y la falta de costumbre la hizo toser y ahogarse, aunque enseguida

un reconfortante calor le inundó el pecho y le aligeró las palpitaciones.

—¿Te sientes mejor? —se preocupó Simonetta, y Victoria asintió—. No debes perturbarte por lo que esa mujer te ha dicho. No sabes si es cierto.

—Lo es, lo presiento.

—Tú misma me has contado que tu esposo es un hombre de vida azarosa. No te aflijas por su suerte. Él sabrá cuidarse y cuidar de Melody.

—¡Cómo me duele pensar que cuida de ella! La odio, la envidio, aunque esa chiquilla no tenga culpa de nada. No puedo evitarlo.

—Tus sentimientos son comprensibles, Victoria, sobre todo, son humanos. No te atormentes. Ahora cuéntame —dijo, con acento divertido para animarla—, ¿conque visitaste a una bruja?

—¡Qué vergüenza contigo, Simonetta! Pensarás de mí lo peor.

—¿Crees que nunca he acudido a una bruja? ¿Quién no lo ha hecho en la angustia o la desesperación? Vamos, no te avergüences y cuéntame los detalles.

Bela despertó de un sueño plagado de pesadillas y se acordó de que ese día debía regresar a Buenos Aires para entregarle el broche a Gabina; la negra había amenazado con descubrirla en caso contrario. “Otra vez ese largo trayecto”, se desanimó, sin fuerzas para levantarse. Esperaría a que Enda retornase de la Reducción de los Quilmes, adonde había ido a visitar a su clienta, la posesa, y, en un momento de descuido, tomaría su yegua y montaría hasta la ciudad; quizá tuviera suerte y abortase al mulato de Braulio.

Todavía recostada, llamó a Cunegunda, primero con voz moderada, después con gritos destemplados. “Negra maldita”, despotricó, “ya ha desaparecido de nuevo. La haré azotar”, y enseguida cayó en la cuenta de que su hermano Diogo no estaba para cumplir el encargo. A veces se confundía y pensaba estar de regreso en la casa de la calle Santiago. “Le daré una tunda a esa negra que no olvidará”, siguió quejándose, mientras se incorporaba.

—Buenos días, Bela —saludó Enda, y entró en la cabaña.

—Buenos días —contestó, con un sobresalto.

Como de costumbre, Enda la tomaba por sorpresa; no escuchó los cascos de la yegua ni sus pasos en el piso de la entrada; a veces tenía la impresión de que la irlandesa se desplazaba flotando. La vio apoyar las alforjas sobre la mesa y empezar a vaciarlas. Traía varios obsequios, de seguro de los familiares de la posesa, agradecidos por haberla exorcizado de tres demonios; extrajo también puñados de hierbas que habría recogido por el camino. Se aproximó al aparador donde guardaba los polvos, brebajes y demás ingredientes para sus conjuros. Bela, sentada en el borde del camastro, la seguía con atención y contuvo el aliento al verla quitar la llave del colgante y abrir la puerta. Apretó los puños esperando que la mujer no notase que había sido forzada.

Enda dudó un momento ante el chasquido infrecuente del cerrojo; conocía los sonidos de los elementos que la circundaban, ningún ruido la sorprendía, ni siquiera el crujir de la madera cuando se asentaba de noche, por lo que, cuando alguno lo hacía, se alarmaba. Terminó de abrir la puerta y estudió la disposición de los frascos, cacharros, latas, redomas, botellas de barro, atados de hierbas, pequeños animales secos y cuanto había en ese mueble, y enseguida supo que alguien los había tocado aunque nada estuviese fuera de lugar. Quieta, con el respiro sujeto, siguió escrutando hasta que sus ojos cayeron en el tubo de estaño donde guardaba el cianuro.

Se volvió, furiosa, y Bela recibió la impresión de que saltaban chispas de su rostro. Le tembló el cuerpo y se le erizó la piel. Profirió un grito cuando la irlandesa se aproximó con una rapidez pasmosa, casi antinatural, la tomó por el cuello y le oprimió levemente la tráquea. Bela le sujetó las muñecas e intentó apartarla, sin éxito; la fuerza de Enda era extraordinaria.

—Bela —pronunció con calma—, dime qué has hecho con el polvo que te robaste.

—Nada, nada —apenas consiguió pronunciar, y sintió que los dedos de Enda se ajustaban en torno a su cuello.

—Te apretaré la garganta hasta ahogarte si no me dices la verdad. Vamos, habla, no deseo matarte, pero si no confiesas qué hiciste con el veneno, lo haré.

Bela no articulaba por falta de aire, y estaba segura de que los ojos le saltarían de las órbitas; los sentía calientes y húmedos.

—Si me dices qué hiciste con el cianuro, te ayudaré a deshacerte del bastardo que Braulio te puso en el vientre. —Aflojó un poco la presión—. No pongas esa cara. ¿Acaso no has aprendido que no puedes ocultarme nada ni engañarme? ¿Pensaste que te revolverías con mi esclavo bajo mis narices y que no me daría cuenta? Aunque algo te reconozco: no imaginé que lo usarías para tus propósitos. Creí que lo usabas para aplacar la lujuria que vive en ti, y por eso no dije nada. Cuando Braulio desapareció, sospeché que había sido cumpliendo un pedido tuyo. ¡Vamos, habla! Estoy perdiendo la paciencia. Dime qué hiciste con el veneno.

—Si te lo digo, me matarás de igual modo. —La voz le salió rasposa y, a causa de un intenso dolor en la garganta, sus ojos se inundaron de lágrimas—. Me darás uno de tus brebajes diciéndome que es para deshacerme del hijo de Braulio cuando en realidad estarás envenenándome.

—No, no te envenenaré, aunque lo mereces, por traidora. Pero te he tomado cariño y no voy a hacerte daño. Dime qué hiciste con el veneno.

—Lo mezclé con un dulce de higos y se lo entregué a una esclava de mi casa de la calle Santiago.

—¿Para qué? —comenzó a alarmarse Enda.

—Para que se lo diera a miss Melody en nombre de mi hermana Leonilda.

—¡Te maldigo, Bela! —Le propinó una bofetada de revés—. Te advertí que no te acercaras a ella mientras estuviese preñada. Vamos, habla, ¿cuándo recibirá ese dulce?

—Tal vez en este momento —balbuceó Bela, y se limpió la sangre que le escurría por la comisura con el dorso de la mano.

—Por tu bien te digo, Bela. Ruega que llegue a tiempo.

—Tu sobrina ya no vive en la casa de San José. Vive en una quinta, en las afueras, al sur de la ciudad, cerca de la Convalecencia. Es la quinta de don Gervasio Bustamante.

—Sí, lo sé —admitió Enda, mientras se ajustaba el rebozo.

Bela, sentada en el borde de su camastro, con las manos en torno al cuello y sabor metálico en la boca, vio a Enda, a través de un velo de lágrimas, cerrar el armario con llave y abandonar la cabaña. Un momento después, oyó los cascos de la yegua fustigar el terreno; el sonido fue perdiéndose hasta que sólo quedó el trinar de las aves. Ese murmullo alegre y desordenado y el sol que entraba por la puerta chocaban con la realidad de la cabaña, la volvían más sórdida. Se cubrió el rostro y se puso a llorar. “¿Cómo he caído tan bajo?”, se preguntó. “Yo lo tenía todo, esposo, hijas, posición, un amante espléndido. Mi ruina comenzó a forjarse el día en que esa maldita miss Melody apareció en nuestras vidas. Ojalá que Enda no llegue a tiempo, ojalá que miss Melody muera retorciéndose del dolor. No me importa morir a manos de Enda. La muerte ya no me asusta. La muerte me liberará”.

Se puso de pie y se dirigió a paso lento y pesado hasta el rincón de la cabaña donde encendían el fuego. Descolgó la olla de azófar de la trébedes. Se detuvo frente al aparador y la aventó contra la puerta. Un estrépito de vidrios rotos y trastos caídos rompió el silencio. Bela no se inmutó. Con los ojos muy abiertos, tomó el tubo de estaño y le quitó la tapa. Echó el polvo blanco en su puño y se lo llevó a la boca. El cianuro se le pegó en la garganta y en el paladar. Comenzó a toser. Bebió agua de la jofaina hasta que el escozor disminuyó y respiró con normalidad. Después, se acostó en el camastro boca arriba y cerró los ojos.

Cunegunda avanzaba por el atajo con una sonrisa inconsciente. Se sentía en paz. Había cumplido un mandato de Dios al prevenir a la señora Victoria, había colaborado en la salvación de un alma. No se preocupaba por la consecuencia de su confesión ni se daba cuenta de que, si Victoria decidía hablar con Blackraven, éste caería sobre ellas y las devolvería al convento.

Desde el umbral de la cabaña, vio la puerta de vidrio del aparador hecha añicos. Se precipitó dentro y se quedó quieta como un siervo frente al revoltijo. “La señora Enda se pondrá como un basilisco”, pensó. Ese aparador era para ella el Santísimo Sacramento. “¿Dónde está la ama Bela?”, y giró sobre sí. Allí estaba, dormida en el camastro. Se acercó con presteza y, al inclinarse para despertarla, un aroma a

almendras le recordó la horchata, su bebida favorita. Enseguida se dio cuenta de que Bela tenía un aspecto cadavérico, no tanto por la palidez de sus mejillas sino por el tono azulado de sus labios, como si estuviese congelada, y los círculos violeta en torno a sus párpados. Después advirtió que una sustancia blancuzca le cubría las comisuras. Le olió la boca. De nuevo el familiar aroma a almendras le llenó las fosas nasales, aunque ya no le hizo pensar en la horchata sino en el amo Alcides.

—¡Ama Bela! ¡Ama Bela! —La sacudió por los hombros—. ¡Despierte! ¿Qué ha hecho, amita? ¿Qué ha hecho?

Incluso Radama y Milton se congregaron en torno a Miora para contemplarla alimentar a Rafael con esa extraña botella de porcelana, con tapa de látex semejante a un pezón de vaca. Somar les había informado que el artefacto se llamaba biberón. Lo había adquirido en la botica de Marull, la más surtida de la ciudad, donde estuvo a punto de comprar un pistero, aunque después juzgó más apropiado el biberón.

—Se utiliza para administrar alimentos a enfermos imposibilitados de incorporarse —se quejó don Marull—, no para dar de comer a un niño. Si su mujer se ha quedado sin leche, pues contrate a una nodriza.

Como Miora se negó a abandonar la quinta de don Gervasio, Melody convenció a Blackraven de que trajera de San José a Palmira, a su niño Julián y a su esposo para pasar una temporada con ellos. En tanto Blackraven disponía el traslado de la esclava que amamantaría a Rafael, Somar había concurrido a la botica por un paliativo. Y había regresado con el biberón. Aunque Rafael había tolerado la leche de cabra el día anterior, esa mañana le daban de burra. El niño succionaba la tetina de látex con un entusiasmo que arrancaba sonrisas y exclamaciones aun al solemne Radama.

—Trinaghanta —dijo Melody de pronto—, embelesada con Rafael he olvidado que dejé la olla con el puchero en el fuego. Ve, por favor, ocúpate antes de que se pegue.

Trinaghanta entró corriendo en la cocina y frenó súbitamente al toparse con una extraña que hurgaba los anaqueles. La mujer, subida en una silla, accedía a los frascos y potes, los abría, miraba su contenido, los olía, y después los colocaba en el mismo sitio. Al descender de la silla, sus ojos se cruzaron con el gesto pasmado de Trinaghanta. Como si se tratara de su propia cocina, la mujer se desplazó hacia ella y, tomándola por los hombros, la miró con unos penetrantes ojos verdes.

—Esta mañana una esclava de la casa de San José trajo un pote con dulce de higos en nombre de la señorita Leonilda. Dime ahora mismo dónde lo pusiste. ¿O acaso tu señora ya lo probó?

Hablaba demasiado rápido para el pobre castellano de Trinaghanta.

—No entiendo.

—¿Hablas inglés?

Trinaghanta asintió, y la mujer repitió la pregunta en ese idioma. Se percibía un halo de imperio y poder en torno a ella que Trinaghanta no se atrevió a importunar. Su mirada inquisitiva y el vigor de sus manos, que le apretaban los hombros y le causaban dolor, la indujeron a levantar el índice y señalar un pote azul medio perdido en el desorden de la mesa. La mujer lo recogió, lo abrió y olió el contenido.

—¿Estás segura de que es éste el dulce de higos que envió la señorita Leonilda esta mañana? —Trinaghanta asintió—. ¿Estás segura de que tu señora Melody no ha probado siquiera una cucharada? —Trinaghanta volvió a asentir; de hecho, con los hábitos un poco desorganizados por la llegada de Rafaelito, olvidó avisarle que Gabina se había presentado esa mañana con el obsequio de la señorita Leo.

Sin volver a pronunciar palabra, sin siquiera volver a mirarla, la mujer metió el pote en una alforja y abandonó la cocina a gran velocidad. Trinaghanta se asomó por la puerta y la vio montar en una yegua de gran alzada. Como si un encantamiento se rompiera, la cingalesa cruzó el patio en volandas hacia los interiores de la casa. Su irrupción hizo levantar las cabezas de los que contemplaban a Rafael.

—¡Acabo de sorprender a una mujer robando en la cocina! Se ha fugado en una yegua, en dirección a la acequia.

Somar, Radama y Milton corrieron hacia el exterior, aunque demasiado tarde: la yegua era un punto en el horizonte. De vuelta en la sala, le pidieron a Trinaghanta que repitiese lo que había estado contándole a Melody. Esa noche, entre Somar y Melody le refirieron los hechos a Blackraven.

—Por la descripción de Miora, creo que se trata de mi tía Enda —admitió Melody, y percibió cómo el calmo desconcierto de Roger se transformaba en cólera.

—Se acabó, Isaura. Te marchas a vivir a lo de doña Rafaela. —Lo decidió sin levantar la voz, aunque con una firmeza que no dio lugar a interrupciones ni a protestas—. No llores —se enojó—. ¿Prefieres volver a San José o quieres instalarte en el Retiro?

—¿Qué hay de la casa de la calle Santiago?

—No hay sitio. No olvides que el coronel Lane y Amy se hospedan allí.

Melody se fue a recoger sus cosas. Trinaghanta hizo el ademán de seguirla.

—Quédate —le indicó Roger—. Tengo algunas preguntas que hacerte.

Con sus hombres y su sirvienta, Blackraven analizó la situación.

—Dices que fue Gabina quien trajo el pote con dulce. —La cingalesa asintió—. ¿Notaste algo peculiar en el dulce, algún aroma extraño, alguna tonalidad inusual? ¿Lo probaste?

—No, amo Roger, ni siquiera lo abrí. Así como Gabina me lo entregó, lo dejé sobre la mesa.

—Gabina ha desaparecido —anunció Blackraven a sus hombres—. Esta mañana, salió a cumplir un encargo de Victoria y no regresó. Es imperioso que la

encontremos. La esclava Berenice asegura que anda enredada con un liberto del barrio del Mondongo. Nos dio sus señas, y Távora y Malagrida fueron a buscarla. Quizás estén de regreso en San José con alguna novedad. Necesito saber quién le encomendó entregar el dulce a Isaura.

Capítulo XXII

Gabriel Malagrida siempre ocupaba el mismo sitio en la mesa de la casa de San José, a la izquierda de Blackraven y, desde su llegada a Buenos Aires, frente a Isabella di Bravante. Su belleza lo fascinaba, y se esforzaba por no admirarla con ojos de besugo lo que durase la comida; Roger siempre lo pescaba y lo contemplaba con una expresión indefinible, incomodándolo a pesar de saber que, en relación con su madre, no desplegaba una actitud posesiva. Isabella no se lo habría permitido. Blackraven estaba habituado a los amantes de su madre y a su conducta escandalosa; sin embargo, Malagrida sospechaba que no aprobaría una relación entre Isabella y él, quizá porque, a diferencia de ella, Blackraven conocía su condición de sacerdote.

Malagrida hacía tiempo que había admitido su amor por Isabella, aunque no alentaba ninguna esperanza de ser correspondido. Ella, con un chasquido de dedos, habría tenido a sus pies a hombres ricos, jóvenes y hermosos. A pesar de que en tres días —el 5 de noviembre—, cumpliría cincuenta y cuatro años, su atractivo seguía intacto, y no sólo se relacionaba con la regularidad de sus lineamientos o la esbeltez de su talle sino con esa elegancia innata, esa donosura y diplomacia que revelaban la sangre azul que surcaba sus venas; de todos modos, el mayor atractivo de Isabella, en opinión del jesuita, radicaba en sus nobles convicciones y en su coraje. Conocía pocos hombres con las agallas de Isabella di Bravante. No se asombró el día en que Roger le contó que su madre se había negado a abandonar el palacio de Versalles cuando la corte completa, aun los familiares del rey, desertaron a Luis XVI, a María Antonieta y a sus hijos, Marie Teresse y Luis Carlos. Isabella, madame Elizabeth, hermana del rey, y algunos sirvientes los acompañaron durante esos turbulentos días hasta el 5 de octubre de 1789, casi tres meses después de la toma de la Bastilla, cuando, junto con el rey y con su familia, abandonaron Versalles y marcharon a París, al viejo Palacio de las Tullerías, nueva sede del gobierno, rodeados por una muchedumbre de mujeres armadas de mosquetes, picas y hoces; algunas cabalgaban sobre cañones.

En una oportunidad, Isabella le había contado a Malagrida acerca de las tensas horas vividas en Versalles aquel 5 de octubre en tanto aguardaban que las mujeres, llamadas *Les furies* (Las furias), completaran su camino desde París hasta el palacio para reclamar por la escasez de pan y los precios altos. Se sospechó más tarde que el primo del rey, el duque d'Orléans, actuó tras bambalinas, incitando y promoviendo el ataque, pues albergaba la esperanza de convertirse en regente si Luis XVI caía. “La reina, madame Elizabeth, los niños, Michela y yo permanecemos en las habitaciones reales, atentas a lo que sucedía en los jardines de palacio”, relató Isabella. “La chusma nos asediaba como perros hambrientos y rabiosos, éramos prisioneros en nuestra propia casa. Hacia el amanecer del 6 de octubre, comenzaron a invadir las

cocinas y las antecámaras de nuestras habitaciones. Yo me había quedado profundamente dormida en un sillón, con el pequeño Luis Carlos en mi regazo. Nos despertaron los gritos de “¡Mátenlos! ¡Maten a los *Gardes du Corps!*”. Momentos después, la turba comenzó a golpear las puertas de la antecámara de la habitación de la reina. ¡Oh, Dios mío! Todavía me conmuevo al recordarlo. María Antonieta huyó al dormitorio de Luis, que la convenció con esfuerzo de que nos trasladáramos a la casa de un amigo, cerca de la *Orangerie* del palacio. Me sentí como un zorro cuando la jauría va tras él. Bueno, el final usted lo conoce, Gabriel. La multitud exigió que los reyes regresaran a París, lo que aceptaron. ‘Quieren imponer que el rey y yo vayamos a París con las cabezas de nuestros guardias al frente clavadas en las picas’, me confesó llorando mi pobre María Antonieta; nunca la había visto tan desarreglada y demacrada; tenía el pelo ensortijado y el vestido muy arrugado. Yo viajé a París en el carruaje con madame de Staël y su padre, el ministro Necker, utilizando un camino poco transitado y accediendo a la ciudad por el *Bois de Boulogne*; lo que más deseábamos era pasar inadvertidos. Me instalé unos días en las Tullerías, pero Luis me convenció de que, por mi seguridad, debía alejarme. Fue muy duro y desgarrador separarme de María Antonieta y de los niños, pero finalmente marché a vivir a la campiña. Intuí que no volvería a verlos”.

Malagrida sabía que, durante ese período en las Tullerías, Isabella había conocido a Matías de Montmorency-Laval, vizconde de Montmorency, de las familias feudales más antiguas de la Francia, quien se enamoró de ella y la invitó a vivir en su villa ubicada en el norte del país. Allí se instaló, en un castillo medieval “en el que siempre me perdía y al que nunca terminé de conocer”, a orillas del lago Enghien. Ese sitio que prometía paz y seguridad se convirtió en una trampa mortal. A pesar de que el 4 de agosto de 1789 Matías de Montmorency-Laval votó a favor de la eliminación de los privilegios de cuna, para el *menu peuple*, como se conocía a los artesanos y asalariados, y para los *sans-culottes*, así llamados por no llevar *culotte* o calzón corto, era un odiado terrateniente que todavía conservaba privilegios de clase. Para ellos, eso de “la abolición total del feudalismo” era una falacia. Acicateados por los discursos de Robespierre que se publicaban en los diarios locales y hablaban del “egoísmo de los ricos”, como también por la falta de pan y los precios excesivos, los aldeanos, encabezados por su funcionario local, sitiaron el castillo de Montmorency y exigieron a Matías que entregase los pergaminos señoriales y que repartiese las harinas, la leña y las demás provisiones de las cuales hacía acopio ilegal. Matías entregó los pergaminos señoriales, que fueron quemados delante de él, e informó a voz en cuello que no tenía más harina ni leña que la que le correspondía. La turba enfurecida comenzó a insultarlo, a llamarlo “acaparador”, “monarquista”, “contrarrevolucionaria” y otros denuetos, y lo asesinó en su irrupción en el interior del palacio, al que incendiaron después de comprobar que el vizconde decía la

verdad: no había hecho acopio ilegal de nada. Isabella y Michela salvaron sus vidas gracias al herrero del vizconde de Montmorency, que las condujo por unos pasadizos secretos hasta el exterior, del otro lado del lago, y les entregó una bolsa con dinero que el vizconde le había confiado para un caso de esa naturaleza. Se instalaron en París, en uno de los *faubourgs* o barrios más pobres, donde subsistían con el trabajo de costura de Michela y la caridad de algunos conocidos de Isabella. Famosa por su íntima y entrañable amistad con la reina María Antonieta, los jacobinos la buscaban sin descanso, por lo que Isabella cambió su nombre y modificó su aspecto. Pasaban por italianas admiradoras de la revolución, que habían abandonado el reino de Nápoles para vivir en París como ciudadanas libres.

Al llegar a París en el año 94 en busca de su madre, Blackraven, que aún no contaba con una red de espías y agentes sólida, recibió la noticia errónea de que Isabella di Bravante había sido denunciada y encarcelada en la *Conciergerie*. De ese modo, buscando su nombre en el listado de prisioneros de “la antecámara de la muerte”, Blackraven se topó con el de su dómine de la Escuela de Estrasburgo, Gabriel Malagrida, a quien sacó de la Francia con un pasaporte sueco. Regresó semanas más tarde a París donde se enteró de que su madre había dejado el palacio de las Tullerías y marchado a vivir al castillo de su nuevo amante, el vizconde de Montmorency. En la villa, conoció al herrero que, en un primer momento, creyendo a Roger espía de los jacobinos, le aseguró desconocer el paradero de la amiga del vizconde. Una buena cantidad de libras esterlinas lo convenció de que Blackraven no tenía nada que ver con el Club de los Cordeleros, y operó como un incentivo para confesarle que la amiga del vizconde había salvado la vida de milagro. “Desde aquel día en que las saqué del castillo por los pasadizos secretos, no he vuelto a saber de ellas”, aseguró el hombre. “Le recomendé a la amiga del vizconde que no se instalara en París porque allí la guillotina cae tantas veces por día como mis párpados, pero ella me dijo que era el único sitio donde aún le quedaban amigos a los que acudir”.

Blackraven regresó a la capital muy abatido, pensando que hallar a Isabella y a Michela sería tan fácil como encontrar una aguja en un pajar. El nombre de Isabella se mencionaba de tanto en tanto en los periódicos más difamatorios, *L'Ami du Peuple*, de Jean-Paul Marat, *Le Père Duchesne*, de Jacques-René Hébert o *Le Vieux Cordelier*, de Camille Desmoulins, donde se la comparaba con las heteras más famosas de la historia —Mesalina, Fredegunda, Eufrosina Ducas, Catalina de Médicis—, y donde se insinuaba que había mantenido relaciones antinaturales con la reina; una semblanza de sus rasgos bastante aproximada se adjuntaba a cada artículo y la exhortación a denunciarla en el Ayuntamiento. “Por lógica”, caviló Blackraven, “mi madre intentará pasar inadvertida”, y se alentó con la idea de que si Isabella di Bravante había emergido indemne de la vida en Versalles, plagada de intrigas y enemigos, bien podría escapar de las garras de la revolución.

Su búsqueda, entonces, debía comenzar en los barrios más populares. Ayudado por sus marineros de confianza y por personas contratadas, recorrió las zonas periféricas, cambiando de disfraz cada día; en una ocasión vestía como vendedor de chocolate caliente, otro, como deshollinador, otro, como médico, con su bastón, capa y maletín característicos, otro, como dómine. París era un caos de mugre, malos olores, mendigos, hambre y terror. Los vecinos se acusaban unos a otros de contrarrevolucionarios ante el Comité de Salvación Pública para vengar querellas privadas; el hambre atizaba la delincuencia, y los asesinatos para robar uno o dos *sous* estaban a la orden del día; las cabezas rodaban en el cadalso por decenas; el odio ya no distinguía clases ni partidos, eso era un todos contra todos y un sálvese quien pueda.

A Blackraven le dolía imaginar a su madre, siempre impecable y perfumada, en esos muladares. En contra de toda posibilidad, solía buscarla en el *Palais Royal*, el palacio mandado construir por Richelieu en el siglo XVII y que, con la revolución, había pasado a formar parte de los bienes públicos y a llamarse *Palais Égalité* (Palacio Igualdad), convirtiéndose en una feria perpetua con casas de juego, grandes tiendas, cafés y restaurantes donde mayormente se discutía de política. En el *Palais Royal*, Blackraven obtuvo la primera pista certera la noche en que distinguió, entre los jugadores de una mesa, a un viejo amigo de su madre, cortesano de Versalles, Théophile de Marcourt; no vestía su habitual chaqueta de damasco ni su *culotte* de seda, tampoco llevaba la peluca empolvada ni sacaba, cada dos por tres, su tabaquera de oro con rubíes para aspirar una narigada de rapé; se trataba de un mero *citoyen* al que sus compañeros de juerga llamaban por otro nombre, Alain. Blackraven lo abordó a la salida del *Palais Royal*, entre los ligustros del jardín, donde el antiguo noble había concurrido a orinar.

—De Marcourt —lo llamó Blackraven, y el hombre comenzó a temblar y a farfullar entre sollozos, convencido de que se trataba de un agente del Comité de Salvación Pública que venía a arrestarlo tras descubrir su identidad.

—Tranquilo, de Marcourt, soy Alejandro di Bravante, el hijo de Isabella.

—¡Ah, querido muchacho! —El alivio le provocó un acceso de llanto—. Casi has acabado con mi enfermo corazón.

Blackraven lo invitó a las habitaciones de su hotel. Tomaron dos sillas de manos y llegaron en pocos minutos. Théophile de Marcourt todavía temblaba cuando Blackraven le ofreció whisky escocés, que el hombre bebió de un trago. Extendió el vaso, y Blackraven escanció otra medida.

—Hace tiempo, tu madre acudió a mí para pedirme dinero. El que le dejó Montmorency se le había acabado. ¡Con el aumento de precios, ningún dinero es suficiente! Imagínate que una hogaza de pan...

—¿Le dijo dónde vivía?

—Ella y su nodriza se hacían pasar por italianas. En cuanto a dónde vivían, no lo recuerdo bien...

—¡Vamos, de Marcourt, piense!

—Despacio, muchacho. Los años no vienen en vano, y los últimos vividos han sido los peores y han dejado profundas huellas en mí. Ya no soy el hombre con el que practicabas esgrima en Versalles.

—Lo siento, de Marcourt, pero necesito sacar a mi madre de París antes de que los jacobinos le echen el guante. Podría ayudarlo a usted también, si es su deseo.

—¿De veras? ¿Me sacarías de este infierno?

—Sí, pero ahora concéntrese y piense.

De Marcourt revisó los momentos de su entrevista con Isabella una y otra vez.

—¡En la Salpêtrière! —exclamó—. Allí dijo tu madre que vivía, en los alrededores de la Salpêtrière.

La Salpêtrière, la vieja fábrica de pólvora, sobre la orilla izquierda del Sena y en las inmediaciones del barrio Saint Marcel, era de las zonas más grises y pobres de París. Blackraven y sus hombres concentraron la búsqueda en un diámetro de cinco cuadras en torno a la fábrica, advertidos de que Isabella y Michela se hacían pasar por italianas. Así fue como Milton dio con ellas: las escuchó hablar en italiano en una tienda de abarrotes.

La sorpresa por el reencuentro con su hijo le provocó a Isabella un desvanecimiento. Al volver en sí, lloró largo rato sin pronunciar palabra. La visión de su madre, que había descollado en el boato de los salones de Versalles, hacinada en ese cuartucho sin ventanas, entre ratas y delincuentes, sin agua ni comida suficientes, casi condujo a Blackraven al quebranto. Estudió el repugnante entorno hasta que sus ojos se cruzaron con los de Michela, seria y sólida como una roca; Isabella, en cambio, lucía los estigmas de esos años de carencias.

—Tratamos de huir —le explicó a su hijo—. A pesar de contar con nuestras *caries de civisme* —se refería a los certificados de civismo, que aseguraban la lealtad al nuevo régimen— y de no estar sospechadas de contrarrevolucionarias, nos ha resultado imposible obtener un salvoconducto para dejar París, y ya no deseábamos insistir en el Ayuntamiento por temor a ser acusadas de traidoras. Hay quienes venden estos salvoconductos, pero el precio que piden está fuera de nuestro alcance.

—Ya no tienes de qué preocuparte, madre. Esta pesadilla ha terminado. Yo las sacaré de aquí.

Escapar, sin embargo, no resultó fácil. Debían cuidarse de levantar sospechas entre los vecinos, por lo que una mañana, como de costumbre, dejaron su habitación, saludaron a las señoras que barrían el patio y chismorreaban, y simulaban encaminarse hacia el mercado para obtener su ración. Llevaban algunas pertenencias en la canasta; las demás, las dieron por perdidas. La ruta a Calais —la más utilizada

por los emigrados que ansiaban llegar al puerto de Dover, en la Inglaterra— se había vuelto demasiado peligrosa, por lo que Blackraven decidió huir a Marsella, pese a encontrarse a una distancia tres veces mayor de París. Se hacían pasar por una familia de campesinos sicilianos; Théophile de Marcourt, que no hablaba una palabra de italiano, hacía de miembro idiota y sordomudo; su actuación resultó soberbia. Ni siquiera en la intimidad de las habitaciones de los mesones abandonaron su mascarada, pues sabían que las paredes oían; nunca usaron el francés ni el español, y trataron de desplegar el comportamiento esperado de un *bon sans-culotte*, hablaban gritando, escupían, se reían a carcajadas, comían con la boca abierta y bebían con destemplanza, aun Michela e Isabella. A lo largo del camino, los guardias de los ayuntamientos los detuvieron varias veces para solicitarles sus salvoconductos e inquirirlos acerca de su visita a la Francia. Sólo Blackraven hablaba en un mal francés; eran momentos de extrema tensión ya que, por un lado, desconocían si los vecinos de Isabella y Michela habían denunciado su desaparición poniendo en marcha el mecanismo por el cual el Comité de Salvación Pública daba caza a los traidores; y, por el otro, temían que los guardias notaran la falsedad de los salvoconductos.

Llegaron a Marsella diez días más tarde, exhaustos y con el cuerpo dolorido a causa del viaje y del nerviosismo. Los hombres de Blackraven, que se habían dispersado y viajado en rápidas diligencias, hacía cuatro días que los esperaban con las jarcias listas para zarpar en la corbeta *Fedora Palermitana*, llamada así en honor de la abuela materna de Blackraven. Isabella no se movió de cubierta y permaneció con la vista fija, reclinada sobre la borda, hasta que el contorno de Marsella desapareció en el horizonte. Entonces, buscó a su hijo y se abrazó a él.

—¿No me reprocharás no haber abandonado la Francia cuando pude hacerlo?

—No. Yo habría hecho lo mismo. No habría abandonado a mis padrinos.

—¡Oh, Alejandro! Nunca dejo de pensar en mis niños, en Marie Teresse y en Luis Carlos, en las penurias que estarán padeciendo, solos y tan pequeños, sin nadie que los quiera. Michela y yo tratamos de visitarlos en el Temple, pero fue imposible.

—Eso fue imprudente, madre. No debiste hacerlo.

—Lo sé, hijo. No pude evitarlo.

—No te aflijas. He decidido que volveré a rescatarlos.

—¡Alejandro, no! ¡Por amor de Dios, te lo pido! Te matarán.

—No, madre, no me matarán —y para alegrarla, le comentó—: ¿Sabes a quién rescaté de las entrañas mismas de la *Conciergerie* meses atrás?

—¿Tú, en las entrañas de la *Conciergerie*? Creo que me dará un vahído. ¡Michela, mis sales!

—Madre, no fastidies. ¿Sabes a quién ayudé a escapar de la guillotina? —Isabella, enfurruñada, negó con la cabeza—. A mi antiguo dómine de la Escuela de

Estrasburgo, Gabriel Malagrida.

Una sonrisa inconsciente iluminó los ojos de Isabella, y sus mejillas adquirieron colores saludables. Blackraven notó que la pequeña mano de su madre se ajustaba a su brazo para reprimir una alegría que no conseguía ocultar.

—Está bien, Michela —dijo Blackraven—. Mi madre ya no necesitará las sales.

Malagrida se había distraído cavilando acerca de las peripecias de Isabella durante los años del Terror y debió pedir a Blackraven que le repitiera la pregunta.

—No ha sido una pregunta —dijo Blackraven— sino un comentario.

Isabella y Távora rieron por lo bajo, y Malagrida se sonrojó.

—Le decía —retomó Blackraven— que apenas nazca mi hijo, e Isaura se sienta en forma para viajar, volveremos a Londres. Me gustaría que lo hiciera en el *Sonzogno*, que tiene camarotes más amplios y cómodos.

—La *Wings* —intervino Távora— no será tan amplia ni cómoda como el *Sonzogno* pero de seguro la conducirá a Londres más rápido.

—Isaura —opinó Isabella— no podrá viajar hasta pasados los tres primeros meses, ni rápido ni lento. No es conveniente que, recién parida y para peor primípara, se embarque en un viaje de esa envergadura, ¡y con un niño tan pequeño!

La perspectiva desagradó a Blackraven. En los últimos días, lo inquietaba la posibilidad de una nueva invasión, que no se desenvolvería como la anterior, ya que Liniers presentaría batalla y los ingleses no se andarían con tantas consideraciones. La posibilidad de que sus cañoneros nivelaran a Buenos Aires con el suelo, antes un acontecimiento que juzgaba casi imposible, ahora le parecía factible, más bien, probable.

—Entonces —dijo—, hasta que Isaura pueda viajar, nos instalaremos en la estancia de su hermano, en *Bella Esmeralda*. Me ocuparé de acondicionarla lo antes posible.

—No pretenderás que tu hijo nazca en medio de la nada, Alejandro. De seguro en la ciudad están las mejores comadronas y, en caso de alguna complicación (Dios no lo permita), se puede recurrir a un médico. En cambio, en el campo...

—Madre, eres imposible.

A pesar del fastidio de Blackraven, ese día se respiraba un ambiente más distendido en San José, y Malagrida no sabía si adjudicarlo al hecho de que Melody hubiese accedido a vivir con doña Rafaela del Pino, o de que Roger y Victoria hubiesen arribado a cierto entendimiento que les permitía una convivencia más pacífica. De igual modo, Victoria se mantenía en sus trece: no colaboraría en la obtención de la nulidad del matrimonio ni del divorcio, y quizá Blackraven, que ya había decidido los pasos a seguir, con el beneplácito de su esposa o sin él, no le replicaba porque la veía debilitada y muy flaca. A veces, en los días de humedad,

tosía hasta escupir sangre, lo que suscitaba la ira de Blackraven porque, en su opinión, conducía una vida descuidada y no se alimentaba ni descansaba de acuerdo con la indicación médica. La recomendación de Habré —que, en los días secos, a la hora de la siesta, Victoria se recostara en el patio a tomar sol por una hora— jamás se cumplía. A veces hasta olvidaba tomar el tónico y el cordial. En una ocasión, Isabella se enfadó con Berenice por no recordarle a su ama la hora de la medicina.

Al enterarse de que Melody estaba de regreso en la ciudad bajo la tutela de una dama de gran prestigio, Victoria no supo cómo tomarlo; la tranquilizaba que la muchacha viviese con la familia del Pino porque Blackraven no podría seguir adelante con el papel de amante nocturno, y la inquietaba que se hallase cerca y consentida por una de las matronas más respetadas de la ciudad, contra la cual habían resultado inútiles los esfuerzos de la nueva virreina, la mujer de Sobremonte, para derribarla del trono; incluso, había sido ella la creadora del mote “virreina vieja”.

En verdad Rafaela del Pino consentía a su nueva huésped. A pesar de los prejuicios y escrúpulos iniciales de Melody, enseguida se sintió a gusto en esa espléndida casona, de las más rumbosas de la ciudad junto con la de Marica Thompson y la de Pilarita Montes, si bien, en un principio, el lujo la abrumó. La casa, que ocupaba la esquina de la calle de Santo Domingo y la de San José, imponía respeto desde su fachada, de pretil calado, heráldica en los paramentos, puerta barroca de cuatro hojas con aldabones de bronce —una rareza en la ciudad— y desagües en forma de gárgolas; la azotea, donde se inclinaban las hijas de doña Rafaela para ver pasar la gente, estaba coronada por una balaustrada de mampostería rematada con varios pináculos, que le conferían un aire más señorial que el característico de esa colonia española. En el interior, descollaban sus paredes cubiertas por damasco de seda de distintos colores; cada una de las veinte habitaciones era llamada por el color de su revestimiento, así el salón principal se conocía por “salón dorado”, que Melody encontró semejante al salón de la casa de San José, decorado con tanto amor para complacer a Roger y que ahora pertenecía a otra mujer.

Las hijas de doña Rafaela siguieron mostrándole la casa con un entusiasmo que esfumó sus recuerdos tristes. Eran alegres y bonitas, muy generosas y amigables a pesar de que acababan de conocerla y de que ella irrumpía en la intimidad familiar sin mayor justificación salvo la de ser la querida del conde de Stoneville, amigo de la virreina vieja y su socio en la calera de la Banda Oriental. Melody admiró los frescos del vestíbulo y los de los varios corredores, en su mayoría, de motivos bucólicos; le llamó la atención el brillo de los pisos de roble, y se preguntó cómo los mantendrían impecables con tanto niño correteando por doquier. Le robaron una exclamación los aparadores resplandecientes de platería, la enorme araña de bronce del comedor, los cortinados y las guardamalletas de terciopelo y los espejos con lunas de Venecia. En

el patio principal, un solado de grandes dimensiones con mazaríes de terracota y abundancia de plantas, destacaban un aljibe de mármol con un arco de hierro forjado negro y una fuente con un amorcillo que echaba agua por su flautín. Una escalera de mampostería recostada sobre uno de los muros del patio conducía a una galería en la planta superior, cuyo pretil, con arcos y columnas de fuste liso, permitía una magnífica visión del conjunto que componían las plantas, el aljibe y la fuente en la planta baja. Melody se dijo que ése era el lugar más bonito de la casa, y se alegró cuando, Juana, la menor de doña Rafaela, que noviaba con un tal Bernardino Rivadavia, le anunció que ocuparía una de las habitaciones que daban sobre la balconada de esa galería; Trinaghanta se acomodaría en la contigua; por supuesto, Milton o Radama montarían guardia día y noche, pues si bien la virreina vieja declaraba que su casa era muy segura y de soberbia construcción, después del ataque del negro y la inopinada aparición de Enda Feelham, Blackraven estaba en pie de guerra.

Melody comprendió el primer día que doña Rafaela se proponía salvar su reputación. Aunque de porte severo —todavía llevaba luto a pesar de que su esposo había fallecido dos años atrás—, su mirada poseía una calidez que desmentía el genio implacable en el que se empecinaba. Sin rodeos, la virreina vieja le manifestó que, con su avanzado estado de preñez, no podría salir de la casa, salvo en su compañía y en la sopanda con los visillos corridos; ni siquiera iría a la iglesia para oír misa ya que el padre Mauro se había ofrecido a decirla todas las mañanas después del rosario, en la capilla privada de la casona. Desde la finalización del período de luto por la muerte del virrey del Pino, la virreina vieja ofrecía cada semana apacibles tertulias en las que Melody no podría participar, aunque le fue concedido tomar una taza de chocolate con las amigas que visitaban a doña Rafaela por las tardes.

En cuanto a Blackraven, asiduo comensal en la casa de los del Pino, la virreina vieja le recordó, “como si yo no lo supiera”, se mofó Melody, que era un hombre casado y que, si bien ella iba a darle un hijo, eso no le otorgaba el derecho de mantener otro trato más que el formal y en presencia de algún miembro de la familia. Dejó en claro que no aprobaba lo de la nulidad del matrimonio y, menos aún, lo del divorcio, a la que definió como una idea aberrante, inspirada por el maligno. Lo que manifestó a continuación impactó a Melody.

—Lo mejor que usted podría hacer, Melody querida, es buscarse un marido para enmendar esta compleja situación.

—¿Quién podría quererme, deshonrada, sin dote y con un hijo de otro?

—En cuanto a lo de la deshonra, déjelo en mis manos. Con respecto a quién la querría sin dote y con un hijo de otro, pues siempre aparece alguno que, por amor, se aviene a cualquier circunstancia.

Melody encontró muy estimulante el pedido de doña Rafaela, que les enseñara a

tocar el piano y el arpa y a cantar a sus nietas, y a hablar en inglés a sus nietos; se sentía útil, y la jornada se deslizaba rápidamente. Como el día de su llegada a lo de del Pino experimentó leves dolores en el bajo vientre, se mandó llamar a doña Josefa, la comadrona que había asistido a doña Rafaela en sus partos. Al verla, Melody se llenó de escrúpulos ya que se trataba de una anciana encorvada, enjuta y pequeña, más bien parca, que casi no levantaba el rostro ni los párpados; sin embargo, se desempeñó con tal habilidad y seguridad que terminó por sentirse reconfortada en su presencia; le gustó que, antes de palparle el vientre, se lavara las manos.

—Es un niño muy grande —manifestó doña Josefa.

—A veces creo que son dos —confesó Melody.

—No, no, es sólo uno. Al menos, por ahora toco a uno.

—¿A qué se deben esos dolores en el bajo vientre, Josefa?

—El niño está acomodándose, doña Rafaela. Ya está queriendo salir este ternerito. ¿Cuándo me dijo que le faltó la regla?

—A mediados de marzo.

—Y sí, estamos en fecha —calculó la comadrona—. A fin de mes lo tendremos por aquí. Aunque presiento que este niño vendrá antes al mundo. Lo noto un poco apurado para salir. Está impaciente.

—Y que me diga —se quejó Melody—. Ya no hay momento en que no se mueva y patee. Nunca parece cansarse.

Una vez que doña Josefa se despidió, doña Rafaela se dirigió a Melody:

—Esta mujer es extraordinaria. Nunca he tenido un mal parto y siempre ha sido gracias a ella. De igual modo, convocaremos a un médico de mi confianza el día en que comiencen tus dolores o que rompas fuente para que permanezca a mano en caso de alguna complicación. Dios nos libre. —Se santiguó.

—¿A quién convocará, doña Rafaela?

—A un médico que hace pocos meses llegó a Buenos Aires desde Madrid y que ya merece mi confianza. Es amigo de O’Gorman y a mí me ha dado muestras sobradas de su idoneidad. Su nombre es Egidio Constanzó. —El semblante de Melody sufrió una transformación que llevó a la virreina vieja a inquirir—: ¿Qué ocurre, muchacha? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Doña Rafaela, juzgo improbable que al señor Blackraven le agrade que el doctor Constanzó me asista ni que permanezca a mano.

—¿No le agradaría, pues? —La mujer la contempló a los ojos con expresión seria si bien no dura, y Melody pensó que estaba debatiéndose entre seguir interrogándola o abandonar el tema—. Convocaremos a otro, entonces.

Acorde con su índole, Melody se encariñó con la familia del Pino en poco tiempo, lo mismo con la servidumbre, a la que conocía de sus días del Ángel Negro. A veces, Cesáreo y Lavinia, los esclavos a cargo de las compras, le traían de modo furtivo

mensajes, regalos y pedidos de los esclavos de otras familias, ya que doña Rafaela había prohibido que, a la siesta, se congregaran en el portón de mulas de la calle de Santo Domingo.

—En primer lugar —había declarado la virreina vieja—, la peste de viruela no ha remitido, y si bien sabemos que mis negros están sanos, ¿cómo sabríamos si los demás lo están? Una viruela en este momento podría acabar contigo y con tu hijo. En segundo lugar, rodearte de un enjambre de esclavos en el portón trasero, querida Melody, en nada ayudará a tu reputación.

En verdad la reputación de Melody había mejorado o más bien, como ella sospechaba, las damas de fuste, para congraciarse con doña Rafaela, se avenían a dirigirla la palabra, algunas encomiosas —mencionaban sobre todo el hospicio Martín de Porres—, mientras bebían chocolate y jugaban a la malilla o al chaquete. Melody los vivía como momentos forzados e incómodos; detestaba la hipocresía, más la propia que la de las mujeres, y se preguntaba si realmente la afectaba lo que los porteños opinaran de ella. ¿Acaso, conmocionada por la agonía del orgasmo, no le había jurado a Roger que no le importaba ser su ramera o su esposa, que sólo quería pertenecerle? ¿Por qué caía de nuevo en esa lucha entre el deber y el deseo? A veces se abatía y le venía a la mente una idea repetida: presentarse en la casa de San José y suplicarle a Roger que se fugasen lejos, a una tierra donde nadie los condenase. Pero enseguida apartaba esa quimera; en Buenos Aires o en Londres, en Ceilán o en Antigua, jamás escaparía a su conciencia, la cual, con los sermones de doña Rafaela y del padre Mauro, estaba pesada como un yunque.

De esas tardes de chocolate y malilla con las amigas de doña Rafaela, Melody recordaba dos sucesos con especial amargura. Al día siguiente de su llegada, doña Rafaela la invitó a departir con algunas de las protagonistas del ataque a Polina en el atrio de la iglesia de San Francisco, entre las que destacaba doña Magdalena de Álzaga, la cual, para estupor de Melody, se sentó a su lado y le dio charla. Melody contestaba con monosílabos al tiempo que se preguntaba: “¿No es ésta la mujer que, semanas atrás, le expresó a Victoria: «Ya nos parecía que la verdadera condesa de Stoneville no podía ser esa joven tan poco refinada»?”.

Melody no podía saber que Martín de Álzaga le había ordenado a su esposa concurrir a lo de la virreina vieja para congraciarse con la joven Maguire. En un principio, Magdalena se había mostrado escandalizada.

—¿Cómo piensas, Martín, que departiré con una perdida como ésa, la concubina de ese decadente y pecador inglés, la hermana de ese conspirador que intentó matarte? Estoy convencida de que Blackraven ha tenido que ver tanto en la conjura de esclavos como en la invasión de esos herejes. Sería deshonesto para mi reputación y mi posición relacionarme con una mujer cuya honra está en el lodo.

—¡Calla, mujer! No discutas mis órdenes. Si quieres mantener tu posición,

deberás hacer lo que te ordeno, o Blackraven nos enviará a la bancarrota. Y agradece que la muchacha está en estado de buena esperanza, en caso contrario, te obligaría a invitarla a esta casa.

Magdalena ahogó una exclamación y se santiguó.

—¡Esa ramera en mi casa! Antes muerta, Martín.

—Pues entonces, ve a casa de la virreina vieja...

—¿A la casa de la virreina vieja?

—Acabo de enterarme de que, desde ayer, vive con ella, bajo su protección. —Álzaga no esperó a que Magdalena saliese de su asombro para añadir—: Irás a lo de del Pino y harás migas con ella. Entiéndeme, mujer —pronunció, de modo conciliador—, Blackraven se ha convertido en un enemigo de cuidado que acabará con mi negocio si no me muevo rápido y con sagacidad. Tú y yo hemos despreciado a esa muchacha en cada oportunidad que se nos ha presentado, y eso es lo que Blackraven, en cierto modo, está cobrándose. Debes acercarte a ella y demostrarle que deseas su amistad.

—Yo soy amiga de la verdadera condesa de Stoneville, una mujer de cuna, una verdadera noble inglesa.

—¡No es ella el objeto de interés de Blackraven! Es esa otra muchacha, la chica Maguire.

—El Ángel Negro —replicó Magdalena.

—Ángel Negro o Ángel Blanco, me importa un ardite. Tú irás a lo de del Pino y te ganarás el afecto de la muchacha. Tal vez consigamos que hable con Blackraven en nuestro favor. Se dice que ostenta un gran ascendiente sobre él.

Tras algunas tardes de chocolate en casa de la virreina vieja sentada junto a “la condesa burda”, Magdalena comenzó a bajar la guardia y a cambiar de parecer. Melody Maguire era una extraña joven, nunca usaba las joyas con las que, se murmuraba, el conde de Stoneville la había cubierto; tampoco lucía trajes dispendiosos y, aunque eso se comprendía en su estado, Magdalena sospechaba que tampoco los habría llevado en caso de no estar grávida; recordaba que vestía con sobriedad en las fiestas veraniegas. Se dirigía a todas con dulzura y una sonrisa, incluso a ella, y sabe Dios que nunca había sido contemplativa con la muchacha para merecer esa camaradería. Melody Maguire procedía de acuerdo con lo que su confesor, el padre Próspero, le recordaba a menudo en confesión: “Pon la otra mejilla, Magdalena”. ¿Por qué a esa muchacha le costaba tan poco y a ella, tanto? Su admiración llegó la tarde en que visitó la casa de los del Pino con sus cuatro hijos menores, María Agustina, de doce, María Anastasia, de diez, Mariano del Carmen, de siete, y Francisco de Paula, de cinco. Cómo hizo la joven Maguire para conquistarlos con pocas palabras y sonrisas, Magdalena no lo sabía. A poco, el salón de música se había llenado de niños —los de ella, los de Pilar Montes, el de Lupe Moreno y los

nietos de doña Rafaela—, que escuchaban a miss Melody (así la llamaban) tocar el piano y cantar en una lengua rarísima, aunque con una voz afinada y melodiosa, algo grave para su gusto. Dijo que sí cuando María Agustina y María Anastasia le solicitaron permiso para concurrir a las clases de piano y arpa que miss Melody les impartía a las nietas mayores de la virreina vieja. La joven no quiso oír hablar de un estipendio.

—¿No es impropio que una mujer a punto de parir sea vista por tus hijas? —la inquirió su amiga, Francisca Díaz de Vivar.

—Pancha —expresó Magdalena—, mis hijos me han visto con el vientre abultado la mayor parte de sus vidas. ¿Qué de novedoso tiene para ellos el estado de miss Melody?

—¡No tiene marido!

—¿Y acaso podemos achacárselo?

Como notaba muy preocupado y nervioso a Martín, Magdalena no lo consultó antes de hablar con Melody. Una tarde más concurrida que las habituales, la apartó y la condujo a la fuente del amorcillo. Le dijo a boca de jarro:

—Sospecho que su esposo quiere arruinar al mío.

—Señora de Álzaga —contestó Melody, ecuánime—, vuestra merced bien sabe que el señor Blackraven no es mi esposo.

—Sí, sí, claro, discúlpeme. Sucede que en la ciudad todos saben que él sigue sintiéndola su esposa.

—En la ciudad, todos pretenden saber demasiado y hablan demasiado.

—Sí, es verdad —admitió—. Es un gran pecado estar cotilleando acerca de nuestros semejantes, ¿verdad?

El cuchicheo de las mujeres congregadas en la sala y el agua que brotaba del flautín intensificaban el silencio que se cernía sobre ellas. Melody se apiadó al darse cuenta de que Magdalena se enjugaba unas lágrimas.

—¿Por qué dice que el señor Blackraven quiere arruinar a su esposo?

—Oh, Melody, han ocurrido cosas desagradables entre vuestra familia y la nuestra. Ese asunto de la conjura donde su hermano tomó parte...

—Que mi hermano tomase parte jamás pudo ser comprobado.

—Sí, es cierto, de igual modo, hay fuertes sospechas al respecto. Eso no viene al caso ahora —dijo, y sacudió la mano en el aire—. También está aquel otro lamentable episodio, cuando su merced cayó en prisión injustamente acusada de robar los negros de la Real Compañía de Filipinas.

—Entiendo que fue el señor Sarratea quien interpuso la denuncia, no su esposo.

—Pues sí, pero el señor conde cree que lo hizo instigado por mi Martín. —Melody la miró a los ojos, con firmeza, aunque serena, y Magdalena bajó la vista antes de continuar—: Está decidido a arruinarnos, por venganza. ¡Y nosotros, con

trece hijos, varias hijas que dotar!

Y tantos criados, esclavos y recogidos.

“Sí, y ya se deshicieron de uno, porapestoso”, se enfureció Melody, pensando en Rafaelito.

—¿De qué modo piensa el señor Álzaga que el señor Blackraven pretende arruinarlo?

—¡Ah, querida, yo de cuestiones de negocios no entiendo nada! Sólo sé que mi Martín está muy preocupado. ¿Qué haremos si quiebra la tienda de ramos generales?

—Hablaré con el señor Blackraven, aunque no le prometo nada.

—¡Oh, gracias, gracias!

Melody inclinó ligeramente la cabeza, se excusó y marchó hacia la escalera por donde subió con pesadez hasta la galería; no deseaba regresar a la sala. Supo que, el tiempo que le tomó el ascenso, doña Magdalena la acompañó con ojos llorosos. Se encerró en su habitación, asqueada.

El otro hecho desagradable sucedió a los pocos días de su llegada a lo de del Pino, la tarde en que, entre las invitadas a tomar chocolate, se encontraba la baronesa Ágata de Ibar. Una agitación súbita se apoderó de Melody al escuchar ese nombre, y le temblaron las manos al recibir la jícara con chocolate. Si bien la baronesa hablaba con María Ventura Marcó del Pont, Melody sentía el peso de su mirada; tuvo deseos de persignarse porque recibió la impresión de que la maldecía. “No es tan hermosa como Victoria”, se dijo, “aunque por supuesto es más bella que yo. Por cierto, tiene un talle esbelto cuando yo parezco un tonel.

Y su pelo negro es precioso, tan dócil y brillante. Es hábil quien la peina”. La baronesa se puso de pie para tomar una tortita de coco y se sentó junto a Melody.

—Ha sido un placer encontrarla esta tarde, señorita Maguire. —La voz de la baronesa, profunda y sensual, original a causa del acento extranjero, le provocó un escalofrío—. Hacía tiempo que deseaba conocerlos. Roger me ha hablado mucho de vuestra merced.

“Roger”.

—Es un honor que su merced haya querido conocerme.

—Casi de inmediato después de encontrar a Roger en Río de Janeiro, experimenté fuertes deseos de conocerla. Quería saber cómo era la mujer que había cautivado a un hombre como él.

—Entiendo que su esposo, el señor barón, es un gran naturalista, que viaja de continuo para realizar sus investigaciones.

—Sí —contestó Ágata, e imprimió a su gesto una expresión de fastidio y displicencia—, mi esposo es un gran amante —y tras una pausa para morder la tortita, añadió—: de la Naturaleza.

—¿Viajáis mucho, verdad?

—Sí, de continuo. Pero, cuénteme, por favor, ¿cómo es que su merced logró conquistar a un hombre de la talla de Roger?

Doña Rafaela se acercó y, tendiendo la mano a Melody, dijo:

—Querida, está usted muy pálida. Creo que debería retirarse a sus habitaciones a descansar. En su estado, no es recomendable la agitación de una vida social como la que yo llevo. Hace apenas cuatro días que está conmigo y ya ha debido soportar bastante. La excuso, vaya, vaya, recuéstese un momento.

Por primera vez desde su llegada a lo de del Pino, Melody se echó en la cama a llorar, más de rabia que de tristeza. “Mañana, cuando venga el doctor Constanzó, seré con él todo lo amable y simpática que no he sido por respeto a Roger”. Porque el doctor Constanzó se había presentado de continuo en casa de la virreina vieja. Siempre encontraban un motivo para convocarlo: el resfriado de un niño, la jaqueca de doña Rafaela, la gota de Roque, el cochero, la colitis de un bebé o la influenza de la cocinera. Y siempre terminaba almorzando o cenando con la familia.

El 5 de noviembre, el día del cumpleaños de su madre, Blackraven le entregó su obsequio —un conjunto de peine, cepillo, espejo de mano y polvera con cisne, todo en carey con ataujías de oro— durante el desayuno y se disculpó pues sus ocupaciones lo mantendrían ocupado hasta la noche. Malagrida concluyó que él e Isabella almorzarían a solas, ya que Amy y Távora habían partido hacia El Cangrejal para revisar las embarcaciones, y Victoria comería en casa de su amiga, Simonetta Cattaneo.

Blackraven montó a Black Jack y lo condujo a paso lento hacia *La Cruz del Sur*. Era temprano, ni siquiera las ocho, y, en su camino, iba encontrándose con grupos de soldados, la mayoría criollos, que volvían de su instrucción en las afueras de la ciudad. Se topó con Juan Martín de Pueyrredón, que montaba un magnífico picazo frente a sus hombres, ataviado con el costoso uniforme de los húsares. Se quitó el bicornio e inclinó la cabeza para saludarlo.

—Buenos días, excelencia.

—Buenos días, don Martín. ¿Su última jornada de instrucción? —se interesó, pues sabía que, al día siguiente, Pueyrredón partiría rumbo a la España en misión encomendada por el Cabildo.

—Así es —contestó, con una sonrisa, y Blackraven se dijo que en nada compartía su alegría y orgullo por ese inopinado viaje—. ¿Almorzará con nosotros en casa de Rodríguez Peña?

—Allí estaré.

—Hasta la vista, entonces.

Blackraven apretó los ijares de Black Jack y continuó su avance pensando que la decisión de enviar a Pueyrredón a la corte de Madrid olía a Álzaga, y una vez más se preguntó hasta cuándo sostendría el jueguito del comerciante. Desde la llegada de

Rafael a las vidas de Miora y Somar, el fin del plan se precipitaba; de igual modo, ya no podía sostener el aprovisionamiento de los comercios minoristas sin perjudicar el del ejército de Liniers, dado que no daba abasto para reponer sus existencias, en especial, porque las presas de sus barcos se agotaban, el *White Hawk* no aparecía con *El Joaquín* y el *San Francisco de Paula* —sus mercaderías habrían suplido la falencia por un tiempo—, no tenía proveedores peninsulares y los amigos del barón de Pontevedra, en su mayoría montevideanos, ya no querían arriesgarse a cruzar el cerco que conformaban los barcos de Popham. Su interés se centraba ahora en el ejército de criollos, y no distraería mercancía en otra actividad. “Igualmente”, se dijo, con una sonrisa bribona, “ya he asustado bastante a Álzaga”.

Ese pensamiento derivó en Melody. La había visto el día anterior, durante una cena en lo de la virreina vieja. Hacía menos de una semana que se hospedaba en esa casa y ya se había convertido en el centro de atracción. Las hijas de doña Rafaela le habían tomado cariño, y sus nietos y nietas la adoraban. En un aparte con la virreina, después de la comida, se enteró de que les daba clases de música a las niñas, y de inglés a los niños.

—Hasta las dos más chicas de Álzaga, María Agustina y María Anastasia, desde mañana vendrán para que les enseñe también.

—¿Doña Magdalena lo permite?

—Oh, sí, y de muy buen grado. Se muestra amable con Melody cada vez que viene a tomar chocolate, lo que ocurre a diario, casi —añadió doña Rafaela, con un aire de sutil entendimiento.

“Esto sí que es una sorpresa”, pensó Blackraven. “Álzaga debe de estar más desesperado de lo que imaginé para enviar a su mujer como embajadora”. Doña Rafaela cambió de tema.

—El mismo día de su llegada a esta casa, Melody sufrió algunos dolores y mandé llamar a mi comadrona. ¡No se asuste, buen hombre! Es normal. Pero doña Josefa ha dicho que el niño es muy grande, y eso me hizo meditar en la ventaja de contar con un médico llegado el momento en que Melody dé a luz. Me gustaría que su excelencia indicara a uno de su confianza.

—Sí, por supuesto —contestó Blackraven, solícito—. Yo me ocuparé.

Alcanzó *La Cruz del Sur* pensando a qué médico convocar para un encargo tan delicado, y, después, metido en el torbellino de consultas y problemas de la curtiduría, se olvidó del asunto. Cerca del mediodía, concluido su trabajo, pasó por casa de Covarrubias donde firmó los papeles para la manumisión de Miora.

—Prepare también los de Servando —le ordenó al notario.

Melody se lo había pedido la noche anterior en un momento en que consiguió apartarla del gentío —los del Pino, como conejos, aparecían por los cuatro flancos—. Ella, en vez de permitir que le diera unos besos y le tocara el vientre para sentir a su

hijo, se empeñó en hablar de la libertad de Servando.

—Los liberaré a todos, Isaura, a su debido tiempo. ¿Por qué haríamos diferencia con Servando?

—Porque estoy pidiéndotelo, Roger. Tengo mis razones.

Blackraven no consiguió que le confesara esas razones. La había notado lacónica y distante a lo largo del almuerzo, y supuso que se debía a la presencia de doña Rafaela, que la custodiaba con celo.

Finiquitado el asunto con Covarrubias, siguió camino hacia la quinta de Rodríguez Peña, bastante alejada de la ciudad; por la calle de Santa Rosa, había que cruzar la de San Pablo y recorrer unas seiscientas varas hacia el oeste antes de que se avistase la propiedad. Se trataba de un almuerzo concurrido: Pueyrredón y sus hermanos, Diego José, Juan Andrés y José Cipriano; Manuel Arroyo y Martín Rodríguez, grandes amigos de Pueyrredón; Manuel Belgrano y su primo, Juan José Castelli; Hipólito Vieytes, Antonio Beruti, Mariano Moreno, Feliciano Chiclana y Antonio Ezquerreña, a quien no veía desde hacía tiempo. Todos se hallaban exaltados y despotricaban contra las autoridades y el pueblo montevideanos que pretendían quedarse con los laureles de la reconquista. Hablaba mayormente Belgrano, conocido por su malquerencia con los del puerto de San Felipe.

—Es ilógica la pretensión a la que aspiran —se exasperó Belgrano, y su voz se afinó algunos tonos—. No porque hayan aportado unos ciento cincuenta hombrecillos de su milicia, los montevideanos pueden afirmar que son ellos los héroes de la reconquista. ¿Acaso han perdido el juicio? Su reclamo es insostenible.

—Temo al pensar en las infamias que habrá informado al rey ese mastuerzo de Ruiz Huidobro. —Nicolás Rodríguez Peña hablaba del gobernador de la Banda Oriental.

—Ellos destacan el accionar de la escuadra del capitán Gutiérrez De la Concha —expresó Moreno, en el rol de abogado del diablo.

—¡Esa escuadra en su gran mayoría pertenece al rey Carlos no a Montevideo! —se exasperó Beruti, de los más iracundos.

—Y ahora resulta que Ruiz Huidobro le exige a Liniers que le envíelas banderas apresadas durante la reconquista —comentó Diego José Pueyrredón.

—¡Esto ya pasa de juguete! —exclamó Beruti—. No estamos en circunstancias de que esos pazguatos se burlen de nosotros con sandeces.

—A Dios gracias, Liniers ya las entregó en Santo Domingo en cumplimiento de su promesa a la Virgen —acotó Vieytes.

—En el fondo de este pleito irrisorio —volvió a tomar la palabra Belgrano— se juegan otros intereses. Lo que Montevideo busca es granjearse el favor del rey para que les sean acordadas ciertas libertades comerciales que los independicen del puerto de Buenos Aires.

A Blackraven, que le importaba un adarme quién recogía los frutos de una reconquista, a su juicio, poco gloriosa, de algún modo esa contienda lo afectaba puesto que se planteaba como la razón principal para enviar a Pueyrredón a defender la causa de Buenos Aires en la corte madrileña. El alejamiento de Pueyrredón en ese momento amenazaba con complicar sus planes de independencia. Como todos ese mediodía, el criollo anhelaba la libertad de su tierra, sin embargo, desplegaba una actitud más combativa y decidida y una impaciencia a las que Blackraven había pensado sacar provecho. Apenas acontecida la reconquista, Pueyrredón solicitó a uno de los comandantes de línea del ejército de Liniers, Prudencio Murguiondo, sin vueltas ni retruécanos, que lo apoyase en el asunto de la independencia del virreinato, a lo que el militar se negó para luego comentárselo a Liniers, el cual definió la propuesta como un desatino. “Si este diálogo entre Pueyrredón y Murguiondo ha llegado a mis oídos”, conjeturó Blackraven, “de seguro Martín de Álzaga también lo sabe”. No por nada la idea de alejar a Pueyrredón de Buenos Aires con esa estúpida excusa había nacido en el Cabildo, donde el vasco imponía su voluntad.

—Luce feliz, don Juan Martín —comentó Blackraven, aprovechando que Pueyrredón se había retirado al patio.

—Este candiel es magnífico.

—Su debilidad son los dulces, entonces —bromeó Roger.

—Los dulces y las mujeres, excelencia.

—Ya me enteré de que anda pretendiendo a una doncella de familia decente, una joven virtuosa y bonita, hija de Ventura Marcó del Pont, ¿o me informaron mal?

—Su excelencia debe de ser la persona mejor informada de Buenos Aires.

—¿No interfiere en sus planes de matrimonio este viaje a Madrid?

—En cierta forma, pero acabo de otorgar un poder a favor de mi cuñado, Ruperto Albarellos, para que, en mi representación, celebre la boda.

—Estas cuestiones tan personales, de sabios es tratarlas uno mismo.

—Le agradezco la preocupación, excelencia, pero mi confianza en Albarellos es absoluta.

—¿Cómo ha tomado la señorita Marcó del Pont la noticia del viaje?

—Parece conformarse.

Blackraven asintió.

—Lamento que se aleje en este momento —expresó—. Su compañía de caballería no está aún consolidada y sabemos que, apenas los ingleses se reorganicen, intentarán de nuevo copar esta plaza.

—Mis húsares quedarán en manos de alguien, quizá, más idóneo que yo: mi amigo, Martín Rodríguez. Él administrará los fondos que su excelencia tuvo a bien donarnos, y lo hará de un modo más puntilloso y sensato que el mío.

—El señor Rodríguez parece un hombre cabal, pero permítame decirle, don Juan

Martín, que ninguno de los aquí presentes posee su genialidad ni redaños. Y teniendo en cuenta la anarquía en la que se ha sumido el virreinato desde la expulsión de los ingleses, donde las autoridades son pusilánimes y todos opinan a porfía, prescindir de hombres como su merced lo juzgo hasta peligroso. Por ejemplo, no estaríamos envueltos en esta ridícula contienda con Montevideo si el capitán Liniers hubiese exigido a las tropas la debida disciplina en lugar de permitir que las compañías montevidéanas y las porteñas se pelearan por los mentados honores como niños por un dulce.

—Es una situación vergonzosa, excelencia, lo sé.

—Le pido que revise su decisión de marcharse, don Juan Martín. Su desempeño en la defensa, en caso de un nuevo ataque inglés, será decisivo, como lo fue el 12 de agosto. Le aseguro que el gobierno de mi país querrá asegurarse esta plaza puesto que ponderará las incontables ventajas políticas y comerciales que posee. La complicada situación a la que Napoleón ha orillado a la Inglaterra la obliga a buscar nuevos mercados y puertos donde colocar sus frutos. Incluso considero que podría llegar a utilizar a Buenos Aires como bien de cambio en caso de un acuerdo de paz con la Francia. Eso, don Juan Martín, hay que evitarlo a como dé lugar. La independencia del Virreinato del Río de la Plata de la España nos preservaría de caer en manos de Napoleón.

—¿Su excelencia cree que el capitán Liniers busque los auspicios de Napoleón para independizar el virreinato?

—Podría ser. Supe que, al tiempo que le enviaba un informe de la reconquista al rey Carlos, le envió otro a Napoleón. —Pueyrredón levantó las cejas en señal de asombro—. No debería extrañarle, don Juan Martín. No se olvide que varios de los corsarios que tomaron parte en la reconquista eran franceses: Fantin, Mordeille, Duclos, Du Crepe. Como ve, don Juan Martín, no es tiempo de alejarse. Varias fuerzas antagónicas confluyen para hacerse con el poder en el virreinato. Insisto en que debería revisar su decisión.

De acuerdo con el vaticinio de Malagrida, Isabella y él almorzaron solos en la casa de San José; y con Michela, por supuesto, que se limitaba a comer y a escuchar. Siloé preparó un almuerzo especial, con tres tipos de carne —vacuna, de codorniz y un pejerrey asado con hierbas—, tortilla con chorizo colorado y gran variedad de verduras hervidas y crudas; de postre, una torta de complicada elaboración, cuya mezcla Siloé venía macerando en oporto y que mereció las felicitaciones de la agasajada. Retirado el último plato, Michela dijo que se recostaría un momento y se marchó. Isabella y Malagrida se ubicaron en el salón de música para beber bajativos y café. Isabella jugueteaba con las teclas del piano; siempre se azaraba un poco cuando quedaba a solas con ese hombre, y medía las palabras, buscando aquéllas que

pudiesen agradarle o interesarle.

—¿Le duele que Roger y Victoria no la hayan acompañado a almorzar?

—No, en absoluto. Con Alejandro aprendí a no contar; de igual modo, prometió acompañarme durante la cena. En cuanto a Victoria, bueno, está un poco sentida porque sostiene que no intercedo ante mi hijo como debería para enmendar las cosas entre ellos.

—¡Interceder ante Roger! ¿Acaso Victoria no lo conoce? ¿Quién puede torcerle esa voluntad de acero toledano que tiene?

—Nadie —admitió Isabella—, como no sea esa chiquilla que tomó por esposa. Me gustaría conocerla en profundidad. Me intriga, lo confieso.

—Desde hace unos días vive a pocas calles de aquí, en casa de doña Rafaela del Pino. Si quiere, puedo acompañarla. Yo también deseo hacerle una visita.

—No lo sé, Gabriel. Victoria podría ofenderse.

Malagrida asintió. Bebieron en silencio el té de manzanilla y caléndula.

—Isabella —dijo el jesuita, de pronto—, ¿lo juzgaría un atrevimiento de mi parte si la obsequiase en el día de su natalicio?

Hacía tiempo que la mirada de un hombre no le ocasionaba ese golpeteo súbito en el pecho. Apoyó la taza sobre la pequeña mesa, carraspeó y dijo:

—En absoluto. ¿Por qué habría de juzgarlo un atrevimiento?

Malagrida metió la mano en su faltriquera y extrajo un pequeño estuche de terciopelo verde. Al recibirlo, Isabella se turbó como una doncella. Levantó la tapa y cohibió una exclamación: la sortija, una pieza exquisita en oro con pequeñas incrustaciones de esmeraldas, rubíes, zafiros, topacios, amatistas y turmalinas rosas y verdes, la dejó boquiabierta no sólo por su belleza sino por tratarse de un obsequio muy personal e íntimo, que los hombres les entregaban a sus prometidas. Como Isabella no levantaba la vista ni pronunciaba palabra, Malagrida llenó el vacío, un poco nervioso.

—La compré en mi último viaje a Venecia. Apenas la vi, pensé que era como usted, impactante, llena de vida y energía. Llena de color. Me hizo pensar en su sonrisa.

—Gabriel —habló Isabella, con voz engolada—, es el regalo más hermoso que he recibido en mi vida.

Aunque Malagrida no le creyó, se sintió igualmente dichoso. La emoción de Isabella lo alcanzaba como oleadas, lo mismo que el perfume a violetas con el que siempre la identificaba.

—Permítame —se excusó el jesuita, y le mostró que en el interno del anillo había hecho grabar el nombre de ella.

“Es casi una declaración de amor”, pensó Isabella, pasmada ante su propio comportamiento, el de una novata. Había vivido muchas escenas como ésa sin perder

el dominio, salvo en la ocasión en que, aún cándida, se dejó amar por el padre de su hijo. Malagrida le tomó la mano izquierda y le colocó la sortija, que le sentaba perfecta en el anular.

—Como a medida —manifestó, con una sonrisa de deleite—. ¿No le gustaría ver cómo el sol se refleja sobre las gemas? Es un bonito espectáculo. Hay un paseo a cuadras de aquí, la Alameda la llaman, que es muy agradable. ¿Le gustaría acompañarme? A esta hora, los porteños hacen su siesta y no hay nadie.

—Es un hermoso día de primavera para dar ese paseo. Iré por mi mantilla y mis guantes.

Caminaron por la calle de las Torres hacia el Bajo, bordeando la Plaza Mayor; después, cruzaron el arco principal de la Recova y circundaron el foso del Fuerte. Ante la soledad de la Alameda, Isabella se tomó del brazo de Malagrida, una costumbre mal vista entre los porteños. Hablaron de Blackraven, de su complicada situación con dos esposas y un hijo en camino, e Isabella se dio cuenta de que abandonaba sus escrúpulos y cobraba confianza junto a ese hombre al que tanto deseaba agradar.

—De algo estoy segura, mi hijo obtendrá la anulación o el divorcio y volverá a casarse con esa chiquilla, y le importarán un ardite el escándalo y el descrédito.

—¿Cree que el duque de Guermeaux lo permita?

Isabella se cubrió la boca para disimular una risa sardónica.

—Alexander tiene, sobre su hijo, menos ascendiente que yo.

—Guermeaux es un hombre poderoso de la Inglaterra. Podría apelar a sus influencias e impedir que una u otra alternativa, me refiero a la anulación o al divorcio, lleguen a concretarse.

—No se atreverá. En primer lugar porque teme a la ira de Alejandro, lo sabe capaz de emprender cualquier acción, lo sabe inescrupuloso y temerario. En segundo lugar, el duque de Guermeaux ya no es el hombre que me arrebató a mi hijo. Ha cambiado. Antes de emprender nuestro viaje hacia aquí, lo noté viejo y vulnerable.

—Ah, estuvo con él.

—Bruce, su hermano, juzgó necesario comunicarle la aparición de su nuera.

—¿El duque... con usted...? ¿La trata con respeto?

—Oh, sí, infinito respeto. Ahora que ha enviudado, se ha vuelto suave y gentil.

—Conque ha enviudado.

—Sí, a principios de año. Ha sido un duro golpe para él. La quería mucho.

—¿Intentará conquistarla de nuevo a usted?

Aun Malagrida se sorprendió de su impertinencia. Isabella se detuvo y lo miró con una sonrisa.

—¿Le molestaría, Gabriel?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo la quiero para mí.

Le pasó las manos por el talle y la acercó a su cuerpo. Se sostuvieron la mirada antes de que Isabella dejara caer los párpados para sentir mejor los labios de Malagrida sobre los de ella. Le gustó la suave caricia del bigote y el modo experto en que pugnaba por penetrar en su boca hasta obligarla a abrirse y permitirle entrar. La emocionó el despojado ardor con que la besaba y el sentimiento que despertaba en ella, una excitación que explotaba en su pecho, la cual había creído perdida con los años de juventud. Malagrida apartó sus labios de los Isabella para recorrer el delicado filo de su mandíbula y de su cuello.

—Te he amado desde aquel primer día cuando te vi salir hecha una furia del despacho de Barère.

—¿De veras te gusto?

—¿Si me gustas? ¡Me vuelves loco!

—¿Por qué has tardado tanto en confesármelo? Pensé que me juzgabas frívola y poca cosa.

—¡Isabella! ¿Qué dices? Eres la mujer más fascinante que he conocido.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto en hacérmelo saber?

—Porque tu hijo jamás aprobaría nuestra relación.

—Mi hijo no se mete en mis asuntos como yo no me meto en los de él.

—En este caso, lo hará, créeme. Conoce un secreto de mi pasado.

—Nada que puedas decirme me sorprenderá o escandalizará. Sabe Dios que no he sido una monja.

—Precisamente —dijo Malagrida—, yo soy un cura.

—¿Un cura? —repitió Isabella, porque no había entendido.

—Un cura, un sacerdote.

—Oh.

—Pertenezco a la Compañía de Jesús. Soy un jesuita.

—Oh.

—Si las autoridades del Virreinato del Río de la Plata llegasen a conocer mi verdadera identidad, me apresarían. Recuerda que por la *Pragmática Sanción* del año 67, tu padre, Carlos III, nos expulsó de la España y de todas sus colonias ultramarinas.

—¿Qué ironía que haya sido mi padre!

—Igualmente, fue un buen rey.

—¿De veras lo crees? —Malagrida asintió—. ¡Cuánto lo siento! —dijo, y se abrazó a él—. Has debido de sufrir horribilmente todos estos años, ocultándote, llevando una vida que no te pertenece.

—Pude haberme incorporado al clero secular, como muchos de mis compañeros, o huir a Rusia, donde la emperatriz Catalina nos recibía gustosa. Sin embargo, mi

espíritu me llevó por otros derroteros más mundanos. He sido muy feliz, Isabella. Te he conocido a ti. —Se contemplaron con fijeza y seriedad—. ¿No te importará amar a un hombre de la Iglesia?

—Me he entregado a tantos crápulas a lo largo de mi vida que amar a un hombre santo podría ser un cambio saludable, ¿no crees?

—¿Llegarás a amarme?

—Ya te amo.

—¿Y no te importa que no pueda casarme contigo como mereces?

—He llegado soltera a los cincuenta y cuatro años, ¿para qué innovar a esta altura de mi vida?

—Roger se opondrá.

—Deja que lo intente y sabrá de qué es capaz su madre, la escorpiana.

Reemprendieron la caminata alejándose de la ciudad hacia el norte. A poco, avistaron un grupo de lavanderas que, sobre la marisma, desparramaba sus bateas y vocinglería. Se quedaron observándolas.

—Gabriel...

—¡Cuánto tiempo esperé que pronunciaras mi nombre! ¡Qué hermoso suena de tus labios!

—¡Desde hace años te llamo Gabriel! —rió Isabella.

—Sí, pero ahora es distinto.

—¡Gabriel, Gabriel! —exclamó para complacerlo, entre risas de dicha—. ¡Qué feliz me siento, Gabriel! ¡Qué feliz me haces!

Se besaron, y las lavanderas los alentaron desde la orilla del río. Isabella se separó de Malagrida y las saludó con la mano.

—Ven, volvamos. Ibas a decirme algo.

—Iba a preguntarte qué haremos de ahora en más.

—No lo sé. Pero cuando podamos dejar esta ciudad, te llevaré en el *Sonzogno* hasta la isla de Sicilia, donde compré una *villa* a orillas del Mediterráneo pensando sólo en ti. Allí quiero que tú y yo pasemos una temporada.

—¡Suena maravilloso! ¿Sabías que mi madre era siciliana, verdad?

—Lo sabía.

—¿Cuánto tiempo crees que Alejandro te retendrá en el Río de la Plata?

—No lo sé. Necesita a su gente cerca para resolver algunos asuntos pendientes.

Caminaron de regreso ajenos al entorno que empezaba a cobrar vida después de la siesta. Conversaban sobre la *villa Santa Ágeda*, la que Malagrida había adquirido en la ciudad de Marsala, en Sicilia. Le contó que tenía viñedos y grandes sectores con árboles frutales, en especial naranjos y limoneros, y una casa del siglo XVII muy bonita, aunque necesitada de una remozada. Se entusiasmaron con la idea de decorarla juntos. Apenas entraron en el recibo de San José, los alcanzó el vozarrón de

Blackraven; parecía furioso. Sus imprecaciones los guiaron hasta el despacho. Abrieron la puerta sin golpear.

Se notaba que Blackraven acababa de llegar, ni siquiera se había quitado los guantes. Edward O'Maley se hallaba de pie junto a una silla ocupada por la negra Gabina, que lloraba a moco tendido.

—Mira, negra condenada —dijo Roger—, mi paciencia pende de un hilo. O me dices dónde se oculta doña Bela o te mando dar quinientos azotes para que mueras.

Malagrida, que adivinó la intención de Isabella de mediar por la esclava, la sujetó por el brazo y negó con la cabeza, imprimiéndole a su gesto una mueca de severidad. La condujo al corredor y le explicó:

—No interfieras, Isabella. Esa muchacha está sospechada de intentar algo contra la vida de Melody.

Desde la desaparición de la esclava, el sábado primero de noviembre, Edward O'Maley y dos de sus hombres habían montado guardia en las inmediaciones de la casucha de su amante, el tercerón del Mondongo, de acuerdo con la información de Berenice. Se figuraban que el hombre regresaría por algunas pertenencias que había en el interior de su casa. Las sospechas probaron ser ciertas: el tercerón junto con Gabina, muy embozada, apareció a la hora de la siesta. O'Maley, de guardia en ese momento, debió reducir al negro que intentó acuchillarlo y correr dos cuabras detrás de Gabina.

—¡Habla! —Blackraven la tomó por el brazo y la sacudió.

—Te conviene decir lo que sabes, muchacha —contemporizó O'Maley—. De ese modo te salvarás de los azotes.

—Ya le dije cómo fue todo, amo Roger. Me encontré con la ama Bela en la calle, me pidió que le entregase el pote con dulce a miss Melody de parte de su hermana, la señorita Leo, y todo a cambio de un broche, uno que vale mucho, que a mí me gustaba de cuando trabajaba en la calle de Santiago.

—¿Dónde está ese broche?

—La ama Bela prometió dármelo después de que yo entregara el dulce a miss Melody, pero no apareció ese día como habíamos quedado.

—¿Le preguntaste para qué quería hacer llegar ese pote con dulce a miss Melody?

—Sí, pero no quiso decirme. Y me aclaró que, luego de entregarlo, debía fugarme. Yo tuve miedo, amo Roger, y por eso huí.

—¿Dónde se esconde doña Bela? —insistió Blackraven.

—No lo sé, amo Roger, se lo juro por la salvación de mi alma. —Se hizo la cruz sobre los labios tres veces.

—¿Dónde se esconde Cunegunda?

—Tampoco lo sé.

Lo sabía, Cunegunda se lo había dicho, de ese modo había podido conducir a

Ovidio aquel día a casa de la bruja Gálata para que Victoria le pidiese ayuda. “Antes muerta que echar de cabeza a la pobre Cunegunda. Me importa un pimiento la ama Bela, pero Cunegunda es otra cosa”.

—¿Conoces a alguien de nombre Enda Feelham?

—¿Enda qué?

—¡Enda Feelham! —se descontroló Blackraven.

—¡No, amo Roger! ¡No sé de quién me habla!

Blackraven se movió hacia la puerta y, a gritos, convocó a Somar.

—Encépala. Después veré qué hago con ella.

Gabina se echó de rodillas y suplicó por piedad.

—¡Quítala de mi vista antes de que la mate con mis propias manos!

Somar debió arrastrarla fuera. Blackraven cerró con un portazo. Se quitó los guantes y la chaqueta y los arrojó sobre el diván. Se sirvió una medida doble de whisky e hizo fondo blanco.

—¡Esto es un galimatías! —expresó por fin.

—Lo imposible de desenmarañar aquí —opinó O’Maley— es la relación existente entre Enda Feelham y Bela Valdez e Inclán.

—De hecho —explicó Roger—, se conocieron a principios de año, mientras Bela hacía investigar a Isaura. No olvides que fue Enda la que le facilitó el veneno para liquidar a Alcides a cambio del paradero de su sobrina. Así fue cómo ese mal nacido de Paddy Maguire pudo secuestrar a Isaura en el Retiro. Pensé que Enda Feelham y Bela no habían vuelto a verse, pero estimo que me equivoqué. ¿De qué otro modo se habría enterado Enda Feelham de la entrega de ese dulce?

—De lo que no tengo duda es de que estaba envenenado.

Blackraven soltó un bufido a modo de aquiescencia.

—Si es cierto que el dulce estaba envenenado, lo que más me desconcierta —expresó— es que Enda Feelham le haya salvado la vida a Isaura cuando sé que la aborrece. ¿Qué carajo se trae entre manos esa maldita?

Por la contraventana abierta de su habitación le llegaba el murmullo de la fiesta que tenía lugar en la casa de la virreina vieja esa noche del 10 de noviembre, día del natalicio de Blackraven. Melody, por supuesto, no tenía permitido participar y, sentada en una silla, con las manos sobre el vientre y los ojos cerrados, permitía que la música tan bien interpretada por la orquesta la envolviese. Tocaban una pieza de Boccherini, el minué de uno de sus famosos quintetos. Se sentía tranquila y a gusto, y ya se le había pasado el enojo por la conversación sostenida con doña Magdalena de Álzaga el día anterior, cuando la llevó junto a la fuente del primer patio para expresarle, sin ambages, que Blackraven pretendía arruinar a Álzaga.

Álzaga nunca había sido santo de su devoción, ni siquiera cuando era amigo de

Roger. ¿Por qué debería interceder para aplacar la ferocidad de Blackraven? ¿Acaso no era su hermano una víctima de la saña del vasco? “En honor a la verdad”, se dijo, “Tommy se buscó el lío en que se metió”. De igual modo, no podía tender una mano para ayudar al enemigo. Entonces, le vinieron a la mente las caritas de María Agustina y María Anastasia, que desde hacía unos días se presentaban todas las tardes a tomar clases de música. Les había tomado un gran cariño pues eran adorables, desprovistas de los artificios de la madre y de las mañas del padre; su candor las volvía vulnerables, y Melody se dijo que ellas terminarían convertidas en las verdaderas víctimas de la guerra entre Álzaga y Blackraven.

Llamaron a la puerta. Se levantó con dificultad, emocionada y nerviosa. “Es Roger”, adivinó, que se escabullía de la fiesta para saludarla. Había pensado en él todo el día e imaginado el momento en que le entregase su obsequio. No valía nada, era tan sólo un terno de pañuelos de breaña, pero ella les había bordado la I y la R entrelazadas y se ufanaba de su labor.

Se ajustó la bata y se mesó las sienes. Abrió. Frente a ella, espléndida en un traje de tisú de plata, se hallaba la baronesa Ágata de Ibar. La había conocido días atrás, a poco de llegar a casa de doña Rafaela, y creyó que no volvería a sufrir el disgusto de su presencia.

—¿No me invita a pasar, señorita Maguire?

—Disculpe, señora baronesa, pero me disponía a dormir.

—Sólo será un momento —replicó Ágata, y entró.

Tomó asiento y desplegó su abanico con un golpe seco.

—Le hago esta visita porque imaginé que estaría sola y aburrida.

—Disfrutaba de la música, pero, como le dije, me disponía a dormir. Le rogaría...

—¿No quiere que le cuente acerca de los pormenores de la velada?

Habló de los invitados: que acababa de conocer a la madre de Roger y a su esposa, Victoria Trewartha, magnífica en un vestido de muselina color lavanda; que Isabella sólo bailaba con el capitán Malagrida, muy elegante en su levita oscura; que el vestido más soberbio era el de Simonetta Cattaneo; y que Victoria, sin duda hermosa, lucía poco saludable.

—Le agradezco que haya venido a visitarme, señora baronesa, pero, como...

La puerta se abrió. Blackraven, al descubrir a la baronesa, se detuvo en el umbral. Ágata se llevó el abanico cerrado a la boca para sofrenar una risotada.

—Vaya, vaya, excelencia. No quiero imaginar lo que diría nuestra anfitriona si lo pillase aquí.

Melody descubrió un entendimiento en ese cruce de miradas, cierta confianza e intimidad.

—Fuera —dijo Blackraven, y se apartó para dar lugar—. He dicho fuera.

El estupor impidió a Melody reaccionar. Vio cómo la baronesa, con aire dolido,

recogía el faldón de su guardapiés y se marchaba; al pasar junto a Blackraven, le dirigió otra mirada sibilina.

—¿Qué hacía aquí esa mujer? ¿Qué ha venido a decirte?

—Dijo que venía a visitarme. —Melody se desazonó pues el entusiasmo por entregarle los pañuelos se había esfumado.

—No quiero que te acerques a ella. No es una buena persona.

—¿Qué hay entre tú y ella? —preguntó Melody, a quemarropa.

—¡Nada, Isaura! ¿Qué habría? ¡Por amor de Dios! ¿No creerás que entre esa baronesa viperina y yo existe algo?

—Es lo que todos dicen.

—Y tú siempre das crédito a “todos” antes que a tu esposo. ¡No te atrevas a decirme que no soy tu esposo!

—Os mirasteis de un modo —lloriqueó Melody—, como si existiera confianza entre vosotros.

—Esa mujer es una descarada que se me ofrece sin remilgos. He tenido que enfriar mi amistad con su esposo, a quien considero un gran hombre, a causa de sus avances. No la respeto, Isaura.

Melody se estrujaba las manos y contemplaba a Blackraven a los ojos tratando de descubrir si mentía.

—Cariño —cedió él—, no te inquietes. No imagines cosas que no son. Amándote como te amo, ¿crees que tendría deseos de llevarme a otra a la cama?

—Tú la conociste en Río de Janeiro —se empacó Melody.

—¿Qué hay con eso?

—La conociste cuando estabas furioso conmigo.

—Rabioso —bromeó él, y la abrazó—. Dime, ¿has pensado en mí todo el día? Melody sacudió la cabeza. No cedería, no aún, las dudas la mortificaban.

—¿Así que no has pensado en mí? ¿Acaso no sabes qué día es hoy?

—Sí, el de tu natalicio.

—¡Ah, lo recordaste!

—Cómo no recordarlo, si en lo único que pienso es en ti y en tu hijo.

—Ya sabía yo que habías pensado en mí todo el día.

—¡Tu vanidad me irrita!

—Y tú, enojada, me excitas.

—No dejaré que me toques, Roger. Doña Rafaela notará tu ausencia en el salón y sabrá dónde encontrarte. Vete, vete, no quiero problemas con ella.

—¿No estarás volviéndote una pacata como la virreina vieja, verdad?

—Tú quisiste que viviese aquí. Ahora, arrostra las consecuencias. Vete.

—Está bien, me iré. Pero acabada la fiesta, vendré a recoger mi regalo.

La besó con ardor antes de abandonar el dormitorio. Bajó las escaleras a paso

rápido y, al pie, se topó con Ágata de Ibar.

—Veo que lo han dejado con las ganas —dijo, y, antes de que pudiera acariciarlo entre las piernas, Blackraven le sujetó el brazo y se lo torció en la espalda; si aumentaba un poco la presión, le quebraría el hueso. El dolor debía de ser intolerable, con todo, la baronesa no se quejaba; incluso encontró bríos para manifestar:

—Yo podría satisfacerlo en este instante, si su excelencia me lo permitiese.

—Usted no podría satisfacerme de ningún modo, señora, puesto que me da asco. No vuelva a acercarse a mí o a mi mujer porque...

—¿Porque qué?

—Porque me veré en la penosa necesidad de hablar con su *esposo*.

—¡Ja! Mi esposo conoce muy bien mis intenciones de acostarme con su excelencia, y cree que tengo muy buen gusto por eso.

Blackraven la soltó con tal violencia que Ágata terminó en el suelo.

—No vuelva a acercarse a mi mujer, Ágata, se lo advierto. Mis recursos para sacármela de encima son infinitos. Y si no eché mano de ellos hasta ahora fue por mi amistad con João Nivaldo, pero si él demuestra ser un patán igual que usted, no me importará entonces actuar como acostumbro y cortar por lo sano.

—¿Y a qué se refiere con “cortar por lo sano”?

—Créame, señora baronesa, no le gustaría saberlo.

Volvió a la fiesta en un estado de agitación y furia que trató de aplacar con algunos tragos. Todavía inquieto, vio que Liniers se aproximaba para saludarlo.

—Excelencia, es un placer encontrarlo esta noche.

—Gracias, capitán. Lo mismo digo. ¿Recibió la entrega de bridas y monturas para su ejército?

—¡Sí, sí! Excelente remesa, excelencia. Sus cueros son superiores y sus talabarteros del Retiro, muy hábiles.

Ratificaron las condiciones de pago, y Liniers manifestó que con ningún comerciante habría obtenido mejores. Blackraven cambió el gesto, carraspeó y dio la espalda a la fiesta para expresar:

—Hay una cuestión de delicada naturaleza que me gustaría tratar con vuestra merced, capitán.

—Adelante, excelencia.

—Se trata de un préstamo que el señor Zorrilla hizo a vuestra merced tiempo atrás. —La fisonomía afable de Liniers se alteró enseguida—. Verá, usted, capitán. El señor Zorrilla, algo corto de liquidez para afrontar el giro de sus negocios, se presentó días atrás en mi casa y me ofreció venderme el crédito que tenía con su merced. Dada mi larga amistad con Zorrilla, no pude negarme y procedí al descuento de los pagarés.

—¡Qué extraño! Fue el propio Zorrilla quien me ofreció el préstamo. Para la

causa del ejército, manifestó.

—Le surgió la posibilidad de adquirir un fondo de comercio en la ciudad de Córdoba, un negocio muy ventajoso al cual no podía negarse. De modo, capitán Liniers, que ahora vuestra merced está en deuda conmigo. —Lo dijo imprimiéndole a su tono una nota divertida.

—Así que estoy en deuda con su excelencia —repitió el francés, y Blackraven tuvo la impresión de que ganaba tiempo para asimilar la noticia—. En breve será exigible la primera asignación, ¿verdad?

—No lo recuerdo bien —mintió—, aunque le ruego que no se aflija si no tiene el contante para cancelar el pagaré. Soy un acreedor benévolo.

Liniers sonrió, una sonrisa impostada que enmascaraba la sensación de fragilidad que ese hombre le provocaba. La sonrisa de Blackraven, amplia y de magníficos dientes blancos, asemejaba a la de un lobo hambriento.

“Debe de presentir que el cerco se cierra en torno a él”, conjeturó Blackraven, mientras se alejaba en dirección de su madre, a quien Malagrida no abandonaba ni un momento. Desde el límite de la pista de baile, descubrió a Victoria bailando la polca con Álzaga. “Te equivocas si piensas que llegarás a mí a través de ella”, y se acordó de que el vasco ya había tendido sus redes para ganar la buena voluntad de Melody. Pronto lo convocaría a la casa de San José donde trocarían favor por favor.

Capítulo XXIII

Victoria se preparó con esmero; le pidió a Berenice que la peinara con el cabello suelto y que sólo recogiera los mechones en torno al rostro usando las presillas de madreperla que Blackraven le había traído de un viaje años atrás. Se aplicó el costoso afeite de Isabella para cubrir ojeras y manchas; frotó el papel de carmín para realzar sus pómulos y lo pasó también por sus labios; y apenas se ennegreció las pestañas con un carbón. El espejo le devolvió una imagen satisfactoria. “A pesar de todo, aún sigo siendo hermosa”, como la mujer ideal, de tez blanca, cabellos largos y rubios, mejillas sonrosadas, tersas y sin pecas, labios rojos y dientes blancos y parejos. Berenice la ayudó a colocarse la bata de cotilla de crea azul Francia con detalles de breña en torno al escote, un acierto ya que la tonalidad del género subrayaba el celeste de sus ojos y el dorado de su cabellera. La esclava la roció, por delante y por detrás, con su perfume de ládano.

—¿Está listo el coche?

—Sí, señora condesa. Ovidio la espera en la puerta principal.

Caminó por el corredor, cruzó el patio principal y alcanzó el recibo desde donde, mientras se colocaba los guantes y se cubría la cabeza con serenidad, avistó al cochero junto a la portezuela abierta y con la gradilla desplegada. Salió.

—Ovidio, llévame, por favor, a lo de del Pino.

Simonetta Cattaneo le había comentado que doña Rafaela recibía todos los días a partir de las cuatro de la tarde. Por eso, si se presentaba a esa hora —eran las tres—, nadie las importunaría. En parte la motivaba la curiosidad, quería conocerla, quería averiguar qué encanto de Melody Maguire había cautivado a Roger. Se daba cuenta de que el abismo se profundizaba entre ella y su esposo; no sabía a qué armas recurrir para atraerlo, lo había intentado todo, hasta un filtro de amor le había dado a beber. “Si no puedo quebrar la voluntad de Roger, tal vez consiga quebrar la de ella”. Se había convencido de que Melody Maguire le entregaría al hijo de Blackraven y luego desaparecería si ella utilizaba las palabras correctas. Simonetta había intentado persuadirla.

—¿Has perdido el juicio, Victoria? Nunca lograrás que te entregue a su hijo. No vayas a verla. Te humillarás en vano. Acepta el dinero que te ofrece tu esposo y ayúdalo a conseguir la libertad que tanto quiere. Tú, por tu parte, dedícate a vivir la vida como yo, sin ataduras ni hombres a quienes agradar.

Aunque se trataba de un sabio consejo, Victoria no sabía cómo detener ese impulso que la conducía a la casa de la virreina vieja donde enfrentaría a su peor enemiga. De pie frente a la puerta, se preguntó qué estaba haciendo. “Es una locura”. Dudó, estuvo a punto de dar media vuelta y subirse al carruaje. Inspiró profundamente y sacudió el aldabón dos veces. Una esclava entreabrió una hoja.

—Vengo a ver a la señorita Maguire.

—¿Quién la busca?

—La condesa de Stoneville.

La esclava la guió por un patio de recepción hasta el vestíbulo, desde donde le llegó el sonido de un piano; alguien practicaba las escalas con poca destreza. A una indicación, pasó a una salita pequeña donde esperó sin tomar asiento. Al verla avanzar por el vestíbulo con el vientre abultado y el paso cansino, se le ablandó el corazón; llevaba el pelo suelto, larguísimo y de sólidos rizos, y un atuendo de saya y justillo de algodón. De pronto, deseó no haberse emperifollado tanto. La sencillez de Melody Maguire, su comodidad en la simpleza, la hizo sentirse ridícula.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Espero no haber interrumpido nada importante.

—Estoy dando mis clases de música.

—Ah.

—Me dijo Fabiana que deseaba verme. Siéntese, por favor. ¿Desea algo de beber?

—No, gracias.

Más allá de su aire de entereza y seguridad, Victoria entreveía, en el temblor de sus manos y en la súbita sequedad de sus labios, que Melody disimulaba una fuerte impresión.

—Señorita Maguire, se preguntará por qué he venido hoy hasta aquí. —Melody guardó silencio—. Por supuesto, lo imaginará. Nuestro problema común es Roger. Seré franca e iré al grano. Esta penosa situación debe llegar a su fin. No es justa para mí ni para usted. No soy culpable de no haber muerto, y, por cierto, usted no es culpable de haberse casado con mi esposo. Él es un hombre de gran nobleza y sentido del deber y no querrá desampararla ahora que pronto tendrá a su hijo. Pero debe entender que esta situación perjudica su buen nombre como futuro duque de Guermeaux. Mi suegro jamás admitirá que nuestro matrimonio sea anulado, menos aún que nos divorciemos. Por lo tanto, yo seguiré siendo su esposa hasta que muera y usted, su... ¿qué? ¿Su amante? ¿La madre de su hijo? No se merece ese lugar, Melody. Lo que merece es formar una familia y volver a encontrar la felicidad.

—¿A qué ha venido? —Melody se puso de pie y Victoria la imitó.

—A pedirle, a suplicarle que se aparte de la vida de Roger.

—Bien sabe que lo he intentado. Apenas supe de vuestra existencia, huí del que consideraba mi hogar para darle a su merced el sitio que le correspondía. Ha sido Roger quien me ha buscado, una y otra vez.

—¿Sabía usted que, desde hace unos días, él y yo hemos vuelto a vivir como marido y mujer?

Era su turno de replicar, pero se había quedado sin voz. Quería inspirar y no lo conseguía, como si tuviera taponadas las fosas nasales. Por fin, sus pulmones se

colmaron de un aire espeso a causa del perfume de Victoria, que le provocó un vuelco en el estómago.

—Si eso es verdad —dijo, con voz chillona que la avergonzó—, no comprendo a qué ha venido.

—Porque no quiero compartir a mi marido con nadie. El hijo que usted y Roger pronto tendrán es un lazo que los une para siempre, y su fantasma rondará sobre nosotros sin darnos paz.

—Mi hijo tiene derecho al amor de su padre.

—¡Por supuesto que lo tiene! Por eso he venido a pedirle que, cuando nazca, me lo entregue para que yo lo eduque como el futuro duque de Guermeaux. Piense en el bien del niño, ¿qué obtendría si permaneciese a su lado? El descrédito de ser un bastardo, de ser el hijo de la querida de su padre. Conmigo, en cambio, será considerado el legítimo heredero del clan Guermeaux, admirado en los círculos más selectos de la Inglaterra...

Melody permitía que Victoria avanzase en su arenga porque no conseguía salir de su estupor. “Mi hijo es mío”, repetía, pero se daba cuenta de que Victoria no la escuchaba porque seguía moviendo la boca para exponer sus razones. No oía la voz de Victoria sino el clamor en su interior que iba en aumento, como si se tratase de una muchedumbre que se aproximaba desde calles lejanas. “Mi hijo es mío y de nadie más. Mi hijo me pertenece. Antes muerta que separarme de él. Mi hijo es mío”.

—¡Mi hijo es mío! —La declaración salió como un alarido—. ¡Mi hijo es mío! ¡Jamás lo entregaré! ¡Jamás! ¡Antes tendrá que matarme! ¡Mi hijo es mío! ¡Mi hijo es mío! ¡Mi hijo es mío! —En tanto lo repetía, se aproximaba a Victoria y ésta retrocedía—. ¡Quédese con Roger si quiere! ¡Pero mi hijo es mío! ¡De mis entrañas! ¡Ahora váyase! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Victoria corrió hacia el vestíbulo. Melody, resollando y temblorosa, prestó atención al lejano traqueteo de sus botines sobre el solado del patio de recepción, y recién al oír el chasquido de la puerta principal al cerrarse, soltó el aliento y se desplomó en una silla. Le latía la cabeza y sentía calientes los carrillos y seca la boca. Sus gritos habían congregado a las niñas y a algunas esclavas, que la inquirían a porfía. Muy mareada, se apoyó en la nieta mayor de doña Rafaela y le pidió que la ayudara a alcanzar su habitación en el piso de arriba. Antes de llegar a la escalera, un retorcijón en el bajo vientre la dobló.

Temprano esa mañana, Blackraven le había enviado una nota a Álzaga convocándolo a la casa de San José. *“He sabido que V.S. ha venido a buscarme en algunas ocasiones. Si todavía mi asistencia puede serle de utilidad, me encuentro a disposición de V.S. en mi casa de la calle de San José número 59, hoy, 14 de noviembre, a las cuatro de la tarde”*. Hacía tiempo que postergaba esa reunión y

había terminado de decidirse algunas noches atrás, la de su cumpleaños, cuando, una vez terminada la fiesta de doña Rafaela, se coló en la habitación de Melody para hacerle el amor y ella le contó que la tarde anterior, doña Magdalena de Álzaga le había implorado que intercediese por su esposo. “No ha perdido el tiempo”, pensó Blackraven.

—Sabes que nunca he sentido respeto, menos aún afecto, por don Martín y su esposa. Sin embargo, ahora existen razones que me impulsan a pedirte que no arruines sus negocios. Sé que los motivos que te llevan a actuar así son por culpa de mi hermano y por mi culpa.

—Si alguien te inflige un daño es como si me lo infligieran a mí.

—Lo sé, cariño, pero no deseo que lo perjudiques.

—Entonces, das por cierto que quiero arruinarlo.

—Sí.

Blackraven rió.

—¿Y qué piensas de mí? ¿Que soy un perverso, un mal hombre?

—Pienso que tu experiencia en cuestiones de esta índole es muy superior a la mía. Yo no soy una mujer de mundo y desconozco la naturaleza humana. Por lo tanto, no tengo nada que decir acerca de tus decisiones. Confío en tu criterio, Roger. Sin embargo, días atrás, María Agustina y María Anastasia, las hijas menores de Álzaga, comenzaron a tomar clases de música conmigo y me he encariñado con ellas. Son dos criaturas adorables, dulces y amorosas. Pienso que, si perjudicases a su padre, ellas, en realidad, serían las que sufrirían las consecuencias.

Recordó esas palabras echado en el diván de su escritorio mientras esperaba la llegada de Álzaga. Al oír que llamaban a la puerta principal, consultó el reloj. Las cuatro en punto. Abandonó el diván, se puso la levita y se ajustó la coleta.

—Adelante —dijo, y Gilberta indicó a Álzaga que entrase—. Buenas tardes, don Martín.

—Buenas tardes, excelencia. Gracias por recibirme.

—Por favor, tome asiento. Desea tomar algo fuerte —señaló las garrafas con distintas bebidas espirituosas— o café.

—Café estará bien.

—Café para los dos, Gilberta, y que nadie nos moleste.

—Sí, amo Roger.

Blackraven ocupó su butaca, frente a Álzaga, y, apoyando los codos sobre el escritorio, se llevó las manos a los labios como si orase. A Álzaga le dio la impresión de que el semblante de Blackraven se oscurecía. Carraspeó antes de tomar la palabra.

—Excelencia, como le decía, le agradezco que me haya recibido...

—Don Martín —lo interrumpió—, antes de que exponga en qué puedo serle de utilidad, quería pedirle un favor.

—Oh, por supuesto, excelencia, por supuesto. Lo que su merced guste.

—Verá. Se trata de uno de sus esclavos. Días atrás, llegó a nosotros un niño muy pequeño, que es hijo de una esclava de vuestra propiedad, recientemente fallecida a causa de la viruela.

—Ah, sí. El hijo de Rufina. Creí que también había muerto.

—Entiendo que, después de enterrar a su madre, Justicia llevó a Rafael a vuestra casa, pero vosotros preferisteis no recibirlo por temor a que hubiese contraído la enfermedad que se llevó a su madre.

La declaración incomodó al vasco. Como miembro de la Tercera Orden de San Francisco, tenía obligaciones con sus semejantes que en nada se relacionaban con expulsar esclavos enfermos ni abandonar niños huérfanos.

—Rafael no murió, don Martín. Está bien de salud, al cuidado de mis esclavas. El favor que deseaba pedirle es que me lo venda.

—Oh, sí, sí, encantado. Se lo vendo, sí, sí.

—¿Considera apropiado un precio de veinticinco pesos? —Se trataba de un valor muy bajo, pero Blackraven se disponía a tantear a qué nivel ascendía la desesperación de Álzaga.

—Bueno, veinticinco pesos... Creo que... Bueno, está bien. Acepto.

—Gracias —expresó Blackraven, con moderación—. Mañana pasaré por su tienda a entregarle el dinero. ¿Podrá tener los papeles listos, don Martín?

—Sí, sí, claro. En cierta forma —comentó, tras una pausa—, me alegra haberle vendido este niño a su excelencia puesto que habría significado una boca más que alimentar sin posibilidad de obtener de él ninguna renta hasta dentro de muchos años. Y en el estado en que están mis finanzas...

—¿Qué ocurre con sus finanzas?

—De eso, precisamente, quería hablarle, excelencia.

Apareció Gilberta con el café. Lo sirvió y se marchó.

—Prosiga —indicó Blackraven—. Me hablaba de sus finanzas.

—Me he enterado de que, desde hace unos meses, su excelencia ha estado incursionando en el oficio de comerciante, aquí en Buenos Aires y en el interior, en sociedad con el barón de Pontevedra.

Blackraven sonrió con aire suficiente.

—Su merced está bien informado.

—Verá, excelencia, ésta es una plaza muy chica. Todos nos conocemos y es difícil guardar un secreto. ¡Si lo sabré yo! En fin, justamente, por tratarse de una plaza muy chica, estuve pensando en comentarle una idea que me vino a la mente, quizá su excelencia se digne a considerarla. A ver cómo juzgaría su excelencia la posibilidad de emprender algún negocio juntos, siempre que su excelencia lo considere beneficioso.

—Don Martín, ¿qué está proponiéndome? ¿Convertirnos en socios?

—Sí, sí, exactamente, a eso me refería.

Blackraven guardó silencio por un largo minuto en el que Álzaga bebió su café y simuló concentrar su atención en una marina colgada a su izquierda.

—Don Martín, la compra y venta de ultramarinos y otros productos, incluidos los de la tierra, es, como vuestra merced sabrá, un negocio muy redituable, y estoy muy interesado en él. Tal como lo llevo adelante, mi rédito es elevado. —Lo cual era mentira: entre la parte de la ganancia que le había asegurado a Abelardo Montes y las generosas condiciones de pago ofrecidas a los comerciantes, Blackraven había obtenido muy poco—. De igual modo, dado que Montes ha expresado su intención de retirarse (está muy dedicado a la administración de sus estancias) y que yo viajo de modo permanente, sí, estoy buscando un nuevo socio.

Una sonrisa, reprimida casi de inmediato, despuntó en las comisuras de Álzaga. Su semblante, usualmente macilento, se iluminó.

—Aunque —continuó Blackraven—, me gustaría cambiar algunas condiciones.

—Sí, excelencia, adelante. Dígame.

—Me refiero a una división más marcada del trabajo de cada socio. Esto es, yo me encargaría de ser el único en proveer a la sociedad de los ultramarinos y los productos de la tierra, y mi socio se ocuparía de distribuirlos y venderlos. Lo cierto es que yo no cuento con una red de distribución. De hecho, fue el motivo por el cual invité a Montes a participar. En cuanto a las ventajas para vuestra merced, creo que sacarse de encima el trato con los proveedores en el extranjero y el transporte de los ultramarinos desde la Europa es más que beneficioso.

—Sí, sí, es cierto. El transporte es un dolor de cabeza, no sólo el precio del flete, que es elevadísimo, sino el de las primas de seguro por la carga y el barco.

“En realidad”, razonó Álzaga, “este hijo de mala madre no está invitándome a participar en una sociedad sino que está acorralándome para convertirse en mi único proveedor y acreedor. Quiere tenerme por el cuello”. Se preguntó qué opciones le quedaban. Con las ventas caídas, muchos de los comerciantes del interior perdidos para siempre, la deuda con la casa en Cádiz a punto de vencer y sus dos barcos que no aparecían, no muchas, admitió.

Blackraven, por su lado, se decía: “Ahora seré yo quien compre con reales lo que a vuestra merced haré pagar con doblones, lo mismo que vuestra merced hizo con los comerciantes del interior durante años”.

—¿Yo les revendería a los mayoristas y minoristas del interior?

—Sí. De eso se encargaría su merced. A diferencia de sus actuales proveedores —siguió arguyendo Blackraven—, mis condiciones de crédito serán inmejorables. Además, vuestra merced sabe que yo poseo una flota importante que se encuentra permanentemente en alta mar comprando ultramarinos que jamás han sido vistos por

estas costas. La calidad y variedad de sus productos superarán la de cualquier comerciante de la plaza.

—La propuesta es más que generosa, excelencia. El inconveniente es que sería ilegal puesto que no puedo comerciar si no es con súbditos de la Corona Española.

Blackraven rió al tiempo que se acomodaba en la butaca, adoptando una posición más relajada.

—Vamos, don Martín, estamos hablando en confianza. Tanto su merced como yo sabemos que, si esta colonia dependiese de los productos que os envían vuestros proveedores de la España, vosotros andaríais prácticamente desnudos. Y también sabemos que, si vuestra merced tuviese que ingresar en las arcas del virreinato el dinero correspondiente al almojarifazgo y la alcabala de todas las mercancías que vende, habría quebrado hace tiempo. Disculpe la franqueza, pero cuando hablo de negocios, éste es mi estilo.

—Sí, sí, claro. La franqueza en los negocios es crucial. De igual modo, siempre se requiere un mínimo de legalidad, aunque sea para evitar suspicacias. Una cosa es que su excelencia y yo nos asociemos para comerciar y otra es que yo le compre todos mis productos a un comerciante de nacionalidad inglesa.

—Entiendo. Su punto es válido. Pero, para que se quede tranquilo, le informo que poseo un permiso especial expedido por el propio rey Carlos IV para comerciar con la España y con cualquiera de sus colonias, el cual produciré a su debido momento, en caso de que lleguemos a firmar un contrato.

—Estoy sorprendido —admitió Álzaga, que recordaba el dichoso documento de la vez que confabuló para hacerlo expulsar del virreinato—. Disculpe mi curiosidad, ¿cómo ha conseguido un documento que miles de comerciantes en el mundo codiciarían?

—Porque soy sobrino de Carlos IV.

—¡Oh!

—Por el lado equivocado de la cama —agregó, con una sonrisa—. Mi madre es hija ilegítima del rey Carlos III. Y Carlos IV, su medio hermano, siente debilidad por ella. Y por mí —añadió, y pensó que la contribución en contante a su tío Carlos debería repetirse a menudo si pretendía conservar sus prerrogativas.

—Dios mío —balbuceó Álzaga, tomando el nombre de Dios en vano, costumbre en la que jamás caía—. Su excelencia me deja atónito. ¿Cómo es que nunca lo hemos sabido?

Blackraven reprimió una carcajada. Álzaga lo miraba sin parpadear, como si, frente a él, se hubiera materializado Jesucristo.

—Porque no me gusta alardear de mi parentesco ni de mi amistad con el rey. Aspiro a que se me respete por quien soy.

—Oh, sí, sí, claro, excelencia, pero ocultar una cuestión de esta naturaleza... ¡Si

ni siquiera le hemos concedido los honores que le corresponden como sobrino de nuestro bienamado soberano!

—Sobrino ilegítimo —aclaró—. Volviendo a lo nuestro —dijo—, y habiendo salvado el escollo de la legalidad, creo que la propuesta es más que ventajosa para ambas partes.

—Sí, sí. Ventajosa para ambas partes.

Álzaga no pensaba con claridad y se instó a concentrarse. La perspectiva de quedar en manos de Blackraven ya no se le presentaba como una trampa sino como un trampolín para acceder a la corte de Madrid; de pronto, su sueño de convertirse en el virrey del Río de la Plata no parecía inalcanzable. De igual modo, seguía importunándolo quedar bajo su imperio. Volvió a preguntarse: “¿Qué opciones me quedan?”. Si no aceptaba, Blackraven buscaría a otro socio para la distribución (¿Santa Coloma, quizá?) y seguiría apoderándose del mercado hasta ahogarlo.

—Acepto, excelencia. Es una estupenda propuesta y le estoy agradecido.

Blackraven se limitó a asentir con una mueca que parecía un conato de sonrisa. Lo tenía en un puño, y lo satisfacía que Álzaga lo supiera.

—Una cuestión quisiera aclarar, don Martín. Yo lo proveeré de *todos* los productos que requiere el giro de su negocio excepto de esclavos.

—Es un actividad que produce grandes réditos, excelencia.

—Lo sé, don Martín. De igual modo, no me interesa comerciar seres humanos. Pero como ahora será mi flota la que transporte sus productos, vuestra merced podrá disponer de sus barcos para el negocio negrero.

—Sí, sí. —Una sombra se posó en el semblante del vasco.

—¿Algo lo preocupa, don Martín?

—Tal vez esté inquietándome sin razón, pero ocurre que mis dos barcos, *El Joaquín* y el *San Francisco de Paula*, deberían haber atracado en la Ensenada de Barragán semanas atrás.

—Entiendo. Tal vez se les haya dificultado el ingreso a balizas exteriores debido al bloqueo de Popham frente a la costa de la Banda Oriental. Estoy seguro de que, en pocos días, los tendrá en el Río de la Plata.

“Escortados por el *White Hawk*”, agregó, para sí.

Discutieron los términos del contrato —porcentajes de ganancia, plazos de entrega y de pago, medios de pago, depósito de la mercancía, distribución en el interior, medios de transporte— y acordaron en concurrir al día siguiente a lo del notario Echevarría para que lo redactara.

—Deberá quedar expresamente aclarado en el documento —apuntó Blackraven— que su merced sólo me compra a mí.

—Y que su excelencia sólo me vende a mí.

—Por supuesto.

“Estoy durmiendo con una serpiente”, pensó Álzaga. Paradójicamente, se sentía satisfecho. El olfato le decía que, aunque de cuidado por lo inescrupuloso, Blackraven era un tipo que hacía ricos a sus socios.

—Don Martín, ahora que hemos alcanzado este ventajoso acuerdo, me gustaría que las cuestiones del pasado quedasen finiquitadas. Borrón y cuenta nueva, como suele decirse. Es penoso para mí tocar este tema, pero también necesario. Me refiero a la situación legal en la que quedó mi cuñado, Tomás Maguire, cuando se lo acusó injustamente de haber tomado parte en la conjura de esclavos.

—Mi cochero, Milcíades, que sí tomó parte, lo acusó.

—Es la palabra de un esclavo contra la mía, don Martín, puesto que yo garantizo la inocencia del señor Maguire. —Se miraron con fijeza y, por un instante, sus ojos reflejaron los verdaderos sentimientos que se inspiraban—. Don Martín, mi cuñado es un joven de apenas veinte años, algo irreflexivo, pero buen muchacho.

—Entiendo que estuvo preso por asesinar a un soldado inglés.

—Fue el azaroso resultado de una gresca de pulpería. Don Martín, reconozco que Maguire es irreflexivo y alocado, pero jamás habría tomado parte en un suceso tan sangriento como la revuelta que, felizmente, se descubrió a tiempo. Sería muy satisfactorio para mí que la acusación y el pedido de captura que pesan sobre él quedaran sin efecto.

—Si su excelencia garantiza la inocencia del señor Maguire, yo no tengo por qué dudar. Ahora bien, en cuanto a dejar sin efecto la acusación y el pedido de captura, sería muy fácil para mí si ocupara el cargo de alcalde de primer voto.

Los actuales alcaldes del Cabildo, De Lezica y Sáenz, eran marionetas en manos de Álzaga. Una palabra del vasco, y el expediente habría desaparecido o bien se habría incorporado una foja, con vanas justificaciones, para dictar el sobreseimiento de Tomás Maguire. Sin embargo, Álzaga quería ser alcalde de primer voto y exigía el respaldo de Blackraven. “Favor con favor se paga”, pensó Roger. Hacía tiempo que meditaba que, con Liniers como virrey y Álzaga en el Cabildo, ambos en su poder, lograr la independencia sería cuestión de tiempo.

—¿Vuestra merced está expresándome que desea ocupar el cargo de alcalde de primer voto el año entrante?

—Sí, excelencia.

—Interesante. Le deseo la mejor de las suertes en la votación, don Martín. Hablaré con algunos amigos que tengo entre los cabildantes y les brindaré la encomiosa opinión que vuestra persona me merece.

—Gracias, excelencia. Apenas asuma, me ocuparé del caso del señor Maguire.

—¿Ha pensado quién será su asesor letrado?

—No —se sorprendió Álzaga—, aún no.

Una de las funciones de los alcaldes de primer voto consistía en la administración

de justicia en lo civil y en lo penal. Dado que en su mayoría los alcaldes no sabían de derecho —algunos incluso eran analfabetos—, el estatuto del Cabildo los habilitaba a contratar idóneos en la materia y aclaraba que los honorarios por dicha asesoría corrían por cuenta del funcionario.

—Permítame recomendarle al doctor Covarrubias —dijo Blackraven—. Él es quien se encarga de mis asuntos legales y con gran eficiencia y honestidad, debo decir. Además, ocupó el cargo de asesor letrado en 1803, cuando trabajaba para don Antonio García López, por lo que está al tanto de las cuestiones del Cabildo. Si vuestra merced se decidiese a nombrarlo en ese cargo, el estipendio por dicho servicio saldría de mi peculio. Sería mi aporte al buen desenvolvimiento de las cuestiones de la ciudad.

—Es una propuesta muy generosa, excelencia. Me entrevistaré con el doctor Covarrubias en estos días y se lo propondré.

—Bien.

Poco después de que Álzaga se marchase, Blackraven convocó a Adriano Távora a su despacho.

—Necesito que emprendas un viaje de cierta envergadura. Tu barco es el más veloz, y me urge que lleves a cabo unas diligencias en el menor tiempo posible. —Távora asintió—. Primero te dirigirás a Madrid y le entregarás a mi tío otra letra de cambio de mi parte y una carta que te entregaré luego. Después irás a Cádiz.

—Donde debo hacerme de la deuda que ese tal Álzaga tiene con una casa de comercio allá, ¿verdad? Ustáriz, o algo por el estilo.

—Ustáriz, sí. Es cierto, te lo pedí tiempo atrás, sin embargo, he cambiado de parecer. No quiero acorralarlo demasiado y ponerlo nervioso. Manso y conforme es más fácil de dominar. Ya lo tengo bien sujeto, no necesito de esa deuda. Te decía que marcharás a Cádiz porque quiero que abras una cuenta en esa misma casa y en otra que tenga buena reputación. Le pedirás a mi tío Carlos que le ordene a Godoy o a algún otro ministro que te extienda una carta de confianza para conseguir buenas condiciones de crédito. Repetirás esta operación en casas de comercio en Venecia, en Colombo y en Macassar. Allí mi nombre es conocido así que, con que yo mismo te otorgue una carta de confianza, será suficiente.

—¿Ahora vas a dedicarte al comercio?

—Sabes que soy un hombre de vastas inquietudes —replicó, con ironía—. Ocurre que acabo de convertirme en el único proveedor de Álzaga, que es el comerciante más importante del virreinato. Lo impresionaré con buen surtido y mercancía de calidad. Me interesa mantenerlo bajo control porque es de los hombres poderosos que pueden perturbar mi plan de independencia.

La puerta se abrió, y Blackraven calló el insulto que iba a pronunciar al descubrir

que se trataba de su madre y que lucía alterada.

—Un esclavo de doña Rafaela acaba de traer un mensaje. Isaura comenzó con trabajo de parto y parece que hay complicaciones.

El semblante de Blackraven sufrió una profunda alteración; se puso pálido y permaneció en la butaca, quieto como un pez, mirando a su madre con la expresión de un niño perdido.

—Vamos, Alejandro. Te acompañaré a lo de del Pino.

—No, no —pareció reaccionar—. Yo iré en mi caballo. Manda preparar el coche y pasa a buscar al doctor O’Gorman. Ovidio sabe dónde vive. Si no lo encuentran en su casa, vayan al Protomedicato.

En la casa de la virreina vieja, los temores de Blackraven empeoraron. Se respiraba un ambiente tenso; los miembros de la familia, congregados en la sala de música, hablaban en voz baja, como si asistieran a un velorio, mientras que la servidumbre se movía con presteza, en silencio y con gestos severos. Doña Rafaela salió a recibirlo.

—¡Qué suerte que ha llegado, excelencia!

—¿Dónde está Isaura? ¡Lléveme con ella!

—No, no, ahora no. Déjela tranquila. En este momento, Melody sólo necesita a su partera y a Trinaghanta, a nadie más. Ella no querría que su excelencia la viera.

—Doña Rafaela, me importa un comino lo que Isaura quiera. La veré ahora.

—No sea necio y hágame caso. ¿Mandó por el médico?

—Sí, está en camino. ¿Cómo está ella? ¡Dígame la verdad! El mensajero dijo que había complicaciones.

—La pobrecita se descompuso después de que su esposa vino a verla.

—¿Mi esposa?

—Sí, sí, su esposa de usted, la señora condesa.

—¿Victoria vino a ver a Isaura?

—Yo no habría permitido que esa entrevista tuviese lugar, pero estaba descansando cuando la señora condesa se presentó y pidió por Melody.

—¿Victoria vino a verla? —repitió, incrédulo.

—Discutieron fuertemente, según me refirieron las esclavas, y Melody se alteró sobremanera. Después de eso, comenzaron las contracciones. Su presión alta es lo que me preocupa. ¡Ah, aquí llega su señora madre!

Isabella apareció en la sala seguida por O’Gorman y por Michela. Blackraven, sin saludarlo, aferró al médico por el brazo y lo apartó.

—Si tiene que elegir entre el niño y la madre, salve a la madre. ¿He sido claro?

—Sí, excelencia.

Doña Rafaela condujo a O’Gorman al piso superior, con Isabella, Michela y Blackraven por detrás.

—Nosotras nos quedaremos con la muchacha —anunció Isabella.

—Yo también.

—No, Alejandro, tú no.

Antes de que la puerta se cerrase, Blackraven atisbó una escena que le debilitó las extremidades y lo dejó turbado y frío. Isaura, con las piernas elevadas y las rodillas flexionadas, se incorporaba sobre su vientre y pujaba entre sábanas empapadas de sangre. La visión de la sangre, una imagen familiar para él, que formaba parte de la composición de un abordaje al igual que las armas y el enemigo, se volvió intolerable en ese momento. La escuchó gritar como si estuvieran desollándola viva y quejarse de que no tenía más fuerzas. Él tenía fuerza, de sobra, que en ese momento no servía de nada. Se apoyó en el pretil de la galería y descansó la cabeza en una columna. Se sentía descompuesto.

—Vamos, excelencia —dijo doña Rafaela—. Bajemos. Un trago le sentará bien.

Se alegró al encontrar en la sala a Malagrida, a Távora, a Somar y a Amy.

—¡Qué cara traes! Estás muy pálido. ¿Qué ocurre?

—No sé, Amy, no sé. No me dicen nada. Y ella grita como una condenada. Dice que no tiene fuerzas para seguir pujando.

—Todas dicen lo mismo —aseguró doña Rafaela, y le indicó un sillón.

Una esclava se presentó con dos garrafas de vino y las colocó sobre una mesa. Távora llenó un vaso y se lo alcanzó a Blackraven.

—Gritaba como si estuvieran torturándola.

—Ya lo dice la Biblia —comentó Malagrida—: “Parirás tus hijos con dolor”.

Blackraven no guardaba en su memoria horas de tanta angustia; quizá podían compararse con las vividas cuando Paddy Maguire secuestró a Melody. No se quedaba quieto. Se sentaba, sacudía las piernas, se ponía de pie, caminaba por la sala, bebía de un trago, se escabullía al patio principal, se acercaba al pie de la escalera, miraba hacia la galería en la planta superior y retornaba a los interiores como espantado cuando un grito de Melody lo alcanzaba. Él, que disfrutaba de la lucha cuerpo a cuerpo, que había abordado infinidad de barcos y enfrentado a feroces enemigos, huía como un ciervo ante el clamor doliente de su mujer. Isaura estaba muñéndose y no se atrevían a decírselo. Todos lo sabían, doña Rafaela, Malagrida, Somar, Amy, Távora, todos; de ahí esos vistazos compasivos que le lanzaban cuando creían que él no los veía. Su madre y O’Gorman deliberarían acerca del mejor modo de darle la noticia. El llanto le trepaba por la garganta, provocándole un escozor que el vino no aplacaba; estaba medio borracho. ¿Cuánto había bebido? Las garrafas se vaciaban y se llenaban con una rapidez sorprendente. Buscó de nuevo la soledad del patio. Se inclinó en la fuente e inspiró, con los ojos cerrados, el aire fresco en torno al agua; pequeñas gotas le salpicaban el rostro. Se dirigió al pie de la escalera, donde apoyo la frente en el pasamano, debatiéndose entre subir e irrumpir en la habitación o

escapar de la casa de la virreina vieja. Al escuchar que las voces en la habitación se elevaban y, a continuación, un grito, más bien un alarido, de Isaura, cayó sentado en el piso, recogió las piernas y se cubrió la cabeza con los brazos para no seguir oyendo. Tenía náuseas; hacía años que no tenía náuseas, de hecho, la última vez las había experimentado en el barco de Ciro Bandor, cuando al volver en sí después del golpe recibido en la cabeza mientras recorría el puerto de Bridgetown con Amy, se encontró en un sollado mecido como en una cuna. ¿Qué era ese maullido? Irguió la cabeza y elevó la vista. Provenía de la planta alta y era el llanto de un bebé. Se incorporó. “Tengo que subir”. Al llegar a la galería, se aproximó a la puerta y dudó con la mano a un palmo de la falleba. Se abrió de pronto, y el sobresalto lo hizo retroceder.

—¡Alejandro! —exclamó Isabella, y le echó los brazos al cuello—. ¡Es un niño! ¡Un niño inmenso y sano! ¡Oh, cariño, qué hermoso hijo tienes! —Ante el gesto de súplica de Blackraven y su incapacidad de articular, Isabella aclaró—: Ella está bien, muy bien. Exhausta, pero bien. Ya quita esa cara de susto.

—¿Y la sangre? —susurró.

—Un pequeño desgarró que O’Gorman enseguida controló, a Dios gracias.

—Quiero verla.

—Todavía no. Permite que la aseemos y la pongamos cómoda. Ve a dar la noticia a los demás.

Lo vio primero a él, sentado en el borde de la cama; un poco alejadas, se hallaban Isabella, con el niño en brazos, y Michela. Volvió a mirar a Blackraven, y la sorprendió el modo en que la contemplaba, con los ojos muy abiertos, rebosantes de lágrimas que no acertaban a caer. Sonrió al descubrir que el movimiento que hacía con la boca era un puchero. Levantó la mano y se la pasó por los labios para borrarle las ganas de llorar. Blackraven se inclinó y ocultó la cara en el cuello de Melody, que enseguida sintió la calidez de sus lágrimas en la piel.

—Tuve tanto miedo —lo oyó susurrar.

—Qué grandote eres en vano. Calla, grandullón. Mira que no ha sido nada. Yo ya ni me acuerdo.

—No quiero que tengamos más hijos, no quiero. No soportaré de nuevo lo que acabo de padecer. Todavía escucho tus gritos en mi cabeza.

—Gritar me ayudaba a pujar. Y tuve que pujar mucho, ¿sabes? Tu hijo es enorme. ¿Lo has visto? —Blackraven se incorporó y negó con la cabeza—. Isabella, por favor, traiga al niño.

—¡No, no! —dijo Blackraven, cuando su madre intentó entregárselo—. No sabría cómo sostenerlo.

—Vamos, Roger —lo alentó Melody—, es tu hijo, quiero que lo cargues.

Isabella le dio algunas indicaciones, y Blackraven lo recibió. Nunca había cargado a un niño tan pequeño, ni siquiera a Víctor. Se sentía torpe e incómodo. Al contrario de lo que había esperado, su hijo estaba despierto, y procuraba abrir grandes los ojos pese a que todavía estaban hinchados. Se quedó extasiado observándolo, estudiando sus diminutas facciones, y, en tanto se serenaba y ganaba confianza, tomaba conciencia de que un sentimiento profundo, poderoso y conmovedor, parecido al que Isaura le inspiraba pero al mismo tiempo distinto, iba apoderándose de él, y lo confundía, como lo confundía a veces su amor por Isaura, porque, por un lado, lo volvía fuerte, y, por el otro, lo debilitaba. Después pensó que esa criatura, carne de su carne y de la carne de Isaura, le pertenecía, era lo más suyo que poseía, lo más valioso y sacro, el regalo de la mujer amada.

Melody, atenta a la contemplación de Blackraven, le acarició la frente para sacarlo de su abstracción; sabía cómo el amor operaba en él, a veces lo confundía, lo asustaba. Él levantó el rostro y vio la sonrisa de Melody, y de nuevo se inclinó para admirar la carita de su hijo, y concluyó que nadie era tan dichoso como él. Le pasó el niño a Melody, que lo colocó sobre la cama, en el hueco que formaba su brazo.

—¿Sabes, Alejandro? —dijo Isabella—. Tener a tu hijo en brazos ha sido como volver a cargarte a ti, tanto se te parece. Es tu vivo retrato.

—*Ma i suoi occhi avranno un colore diverso* —apuntó Michela.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Melody.

—Que sus ojos tendrán otro color —tradujo Blackraven.

—*Avranno il meraviglioso colore degli occhi di questa dolce ragazza, tua piccola moglietina, caro.*

Melody se extasió en la dulzura con que Blackraven miró y sonrió a la anciana.

—*Grazie, Michela.* —Era la primera vez que lo escuchaba hablar en italiano—. *Sei l'unica a riconoscere che lei è mia moglie, la mia donna amata.*

—Michela dice —se apiadó Isabella de Melody— que los ojos del niño tendrán tu color, que es maravilloso. De ti ha dicho que eres una dulce muchacha, la joven esposa de Alejandro.

—Y él, ¿qué ha dicho él?

—Él ha dicho: “Gracias, Michela. Eres la única que reconoce que ella es mi esposa, mi mujer amada”.

Las miradas de Melody y Blackraven se cruzaron y quedaron suspendidas en un momento en que holgaban las palabras.

—¿Os habéis dado cuenta —expresó Isabella de pronto— de qué día es hoy? ¡Hoy es 14 de noviembre! Mi nieto es un escorpiano igual que su abuela y su padre. ¡Ah, qué recio hombre serás, amor mío! ¿Cómo han decidido llamarlo?

—Tiempo atrás —dijo Melody—, Somar me contó que, entre los Guermeaux, existe una tradición: llamar a los primogénitos por el nombre del abuelo. Como la

juzgo una hermosa tradición, la seguiremos. Llamaremos a nuestro hijo como su abuelo paterno y como su abuelo materno: Alexander Fidelis Blackraven.

Blackraven llegó tarde a la casa de San José. Le había costado separarse de Melody y de su hijo. Estaba cansándose de esa situación. Por fin, cuando ambos se durmieron, decidió abandonar lo de del Pino. Aún le quedaba un tema pendiente.

Victoria no dormía, la luz en su recámara se filtraba bajo la puerta. Entró sin llamar y la encontró en una silla, leyendo. La irrupción la había sobresaltado, y lo contemplaba con miedo. Apenas la virreina le informó acerca de la visita de Victoria, Blackraven deseó poner sus manos en torno a su cuello y estrangularla. El cansancio, el alivio y la felicidad por la llegada de Alexander Fidelis habían aplacado su furia.

—¿En qué carajo estabas pensando cuando fuiste a importunar a Isaura?

—Fue una imprudencia, lo sé —admitió, aunque sin humildad.

—Le provocaste el parto, maldita seas. Hubo complicaciones. ¡Pudo haber muerto, Victoria!

Victoria sabía por Isabella que Melody había sufrido un desgarro, el que, a duras penas, O’Gorman restañó, que el niño venía mal ubicado y que la destreza de la partera evitó que se ahorcara con el cordón. Dios sabía que no deseaba experimentar desilusión y envidia; no quería pensar que la muerte de Melody habría significado el fin de su zozobra.

—Creí que, días atrás, las cuestiones entre tú y yo habían quedado claras. ¿Qué fuiste a decirle? ¿Con qué patraña la importunaste?

—¿Ella no te lo dijo?

Las ganas de golpearla estaban regresando. Si bien nunca había maltratado a una mujer, en ese momento presentía que su cólera desembocaría en un lamentable episodio.

—¡Ella ni siquiera mencionó que tú fuiste a molestarla! Lo supe por doña Rafaela. ¿Qué mierda le dijiste?

—Que tú y yo habíamos vuelto a vivir como marido y mujer.

—¡Maldita seas, Victoria! —Caminó hacia ella con grandes zancadas y la levantó por los hombros.

—¡Alejandro! —La llamada de su madre desde el umbral lo detuvo—. Déjala. Ella también está sufriendo. Tu rechazo la lastima.

—¡Por su causa Isaura pudo haber muerto! Lo sé, aunque vosotros no queráis decírmelo, sé que su vida corrió peligro, y todo por culpa de esta...

—¡Alejandro!

Con una exclamación de desprecio, Blackraven arrojó a Victoria en la silla y se llevó las manos a la cabeza.

—Apenas Adriano termine de cargar el bastimento en la *Wings*, regresarás con él

a Londres.

—¡No, por favor! —Victoria se puso de pie—. No me separes de ti.

—¡Aléjate! No me toques. He dicho que regresarás a Londres y luego marcharás a Cornwall donde esperarás a que yo regrese y me ocupe de finiquitar nuestros asuntos.

—Alejandro —terció Isabella—, Victoria no puede viajar aún. El doctor Fabre ha dicho que su salud no está por completo...

—¡Me importa un demonio lo que Fabre diga!

Isabella se replegó ante la furia de su hijo, y, por primera vez, le tuvo miedo. Blackraven se arrepintió enseguida del exabrupto y, tras recuperar el aliento y un poco la compostura, habló sin levantar la voz.

—Partirás en la *Wings*, Victoria. Es todo.

Capítulo XXIV

Melody no había imaginado que la llegada de su hijo cambiaría su vida por completo, menos aún, que la cambiaría a ella. Los entuertos habían durado algunos días, el sangrado no se detenía, la leche le brotaba de los pezones y le mojaba los justillos, no dormía bien de noche, le parecía que no terminaba de amamantar a Alexander que ya lo escuchaba llorar otra vez, le dolía el cuello y todavía se veía gorda; sin embargo, no recordaba haber experimentado esa felicidad. De su vida, en especial de su vida con Roger, ella atesoraba muchos momentos felices; la diferencia radicaba en el sentido de plenitud que el nacimiento de Alexander le provocaba; sus dudas y cuestionamientos se habían esfumado, y ahora sabía con certeza meridiana que ella existía para amar y proteger a ese niño. Un sentido de posesión que no había experimentado hacia nadie, alteraba su comportamiento y su carácter. Se había vuelto quisquillosa; celaba al niño, no quería que lo tocaran, temía que lo importunaran o lo ensuciaran, cuando ella se esmeraba en mantenerlo limpio, seco y cómodo aunque eso le llevase el día entero y ni siquiera se acordara de bañarse ni de cambiarse. Sólo confiaba en Trinaghanta, más puntillosa y cuidadosa que ella, y sólo bajaba la guardia cuando aparecía Blackraven, el único a quien le permitía cargarlo, besarlo y acariciarlo cuanto quisiese; amaba verlo tan enamorado de Alexander; anhelaba descubrir ese brillo en sus ojos cuando ella se lo presentaba; se quedaba quieta y relajada —algo infrecuente en esos días de trajín— al escucharlo hablar con el pequeño.

Blackraven notaba los cambios en Melody, y algunos le gustaban, en especial, que se mostrase tan celosa en el cuidado de su hijo. Sabía por doña Rafaela que nadie, excepto ella o Trinaghanta, podían asearlo o levantarlo del moisés, y ni siquiera permitía que las esclavas se encargasen del lavado de sus ropitas y pañales ya que temía que no las enjuagaran bien y que eso provocara un sarpullido al bebé; es más, para lavar la ropa y para el baño del niño, Melody mandaba comprar a la botica de Marull un jabón francés que costaba un ojo de la cara, del cual se afirmaba que lo usaba la emperatriz Josefina para preservar la lozanía de su piel. “Es la primera vez”, se sonrió Blackraven, “que Isaura no repara en gastos y se muestra dispendiosa”.

A él no lo había tomado por sorpresa que Melody amamantara a Alexander, al contrario de la virreina vieja, que no comprendía cómo no se avenía a contratar a una nodriza.

—No duerme en toda la noche por alimentar al niño —se quejaba doña Rafaela—. Alexander es voraz, excelencia. La dejará piel y hueso.

Blackraven echó un vistazo a Melody, que enseñaba el niño a Víctor, a Angelita y a Estevanico, y pensó que era cierto, Isaura, poco a poco, recuperaba la silueta de principios de año. En realidad, se dijo, su cuerpo adoptaba una apariencia más

apetitosa, porque, si bien se afinaba de nuevo en la cintura, conservaba esa redondez en las caderas y en el trasero que tanto lo había excitado durante su preñez; por cierto, con la cintura estilizada, sus pechos lucían más grandes, y él se imaginaba sosteniéndolos en las palmas de sus manos. Hacía tiempo que ni siquiera los veía, porque, así como él llevaba a duras penas esa casta cuarentena, Melody estaba muy a gusto y hasta parecía evitar sus avances.

Una tarde en que se hallaban a solas en la habitación —situación posible gracias a que doña Rafaela había salido—, Blackraven percibió cómo el deseo aumentaba a medida que sus ojos vagaban por la figura de Melody, recostada en la cama junto a su hijo; ella, ensimismada en la contemplación de Alexander, no advertía la intensidad de la mirada de la que era objeto. Levantó el rostro cuando el colchón se hundió bajo el peso de Blackraven.

—Déjame probar la leche que le das a mi hijo —le pidió, al tiempo que intentaba desabrocharle los corchetes del jubón.

A Blackraven lo lastimó el gesto de espanto con que Melody recibió su propuesta y el manotazo con que lo alejó de sus pechos; lo hizo sentir en falta, como si hubiese expresado la más atroz de las herejías. Se puso de pie con un insulto mascullado. La culpa y la sorpresa se transformaron en ira.

—¡Carajo, Isaura! Estoy volviéndome loco de deseo. En tres días, el 24 de diciembre para ser exacto, se cumplen los cuarenta días desde el nacimiento de mi hijo, y pretendo ejercer mis derechos. ¡Y no te atrevas a decir que no los tengo puesto que no soy tu esposo!

—No iba a decir eso sino que tienes bien contados los días.

—¡Por supuesto! Hace semanas que en lo único que pienso es en hacerte el amor.

—Eres un tirano. Poco te importa lo que tenga para decir al respecto.

—Después de tanto tiempo, ¿no me deseas?

—En este momento, no. Mi cuerpo y mi mente están dedicados a mi hijo.

—Y yo te importo un pimiento, ¿verdad?

—¡Qué rápido te olvidas de eso que me dijiste el día en que nació Alexander! Que no querías tener más hijos.

Melody se arrepintió enseguida de sus palabras; se había tratado de un golpe bajo. Abandonó la cama y se acercó para pedirle disculpas, pero él, con un chasquido de desprecio, le apartó la mano y salió de la habitación y de la casa de la virreina vieja.

La frustración por el rechazo de Melody se mezclaba con la desazón causada por la complicación de ciertos asuntos, por ejemplo, la partida de Victoria hacia Londres se había postergado cuando Távora le informó que el casco de la *Wings* necesitaba reparaciones antes de zarpar. Había navegado por años sin recibir mayor atención, y, además de un aspecto descuidado —la pintura descascarada y la quilla plagada de sargazos y tiñuela—, comenzaba a hacer agua.

—Si quieres deshacerte de mí y de una inconveniente esposa —bromeó Távora—, oblígame a zarpar en estas condiciones.

De modo que Blackraven autorizó a que condujera la *Wings* hacia una región costera en el sur, pasando la Bahía de Samborombón, casi en mar abierto, con playas inmensas donde varar y acostar la corbeta para carenarla, limpiarla, taponar las vías por donde ingresaba el agua y pintarla. De modo de realizar el trabajo en el menor tiempo, Blackraven ordenó que las tripulaciones del *Sonzogno* y del *Afrodita*, el bergantín capitaneado por Amy Bodrugan, colaboraran en las reparaciones, aunque finalmente se pudo disponer de pocos marineros ya que buena parte se hallaba en la ciudad de guardia en las casas de San José y de la virreina vieja, en tanto el resto custodiaba los barcos fondeados en El Cangrejal, el *Sonzogno*, el *Afrodita* y la *Butanna*, la cual, sabían, tarde o temprano, Galo Bandor intentaría recuperar.

También se complicaba el asunto con los ingleses. El 4 de diciembre había llegado a las costas de la Banda Oriental el *Sampson*, bajo el mando del almirante Stirling, que llegaba desde Londres con una fuerza aproximada de cuatro mil hombres y con instrucciones del nuevo primer ministro, William Wyndham Grenville, de relevar a Popham y enviarlo de regreso. Después de un altercado entre ambos marinos, Stirling arrió la insignia de Popham que flameaba en el palo del *Diadem* y enarboló la suya. Sin pérdida de tiempo, el almirante escribió a Sobremonte, en un tono atento que se contraponía con el de Popham, pidiendo que tuviera lugar el intercambio de prisioneros, a lo que el virrey contestó, en iguales términos, que no se hallaba en condiciones de tomar esa medida; además expresó que los prisioneros ingleses habían sido trasladados al interior. Cumplida la misión, Blackraven calculó que Stirling seguiría viaje hacia Ciudad del Cabo para relevar al general Baird; esa presunción se dio de bruces cuando sus informantes le comunicaron que Stirling permanecería en Maldonado, junto con la tropa de Backhouse, a la espera de más refuerzos para capturar la plaza.

—Pero esta vez —vaticinó Roger— tomarán primero Montevideo. No cometerán dos veces el mismo error.

Hacía tres días que Blackraven no se presentaba en la casa de la virreina vieja, y la inquietud de Melody empeoraba en tanto pasaban las horas y el aldabón no anunciaba a un nuevo visitante. Ese miércoles 24 de diciembre terminaba la cuarentena, y, pese a que la semana anterior no pensaba en el sexo, desde la discusión con Blackraven, la idea había revoloteado en su mente hasta convencerla de que ella también deseaba reanudar la intimidad con él. A punto de escribir una nota para pedirle perdón, la esclava Fabiana le avisó que acababan de llegar sus amigos de la casa de San José.

—¿El señor Blackraven?

—No, señorita, él no ha venido.

Bajó muy apenada. Se trataba de Amy, Miora y los niños.

—¿Y Roger? —le preguntó a Amy.

—Viajó a la villa del Luján a visitar a su amigo, William Beresford.

—Ah. ¿Sabes cuándo regresa? —La humillaba preguntar, pero las ansias por un poco de información superaban a su orgullo.

—Dijo que pasaría la Navidad con él. ¿Ocurrió algo entre vosotros? Partió para Luján con un humor de los mil demonios.

—Discutimos.

—Ya veo. Me alegro de no haberle revelado la situación entre Servando y Elisea porque, con el humor que traía, nos hubiera pasado a degüello a todos.

—¿Qué haremos con esos dos, Amy?

—Ayudarlos, supongo.

Después de un rato, Melody notó la preocupación de Miora; no había pronunciado palabra, y un ceño poco usual le endurecía la mirada, que no se dulcificaba ni con los gorgoritos de Rafael, que a todos encantaban. Melody le indicó que la acompañase a su habitación, deseaba enseñarle el género para el vestido de bautismo de Alexander. Apenas quedaron a solas, Melody preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué traes esa cara?

—¡Ay, miss Melody, no sé qué hacer!

—¿Hacer qué?

—Si confesárselo a su merced o callar. Somar me ordenó callar.

—¿Callar qué? Nada callarás. Me dirás lo que sea. Roger y Victoria han vuelto a vivir como marido y mujer, ¿verdad? —Miora negó con la cabeza—. ¿De qué se trata, entonces?

—De Joana, mi amiga del Brasil.

—¿Quién es Joana?

—Hace un tiempo, Joana me escuchó hablar con Estevanico en nuestra lengua, en portugués, y se acercó para pedirme que fuéramos amigas. Me dijo que se sentía muy sola en Buenos Aires porque no sabe palabra en castizo, así que yo le contesté que sí, que podíamos ser amigas. Es una buena persona, muy buena, miss Melody, y me da lástima porque su ama la trata mal, la golpea hasta sacarle sangre.

—¿Quién es la dueña de Joana?

—La baronesa de Ibar.

—Mujer del demonio. De igual manera, no comprendo qué tiene que ver Joana con lo que no sabes si confesarme.

—Joana me contó días atrás una cosa que me tiene muy apenada y no sé si contársela.

—Ahora no me vengas con éstas, Miora. Me lo dirás aunque Somar te lo haya prohibido. Vamos, habla.

—Joana dice que, en el tiempo en que su ama, la baronesa de Ibar, y el amo Roger estuvieron en Río de Janeiro, ella, la baronesa, iba a menudo a la habitación del amo. De noche —agregó.

Melody se sentó en el borde de la cama y se llevó la mano a la frente. Lo había sospechado, en parte por los rumores y también por aquella mirada que Roger y Ágata intercambiaron la noche de la fiesta en esa misma habitación. “¡No desconfíes! Roger te juró que nada había entre él y esa zorra. ¡No dudes!”.

—Trae a Estevanico. Ahora.

Miora retornó con el niño minutos después.

—Ven, cariño —dijo Melody, y le extendió la mano—. Dime, ¿recuerdas cuando me contaste que tú dormías en esa habitación tan espléndida del hotel de Río de Janeiro?

—Sí, miss Melody. El amo Roger y yo desayunábamos ahí mismo, y yo nunca había comido un desayuno tan sabroso.

—¡Qué bueno, cariño! Cuánto me alegro por ti. Ahora dime, ¿recuerdas si alguien visitaba al amo Roger en su recámara?

El niño elevó la vista y apoyó el índice sobre sus labios.

—Sí, algunas personas lo visitaban en nuestra recámara.

—¿Quiénes?

—El capitán Malagrida y el capitán Távora.

—Ajá. ¿Alguna mujer?

—Sí, la prima de él, la señorita Marie, que era muy buena conmigo.

—Sí, sí, la señorita Marie es muy buena. Pero te preguntaba por otra mujer. ¿La baronesa de Ibar, tal vez?

—¡Ah, sí! Ella fue algunas veces.

El estómago le dio un vuelco, y una corriente fría le amarató los labios.

—¿Sabes de qué hablaban?

—No, miss Melody, porque yo siempre estaba dormido. Ella venía de noche.

Miora se llevó a Estevanico, y Melody se puso a llorar. La atormentaban las imágenes de Roger y Ágata desnudos, envueltos en un ambiente de lujuria y pasión, de sexo violento, de palabras procaces, de orgasmos inolvidables. Lloraba de rabia, de celos, de amargura. Apretaba los puños como si estuviese ciñéndolos en torno al cuello de la baronesa. La odiaba. Estaba segura de que, si volvía a toparse con ella, le cobraría la gorrinada arrancándole los ojos.

—¡Maldito seas, Roger Blackraven!

Sólo aliviaría ese fuego que le abrasaba el alma si se vengaba. Nunca había comprendido a las personas sedientas de revancha sino hasta ese momento, y ahora se daba cuenta de que no debería haberlas juzgado con tanta dureza. Recibiría al doctor Constanzó en la próxima ocasión que la visitase. Doña Rafaela le había pedido que

no tomase a la ligera la muestra de afecto que el médico le ofrecía; resultaba infrecuente que un hombre se interesase en una mujer con la reputación por el piso y un hijo de otro.

El 18 de diciembre, Blackraven había recibido una carta de Beresford donde, además de comunicarle el fallecimiento de uno de sus oficiales, el comandante de artillería James Ogilvie, le pedía que lo visitase en la villa del Luján y que “le trajera naranjas”, contraseña que indicaba la intención del inglés de escapar de prisión. Después de la discusión con Melody, Blackraven volvió a la casa de San José, metió un poco de ropa en las alforjas y emprendió el viaje.

Pasó unos días con Beresford, Pack y los demás oficiales ingleses, todos de talante sombrío debido a la muerte del compañero Ogilvie, quien, el 4 de diciembre, el mismo día de la llegada del almirante Stirling a Maldonado, había sido baleado por un francotirador y fallecido el 17. Nada se sabía del asesino ni de sus motivaciones, y toda clase de conjeturas se tejían en torno al misterioso asalto, algunas con trasfondo político, otras pasionales, ya que se rumoreaba que se trataba de la venganza de un marido despechado.

La muerte de Ogilvie sirvió para que Beresford se decidiera a escapar. Por esos días, también los visitaba Saturnino Rodríguez Peña, compañero de Beresford en la logia masónica *Southern Cross* y que se empeñaba en lograr la adhesión del militar inglés a la causa independentista; no perdía oportunidad para desempolvar su discurso y arengar como Cicerón. Con la fuerza que terminaría por agruparse en el Río de la Plata —se calculaba que los soldados ingleses ascenderían a diez mil— y la deserción de Pueyrredón —finalmente había partido rumbo a la España a principios de noviembre—, Blackraven coligió que, desde la arista que lo mirase, lograr la alianza con los ingleses aceleraría el proceso. Después se ocuparía de que los hilos terminaran en sus manos.

—¿Tú qué opinas, Roger? —lo interrogó Beresford—. ¿Tú nos brindarías tu apoyo si decidiésemos defender la causa de la independencia del Río de la Plata?

—Conoces mi postura, William, y sabes que sí.

—Sí, sí, es cierto. Muchas veces me instaste a que me comprometiera con la causa de la independencia de Buenos Aires. —Beresford sometió el tema a una seria y silenciosa consideración antes de manifestar—: De acuerdo, apoyaré vuestra causa.

—¡Así se habla, general! —se entusiasmó Rodríguez Peña.

—Pero necesito huir de aquí para transmitir a Stirling y a Backhouse esta nueva postura. No sé con qué instrucciones vienen y desconozco si comulgarán conmigo, pero os aseguro que haré todo lo posible. Díganme, en Buenos Aires, ¿con quiénes contamos?

—Con Liniers —contestó Blackraven, y su seguridad provocó muecas de

asombro en sus interlocutores.

—Y con Álzaga, quizá —acotó Rodríguez Peña.

—No, con Álzaga no.

—Sería interesante procurar su apoyo. Es un hombre de poder.

—No contéis con Álzaga —insistió Blackraven.

El 27 de diciembre, al estrechar la mano de Beresford para despedirse, Roger le aseguró que le enviaría las instrucciones para llevar a cabo el plan de fuga con Saturnino Rodríguez Peña.

—Gracias, amigo —expresó Beresford, y se palmearon las espaldas en un rudo abrazo—. En tus planes de fuga no olvides que mi amigo Denis Pack vendrá conmigo.

Blackraven llegó a la casa de San José al día siguiente, sucio y cansado. Se dio un baño y se esmeró en el arreglo de su persona. En tanto aguardaba a que Ovidio le ensillara otro caballo —Black Jack estaba exhausto—, apoyado sobre una pierna en el borde de la mesa de la cocina, tomó una taza de café cargado y engulló unas galletas de avena, mientras Siloé lo ponía al tanto de las novedades de los miembros de la casa: que la señora condesa había estado muy indispuesta, que su señora madre mandó varias veces por el doctor Fabre, que la señora Simonetta la visitaba a diario y que la señorita Amy, en contra de la voluntad de la señora Isabella, se había llevado al niño Víctor a visitar su bergantín, el *Afrodita*.

—¿Qué me cuentas de tu señora?

Al igual que los demás esclavos, Siloé sabía que si el amo Roger hablaba de “tu señora” se refería sólo a una.

—Nada de miss Melody, amo Roger. La señorita Amy y Miora la han visitado a menudo. Dicen que está bien, aunque luce cansada y algo enflaquecida. Su señora madre fue a verla una vez, el día de Navidad, y le llevó parvas de obsequios al niño Alexander. ¿Cuándo podré conocer al amito, amo Roger?

—¿Aún no has ido a verlo, negra linda?

—¡No, amo, qué va! Si me la paso el día entero de aquí para allá.

—Mañana tómate el día y ve a casa de doña Rafaela.

—¡Gracias, amo Roger! Todos dicen que es su viva imagen, y yo que me muero de curiosidad por verlo.

—Le ensillé el picazo, amo Roger —anunció Ovidio, desde el patio.

Blackraven se echó al colete el último trago de café y saludó a la esclava. Montó el caballo cerca del portón de mulas y enfiló hacia lo de la virreina vieja al tranco. Hacía días que su enojo se había disipado, y en ese momento sólo anhelaba el encuentro con Melody. Si esa noche no le hacía el amor, estaba seguro de que amanecería con fiebre.

No le gustó la mueca que puso la esclava al recibirlo, un mohín entre la alarma y

el asombro. Cruzaron el patio de recepción y, cuando se disponía a secundarla para adentrarse en la casona, la muchacha le pidió que la aguardara en el vestíbulo, que iría a ver si miss Melody podía recibirlo. No le hizo caso y continuó. Vio que la esclava seguía de largo, hacia el patio principal; él, en cambio, entró en la sala de música. Dado que se trataba de una jornada calurosa, los postigos habían sido entornados, por lo que la estancia se hallaba sumida en una agradable penumbra. Los vio desde el umbral una vez que sus ojos se acostumbraron al cambio de luz. Melody y Constanzó conversaban animadamente, sentados, muy juntos, en el mismo sofá, al otro extremo de la habitación. Incrédulo, miró hacia uno y otro lado, y verificó que nadie los acompañaba.

Constanzó y Melody se pusieron de pie cuando los alcanzaron las potentes pisadas de Blackraven. Melody levantó la mano.

—¡Roger, detente! —Aunque supo que nada lo haría. Avanzaba con la implacabilidad de un fenómeno de la Naturaleza; metía el cuello en la chaqueta y parecía un toro decidido a embestir.

—¡Roger, por favor, no te precipites!

Sin que mediaran palabras, Blackraven descargó su puño en el vientre de Constanzó, que cayó al suelo con un quejido. Melody se colgó a las espaldas de Roger, que se desembarazó de ella como de un insecto. Esos segundos le sirvieron al médico para incorporarse y presentar pelea. La sala de música se convirtió en la liza de los dos caballeros. Se congregaron los esclavos y los miembros de la familia, que, al unísono, imprecaban a Blackraven que detuviera la lluvia de golpes con que mantenía a Constanzó de espaldas en el piso.

—¡Aprenderás a mantenerte lejos de mi mujer, maldito matasanos! No termino de darme vuelta que ya la rondas como un lobo, hijo de puta, bardaja, sarasa.

—¡Excelencia! —tronó la voz de doña Rafaela—. ¡Le ordeno que se detenga!

—¡Deténgase, amo Roger, que se le va a ir la leche a miss Melody!

Esa súplica de Trinaghanta, su inconfundible voz, su inglés con pesado acento dravídico, operaron en Blackraven como un chorro de agua, y soltó a Constanzó. Se puso de pie y se apartó caminando hacia atrás, agitado y rabioso, con la vista fija en su adversario, que se rebullía y se quejaba en el piso. A una indicación de doña Rafaela, algunas esclavas se aprestaron a incorporarlo.

Blackraven vio a Melody en un rincón, pálida, quieta y silenciosa, y se precipitó sobre ella en dos zancadas. La sujetó por la muñeca y la sacudió.

—¡Vamos! Me he cansado de esta farsa. ¡Te vienes conmigo!

—¡No, señor! —intervino doña Rafaela—. Ella está bajo mi tutela...

—¡Sí, bajo su tutela! —vociferó Blackraven—. Y bajo su tutela, este sotreta la visita y la corteja cuando ella es mía, me pertenece, es la madre de mi hijo. Confiado, coloqué bajo su influjo y protección a mi mujer, doña Rafaela. Jamás imaginé esta

cuchillada a traición.

—¡Lo hice por la salvación del alma de Melody! Su excelencia pretende conducirla a una vida de pecado.

—De la salvación del alma de mi esposa me ocupo yo, señora. Y me importa un ardite lo que su merced, los curas y el mismo papa tengan que decir al respecto.

Doña Rafaela profirió una exclamación y se santiguó. Blackraven percibió que Melody pugnaba por desasirse.

—¡Tú tienes el descaro —reaccionó de pronto— de culpar a doña Rafaela de traición! ¡Tú eres el único traidor aquí!

—¿De qué hablas, Isaura?

Melody dio un vistazo a los rostros expectantes de los esclavos y de las hijas de doña Rafaela y después miró al doctor Constanzó, que se enjugaba la sangre de la nariz, y prefirió callar, avergonzada de haber convertido el salón de una dama distinguida en una feria de verduleras.

—¡Suéltame, no iré contigo!

—¡Claro que vendrás! Eso no está en discusión.

—¡Le exijo que la libere, Blackraven!

—¡No! —prorrumpió Melody, y sujetó a Roger cuando amagó abalanzarse de nuevo sobre el médico.

—¡Exijo una satisfacción por esta afrenta! —vociferó Constanzó, y arrojó su guante al piso.

—Cuando guste —manifestó Blackraven.

Giró sobre sí y cargó a Melody sobre su hombro como si se tratase de un costal.

—¡Bájame! ¡Eres un déspota! ¡Un animal!

—¡Trinaghanta! —llamó Blackraven—. Manda por Ovidio y te vienes al Retiro con las cosas de tu señora y el niño.

La caterva de esclavos y miembros de la familia lo siguieron hasta la puerta donde vieron cómo Blackraven colocaba a Melody sobre el caballo y montaba con agilidad sorprendente, impidiendo que la muchacha se tirase al suelo. Vociferó una orden y el picazo se lanzó a la carrera calle abajo.

—Si tratas de escapar —la amenazó—, te daré una paliza que nunca olvidarás.

Cabalgaron por el Bajo y, en las inmediaciones de la iglesia del Socorro, Blackraven sujetó las riendas, y el caballo continuó a un paso más tranquilo. Melody perseveraba en su mutismo, y, aunque estaba incómoda, no se animaba a moverse ni a protestar. Blackraven, que notaba su rigidez, la atrajo hacia él hasta sentir que el trasero de ella encajaba en su pelvis. El movimiento suave del caballo y la quietud del entorno fueron aletargándola, y, antes de cruzar el zanjón de Matorras, se quedó dormida contra el pecho de Blackraven, que hasta ese momento se había divertido con los esfuerzos en que ella se empeñaba para vencer el sueño. La despertó el

campanazo de la torre del Retiro que indicaba a los esclavos la hora del almuerzo, y Blackraven sonrió cuando Melody se apartó de él y se irguió en la montura.

—Espérame en la sala de música —le ordenó, mientras la ayudaba a apearse—. Llevaré el caballo a la caballeriza y me reuniré contigo en unos minutos.

Llamó a la puerta principal. Doña Robustiana pronunció una exclamación al descubrirla en el umbral, y Melody se acordó de que, poco más de un año atrás, al llegar al Retiro con la señorita Béatrice y los niños, la habían encontrado, lo mismo que a su esposo, el senescal don Bustillo, beoda, sucia y desgredada; ahora, en cambio, vestía un mandil impoluto y llevaba el pelo tirante, recogido en un moño a la altura de la nuca. De pronto, se sintió feliz de estar de regreso en ese sitio que tantos momentos importantes encerraba. Robustiana, confundida porque no sabía cómo llamarla, la acompañó al salón.

—Llámame miss Melody, Robustiana, como cuando me conociste.

—¿Es cierto que su merced y el señor conde se descasaron?

—Sí, algo así.

—¿Se van a quedar a pasar la noche? ¿—Mando preparar la recámara?

—Sí, Robustiana —se escuchó la voz de Blackraven desde el ingreso—. Manda a preparar nuestro dormitorio. Vamos a mi despacho —le dijo a Melody, que lo siguió por detrás—. Entra.

Melody caminó hacia las contraventanas que daban sobre la galería y abrió las cortinas no tanto para permitir que la luz ingresase sino para darle la espalda a Blackraven.

—Isaura, deja eso. Ven acá. —Melody se acercó—. Creo que me debes una explicación. ¿Qué carajo hacía ese matasanos en lo de doña Rafaela? ¿Acaso te hacía la corte? ¿Por qué estabais solos? ¡Y en penumbras! ¡Contéstame, maldita sea! —La aferró por los hombros y la sacudió.

—¡Suéltame! Estás convencido de que con la fuerza bruta compondrás todos tus errores. ¡Eres un salvaje!

—¡Está bien! —aceptó, y le quitó las manos de encima—. Pero dame pronto una explicación plausible de lo que acabo de presenciar en casa de doña Rafaela porque mi paciencia está extinguiéndose.

—¡Tu paciencia está extinguiéndose! ¿Y la mía? La mía ya se extinguió. Sí, el doctor Constanzó me pretende, quiere casarse conmigo. Él es un buen...

Blackraven volvió a aferrarla por los hombros y, sin medir su fuerza, con una expresión feroz, reflejo de su furia y de su destemplanza, le apretó la carne hasta el hueso. Melody gimoteó.

—¿Qué estás diciéndome? ¿Que ese tipo te pretende? ¿Me lo dices con este desparpajo? ¿Qué te hizo? ¿Dónde te tocó? ¿Te besó? ¡Podría estrangularte! —Le apretó ambas mejillas con una mano y la boca de Melody sobresalió como si se

dispusiese a dar un beso—. ¿Es que no entiendes que soy el único que tiene derecho sobre ti? Una vez te juré que mataría a quien se atreviera siquiera a desearme. ¡No tomes mis promesas a la ligera, Isaura!

—¡Me haces daño!

—¡Voy a matar a ese miserable! —La soltó y se alejó hacia el escritorio, donde apoyó ambas manos e inclinó el cuerpo, devastado por la emoción—. ¿Cómo has podido traicionarme de este modo?

—¡No tienes nada que reprocharme! En cambio tú... Tú...

—¿Yo qué? ¡Jamás te he faltado! ¡Ni con el pensamiento!

—¡Mentiroso! ¿Qué tienes para decirme de tu asunto con la baronesa de Ibar, en Río de Janeiro y quizás aquí?

—¿De qué estás hablando?

—Joana, la esclava de la baronesa, se lo contó a Miora, y yo lo corroboré con Estevanico. Él dice que la baronesa iba a tu recámara del hotel, ¡de noche! Y vi cómo se miraron tú y ella cuando os encontrasteis en mi habitación en casa de doña Rafaela.

Se largó a llorar, algo en lo que se había propuesto no caer porque la humillaba.

—Sí, es cierto que se metió en mi recámara del hotel. ¡Varias veces! Es una perra en celo, no sabía cómo quitármela de encima.

—¿Pretendes que te crea?

—¡Por supuesto que lo pretendo! Soy tu esposo y te amo, y jamás te traicionaría.

—No puedo creerte, Roger, no puedo confiar en ti.

—Pronunciaste las mismas palabras cuando Tomás me acusó de traidor, y te equivocaste.

El llanto de Melody recrudeció. Su confusión la angustiaba.

—Quiero creerte, quiero creerte.

Blackraven había vuelto junto a ella, pero no la tocaba.

—¿Por qué te resulta más fácil confiar en los demás que en tu esposo?

—Porque Joana, la esclava de la baronesa, la vio entrar en tu recámara, y porque Estevanico también la vio.

—Ya te dije que es una zorra, tú misma lo habrás notado, y se introducía en mi recámara y se me ofrecía como una prostituta del puerto. Nunca, Isaura, ni una vez sucedió nada entre nosotros. La echaba con el mismo desprecio con que me viste hacerlo la noche de la fiesta en casa de doña Rafaela. ¿No te das cuenta de que envió a su esclava para que le contase a Miora de sus escapadas a mi habitación a sabiendas de que, tarde o temprano, tú te enterarías? Lo ha hecho para vengarse de mí, por no haber correspondido a sus avances. Lo ha hecho por celos y por envidia, para perjudicarme. Tú eres demasiado noble y buena para creer que en este mundo existen criaturas perversas.

—Tú estabas enojado conmigo en Río de Janeiro. Pudiste haberte acostado con ella por despecho.

—No lo hice, y sí, estaba furioso contigo, pero te amaba locamente, y tu recuerdo me perseguía. Nada ni nadie me inspiraba deseo. Sólo pensaba en volver a tus brazos. —Tomó de su faltriquera la miniatura de Melody de la cual no se separaba—. ¿Sabes qué hacía la primera noche en que la baronesa llamó a mi puerta? Al igual que cada noche, contemplaba tu retrato y me preguntaba qué estarías haciendo, y deseaba que estuvieras dormida y segura en nuestra cama, soñando conmigo.

Melody se cubrió el rostro y rompió a llorar de nuevo. Blackraven la envolvió con sus brazos y le habló al oído.

—Escúchame bien, Isaura. Nadie debería confiar en mí excepto tú. Contigo me desnudo y bajo la guardia, me muestro tal cual soy, sin dobleces ni artimañas. Por eso ostentas tanto poder sobre mí, porque tienes al alcance de tu mano la posibilidad de destrozarme, porque a ti llego inerme. Confía en mí, amor mío —le suplicó—. Confía en mí, Isaura. No hablo por hablar cuando digo que si tú no confías en mí, si tú no me amas como yo a ti, me quitas la fuerza.

—De veras creí que me habías engañado con esa mujer, todo se confabulaba para que así lo creyese.

—Ahora pronunciaré un juramento que nunca repetiré, porque la próxima vez que desconfíes de mí, por muy adversas que sean las circunstancias, por muy evidente que juzgues mi culpabilidad, todo entre tú y yo habrá acabado. —Se miraron con fijeza; Melody contenía el respiro, asustada, conmovida y expectante—. Te juro, Isaura, por la vida de...

Melody lo acalló posando su mano sobre los labios de Blackraven.

—No pronuncies ese juramento. No lo necesito. Te creo, mi amor, te creo de verdad. Sé que no me mientes. Te prometo que nunca volveré a dudar de ti.

—¡Oh, Isaura! —La estrechó con brutalidad, embargado por un alivio que se mezclaba con la dicha y la pasión, y que se traducía en una mandíbula rígida y ojos cálidos—. Aún estoy rabioso contigo, ¿sabes? —Melody advirtió la emoción en su voz ronca—. ¿Cómo has permitido que ese imbécil de Constanzó pensara que podía poseerte? ¡A ti, mi mujer!

—Lo hice para vengarme de ti, lo admito. Estaba enojadísima, y ahora me arrepiento porque utilicé al doctor Constanzó para ponerte celoso.

—¿Dejaste que te tocara? ¿Qué te besara?

—¡No! ¿Cómo crees?

—Lo voy a matar sólo por haber osado fijarse en ti.

—¡No! Júrame que no llevarás adelante esa locura del duelo.

—Él fue quien lo propuso. Yo no daré marcha atrás. ¿Qué clase de hombre crees que soy? El te pretende, quiere robarte de mis brazos, y yo tengo que perdonarle la

vida.

—¡Oh, Dios mío! Lo matarás si vais a duelo.

—¿Te importaría? —preguntó con ardor, sujetándole el rostro con ambas manos.

—¡Por supuesto! No quiero que corra sangre por mi culpa.

—¿En qué diantre pensabas cuando le permitiste creer que podías pertenecerle? ¿Acaso se te cruzó por la mente que él podía darte el placer que yo te doy, que él podía enterrarse dentro de ti y llegar a tus entrañas?

—¡No! ¡No! ¡Jamás pensé en eso!

Blackraven se abatió sobre sus labios con la misma perturbación que lo había dominado cuando la descubrió en la sala en compañía del doctor Constanzó. Sin separarla de él, la arrastró hasta el sofá de cuero donde la acostó para echarse sobre ella y subirle el guardapiés con manos desmadradas; ella se bajó los bombachos, mientras él se deshacía de sus pantalones.

Había hecho el amor con Blackraven infinidad de veces, sus orgasmos siempre la satisfacían, sin embargo, esa sensación era nueva, tenía la impresión de que sus entrañas giraban y lanzaban chispas hasta adquirir una temperatura que las derretía. Ella misma estaba diluyéndose y derramándose, algo extraño e inusual estaba ocurriéndole, como si Blackraven hubiese alcanzado un punto secreto que, al accionarlo, había desatado una revolución que la materia de placer.

Melody cayó en la cuenta de que gritaba como si estuvieran haciéndole mucho daño, su propio clamor la estremecía. Temblaba; las energías centrífugas y demasiado poderosas eran las que la hacían temblar; gritaba, se aferraba con uñas y dientes a Blackraven, que le susurraba palabras soeces y se sacudía dentro de ella con crueldad. De pronto, ya no percibió sus embestidas y tuvo la impresión de que se elevaba y de que el centro que giraba en su interior se agrandaba hasta convertirse en ella misma, hasta alcanzar el diámetro de sus brazos y de sus piernas extendidas. Todo era destellos carmesí y chispas violeta, calor y a veces frío, y creyó que aquella portentosa sensación acabaría con ella. Gritó sin darse cuenta, gritó y gritó hasta perder la conciencia. Al volver en sí, se encontró con la mirada ansiosa de Blackraven.

—Roger, ¿qué me ha ocurrido? ¿Qué ha sido eso?

—*La petite mort* —susurró él—. Te dije que sólo yo podía llegar a tus entrañas.

—Oh, Roger, creí que moría de placer.

Blackraven rió por lo bajo y la atrajo a su pecho, donde la cobijó con tanta ternura como salvajismo había empleado para penetrarla.

—Vamos a nuestro dormitorio —propuso él—. Todavía tengo que ponerme al día después de esta maldita cuarentena.

Buscaron refugio en el dormitorio para seguir amándose hasta la extenuación. Melody no recordaba haber caído en un sueño tan profundo, oscuro y hermético. Se

despertó con bríos renovados, y, apenas movió la cabeza, sonrió al descubrir que Blackraven, con la cara apoyada en la mano, se dedicaba a contemplarla.

—Dime que me amas como a nadie en esta vida —le exigió él.

—Te amo como a nadie en esta vida.

—Dime que nunca has amado a alguien tanto como a mí.

—Jamás he amado como te amo a ti.

—Dime que ningún hombre te ha hecho temblar como tiembles conmigo.

—Ningún hombre, jamás.

—Dime que no sabes estar sola, que necesitas estar conmigo.

—Sólo sé estar contigo, te necesito, siempre.

—Pídeme lo que quieras.

—Sólo te quiero a ti. Para siempre.

—Ya me tienes, aquí, vencido a tus pies. Para siempre.

Una llamada a la puerta interrumpió el beso. A continuación, escucharon el vagido de un bebé.

—¡Ah, mi niño ha llegado! Gracias a Dios. Necesito alimentarlo. Ya me duelen los pechos. Cariño, por favor, pídele a Trinaghanta una jarra con agua fresca. Mientras lo amamanto, me da mucha sed.

Blackraven, envuelto en un salto de cama, abrió la puerta, tomó al niño y dirigió unas indicaciones a la cingalesa antes de despedirla. Melody se incorporó en la cama para contemplar a Roger con Alexander en brazos. Lo sostenía de un modo torpe e inseguro y lo miraba con el ceño fruncido y un mohín de desconfianza, en tanto el niño, enfurecido de hambre, apretaba los puñitos y sacudía los brazos y los pies.

—Sí, sí, tesoro —dijo Melody, y lo recibió—, sé que tienes hambre.

Blackraven se ubicó junto a ella para verla alimentar a su hijo por primera vez. Carcajeó, algo conmovido, ante los infructuosos esfuerzos de Alexander por dar con el pezón. Melody se tomó el pecho y lo introdujo dentro de la boquita de su hijo, que suspiró y comenzó a mamar con avidez y mucho ruido.

—Siempre te ahogas cuando succionas tan rápido —le habló Melody—. Eres un tragón, hijo mío.

Blackraven ya no reía, aunque su seriedad no era grave ni solemne, más bien pasmosa, como si presenciara un hecho prodigioso e inexplicable. Melody sonrió y estiró una mano para acariciarle la mejilla, pero él siguió abstraído, los ojos inmóviles en el objeto de su admiración: su hijo Alexander Fidelis.

—Dios mío —susurró al cabo—, nunca imaginé que pudiera ser capaz de sentir esto tan profundo e inmenso por una criatura tan pequeña.

Melody y Alexander no retornaron a la casa de la virreina vieja sino que se instalaron en el Retiro. Días más tarde, llegaron para quedarse Miora con Rafaelito (y la esclava

que lo alimentaba), Amy, Víctor, Angelita, Estevanico y los maestros vizcaínos, Perla y Jaime. Se respiraba de nuevo el ambiente distendido y alegre de principios de año, y, aunque faltaban algunas de las personas que habían conformado aquel grupo tan avenido, se incorporaban otras que no alteraban la armonía.

La única preocupación de Melody, el duelo de Blackraven con el doctor Constanzó, no se solucionaría sino con su concreción. Melody vivía desasosegada, lo mismo que la señorita Ingracia, que le escribió una nota para suplicarle que ablandase el corazón de su esposo. En este sentido, Melody nada podía hacer; Blackraven le había ordenado que se olvidara del asunto y que se abstuviera de interferir. Ella se enteraba de los pormenores gracias a Miora, que los sabía por Somar. Los padrinos de Blackraven, Malagrida y Távora, se habían reunido con los del doctor Constanzó para acordar los detalles: el duelo se realizaría en la madrugada del 5 de enero en un descampado a varas de la Plaza de Toros en el Retiro; se emplearían espadas y sería a primera vista de sangre. Aunque esta última disposición la confortaba, Melody temía que “la primera vista de sangre” correspondiera a una herida mortal. La noche antes del encuentro, no concilió el sueño y se lo pasó rezando los cinco misterios dolorosos del rosario; Blackraven dormía a pierna suelta, y ni siquiera se despertó cuando Alexander exigió su alimento. A las cinco y media, Melody simuló dormir mientras lo escuchaba aprestarse. Blackraven se inclinó, la besó en la sien y se marchó. Retornó a las ocho, junto con Malagrida, Távora y Somar, todos de buen ánimo y hambrientos. Miora, consciente de la angustia de su señora, subió a referirle los pormenores.

—Dice Somar que contó los segundos que le llevó al amo Roger desembarazar al pobre doctor Constanzó de la espada. ¡Dieciséis! ¡Dieciséis segundos, miss Melody! Le hizo un corte superficial en el antebrazo derecho con la punta de su espada y así todo acabó.

—Gracias, Dios mío —susurró Melody.

Se acostó sobre la almohada, debilitada a causa del alivio, y se quedó dormida. La despertaron los besos de Blackraven, que ya había tomado un baño y tenía el bozo suave, recién afeitado y perfumado con la loción de algalia.

—Cariño, ya sé que todo salió bien. Miora vino a contármelo.

—¿Que todo haya salido bien significa para ti que ese matasanos de chicha y nabo siga gozando de buena salud?

—Lo usé para darte celos, Roger. No quería que, por mi necedad, el doctor Constanzó sufriera una herida mortal. La culpa no me habría dejado en paz.

—Lo sé, por eso lo dispuse todo para que acabase rápido y sin muertes que lamentar, porque sólo tú me importas, sólo quiero que estés tranquila.

El mismo día del duelo, el lunes 5 de enero de 1807, llegaron a Maldonado, desde el

puerto de Falmouth, en la Inglaterra, nuevas fuerzas al mando del general sir Samuel Auchmuty, que se unieron a las de Backhouse y a las de Stirling. Traía órdenes de colaborar con Beresford en el mantenimiento de la plaza o de posesionarse de nuevo de ella en caso de que se hubiese perdido.

Auchmuty enseguida se hizo del mando. Dado el mal estado de la tropa de Backhouse, decidió enviarla de regreso, excepto una pequeña guarnición que permaneció en la isla Gorriti. Sumado a las fuerzas de Stirling, el ejército de Auchmuty ascendía a unos cinco mil quinientos hombres que se disponían a tomar Montevideo.

El arribo de estos refuerzos no sólo aportó soldados para preparar la invasión militar sino unos setenta barcos mercantes que, alentados por la noticia de la toma de Buenos Aires por parte de Beresford, atracaron en estas costas con sus bodegas repletas de mercancías y ningún sitio donde venderlas. Para Blackraven, más allá de que el engrosamiento de la tropa inglesa lo preocupaba, la llegada de ese convoy significó un golpe de suerte ya que consiguió a precio de remate una variedad de ultramarinos de excelente calidad con los que fue proveyendo a Álzaga en tanto Távara terminaba de aprestar la *Wings* y viajaba a Cádiz y a otros puertos para hacerse de nuevos proveedores. No se trataba de una operación sencilla ya que O'Maley se aproximaba a las embarcaciones en una balandra de modo de conseguir la autorización para abordar y realizar las negociaciones; después se procedía a la descarga durante la noche ya que la mercadería ingresaba en Buenos Aires de contrabando. Así, la cripta del Retiro volvió a atiborrarse de bultos y cajas. Blackraven se vio en la necesidad de falsificar los afidávits y demás documentación de la mercancía para otorgar cierta legalidad a la compra por parte de Álzaga ya que la Audiencia de Buenos Aires dispuso severas penalidades, incluso la horca, para quien comprase ultramarinos a los comerciantes ingleses recién llegados. Roger juzgó irónico que las telas y los botines con los que proveyó al ejército de Liniers proviniesen de bodegas enemigas.

Para Blackraven, esos primeros días del año 1807 resultaron de gran agitación no sólo en relación con sus asuntos comerciales y políticos sino domésticos. Por una parte, se ocupaba de trazar el plan de huida de Beresford con la ayuda de Saturnino Rodríguez Peña, como también de facilitarle los medios para que se pusiera en contacto con su par inglés, Auchmuty, de modo tal de convencerlo de asegurar la independencia a esas colonias españolas. Por otra parte, manejaba tras bambalinas la votación de las nuevas autoridades del Cabildo para 1807, las cuales, después de andar en dares y tomares, fueron confirmadas el sábado 24 de enero, con el beneplácito de la Real Audiencia, ya que no habían conseguido el de Sobremonte por sostener éste la conveniencia de no realizar cambios en medio de aquella anarquía. Los nuevos cabildantes eran: alcalde de primer voto, don Martín de Álzaga, de

segundo voto, don Esteban Villanueva, y el procurador reelecto, don Benito de Iglesias. Pocos días después, Álzaga convocó a su asesor letrado, el doctor Covarrubias, le entregó el expediente con los pormenores de la conjura de esclavos y le ordenó que dispusiese el sobreseimiento de Tomás Maguire por falta de pruebas. El vasco anduvo de mal humor el resto de la jornada, mascullando contra Blackraven, aunque consciente de que, sin la influencia del inglés, que no sólo había persuadido a sus amigos los cabildantes sino al oidor Lavardén de la Real Audiencia, él jamás habría obtenido el puesto de alcalde de primer voto. Dentro de todo, se decía, la situación había concluido de modo favorable y el precio a pagar —la anulación del pedido de captura de ese mal parido de Tomás Maguire— había resultado bastante bajo, si tenía en cuenta que no sólo su negocio se había estabilizado y, poco a poco, retornaba al giro normal de sus actividades, sino que se había granjeado la confianza del sobrino (no importaba que fuera ilegítimo) del rey Carlos IV, decisiva para su ambicionado nombramiento como virrey del Río de la Plata. “Blackraven es un imbécil si cree que me tiene en su puño”, pensó días después, antes de firmar el sobreseimiento de su cuñado Maguire.

Blackraven seguía administrando sus propiedades y casas de comercio, sin mencionar *Bella Esmeralda*, de la que siempre llegaban notas del administrador con algún problema y exigencia de dinero. A menudo pensaba: “Pronto tendré que hacerle una visita a ese zopenco”, del cual sospechaba que embolsaba buena parte de su remesa.

Abelardo Montes insistía en emprender ese viaje a la zona en el noreste conocida como Misiones para comprar terrenos aptos para el cultivo de la yerba, el tabaco y el té; Francisco Martínez de Hoz había vuelto a proponerle el negocio del añil en Catamarca, y doña Rafaela, con quien había hecho las paces, le pedía que no descuidara la calera, su única fuente de ingresos.

En ese caos de números, personas y responsabilidades, su atención se desviaba para resolver el asunto del matrimonio de su pupila Marcelina y don Diogo —a quienes terminó por autorizar a iniciar las tramitaciones de la dispensa eclesiástica dada la consanguinidad del vínculo— y de la pretensión del teniente coronel Lane de desposar a María Virtudes. Languidecían las razones por las cuales el militar permanecía en Buenos Aires y no seguía la suerte de los demás oficiales ingleses, esto es, partir a su prisión en el interior del virreinato. Urgía actuar pronto y ayudarlo a escapar junto con Beresford, pero el hombre se negaba a irse sin María Virtudes. Blackraven, no obstante, jamás consentiría el matrimonio de su pupila con un hombre a quien él no conocía y del cual Beresford no le daba referencias ya que lo había visto por primera vez en la isla de Santa Elena en mayo del año anterior. “*No tengo quejas de él*”, le había escrito, “*siempre ha cumplido con su deber de un modo que lo honra, pero desconozco su pasado y su posición en la vida*”. Podía tratarse de un lobo con

piel de cordero, un cazafortunas, ya que la dote de María Virtudes era muy tentadora. Ni la intervención de Melody ni las lágrimas de la muchacha consiguieron cambiar el parecer de Blackraven: el teniente coronel Lane escaparía junto con su superior, el brigadier general Beresford, y viajaría rumbo a la Inglaterra donde aguardaría las noticias de Blackraven en relación con las cuestiones del corazón. Para evitar una huida de los enamorados, Blackraven dispuso que la señorita Leo y sus tres sobrinas se instalaran en el Retiro.

—No llores —animó Melody a María Virtudes la tarde en que llegó—. El señor Blackraven ha consentido que os comprometáis antes de la partida de tu teniente coronel de modo que podáis escribiros.

—Cuando llegue a la Inglaterra —chilló María Virtudes—, Lane se enamorará de una inglesa y se olvidará de mí.

—¿Tan mal piensas de él? —La joven negó con la cabeza enfáticamente—. Entonces, confía en su amor y resígnate. El señor Blackraven me ha dicho que en poco tiempo zarparemos hacia la Inglaterra y que tú vendrás con nosotros.

—¿De veras, miss Melody? —Melody asintió—. ¡Oh, qué feliz me hace esta noticia!

Servando bajó la cara y se puso a llorar en silencio cuando Melody le entregó los papeles de su manumisión. Le vino a la mente la cara de Pangú, el *soba* o cazador africano de hombres que lo había condenado a esa vida de esclavitud, aunque de pronto su imagen se desdibujó hasta desvanecerse, hasta resultar imposible volver a vislumbrarla, en tanto los lineamientos diáfanos y regulares de Elisea tomaban su lugar.

—Yo no me merezco esto, miss Melody —dijo, y le devolvió la papeleta—. No lo merezco. Soy un traidor, igual que Sabas. Traicioné a su hermano Tomás y casi le cuesta la vida.

—¿Por qué no puedes perdonarte por esa acción si yo ya te he perdonado?

—Soy indigno ante sus ojos y ante los ojos de Elisea.

—Más que indigno, eres un soberbio, Babá. Te equivocaste, es cierto, actuaste bajo el influjo del alcohol y de los celos. Nada justifica lo que hiciste, pero lo hiciste. Y lo hiciste porque eres un ser humano, y, como ser humano, eres imperfecto y cometes errores. Acéptalo y sigue viviendo.

—Pudo costarle la vida a su hermano Tomás.

—Tomás también cometió errores, no es ningún santo. Sin embargo, ha conseguido una oportunidad de redimirse y de hacer algo por su bien. Igual deberás hacer tú.

—No sé qué hacer —admitió.

—La señorita Amy asegura que hay una isla llamada Haití, muy bella, de exuberante vegetación, donde no existe la esclavitud y se respira un aire de respeto y

libertad. Ella considera que es un buen sitio donde comenzar. Ella misma os llevaría en su barco.

—¿Y el amo Roger?

—Sería beneficioso contar con su apoyo. Su auspicio facilitaría las cosas.

—Jamás permitirá que su pupila despose a un negro que fue su esclavo.

—Veremos —dijo Melody, y le sonrió.

—Yo soy un ser humano, miss Melody —expresó Servando, mirándola a los ojos —, porque me equivoco y tengo malos sentimientos, como casi todos los mortales. ¿Y su merced? ¿Qué es su merced? Su merced no es de este mundo, ¿verdad? Su merced de veras es un ángel que se hace pasar por persona, ¿verdad?

—Ay, querido Babá, si supieras cuán rotundamente humana soy.

Y lo decía con evidente pesar porque el día anterior, el 4 de febrero, con la novedad de la caída de Montevideo en manos de Auchmuty, había llegado también la noticia de que Victoria estaba enferma, y Melody corrió a la Iglesia del Pilar a confesarse porque se había alegrado.

La caída de Montevideo en manos de Auchmuty produjo consecuencias en la escena política de Buenos Aires. El Cabildo, en una resolución sin precedentes, destituyó a Sobremonte por “imperito en el arte de la guerra e indolente en clase de gobernador” y mandó arrestarlo; se lo acusaba de la pérdida de Montevideo. A la sazón, el depuesto virrey se hallaba en la Posta de Durán, cerca de Rosario, donde un oidor de la Real Audiencia y dos regidores del Cabildo, escoltados por un piquete de húsares, lo tomaron prisionero el 17 de febrero y lo condujeron a Buenos Aires, hasta la Convalecencia, el hospital de los “barbones”, que se fijó como el lugar de su prisión. Liniers fue reconfirmado en su puesto de capitán general de las fuerzas militares del virreinato, mientras que a la Audiencia Real se le reservó el mando político. Enseguida, tanto el partido de los independentistas como el de los españoles se lanzaron a confabular para hacerse del puesto de virrey. Los criollos lo querían para Liniers, a quien, por su laxitud y débil carácter, pensaban dominar sin mayor inconveniente; en tanto los monopolistas propugnaban el triunfo de Álzaga.

Otra consecuencia de la toma de Montevideo fue la decisión de las autoridades del Cabildo y de la Real Audiencia de enviar a Beresford y a sus oficiales a Catamarca; se sospechaba que mantenían contacto con los militares ingleses apostados en la Banda Oriental, y juzgaban imperativo alejarlos para evitar que colaborasen con sus pares en la invasión a Buenos Aires. Blackraven, aunque preocupado por la enfermedad de Victoria, se vio obligado a apurar la ejecución de su plan, e incluso a salvar los desaciertos de su colaborador, Saturnino Rodríguez Peña, quien, pese a la advertencia, recurrió a Álzaga por ayuda y casi cae víctima de una trampa.

—Señor Álzaga —manifestó Rodríguez Peña, la noche del 7 de febrero, en la sala del propio don Martín—, el capitán Liniers es de la misma opinión que yo en cuanto a que, en las condiciones de precariedad en que se encuentra nuestro ejército, jamás podremos detener la invasión del general Auchmuty.

—Sí, estoy de acuerdo —lo engatusó el vasco—. Prosiga. Lo escucho.

—El general Beresford ha expresado su interés de mediar ante Auchmuty para evitar una efusión de sangre sin sentido.

—¿Propone su merced que entreguemos la plaza sin presentar pelea para ahorrar la sangre de un puñado de soldados?

—La pelea sería innecesaria. Ocurre, don Martín, que la Inglaterra sólo desea nuestra independencia.

—¿Beresford lo garantiza?

—Sí —contestó Rodríguez Peña.

—¿Por escrito?

—Debería consultarlo.

—Pues bien, contará con mi apoyo el día en que vea un documento donde el general Beresford expresa por escrito la intención de su país de asegurar la independencia de estas colonias. Volvamos a reunirnos cuando se haga de dicho documento.

—Así será —dijo Rodríguez Peña, y se marchó acompañado de un sirviente.

Álzaga descorrió las cortinas de las grandes contraventanas tras las cuales se ocultaban su espía, el capitán Juan de Dios Dozo, el regidor Fernández de Agüero y el escribano Cortés, a quienes había citado como testigos para sostener la acusación de traición que iniciaría contra Rodríguez Peña de modo de asestar un golpe letal al partido independentista.

Esa misma noche, el escribano Cortés pasó a visitar a su amigo, el comerciante Zorrilla, a quien, en confidencia y con algunas copas de más, le refirió lo sucedido. Zorrilla despachó a Cortés y se dirigió a la casa de San José, donde puso al tanto a Blackraven, que convocó a Somar y a Távora para que buscasen a Rodríguez Peña y lo ocultasen en la casa de la calle Santiago.

—Si vuelve a mostrarse en la calle —lo previno Roger a la mañana siguiente— o si intenta regresar a su casa, Álzaga lo hará encarcelar y probablemente consiga que lo cuelguen acusado de traidor. No le queda otra, don Saturnino, deberá escapar junto con Beresford. Tenga paciencia, no cometa más imprudencias y en pocos días estará en viaje hacia la Inglaterra.

A continuación se encaminó al Fuerte, donde Liniers ocupaba las habitaciones del virrey. Lo invitó a pasar con muestras de afecto y le comentó que acababa de regresar de la Banda Oriental.

—¿Qué desea beber, excelencia? Tengo un buen coñac.

—Gracias, capitán, pero es temprano para un coñac. Un café estará bien.

—Ha sabido que la señora condesa no se encuentra bien de salud. Espero que se restablezca pronto.

—Así lo espero yo también.

Conversaron acerca del sitio a Montevideo y de la caída de la ciudad en manos de los ingleses, cuya irrupción significó grandes pérdidas materiales y centenares de muertos, de ambos bandos; en los mentideros hablaban de que se habían producido todo tipo de desmanes —violaciones, robos, saqueos— hasta que Auchmuty mandó fusilar a dos de su tropa y restableció el orden.

—Sería lamentable que eso sucediera aquí.

—Oh, sí, de verdad lamentable —coincidió Liniers.

—Pero ya veo que mis compatriotas están decididos a tomar la plaza. Y lo harán en cuanto reciban tropa fresca y más munición. Dudo de que tarden en llegar. —Blackraven se incorporó en la butaca para cambiar de tema y adquirió un aire confidente al manifestar—: Venía a verlo, capitán, para tratar con vuestra merced otro tema que, de algún modo, se relaciona con la amenaza de invasión que pesa sobre nuestra ciudad. Vuestra merced y yo sabemos que aquí se ha cometido una gran injusticia, y me refiero al asunto de los términos de la capitulación del general Beresford.

—Ha sido un asunto de lo más desdichado —admitió Liniers.

—La actual situación del general es injusta —insistió Blackraven—. Y ha llegado a mis oídos la noticia de que se ha enviado a un grupo a la villa del Luján a requisar su correspondencia. Debió de ser denigrante para Beresford, que es un caballero.

—Sospechan que está en comunicación permanente con las fuerzas inglesas apostadas en Montevideo. Su conocimiento de esta plaza podría ser de gran utilidad a Auchmuty al momento del ataque.

—Supe también —prosiguió Blackraven, como si Liniers no hubiese hablado— que se ha decidido enviarlo, a él y a sus oficiales, a Catamarca.

—Sí. Por lo que le explicaba antes, lo quieren lo más lejos posible de Auchmuty.

Blackraven no podía dejar de notar que Liniers, a pesar de formar parte del grupo de hombres que tomaba las decisiones en el virreinato, jamás hablaba en primera persona. “Sospechan que”, “lo quieren lejos”, “lo enviarán”. Opinaba que esa propensión no podía llamarse prudencia sino debilidad de carácter e inseguridad en el propio discernimiento. Contar con su colaboración venal sería pan comido.

—Le aseguro a vuestra merced —dijo Roger— que Beresford serviría más a la causa del Río de la Plata libre que preso en un confín del virreinato. Sé de buena fuente que él ha prometido, en caso de salir en libertad, hablar con Auchmuty para hacerle ver la conveniencia de evitar un enfrentamiento armado (que, sabemos, sería cruento) y de auspiciar, con su apoyo militar, la independencia del virreinato.

Después de todo, lo único que quieren los ingleses son nuevos mercados para comerciar libremente, y para eso no necesitan la ocupación militar.

—¿La independencia? —se pasmó Liniers.

—Sí, la independencia. Un proceso que sólo podría acarrear beneficios para vuestra merced puesto que, en caso de cortar los lazos con la España, debería elegirse una nueva autoridad, y, por supuesto, el candidato natural, el que el pueblo reclamaría, sería vuestra merced, sin duda. En caso de seguir atados a la España, no importarán vuestros méritos, capitán Liniers: jamás os elegirían virrey por el simple hecho de no ser español. Las circunstancias actuales son propicias —retomé Blackraven, después de una pausa intencional—. Con la destitución de Sobremonte y el ofrecimiento de ayuda para lograr la independencia por parte de los ingleses, vuestra merced sería el próximo... Ya no digamos virrey sino... ¿Rey? ¿Primer ministro? Lo que fuere, cuenta con mi apoyo.

—¿Su excelencia está seguro de que el general Beresford intercederá en nuestro favor frente a Auchmuty?

—Lo sé de la mejor fuente.

Liniers se llevó la mano al mentón y fijó la vista en el escritorio. Blackraven estaba pidiéndole que ayudara a Beresford a escapar. Toda esa perorata acerca de la independencia había sido una muestra de buena voluntad, porque ambos sabían que Blackraven lo tenía por el cuello; él no se olvidaba de que no le había pagado la última asignación del préstamo y que tampoco había cancelado las dos últimas facturas del aprovisionamiento del ejército. Si se rehusaba a colaborar en su plan, pondría a un lado su diplomacia y elocuencia y sacaría a relucir esos trapitos sucios. Por otra parte, Liniers sabía que Blackraven no precisaba de su ayuda para liberar a Beresford; por supuesto que la aquiescencia del capitán al mando de las fuerzas militares facilitaría la fuga, pero, en realidad, lo que buscaba el conde inglés era su complicidad, su adhesión al proyecto, su participación incondicional. “Quiere tenerme bien agarrado de las pelotas. Y ya me tiene”, masculló para sus adentros.

—El general Beresford, a quien considero un amigo a pesar de que la vida nos haya colocado en bandos contrarios, merece toda mi confianza. Si, como su excelencia afirma, él ha ofrecido mediar, su colaboración no traerá sino beneficios para el virreinato, en especial si tenemos en cuenta que nuestro ejército no se encuentra en plena forma. No tiene sentido sacrificar a nuestros hombres si puede evitarse —manifestó, con sinceridad.

—Entonces, urge liberarlo. Es menester que llegue a Montevideo y se ponga en tratativas con Auchmuty antes del arribo de refuerzos.

—Podríamos aprovechar el traslado a Catamarca para hacerlo —propuso Liniers.

—Acuerdo en eso con su merced. Estuve pensando que lo más conveniente sería que vuestra merced firmase un documento en donde ordenase que se entregara, al

portador del mismo, los prisioneros Beresford y Denis Pack, los cuales serían requeridos en Buenos Aires para atender asuntos de interés para el virreinato. Rubrique el documento con una firma que, luego, puede aducirse que es falsificada. Lo más importante es que use papel marquilla con su membrete y estampe su sello. Vuestra merced deberá escribir el documento de puño y letra, puesto que no podemos confiar su contenido a ninguno de vuestros amanuenses.

—¿Quién irá por Beresford y Pack?

—Saturnino Rodríguez Peña y Aniceto Padilla. —Blackraven se refería a un oscuro personaje a quien Beresford había librado de prisión y al que había usado como espía durante sus cuarenta y cinco días como gobernador de Buenos Aires—. Es preciso que envíe al frente del piquete que escolte a Beresford hacia Catamarca al capitán Manuel Martínez Fontes.

Liniers no necesitó preguntar el motivo de esta última disposición; Martínez Fontes, del cuerpo de Blandengues, era cuñado de Rodríguez Peña y de seguro tomaría parte en la parodia y allanaría el camino.

Hacía una semana que Blackraven no iba al Retiro, desde que Victoria había caído enferma. El diagnóstico de Fabre lo había conmocionado: la condesa de Stoneville padecía viruela. De igual modo, no resultaba ilógico si se tenía en cuenta que sus dos esclavas, Berenice y Gabina, quienes habían estado atendiéndola y tocándola todo ese tiempo, ya la habían adquirido y se debatían entre la vida y la muerte; tampoco sorprendió que las muchachas se contagiaran ya que Gabina había tenido un amante en el Mondongo, y terminó por descubrirse que Berenice andaba en las mismas con un liberto del Tambor. Blackraven mandó aislarlas en la barraca de la casa de San José, acomodando al resto de los esclavos en los interiores. Se quemaron sus pertenencias y se limpió con vinagre y ácido muriático la cocina, las letrinas y la propia habitación de Victoria, los tres sectores donde Berenice y Gabina pasaban más tiempo; y sólo podía asistirles Gilberta, quien, de niña, había subsistido a la enfermedad.

Victoria comenzó a experimentar un desgano que atribuyó a sus noches de insomnio en las cuales se atormentaba cavilando que volvería sola y despreciada a la Inglaterra; Melody y Roger ni siquiera guardaban las apariencias y vivían juntos en el Retiro. Al desgano le siguieron la fiebre, los vómitos ocasionales y un agudo dolor de cabeza que le impedía despegar los párpados. Fabre diagnosticó la viruela cuando detectó unas manchas rojas al revisarle la cavidad bucal.

—Me preocupa, excelencia —admitió el médico—. La salud de la señora condesa no es buena. Dudo de que resista esta enfermedad.

—¿Qué podemos hacer por ella? —se desesperó Roger.

—Una vez que la persona ha contraído la enfermedad, poco puede hacerse. Lo mejor es evitar el contagio. Y para eso hay que inocularse con la vacuna.

—Algo he oído hablar de esa vacuna. Cuénteme más, doctor, por favor.

—Me refiero a la vacuna que inventó su compatriota, excelencia, el doctor Eduardo Jenner, ¡gran observador este Jenner! Él creó un antídoto contra la viruela a partir de la inoculación en personas sanas de una viruela benigna que les da a las vacas, *cow-pox* —explicó, con mala pronunciación—, o en latín *variolae vaccine*. De allí que la llamemos vacuna.

—¿Puede conseguirse ese antídoto aquí, en el Río de la Plata?

—Sí, a Dios gracias. O’Gorman lo introdujo años atrás, y es el presbítero Saturnino Segurola quien conserva el específico y lo inocular en su casa.

—¿Su merced me asegura que, quien se inocular, no contrae la enfermedad?

—Por supuesto que se lo aseguro, excelencia. Si todos nos inoculásemos, sería el fin de la viruela. Sucede que muchos desconfían de la vacuna.

—¿Puede aplicarse a los niños?

—Sí.

Blackraven le envió una nota a Melody informándole de la situación y comunicándole que no volvería al Retiro mientras durase la enfermedad de Victoria y hasta que transcurriera el período de incubación, que, de acuerdo con Fabre, llegaba a los quince días. Le ordenó que concurriese a casa del presbítero Segurola con Alexander y los niños y se hicieran inocular contra la viruela. *Tomaré medidas para vacunar a todos nuestros esclavos*, le decía, y, por último, agregaba: *No podré enviarte más cartas en este tiempo puesto que el doctor Fabre dice que es una vía de contagio.*

La enfermedad se apoderó del cuerpo de Victoria con una rapidez asombrosa y devoró su belleza. Resultaba imposible reconocer los antiguos lineamientos, perfectos y armónicos, bajo esas pústulas que presentaban una depresión en el medio, como si de un ombligo se tratase. Nadie podía ingresar en su recámara a excepción de Isabella, Malagrida y Blackraven, quienes, a instancias del doctor Fabre, se lavaban las manos con jabón de azufre y agua purificada con pastillas de quinina, y lavaban el piso y las paredes con un preparado de ácidos minerales usados en lazaretos y hospitales, que, debido a su fuerte olor y toxicidad, obligaban a mantener las contraventanas abiertas día y noche. Por fortuna, el clima de verano colaboraba.

Isabella y Malagrida se turnaban para asistir a Victoria, por quien poco podían hacer, excepto mantenerla confortable, aplicarle paños frescos en las zonas más afectadas por las pústulas para disminuir el escozor y el dolor, e hidratarla con cucharadas de infusiones frías ya que no aceptaba nada de alimentos. Blackraven la acompañaba por las noches; después de una jornada plagada de problemas y obligaciones; desplegaba un colchón junto a la cama de su esposa y dormía de a ratos, pues casi de continuo ella se quejaba y debía asistirle.

—Roger —lo llamó una noche.

Habían pasado diez días desde el inicio de la enfermedad, y el doctor Fabre acababa de informarles horas atrás que, así como Berenice y Gabina se recuperaban satisfactoriamente —las costras se desprendían y comenzaba a caer—, Victoria no presentaba mejorías; en su opinión, el desenlace se precipitaría de un momento a otro.

Blackraven se incorporó, sobresaltado y confundido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué necesitas? —preguntó, mientras encendía la palmatoria.

—Ven a mi lado. No, no toques mi mano. No quiero que te contagies.

—Ya sabes lo que dicen por estas tierras: Yerba mala nunca muere.

Victoria ensayó un intento de sonrisa que sólo sirvió para acentuar la deformidad de sus devastadas facciones. Blackraven apretó la quijada para contener el llanto.

—¿Qué necesitas? —logró pronunciar con aplomo—. ¿Quieres orinar?

—No, querido. Deseo que hablemos.

—Será mejor que vuelvas a dormir. Hablaremos por la mañana. Fabre dice que necesitas descansar para reponerte.

—No me mientas, Roger. Sé que voy a morir. Y no me quejo, por el contrario, es un alivio saber que no tendré que dejar esta cama para ver mi rostro en el espejo. La enfermedad se ha llevado lo único que me quedaba: la belleza.

—Victoria...

—Calla y escúchame. No tengo aliento suficiente y necesito referirte una conversación que tuve tiempo atrás con una mujer negra, una esclava, supongo.

—¿Quieres un trago de tisana? —Victoria asintió, y Blackraven acomodó las almohadas para que se incorporase y bebiera.

—Dime, ¿qué ibas a referirme?

—La esclava me abordó un día en la calle, hace meses, a principios de noviembre. En un primer momento no le di importancia. Me disponía a seguir mi camino cuando la esclava mencionó un hecho del cual yo no había hablado con nadie. Me dijo que sabía que yo había visitado a la bruja Gálata.

—¿La bruja Gálata? ¿Por qué rayos visitarías tú a una bruja?

—Por ti, porque deseaba recuperarte. ¡No me juzgues con severidad!

—No, no —se apresuró a decir Blackraven—, no te juzgo, cariño. Continúa.

—La esclava me aconsejó que no volviera donde Gálata, que era una mala mujer. Me dijo que su verdadero nombre era Enda Feelham...

—¿Qué has dicho? ¿Enda Feelham? ¿Estás segura, Victoria? A menudo tú no comprendes cuando te hablan deprisa en castellano.

—Oh, sí, lo estoy, estoy segura de que pronunció ese nombre. Lo dijo dos veces, con claridad, y yo entendí todo. Además, Simonetta Cattaneo estaba a mi lado y ella, que habla y entiende muy bien el castellano, comprendió lo mismo que yo. Mencionó a su hijo Paddy, dijo que era primo de Melody y que tú lo mataste por ella. Aseguró que Enda Feelham os mataría a vosotros dos, a Melody y a ti, para vengar la muerte

de su hijo, aunque aseguró que a Melody no la mataría hasta que naciera su hijo porque piensa quedárselo para criarlo ella.

—¡Victoria! —exclamó Blackraven, y se puso de pie—. ¡Y recién ahora me lo dices!

—¡Perdóname, Roger! ¡Perdóname! Yo quería... ¡Oh, Dios mío! Merezco el Infierno. ¡Perdóname! Te aseguro que, a las puertas de la muerte, no le deseo el mal a nadie. Sólo quiero morir en paz.

—Cálmate, por favor, cálmate —se apiadó Blackraven—. Llamaré a mi madre para que se quede contigo. Necesito ir tras Enda Feelham antes de que ocurra una tragedia. Dime dónde vive.

—Gabina y Ovidio lo saben.

Amanecía cuando Blackraven y Ovidio alcanzaron las adyacencias de la cabaña, que presentaba un aspecto sereno y normal, aunque, debido a la oscuridad que aún prevalecía y a la distancia donde se hallaba apostado, Blackraven no la distinguía con precisión. Le indicó al esclavo que permaneciese al cuidado de los caballos, y se lanzó hacia la cabaña dando un gran rodeo para abordarla por el costado. Lo alarmó encontrar la puerta abierta, más bien salida de los goznes, como si la hubiesen tirado abajo a fuerza de puntapiés o de un ariete. Amartilló la pistola y desenvainó el estoque. Se asomó sin exponer el cuerpo, y un aroma desagradable y punzante lo abofeteó y le recordó al de la habitación de Victoria, olor a enfermo, a medicamentos y a ácidos que después de diez días le había adormecido el olfato. Trató de identificar algún sonido.

Nada. Como la penumbra le impediría requisar la cabaña con rapidez, envainó el estoque y entró con el yesquero en alto, pegando la espalda a la pared y apuntando con la pistola. Paseó la vista por el recinto, el cual, sin hallarse desordenado, le dio la impresión de caótico y abarrotado. Alguien dormía en un camastro a la izquierda. Se aproximó, siempre con la espalda a la pared. Pronunció un insulto y apartó el rostro al descubrir que se trataba de un cadáver; llevaba tiempo allí; se encontraba en avanzado estado de descomposición y presentaba un aspecto monstruoso, cada ojo cubierto con una moneda de plata; aunque más que en estado de descomposición, la piel parecía quemada o reseca; imposible distinguir los lineamientos, aunque debía de tratarse de una mujer por la larga y espesa cabellera coronada con ramas de muérdago. Cayó en la cuenta de que el olor debería de haber sido diferente, nauseabundo e irrespirable, sin embargo, se soportaba. Prosiguió con la requisa y, en su avance hacia una habitación contigua ubicada a la derecha, tropezó con un bulto y casi terminó de bruces. Se acuclilló: otro cadáver; éste todavía no se había enfriado. Era Enda Feelham. Sus ojos verdes y saltones parecían a punto de escapar de sus órbitas, mientras la boca conservaba la forma de un grito mudo. La habían degollado,

un tajo limpio y profundo que la desangró en cuestión de minutos. Quien lo había practicado era un experto. Se incorporó y caminó hacia la otra habitación. Se detuvo en el umbral y echó luz con el yesquero. Divisó una cama, un arcón y un pequeño mueble, más bien bajo, como si se tratase de una cómoda que en lugar de cajones o puertas tenía cortinitas de bayeta. Las cortinas se movían. Blackraven iluminó las paredes; no había ventanas ni aberturas ni brisa ni corriente de aire, no obstante, las cortinas se movían. “Puede tratarse de un gato o de un perro”, se dijo, “y si es una persona debe de estar sentada o acucillada, a menos que sea un niño o un enano”. Avanzó con precaución y se ubicó al costado del mueble. Descorrió la cortinita con la punta de la pistola. Desde su posición alcanzó a ver un par de pies morenos y descalzos.

—Vamos, salga. No intente nada. Tengo la pistola amartillada y no dudaré en volarle los sesos.

En el mutismo que siguió pudo oír un castañeteo de dientes. “Es presa del pánico”, pensó. Se calzó la pistola en el cinto y desenvainó el estoque con el que, sin variar su posición, pinchó varias veces los pies desnudos. La persona salió en cuatro patas, gritando y sacudiendo la cabeza como demente, y así avanzó hasta la habitación principal, donde debió de toparse con el cadáver de Enda Feelham pues profirió un alarido agudo y antinatural. Sobrevino un silencio en el que Blackraven escuchaba los latidos de su corazón. Traspuso el umbral y descubrió que la persona yacía boca arriba junto al cadáver de Enda empapándose en su sangre; tenía los ojos muy abiertos y abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. Blackraven la reconoció enseguida.

—¡Cunegunda!

La negra no recuperó la cordura hasta varios minutos después, e, incluso habiendo reconocido a su amo Roger, éste creyó que la mujer estaba completamente loca. Hablaba del maligno, del alma de Bela, de la señora Enda, del rito de los cincuenta años, lo decía todo mezclado, sin sentido y a veces intercalaba palabras en la jerga de los africanos. Blackraven terminó por propinarle una bofetada y obligarla a beber varios tragos de su petaca. Momentos después, guiándola con preguntas, obtuvo un relato más o menos coherente.

—¿Dónde está tu ama Bela?

Cunegunda, sin levantar la vista, señaló el cadáver en estado de descomposición que yacía sobre el camastro.

—¿Cómo murió?

—Comió del polvo venenoso de la señora Enda, del mismo que le dimos a don Alcides, el que huele a almendras amargas.

—¿Estás diciéndome que Bela se suicidó? —Cunegunda asintió—. ¿Por qué?

—Se volvió loca, amo Roger. Loca de pasión por su merced, loca de odio por

miss Melody. El humo ese que respiraba también la trastornó.

—¿Cuándo murió?

—Uy, hace tiempo. Más de tres meses.

—¿Por qué no la enterrasteis? —se encolerizó.

Cunegunda le contó una historia que, en opinión de Blackraven, no podía salir del magín de una mujer simplona como aquélla y que ponía de manifiesto, en toda su extensión, la perversidad de Enda Feelham.

Enda Feelham ayudó a escapar a Bela y la cobijó bajo su protección movida por sentimientos que en nada se asemejaban al amor filial que aseguraba profesarle, sino como parte de un plan que venía trazando desde hacía mucho tiempo, como pieza clave del rito de los cincuenta años, una ceremonia que la sacerdotisa druida Ceridwen practicaba en la isla de la Irlanda desde mucho antes de la llegada de San Patricio y su nueva religión. Existía un instante en el tiempo —con el advenimiento de la era cristiana y su modo de contar el tiempo, los druidas se dieron cuenta de que el fenómeno astrológico se producía cada cincuenta años— en el cual los dioses alineaban ciertas estrellas que, al fusionar su energía, les concedían a sus criaturas favoritas (las que conocían el salmo secreto de invocación) el poder para adueñarse de la belleza, la juventud y los bríos de otra persona. La víctima que Enda ofrecería en sacrificio era Bela. La había elegido la primera vez que la vio, cuando se entrevistaron en Buenos Aires para intercambiar información acerca del paradero de Melody por veneno para despachar a don Alcides al otro mundo. Faltaba menos de un año para el día de la ceremonia, y comenzaba a preocuparla la falta de una víctima digna. A Enda pocas cosas la sorprendían; Bela lo había hecho, con su belleza, su pasión —tanto para odiar a Valdez e Inclán y a Melody como para amar a Blackraven—, su falta de escrúpulos y su decisión; la cautivó su sexualidad flagrante.

—Por eso la señora Enda le aguantaba cualquier cosa a mi ama Bela, porque la quería siempre cerca de ella. Por eso la dejaba oler el humo de esa hierba que la trastornaba y la dejaba que se revolcase con ese inmundo de Braulio.

—¿Quién es Braulio?

—Braulio era el esclavo de la señora Enda, un negro tan alto como su merced aunque más morrocotudo y pesado.

Una sospecha se coló en la mente de Blackraven.

—¿Dónde se encuentra?

—No lo sabemos. Un día el ama Bela lo mandó matar a miss Melody, pero su merced estaba con ella y la salvó. Nos dijeron que Braulio escapó, pero acá nunca vino.

—Continúa con lo que estabas refiriéndome de Enda Feelham y de esa ceremonia.

Una vez que Enda Feelham consiguiese apoderarse de la juventud, la belleza y la

energía de Bela, asesinaría a Blackraven y a Melody, y se robaría al hijo de ambos para criarlo como propio. Todo pareció irse al garete la tarde en que Enda entró en la cabaña y encontró a Cunegunda llorando sobre el pecho de Bela. Su corazón aún latía. Durante tres días, apeló a todas sus artes para salvarla. La mañana del cuarto, estando Bela aún con vida pero sin esperanzas de conservarla, Enda le cubrió los ojos con monedas de plata para evitar que se le escapase el alma, la circundó con muérdago y esperó a que muriese para dedicarse a preservar el cadáver con sustancias que a Cunegunda la hacían lagrimear y le provocaban dolores de cabeza y de estómago.

—La señora Enda decía que los libros aseguraban que si lograba evitar que el alma de mi ama Bela se saliese de su cuerpo y si lograba evitar que su carne se pudriera, la ceremonia podría llevarse a cabo.

La ceremonia se había llevado a cabo la noche anterior.

—Entonces, apareció el maligno para hacerle pagar a la señora Enda todo el daño que había causado.

Por un momento, Blackraven sospechó que Cunegunda, agobiada por el sufrimiento y el pánico, había degollado a Enda en un raptó de demencia. Descartó el pensamiento casi de inmediato. El sol del amanecer, que comenzaba a filtrarse por la puerta, bañaba el cadáver de Enda Feelham y le permitía ratificar lo mismo que una hora antes cuando lo estudió a la luz del yesquero: el corte había sido practicado por alguien diestro en la materia. “Un profesional”, se dijo. Cunegunda, una negra retacona y gorda, jamás habría sometido a Enda Feelham, delgada y flexible.

—¿Quién es el maligno, Cunegunda? ¿A quién te refieres?

—¡Al maligno, amo Roger! ¡Al innombrable!

—¿Dices que el diablo asesinó a Enda Feelham?

—¡No lo nombre! ¡No lo llame! ¡No! ¡Él vendrá por mí también!

Blackraven creyó que Cunegunda se perdería en su mundo de superstición y miedo y que no finalizaría el relato. La aferró por los hombros y la sacudió con brutalidad, y la abofeteó de nuevo. La negra detuvo el griterío y el llanto, y su cabeza cayó hacia delante, como un peso muerto; se habría deslizado de la silla si Blackraven no la hubiese sostenido.

—¡Cunegunda! —la llamó, y, como no respondía, estiró el brazo, alcanzó un aguamanil, le levantó la cabeza y le empapó la cara.

Su paciencia se agotaba; de todas maneras, sabía que presionar a Cunegunda no lo conduciría a buen puerto. Resultaba evidente que la mujer estaba muy perturbada.

—No volveré a nombrar al maligno —le prometió—. Ahora intenta recordar los detalles de lo ocurrido anoche y cómo fue que Enda terminó muerta.

Al comenzar la ceremonia, Cunegunda se escondió en la habitación contigua. No quería ver, no quería oír, sólo imploraba que el rito acabase y que la señora Enda le

entregase el cuerpo de su ama Bela (al menos, eso había prometido) para enterrarla y mandarse a mudar. Rezaba el rosario con devoción ardiente y, en la andanada de padrenuestros y avemarías, escuchó un golpe y que Enda interrumpía la letanía en esa lengua extraña y comenzaba a usar el castellano. En cuatro patas, Cunegunda se acercó a la abertura que comunicaba ambas estancias y lo vio. Al maligno. Había tirado la puerta abajo y se acercaba a la señora Enda como cerniéndose sobre ella. Enda retrocedía y le exigía que abandonase su casa. El maligno, vestido por completo de negro, no tenía rostro.

—¿A qué te refieres con que no tenía rostro?

—Nada —dijo Cunegunda, con la mirada perdida, y se pasó la mano por el rostro—. No había nada, todo negro, sin ojos, sin boca, sin nariz, sin pelo.

—¿Quieres decir que llevaba una capucha o una máscara negra? —Cunegunda lo miró con extrañeza—. Vamos, prosigue.

—Era alto y delgado. Se movía como un gato, resultaba imposible escuchar el sonido de sus pasos. Parecía flotar, aunque yo vi que sus pies se asentaban en el piso. No hablaba, nunca dijo palabra. Ni siquiera respiraba. Estiró el brazo y sujetó a la señora Enda por el cuello. La atrajo hacia él con la fuerza de un hombre del tamaño de su merced o del de Braulio, aunque él era delgado. La hizo darse vuelta como si la señora Enda ya no tuviera voluntad. Él la dominaba. La señora Enda quedó con la espalda pegada al pecho del maligno. Y entonces, él sacó un cuchillo, ¡no sé de dónde lo sacó! De pronto, estaba en su mano...

—¿Qué mano, Cunegunda? ¿La izquierda o la derecha? Ésta es la izquierda y ésta, la derecha. —La esclava pasó sus ojos de una a otra mano—. ¿En la izquierda? ¿Estás segura?

—Sí, porque desde ahí —dijo, y señaló la abertura—, yo le veía bien esa mano.

—Entonces, con un cuchillo que sostenía en su mano izquierda, él la degolló.

—Sí, amo Roger.

—¿Qué pasó luego?

—El maligno se acercó a mi ama Bela, la contempló algunos segundos, después miró a su alrededor, y se marchó tan silencioso como había entrado.

—¿Escuchaste los cascos de un caballo o alguna voz?

Cunegunda agitó la cabeza para negar.

—Después de que el maligno se fue, me escondí donde su merced me encontró.

Con la ayuda de Ovidio y una pala que halló en la parte trasera de la cabaña, Blackraven cavó dos fosas cerca del huerto de Cunegunda. Envolvió a Bela en la misma sábana donde yacía, la arrastró fuera y la arrojó en la fosa, en tanto Ovidio procedía de igual modo con Enda y se ocupaba de tapar los pozos. Cunegunda lloraba y rezaba con el rosario de lentejas en la mano.

—Ovidio, ayuda a Cunegunda a subir a tu montura. Regresamos a Buenos Aires.

—A la esclava le dijo—: Volverás donde las Hijas del Divino Salvador. Pertenece a esa congregación. Te entregué como parte de la dote de Bela.

—Sí, amo Roger. Yo pensaba volver allí una vez que la señora Enda me permitiese enterrar a mi ama Bela, que en paz descanse.

Capítulo XXV

En el Retiro estaban informados de los pormenores de la enfermedad de Victoria gracias a Balkis, el esclavo que, a diario, llevaba la carne a la casa de San José. Balkis aseguraba que, si bien Gabina y Berenice mejoraban, la condesa de Stoneville no manifestaba ningún adelanto; las llagas, en lugar de secarse y convertirse en costras, se habían vuelto más virulentas y le ocupaban cada pulgada de piel; sus facciones habían desaparecido bajo las pústulas, resultaba imposible distinguir los lineamientos del pasado; la belleza de su rostro se había perdido para siempre.

Blackraven había ordenado que se quitaran los espejos de la habitación porque temía que, si Victoria acertaba a ver su reflejo, la conmoción la mataría. Isabella se desesperaba, no sabía cómo ayudar a su nuera, no tanto a sentirse cómoda y fresca, sino a hallar la paz. En los momentos de conciencia, Victoria malgastaba su fuerza lloriqueando que quería morir, preguntando cuán fea estaba, suplicando que le describiesen las deformidades de su rostro; intentaba tocarse para palpar las pústulas, e Isabella le retiraba la mano con paciencia y la cubría con trapos fríos.

Nadie sabía que en el cajón de la mesa de noche guardaba un espejo de mano. Sin moverse, con gran esfuerzo dada su debilidad, Victoria estiró el brazo, abrió el cajón y hurgó hasta que sus dedos tocaron el mango de plata. Lo sujetó y lo aproximó a su rostro. No se reconoció. ¿Dónde estaba ella? ¿Quién era ese monstruo repulsivo? Experimentó las dos sensaciones al mismo tiempo, la de caer en la cuenta de que ese adefesio era ella y la de una mano que se cerraba en torno a su garganta. No podía respirar, lo intentaba mientras seguía aferrada a la imagen inhumana que le devolvía el espejo. Al final, las lágrimas le borronearon la visión.

El ahogo cedió, e inspiró ruidosamente. Sus alaridos atrajeron a Blackraven, a Malagrida y a Isabella, que le quitó el espejo de la mano. Debieron llamar a Fabre para que le suministrara un soporífero, ya que no conseguían serenarla. Blackraven la inmovilizaba por los hombros para evitar que abandonara la cama. De pronto, una fuerza extraordinaria había tomado el lugar de la debilidad, y Victoria lloraba, gritaba y se movía como en la salud. Después de tomar una medida generosa de tintura de láudano, Victoria se rebulló hasta la inconsciencia.

Fue Balkis quien, el lunes 16 de febrero, por la tarde, llegó al Retiro con la noticia de que la viruela había acabado con la condesa de Stoneville esa mañana. Melody quedó aturdida, no por la noticia, ya que la esperaba de un momento a otro, sino a causa de sus propios sentimientos. No sabía qué sentir. En realidad, experimentaba un alivio que no se animaba a admitir, y esa lucha la sumía en una profunda desazón.

—Es lógico que no te entristezca la noticia —expresó Amy, con pragmatismo—. Serías una hipócrita si quisieras hacerme creer que no estás más tranquila con la desaparición de Victoria.

—Pienso en Roger. Él debe de estar sufriendo.

—Lo único que me importa de Roger es que no contraiga la enfermedad. En cuanto a la muerte de su esposa, al menos esta vez tendrá un cuerpo para enterrar.

Como Victoria profesaba la fe anglicana, no les permitirían sepultarla en ninguna iglesia ni convento de Buenos Aires. A Isabella se le ocurrió que descansaría en paz bajo los limoneros al final de la propiedad.

—Victoria me comentó cuánto le agradaba el perfume de las flores de azahar.

Isabella la vistió con una bata de cotilla de organdí blanco y le puso un ramo de azahares en las manos que le descansaban sobre el pecho. Blackraven y Malagrída la sacaron de la cama y la acomodaron en un ataúd de roble con ornamentadas manijas de bronce. Los tres se congregaron a despedirla. Malagrída leyó un responso. Isabella sollozaba por lo bajo. Blackraven apretaba las mandíbulas y veía, tras un velo de lágrimas, el rostro deformado de quien, en vida, había sido la mujer más hermosa que él conocía.

—Dejadme a solas con ella —pidió, e Isabella y Malagrída se retiraron.

Blackraven acercó una silla al cajón, fijó la mirada en Victoria y recordó sus palabras antes de morir, las había pronunciado sin levantar los párpados llagados, con dificultad, en un hilo de voz, dominada aún por el efecto del opio que Fabre le había suministrado.

—Te amo, Roger. Nunca lo dudes. Tampoco pienses que me casé contigo por tu dinero. Te amaba entonces tanto como ahora. Te amé desde el primer día en que te vi, aquella mañana en la escuela dominical, ¿te acuerdas? Y si te llamaba *gipsy* o *darkie* y te hostigaba era para disfrazar mis sentimientos hacia ti, porque se suponía que no podías gustarme, no tú, el bastardo, el ilegítimo. Me crié en un mundo hipócrita y pagué caro no haber roto con esas cadenas.

—Lo sé, cariño. Sé que te criaste en un mundo duro y sin sentimientos.

—Perdóname, Roger.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—¡Tú lo sabes! ¡La traición con Simon! ¡Perdóname! —se desesperó—. No me dejes partir sin el consuelo de tu perdón.

—Te perdono, cariño.

—Roger, mi amor.

Ésas habían sido sus últimas palabras. Blackraven acarició el cabello rubio de Victoria en el que Isabella había intercalado pequeñas flores blancas.

—Y tú —dijo Roger—, perdóname por haberte convertido en la víctima de mis odios y de mis resentimientos. Descansa en paz, cariño. Descansa en paz, Victoria.

La cubrió con los encajes que forraban el ataúd y llamó a los esclavos para cerrarlo. Ovidio entró con un martillo y clavos, y en minutos Victoria desapareció de la vista para siempre. Días más tarde, se colocó una lápida de mármol blanco en la

cabecera de su tumba que rezaba: “Victoria Blackraven (14-VI-1773 – 16-II-1807) Querida esposa y compañera”.

Al día siguiente de la muerte de Victoria, Blackraven se hallaba en su despacho de la casa de San José definiendo con Távora los últimos detalles de la misión a Cádiz. Hacía semanas que la *Wings* se hallaba en forma para partir.

—Fue un golpe de suerte la llegada de esos mercantes ingleses atiborrados de ultramarinos —admitió Blackraven—. Sin embargo, me urge que entres en tratos con los nuevos proveedores. Aquí están las listas con los productos que más me interesa adquirir. Como no tendré tiempo de organizar que barcos de mi flota te secunden para transportar los productos hasta aquí, tendrás que alquilar las naves que juzgues necesarias y disponerlas en tal sentido.

—Si mis cálculos no fallan, para la época de mi llegada a Macassar, me encontraré con el *Le Bonheur*. —Távora hablaba de uno de los buques de propiedad de Blackraven de mayor tonelaje.

—Tanto mejor. —Abrió el cajón de su escritorio, de donde extrajo una carta lacrada con el sello de la casa de Guermeaux—. Toma, entrégaselo a mi tío Carlos junto con la letra de cambio. Aquí le envío un informe bastante completo de la situación en el Río de la Plata y le aconsejo promover a Liniers a un grado superior en la escala militar. Es imperativo que adquiera más poder. Antes de dejar Madrid, averigua de qué modo ha influido mi carta en mi tío y qué indicaciones le ha dado a Godoy al respecto.

Llamaron a la puerta. Gilberta, con una mueca de confusión, informó que un paisano traía “naranjas” de parte de un amigo del conde de Stoneville.

—Hazlo pasar.

Embozado e irreconocible en sus prendas de gaucho, Aniceto Padilla apareció en el umbral; acababa de llegar a la ciudad y traía noticias de la fuga de Beresford y de Denis Pack. Hasta el momento, todo se había desenvuelto según lo planeado. El día anterior, el 16 de febrero, Saturnino Rodríguez Peña y Aniceto Padilla, en compañía de dos soldados, habían alcanzado al piquete que escoltaba a los oficiales a Catamarca a la altura del pueblo de Arrecifes, en una estancia de propiedad de los betlemitas, o de los “barbones”, donde, desde hacía tres días, Beresford se recuperaba de una supuesta afección. Martínez Fontes, el cuñado de Rodríguez Peña, quien encabezaba la misión, se mostró sorprendido ante el nuevo giro de las disposiciones, aunque no dudó en entregar los prisioneros dada la contundencia del documento rubricado por Liniers. El capitán Olavarría, segundo en el mando, no se mostró tan dispuesto, y hasta dudó de la autenticidad del escrito, ante lo cual Martínez Fontes se ofendió pues estaba poniéndose en tela de juicio la honorabilidad de su cuñado, el

doctor Rodríguez Peña. Por fin, Olavarría prestó consentimiento, y los prisioneros fueron separados del grupo y entregados en custodia a sus nuevos responsables. De inmediato, ese mismo día, Padilla inició su viaje de regreso a Buenos Aires; Rodríguez Peña, Beresford, Pack y los dos soldados lo harían al siguiente.

—Mañana estarán en Buenos Aires —siguió notificando Padilla— y entrarán al cobijo de la noche.

—Aquí está todo dispuesto para recibirlos.

Francisco González, gran amigo de Mariano Moreno, que vivía en la calle de San Pedro, en esquina con la de San Bartolomé, bastante alejado del centro, había aceptado albergar a los ingleses, a Rodríguez Peña y a Padilla hasta que cruzaran el río con destino a Montevideo. Del bienestar de Beresford y de Pack durante su corta temporada en Buenos Aires se ocuparían sus hermanos de la logia masónica *Southern Cross*. A Blackraven sólo le quedaba proveer el barco que los conduciría a la libertad para dar cumplimiento a la promesa formulada a Beresford.

—En casa de Francisco González ya está instalado, desde ayer, el teniente coronel Lane, del cuerpo de Santa Elena, quien se fugará con vosotros.

—Muy bien, excelencia —contestó Padilla.

—El día 21, alrededor de las once de la noche, bajarán al río por la calle de San Bartolomé donde estará esperándolos un bote que los llevará hasta uno de mis barcos, la corbeta *Wings*, al mando del capitán Távora —y señaló a Adriano—, que los transportará al puerto de San Felipe.

Blackraven despidió a Padilla y siguió empeñado en sus asuntos, tratando de olvidar que el día anterior había sepultado a Victoria y que la lejanía de Melody y de Alexander estaba convirtiéndose en un peso difícil de sobrellevar. Aunque Fabre le había manifestado que el peligro de contagio había pasado, Blackraven prefería esperar unos días antes de volver al Retiro.

El 23 de febrero por la tarde, Távora se presentó en la casa de San José con buenas noticias: Beresford y sus amigos habían alcanzado la Banda Oriental sin inconvenientes, y se hallaban bajo la protección del general Auchmuty en Montevideo. En Buenos Aires, hacía días que se conocía la noticia de la huida de Beresford y de Pack, y, como se murmuraba que los ingleses estaban escondidos en la ciudad, las autoridades del Cabildo habían dispuesto que patrullas de vigilancia recorrieran las calles a toda hora en busca de los fugados. Por otro lado, Liniers había iniciado una investigación para descubrir quién había falsificado su letra y rúbrica para redactar el documento en poder del capitán Martínez Fontes.

Blackraven quebró el sello de la carta de Beresford que le acababa de entregar Adriano Távora. ”. *no tengas dudas, querido amigo, que, luego de conocer las instrucciones con las cuales sir Auchmuty ha desembarcado en estas costas, intentaré persuadirlo de la conveniencia de apoyar la liberación del virreinato con los*

auspicios de la Corona Inglesa en lugar de un innecesario derramamiento de sangre". Blackraven encendió una bujía del candelabro y quemó la misiva; procedió de igual forma con la de Saturnino Rodríguez Peña, en la cual le encarecía la protección de su familia, todavía afincada en Buenos Aires.

—Me marcho al Retiro —anunció.

“Pero antes iré a hablar con el padre Mauro”.

Esa mañana, Melody se levantó de mejor ánimo. Desde la muerte de Victoria había vivido desgarrada por dos sentimientos, el de la ilusión y el de la culpa. Necesitaba a Blackraven, y no comprendía qué lo ocupaba en Buenos Aires para no presentarse en el Retiro cuando el tiempo de incubación de la viruela había terminado, y Balkis aseguraba que el amo Roger gozaba de perfecta salud.

—Si tu padre no viene hoy —le habló a Alexander, mientras le cambiaba los pañales—, iremos a buscarlo.

Se sentó en el borde de la cama y colocó al niño en su regazo. Lo estudió con detenimiento, como cada mañana; quería conocer los detalles de su hijo. Michela había estado en lo cierto: poco a poco, los ojos abandonaban la tonalidad indefinida entre el azul y el negro y adoptaban un color más celeste, semejante al de ella; en todo lo demás, impresionaba el parecido con Roger. Había cumplido tres meses, y los avances resultaban asombrosos: si lo colocaba boca abajo, se incorporaba apoyándose en los antebrazos, y casi de inmediato giraba sobre sí para estar boca arriba; al sostenerlo sentado, se mantenía erguido, pero si lo soltaba, caía de costado como un saco de harina; abría las manos, jugaba con ellas y se las metía en la boca; aferraba el sonajero que le había regalado su abuela y lo sacudía con ímpetu; buscaba a Melody cuando escuchaba su voz, y se calmaba pronto cuando ella le cantaba; sonreía y emitía sonidos prolongados, y a Melody se le escaparon algunas lágrimas el día en que Víctor, con sus morisquetas, lo hizo reír a carcajadas.

Llamaron a la puerta. Era Miora.

—¿Qué ocurre? —se asustó Melody, al notar su ceño de preocupación.

—Alguien desea verla, miss Melody. Es Joana, la esclava de la baronesa de Ibar.

—¿Con qué cuentos me viene ahora? —se impacientó.

—Creo que debería escucharla, miss Melody.

Puso a Alexander al cuidado de Trinaghanta y bajó. Le indicó a Miora que atendería a la esclava en su sala privada. Melody, que escribía una nota a madame Odile en su secreter, levantó la vista al escuchar el rechinar de la puerta. Se quedó atónita al ver a Joana.

—¿Quién te ha golpeado de ese modo? —preguntó, y Miora tradujo.

—Mi señora, la baronesa de Ibar.

—Siempre la golpea así, miss Melody —acotó Miora.

—¿Por qué deseabas verme?

—Para decirle la verdad, miss Melody.

Melody le indicó un canapé frente a ella. Joana dudó, y Melody insistió.

—¿A qué verdad te refieres?

—A que el señor conde de Stoneville jamás le fue infiel con mi señora.

Melody no cambió su fisonomía; se quedó mirando a la esclava fijamente, sin dureza, aunque con gesto indefinible.

—La señora baronesa se encaprichó con el señor conde desde la noche en que lo conoció, en una fiesta en Río de Janeiro. Lo primero que hizo fue conseguir habitaciones en el hotel donde se hospedaba su excelencia. Después fue a visitarlo a su recámara. El señor conde la recibió, pero enseguida la echó. La señora baronesa regresó furibunda a su habitación y se la tomó conmigo, como acostumbra. Intentó seducirlo varias veces, sin conseguir nada. Pero ella no se da fácilmente por vencida. Convenció al señor barón de adelantar su viaje a Buenos Aires, y, al llegar aquí, persiguió al señor conde de nuevo. Pero esta vez, él no tuvo contemplaciones y la trató como a lo que se merecía, como a una ramera.

—¿Amenazó con golpearte si no le decías a Miora que la baronesa de Ibar visitaba la habitación del señor conde en Río de Janeiro?

La muchacha asintió, con la cabeza baja.

—Supongo que lo hizo para vengarse ya que el señor conde no le hizo caso. Perdóneme, miss Melody. Le tengo miedo a la baronesa de Ibar. Tiene la mano larga cuando se enoja. Y ha estado muy enojada desde que se enteró de que su plan no había surtido efecto puesto que su merced y el señor conde no os habéis peleado.

—¿Por qué vienes a decirme esto?

—Porque me pesa la conciencia, miss Melody. He hecho muchas cosas malas a pedido de la baronesa, para que no me moliera a palos. Y, aunque hago todo lo que ella quiere, igual me golpea cuando se pone rabiosa.

—¿Qué clase de hombre es tu amo, el barón de Ibar?

Joana sacudió los hombros.

—A veces me defiende. Es un hombre raro. Conoce las marranadas que hace su esposa y no dice nada.

—¿Quieres decir que el barón de Ibar está al tanto del encaprichamiento de su esposa con el señor Blackraven y no dice ni hace nada?

Joana asintió.

—¿Cómo sabes tú esto?

—A veces los escucho hablar de él.

—¿Del señor Blackraven?

—Sí. A veces, porque casi siempre, entre ellos, hablan en francés, y yo de francés no entiendo una palabra.

—¿Qué dicen acerca del señor Blackraven?

—Es la baronesa la que habla, en realidad. Él la escucha y ríe mientras ella le cuenta lo que hace para conquistarlo.

Melody sintió repugnancia. Se puso de pie, y Joana la imitó al instante.

—Miora, dile a Trinaghanta que traiga a mi hijo y que después se ocupe de curar esas heridas de Joana. —A la esclava le manifestó—: No volverás donde tus amos o terminarás muerta a golpes. Te quedarás aquí, en el Retiro.

—Pero...

—No te preocupes. Yo me encargaré de las cuestiones legales.

Al atardecer, cuando el sol del verano comenzaba a hundirse en el horizonte, Melody mandaba extender una sábana cerca del jardín de la señorita Béatrice, bajo el tilo, y se sentaban para beber horchata y aloja de membrillos y comer bizcochuelo y galletas. Elisea solía leer en voz alta algún capítulo del libro de turno, Amy contaba una anécdota de sus aventuras en el mar, Melody cantaba tonadas en gaélico, Víctor daba una exhibición de esgrima con el maestro Jaime, o se dedicaban a llamar la atención de Alexander o de Rafaelito y a reír de sus muecas y de sus sonidos.

Esa tarde, Melody se encontraba abstraída, y ni siquiera reparaba en la risa de Alexander provocada por las cosquillas que Amy le hacía.

Blackraven se enfadaría al enterarse de que le había enviado una nota al doctor Covarrubias pidiéndole que iniciase una demanda contra la baronesa de Ibar por maltratar a su esclava; se resentiría su amistad con el barón de Ibar, y eso aumentaría su enfado. “¿Por qué no regresas, Roger?”, se preguntaba, y miraba hacia el río cada vez más oscuro. Otro día que pronto acabaría, y Blackraven aún no se presentaba. Se repitió que iría a buscarlo al día siguiente. Temía encontrarlo devastado por la pena, y a la culpa por experimentar alivio se le sumaban los celos, pues no quería que Blackraven sufriera por la muerte de Victoria. Terminaría volviéndose loca. “¿Qué pretendes, Melody Maguire?”, se increpaba. “¿Que esté feliz? No sería un buen hombre si así sintiera”.

Angelita lo vio primero. Apartó su labor, se puso de pie y señaló hacia el portón de ingreso a la propiedad.

—¡El capitán Black! —exclamó—. ¡El capitán Black ha vuelto!

Melody giró el cuello y lo vio cuando cruzaba el arco de la entrada montado en Black Jack. El corazón le dio un golpe y se lanzó a batir, desenfrenado. Le entregó el niño a Trinaghanta, se levantó el guardapiés y echó a correr. Sansón, Víctor y Angelita la siguieron, pero un llamado de Amy los hizo regresar.

—Dejadlos a solas un momento —indicó—. Ya vendrán ellos para acá. Sansón, ven, siéntate aquí, junto a mí.

Blackraven apuró el paso y saltó del caballo cuando Melody se hallaba a pocas varas. La contempló, extasiado. Llevaba el pelo suelto y ni siquiera vestía medio luto

sino un traje de montar en una tonalidad verde esmeralda que él jamás habría imaginado que le sentaría tan bien. La chaqueta, con doble botonera, le ceñía la cintura y pugnaba por contener el exuberante busto.

Melody se arrojó a los brazos de Blackraven, que la hizo dar vueltas en el aire para luego apretarla contra su pecho y besarla en todas partes.

—¡Roger, amor mío! ¡Amor mío! —repetía Melody, y lloraba.

Él la mantuvo abrazada hasta que sus respiraciones se normalizaron y sus besos ansiosos se volvieron lánguidos y suaves.

—Me devuelves la vida, Isaura.

—Mi amor, cuánto te eché de menos. Si no hubieses regresado, mañana Alexander y yo habríamos ido a buscarte.

—Imagino que ya sabes que Victoria falleció hace una semana.

Melody asintió.

—Espero que no haya sufrido.

—La viruela es una enfermedad cruel, Isaura.

—Sí, lo sé. Recé tanto para que tú no enfermaras. Estaba loca de angustia. ¿Por qué tardaste tanto en regresar? Creí que nos habías olvidado.

—¡Olvidarte! Ni un segundo te aparté de mi mente, ni a ti ni a nuestro hijo. Si tardé en regresar fue por vuestro bien, pues quería asegurarme de no haber contraído la enfermedad. ¿Fuiste donde el padre Segurolo a vacunarte?

—Sí, sí. Y llevé a los niños. Todos fuimos inoculados.

—A ver, muéstrame. ¿Dónde fue?

—Aquí —dijo, y se señaló la parte superior del brazo izquierdo—. Te lo mostraré luego, cuando me quite la chaqueta. Fue sólo una incisión superficial.

—¿Te dolió?

—Casi nada. Alexander lloriqueó un poquito, pero le canté su tonada favorita y se calmó de inmediato. Ven a saludar al resto. Todos esperaban ansiosos tu regreso. ¡No reconocerás a nuestro hijo! Ha crecido tanto, Roger.

Blackraven la sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo nuevamente.

—Tú estás bellísima, cariño. Así, con el pelo suelto y ese traje, me has dejado boquiabierto. No sé si pueda aguantar hasta esta noche. ¿Aún te sonrojas, Isaura? Después de todo, ¿aún te sonrojas?

—Es que pienso en que me amarás esta noche después de tanto añorarte, y me embarga una emoción que se refleja en mis mejillas. ¿Me he puesto muy colorada? No quiero que me vean así.

—Estás adorable.

Caminaron de la mano, con Black Jack por detrás. Melody describía los avances de Alexander, y Roger percibía el orgullo en su voz y se conmovía de dicha. Después de tanto tiempo lejos de sus seres amados, después de haber convivido con la muerte

y un pasado triste, la presencia de Isaura y aquel entorno feraz se asemejaban a una bocanada de aire de quien ha permanecido demasiado bajo el agua. Lo recibieron con afecto, y, mientras Sansón saltaba en torno y ladraba con Arduino sobre su cabeza, los demás le hablaban al unísono: Víctor, para mostrarle sus nuevas habilidades en esgrima; Angelita, para entregarle un pañuelo con las iniciales del Capitán Black bordadas en lomillo; Amy para preguntarle por Távora y su dichosa misión a Cádiz; y María Virtudes, por la suerte del teniente coronel Lane.

—Toma —dijo Blackraven, y le entregó una carta—. Te la envía Lane. Quédate tranquila, él está a salvo en Montevideo, bajo la protección del ejército de su país.

—¡Oh! —María Virtudes se quedó mirando el sobre lacrado—. Miss Melody, ¿puedo retirarme a mi habitación para leerla?

—Sí, por supuesto.

—En cuanto a don Diogo —Blackraven se dirigió a Marcelina—, ha aceptado mi invitación para pasar el día con nosotros el próximo domingo e ir a la Plaza de Toros después, si os apetece.

—Gracias, excelencia —musitó la joven, sonrojada y feliz.

—¡Sí, a la Plaza de Toros! —se entusiasmó Víctor, provocando la alacridad de Alexander.

Blackraven se volvió hacia su hijo, en brazos de Melody, y se preguntó qué había sido de aquel niño frágil al que encontraba dormido la mayor parte del tiempo y que, cuando lo tomaba entre sus brazos, parecía desarmarse. Éste, en cambio, se mantenía erguido, no parecía intimidado por el barullo ni los ladridos del perro, y sus ojos, de tonalidad más clara de la que recordaba, seguían sus movimientos con seria atención. Lo sujetó por el torso y lo levantó por encima de su cabeza, lo que provocó la risa de Alexander, una especie de carcajada corta y cristalina que no le conocía. Se sentó sobre la sábana con su hijo en brazos, y lo besó en los suculentos carrillos y en los rollitos del cuello. Oía tan bien. Melody quería mostrarle cómo asía el sonajero. Alexander lo sacudió con tal brío que terminó golpeándose la frente. Se quedó quieto, tratando de dilucidar qué había sucedido, hasta que, después de un mohín, se echó a llorar. Blackraven, como asustado, se lo devolvió a Melody, que le llenó de besos la frente enrojecida por el golpe. Lo acunó en sus brazos y comenzó a canturrearle muy cerca del oído. Blackraven veía cómo sus labios, esos labios de africana y tonalidad purpurina, acariciaban la orejita de Alexander e imaginó la calidez de su aliento y la suavidad de la mano con que acariciaba la espalda del niño. Se sintió cansado y exultante, todo a la vez, y se recostó sobre la sábana y apoyó la cabeza en las piernas de Melody, que, al sentirlo, dejó de acariciar a Alexander y comenzó a rozarle la mejilla, áspera a esa hora. Blackraven se durmió al son de la canción de cuna en gaélico.

En el Retiro, la vida tomó el curso anterior a la muerte de Victoria. Blackraven pasaba la mayor parte de la jornada en la ciudad y regresaba por la noche; a veces, los asuntos del lagar, del molino aceitero y de las tahonas lo obligaban a permanecer todo el día en la quinta. Poco a poco, Melody recuperaba la paz, y Victoria y los sentimientos causados por su muerte se esfumaban. Blackraven no hablaba del tema, y Melody llegó a darse cuenta de que no lo hacía, no porque aún le doliera, sino porque, con su sentido práctico, lo había terminado y estaba en paz; por cierto, se lo notaba contento y distendido. La hizo feliz que, al día siguiente de su regreso, le mencionara que había visitado al padre Mauro y que lo había comprometido para que los casara antes de fin de mes. La ceremonia tuvo lugar el viernes de esa misma semana, el 27 de febrero, en la sala de música. Malagrida y Amy Bodrugan fueron los testigos de la boda y firmaron el libro parroquial junto con los novios. Para Melody, ese día transcurrió de un modo extraño; a veces, al recordarlo, le parecía un sueño. Había estado como ebria de dicha y pasmada de incredulidad, pues le costaba creer que, después de todo, Roger y ella se unieran de nuevo.

—Nunca nadie volverá a separarme de tu lado, Isaura —le juró la noche de la boda, después de hacerle el amor—. Prométeme que tú jamás volverás a dejarme.

—Jamás, lo juro.

Blackraven quería retornar a Londres aunque sus asuntos en materia de política en el Río de la Plata no se hallaban en absoluto finiquitados, es más, resultaba un momento inconveniente para ausentarse cuando nada se encontraba definido y la resolución podía darse en cualquier sentido. Pero él entendía que, si los ingleses habían puesto la mira en Sudamérica, el único modo de torcer sus planes de conquista por otros de independencia sería moviendo los hilos en Whitehall y en Downing Street; lo cierto era que no confiaba en el poder disuasivo de Beresford si Auchmuty, como él sospechaba, tenía claras instrucciones de apoderarse del Río de la Plata. Había trazado algunos planes y elegido a los camaradas de la *Southern Secret League* que lo secundarían en su accionar en Londres; en especial se apoyaría en un gran militar y miembro de la liga, Arthur Wellesley, con quien Távora se había reunido antes de zarpar hacia Sudamérica. Wellesley le había enviado una carta a Blackraven donde le informaba, además de su regreso de la India, que había redactado unos informes a pedido del primer ministro Grenville apoyando la idea de auspiciar la independencia de las colonias españolas.

Pero Melody le había expresado que aún no estaba lista para partir. Ponía excusas: el niño, el largo viaje, la incomodidad del camarote, que perdería la leche, que se marearía, que esto, que aquello. Blackraven se daba cuenta de que, en rigor, la atemorizaba enfrentar a la sociedad inglesa como esposa del futuro duque de Guerneaux. Pospondría el viaje un par de meses, aunque ya había decidido que, una vez completada la remozada en el casco de *Bella Esmeralda*, partirían hacia allá,

porque, dada la ubicación del Retiro, en caso de invasión o bombardeo desde el río, se hallarían en una posición muy inconveniente.

Blackraven meditó por días el provecho de informar a los hermanos y a las hijas de Bela Valdez e Inclán sobre su muerte. Al final, consideró que tenían derecho a saber la verdad; no obstante, se propuso ocultar ciertos detalles, como, por ejemplo, que se había suicidado y que había sido enterrada meses más tarde. El domingo en que don Diogo llegó para compartir el almuerzo, los congregó en su despacho, a todos menos a Angelita, y les reveló los sucesos bastante cambiados.

—Doña Bela —dijo— escapó del convento seguramente arrepentida de la promesa que Alcides le arrancó en su lecho de muerte. No debemos juzgarla con dureza. Con su juventud, la vida conventual debió de parecerle una tumba. Vivía de manera modesta junto con Cunegunda y una amiga en una casa cercana a la zona de San José de Flores. La mañana en que las encontramos, ambas, doña Bela y su amiga estaban muertas, probablemente por algo en mal estado que ingirieron.

—¿Quién era esa amiga, excelencia? —preguntó Leonilda, quien se mantenía entera y grave.

—No lo sé —mintió Blackraven.

—¿Qué ha sido de Cunegunda, excelencia? —siguió inquiriendo la hermana de Bela.

—Regresó al convento, pues es propiedad de las Hijas del Divino Salvador. Era parte de la dote que entregué cuando doña Bela ingresó en la congregación.

—¿Dónde fue enterrada nuestra hermana, excelencia?

—Cerca de la cabaña donde vivía, junto al huerto.

—La haremos traer a la ciudad y la enterraremos en San Francisco —dijo Diogo.

—No —replicó Leonilda, con una firmeza que ahuyentaba cualquier intención de discrepar—, permanecerá donde ella eligió vivir. Y de esto no se habla más.

A menudo Blackraven analizaba las extrañas circunstancias de la muerte de Enda Feelham y se preguntaba si el relato de Cunegunda no era producto de una alucinación. Que a Enda Feelham la habían degollado, de eso no había duda. Costaba creer la historia del extravagante ser vestido por completo de negro, sin rostro ni peso, que avanzaba flotando y que poseía un vigor anormal. A su juicio, la habían asesinado por venganza ya que no podía aducirse que hubiera muerto a manos de un ladrón cuando todo lucía en su sitio, más aún, Ovidio había encontrado tres doblones en la habitación contigua en una bolsa de cuero que colgaba en la cabecera de la cama; tampoco podía aducirse que hubiese caído víctima de un violador, ya que sus ropas estaban intactas y en su cuerpo no se evidenciaban signos de lucha. “Un misterio que jamás resolveré”, se convenció Blackraven.

En cuanto a la gestión de Beresford ante sus pares en Montevideo, no daba buenos resultados; al menos así lo demostraba la comunicación que Auchmuty giró a

las autoridades de Buenos Aires, esto es, al Cabildo, a la Real Audiencia y a Liniers, el 26 de febrero de 1807 —cinco días después del arribo de los oficiales ingleses fugados al puerto de San Felipe—, en la cual les reprochaba el incumplimiento de la capitulación del 12 de agosto y les exigía la devolución del Batallón 71 y demás compañías so pena de enviar a los militares de Montevideo a la Inglaterra. Asimismo, los conminaba a rendir la plaza para evitar una efusión de sangre innecesaria.

Blackraven recibió una carta de Beresford donde lo anoticiaba de su intermediación, que, de acuerdo con los supuestos de Blackraven, no había dado frutos hasta el momento. *“Con el gabinete que encabeza lord Grenville en el poder, las ambiciones independentistas de mis amigos los porteños se verán frustradas en tanto todas sus esperanzas estén puestas en el apoyo que recibirían de nuestra milicia. Windham”*, Beresford se refería al ministro de Guerra de la Inglaterra, *“le ha dado claras instrucciones a sir Auchmuty de que conquiste la plaza y de que no hable de independencia con los nativos”*. El viaje a Londres no se aplazaría por mucho tiempo, más allá de los escrúpulos de Melody.

A Blackraven lo admiraba la destreza con que Melody manejaba a Alexander. Acababa de bañarlo en una palangana, y resultaba admirable que pudiera jabonarlo a pesar de que el niño sacudiese los brazos y las piernas de continuo. Por mucho que Melody insistiera, él se negaba a hacerlo; temía que Alexander se resbalase de sus manos o que acabase con jabón en los ojos. A Alexander le fascinaba el agua, y chapoteaba y gritaba hasta que su madre lo sacaba; entonces, se enfurecía y lloraba. Melody le hablaba y le cantaba, mientras lo secaba y lo envolvía con los pañales, y Alexander pasaba de un ataque de furia a las sonrisas. Después, tranquilo y fresco, comía con la voracidad que lo caracterizaba y se quedaba dormido.

Blackraven nunca se cansaba de ese rito nocturno. Al igual que meses atrás había contemplado a Melody cepillar y trenzar su cabello o esparcir loción en sus piernas, ahora no perdía detalle del ajetreo con el niño. Esa noche, muy calurosa, su esposa lucía, más que cansada, agobiada, con profundas ojeras que denunciaban las escasas horas de sueño. Por fin, después de amamantarlo, puso a Alexander en su cuna. Blackraven, desde la tina, la vio desnudarse y recogerse el cabello en un rodete. Pensaba tomar un baño con él. La vio aproximarse y extendió la mano para ayudarla a entrar. Melody acomodó la espalda sobre su pecho y suspiró.

—Cierra los ojos y apoya la cabeza en mi hombro. Descansa mientras te baño.

La jabonó con la esponja marina, y la suavidad de las pasadas la adormecieron.

—Me gustaría que Alexander aprendiese a prescindir de ti durante la noche. Me preocupas, cariño. Te noto muy cansada y delgada.

—Trinaghanta dice lo mismo —apenas balbuceó Melody.

—Si Alexander no puede pasar la noche sin comer, contrataremos una nodriza.

Melody se incorporó, alarmada.

—Él es mío, Roger, como mío eres tú, y no contemplaré la idea de que otra mujer lo alimente. Sólo de mis pechos lo hará. Mi leche es lo mejor para él.

—Sí, por supuesto —replicó, complacido con la fiereza que su mujer desplegaba en relación con el hijo de ambos—. Entonces, Alexander aprenderá a que no puede contar contigo a lo largo de la noche. La próxima vez que despierte, yo me haré cargo de él. Desempolvaré mi vieja ocarina y le tocaré algunas melodías para tranquilizarlo.

—Buena idea —accedió Melody—. Alexander ama la música. Hagamos el intento.

El silencio flotó en torno a ellos; una brisa suave ingresaba por las contraventanas, arrastrando el aroma del sereno, los chirridos de los insectos y el croar de los sapos. Blackraven pasaba la esponja por los brazos de Melody hasta alcanzarle las manos que ella descansaba en actitud indolente sobre sus rodillas.

—Soy feliz, Isaura —le dijo al oído—. Nunca lo había sido hasta conocerte. Al menos no lo había sido de este modo tan sublime.

Melody se incorporó y giró la cabeza para mirarlo.

—A veces, cuando despierto por la mañana, pienso que he soñado, que, en realidad, tú y yo no estamos casados y que... bueno, que ella sigue viva. Entonces, te descubro dormido a mi lado, y no sé cómo explicarte lo que siento aquí —se llevó la mano al pecho—, como una calidez que me sube hasta el rostro y me llena de lágrimas los ojos. ¡Oh, Roger! No creo que soportaría volver a perderte.

—Nunca me perdiste, eso es algo que tú no comprendes, ni comprendiste en aquel momento. Por eso te marchaste.

—Estaba tan asustada, tan devastada. Sufrí tanto.

—Lo sé, cariño. Olvidemos el pasado, sólo recordemos los buenos momentos. Ahora nos aguarda un futuro pleno de dicha con nuestro hijo.

—Cuéntame algo bonito. Cuéntame qué hiciste hoy en la ciudad.

—Hoy, amada esposa, entre otros tantos asuntos, fui a componer el embrollo que armaste cuando colocaste bajo tu ala protectora a la muchachita ésa, la brasilera Joana.

—¿El barón de Ibar estaba muy enfadado contigo?

—No, por el contrario. A pesar del distanciamiento que impuse entre nosotros a causa de su esposa, me recibió con sincera cortesía. Me pidió disculpas por los disgustos que su esposa nos había causado, y ofreció, como muestra de amistad, entregarme a Joana en obsequio, lo que acepté sin dudar. De algún modo tenía que resarcirme por los problemas que me ocasionó la estolidez de su mujer.

—¿Viste a la baronesa?

—No. El barón me informó que, en breve, partirán hacia Chile. Ah, lo olvidaba. Ayer se presentó Simonetta Cattaneo en San José junto con esa negra tan arisca y

orgullosa que tiene por esclava.

—Ashantí no es su esclava. Ella la presentó como su mejor amiga.

—Pues bien, apareció en San José para darme el pésame por la muerte de Victoria. Lamentó haber estado fuera de la ciudad las últimas semanas, justo cuando Victoria cayó enferma. Muy conveniente. En fin, también me dijo que en unas semanas seguiría camino en su *grand tour*. Doña Rafaela dice que deja al pobre Eduardo Romero suspirando de amor y con el corazón roto. Me pidió que te diera sus respetos. —Ante el mutismo de Melody, Blackraven dedujo—: No le perdonas su amistad con Victoria, ¿verdad? —Melody sacudió los hombros, y Roger cambió de tema—: ¿Sabes, cariño? Malagrida y mi madre son amantes.

—¡Oh!

—No me ha sorprendido. Siempre existió un sentimiento muy fuerte entre ellos.

—¿Malagrida te ha pedido la mano de tu madre?

Blackraven profirió una corta risotada.

—¿Mi madre casada? Lo dudo. Ella sostiene que si ha llegado a los cincuenta y cuatro años soltera, sería de necios cambiar ahora. Además, Malagrida no podría casarse con ella. Un compromiso anterior se lo impide.

—Está casado —coligió Melody.

—Sí, algo así. ¿Te escandalizas?

—Tendría que ser una hipócrita para hacerlo cuando conculqué todas las enseñanzas de mi madre: no llegué virgen al matrimonio, me convertí en la amante de un hombre casado y mi lujuria no conoce límites.

—¿De veras? ¿Tu lujuria no conoce límites? Demuéstramelo.

A la mañana siguiente, Melody, al advertir el buen talante de Blackraven, le planteó un asunto de extrema delicadeza: Servando y Elisea. Ese día aprendió que el buen talante de Blackraven no garantizaba que, un segundo después, su carácter endemoniado se desplegara en toda su magnitud. Calificó de “aberrante” y “desnaturalizada” la relación entre su pupila y su esclavo; a Melody la tachó de traidora, y a Amy, que intentó una mediación, la expulsó de su despacho.

—Hablaré con ella a solas —manifestó, al ver que Amy y Melody escoltaban a Elisea—. Marchaos y dejadnos a solas.

A pesar de que guardaba silencio y de que mantenía la vista en el suelo, Elisea transmitía una serenidad y un aplomo admirables. Blackraven le indicó que se sentase.

—¿Qué locura se ha apoderado de ti, muchacha? Isaura me ha confesado que tú y Servando andáis enredados en amores.

—Así es, excelencia.

—¿Has perdido el juicio, Elisea? Antes de verte unida a un negro, te obligaré a casar con Otárola o te encerraré en un convento.

—Igual que hizo con mi madre —replicó la joven, y lo miró a los ojos.

—Tú madre ingresó en la congregación de las Hijas del Divino Salvador porque así se lo prometió a tu padre en su lecho de muerte.

—No es verdad, excelencia. Vuestra merced la obligó. Es cierto que aquéllos fueron días muy duros para mí; de igual modo, yo advertí que algo infrecuente ocurría. Mi madre, una mujer frívola y amante de las fiestas y del dinero, jamás habría accedido a ingresar en un convento a menos que su excelencia conociese una verdad con la cual amenazarla.

—¡No seas insolente, Elisea! —se ofuscó Blackraven, quien detestaba ser tomado por sorpresa.

—No lo soy, excelencia. Digo la verdad. Con el tiempo llegué a pensar que ese secreto que su excelencia conocía era la causa de la muerte de mi padre, y que, de algún modo, involucraba a mi madre.

—¡Cuidado, Elisea! Una palabra más y, sin consideraciones...

—¡Excelencia! —Elisea se puso de pie—. No quiero que me amenace. Yo siento un gran afecto por vuestra merced, y soy consciente de que, gracias a su generosidad, mis hermanas y yo no hemos caído en la indigencia. Sé también que, por preservar nuestra reputación, es que obligó a mi madre a ingresar en un convento en lugar de enviarla a prisión, donde merecía estar por haber envenenado a mi padre.

—¡Basta! —El puño de Blackraven cayó sobre el escritorio, y Elisea dio un respingo, pero no cedió terreno—. ¡Estás desvariando! No sabes lo que dices.

Resultaba asombroso que una mujer cuya actividad más riesgosa se limitaba a confeccionar una prenda con encaje a bolillo poseyese la inteligencia para arribar a conclusiones tan sólidas. “Deberíamos dar más crédito a las palabras del marqués de Condorcet”, se dijo Blackraven, al evocar al noble francés que había defendido el derecho de la mujer a participar en la vida política. Había refutado con ingenio a Talleyrand al expresar: “*¿Por qué las personas expuestas a la preñez y a indisposiciones pasajeras no pueden ejercer derechos de los que nadie soñaría siquiera con despojar a hombres que padecen gota cada invierno o se resfrían fácilmente?*”.

—Su excelencia tiene razón. Me he propasado. Suplico me disculpe.

—Vuelve a sentarte.

—¿Me concede permiso para expresar un último pensamiento, excelencia? Prefiero hacerlo de pie.

—Siempre y cuando tu pensamiento sea sensato, te concedo el permiso.

—Excelencia, no cuento con prueba alguna para probar lo que expuse anteriormente y que tanto ha molestado a vuestra merced, lo cual me provoca hondo pesar. Aunque de algo sí estoy segura y es de que mi madre no amaba a mi padre, y de que su vida junto a él la hizo infeliz. Mis abuelos casaron a mi madre cuando ella

era una niña; apenas conocía a mi padre, un hombre mucho mayor. Yo no deseo eso para mí ni para mis hermanas, excelencia. Yo quiero casarme por amor.

—¡Sí que tienes redaños, muchacha! —la admiró Blackraven—. Hablas con el valor de un ejército de cosacos. ¿Y se supone que amas a Servando, ese negro inculto que no te llega a los talones?

—Servando sabe leer y escribir, excelencia. Es un hombre honesto y trabajador.

—Servando es un buen hombre, Elisea. Nadie lo pone en tela de juicio. Pero es negro y tú, blanca, y eso es una barrera insalvable para que os unáis. ¿Acaso no has pensado que serás repudiada por los de tu casta?

—Ya me repudian, excelencia, porque mi madre fugó del convento de las Hijas del Divino Salvador y porque rompí mi compromiso con el señor Otárola.

—Esas cuestiones pueden salvarse, pero que unas tu vida a la de un negro es insalvable, es un acto desnaturalizado, y no te dotaré para que cometas un acto de esa índole.

—No pretendo recibir dote alguna, excelencia.

—¡Muchacha! —se exasperó Blackraven—. ¿No has meditado que incluso deberás despedirte de tus hermanas para siempre? Sus esposos jamás permitirán que se relacionen contigo, la esposa de un negro, de un antiguo esclavo. ¿No te has dado cuenta de que vuestros hijos serán mulatos y que los despreciarán? ¿No has pensado en que jamás ingresarán en una casa de estudios porque no podrán presentar el certificado de pureza de sangre?

—Sí, he pensado en eso, y en otras cosas más, excelencia. He pensado que, uniéndome a Servando, seré pobre, que no vestiré los hermosos trajes que vuestra merced me compra ni comeré la exquisita comida que cada día se sirve en vuestra mesa; no tendré perfumes ni joyas ni una cama cómoda ni una recámara primorosa ni muebles refinados ni platería ni nada de lo que ahora abunda gracias a vuestra largueza. Sin embargo, puedo prescindir de todas esas cosas. De quien no puedo prescindir es de Servando.

“¡Dios mío, muchacha! No sabes cuánto te entiendo. Sin embargo...”.

—Elisea, Isaura y yo deseamos vuestra felicidad, la tuya y la de tus hermanas. Ella sostiene que tú y Servando seréis felices si os unís. A pesar de que tengo en alta estima el juicio de mi esposa, en este asunto disiento con ella. Sin embargo, no quiero propiciar tu desdicha alejándote de quien dices amar. Haré los arreglos necesarios para que partas un tiempo a recluirte en el convento de Santa Catalina de Siena. Allí podrás conocer los rigores de una vida de pobreza y de sacrificio, la misma que llevarías en caso de vivir con Servando; allí reflexionarás acerca de tus sentimientos y del cambio drástico que dará tu vida si decides unirla a un hombre a quien nuestra sociedad considera un ser inferior. Es mi deseo que, durante esos días de retiro y silencio, llegues a comprender que, si decides unir tu destino al de un negro, te

convertirás, para los de tu casta, en una negra, y, para los negros, en una blanca que traicionó a su raza. Para los blancos no serás blanca; para los negros no serás negra.

—Pero seré la mujer de Servando, excelencia. No me asusta la prueba que vuestra merced ha juzgado conveniente imponerme. Estoy preparada, si cuento con la ayuda de Dios. Y no me asusta la vida que me espera junto a Servando. Estoy preparada, también con la ayuda de Dios.

Blackraven asintió, con el entrecejo muy apretado y oscuro. Seguía conmoviéndolo la entereza de Elisea. Pocas veces se había enfrentado a un hombre con la integridad moral y el valor de esa jovencita criada entre algodones. Le indicó con un ademán de mano que se retirase. Antes de que Elisea traspusiera el umbral, Blackraven le dijo:

—Elisea, quítate de la cabeza que tu padre tuvo una muerte antinatural. Tu madre ingresó en el convento porque así se lo prometió a Alcides. Después, arrepentida porque aún era joven y gustaba de las fiestas y el dinero, como tú bien apuntas, decidió fugarse. Eso es todo.

—Gracias, excelencia —expresó la muchacha—. Vuestra merced es muy bueno.

Ese mismo día, por la tarde, Blackraven visitó a doña Rafaela y, sin mayores explicaciones, le solicitó que se ocupara de acordar con la madre superiora del convento de Santa Catalina de Siena el ingreso en el claustro, por una temporada, de la joven Elisea Valdez e Inclán; la donación, aclaró, sería jugosa.

—Lo que dure su estancia en el convento, Elisea no recibirá visita alguna —especificó Blackraven—. Sus condiciones dentro del convento deberán ser de una austeridad espartana.

—Lo será, excelencia —aseguró la virreina vieja—. Falta poco para la Cuaresma, un tiempo de ayuno, abstinencia y meditación.

Esa noche, no volvió a dormir al Retiro; seguía enfadado con Melody por haberle ocultado el asunto entre su pupila y su esclavo. ¡Su pupila y su esclavo! Todavía le costaba creer que una joven como Elisea, tan hermosa y educada, se hubiese enamorado de un negro achurador. Llamaron a la puerta del despacho. Debía de tratarse de Servando; había mandado por él.

—Adelante.

A pesar de que el yolof había recuperado la condición de hombre libre, en presencia de Blackraven, seguía comportándose como su esclavo; se quitaba la boina y agachaba la cabeza; aún lo llamaba amo Roger.

—¿Me mandó llamar, amo Roger?

—Me he enterado de que, a mis espaldas, te has dedicado a enamorar a mi pupila, la señorita Elisea.

Ahora lo miraba a los ojos como el hombre libre que era, y, en esa mirada, Blackraven supo reconocerse, supo distinguir la misma ferocidad posesiva que

experimentaba en relación con Isaura. Al igual que en Elisea, no había miedo ni vergüenza en la actitud del negro, más bien desafío.

—¿Qué pena me corresponde aplicarte por acto tan atroz?

—La que su excelencia juzgue más cruel, aunque ni quinientos azotes matarán lo que siento por la señorita Elisea, amo Roger.

—¡Tienes cojones, maldito seas! Eso te lo concedo. Ahora recoge tus cosas y lárgate de esta casa.

—Sí, amo Roger.

A Melody le llevó días comprender que las medidas de Blackraven apuntaban a preparar a Elisea y a Servando para la vida que habían elegido. En el convento, ella aprendería el significado de las palabras carencia, austeridad y soledad; en cuanto a Servando, alejándolo del cobijo de la casa de San José, lo enfrentaba a la necesidad de procurarse el techo, la comida y la vestimenta. Aunque no lo había despedido de su trabajo en *La Cruz del Sur*, el yolof no volvió a presentarse, y los maestros curtidores se lamentaron pues demostraba habilidad en cuanto tarea se le encomendaba; primero, había enseñado a los demás empleados a despostar animales evitando el desperdicio; más tarde, cuando Florestán, el esposo de la negra Escolástica, se hizo cargo del matadero, aprendió a ser un excelente tonelero; nadie como él acomodaba las lonjas de tasajo en los toneles con sal, lo hacía de modo tan apretado que la carne jamás se pudría.

Melody acudió a la ciudad con la esperanza de encontrarlo. Había regresado a su antiguo trabajo de tapicero; es más, vivía en el cobertizo del taller. El señor Cagigas, el patrón de Servando, se mostró muy solícito y honrado con la visita de la condesa de Stoneville y autorizó a Servando a ausentarse por un momento para hablar con ella. Lo hicieron dentro de la berlina, y, aunque Melody sabía que Milton —su escolta esa mañana— le iría con el cuento a Blackraven, no le importó.

—Su hijo es un niño hermoso, miss Melody —expresó el yolof, mientras contemplaba a Alexander, en brazos de Trinaghanta.

—Gracias, Babá. —Melody le tomó las manos—. ¡Babá, cuánto lo siento! Todo esto es por mi culpa, por mi necedad en creer que Roger no se enfadaría y os ayudaría.

—¡Nada de esto es su culpa, miss Melody! Es mía, por aspirar a una mujer que está fuera de mi alcance. Jamás debí enamorarme de Elisea. Sólo he conseguido arruinarle la vida. En cuanto al amo Roger, se ha portado muy bien conmigo. Podría haberme mandado encarcelar y colgar.

—Roger ha prometido que, una vez que termine su temporada en el convento, Elisea será dueña de elegir su destino. Si es su deseo casarse contigo, él no lo impedirá, aunque ha dicho que no te entregará su dote.

Servando soltó una corta carcajada carente de humor.

—Miss Melody, jamás pensé en la dote de Elisea.

—Lo sé, lo sé —dijo, y le palmeó la mano.

—He pensando mucho, miss Melody, y me he dado cuenta de que he sido un mal hombre al pretender arrastrar a Elisea a una vida de esclavos.

—¡Ahora tú eres libre, Babá!

—¡Soy negro, miss Melody! Para los blancos, seré esclavo toda mi vida porque ningún papel, por más sellos y firmas que tenga, me quitará el color de la piel.

—¡Oh, Babá! No me digas que has decidido abandonar a Elisea. —Servando asintió con la cabeza baja—. ¡No, Babá! La matarás. Ella está soportando la ordalía del convento para poder reunirse contigo después. La matarás. Sabes que estar lejos de ti la llevará a la muerte.

—¡La llevaré a la muerte si la obligo a vivir una vida de carencias a mi lado!

—¡No, te equivocas! Ella ha expresado que está consciente de que será repudiada, de que será pobre, de que no tendrá vestidos bonitos ni una linda casa ni muebles ni nada. ¿Sabes lo que le ha dicho a Roger? “Puedo prescindir de todo eso. De quien no puedo prescindir es de Servando”. —El negro comenzó a sollozar—. Babá, mírame. Babá, querido Babá, no sufras. Esta prueba pasará, y tú y Elisea seréis felices. Yo siempre estaré a vuestro lado y os ayudaré. Jamás os faltará nada.

—Miss Melody...

—Podréis marchar a Haití, Amy ha prometido llevaros. Allí comenzaréis una vida nueva, lejos de este sitio donde os conocen y no os comprenden. —Se miraron a los ojos, y Melody entrevió las dudas en el gesto de Servando—. Júrame, Babá, por tu vida, que no abandonarás a Elisea. ¡Júralo!

—Lo juro.

La noticia del amorío entre Servando y Elisea significó un sacudón a los cimientos de la familia Valdez e Inclán. La señorita Leonilda no habló por días, las hermanas de Elisea —a excepción de Angelita, a quien nada habían revelado— lloraban a escondidas y don Diogo juraba que caparía a ese negro ladino.

—Si vuestra merced —le manifestó Blackraven— llevase a cabo una acción en contra del liberto Servando, me provocaría una gran contrariedad.

—¡Excelencia! —se desesperó don Diogo—. ¿Está pidiéndome que me desentienda de este asunto y no haga pagar a ese mal nacido la afrenta?

—Estoy pidiéndole que no se inmiscuya en un asunto que me compete sólo a mí. Al morir, don Alcides me encomendó la suerte de sus cuatro hijas. Ellas son mi responsabilidad. Malo o bueno, es mi juicio el que prevalecerá sobre sus destinos.

Don Diogo se sentía ultrajado, y su furia e impotencia eran auténticas. De igual modo, sabía que contrariar al conde de Stoneville sólo le proporcionaría inconvenientes. Por empezar, lo despediría de la curtiduría y lo dejaría sin Marcelina

y sin dote.

—Creo que, por el bien de sus hermanas, Elisea no debería salir del convento de Santa Catalina de Siena —opinó, con menos vehemencia.

—Permanecerá o saldrá de allí según yo lo crea conveniente.

—Excelencia, lo honra la preocupación que demuestra por la felicidad de mi sobrina Elisea, pero le suplico que considere también la reputación de Marcelina, de María Virtudes y de Angelita. La misma ya ha sufrido un fuerte revés cuando mi hermana Bela decidió fugar del convento. Sería su ruina completa si llegase a saberse que Elisea se ha enredado con un negro, antiguo esclavo de la casa de San José.

—¿Vuestra merced desiste de su intención de desposar a Marcelina debido al desliz cometido por su hermana mayor?

—¡No, claro que no!

—Tampoco considero que el teniente coronel Lane retire su propuesta matrimonial a María Virtudes, puesto que, conociendo lo de la fuga de doña Bela, de igual modo la eligió como esposa.

—¡Esto es de mayor gravedad, excelencia! Lane podría echarse atrás.

—Lo dudo. En cuanto a Angelita, vivirá con nosotros en la Inglaterra la mayor parte del tiempo, donde nada se conoce de este infeliz suceso.

Capítulo XXVI

Con el paso de los días, las aguas iban aquietándose, la señorita Leonilda volvía a compartir las comidas con la familia y las muchachas cesaban de llorar, por lo que la atmósfera cargada y tensa poco a poco daba paso a un ritmo en el cual la ausencia de Elisea se echaba de menos aunque con espíritu resignado. Nadie la mencionaba, a excepción de Melody que pedía por su bienestar cuando rezaban el rosario después del desayuno, congregadas en su sala privada. Estaban en Cuaresma y, con abril, habían llegado los primeros fríos, por lo que Melody se mortificaba al imaginar las privaciones a las que la severidad de un convento sometería a una joven díscola y pecadora; le darían de comer pan y agua y por las noches no le entregarían ni una manta. Elisea, de constitución débil, terminaría por morir de pulmonía.

Blackraven, pese a la infinidad de asuntos que lo ocupaban, escuchaba con paciencia los reclamos y escrúpulos de Melody en relación con su pupila, aunque no daba el brazo a torcer: Elisea abandonaría el convento cuando él lo creyese apropiado. Si bien no se lo mencionaba, Melody sabía que no partiría a Londres dejándola allí, expuesta a los rigores de un ataque inglés.

Beresford había zarpado del puerto de San Felipe hacia la Inglaterra en el buque *Diomede* el 26 de marzo sin haber alcanzado el objetivo de convencer a Auchmuty de apoyar la independencia del virreinato. De igual modo, sir Auchmuty había comprendido lo ventajoso de esa posición y, en una carta al ministro de Guerra, William Windham, le aconsejaba un cambio en la estrategia. *“El otro partido es el de los nativos del país, aumentados con algunos españoles establecidos de largo tiempo en él. Éstos, cansados del yugo español, están ansiosos de sacudirlo; y, aunque por su incultura, su falta de costumbre y la rusticidad de sus temperamentos son completamente incapaces de constituir un gobierno propio, aspiran, sin embargo, a seguir los pasos de los americanos del norte y a erigirse en Estado independiente. Si nosotros les prometiéramos la independencia, inmediatamente se alzarían contra su gobierno y se nos unirían en la gran masa de los habitantes”*. Por su parte, Beresford, antes de partir, le había escrito a Blackraven prometiéndole que, al llegar a Londres, transmitiría a las autoridades la conveniencia de auspiciar la liberación de las colonias españolas.

Ese mediodía del viernes 10 de abril, Blackraven cabalgaba hacia la fábrica de jabón de Vieytes y de Rodríguez Peña, donde se reuniría con los partidarios de la independencia. En tanto avanzaba por el camino, se hacía una composición del estado en que quedaría Buenos Aires cuando partiese hacia Londres. Con respecto a la política externa del virreinato, la situación podía definirse como de tensa expectativa, ya que tanto Liniers como Álzaga y los oidores de la Real Audiencia aguardaban a que los ingleses actuaran para reaccionar; las pocas acciones que emprendían las

llevaban a cabo mostrando una misma cara, un frente común, sin fisuras ni disensiones. En el ámbito interno, todos seguían confabulando para conquistar una porción mayor de terreno. En opinión de Blackraven, Buenos Aires seguía siendo la misma ciudad de principios de 1806: un hervidero de espías ingleses, franceses y portugueses, y de funcionarios y comerciantes corruptos ávidos de poder y de dinero.

Admitía que Álzaga trabajaba con tesón en el Cabildo y que estaba logrando poner orden en las caóticas cuestiones administrativas y financieras de la ciudad. Blackraven lo tenía bajo control y conocía sus movimientos gracias a los informes que recibía a menudo de Covarrubias y de sus espías O'Maley y Zorrilla. Liniers, dedicado a complacer a su amante, Anita Perichon, y a la organización de su ejército, resultaba más fácil de manejar. Lo visitaba con frecuencia en sus habitaciones del Fuerte por cuestiones relacionadas con el aprovisionamiento de las tropas, ocasiones en las que mantenían largas charlas en las que el francés le manifestaba sus escrúpulos en cuanto a un enfrentamiento en campo abierto con los ingleses, o a que los cañonearan desde el río, o que los sitiaran hasta que el hambre los llevara a rendirse.

En la fábrica de Vieytes y Rodríguez Peña, Blackraven echó de menos la presencia de Juan Martín de Pueyrredón. Su viaje a la España significaría una demora en la consecución de los objetivos del partido independentista, pues si bien se contaba con hombres de empuje y de brillante discernimiento, ninguno mostraba la decisión, el denuedo y el temperamento sanguíneo tan preciados en una revolución. Mariano Moreno tenía la palabra.

—Si la España nos ha abandonado desde el punto de vista militar al no enviarnos armas ni tropa, y Sobremonte se ha fugado como una rata asustada, y nosotros hemos podido organizarnos y echar a los ingleses, bien podemos prescindir de la España para todo y gobernarnos de acuerdo con nuestro juicio.

—Según entiendo —intervino Roger—, Sobremonte pidió tropa al Príncipe de la Paz —hablaba del ministro de Carlos IV, Manuel Godoy—, que nunca se envió.

—Excelencia, el marqués de Sobremonte era subinspector general de las tropas de este virreinato cuando informó a Su Majestad que resultaba inútil la costosa remisión de regimientos desde la España cuando, a un solo tiro de cañón, reunía él en Buenos Aires treinta mil hombres de milicia disciplinados y entrenados, y atribuyendo a su celo y actividad la formación y disciplina de tan numeroso cuerpo, creyó ganarse el buen concepto del rey, consiguiendo que se suspendiera la remisión de los regimientos tan necesarios para nosotros y que se verificase solamente la de un armamento que venía junto con ellos. Éste es el pecado original del señor Sobremonte, el principio verdadero de su ruina y quizá de la nuestra.

“Hablan demasiado, planifican poco y ejecutan menos”, se fastidió Blackraven, que estaba cansado de escuchar siempre la misma monserga, en la que se repetían los

temas: el arresto de Sobremonte, la huida de los oficiales ingleses, la participación de Saturnino Rodríguez Peña y la posibilidad de que Beresford intercediera por su causa ante las autoridades de Whitehall. Horas más tarde, en su camino de regreso al Retiro, Blackraven concluía que, si bien la invasión de los ingleses acaecida en junio de 1806 les había demostrado a los habitantes del Río de la Plata que podían prescindir de la protección de la Corona Española, que, en realidad, hacía tiempo que los había abandonado a su suerte, esa segunda invasión, que esperaban de un momento a otro, retrasaba el proceso de liberación ya que desviaba la atención y los obligaba a unirse, monopolistas e independentistas, para formar un frente ante el enemigo común. “El tiempo de la independencia aún no ha llegado”, se convenció con algo de frustración, “y la sazón de una revuelta que destituya a los españoles para siempre se producirá el día en que los criollos tengan sus ojos puestos en la cuestión interna solamente, y su paciencia se colme. Urge volver a Londres”, se instó.

Pero antes de retornar, quedaban dos cuestiones por resolver: la manumisión de los esclavos y el traslado de la familia Valdez e Inclán y de sus sirvientes al casco de *Bella Esmeralda*, donde quedarían a buen resguardo en caso de que se derribara a Buenos Aires a fuerza de cañonazos, o que se la sitiara o bien que se irrumpiera con la ferocidad que las tropas inglesas habían desplegado en Montevideo, con más saña aún, pues les cobrarían a los porteños la falta de cumplimiento de los términos de la capitulación y el envío de las tropas a lejanas localidades del país.

Para la manumisión, hacía tiempo que utilizaba a los maestros curtidores y al senescal Bustillo para sondear la voluntad de los esclavos en caso de recuperar su condición de hombres libres; la mayoría había expresado su deseo de seguir trabajando para el amo Roger, aun vivir bajo su techo; unos pocos preferían tomar nuevos rumbos, y ninguno expresó deseos de retornar al África. Con esa seguridad, se decidió a empezar con la papeleta, y, dado que Covarrubias se hallaba muy atareado en su puesto de la Real Audiencia y como asesor letrado de Álzaga, Blackraven puso el asunto en manos del doctor Mariano Moreno. Para Melody ésa fue una noticia que la colmó de felicidad. También lo fue que, a finales de abril, Blackraven, la noche antes de partir hacia *Bella Esmeralda* —deseaba verificar que se hallaba en condiciones para recibir a los Valdez e Inclán—, le comunicara que había dispuesto que Elisea saliera del convento.

—Hace más de un mes que la recluí con las hermanas de Santa Catalina de Siena. Creo que se trata de un lapso suficiente para meditar.

—¡Oh, sí, Roger! Sí, querido. Más que suficiente.

—La madre superiora le ha indicado a doña Rafaela que podrás ir a buscarla mañana, después de la nona —Blackraven se refería a la oración del oficio divino que se rezaba a las tres de la tarde—. La traerás al Retiro, y escúchame bien, Isaura: tiene prohibido ver a Servando. Apenas regrese de *Bella Esmeralda* —continuó—,

zarparemos para Londres. El aprovisionamiento de los barcos ya está casi concluido, sólo falta cargar los toneles de agua. Quiero que tú y el niño estéis listos para salir de inmediato.

—Sí, Roger.

Al día siguiente, se levantó al alba para viajar, en compañía de Somar, hacia Capilla del Señor, a unas quince leguas al noroeste de Buenos Aires. Aunque pensó en llevar más hombres ya que se trataba de un camino atestado de maleantes, finalmente desistió ya que el predio del Retiro era demasiado grande para encargarlo a la vigilancia de unos pocos. Se armó con dos pistolas y una canana cruzada en el pecho, a más de su estoque y de su daga, y le indicó a Somar que hiciera otro tanto. Melody ya estaba vestida para acompañarlo fuera. Hacía bastante frío, y le entregó a Blackraven un poncho para que se lo echara encima del tabardo de fustán.

—Cuídate, Roger —le pidió, con ansiedad—. Vuelve pronto. ¿Llevas las provisiones que te preparé?

—Sí, cariño, las coloqué en las alforjas. No te inquietes, estaré de regreso en unos días. Y eres tú quien debe cuidarse. No salgas sin la protección de Milton, Radama o Shackle. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Se besaron, y cuando el beso terminó, Blackraven mantuvo el rostro de Melody entre sus manos y la frente apoyada en la de ella.

—Te amo, Isaura —dijo, y se apartó; montó a Black Jack de un salto y, sin volver la mirada, galopó hacia el camino que bordeaba la barranca. Somar lo siguió a un paso más tranquilo.

A la altura del pueblo de San Isidro, aminoraron la marcha para dar un respiro a los caballos. Hacía rato que el sol se elevaba sobre el río y lo convertía en un mar dorado. Se trataba de una mañana magnífica, con el cielo en esa tonalidad cerúlea impecable y sin nubes, y con una brisa que acarreaba los aromas del campo. “Buen día para navegar”, pensó Blackraven, y se dijo que en poco tiempo se hallaría a bordo del *Sonzogno* con su mujer y su hijo rumbo a Londres. De pronto lo asaltaban las ganas de volver y de mostrarle a Melody su amado Cornwall.

Sucedió rápido y la confusión lo aturdió. Escuchó un ruido, un sonido seco y contundente como a metal contra metal, y a continuación experimentó un cosquilleo en el cuero cabelludo y en la frente. Se pasó el dorso de la mano por el ojo derecho, pues la visión se le había nublado, y descubrió que tenía sangre; se quedó mirando la mano ensangrentada con incredulidad hasta que cayó en la cuenta de que estaba tambaleándose en la montura. Escuchó a Somar que lo llamaba a gritos antes de desplomarse, inconsciente.

A pesar de que se dirigía a la ciudad para visitar la tumba de Jimmy —ese día, 26 de

abril se cumplían diez meses de su muerte—, Melody estaba de buen ánimo. El día anterior había ido a buscar a Elisea al convento, a la hora pactada. La encontró pálida, ojerosa y enflaquecida, aunque serena y con una ligera sonrisa en los labios. Se abrazaron en el locutorio y, secundadas por Milton, que cargaba el pequeño baúl con las pertenencias de la joven, salieron al atrio de la iglesia de Santa Catalina tomadas del brazo. Caminaron hacia la berlina.

—El señor Blackraven dispuso que te alojaras en el Retiro, pero antes quiero que me acompañes a la ciudad. Tengo que hacer una diligencia.

Milton detuvo el coche frente al taller del señor Cagigas. De nuevo, al ver entrar a Melody, el tapicero se mostró halagado con su visita y le permitió distraer a su aprendiz Servando por unos minutos.

—Sube al coche —le indicó Melody, y cerró la portezuela tras él.

Se alejó hacia el pescante para darles mayor intimidad. Milton la contempló desde arriba, y Melody le sonrió con complicidad.

—No le dirás nada al señor Blackraven acerca de este encuentro.

—Si el capitán Black se entera (y téngalo por seguro, señora condesa, se enterará), me sacará el hígado con una cuchara.

—Siempre dices lo mismo, que te sacará el hígado con una cuchara, y nunca lo hace.

—Supongo que es porque vuestra merced intercede. Pero debe saber, señora condesa, que el capitán Black es bien capaz de hacerlo. —Y le contó acerca de una ocasión en que Samuel, el maestre del *Pigmalion*, se emborrachó durante una guardia y casi chocan contra un iceberg en el mar del Norte.

En el interior de la berlina, Elisea y Servando se besaban, lloraban y se prometían amor eterno, todo al mismo tiempo. Al volver a estrecharla entre sus brazos, Servando había olvidado sus intenciones de apartarse de la vida de su amada, y, con esperanzas renovadas, le aseguraba que pronto estarían juntos para siempre.

—Miss Melody dice que la señorita Amy mantiene su oferta de llevarnos a Haití.

—Acabo de salir del convento, Servando. Ahora debo volver al Retiro y enfrentarme con mi familia y con el señor Blackraven. Después haremos planes. No te asustes, no tengo miedo. Nuestro amor me da fuerzas, y miss Melody me apoya. Nada saldrá mal.

—Temo que te amenacen o logren convencerte de algún modo para que me dejes.

—El señor Blackraven podría haberme encerrado para siempre en el convento y no lo ha hecho. Es evidente su buena voluntad.

—¿Y tu tía Leonilda? ¿Y tu tío, don Diogo? Ellos deben de pensar muy distinto.

—Lo sé, pero mi tutor es el señor Blackraven, sólo a él debo obediencia.

Miss Melody golpeó la portezuela de la berlina y los obligó a despedirse. Esa mañana, camino a Buenos Aires, Melody revivía el encuentro de Elisea y Servando el

día anterior, y se sonreía sin conciencia al evocar sus semblantes que, si bien con líneas de cansancio y preocupación, parecían brillar.

“Hoy será un día agitado”, se dijo, porque había planeado varias visitas después de pasar por el cementerio. Iría a ver a doña Rafaela, a Isabella y al capitán Malagrida, a Lupe Moreno —aprovecharía para hablar con su esposo y preguntarle por el asunto de la manumisión masiva—, y a Pilarita Montes, que se encontraba sola ya que el barón de Pontevedra había partido a su anunciado viaje a Misiones; Blackraven le había extendido un poder para que comprase algunos acres a su nombre. Por cierto, visitaría el hospicio “Martín de Porres”, hacía meses que no iba, desde antes del nacimiento de Alexander; el lugar había quedado en manos de Lupe y de Pilarita, y ella se limitaba al envío de dinero.

Melody echó un vistazo a sus acompañantes. Trinaghanta acunaba a Alexander, que se debatía entre el sueño y la emoción de hallarse dentro del coche; Víctor, Estevanico y Angelita intentaban jugar a las canicas sobre el asiento, sin éxito, pues, a cada barquinazo, las pelotitas de cristal se esparcían por doquier, y los niños estallaban en carcajadas, que sobresaltaban a Alexander.

La sonrisa de Melody desapareció de súbito al reconocer el estampido de un disparo. Se asomó por la ventanilla y comprobó que acababan de cruzar el zanjón de Matorras, que aún se hallaban lejos de la ciudad y que Radama había tomado por el camino del Bajo, por un sector desolado, lleno de quintas y baldíos. Los disparos se sucedieron entremezclados con golpes de cascotes y con una algarazara que le erizó la piel; tuvo la impresión de que esos gritos provenían de seres feroces. Radama abrió la ventanilla que comunicaba el pescante con la cabina.

—¡Señora, nos persiguen unos salteadores! ¡Tiraos al suelo y cubríos la cabeza! Intentaré perderlos. —Cerró la ventanilla, y Melody quedó atónita y carente de reacción.

—¡Niños, al suelo! —ordenó Trinaghanta, mientras acomodaba una manta para colocar a Alexander.

Melody tomó a su hijo en brazos y lo acomodó bajo su cuerpo y sobre la manta tratando de preservarlo de los rebotes, tumbos y barquinazos de la berlina. Angelita lloraba, mientras Víctor y Estevanico le dirigían palabras de consuelo con voz llorosa. Trinaghanta rezaba a la diosa Kali en una lengua inextricable. Melody no podía rezar ni pensar con claridad; elevaba la cabeza tratando de distinguir qué ocurría en el exterior y volvía a bajarla para mirar a su hijo. Alexander no lloraba y se limitaba a devolver la mirada ansiosa de su madre con los ojos turquesa muy abiertos. Cada tanto, Melody se cercioraba de que Víctor, Estevanico, Angelita y Trinaghanta estuvieran bien y, de modo casi mecánico, suplicaba: “Que a Víctor no le dé un ataque, Señor”. Estiró la mano y apretó la del niño.

—Todo irá bien, cariño. No te aflijas. Nada malo nos ocurrirá.

—No me dará un ataque, miss Melody, se lo prometo.

—No, claro que no te dará un ataque. Eres muy valiente.

El sonido de los cascos recrudeció, los jinetes se acercaban a la berlina por ambos flancos. Radama agitaba las riendas, soliviantaba a los percherones con gritos en su lengua madre y descargaba el látigo sobre sus ancas; los animales, sin embargo, perdían velocidad. El coche se ladeó peligrosamente al tiempo que escucharon un golpe sobre sus cabezas, en el techo. “Uno de los salteadores”, dedujo Melody, “se ha trepado a la berlina”. Se dio cuenta de que estaban perdidos, Radama no podría con la conducción de los caballos y con el delincuente, que lo abordaría por la espalda. Hacía rato que no se oían disparos, hasta que un nuevo estruendo seguido por un lamento los conmocionó.

La berlina se detuvo en seco. Melody apretó a Alexander contra su pecho, y ahí se quedó, ovillada en el piso del coche, llorando y repitiendo el padrenuestro de manera automática. Los asaltantes festejaban su triunfo con una gritería que ella intentaba atronar con su plegaria dicha con una voz cada vez más alta. No escuchó cuando abrieron la portezuela.

—¡Todos abajo!

Trinaghanta descendió primero, seguida por Estevanico, Víctor y Angelita, que lloraban a coro tomados de la mano. Melody descendió a continuación, aferrando a Alexander con celo desesperado. Estiró una mano y atrajo a los niños hacia ella, que se abrazaron a su cintura y hundieron la cara en su cuerpo.

—No os preocupéis —los alentó Melody—, no nos harán daño. —La inseguridad de su voz no condecía con sus palabras.

Frente a ellos, formados en línea, había cinco hombres de la peor catadura, de aspecto desaseado y miradas maliciosas. Vestían extrañas prendas e iban armados con varias pistolas, alfanjes y sables.

—¿Condesa de Stoneville? —preguntó uno de los delincuentes, bajo y retacón, a quien le faltaban dientes.

—Tengo dinero —logró balbucear Melody— y algunas joyas. Tomadlo todo, pero no nos hagáis daño, por favor.

—Al capitán no le interesan las joyas ni el dinero de vuestra merced. Al capitán le interesa *vuestra merced*. Ahora, volved al coche.

—¿Qué haréis con mi cochero? —preguntó Melody, al descubrir a Radama inconsciente en el pescante.

—No deberíais preocuparos por ese hombre, señora condesa, sino por vuestra suerte, que ahora está en nuestras manos.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Quién es vuestro capitán? ¿Por qué queréis llevarme? ¡Dejad a mi sirvienta y a los niños! ¡No los llevéis!

Nadie le dio respuesta. Con empujones y palabrotas, los obligaron a subir a la

berlina y cerraron la portezuela de un golpe. El coche se balanceó cuando uno de los salteadores se montó en el pescante. Al escuchar el ruido que producía el cuerpo de Radama al ser arrojado al camino, Melody se mordió el puño y ahogó un grito de pánico. La berlina se puso en marcha y siguió por el mismo rumbo, hacia el sur.

Un hombre de una fortaleza admirable lo mantenía sujeto y le asestaba dolorosos castañetazos en la cabeza. Como si debiera soportar esa ordalía, Blackraven se quedaba quieto y aguardaba con estoicismo el siguiente golpe. Se despertó con un sobresalto, atacado por una basca, y entonces cayó en la cuenta de que se había tratado de un sueño y de que los castañetazos eran feroces puntadas en la coronilla. El pecho le batió con violencia y se le contrajo la garganta, y un sabor ferroso le inundó la boca. “¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido?”. La cabeza le colgaba sobre el pecho y, al intentar erguirla, la corriente de dolor que nació en la nuca se propagó hasta el estómago y le provocó nuevas arcadas. Volvió a intentarlo, esta vez con extrema lentitud y delicadeza, lo mismo para abrir los párpados, que parecían de plomo. Tenía la vista nublada, apenas distinguía unos bultos de colores frente a él; le tomó varios segundos enfocar.

Los colores correspondían a las vestiduras de Somar, quien, al igual que él, se hallaba sentado, maniatado y sin sentido; el turco conservaba sus ropas; Blackraven, en cambio, estaba desnudo. A medida que tomaba conciencia de su situación, percibía los malestares de su cuerpo. Le dolían los hombros y los brazos, los cuales, para amarrarlo, habían sido llevados detrás del respaldo de la silla. Las maniotas de cuero que le sujetaban las muñecas estaban mojadas y, a medida que se secaban, le apretaban la carne y le cortaban la piel. Habían utilizado las mismas maniotas mojadas para sujetarle los pies descalzos, y una soga de cañamazo le daba varias vueltas alrededor del torso. Trató de moverse, sin resultado; estaba trincado a esa silla como un cañón a su cureña.

Por la penumbra reinante, debía de tratarse del atardecer. Se encontraban en una cabaña misérrima que los nativos llamaban “rancho”, con paredes embostadas y techo de cañas y chalas, piso de tierra apisonada y una única abertura, la cual, con un trapo colgado del tirante, hacía de puerta. El mobiliario era escaso y de manufactura casera: una cuja con jergón de paja, una mesa y cuatro sillas, dos de las cuales ocupaban Somar y él. Se avistaban varios utensilios: una trébedes, cacharros, peroles, una olla de azófar, vasos de barro, una botella de gres, dos palmatorias sobre la mesa con bujías encendidas, yesca y sobras de pan y otros alimentos que Blackraven no alcanzaba a distinguir. A la vista de la botella de gres, se dio cuenta de que su garganta parecía una brasa, pero, sin ninguna posibilidad de llegar hasta la bebida, siguió estudiando el entorno. Se preguntó dónde estarían sus prendas, su estoque y sus botas. Se angustió al pensar en Black Jack.

—¡Somar! —llamó, pero la voz le salió áspera, y el dolor en su garganta se intensificó—. ¡Somar, despierta, maldita sea! ¡Somar!

Se corrió el trapo de la abertura, y Blackraven se quedó perplejo ante la aparición de un hombre, alto y de estructura atlética, vestido por completo de negro; bajo un sombrero de ala ancha, sus lineamientos se amoldaban a una máscara que le velaba el rostro por completo. “Esa máscara”, pensó Roger, “está hecha a medida”. No se trataba de que vistiese de negro, de hecho, Amy Bodrugan también lo hacía, sino de que no se apreciase otro color en su extraña vestimenta de una pieza, ni el de las presillas ni el de las costuras ni el de un alamar ni el de su piel; cada centímetro del cuerpo estaba cubierto, y el contraste con la desnudez de Blackraven le confería a la escena mayor inverosimilitud y excentricidad. Después de un escrutinio más intenso se distinguían orificios muy pequeños en la máscara de cuero realizados a la altura de los ojos, de las fosas nasales y de los labios.

—Imagino que tiene sed, excelencia. —La voz de su captor lo sorprendió tanto como su vestimenta, no sólo por su coloración grave, aunque no hombruna, y por su inglés con extraño acento, sino porque le resultó familiar. La máscara se movió al ritmo de sus palabras. “Más que de cuero”, pensó Blackraven, “está hecha de fina cabritilla, de allí que le calce como un guante”.

—Sí —dijo—, tengo sed, —y bebió con avidez cuando le acercó la botella a los labios; era agua fresca, y le supo muy bien—. ¿Quién es usted? ¿Por qué me tiene aquí?

El hombre rió con sinceridad y se colocó detrás de Blackraven.

—No se ofenda, excelencia. Suelo reírme —explicó— cuando la euforia me embarga, como en este momento, en el cual lo tengo bajo mi arbitrio. Ya lo ve, debería de sentirse halagado.

Blackraven pronunció un insulto cuando su captor le ajustó las maniotas.

—Disculpe, excelencia, tenía que cerciorarme de que se encuentra su merced bien atado. Con alguien tan hábil, ninguna prevención es suficiente.

Blackraven advirtió que pretendía quitarle el anillo del trébol de cuatro hojas, pero, dado que sus dedos estaban muy hinchados, no lo conseguía. Lo oyó hurgar y volver con un linimento aceitoso con el que untó el anular de su mano derecha; el anillo se deslizó sin dificultad. A continuación se escuchó el familiar chasquido de la tapa al abrirse; el sello del escorpión había quedado desvelado. A Blackraven le sorprendió que su captor hubiese descubierto el mecanismo con tanta rapidez.

—¿Qué le ocurre a mi compañero? ¿Por qué está inconsciente?

El hombre se plantó frente a él de nuevo, y Blackraven lo estudió con mayor detenimiento. El anillo del escorpión jugaba entre sus dedos como entre los de un prestidigitador.

—Os habéis pasado un día inconscientes a causa de la pedrada que les arrojé en la

cabeza —explicó, al tiempo que le enseñaba unas cuerdas de cuero unidas por una pequeña bolsita del mismo material—. Al igual que David para derribar a Goliat, usé boleadoras. Yo aprendí a manejarlas con los caribes, pero entiendo que los nativos de estas tierras también las utilizan.

“¿De dónde conozco esa voz?”.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me retiene aquí?

—Mis motivos son los de un sibarita. Estoy dándome un gusto al tener al Escorpión Negro a mi merced. Simplemente eso.

Blackraven lo observó con incredulidad paralizante y, si bien había escuchado que su captor lo había llamado por su identidad secreta, le tomó unos segundos aprehender la magnitud de tal revelación.

—La Cobra —pronunció, en un susurro acerado, y el corazón le palpitó con desgarros lentos y vigorosos, como si su sangre se hubiese espesado. El tamborileo le repercutió en la garganta, en el estómago y en la herida de la cabeza.

—Veo que conoce de mi existencia. No me extraña. En algunos *faubourgs* de París —dijo, con buena pronunciación del francés—, se sabe que Fouché me ha contratado para echarle el guante al famoso Escorpión Negro. Coincidamos en que Rigleau no es el más discreto de los agentes del emperador. Ah, pero permítame decirle, excelencia, no soy su único enemigo. Semanas atrás tuve que deshacerme de la señora Enda Feelham, que planeaba mataros a su excelencia y a su esposa y quedarse con vuestro hijo. Eso habría estropeado mis planes.

Blackraven percibió un frío en las entrañas a la mención de Melody y Alexander.

—¿Cuánto le ha ofrecido Fouché para matarme? ¡Triplicaré su oferta! ¡La cuadruplicaré!

—Eso me convertiría en una persona muy rica, algo que ya soy, en realidad. —Miró la sortija y accionó de nuevo el pestillo para levantar la tapa—. Por fuera esta pieza no dice nada. No es sino hasta que revelamos el sello del escorpión que apreciamos la genialidad creadora de Cellini. ¡Es magnífica! Su excelencia no podría imaginar cuánto ansié tenerla entre mis manos.

Se aproximó a la mesa, tomó una barra de lacre oscuro, lo derritió al calor de la bujía y embarró una porción de papel sobre la que aplicó el sello. Al ver el perfil estampado, dejó escapar una corta exclamación de complacencia.

—El mismo —dijo, y la satisfacción que traslucía su voz pareció genuina.

A continuación extrajo una pequeña bolsa de cuero de una alforja, similar a las que se destinan para preservar el tabaco, y levantó sus solapas. Un pedazo de papel quedó a la vista, un papel envejecido, más bien lucía chamuscado, y con el sello del escorpión al pie, uno de los cientos de mensajes que Blackraven había enviado a sus hombres con la identidad del Escorpión Negro y que éstos tenían la obligación de destruir inmediatamente después de haberlos leído. “Ribaldo Alberighi”, se dijo, al

tiempo que una nueva luz esclarecía sus confusos pensamientos. “Resulta evidente”, razonó, “que no tuvo tiempo para quemarlo por completo”. En tanto, La Cobra había colocado ambos papeles uno junto al otro.

—Sí, sí, es el mismo —repitió, al comparar los sellos—. Creo que lo usaré al cuello —comentó, mientras estudiaba el anillo de cerca—. Es demasiado grande para mis delgados dedos. Sé que otra mujer lo usó, Isabella di Bravante, su madre.

“¿Otra mujer?”.

—¿Dónde lo usaría la señora di Bravante? —siguió cavilando La Cobra—. ¿En el dedo mayor, quizás en el pulgar? Debió de irle grande, por ese motivo se le salió con tanta facilidad cuando esos hombres le arrancaron a vuestra merced de sus brazos en los jardines de Versalles.

—Le he ofrecido cuadruplicar la oferta de Fouché.

—Lo único que me interesa, su excelencia no estaría dispuesto a concedérmelo.

—¡Dígame! Le daré lo que me pida.

—Sí, ¿verdad? —dijo, mientras se reía y se paseaba delante de él con la gracia de una pantera—. En estas condiciones, su excelencia vendería el alma al diablo para conseguir la libertad. Por eso, si yo le pidiera que uniéramos fuerzas, que conformásemos una asociación para trabajar juntos, vuestra merced me lo concedería sin chistar. Juntos —expresó La Cobra, y un nuevo matiz en su voz desnudó la sinceridad de sus palabras— seríamos invencibles. Sin embargo —dijo enseguida, volviendo al sarcasmo—, jamás podría confiar en su excelencia.

—¿Por qué no? Usted ha sido el único que ha conseguido descubrir mi identidad, ha sido el único que ha logrado atraparme y maniatarme a una silla, dejándome por completo inerte. ¿Cree que no lo respeto y admiro por eso? Sería el único con quien me asociaría, el único a quien trataría como a un igual.

—Sus palabras serían el mejor halago si fuesen sinceras.

—Lo son —dijo Blackraven, con aplomo.

—No, excelencia, no lo son. Vuestra naturaleza es la del escorpión, un animal solitario y letal, que sólo piensa en liquidar a su víctima. —Tras una pausa, retomó con el ánimo burlón de antes—: ¿Conoce la fábula del sapo y el escorpión? Un día, se hallaban un sapo y un escorpión a la vera de un río. El escorpión necesitaba alcanzar la otra orilla pero, como no sabía nadar, se acercó al sapo y le preguntó: “¿Serías tan amable de cruzarme a la otra orilla?”. El sapo le contestó: “Si te permitiera subir sobre mi lomo para ayudarte a cruzar, me picarías y yo moriría envenenado”. El escorpión rió. “¡Qué tonto eres, amigo sapo! Si te picase, ambos moriríamos puesto que, como bien sabes, no sé nadar y me ahogaría”. El sapo se tomó su tiempo para reflexionar el asunto y, como era de alma noble y generosa, finalmente le permitió al escorpión montarse sobre su lomo. Comenzó a nadar hacia la orilla opuesta, y, casi cumpliendo la mitad del recorrido, el sapo percibió el aguijón del escorpión hundirse

en su carne. “¡Qué has hecho!”, se conmocionó. “¡Ahora moriremos los dos! Yo envenenado, y tú, ahogado”. El escorpión, con verdadero pesar, admitió: “Perdóname, no pude evitarlo. Es mi naturaleza”.

Sobrevino un silencio en el cual Blackraven intentó concentrar sus pensamientos. Resultaba imperioso conocer los planes del sicario.

—¿Por qué me retiene aquí? ¿Por qué no me mata y acabamos con esta farsa?

—Ya se lo dije, excelencia. Mis motivos son los de un sibarita. Estoy tratándome con indulgencia, estoy dándome un gusto. ¿Sabe que lo busco desde hace dos años? Vuestra merced se ha convertido en una obsesión para mí, y ahora, que lo tengo en mi poder, disfruto de su cercanía.

—¿Cuáles son sus planes?

—Oh, los conocerá, excelencia. A su debido tiempo, los conocerá. Pero ahora quiero pasar un momento agradable con vuestra merced.

El sicario le pasó una mano por la mejilla, y Blackraven apartó la cara y profirió una exclamación de desprecio y asco.

—¿Cómo llegó hasta mí? ¿Cómo supo quién era yo?

—El descubrimiento de su identidad se debe en parte a mi sagacidad, pero también, debo admitirlo, han sido la suerte y sus enemigos los que me han guiado hasta su merced. Insisto, excelencia, no soy su único adversario, aunque debería decir no era su único adversario, porque Simon Miles ya está muerto.

Blackraven se rebulló en su silla con furia.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Tú lo mataste!

—No debería mostrarse tan afrentado por la muerte de su *amigo*, excelencia. Verá, debí hacerlo, debí liquidarlo para evitar que estropeará mis planes, al igual que con la tía de su esposa, Enda Feelham, o Gálata, como se hacía llamar.

—¿De qué está hablando? ¿Por qué debió liquidar a Simon Miles, un hombre inofensivo, que no habría dañado a una mosca?

—Excelencia, excelencia, me decepciona. Lo juzgo un gran conocedor de la naturaleza humana. Cualquier criatura, sometida a ciertas situaciones o expuesta a determinados sentimientos, es capaz de convertirse en un arma letal. Simon Miles no escapaba a la regla. Su odio por vuestra merced, sus celos y su sed de venganza por la muerte de Victoria Trewartha lo trastornaron de tal modo que alteraron por completo su índole. Cuando encontró la oportunidad de dañarlo, estuvo dispuesto a hacerlo. Si no lo hizo, fue gracias a mi intervención.

—Maldito —masculló Blackraven.

—No me cree. Pues sepa que otro de sus enemigos puso en manos de Simon Miles la información por la cual Fouché me había pagado a mí una fortuna para descubrirla. Alguien, que os odiaba tanto como Miles, puso en manos de éste el arma para mataros sin tener que apretar el gatillo o hundir el alfanje, acciones para las

cuales, vuestra merced y yo sabemos, Miles no habría tenido los redaños.

—¿De qué mierda está hablado?

—De esto —dijo La Cobra, y sacó un papel de la misma bolsa para tabaco de donde había extraído el chamuscado con el sello del escorpión. Lo desplegó delante de los ojos de Blackraven, que, a pesar de la penumbra, reconoció la caligrafía de Alcides Valdez e Inclán.

—“Simon” —leyó La Cobra—, “tu odio y el mío tienen un mismo destinatario y por razones similares. Desde mi posición nada puedo hacer para vengarme. Tú, en cambio, lo conseguirás con la información que te daré y que le confiarás a los franceses. Ellos se encargarán del resto. Buscarás a Thiers, el mesonero de ‘The king and the lady’, y le dirás que necesitas ver a Ringleau. Por unas libras, él te concertará una cita con el espía número uno de Fouché. El encuentro deberá ser en un lugar público e irás armado. Cuídate de que no te siga y usa un nombre falso. A Ringleau le confiarás lo que te revelaré a continuación”. —La Cobra carraspeó y adoptó un acento de fingida solemnidad—. “El cuervo negro es, en realidad, el escorpión negro”. —Leyó de nuevo, bien pausado—: “The black raven is, in fact, the black scorpion”.

La revelación sacudió a Blackraven con la fuerza de un rayo, y, ante sus ojos, apareció el rostro de Alcides, consumido y macilento, que intentaba redimirse pronunciando su confesión antes de extinguirse al efecto del veneno. Superados el desconcierto y la sorpresa, Blackraven experimentó un profundo desprecio de sí, y pensó que jamás se perdonaría haber caído en un error tan estúpido, el de meterse con la mujer de un hombre que conocía la mayoría de sus secretos.

—Imagino —habló La Cobra— que estará preguntándose cómo llegué a dar con Simon Miles.

En realidad, Blackraven, inmerso en una gran confusión, no había pensado en ello, pero ahora que el sicario lo mencionaba, sí, quería saber.

—Su amigo de la infancia formaba parte de una lista de sospechosos, dadas sus continuas visitas a París, donde frecuentaba salones literarios y la casa de madame Récamier, lo que demuestra lo inútiles que son los agentes y espías del imperio, pues no he conocido a nadie más inocuo que Miles. En cuanto al contenido de la misiva, supongo que todo habrá nacido en un enredo de faldas. Resulta innegable —prosiguió, y se detuvo frente a Blackraven; con las piernas casi le tocaba las rodillas— que su excelencia se vuelve irresistible para algunas mujeres. —Le acarició el filo de la quijada con un dedo—. No las culpo. Aun para mí, su excelencia lo es.

Blackraven apartó la cara. De pronto su desnudez lo incomodaba.

—Acabemos con este dislate. Vayamos al grano. Estoy cansándome de esta farsa.

—Yo, en cambio, estoy disfrutando cada minuto en su compañía. Después de más de dos años de imaginarlo y de pensarlo, tenerlo frente a mí es un inmenso placer.

Debería de sentirse halagado, excelencia. No acostumbro a decir cumplidos.

Se inclinó, sacó la punta de la lengua por el pequeño orificio y la pasó por el labio inferior de Blackraven.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Perverso del demonio! No vuelva a tocarme o, cuando le ponga la mano encima, lo desollaré vivo. Es una promesa.

—Su excelencia es verdaderamente irresistible.

—¡Para qué carajo me tiene acá! ¡Mátame y acabemos con esto!

—Por cierto, olvidé decirle que el emperador de la Francia lo quiere con vida. Muerto, el Escorpión Negro valdría muy poco.

—Lléveme con Napoleón, entonces. ¡Entrégueme!

—Hablares más tarde de mis planes, excelencia. Ahora pretendo pasar un momento agradable con vuestra merced. Necesito expresarle que la Naturaleza ha sido más que generosa con su excelencia. Pocas veces he visto algo similar.

La Cobra tomó el pene de Blackraven con la mano izquierda y lo acarició con diestros masajes. Roger comenzó a rugir, a insultar y a sacudirse en la silla con una fuerza animal y desequilibrante que provocaba que las patas se despegaran del suelo. Aunque temió que la silla cediera, La Cobra no cesó de tocarlo.

—¡Su fuerza es extraordinaria! —exclamó, mientras esquivaba los cabezazos que Blackraven intentaba propinarle.

—¡Suélteme, maldito depravado! ¡Hijo de puta! Lo desollaré vivo.

—¿Por qué no lo disfruta excelencia? Pocas manos son tan expertas como las mías. ¿O acaso Melody lo hace mejor que yo?

No se trató de que la llamara por su nombre sino del modo que empleó, el tono de su voz también lo alarmó porque desvelaba familiaridad, como si la conociera. Se quedó quieto, resollando como un animal herido. Sus pectorales subían y bajaban a un ritmo inconstante, y una capa de sudor le cubría el cuerpo.

—¿Para qué mierda me trajo acá? ¿Para sobarme la verga como una ramera, maldito hijo de puta?

—No me cree, ¿verdad, excelencia? No me cree cuando le digo que lo tengo acá para darme el gusto de tocarlo, de olerlo, de admirarlo. Sepa, excelencia, que no admiro a nadie, excepto a vuestra merced. Ella lo sabe y por eso tiene celos y lo odia. Ella lo sabe todo, no es posible ocultarle la verdad. Ella sabe que lo amo.

Con un impulso que tomó desprevenido a La Cobra, Blackraven se balanceó hacia delante y cayó de bruces. El golpe lo dejó aturdido, y, cuando tomó conciencia de la incómoda posición en que había quedado —volcado sobre su costado izquierdo y atado a la silla—, sintió con extrema precisión los dolores que torturaban cada parte de su cuerpo. Las maniotas en muñecas y tobillos lo laceraban. Gimió.

En medio de insultos mascullados en francés, La Cobra intentó levantar la silla, pero el esfuerzo resultó vano. Se alejó hacia la mesa a la que le propinó un golpe de

puño que hizo caer la botella. Somar comenzó a rebullirse, emitiendo leves quejidos. El sicario se movió hacia él con velocidad silenciosa y volvió a dormirlo de un golpe en la nuca.

—¡Hijo de puta! —bramó Roger, que, desde su posición, tenía al turco en su campo visual—. ¡Cobarde! ¡Suélteme y arreglemos esto como hombres!

Con el movimiento preciso y rápido que caracteriza al ataque de una serpiente, La Cobra estuvo junto a Blackraven y le habló al oído.

—Pero, excelencia, creí que había entendido que yo soy una mujer.

Blackraven profirió un bramido, se contorsionó y trató de aflojar las maniotas, enfurecido por su vulnerabilidad y por hallarse en manos de un demente. Ese maniático era hábil, lo había embarullado y confundido con tanta palabrería.

—¡Acabemos de una vez, maldito perverso! ¡Dígame qué mierda quiere de mí!

La Cobra se puso de pie y soltó un suspiro de hartazgo. Se acercó a la mesa y se sentó en una silla. Blackraven no alcanzaba a verlo, pero escuchaba que golpeteaba la mesa a ritmo constante con un instrumento de metal.

—Me decepciona, excelencia. Pensé que nuestro interludio sería más divertido. Vuestra merced es aburrido, iracundo y mal educado.

—¡Desátame y le enseñaré cuán divertido puedo ser!

—Su propuesta es tentadora, excelencia, lo admito. Sin embargo, lo primero es el deber, y en eso me empeñaré ahora. Como le manifesté hace un rato, el emperador Napoleón lo quiere con vida para dirigir a sus espías, aunque permítame decirle que no es una idea que agrade a Fouché. Tendrá que cuidarse las espaldas.

—¿A quién le ha revelado mi identidad?

—No se lo diré, excelencia.

—¿Se la ha revelado a Bonaparte o a Fouché? ¿A Ringleau?

—Tal vez sí, tal vez no.

—Maldito bardaja. Condenado sodomita. Marica de mierda. Pederasta del demonio.

—Excelencia, comienza a hastiarme con esa letanía de insultos aprendidos entre sus marineros. Cállese y escuche mi plan. Como le decía, el emperador lo quiere para que lidere a su ejército de espías. Su excelencia ya conoce la importancia que el emperador le confiere al espionaje, y demuestra una vez más su sagacidad al pretender contratar al Escorpión Negro para esa función. Desde mi punto de vista, su excelencia debería sentirse halagado. En fin, si lo llevo con vida hasta Napoleón y consigo que su excelencia se avenga a colaborar con el imperio, me habré granjeado el favor del hombre más poderoso de la Europa.

—Cómo piensa obligarme a colaborar es algo que me tiene intrigado.

—Muy simple. Su esposa y su hijo Alexander se convertirán en huéspedes de Fouché.

Por fin llegaba la temida declaración. Blackraven experimentó una desazón que se transformó en debilidad física. Se sintió cansado y vencido, y, poco a poco, sus músculos en tensión fueron relajándose. Los latidos en muñecas y tobillos recrudecieron, y el martilleo le torturó de nuevo la cabeza. Tenía la boca seca y pastosa, con un sabor repugnante. Sus párpados cayeron, velándole la visión y sumiéndolo en una oscuridad donde Melody y Alexander componían la única imagen. “Siempre supe que ella sería mi talón de Aquiles, y así como ella es mi punto débil, yo soy para Isaura el peligro inminente”. Se acordó de la frase que Malagrida citó meses atrás, en Río de Janeiro: “Como lirio entre los cardos, así es mi amada entre las jóvenes”.

—Se ha quedado callado, excelencia. ¿No desea escuchar el resto de mi plan?

—Prosiga.

—Vuestra esposa y vuestro hijo me acompañarán hasta Calais, donde su excelencia y yo volveremos a vernos en la conocida fonda “Paja y Heno”. ¿Le resulta familiar, verdad?

—Sí —admitió Blackraven.

—Bien. Allí aguardará a que vuelva a contactarme con vuestra merced para recibir mis instrucciones.

—No es necesario que mi mujer y mi hijo vayan con usted. Yo lo acompañaré y de voluntad propia me pondré al servicio de Napoleón.

La Cobra emitió una risa afectada.

—¿Sesenta días con su excelencia confinados en el mismo barco? ¿Tan poco valora mi inteligencia?

—Podrá encerrarme en la bodega, encadenarme, no podría escapar. Le doy mi palabra de honor que no lo intentaré.

—¿Debo recordarle la moraleja de la fábula del sapo y del escorpión?

—¡Estoy dándole mi palabra de honor! Lléveme a mí, pero deje a mi mujer y a mi hijo en paz. Haré lo que usted me pida. Seré su socio, si eso desea. Le entregaré toda mi fortuna, que es inmensa. En cambio, si les hace daño —inspiró ruidosamente y habló con una fiereza que estremeció a La Cobra—, escúcheme bien, maldito pervertido, si les hace daño, le daré caza como a un animal y, cuando lo atrape, lo someteré a torturas tan aberrantes que me suplicará que acabe con su vida.

A pesar de encontrarse en una posición de extrema vulnerabilidad, de estar debilitado, lastimado y bajo su dominio, de algún modo, con ese discurso apasionado, Blackraven consiguió infundirle miedo. La Cobra admiró a ese hombre como sólo había admirado a una persona en su vida. Ocultó su emoción y sus sentimientos contrariados, soltó un suspiro simulando hartazgo y expresó:

—Estaré esperándolo en Calais, excelencia, con su esposa e hijo.

—¡Vuelva aquí! ¿Adónde va? ¡Maldito! ¡Aún no hemos terminado!

Guardó silencio, en el que sólo escuchaba su agitación, hasta convencerse de que La Cobra no retornaría. Lo había abandonado en esa cabaña, maniatado y en una posición en la cual resultaba imposible liberarse. Miró en torno. Por los resquicios entre el trapo y el marco de la abertura vio que ya era de noche, y también se percató de que las velas se consumirían en media hora, más o menos. Tenía que actuar y rápido. A La Cobra le interesaba que él lo siguiera, por lo tanto, debía de haber dejado algún instrumento con el cual cortar las maniotas. Recostado sobre su flanco izquierdo, fue reptando hasta la mesa. Tardó varios minutos en avanzar apenas unos palmos, no sólo por lo trabajoso de moverse en esa posición sino por lo doloroso que resultaba. Ubicado junto a una de las patas, decidió echar la mesa abajo. No era la medida más sensata dado que las palmatorias con las velas estaban encima, y si caían y se apagaban, quedaría sumido en la oscuridad. No obstante, consideró que se trataba del único paso por seguir. Cómo lograría tirarla abajo era harina de otro costal; por fortuna, se trataba de una mesa inestable, confeccionada con madera barata y liviana. Debido a que su cabeza era la parte libre de su cuerpo, la metió bajo la mesa y, ayudándose con un bramido, empujó con la frente la parte más baja de la pata hasta lograr que la opuesta se despegase del suelo, la mesa se desequilibrara y volcara.

Varios objetos cayeron al suelo, entre ellos, las palmatorias; las bujías se desprendieron y rodaron. Blackraven las contempló con ansiedad hasta que se detuvieron sin apagarse; de igual modo, se apagarían de un momento a otro ya que el sebo líquido se escurría por el pabulo en un goteo intermitente que disminuía el poder de la llama.

Escuchó que Somar se quejaba y comenzaba a salir de su inconsciencia, pero no le prestó atención. Contaba con pocos minutos. Observó el resto de los utensilios caídos. Cerca de la cuja, avistó unas despabiladeras, unas tijeras que se utilizaban para despabilar la pavesa o el pabulo, es decir, para quitarle la parte quemada, y un poco más alejada, una navaja con mango de marfil. Se decidió por esta última y, con la misma técnica que había empleado para llegar hasta la mesa, deshizo el camino para alcanzar el arma blanca. Tenía el flanco izquierdo muy raspado, le ardía y le sangraba; él, sin embargo, avanzaba con tesón, mientras se convencía de que aún contaba con tiempo para poner a Melody y a Alexander a buen resguardo.

Ya junto a la navaja, razonó el mejor modo de hacerse de ella. Un minuto después, la tomó entre sus dientes, irguió la cabeza y giró el torso hasta oír el crujido de sus huesos y sentir que la cuerda de cañamazo le quemaba la piel. Se quedó suspendido porque no se decidía a dejarla caer detrás de la silla, a la altura de sus manos. La precisión de ese movimiento se convertiría en el paso clave; si la lanzaba demasiado lejos, debería comenzar todo de nuevo. Se contorsionó un poco más, abrió la boca y la navaja fue a parar en sus manos entumecidas.

—¡Bien hecho, Roger! —lo alentó Somar.

—Casi no siento los dedos. Temo dejarla caer.

—Lo lograrás.

—Ahora —dijo—, la peor parte.

En varias ocasiones, estuvo a punto de perder el arma al tratar de abrirla. Una vez sujeta por el mango, comenzó a cortar las maniotas de cuero, que habrían cedido rápidamente dado el filo de la navaja, pero, como se encontraban enterradas en su carne, dificultaban la tarea. La sangre brotaba de su muñeca debido a los cortes que se infligía. Blackraven trabajaba con lentitud extrema pues una sajadura demasiado profunda le habría cercenado una vena y provocado la muerte en minutos. Un calambre se apoderó de su brazo, profirió un gemido de dolor y soltó la navaja. Impotente y vencido, insultó y tironeó de las cuerdas. Le pareció que cedían. Volvió a tironear. Sí, cedían. El optimismo y el alivio lo insuflaron con nuevos bríos. Otro tirón, y sus manos quedaron libres. Lo demás, fue un juego de niños. Se puso de pie y casi cae de nuevo. Cerró los ojos y extendió los brazos en cruz hasta recuperar el equilibrio. Se acercó para desatar a Somar.

—¿Por qué andas a la cordobana?

—No por elección propia, tenlo por seguro —contestó, mientras se asomaba por la abertura y comprobaba que los caballos y sus pertenencias se hallaban fuera—. Vamos, te contaré mientras nos ponemos en marcha. Urge volver al Retiro. ¿Dónde carajo está mi ropa?

—Allí —le señaló Somar—, sobre el camastro. Antes ven aquí.

Se quitó el turbante del que rasgó dos jirones con los que envolvió las muñecas de Blackraven.

—Oye, Roger, mejor hagamos noche en este sitio. No sabemos dónde estamos ni qué dirección tomar.

—Nos guiaremos con mi brújula. Afortunadamente, está despejado y es noche de luna llena.

—¿Cuál es la prisa? No conocemos el camino. Los caballos podrían pisar una madriguera y quedar mancos.

—¡Urge volver, Somar! La Cobra planea robarse a mi mujer y a mi hijo.

Llegaron al Retiro al atardecer del siguiente día, y encontraron la casa sumida en un estado de agitación y angustia que pareció congelarse cuando sus miembros vieron aparecer a Blackraven. Malagrida e Isabella, que al conocer la noticia del rapto, habían abandonado San José y concurrido al Retiro, se adelantaron para explicarle.

—¿Dónde está Radama? —quiso saber Roger.

—En una de las habitaciones de la servidumbre —contestó Amy, y empezó a dar largas zancadas para mantener el ritmo de Blackraven, que ya se dirigía para ese

sector—. Lo hirieron de un balazo, pero se repondrá.

Radama levantó los párpados y enseguida descompuso el semblante ante la visión del capitán Black. Se incorporó con esfuerzo. Lo habían herido en la cabeza, aunque la bala apenas le había levantado el cuero cabelludo. Narró los hechos.

—¿Reconociste a alguno de esos tipos?

—No, capitán. Pero no me llamo Radama Ramanantsoa si esos cinco no eran marineros. Lo digo por sus ropas y por el modo en que llevaban las armas.

—¿En qué idioma hablaban?

—En español, capitán, con el acento de las gentes de la península, capitán. Al menos eso me pareció.

—¿A qué hora sucedió?

—Por la mañana, capitán, alrededor de las nueve.

—Me dicen que no es de cuidado tu herida.

—No, capitán.

—Bien, puesto que necesito que embarques en breve.

—Sí, capitán.

En el despacho, Blackraven les refirió a Malagrida y a Amy Bodrugan el asalto sufrido en las inmediaciones del pueblo de San Isidro y los puso al tanto de las intenciones de La Cobra.

—¡Maldito sicario! —prorrumpió Amy.

—Lleva bien puesto el nombre —admitió Malagrida—. Atacó con la rapidez y la sorpresa que emplean las serpientes. Jamás lo habríamos visto venir.

—Por fortuna —manifestó Blackraven—, nuestros barcos están listos. Zarparemos mañana mismo. No admitiré demoras. Tengo esperanza de poder darle caza a ese maldito en alta mar. No debe llegar a Calais, o me colocará en manos de Bonaparte y me convertirá en su marioneta.

—Roger —dijo Malagrida—, ayer por la tarde llegó un mensaje de Flaherty. Acaba de fondear en El Cangrejal.

—Envíele respuesta de inmediato. Comuníqueme que estamos en camino para zarpar mañana mismo. Ya sé que no cuenta con bastimento ni aguaje y menos aún con tiempo para aprovisionarse —admitió, ante las expresiones de Amy y de Malagrida—. Lo que necesite se lo proporcionaremos nosotros. ¿La *Butanna* está lista? —Amy asintió—. Encárgale el mando a Barrett —Blackraven hablaba del segundo al mando del *Afrodita*, el bergantín capitaneado por Amy—. A tu juicio, ¿cuál es la tripulación mínima para comandarla?

—Veinte, y ni sueñes con artilleros, sólo hablo de la gente necesaria para drizar y envergar. —Después de un silencio, Amy propuso—: Podríamos embarcar a algunos de tus esclavos.

—Amy, ¿de qué hablas? —se fastidió Blackraven—. No saben siquiera

diferenciar la proa de la popa.

—Pueden aprender —intervino Malagrida—. Además, servirían para llevar a cabo tareas fáciles de las que liberarían a nuestros hombres.

—De acuerdo —autorizó Blackraven—. Pero procurad que se trate de esclavos nacidos en estas tierras. No quiero negros que hayan hecho la travesía desde el África. Con sólo recordar ese viaje, se pondrán enfermos y no servirán de nada, sólo estorbarán.

La vida de corsario le había enseñado a Blackraven a montar planes, a repasar las distintas alternativas y a prever los posibles desenlaces en cuestión de minutos. Actuar bajo presión no era nuevo para él; no obstante, en esa instancia en que su mujer y su hijo se hallaban en manos de un demente, la angustia y la preocupación le quitaban la concentración; temía cometer errores en la estrategia. En realidad, no le quedaban muchas opciones si deseaba cumplir su objetivo: impedir que La Cobra llegase a Calais. Debía alcanzarlo en algún punto de la ruta hacia la Europa y abordar el barco, tarea nada fácil con Melody y Alexander en manos del sicario. Trataba de convencerse de que no les haría daño, de que no le convenía.

Se hallaba en su despacho redactando unas misivas en las que dejaba instrucciones para Covarrubias, para Don Diogo y para Mariano Moreno, cuando Amy le anunció que Servando quería hablar con él.

—Ahora no tengo tiempo —dijo, y, con un ademán de mano, le indicó que se marchase.

—Desea venir con nosotros —intercedió Amy—. Dice que quiere ayudar a rescatar a Melody. Puede ser de utilidad. Es un negro avisado, tú sabes, y además es excelente con el machete.

—Haz lo que quieras, Amy —se impacientó.

—He prometido que después lo llevaré a Haití. —Transcurrió una pausa en la que sólo se escucharon los rasgueos de la péñola de Blackraven—. Elisea también vendrá con nosotros.

—¡Amy, déjame en paz! —Blackraven soltó la pluma y se puso de pie—. Mi mujer y mi hijo están en manos de un orate y tú me vienes con este asunto. Sal de aquí.

—Lo siento, Servando —dijo Amy, al cerrar la puerta del despacho—. Lo de Melody lo tiene muy alterado y está intratable. Y, como marchan las cosas, no quisiera embarcar a Elisea sin la autorización de Roger. No sabemos qué nos aguarda. Quizá debamos entrar en combate con quien secuestró a Melody, y Elisea estaría en peligro. Sería una gran responsabilidad para mí.

—Comprendo, señorita Bodrugan, y comprendo también que Elisea deba quedarse, pero yo iré. Le debo eso y mucho más a miss Melody.

—Como tú digas. ¿Quieres ver a Elisea?

—Si fuera posible.

—Le diré que...

—Dígale que la espero en el sitio de costumbre. Ella sabrá.

Elisea recogió el ruedo de su saya y se precipitó por la escalera del campanario. Le pareció que regresaban las noches del verano de 1806, cuando aguardaba, ansiosa, la llegada de Servando después de una jornada de trabajo como achurador. En verdad, nada había cambiado, ahí estaba Servando, que la recibió con los brazos abiertos y la besó con la pasión de los primeros días. Hicieron el amor sobre la misma paja y sin que mediaran palabras. Fueron felices.

—Me embarcaré con la señorita Bodrugan para colaborar en el rescate de miss Melody.

—¿Qué ha ocurrido? Nadie nos explica qué les pasó.

—Unos hombres atacaron su berlina ayer, hirieron a Radama y se los llevaron.

—¿Para qué? —se pasmó Elisea.

—Pues no lo sé. Supongo que pedirán dinero al amo Roger para devolverlos.

—¡Servando, moriría de la pena si algo malo le ocurriese a mi hermanita!

—Nada malo le ocurrirá.

—¿Dices que tú irás?

—Sí, y volveré por ti. El amo Roger ahora no quiere hablar de nuestro tema porque está muy preocupado, pero, con miss Melody de regreso, las cosas cambiarán. Ella intercederá por nosotros, como siempre.

—Yo tengo esperanzas, mi amor —le confió Elisea.

Hacía catorce días que pasaban la mayor parte del tiempo reclusos en ese camarote. Melody lo sabía porque llevaba cuenta de las salidas y puestas de sol que apreciaba a través de una ventana basculante que Trinaghanta llamaba claraboya; en honor a la verdad, jamás había visto esa paleta de colores en el cielo del amanecer ni en el del atardecer. El recinto, aunque pequeño y caluroso, era tolerable y se las arreglaban; la comida era sabrosa y variada; nada les faltaba, ni siquiera ropa; y les dispensaban un buen trato, incluso les permitían subir a cubierta una vez por día. En ocasiones, Melody sentía deseos de llorar y, en otras, de reír ante lo inverosímil de la situación. Trinaghanta, en cambio, mantenía su calma habitual e insistía en que el amo Roger los rescataría.

Después del ataque a la berlina, los habían conducido a un paraje a orillas del Río de la Plata, muy pantanoso, lleno de juncos, sauces y jarales, que le hizo pensar en la Laguna Estigia, donde el sonido producido por insectos, reptiles y otras alimañas se tornaba ensordecedor hasta convertirse en silencio. Era el atardecer.

Lo juzgó un acto de buena voluntad que los captores llevaran en brazos a Angelita, a Estevanico y a Víctor hasta el bote para no despertarlos; después de

mucho llanto, preguntas y ansiedad, se habían quedado dormidos en el asiento de la berlina. Los acomodaron sobre mantas entre las bancadas donde se sentaron para ciar primero y remar después. Como les formuló varias preguntas que no contestaron, Melody decidió guardar silencio. Le pidió a Trinaghanta que la cubriera con el rebozo y amamantó a Alexander. Había anochecido y casi no veía nada. Se sobresaltó cuando la proa del bote chocó contra la amura de un barco. Levantó la vista y descubrió que, sobre sus cabezas, varios hombres se asomaban por la borda con fanales en las manos. Los ayudaron a subir en silencio.

—Vamos, muchachos —habló uno de los captores, y Víctor y Estevanico comenzaron a despertar—. Montad en nuestras espaldas y sujetaos a nuestros cuellos.

Otro procedió de igual modo con Angelita, y vociferó:

—¡Ey, García! Larga la escala de tojinos.

Ascendieron por unos maderos unidos con cuerdas que desplegaron desde la borda. El hombre que ostentaba el mando se aproximó a Melody y, pidiéndole permiso, le ató la mantilla a la espalda, formando una bolsa en su pecho.

—Lamento que no podamos usar el portalón para abordar, señora. Coloque al niño aquí —le indicó—, podrá subir más fácilmente. Como los canguros —dijo, y ante la mueca de Melody, explicó—: Unos animales muy peculiares que conocí en Australia. Tienen bolsas en el vientre donde meten a sus crías.

—¿No se soltará el nudo? —musitó Melody, cuando el hombre le ajustó un poco más el rebozo con Alexander dentro.

—¿Un nudo hecho por mí, el famoso contraamaestre Peñalver? ¡Jamás!

Era la primera vez que Melody ponía pie en una embarcación; siempre había pensado que lo haría en el *Sonzogno*, el buque de Blackraven que los conduciría a Londres. Los guiaron a través del combés hasta una escotilla por la que accedieron a un corredor muy angosto; una de las puertas sobre el costado derecho pertenecía al camarote que les asignaron. Los niños se repartieron en las dos literas y volvieron a dormirse. Con la ayuda de Trinaghanta, Melody le cambió los pañales a Alexander.

—Por fortuna —expresó la cingalesa, y señaló la jofaina—, es agua dulce. En mar adentro, miss Melody, el agua dulce escasea y su racionamiento es estrictísimo. Se usa agua salada para el aseo personal.

—Esperemos que estos maleantes no tengan intenciones de hacerse a la mar con nosotros. Y si lo hacen —manifestó, con un suspiro de resignación—, no lavaré a mi hijo con agua de mar. La sal excoriaría su delicada piel. Tendrán que darme agua dulce.

La puerta se abrió, y Melody y Trinaghanta se pusieron de pie con una interjección. Un hombre de buen porte y altura agachó la cabeza para entrar. Vestía una chaqueta en terciopelo azul con largos faldones, puños y solapas en seda del mismo tono, alamares de plata y charreteras doradas; sus pantalones blancos le ceñían

las piernas hasta la mitad de la pantorrilla; usaba medias de seda marrón y zapatos de cordobán con prominentes hebillas de oro; al igual que los demás miembros de la tripulación, iba bien armado, con sable, dos pistolas calzadas en el tahalí, una canana de cartuchos y un machete en el cinto.

Estudió a Melody de arriba abajo, a Trinaghanta también, echó un vistazo a los cuatro niños dormidos en las literas, y volvió a fijar sus enormes ojos verdes en Melody.

—Soy el capitán Galo Bandor. Bienvenida a la corbeta *Folâtre*, condesa de Stoneville. —Ensayó una mueca divertida antes de continuar—: Su expresión me indica que mi nombre le resulta familiar.

—Sí —admitió Melody—. Mi esposo y la señorita Bodrugan lo han mencionado.

—Ah, Amy Bodrugan se encuentra en el Río de la Plata.

—Sí.

La expresión entre irónica y desinteresada de Bandor no engañó a Melody; un temblor en la comisura del labio y un ligero cambio en la postura del cuerpo, como si, de relajados, sus músculos se tensasen, le revelaron que la cercanía de Amy lo afectaba.

—¿Para qué nos ha traído hasta aquí? ¿Qué pretende hacer con nosotros?

—Me sorprendió que el capitán Black hubiese decidido abandonar su vida de calavera y de don Juan para casarse. Aunque ahora, al verla, lo comprendo, señora condesa. Vuestra merced no es sólo hermosa sino valiente.

—Le agradezco sus halagos, capitán Bandor, pero le rogaría que me informase qué pretende hacer con nosotros.

—Existen asuntos inconclusos entre su esposo y yo, señora. Pretendo concluirlos.

—Concluir los asuntos pendientes con mi esposo echando mano a un grupo de mujeres y niños no habla a favor de su valentía, capitán.

La cuestión de la valentía y el honor se contaban entre los principios de mayor relevancia de los hombres de mar, incluso para los piratas, jaez al cual pertenecía Bandor. El comentario de Melody lo había fastidiado, y, limitándose a inclinar breve y rápidamente el torso, abandonó el camarote. Minutos después les trajeron una cena de jamón frío, queso, alcachofas, cebollas en vinagre, pan y vino tinto, que Melody y Trinaghanta engulleron con avidez; no probaban bocado desde la mañana. Pensaron en despertar a los niños, aunque enseguida desecharon la idea; necesitaban dormir. Trinaghanta, acostumbrada a la vida en un barco, supo que bajo la litera había coyotes y mantas. Las dispusieron y se acostaron, seguras de que no conciliarían el sueño.

Las sospechas de Melody probaron su certeza: Bandor zarpó hacia un destino ignoto. Ella fue la única en sufrir mal del mar durante los primeros días. La experiencia de Trinaghanta resultó de gran utilidad para que su estado mejorase, la obligaba a tomar té con azúcar y a comer galletas marineras, todo con lentitud, y

pidió autorización a Peñalver, el segundo al mando de la corbeta, para que Melody pasara más tiempo en cubierta, en la zona de popa, donde le indicó que mantuviese la vista fija en el horizonte. Peñalver, el contramaestre, le explicó que aun a los más avezados hombres de mar les llegaba la hora de devolver el desayuno, y le convidó unas pastillas de jengibre que le sentaron bien al estómago.

—Ni al parir mi hijo —admitió Melody— me he sentido tan mal.

—Ya se acostumbrará, señora.

La mañana del cuarto día, comenzó a ganar seguridad; bebió su té a sorbos y masticó pequeños bocados de galleta, y, al ponerse de pie, todo quedó en su estómago y no tuvo la impresión de que el suelo se alejaba. Se podría haber dicho que Víctor, Estevanico, Angelita y Alexander habían nacido sobre un barco, porque no sufrían mareos y les entusiasmaba la vida en el mar. Alexander batía las manos y los pies cuando, al salir a la cubierta, lo envolvía el barullo de órdenes vociferadas y las salomas con que los marineros acompañaban las faenas. Víctor y Estevanico los acribillaban a preguntas; Angelita los secundaba en silencio, con gesto de reconcentrada atención, ya que después, cuando los obligaban a regresar al camarote, discutían acerca de cómo drizar las vergas, de qué modo tensar el estay o del uso de la serviola.

En sus paseos por cubierta, Melody observaba a Galo Bandor, quien, apostado en el alcázar, mantenía una actitud de simulada indiferencia. Aunque no habían vuelto a cruzar palabra desde la primera noche a bordo, varias veces lo había pillado observándolos, en especial a Víctor, y Melody se preguntaba cuánto tiempo tardaría en descubrir que era su hijo. Sucedió el día en que se cumplía una semana del rapto. Peñalver se dirigió a Melody.

—El capitán Bandor os invita a cenar esta noche en su cabina, señora condesa.

—¿El capitán Bandor? —se escuchó la vocecita de Víctor.

—Sí, el capitán Bandor —repitió Peñalver, de buen talante.

—¿El capitán Galo Bandor?

Melody se percató de la palidez que iba apoderándose de las mejillas de Víctor y del modo en que la respiración se le trastornaba, con aspiraciones más rápidas y cortas, síntomas usuales de sus ataques.

—Sí, Galo Bandor —contestó el contramaestre, risueño, y señaló el alcázar.

Víctor salió corriendo en dirección a su padre. Trinaghanta tomó en brazos a Alexander y Melody corrió tras el niño; cuando llegó al alcázar, encontró a Víctor de pie frente a Bandor, muy agitado, pero con el semblante serio y compuesto de quien controla una situación. El capitán lo miraba y reía.

—¿Qué le ocurre a este mozalbete? ¿Por qué me mira de ese modo? ¿Tengo monos en la cara, pequeño?

—¿Vuestra merced es Galo Bandor?

—Víctor... —balbuceó Melody, pero Bandor la interrumpió.

—Sí, soy Galo Bandor, capitán de este barco. A su servicio.

—Yo soy Víctor, hijo de Amy Bodrugan. —Se produjo una pausa en la que Melody contuvo el respiro—. E hijo de vuestra merced —manifestó antes de dar media vuelta y correr hacia la escotilla por donde desapareció.

—Disculpe, capitán —dijo Melody, aunque habría sido lo mismo que se largara sin excusarse, Galo Bandor no la escuchó; conservaba la vista fija en el sitio que segundos antes había ocupado Víctor.

En el camarote, Víctor se paseaba de una punta a la otra, con los brazos cruzados en el pecho y respirando de modo acelerado para reprimir el llanto. No obstante, a la visión de Melody, se aferró a su cintura, hundió la cara en su vientre y se echó a llorar con una amargura que la conmovió hasta las lágrimas.

—¿Por qué lloras, cariño? —le preguntó, en tanto se pasaba el dorso de la mano por los ojos y carraspeaba.

—Porque mi padre es malo. Ha mandado golpear a Radama, nos ha robado y nos ha traído a su barco, y nosotros no queríamos.

—No, Víctor. Tu padre no es malo. ¿No ves qué bien nos trata? ¿Acaso no permite que tú y Estevanico les preguntéis a los marineros todo cuanto os viene en mente, a pesar de que los distraéis de su trabajo?

—Sí, pero él nos robó.

—Sí, es cierto. Pero, ¿no lo perdonarías? Él es tu padre. Además, piensa, Víctor. ¿Crees que tu madre lo habría elegido si fuera un mal hombre? Tú sabes que Amy Bodrugan es una mujer inteligente. Ella no se habría enamorado de una mala persona.

—¿Por qué nos robó, entonces?

—Quizá porque quiere llamar la atención de tu madre para reconciliarse con ella.

—¿De veras, miss Melody?

—Podría ser.

—Los adultos siempre complican las cosas.

—Sí, cariño —dijo Melody, entre risas—. Sí, tesoro, es verdad.

Esa noche, Melody cenó a solas con el capitán Bandor, quien abordó el tema de Víctor mientras le daba la espalda para trinchar el cerdo.

—Es hijo mío, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Diez años.

Bandor asintió, sin mirarla.

—Desde hace días estoy observándolo —admitió—. ¡Qué ironía! Su cara me resultaba familiar. No fue sino hasta hoy que, al tenerlo frente a mí, me di cuenta de que era como mirarme en un espejo. No ha sacado nada de su madre,

lamentablemente. Ella es una hermosa mujer.

—Muy hermosa.

—Amy... La señorita Bodrugan... Ella... ¿Cómo expresarlo? En fin. ¿Qué...? Ella y Víctor... ¿Ella se ocupa de Víctor?

—¿Quiere saber si Amy ama a su hijo? —Bandor asintió de nuevo, siempre de espaldas—. Oh, sí, lo adora. Es la luz de sus ojos. Y mi esposo —acotó, con intención— es el padrino y tutor de Víctor, y lo ha cuidado desde que era un bebé.

A tal declaración, Bandor se dio vuelta y clavó la vista en los ojos de Melody. Holgaban los comentarios. A partir de la revelación, Víctor pasaba más tiempo en cubierta con su padre que en el camarote, lo que inquietaba a Melody, en parte porque no sabía qué clase de hombre era Galo Bandor, y también porque, debido a la implacabilidad del verano en alta mar, temía que el niño acabase con tabardillo, o que se aventurase demasiado por la borda y cayese al mar. Bandor le aseguraba que lo mantenía a la sombra y con la cabeza cubierta y húmeda, y que jamás lo descuidaba.

Melody lo comentó con Trinaghanta, quien acordó con ella en que la tripulación de la *Folâtre* no presentaba esa composición homogénea que ella había creído característica de todos los navíos, y no se refería a que pertenecieran a distintas nacionalidades o razas —estaba acostumbrada a que las tripulaciones de los barcos de Blackraven proviniesen de países que ella jamás había oído mentar— sino a la unión de sus miembros y a un compañerismo indispensable para soportar el confinamiento semana tras semana. Los hombres de la *Folâtre* se comportaban como si se conocieran de corta data, y por las rabietas del capitán y del contraestre, resultaba evidente que no eran expertos en el arte de conducir un navío; sólo cinco de ellos, los que los habían asaltado, es decir, Peñalver y otros cuatro, todos españoles, entendían las órdenes, el intrincado vocabulario náutico y ejecutaban las maniobras sin dudar; en ocasiones, cuando subía a cubierta a la caída de sol, Melody se daba cuenta de que los cinco expertos, como los llamaba, daban lecciones a los demás.

—Señora —dijo Trinaghanta una mañana en que se habían quedado a solas con Alexander en el camarote—, ¿ha notado que alguien ocupa la cabina de al lado?

Melody lo había notado, aunque de pronto le parecía que imaginaba los sonidos suaves y embozados y las voces amortiguadas; también debía de imaginar ese perfume tan original y, al mismo tiempo, tan familiar, que a veces la envolvía en su estela para desvanecerse en la abigarrada variedad de malos olores del barco. “Es un truco de mi mente”, se decía. “¿Quién usaría un perfume tan agradable en este barco? Sí, estoy imaginándolo para olvidar que cada día la hediondez se acentúa”.

En el décimo cuarto día de navegación, la flotilla de Blackraven —el *Sonzogno*, el *Afrodita*, la *Wings* y la *Butanna*— había alcanzado el trópico de Capricornio, a 23° 27' al sur del Ecuador y a 220 millas de Río de Janeiro, si se tenía en cuenta que se

hallaban a 39° 15' al oeste del meridiano de Greenwich, por lo que el recorrido ascendía a unas setecientas treinta y cinco millas, toda una proeza en ese tiempo y con embarcaciones de tonelaje y, por ende, de velocidades muy disímiles, sin mencionar que lo habían logrado navegando de bolina la mayor parte del tiempo, a excepción de los últimos días que lo habían hecho con viento a favor, esto es, viento en popa. En esos cálculos se concentraban Malagrida y Blackraven en la cabina principal del *Sonzogno*, con la mesa atiborrada de mapas desplegados, sexantes, compases, la regla de paralelos y el libro de directrices para la navegación, cuando escucharon una agitación en cubierta y casi de inmediato un llamado a la puerta. Era Schegel, el marinero con talante de alquimista, que se quitó la gorra y expresó:

—Capitán Black, lo requieren en el castillo de popa. Brommers ha avistado un barco, capitán.

La nave, posiblemente una corbeta o una fragata ligera —Blackraven no alcanzaba a ver si contaba o no con un tercer palo—, se hallaba a tres o quizá cuatro millas hacia el norte, por sotavento, algunos grados a estribor.

—Parece una corbeta, capitán —comentó Zagros, el contramaestre.

—¿Crees que se trate del barco que transporta a tu esposa? —preguntó Malagrida.

Blackraven no contestó y dirigió el catalejo hacia el *Afrodita* para advertir que Amy y su tripulación ya habían descubierto la nave. Siguieron navegando sin modificar el rumbo, con la atención puesta en el navío frente a ellos, tratando de dilucidar si se trataba de una nave amiga o enemiga. A pesar de ser corsarios, en esa ocasión, no contaban con el tiempo ni el ánimo para enzarzarse en una batalla naval; sus hombres lo entendían y no le crearían problemas, más allá de que lamentarían la pérdida del botín.

Por la rapidez con que su flota cubría la distancia que los separaba, Blackraven se convenció de que los marineros de la corbeta —ya distinguía bien el tipo de nave— constituían un grupo poco avezado ya que no habían actuado con rapidez para alterar la orientación del velamen de modo de aprovechar el cambio del viento. Dada la claridad del día y la corta milla que los separaba, avistaron el nombre de la embarcación, *Folâtre*, y la bandera francesa que flameaba en el mastelero.

—Desviaremos el rumbo... —empezó a decir Blackraven, y calló—. ¡Malditos sean sus ojos, condenado vástago del demonio! —prorrumpió unos segundos después.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —se alteró Malagrida, y enfocó de nuevo.

—Es Galo Bandor. El capitán de esa nave es Bandor, maldito pirata del demonio. ¡Zagros, izad la señal para que el *Afrodita* abarloee ahora mismo!

—¡Sí, capitán!

—El muy condenado ya sabe quiénes somos. Está preparando el cañón de popa y ajustando el ángulo de elevación. Piensa dispararlo él mismo, como que el condenado

hijo de perra tiene una puntería endiablada.

—¿Mando destrincar los cañones, capitán? —preguntó Milton.

—No. Lejos de mi intención seguirle el juego a este imbécil. No tengo tiempo que perder. Lo dejaremos tirando cañonazos al vacío.

Se escuchó el conocido estampido del cañón al expulsar la bala, y Blackraven esperó con ansiedad para ver dónde los alcanzaba. El tiro falló, y la bala levantó una columna de agua que salpicó la cubierta del *Sonzogno* al caer en el mar, a yardas de la proa.

—¿Qué diantre...? —empezó a decir Malagrida.

—Fue un tiro de advertencia —explicó Blackraven, siempre con la vista en el catalejo—. Quiere que nos mantengamos a distancia.

Sentado en el borde de la litera, con los brazos cruzados sobre el pecho y con cara de enfurruñado, Víctor se empeñaba en no hablar.

—¿Qué ocurre, cariño? —insistía Melody—. ¿No vas a contarme qué te sucede?

—El capitán —claudicó el niño, y se refería a su padre, a quien siempre llamaba “capitán”, no me permitió quedarme en cubierta para ver de cerca unos barcos que vienen tras nosotros.

Trinaghanta y Melody intercambiaron una mirada entre esperanzada y preocupada.

—Quizá lo hizo por tu...

No terminó la frase. Un sonido atronador sacudió la cabina. Melody y Trinaghanta se arrojaron sobre los niños.

—¡Ha disparado el cañón y no me permitió verlo! —chilló Víctor.

—¡Silencio! —dijo Melody, y suplicó que el ruido espeluznante no se repitiese; Alexander y Angelita lloraban.

Minutos después, escucharon los pasos enérgicos de alguien que bajaba por la escotilla. Galo Bandor abrió la puerta del camarote y, desde el umbral, ordenó:

—Señora condesa, cargue a su hijo y acompañeme.

—¿Adónde? —balbuceó Melody.

—A cubierta.

—Dejaré al niño aquí.

—¡No! Le he dicho que traiga al niño.

La afabilidad de Bandor se había esfumado y una mueca de ansiedad y furia le volvía ominosas las facciones, y ni sus ojos verdes ni sus rizos de oro morigeraban ese desconocido aspecto malicioso. Melody cubrió la cabecita de Alexander con un pañuelo, lo apretó contra su pecho y siguió al pirata hasta la popa. Bandor la tomó por los hombros y la ubicó junto a la borda.

—Ahora, señora condesa, mire en dirección a aquel barco, el más grande, el que se encuentra en el extremo derecho de la flotilla.

Blackraven sujetó el respiro y llevó el cuerpo hacia delante como si, con ese movimiento, pudiese enfocar mejor. Se quitó el catalejo, giró el rostro y contempló a Malagrida con una perplejidad lastimosa antes de susurrar, agitado:

—¡Dios mío! Ese mal nacido tiene a Isaura y a mi hijo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Malagrida se calzó de nuevo el catalejo—. ¡Dios nos ampare! Entonces La Cobra no llegó a tiempo para secuestrar a miss Melody. Bandor se le adelantó. Es una buena noticia, Roger, muy buena. Prefiero lidiar con este pirata que con ese maniático asesino.

Blackraven guardó silencio. Su instinto le señalaba que esa situación presentaba facetas oscuras, y, a medida que intentaba dilucidarlas, éstas se tornaban anormales y complejas. “Algo anda muy mal aquí”, se dijo. Él no creía en las casualidades: Bandor y La Cobra debían de estar trabajando juntos. “¡El Infierno se los lleve a ambos!”.

En el silencio que reinaba de popa a proa, el llamado de Blackraven sonó como otro cañonazo.

—¡Sommerson! ¡Schegel! ¡Apersonarse!

Los marineros se presentaron de inmediato.

—A sus órdenes, capitán Black.

—Relatadme de nuevo la huida de Bandor del pañol de cabuyería.

Blackraven se hallaba en un estado de agitación en el cual su vitalidad era muy superior a la habitual, por lo que podía hacer las dos cosas al mismo tiempo, escuchar con atención el relato de los hechos y estudiar el semblante de su mujer para conjeturar cómo se encontraba. Con ese catalejo —fabricado con unas lentes holandesas de la más alta calidad—, observaba con nitidez el rostro de Melody y la cabecita de su hijo cubierta con un pañuelo, de seguro para preservarlo de la crueldad del sol.

—Dices que quien ayudó a escapar a Bandor —habló Blackraven— iba vestido por completo de negro.

—Sí, capitán.

—¿Cuál era su altura?

—Bueno... —dudó Schegel—, no tan alto como usted, capitán Black, ni como el capitán Malagrida. Quizá como Sommerson —dijo, y señaló a su compañero.

—Sí, sí —ratificó éste—. Era alto y delgado, y de una agilidad comparable a la de un gato, capitán. Me hizo acordar a esa endemoniada criatura que lleva la capitana Black Cat en el hombro. Yo vi cuando se arrojó sobre Van Goyen. Colgaba del obenque del palo mayor como un mono. Pobre Van Goyen, nunca supo quién lo mató.

—Y Abaacha, capitán —interpuso Schegel—, que era tan hábil con el machete, cayó muerto a manos de ese condenado, que se lo cargó en segundos.

Los bríos de Blackraven languidecieron cuando advirtió que Melody y su hijo se alejaban de la popa y desaparecían de su vista. “Están bien”, se animó. “Ellos están bien. Isaura luce tranquila”, aunque cabía la posibilidad de que, al saber que él estaba observándola, fingiera un aplomo y una calma que no sentía.

En una maniobra que demostraba su habilidad, Amy Bodrugan había virado a babor y abarloado el *Afrodita* de modo de quedar a cinco yardas de la amura de estribor del *Sonzogno*.

—¡Ey, Blackraven! —gritó desde la borda—. ¿Qué significa todo esto? —Y señaló la *Folâtre*.

—Lo que ves, Amy —dijo, sin entrar en detalles para no expresar sus escrúpulos frente a la tripulación—. Mantendremos el rumbo detrás de ellos, a esta distancia.

La situación no varió a lo largo de dos días en los que Blackraven no vio a Melody de nuevo, a pesar de que él o alguno de sus hombres montaban guardia de continuo con el catalejo, incluso durante la noche, en la que usaban unas lentes especiales para la oscuridad. A diario veía a los niños; parecían divertirse, como si aquello fuera un paseo. Víctor practicaba esgrima con Bandor, y Blackraven sospechaba que el pirata se había dado cuenta de que se trataba de su hijo. Transcurría horas conjeturando en compañía de Malagrida y de Somar, y formulando preguntas sin respuesta. ¿Se hallaría La Cobra en la *Folâtre*? ¿Realmente se habría asociado a Bandor? ¿Cambiarían los planes ahora que Blackraven les había dado alcance?

—De algo estoy seguro —habló Malagrida—: La Cobra o Bandor o ambos no habían previsto que te harías a la mar tan pronto. Apuesto mis cojones a que no sabían que teníamos los barcos listos para zarpar. Han creído que debíamos completar aparejos y cargar el bastimento y el agua, y que demoraríamos dos o tres días.

En esos días de persecución, Blackraven confirmó su sospecha: los marineros de la *Folâtre* demostraban poca destreza en las maniobras náuticas, y sólo la maestría de Galo Bandor y de sus cinco colaboradores mantenían en rumbo a la corbeta, si bien ésta se movía con torpeza y lentitud, a veces ni alcanzaba los seis nudos, y mostraba un ángulo de abatimiento muy pronunciado debido a la inexperiencia del timonel, lo que, dedujo Blackraven, debía de fastidiar a Bandor como pocas cosas. “Los marineros parecen cereros no hombres de mar”, se dijo. “Resulta obvio que los conchabó a las apuradas y como último recurso”.

Por eso, Blackraven comenzó a experimentar una gran desazón la tarde en que el barómetro bajó más de lo normal y el anemómetro marcó que el viento uniforme de ocho nudos que los había acompañado durante esas jornadas comenzaba a aumentar su velocidad provocando una marejada que hacía cabecear las naves con violencia. Escudriñó las nubes oscuras que avanzaban por el este y calculó que la tormenta se desencadenaría en algo más de dos horas.

—Capitán —dijo Shackle a modo de saludo.

—Shackle —contestó Blackraven, sin bajar el catalejo.

—Ya decíamos con los muchachos que este calor tan pegajoso no traería nada bueno. Será una tormenta para recordar.

—Eso me temo, Shackle.

—¿Será suficientemente estanca, capitán? —dijo Shackle, al tiempo que apuntaba hacia la *Folâtre* con un ademán de cabeza, interesado en las costuras de la corbeta, si estarían bien selladas para impedir las filtraciones de agua.

—Luce sólida.

—Sí, capitán. Luce sólida —aunque no sonó convencido.

A la puesta del sol, las olas alcanzaban una altura que competía con el palo mayor. La proa del *Sonzogno* se elevaba en la cresta de las ondulaciones y caía en la oquedad, y Blackraven percibía cómo el estómago le daba un vuelco, aunque, después de tantos años en el mar, esa sensación no lo incomodaba. Su mente, que atacaba tantos frentes a la vez, perdía concentración al pensar en Isaura, en su pánico y desconcierto y en su malestar físico; por fortuna, Trinaghanta se encontraba con ella y la ayudaría con el niño; la cingalesa había sobrevivido a muchas de esas tormentas y las superaba sin descomponerse.

Desde su posición en el alcázar, cubierto por un barragán alquitranado, Blackraven dominaba la visión del barco de proa a popa. Se encontraba solo; apenas avistaron la tormenta, habían izado las señales para que la *Butanna* fachease de modo que Malagrída pudiera abordarla desde un esquife y hacerse del mando; Blackraven no confiaba en el capitán Barrett para sortear la tormenta con éxito, y no quería arriesgar la fragata, no tanto por los cueros que transportaba en la bodega sino porque era magnífica. Somar, por su parte, se hallaba en la cubierta inferior donde había reunido a Isabella, a Michela, a Miora y a Rafaelito en un mismo camarote para asistirlos lo que durase la tormenta.

Blackraven mandó asegurar la cubierta, y sus hombres pulularon para afianzar los cañones con doble tranca, tapar las escotillas con listones, cubrir con hule la batayola para impedir que se mojaran los coyos, revisar las cuerdas que sujetaban los toneles de agua y reducir todo el velamen posible. El agua los empapaba, ya fuera la del mar o la de la lluvia, y era tan profusa que les dificultaba la respiración. Como la temperatura había descendido varios grados, hacía frío. Cada tanto, echaban un vistazo al puente de mando, donde se hallaba el capitán Black, quien, al tiempo que vociferaba órdenes:

—“¡Recoged los juanetes!”, “¡Aparejad las jarcias!”, “¡Tensadlas bien!”, “¡Rizad las gavias!”. “¡Preparad las bombas de achique!”, —mantenía el ojo derecho ocupado con el catalejo para no perder de vista a la *Folâtre*.

—¿Acaso tiene un tercer ojo en la frente o en la nuca? —se preguntó Milton.

Aunque resultaba casi imposible mantener en la mira a la corbeta de Bandor, Blackraven alcanzó a ver que el pirata español intentaría capear la tormenta con un treco. Él no podría darse ese lujo ya que no se concentraría tanto en salir de la borrasca como en seguir pegado a la *Folâtre*, para lo cual tendría que maniobrar con las velas, las que, en una situación normal, se mantendrían arriadas en su mayoría. Se trataba de una proeza que exigía de un dominio y un conocimiento profundos del barco y de las reglas de navegación. Cualquier hombre de mar la habría juzgado un acto suicida. Los marineros de Blackraven, que habían adivinado su intención, confiaban en su criterio y se preparaban para una noche de gran ajeteo. De igual modo, se persignaban y besaban el escapulario de la Virgen del Carmen.

Melody tenía la impresión de que un gigante los había metido en un cubilete y lo sacudía con saña. Por momentos, la corbeta escoraba de tal modo que la arboladura quedaba paralela al mar; por unos segundos que se volvían eternos, el barco se suspendía en el abismo, hasta que otra ola lo golpeaba y lo adrizaba para volcarlo de nuevo en sentido contrario. Melody nunca imaginó que esos movimientos fueran posibles, y, cuando, horas antes, Trinaghanta, después de avistar el cielo por la claraboya y anunciar la llegada de una tormenta, había desgarrado jirones de su peplo para atar a Alexander y a los niños a la cama, Melody se había echado a reír. En ese momento, nada le daba risa, ni siquiera le daba por llorar; sólo vomitaba, gemía y se ocupaba a medias de su hijo y de los demás, que lloraban al unísono entre vómito y vómito. “Bendita sea Trinaghanta”, pensaba Melody, cuando la cingalesa le pasaba un trapo húmedo por la boca para limpiarla.

Pasada la primera hora de tormenta, sucia y maloliente, y en cierto modo acostumbrada a que el techo de la cabina quedase a sus pies, Melody comenzó a pensar en Blackraven, en que moriría y no volvería a verlo, y se echó a llorar, ya no de miedo sino de tristeza; la embargó una melancolía ajena a su índole, se trataba de una emoción que ni siquiera había experimentado después de la muerte de Jimmy; en aquella circunstancia se había tratado de un sentimiento que se relacionaba con la desesperación y la angustia; en esta instancia, en cambio, se enfrentaba al desánimo, al pesimismo, a la amargura en su estado más puro; no deseaba morir, no tan joven; sentía lástima de sí, de Alexander y de los niños.

Aunque el capitán Bandor no se lo hubiera confesado, Melody sabía que Blackraven se encontraba en algún barco de la flotilla avistada días atrás, y que, en ese momento, el mar lo amenazaba de muerte como a ellos.

—¡Roger morirá también! —gritó para que su voz se escuchara sobre el rechinar de las cuadernas, el ulular del viento y el rugido del mar.

—¡Oh, no, señora! ¡No diga eso! —Trinaghanta se acuclilló a su lado y le pasó la mano por la frente—. Nadie pilota un barco mejor que el amo Roger. Lo he visto

sacar indemne a barcos en muy malas condiciones de tifones del Caribe. Esta tormenta es nada en comparación con uno de esos tifones, señora. Créame.

—¡No quiero morir sin volver a verlo, Trinaghanta!

—No moriremos, señora. El capitán Bandor es un marino avezado. Saldremos con bien, ya verá.

La calma llegó con el amanecer, como si el sol impusiera orden sobre los elementos; no quedaba rastro de la tormenta, apenas una línea de nubes plomizas hacia el oeste y una mareta que mecía a la *Folâtre*. Para Bandor, ésa había sido una noche infernal en la que creyó que la corbeta se hundiría. Si hubiese contado con la tripulación de la *Butanna*, jamás se habrían cometido los errores que los pusieron en peligro. Pero ese maldito de Blackraven y sus hombres la habían liquidado casi por completo; sólo cinco de ellos habían sobrevivido al abordaje.

Con el ánimo sombrío e irascible, todavía empapado y con la garganta áspera de tragar agua salada, se ocupó de revisar los daños de la nave: en cubierta, una gavia de proa rasgada por no arriarla a tiempo, y, en los pisos inferiores, algunos destrozos debido a tojinos poco firmes que permitieron que barriles con ron y carne salada rodasen y se reventasen contra baos y cuadernas; se trataba de un desperdicio imperdonable, pero, dentro de lo que cabía y dada la ferocidad de la tormenta, los daños eran menores. Por fortuna, los barriles de agua habían sido asegurados con cuerdas y estaban intactos. Dio instrucciones para que se limpiase y se procediera a la reparación de la gavia y marchó a su camarote a cambiarse la ropa. De regreso a cubierta, pasó a ver a sus prisioneros. Al abrir la puerta, lo golpeó el olor a vómito. Salvo la cingalesa, los demás se hallaban en un estado lastimoso, con semblantes demacrados y labios agrietados que hablaban de un principio de deshidratación. Tomó a su hijo en brazos y, mirando a Melody, ordenó:

—Seguidme. Ocuparéis mi camarote en tanto mando limpiar éste. Les haré traer té y un poco de alimento. Es imperativo que comáis y bebáis, y que luego os echéis a descansar. Debéis recuperar las fuerzas.

—Un poco de agua para asearnos —pidió Melody, y Bandor asintió.

—¿Capitán? —dijo Víctor.

—Dime, muchacho.

—Yo no lloré ni una vez a pesar de que el barco casi se da vuelta muchas veces.

—Bien hecho. Ya te dije que tienes pasta de mariner. —Bandor sonrió, algo incómodo, y Melody alcanzó a distinguir un sonrojo en sus mejillas.

De regreso en cubierta, Bandor se sorprendió al avistar el casco del *Sonzogno*; los otros navíos, en cambio, no emergían en la línea del horizonte. Insultó por lo bajo. Había albergado la esperanza de obtener un beneficio de esa tormenta del demonio: perder de vista a Blackraven. “¡Maldito condenado!”, masculló para sí, más por envidia y celos que por rabia, pues resultaba una hazaña portentosa que hubiese

sorteado la tormenta y, al mismo tiempo, permanecido detrás de la *Folâtre*. Una vez más, el inglés demostraba su supremacía en la conducción de un barco, y si hubiese tenido que encontrar una alegoría para describir la proeza de Blackraven habría dicho que David se había agarrado a trompazos limpios con Goliat y había vencido. Las tripulaciones del *Sonzogno* y de los demás barcos narrarían esa nueva gesta en las tabernas de los puertos, y la leyenda del capitán Black no conocería límite.

Se pasó el día subiendo y bajando el catalejo. Le preocupaba que el *Afrodita* no apareciera. Necesitaba ver a Amy Bodrugan a salvo o la ansiedad lo llevaría a cometer una locura. Por fin, al atardecer, después de que su querida *Butanna* y la *Wings* se abarloaran junto al *Sonzogno*, emergió de la línea del horizonte el velamen del *Afrodita*.

—Amy Bodrugan —susurró, con el catalejo al ojo.

La muy condenada le había dado un hijo. Un hijo que, poco a poco, se convertía en su orgullo. Un hijo digno de la capitana Black Cat y del capitán Galo Bandor. Quería a su hijo, y quería a Amy Bodrugan también.

—Ellos son míos. Me pertenecen —masculló.

Amy debía de sospechar que él ya sabía que Víctor era el fruto de esos tres días de sexo violento y apasionado en la cabina de la *Butanna*. “¿Me amas, Amy Bodrugan?”, le había preguntado en el clímax de uno de sus últimos apareamientos. “Sí, sí”, había confesado ella, trastornada por el orgasmo inminente. Y debía de sospecharlo porque durante ese tiempo de persecución había estado observándolos desde el castillo de popa del *Afrodita* mientras Víctor y él practicaban esgrima o mientras, simplemente, conversaban. Galo Bandor estaba convencido de que la existencia de Víctor cambiaría el rumbo de los acontecimientos. Él ya no era el mismo y, por cierto, no deseaba seguir adelante con esa misión.

Entonces, como si los hilos del destino se hallasen perfectamente entretejidos, llegó la calma chicha. Dos días más tarde de la tormenta, que, de modo milagroso, los había impulsado hacia el norte, y hallándose a pocas millas del ecuador, el viento perdió su constancia y cambió a una leve brisa que terminó por desaparecer.

Bandor dedujo que el nuevo escenario convenía a Blackraven, quien, por todos los medios, impediría que la *Folâtre* llegase a destino. Lo conocía demasiado para suponer que se quedaría de brazos cruzados. “Probablemente”, razonó, “tratará de abordar la corbeta de noche”. Y sospechó también que La Cobra, ese maldito sicario que lo tenía agarrado por los cojones, también lo supondría. Sus suspicacias no tardaron en confirmarse cuando, la tarde del primer día de mar encalmado, entró en su camarote y se encontró con La Cobra. Rara vez el sicario abandonaba su cabina, excepto para pasearse por cubierta de noche y trepar por los obenques hasta la cofa con la agilidad de un hábil marinero. Sus hombres, supersticiosos como buenos lobos de mar, le temían, Peñalver incluso afirmaba que se trataba del propio Lucifer, por lo

que, cuando les tocaba la guardia nocturna, se persignaban al descubrir que la sombra del sicario se deslizaba por la escotilla. Bandor admitía que lo intimidaba hablar con una máscara negra que se flexionaba de modo antinatural, en especial por la entonación de su voz, como si el sonido no correspondiera a un ser humano, y siempre recordaba con vergüenza cómo lo había estremecido la primera vez que lo escuchó después de que los liberó del pañol de cabuyería del *Sonzogno*.

Minutos antes de que la puerta del compartimiento se abriese, él y sus hombres habían escuchado correrías, gritos ahogados e insultos. La ansiedad los llevó a plantear toda clase de conjeturas, hasta que el chirrido de los goznes los hizo enmudecer. Como los mantenían a oscuras y la luz que se filtraba por el resquicio no bastaba, les resultó imposible ver quién les dirigía la palabra.

—Venid conmigo —había expresado la peculiar voz—. Os conduciré fuera de este barco.

Tardaron en reaccionar. Los seis habían caído presa del encantamiento.

—¿Quién es usted? —preguntó Bandor.

—Mi nombre es La Cobra y he venido a rescataros.

—¿Por qué?

—Porque os necesito.

Horas más tarde, se dieron cuenta de que habían salido de una prisión para caer en otra. Era de noche, y no sabían dónde se hallaban. Los condujo por horas en una galera, y, casi al amanecer, la detuvo frente a una vivienda misérrima con techo de paja y paredes de adobe, erigida en medio de la nada. Todo se desenvolvía de un modo extraño. Él y sus hombres ingresaron en la cabaña y se abalanzaron sobre una mesa atiborrada de excelente comida y bebida. Al verlos ahítos, La Cobra llamó a Bandor aparte y le exigió el precio del rescate. Como Bandor se negó a colaborar en el secuestro de una mujer y de su hijo, La Cobra, con una agilidad fuera de lo común, lo aferró por el cuello y le colocó la boca de una pistola en la sien mientras les ordenaba a sus hombres que se ataran entre sí. El propio Bandor debió atar a Peñalver.

—Si quiere volver a ver con vida a lo que queda de su tripulación —amenazó el sicario—, hará lo que le ordeno. Necesito que alquile un barco y lo avitualle.

El ambiente se tornó aún más confuso cuando entró una mujer de gran belleza y le ató las muñecas tras la espalda y le vendó los ojos para guiarlo fuera. Bandor supo que no tenía alternativa: cumpliría con la orden de La Cobra o no volvería a reunirse con sus hombres. Por nada los abandonaría, ellos eran su única familia, en especial Peñalver, a quien quería como a un padre. No había resultado fácil hacerse de un barco y de los bastimentos en ese maldito puerto de Buenos Aires. La Cobra, por su parte, había conchabado a ese grupo de hombres a los que no podía llamarse tripulación, y a los que debía de haberles ofrecido tentadoras sumas de dinero a

cambio de fidelidad. Los había encontrado en unas sórdidas tabernas a las que llamaban pulperías, y sólo unos pocos tenían conocimientos de náutica, aunque todos manejaban con destreza el cuchillo y el facón. Con todo, ahí estaban, a millas del ecuador, en medio del océano encalmado después de haber sorteado una tormenta de los mil demonios.

—¿Qué quiere? —se dirigió Bandor a La Cobra, y terminó de cerrar la puerta de su camarote.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no se mueve el barco?

—A este fenómeno lo llamamos calma chicha. No hay viento, y por ende las velas no se inflan para impulsarnos. —Por primera vez, Bandor percibió inquietud en el sicario—. Sólo resta esperar. El viento, tarde o temprano, volverá.

—¿En cuánto tiempo?

—Imposible predecir los caprichos de Eolo. Podría regresar en dos horas o en dos semanas.

“¿Qué extraño ser se oculta tras la máscara?”, pensó Bandor. Le daba calor sólo mirar al sicario enfundado en ese traje negro y la cabeza cubierta con esa máscara de cuero. “Debe de estar cocinándose”, dedujo, ya que las temperaturas en esas latitudes tan bajas ascendían a niveles despiadados.

Por su parte, La Cobra meditaba sin apartar la vista de Bandor. La calma chicha cambiaba el escenario. Ya lo había cambiado el día en que Bandor le comunicó que Blackraven los seguía de cerca. Jamás imaginó que el inglés se hiciera a la vela en tan poco tiempo. Resultaba evidente que sus barcos habían estado alistándose para zarpar y que sus informantes habían desconocido ese pedazo fundamental de información. Sin embargo, no lo había inquietado tanto como ese nuevo contexto, el del mar encalmado.

La Cobra se recordó que, si había subsistido en ese oficio, se debía a que siempre se había anticipado al movimiento de su enemigo. Así le había enseñado Papío a cazar serpientes con las manos. “Adelántate a su movimiento. Predice lo que hará. Que no te tome por sorpresa. Y será tu víctima”. Sabía que Roger Blackraven aprovecharía las nuevas circunstancias y asaltaría el barco con un comando nocturno. Urgía tomar las provisiones con respecto a su mujer y a su hijo. Tras ese silencio, manifestó:

—Se cerrarán todas las vías de acceso al camarote de la condesa de Stoneville. La quiero por completo aislada. Ni ella ni sus acompañantes podrán abandonarlo ni subir a cubierta en tanto no regrese el viento.

—Pero...

—Camargo y Páez —La Cobra hablaba de dos de los hombres que había contratado, los más ominosos en opinión de Bandor— se turnarán para permanecer dentro del camarote, vigilándolos.

—¡Dentro del camarote! —se pasmó Bandor—. No tendrán intimidad ni para hacer sus necesidades.

—Mande colocar ese biombo —dijo, y señaló uno plegado y apoyado sobre las cuadernas.

—Es demasiado —se quejó Bandor—. Con que coloque a un hombre de guardia en la puerta...

“La Cobra”, meditó Bandor, “no se mueve sino que aparece”. Como por arte de magia, se desvanecía en el sitio que ocupaba para aparecer en otro. Así, con una velocidad comparable a un pestañeo, el sicario se colocó detrás de él, lo sujetó por el cuello y le apoyó la punta de una daga en la yugular.

—No discuta conmigo, Bandor. No estoy de humor. Haga lo que le ordeno y no habrá problemas.

Temprano al día siguiente, Bandor contemplaba a través del catalejo la ventajosa disposición que habían adoptado los cuatro barcos de la flotilla de Blackraven. De seguro, al notar que el viento se tornaba racheado e inconstante y previendo la calma chicha, Blackraven había dado señal a sus navíos para que dieran una guiñada de noventa grados y se ubicasen con el costado de babor de cara a la *Folâtre*, y que luego abarloasen yuxtaponiendo sus proas con sus popas de modo de formar un sólido paredón frente a ellos. Dedujo que, por el lado de estribor, oculto a su mirada, debían de estar arriando esquifes para transmitir mensajes e intercambiar matalotaje. Al rato, advirtió que Amy Bodrugan, para evitar el ocio, había ordenado limpiar de sargazos y de tiñuela la quilla y pintar el casco bastante deslucido; algunos hombres se arrojaban al mar con espátulas y otros soltaban cuerdas y aparejos donde colgarse para lijar y pintar.

Amy Bodrugan mojó la péñola en el tintero y escribió las novedades en el diario de bitácora. Detestaba esas actividades relacionadas con la administración del barco, por tal motivo había contratado a un escribiente, Stephen Reynolds, que esa noche roncaba en su coy después de una borrachera con grog que al día siguiente le costaría doce azotes. Detestaba la calma chicha, no tanto por el tiempo que perdían sino por los excesos que provocaba el ocio. Soltó la pluma, se restregó la cara y suspiró. No se concentraba en las anotaciones porque su mente viajaba de continuo a la *Folâtre*. Se pasaba horas esperando que Víctor emergiera por la escotilla. Una emoción le aceleraba los latidos y le ceñía el estómago al verlo correr por cubierta hacia su padre. Los barcos distaban a escasa media milla, y, gracias a la potencia de sus lentes, distinguía su carita de felicidad. A veces, Bandor le permitía mirar a través de los catalejos y, al descubrirla en cubierta empeñada en la misma actividad, Víctor agitaba la mano y le sonreía, y ella descifraba por el movimiento de sus labios que la llamaba madre. Siempre le gustaba que la llamase madre, pero un orgullo especial la

embargaba ahora que lo hacía frente a Bandor, y no deseaba que el pirata español supiera que, durante diez años, se había mantenido alejada de Víctor.

Escuchó el sonido de la puerta a sus espaldas y simuló concentrarse en el diario de bitácora.

—Deja la comida sobre mi litera, Liu-Chin.

—Yo no soy tu maldito cocinero chino, Amy Bodrugan —manifestó una voz que, dada su familiaridad, la hizo saltar de la silla.

—¡Condenado hijo de perra! ¡Devuélveme a mi hijo!

Bandor, en calzones blancos que le cubrían hasta las rodillas, descalzo y chorreando agua, sonrió de complacencia ante la mirada feroz y ardiente de Amy.

—Nuestro hijo, querrás decir.

Amy trepó a la mesa y se abalanzó sobre Bandor. Rodaron por el piso entre los insultos de ella y las risotadas de él, quien la sometió sin esfuerzo. Con un movimiento rápido y enérgico, la colocó boca arriba y bajo su cuerpo, y la inmovilizó sujetándola por los brazos. Amy sacudía la cabeza de un lado a otro y lo denostaba. Bandor se inclinó y le besó los labios con brusquedad, apretándola contra el suelo para que no se moviese. Amy percibió el gusto salobre de la lengua de Bandor cuando irrumpió en su boca, y lo escuchó resollar con pesadez, en tanto la excitación comenzaba a dominarlo y a contagiarla, y sus respiros se confundían con jadeos de placer.

—Oh, Amy... —lo escuchó susurrar, y un cosquilleo le recorrió las extremidades para acabar concentrándose entre sus piernas y provocándole una tibieza húmeda.

Llamaron a la puerta con golpes insistentes. Bandor levantó la cabeza y clavó sus ojos verdes en los negros de Amy. No la amenazó con gestos ni con palabras sino que aguardó con serenidad su decisión.

—¡Capitana! ¿Qué ocurre? Escuchamos fuertes ruidos.

Sin apartar su mirada de la de Bandor, Amy contestó:

—Nada, Lübbers. Estoy bien. Vuelve a tu puesto de vigilancia.

—¿De seguro se encuentra bien, capitana?

—Sí, estoy bien.

Los taconeos de Lübbers se desvanecieron en el corredor.

—¿Qué quieres de mí, Galo? ¿Por qué has venido hasta aquí esta noche?

—Para esto —dijo, y se apoderó de nuevo de sus labios, con más suavidad esta vez aunque con la misma pasión.

Amy no tenía voluntad ni deseos de negarse a esa sensación, y permitió que Galo le abriese la blusa y le rasgase el justillo. Se arqueó y gimió cuando él le chupó los pezones, y lo ayudó a desembarazarla de sus pantalones. Bandor se puso de pie para quitarse los calzones pesados de agua, y, mientras lo hacía, sus ojos nunca abandonaron los de Amy, que le devolvió un inequívoco e intenso mensaje de deseo

que casi le provocó una carcajada de dicha. La cubrió de nuevo con su cuerpo frío y húmedo, y ella enseguida reaccionó envolviéndole la parte baja de la espalda con sus largas piernas.

—Pídeme que te penetre —le pidió, con un tono anhelante—. Esta vez quiero que sea con tu consentimiento.

—Por favor, Galo, penétrame.

Amy dejó escapar el aire con los ojos bien cerrados cuando Bandor irrumpió en su carne lúbrica y caliente. Él la sujetó por la negra cabellera y le besó los labios, las mejillas y el cuello, con un ardor que concertaba con el ímpetu de sus embestidas. No podrían expresar su alivio con libertad, de otro modo, la tripulación tiraría la puerta abajo. Bandor se mordió el labio, y Amy enterró sus uñas en la espalda de él y la cara, en su pecho. Con las piernas de Amy aún en torno a su cintura, la llevó en andas a la litera donde volvió a amarla.

—Maldito seas —susurró Amy, todavía conmocionada por el orgasmo—. Maldito seas por hacerme el amor de este modo.

—Sólo contigo alcanzo este éxtasis. Sólo contigo —remarcó, mientras depositaba pequeños besos en sus párpados y le acariciaba el cuerpo delgado y flexible.

—Me alegro de que hayas venido. Has estado grandioso.

—Apenas descubrí las jarcias que tus hombres colgaron en la amura para pintarla, me decidí a cruzar a nado la media milla que nos separa.

—¿Cómo lograste sortear la guardia de cubierta?

—Mucho grog entre tus hombres, querida —le reprochó Bandor.

—Sí, lo sé —admitió Amy—. Esta calma chicha los vuelve inmanejables. Pero mañana repartiré azotes de quilla a perilla. Conseguiré que el grog les provoque arcadas, ya verás. ¡Maldito seas, Galo! —profirió Amy, y se incorporó en la litera, con la sábana sobre su torso desnudo—. ¡Devuélveme a mi hijo! Hoy no subió a cubierta en todo el día. Dime si está enfermo.

—Escúchame —habló Bandor con severidad, y la obligó a recostarse a su lado—. Escúchame bien porque no tengo mucho tiempo. Estoy en manos de un sicario llamado La Cobra que tiene a Blackraven en la mira. Me rescató del *Sonzogno* porque necesitaba a alguien que pilotara un barco y me amenazó con matar a mis hombres si no colaboraba con el secuestro de la condesa de Stoneville.

—Roger y yo creemos que sois cómplices —manifestó Amy.

—¡Malditos los ojos de Blackraven! ¡Y maldita tú por creer en él ciegamente!

—¡Ya me aburres con tu sed de venganza! Roger se batió con tu padre en un duelo limpio. Yo estuve ahí. Yo lo vi. Roger ganó en buena lid; tu padre, que era un condenado hijo de perra, perdió. Acéptalo y déjanos en paz.

Bandor la aferró por los hombros y le dirigió una mirada cuya implacabilidad le produjo un vuelco en el estómago.

—¿No te das cuenta de que es por tu causa que odio a Blackraven? Era un zagal imbécil cuando decidí vengar la muerte de mi padre. Hace muchos años que entendí que se trataba de una tontería, que debía seguir adelante y olvidar. Dios sabe que Ciro Bandor era un condenado hijo de perra, como tú dices, y que no merecía tanto esfuerzo de mi parte. Sin embargo, tú ya habías entrado en mi vida y lo habías trastornado todo. ¡Me vuelco loco cada vez que te imagino en sus brazos!

—Roger y yo hace tiempo que no somos amantes. Él está casado ahora y, aunque no lo creas, le es fiel a su esposa.

—Y eso te disgusta sobremanera, ¿verdad?

—No.

La contestación lo satisfizo. Si Amy la hubiese expresado con mayor vehemencia o con otras palabras, no le habría creído; en cambio, ese simple “no”, dicho con serenidad y acento inconmovible, lo complació.

—He venido a proponeros un plan para acabar con La Cobra.

—¿Está contigo en la *Folâtre*?

—Sí. La Cobra y su cómplice, una mujer a quien sólo he visto un par de veces; creo que es su amante. Salvo mis cinco hombres, el resto de la tripulación responde a él, y no podré hacer nada solo. Necesito que, aprovechando la calma chicha, Blackraven y tú abordéis el barco de noche y acabéis con ellos. Colgaré la escala de abordaje y algunas cuerdas para que podáis subir ya que será imposible que lo hagáis por el portalón sin que los hombres de La Cobra lo adviertan.

—Hablaré con Roger.

—El ataque no deberá demorarse. No sabemos con cuánto tiempo contamos. El mar se mantendrá encalmado unos días, no más. Volveré mañana por la noche para ajustar los detalles.

Al momento de la despedida, Galo Bandor deslizó sus manos por la cintura desnuda de Amy y la pegó a su cuerpo. Se inclinó para besarla en la boca, y, sin despegar sus labios de los de ella, le susurró:

—Amo a Víctor más que a nadie porque es el hijo que tú me diste.

Capítulo XXVII

A pesar de la oposición de Malagrida y de Somar, Blackraven decidió confiar en Galo Bandor por una serie de razones, en especial, porque estaba enamorado de Amy y porque, habiendo descubierto que Víctor era su hijo, resultaba palmario que lo quería.

Habían pasado pocas horas desde el inicio de la calma chicha, y Blackraven ya planeaba abordar la *Folâtre*. Por eso, cuando Amy se embarcó en el *Sonzogno* con la revelación de que Bandor y sus hombres eran rehenes de La Cobra y que se encontraban dispuestos a colaborar, le llevó poco tiempo aceptar el ofrecimiento; sin duda, contar con la complicidad del capitán de la *Folâtre* facilitaría la tarea. De todos modos, Blackraven sabía que La Cobra era demasiado inteligente para no prever que intentaría un golpe de esa índole aprovechando el mar encalmado. “La Cobra sabe que me toca jugar a mí. Él sólo está esperando que yo actúe para reaccionar. Y su reacción caerá sobre Isaura y mi hijo”.

Su tío Bruce, al enseñarle a jugar al ajedrez, le había explicado: “Antes de mover una pieza, es menester que adivines el siguiente movimiento de tu contrincante, y el siguiente, y el siguiente también. Sólo así ganarás”. En ese albur, aplicaría el mismo principio, como lo había aplicado en tantas ocasiones al asumir la identidad del Escorpión Negro, filosofía que lo había mantenido con vida durante tantos años de balanceo en el filo del abismo, primero en la Francia revolucionaria y después en la Europa napoleónica. Por tal razón, el plan para rescatar a Isaura no podía resumirse en un simple abordaje, sino que debía moverse dos pasos más allá, porque, sin duda, el abordaje era el paso que La Cobra esperaba.

Eligió a sus mejores hombres para la misión; Amy insistió en que llevaran a Servando, y Flaherty, a Tomás Maguire.

—De ningún modo —se negó Blackraven a esto último.

—Se trata de mi hermana, capitán —interpuso Tommy—, deseo ayudarlo a rescatarla. Permítame devolverle algo de lo que su excelencia hizo por mí meses atrás.

—En los dos abordajes que nos encomendó, capitán Black —intercedió Flaherty—, el de *El Joaquín* y el del *San Francisco de Paula*, Maguire demostró gran bizarría y dominio del machete. Será útil en este abordaje, si me permite la opinión, capitán.

—De acuerdo —accedió Blackraven para no desprestigiar a Tommy frente a Flaherty, al tiempo que resolvía: “Le diré a Somar que se mantenga cerca de Maguire, todo el tiempo a su flanco”.

Ocultos del lado de estribor para que no los avistaran desde la *Folâtre*, los marineros trabajaron con ahínco durante dos jornadas. Pintaron de negro los esquifes que los trasladarían a la corbeta; embozaron los remos y untaron sebo en los toletes para evitar el chirrido al bogar; alistaron carbones para cubrirse los rostros y

vestimentas oscuras; enlucieron los trabucos y los mosquetes, y controlaron los cartuchos; también afilaron los sables, espadas, machetes, dagas y alfanjes, a sabiendas de que los desenfundarían una vez disparadas las pistolas ya que no contarían con tiempo para la lenta recarga; todas las armas, de fuego y blancas, fueron envueltas con pañete antes de ser acomodadas entre las bancadas de los botes.

La noche del tercer día sin viento, en tanto por el lado de babor se simulaba normalidad en las cuatro naves, por el de estribor se arriaban los esquifes en los cuales se habían acomodado treinta hombres. La orden del capitán Black había sido: “silencio absoluto”. Las previsiones daban resultado, los esquifes se deslizaban por el océano como fantasmas. Debido a la falta de luna y a que no llevaban luz a bordo, se guiaban por la gran linterna de popa de la *Folâtre* y por las luces de cofa. No avanzaban con rapidez dado que los remeros, los más hábiles de las tripulaciones, hendían el agua con sus paletas de modo lento para evitar el chapoteo; no obstante, habían tomado buen ritmo, coordinado y ágil, por lo que los esquifes alcanzaron su destino en menos tiempo del previsto. Las proas habían sido cubiertas con palletes, de manera que, cuando golpearon la amura de la *Folâtre*, no se escuchó ningún sonido. Con señas, Blackraven ordenó que abarloaran los esquifes y se prepararan para subir.

Además de los cabos que asomaban por el escobén de la roda, Galo Bandor había cumplido su palabra y colgado, con la complicidad de sus hombres y al cobijo de la noche, una red de abordaje, una escala de tojinós y varias jarcias; abordarían quince hombres al mismo tiempo, y, en menos de tres minutos, calculó Blackraven, los treinta saltarían sobre la cubierta.

La guardia nocturna dio la voz de alarma al descubrir la invasión por el lado de la proa, y enseguida comenzaron a emerger los demás marineros por las escotillas. La serenidad de la noche se vio alterada por alaridos e insultos, mientras los rojos fogonazos de los disparos herían la penumbra del barco. La tripulación de la *Folâtre* no se mostró sorprendida cuando Bandor y sus hombres se unieron a la gresca para luchar codo a codo con los invasores.

Pronto resultó palmario que nadie contaba con tiempo para recargar las armas de fuego, pues cesaron los traquidos para dar paso al sonido del entrechoque del metal de los sables, machetes y alfanjes; las exclamaciones de los que luchaban y los alaridos de los que caían en combate cargaban el ambiente de una vibración que se apoderaba de la cordura de los contrincantes, tornándolos salvajes y despiadados. Se abatían unos a otros con una mueca de brutalidad exacerbada por las manchas de sangre que les cubrían las facciones, sangre proveniente de chisquetes al segar venas y arterias del enemigo.

Bandor avistó a Blackraven en el combés, cerca de la base del palo mayor; se debatía con un recio contrincante, hábil con el machete, y, aunque la luz era escasa, le pareció que Roger no se movía con su usual agilidad. “Debe de estar herido en una

pierna”, concluyó, y se desentendió de él para buscar a Amy, quien, trepada en la serviola y aferrada a un obenque, blandía su sable para mantener a raya a su atacante. Corrió en esa dirección al advertir que pretendían asaltarla por la espalda. Con un facón a palmos de Amy, su atacante profirió un quejido y cayó muerto junto a la serviola; una daga le atravesaba la garganta; Bandor la había arrojado desde una distancia de más de dos varas. Quien peleaba con Amy se distrajo un instante al ver caer a su compañero, instante que ella aprovechó para hundirle su sable en el vientre.

Somar peleaba a dos manos, en una empuñaba su yatagán, en la otra, su cimitarra. Los blandía con una destreza casi coreográfica que tomaba por sorpresa al enemigo. Sus estocadas y mandobles no fallaban, y con cada golpe amputaba manos, cuando no brazos, y abría profundas sajaduras, y, en tanto mantenía su atención en el adversario, no perdía de vista a Tommy Maguire. La orden de Blackraven había sido: “No te apartes de su lado y presérvalo en todo momento”.

—Mierda —masculló al ver a un marinero de la *Folâtre*, un gigante de recia catadura, acorralarlo contra la borda.

Somar juzgó obvio que Tommy no detendría su acometida por mucho tiempo. Vio con horror cómo el hombre lo hería en el brazo derecho y le hacía perder la poca fuerza que le quedaba. No llegaría a tiempo para defenderlo, aún seguía enzarzado en una lucha y los separaba una distancia considerable.

Servando apareció de la nada y se lanzó sobre el gigante por la retaguardia cuando éste se disponía a asestar el golpe de gracia al joven Maguire. El marinero echó el cuerpo hacia atrás y retrocedió, al tiempo que se sacudía y expresaba su fastidio a gritos. Servando flameaba a sus espaldas, con las manos sujetas al rostro del atacante de Tommy, tratando de meterle los dedos en los ojos. “¿Dónde diantre ha dejado su cuchillo?”, se preguntó Somar al ver al yolof desarmado.

El gigante dejó caer el facón y la pistola, cerró sus manos ciclópeas en torno a los antebrazos de Servando y, profiriendo un rugido que acompañó a su esfuerzo, lo hizo pasar sobre su cabeza. El yolof dio una vuelta en el aire y cayó de espaldas sobre las cuadernas, a los pies del gigante y medio desvanecido. Al tiempo que el marinero recuperaba su facón del suelo y lo hundía en el pecho de Servando, Somar lo atacaba por detrás e intentaba detenerlo.

Tommy se olvidó de la herida en su brazo y corrió junto al yolof. Lo tomó por las axilas para arrastrarlo unos palmos hacia la borda de modo tal de alejarlo de la pelea entablada entre el turco y el marinero. Tommy observó con espanto el cuchillo enterrado en el pecho de Servando, y, aun en esa penumbra, distinguió la palidez que convertía en cenicientas sus mejillas; un hilo de sangre fluía de su comisura. Se inclinó al darse cuenta de que el negro movía los labios.

—Elisea —dijo, en voz muy baja, pero clara—. Dígale a Elisea...

Se ahogó con sangre y tosió. Maguire se desató el fular del cuello y lo limpió.

—Señor Tomás... Dígale a Elisea que recuerde... —Volvió a toser, y Tommy, a limpiarlo—. Dígale que recuerde el párrafo de la *Eneida*. —Y comenzó a recitarlo con dificultad, entre borbollones de sangre—: “Ausente yo, te seguiré con negros fuegos, y cuando la fría muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás siempre a tu lado”.

—Servando —lloró Maguire sobre el pecho del yolof—. Servando —repitió, y le pasó la mano por el rostro para bajarle los párpados.

Al levantar la mirada, Tommy se dio cuenta de que habían vencido. Los pocos marineros de la *Folâtre* que quedaban en pie soltaban sus armas y levantaban los brazos en señal de rendición. La cubierta se hallaba regada de cuerpos mutilados y ensangrentados, y a medida que los gritos de combate se aplacaban, daban paso a los lamentos de los heridos. Se incorporó para colaborar con los hombres de Blackraven, quienes, en la proa, reunían a los vencidos y los ataban con tientos a la barandilla.

Bandor paseó la mirada hasta descubrir a Amy Bodrugan y a Blackraven junto con los marineros; se ocupaban de reducir a los sobrevivientes de la *Folâtre*, en tanto otro grupo buscaba a tripulantes del *Sonzogno*, del *Afrodita* y de la *Wings* entre los heridos. “¿Qué está esperando para actuar?”, se enfadó Bandor al ver a Blackraven afanado en atar a los prisioneros. Faltaba la parte más comprometida del plan: bajar a la cubierta inferior y rescatar de manos de La Cobra a Melody, a su sirvienta y a los niños. Se disponía a marchar desde la zona del palo mayor hacia la de proa para hablar con Blackraven cuando lo alcanzó el conocido chirrido de la escotilla al abrirse. Dio media vuelta con un nefasto presentimiento.

Allí estaba La Cobra, como de costumbre oculta tras su máscara y su traje negro. Emergía del sollado con Melody pegada a su cuerpo y la boca de un mosquete sobre su sien. El perfil del sicario se desvanecía en la oscuridad; Melody, en cambio, con su cabellera clara y sus ropas blancas, parecía desprender un fulgor. Temblaba y se mordía el labio para no romper a llorar; con todo, mantenía una compostura que admiraba.

—¡Blackraven! —vociferó La Cobra—. ¡Suelte a esos hombres o la mataré aquí mismo!

Blackraven giró sobre sí y se quedó quieto observando a su esposa y al sicario. Aunque se hallaban a una distancia considerable, Bandor percibió la inquietud que se apoderaba de él. La Cobra avanzó unos pasos y se ubicó en medio del combés con la vista hacia la proa.

—Me ha decepcionado, capitán Black —manifestó, con acento burlón—. Nunca lo creí tan previsible. La obriedad de su acción no le hace honor. Siempre supe que, aprovechando el mar encalmado, atacaría la *Folâtre*.

Bandor contuvo una exclamación y abrió grandes los ojos al descubrir una sombra que se cernía tras el sicario sin emitir sonido alguno.

—El decepcionado soy yo —dijo la sombra, y, al entrar en un sector regado por la luz de un fanal, Bandor reconoció a Blackraven.

La Cobra sintió la punta de una daga a la altura de los riñones y el cañón de una pistola en la parte posterior de la cabeza. Blackraven se inclinó al oído del sicario y le susurró:

—Nunca debió olvidar que yo soy el Escorpión Negro. —A continuación, vociferó—: ¡Capitán Malagrida!

El falso Blackraven se aproximó a grandes zancadas, y Bandor se preguntó cómo no había descubierto el engaño de inmediato. Aunque no se trataba de un mal disfraz, admitió. Casi tan alto como Blackraven, el capitán del *Sonzogno* se había afeitado el bigote, cubierto la gris cabellera con un pañuelo negro y relleno su chaqueta y pantalones con guata o con estopa para simular la corpulencia de Blackraven, sin contar que, gracias al carbón con que había pintado su rostro, las diferencias de sus lineamientos quedaban ocultos. Engañar a la tripulación de la *Folâtre* y a La Cobra había resultado un juego de niños.

Bandor comprendió dos cosas: los motivos de Blackraven para montar esa farsa y por qué no se los había comunicado. Con respecto a lo primero, Roger había juzgado conveniente obligar a salir a La Cobra de su madriguera en lugar de ir por él. Sabían que acceder a la condesa de Stoneville era casi imposible; aislada en un sector del sollado, con guardia permanente y La Cobra y su cómplice en el camarote contiguo, resultaba improbable alcanzarla antes que el sicario. Pero, para apremiar a La Cobra a que abandonase su refugio, para obligarlo a exponerse —él, un ser que se movía en la oscuridad y el anonimato— había que acorralarlo. Acorralado, se mostraría y lo haría llevando a su garantía con él: la condesa de Stoneville. Entonces, Blackraven, el verdadero Blackraven, lo tomaría por sorpresa. “Maldito hijo de perra”, masculló Bandor, pues le costaba admitir que el plan de su eterno adversario fuera brillante; había anticipado los movimientos y las reacciones de su enemigo y actuado en consecuencia.

Con respecto a lo segundo, es decir, a que nada le hubiese mencionado de esa parte del plan, se debía simplemente a que Blackraven no confiaba en él. ¿Por dónde había abordado? ¿Cómo lo había hecho? ¿Qué dispondría para La Cobra? ¿La muerte o lo entregaría a las autoridades inglesas? Y con respecto a él, ¿le devolvería la *Butanna*? ¿Lo dejaría en paz para conquistar a Amy Bodrugan? Las respuestas, se dijo, tendrían que esperar.

Malagrida alcanzó el combés en pocos segundos y se detuvo frente a La Cobra y a Melody.

—Capitán —habló Blackraven—, desarme a La Cobra y hágase cargo de mi esposa. Llévela hacia la proa.

El sicario entregó el mosquete a Malagrida y liberó a Melody, quien, junto con el

jesuita, se alejó hacia la parte delantera de la corbeta sin dar la espalda a La Cobra.

El tenue chasquido que oyó en la calma lo alertó, y Blackraven, propulsándose hacia atrás, quedó fuera del alcance del filo de una daga que asomaba entre la manga y el guante del sicario. Ahora se encontraban frente a frente. La Cobra estiraba el brazo izquierdo en el que ocultaba el mecanismo del arma con que lo amenazaba; la blandía con una seguridad que evidenciaba su destreza. Blackraven podría haberlo matado de un tiro, no obstante, quedaba una cuestión por averiguar: ¿a quién le había revelado la identidad del Escorpión Negro? ¿Lo sabrían Napoleón y Fouché? También podría haberlo reducido hiriéndolo en una pierna o en un brazo. Transcurrieron unos segundos en que se miraron con fijeza, envueltos en el silencio que reinaba en la cubierta. Por fin, Blackraven soltó la pistola, sacó el estoque de su bastón y ordenó a Bandor que le entregase la espada de él a La Cobra. “Quien haya sido capaz de descubrir la identidad del Escorpión Negro”, pensó Blackraven, “tiene derecho a probar fuerzas conmigo, aunque sea un maldito pederasta”.

De nuevo se oyó el chasquido cuando La Cobra accionó el dispositivo en su brazo izquierdo para guardar el cuchillo y recibir la espada que Bandor arrojaba en el aire. Blackraven jamás se había dirimido con un contrincante que tomase el arma con la mano izquierda; de igual modo, no lo subestimaría. Por primera vez, se enfrentaba con un rival a su medida.

Desirée du Césaire y la esclava Josephine nacieron el mismo día, en la misma isla caribeña, la Martinica, en la misma hacienda, *La Reine Margot*, y bajo el mismo ominoso presagio, la luna negra. Los esclavos conocían los efectos que provocaba la luna negra sobre los recién nacidos, los volvía malditos y seres temibles. Las niñas debían ser llevadas a la selva y abandonadas sobre el colchón de hierba de modo que los espíritus del mal las recuperasen y calmasen su ira; de lo contrario, las calamidades se abatirían sobre ellos y la hacienda.

La negra Cibeles, una vieja de la que nadie sabía con exactitud la edad —algunos calculaban que pasaba los cien años—, había sido el ama de leche y había criado al poderoso y temido dueño de *La Reine Margot*, Septimus du Césaire, que manejaba ese basto sector de la isla con los modos despóticos y crueles de un señor feudal. Cibeles era la única con ascendiente sobre el patrón. Por tal motivo, por ser quien se atrevía a enfrentar al amo Septimus, le encomendaron la misión de convencerlo de que se deshiciera de su nieta, la niña Desirée, que acababa de nacer bajo la luna negra.

—¡Pídele que te la entregue! —la conminaron los esclavos—. De ese modo, la llevaremos a la selva y se la ofreceremos a los espíritus del mal.

En cuanto a la pequeña Josephine, su abuela no necesitó que nadie le indicara su proceder. La niña estaba maldita. De otro modo, ¿cómo se explicaba que su hija,

hermosa y saludable, hubiese muerto en el parto? Pero sobre todo, ¿cómo se explicaba que hubiese caído un rayo y quemado el gallinero? La envolvió en una mantilla de tela basta y la cargó hasta el confín de la propiedad, donde la selva se debatía con los plantíos de caña de azúcar. Se internó en la fragosidad y la depositó en el hueco de un tronco caído invadido por la hiedra. Regresó a la hacienda llorando, pero, aunque estaba triste, experimentaba alivio.

En cuanto a Desirée, el amo Septimus jamás se convenció de lo que su nana le confesó la noche en que la niña nació: que estaba maldita. Y ni siquiera la muerte de su hija, la bellísima Margot, ni la de su yerno, un pusilánime con título nobiliario y nada más, lo condujeron a cambiar de parecer. En opinión de Septimus du Césaire, su Desirée estaba bendita, y, aunque admitía que se trataba de una niña peculiar, lo adjudicaba a la nobleza de su sangre.

Al igual que su abuelo y que su madre, Desirée se crió en manos de la vieja Cibeles, que, a diferencia del resto de la negrada, no le temía. Sin embargo, con el correr de los años, la belleza de la niña y sus maneras de una suavidad y dulzura proverbiales le ganaron el cariño de los esclavos a pesar de la superstición que siempre flotaba en torno a ella. De igual modo, Cibeles sabía que, más allá de su carita de ángel, de su voz aterciopelada y sus modos de reina, Desirée era una criatura poderosa, con capacidades fuera de lo normal. Con sólo tocar ciertos objetos, la niña veía con claridad a quién pertenecían, incluso, en ocasiones, predecía el futuro de dicha persona. No obstante, esos poderes se encontraban en estado bruto, y Desirée necesitaba de alguien que la ayudara a desarrollarlos y a manejarlos. Cibeles acudió al único capaz de ayudar a su niña, el brujo Papío, un nativo que habitaba en la selva y del que poco sabían.

La noche de luna negra, Papío cumplía con los ritos para ahuyentar las calamidades que caerían sobre la isla si el hechizo no se conjuraba. Su padre, de quien Papío había heredado los poderes y el cetro de brujo, había muerto durante la anterior luna negra y, como en aquella ocasión nadie había exorcizado las fuerzas poderosas y destructoras, éstas terminaron por convertirse en nubes de ceniza y lava ardiente que fluyó desde la cima de la Montaña Pelée y sepultó a miles de personas y animales. Completado el rito del conjuro, Papío abandonaba el corazón de la selva y regresaba a su choza ubicada en la zona costera cuando un sonido atípico atrajo su atención. Una criatura negra yacía en la oquedad de un tronco caído. Apartó la mantilla que la envolvía y descubrió que era una niña y que estaba desnuda; todavía le colgaba el cordón umbilical que, por su flexibilidad y humedad, le demostró que se trataba de un recién nacido. La cargó en brazos y siguió su camino. Al llegar a la playa, se detuvo al pie de un mangle, ató a la pequeña a su espalda y trepó con la agilidad de un primate hasta la choza oculta en el follaje. Depositó a la niña en su jergón y, como vio que no lloraba ni se quejaba, la llamó Taina, que en la lengua de

los caribes significa “buena o noble”.

Taina y Desirée se conocieron a los ocho años, el día en que Cibeles compareció con su niña ante el brujo Papío, a quien pidió que fuera el mentor y maestro de Desirée. De igual altura y contextura, las niñas se miraban con una fijeza carente de pudores o vergüenzas, y lo hicieron hasta satisfacer su curiosidad y conocer de memoria los lineamientos y facciones de la otra. No sólo contrastaban dado que una era negra y la otra blanca, sino porque Taina llevaba un taparrabos de cuero de serpiente como toda vestimenta, en tanto Desirée se perdía en una nube de puntillas y sedas. Las dos se destacaban por su hermosura, más salvaje y primitiva en Taina, más suave y delicada en Desirée, indiscutible en ambas.

Papío aceptó el encargo de Cibeles, y Desirée comenzó a visitar el manglar a diario. Nadie notaba su ausencia durante la hora que seguía al almuerzo, ni el amo Septimus ni la preceptora, mademoiselle Aimée. Para la niña, esas escapadas con la nana Cibeles constituían el único momento de alegría. Detestaba la severidad de la preceptora y, en cuanto a los sentimientos que su abuelo le provocaba la confundían, a veces le temía, a veces lo odiaba, pero ya no lo quería. Él había comenzado a visitarla por las noches para acariciarla en las partes ocultas y para obligarla a acariciarlo a él en sus partes ocultas. Sólo con Taina y Papío olvidaba esos encuentros nocturnos y recuperaba la sonrisa. La admiraba la agilidad de su amiga para saltar de mangle en mangle, para cazar con la cerbatana, con las manos o con un pequeño cuchillo; la había visto reptar por la hierba al encuentro de una cobra, hipnotizarla con la mirada y, en un movimiento invisible, aferrarla por la cabeza y matarla. Taina era invencible y hacía todo cuanto quería y se proponía. Era una hábil nadadora y conducía la canoa aun cuando el mar se encontraba embravecido. Le gustaba la maestría y precisión que empleaba para extraer el líquido de una enredadera que abundaba en la zona, con el cual envenenaba la punta de los dardos que lanzaba con su cerbatana a cualquier animal; éste terminaba paralizado y después muerto entre ruidosos estertores.

Taina le enseñó a nadar. Se desnudaban en la playa y corrían al encuentro de las olas. Así fue como, con el paso de los años, Taina y Desirée notaron los cambios en sus cuerpos y, desnudas antes de ir al mar, se estudiaban con la misma impasibilidad carente de pudor de cuando apenas contaban ocho años. Debido al permanente ejercicio físico, el cuerpo de Taina era delgado, esbelto y flexible; sus largas piernas, sus brazos con marcados músculos y sus pequeños senos contrastaban con la figura torneada y voluptuosa de Desirée. Sobre todo, a Taina la seducían la piel de Desirée, su blancura de leche y la tonalidad rosácea de sus pezones, cuando los de ella eran oscuros como ciruelas maduras. Una tarde, mientras se desnudaban, estiró la mano y le rozó el pezón con la punta del índice y el mayor. Enseguida notó que se contraían como cuando salían del agua. Se tomaron de las manos y corrieron al mar, y la

frescura del agua aquietó las desconocidas sensaciones.

Más tarde, después de la partida de Desirée, al trepar a su mangle favorito, Taina se sentó a horcajadas en una rama y, con los pies rozando el mar, y se meció hacia atrás y hacia delante hasta suscitar de nuevo el cosquilleo. No podía detenerse. Se mecía y cerraba los ojos, y, al hacerlo, veía a Desirée, desnuda, agitada y echada sobre la arena. Día a día, Taina contemplaba la belleza de su amiga con otros ojos; ya no la estudiaba con el interés que empleaba al descubrir una nueva planta o un animal sino con codicia. Le significaba un esfuerzo mantener quietas las manos, y siempre encontraba una excusa para acariciarla, apretarla o rozarla. Una tarde en la que se habían agotado al jugar con las olas, Desirée se estiró sobre la arena y suspiró. Taina se acomodó a su lado y le tocó el vientre. Desirée le permitió seguir adelante, y, a medida que las caricias se tornaban más atrevidas, las dos experimentaban sensaciones arrebatadoras que las llevaban a gemir y a rebullirse en la arena. Terminaron besándose en la boca con un ardor que semejaba la pasión con que se provocaban explosiones de éxtasis.

Para esa época, ya eran dos jóvenes especiales. Ninguna era común. Taina era la heredera de una sabiduría ancestral con poderes para curar y maldecir, mientras que Desirée había aprendido a utilizar su talento, convirtiéndose en una vidente con fama en toda la isla, no sólo consultada por esclavos y nativos sino por las señoras de la sociedad de Saint-Pierre, lo que provocaba la furia de Septimus du Césaire, que amenazaba con enviarla a un internado en París si insistía en andar tocando los objetos que le traían.

Por mucho que Desirée anhelase viajar a París, sabía que su abuelo jamás la alejaría de *La Reine Margot* porque no podía vivir sin ella. En tanto su cuerpo se desarrollaba y adquiría formas de mujer, sus visitas nocturnas se volvían cada vez más frecuentes, y su lascivia, más insoportable. En un principio, Desirée soportaba a Septimus du Césaire y a su extraña forma de amarla porque él era su único pariente, su refugio y protección. A medida que Taina se transformaba de una niña peculiar en un ser poderoso y fuerte, capaz de luchar con un jabalí, cazar una serpiente con la mano y trepar a las últimas ramas de los árboles con la agilidad de un mono, las visitas nocturnas de su abuelo se tornaron intolerables, y el disgusto que Septimus le causaba se convirtió en odio. Una tarde, después de amarse en la playa, Desirée se echó a llorar en brazos de Taina y le confesó la verdad. La negra la escuchó sin condena ni sorpresa y se limitó a abrazarla y a besarla.

—¡Mátalo, Taina! Tú puedes. Mátalo y fuguémonos de esta isla. Viajemos juntas a París.

Sólo Papío y Cibeles sospecharon la verdad, que Taina y Desirée habían acabado con el amo Septimus y huido. La policía de Saint-Pierre y los aldeanos se perdieron en una maraña de especulaciones, y jamás dieron con el que lanzó el dardo venenoso

al cuello de don Septimus. Lo hallaron sus esclavos entre los cañaverales, rígido y duro como piedra y con los lineamientos deformados en una mueca de pasmo. En cuanto a la desaparición de la hermosa Desirée, supusieron que los nativos que despacharon al abuelo, secuestraron a la joven a quien ya habían sacado de Martinica en una de sus rápidas y ligeras canoas para conducirla a otra de las tantas islas del mar Caribe para ofrecerla como esposa de algún cacique. Sucedió de tanto en tanto, y las mujeres nunca eran recuperadas, en parte porque resultaba difícil encontrarlas, pero también porque sus familias no las querían de regreso.

La segunda víctima de Taina cayó muerta de una cuchillada en la garganta. Se trataba de un joyero de Fort-Royal que trató de estafarlas mientras intentaban desprenderse de las alhajas de Desirée para embarcarse rumbo a la Francia. No sólo lo asesinó con una certera cuchillada sino que le robó el dinero y muchas joyas. No tuvieron problemas para llegar a París. Se embarcaron en un navío mercante en el cual Desirée se hizo pasar por una joven que viajaba junto con su esclava hacia el Viejo Continente, donde la esperaba su prometido.

París no era lo que Desirée le había escuchado referir a su preceptora, mademoiselle Aimée, o a su abuelo. París se hallaba presa del caos, la violencia y, sobre todo, la pobreza. La sangre de los aristócratas y de los acusados de apoyar al *Ancien Régime* se escurría por la Plaza de la Revolución, donde se erigía la guillotina, y teñía las calles antes de sumirse en las alcantarillas. De igual modo, alquilaron unas primorosas habitaciones en el boulevard du Temple, de las calles más selectas, y, por un tiempo, vivieron felices a pesar de que el mundo se viniese abajo. Con los meses, el dinero de las joyas escaseó. El costo de vida en París era exorbitante. Una hogaza de pan costaba alrededor de nueve *sous*, y, a veces, resultaba imposible conseguirla por menos de doce. El alquiler aumentó cuarenta francos en diez meses, y tuvieron que prescindir del servicio doméstico en parte porque les coartaba la libertad para amarse a cualquier hora, pero también porque no podían costearlo. Al año de haber llegado a París, Taina comunicó a Desirée que no tenían para pagar la renta y que debían trasladarse a un lugar menos lujoso.

Se instalaron en una pensión de la rue de Picardie, en uno de los *faubourgs* más pobres de la ciudad, donde lidiaban con ratas, olores y suciedad al igual que con *sans-culottes* dispuestos a denunciar a cualquiera que, con una palabra, un gesto o un modo de vida, demostrase su espíritu contrarrevolucionario. Taina y Desirée se cuidaban de mencionar su anterior residencia en el boulevard du Temple, en especial a su vecina, madame Lafarge, un jacobina a ultranza que había formado parte de la turba que caminó desde París hasta Versalles a principios de octubre de 1789 y que obligó a los reyes a mudarse al Palacio de las Tullerías. A pesar de ser muy gorda, madame Lafarge había sido llevada en andas y vitoreada como una diosa.

Taina y Desirée pronto descubrieron que a madame Lafarge nunca le faltaba el

dinero pues comandaba un ejército de ladronzuelos que le entregaban el ochenta por ciento del botín. Taina comenzó a seguir a estos niños, quienes comparecían a diario en la pensión de la rue de Picardie para rendir cuentas. Los seguía a través de los distintos barrios y así llegó a conocer la ciudad de memoria y a aprender también su oficio. En una ocasión salvó a uno de que la policía le echara el guante y se granjeó su amistad. El niño, de nombre Eugène, poseía una habilidad de prestidigitador para extraer billeteras de las faltriqueras sin que los caballeros lo notaran. Taina le entregaba un *sou* todos los días para que le enseñara. Al final, terminó superándolo en destreza. Más que enojado, Eugène se admiraba de su nueva amiga. De igual modo, le confesó:

—Eres demasiado grande para unirse a nuestro grupo. Madame Lafarge no te querrá. Además eres mujer. Nadie te tomará en serio siendo mujer.

Pero Taina no necesitaba de un grupo para llevar adelante sus robos; salvo la compañía de Desirée y de Papío, siempre había estado sola, era una criatura solitaria por naturaleza y le molestaba dar explicaciones y depender de los caprichos de los demás. Aunque sí prestó atención a su aspecto. El niño tenía razón: se ocultaría tras un disfraz de hombre. Se rapó la mota, se calzó una boina con visera para ocultar sus facciones y usó un *culotte* que Desirée le confeccionó. Robaba a la salida del teatro, en el Palais Royal, en las callejas oscuras y a plena luz del día, incluso se animaba a ingresar en casas de antiguos aristócratas y atiborrarse de joyas y costosos adornos. Sus ganancias, que crecían tanto como su fama entre los malvivientes, les permitieron abandonar la pocilga de la rue du Picardie y regresar a la zona del boulevard du Temple y alquilar un departamento en la rue Saint-Martin.

El primer encargo para matar lo consiguió el pequeño Eugène. Se trataba de una esposa joven asqueada de su desagradable, viejo y rico esposo. Quería deshacerse de él. Su fiel doncella era amiga de madame Lafarge y le propuso ocuparse del encargo, pero la jacobina se negó ya que, según dijo, robar era una cosa, asesinar, otra muy distinta.

—La ciudadana Delacroix —la muchacha hablaba de su patrona— está dispuesta a pagar doscientos francos a quien se ocupe.

Eugène escuchó tras la puerta con cara de pasmo que pronto dio lugar a una sonrisa ambiciosa que le iluminó las escabiosas facciones mientras seguía a la doncella de regreso a la casa de su señora. Admitió que no podría hacerlo solo, y de inmediato pensó en su amiga Taina para llevarlo a cabo.

Abordaron a la doncella en la oscuridad de un callejón, y tanto Taina como Eugène se cuidaron de cubrir sus rostros para evitar conflictos y compartir ganancias con madame Lafarge. La doncella, después de recuperarse del susto, les pidió que se reencontraran en ese mismo callejón a la noche siguiente, les traería la contestación de madame Delacroix. Al otro día, junto con el consentimiento de madame, la

muchacha les dio los datos de su esposo y un anticipo de cincuenta francos. La misión implicaba cierta complejidad pues, si bien madame Delacroix vivía en París y participaba de una vida social agitada, su esposo lo hacía en la campiña, recluido en el castillo familiar; nunca visitaba la aldea, ni siquiera cazaba en el coto de la propiedad familiar y, en la primavera y el verano, solía vérselo en la torre, recostado en un diván, leyendo. Por primera vez desde la salida de la Martinica, Taina echó de menos su cerbatana y sus dardos envenenados con curare. Para acercarse al señor Delacroix deberían aguzar el ingenio.

Desirée terminó demostrando que no sólo servía para atender la casa cuando expuso un plan para ganar la confianza del viejo adinerado y penetrar en su fortaleza. Gracias a los datos que les proporcionó su esposa a través de la doncella, supieron que el señor Delacroix era un devoto simpatizante del *Ancien Régime*, cuya familia había perecido en su mayoría como consecuencia de la Revolución. Se hablaba de que su hermana menor, muerta durante el Terror, había dejado huérfana a una pequeña niña a quien el señor Delacroix jamás había podido hallar.

Desirée llamó a la puerta de la propiedad en las cercanías de Reims y se presentó como “la ciudadana Jacqueline-Marguerite Fréron”, hija de Antoinette Delacroix, hermana menor del señor Guillaume Delacroix. Desde ese momento, las horas de Delacroix estuvieron contadas. Sólo bastaron dos días para que Desirée averiguara cuál era la recámara del señor de la casa y cuáles sus horarios y costumbres. Demostró poseer dotes de actriz y una inteligencia rápida y gran perspicacia para sortear las situaciones comprometedoras. En cuanto al dueño de casa, se trataba de un hombre de gran meticulosidad y rigor en la rutina por lo que no se topaban con sorpresas desagradables.

La noche del tercer día como huésped del señor Delacroix, Desirée aguardó ansiosa el golpeteo en su ventana de la planta alta. Taina trepó al muro de la propiedad y se deslizó por los jardines hasta el cenador que se hallaba bajo la ventana del dormitorio de Desirée. Usó una espaldera para alcanzar el balcón y golpeó tres veces el vidrio. La contraventana se abrió sin arrancar un chirrido a los goznes —se habían ocupado de untarlos con sebo—, y Taina ingresó en la habitación a oscuras. Mientras se alejaba hacia la puerta para salir al corredor, a Desirée le resultó imposible distinguirla, iba vestida por completo de negro, incluso llevaba la cabeza encapuchada; tampoco oyó sus pasos pues avanzaba con la sutileza que Papío le había enseñado para cazar en la selva martiniquesa. “Si yo caminase hasta la puerta”, caviló Desirée, “todos los tablones crujirían debajo de mí”.

Al recibir la noticia del fallecimiento de su esposo, madame Delacroix envió el saldo de ciento cincuenta francos con su doncella. Eugène, Desirée y Taina se transformaron en un equipo sólido y coordinado que funcionaba con la precisión de un reloj. Eugène conseguía los clientes, en tanto Desirée y Taina ideaban el plan para

liquidar a la víctima y lo ejecutaban. Como se habituaron a cerrar los tratos en la mesa de una taberna de mala muerte llama “La Cobra”, al sicario comenzó a conocerse por ese nombre. Su fama crecía y sus bolsillos se llenaban. Resultaba asombrosa la cantidad de encargos que recibían, y no sólo se dedicaban a liquidar parisinos sino que pronto comenzaron a viajar porque el buen nombre de La Cobra se extendía en la región, hasta llegaron a Viena para ocuparse de un bastardo real que causaba problemas a la dinastía de los Habsburgo-Lorena. Deudas, infidelidades, asuntos de política, celos, herencias, poder, la variedad de motivos para contratar a un sicario no importaba en tanto hubiese dinero para costearlo. A La Cobra le interesaba poco a quién mataba y el porqué; si el dinero aparecía sobre la mesa de la taberna, ella ideaba el plan con la colaboración de sus secuaces, Desirée y Eugène, y procedía a llevarlo a cabo.

Los años sólo trajeron más fama, más dinero y más seguridad, porque por momentos Taina se creía invencible y con derechos de vida y muerte sobre los demás. Eugène manifestó su intención de separarse del grupo, tomar su parte del dinero (a la sazón, muy cuantiosa) y marcharse al Nuevo Continente, a la América del Norte quizá. Si bien su gesto conservó la impavidez de costumbre, La Cobra no tomó a bien esta resolución de su amigo, no le gustaba que el joven anduviese por el mundo contando con una información que podía destruirlas. Desirée trató de convencerlo para que se quedase, de modo que el equipo siguiera siendo sólido y coordinado, aunque la grieta ya se había producido, y las dudas y recelos abundaban. Eugène murió de una puñalada en una fonda de Burdeos la noche anterior a embarcarse rumbo a Nueva York.

—Hacía tiempo que no lo necesitábamos —declaró Taína—. Seremos sólo tú y yo.

A Desirée la entristeció la muerte del joven Eugène, no obstante, asintió y sonrió. Sólo necesitaba a Taina para ser feliz. Respiraba y vivía por ella y se empeñaba en complacerla, por eso cumplía con cuanta misión le encomendase, así tuviese que acostarse con el cerdo más repugnante para obtener una pieza de información que las condujese a la siguiente víctima. En tanto otras manos la acariciaban y se adentraban en sus partes ocultas, ella bajaba los párpados y rememoraba las tardes en la playa de la Martinica, cuando, después de nadar, se revolcaban en la arena con Taina, reían y conversaban antes de que la pasión las inundara como la marea y las embarcara en un viaje de gemidos y placer. En ocasiones, Desirée tenía ganas de retornar a la Martinica, echaba de menos a Cibeles —aunque imaginaba que ya habría muerto—, a Papío, a su hacienda, pero sobre todo a la selva, al manglar, a la playa y al mar. París era fría en invierno y su calor estival, que no se comparaba con las elevadísimas temperaturas del Caribe, era pegajoso, insalubre y, sobre todo, olía mal. Desirée nunca expresaba sus deseos y pensamientos para no contrariar a Taina. A veces, le

temía.

Ya eran ricas, muy ricas, sin embargo, seguían aceptando encargos, y, más allá de que ninguna fortuna resultaba suficiente, de acuerdo con la opinión de Taina, Desirée sospechaba que su amante ya no podía detener sus ansias de matar; como si se hubiese aficionado al láudano o a otra droga, después de un tiempo sin ensuciar sus manos con la sangre de una víctima, comenzaba a inquietarse, a irritarse, a mostrarse irascible, a volverse intratable, hasta que la convocaban a la taberna “La Cobra”, y la templanza se apoderaba de su fisonomía y de su espíritu una vez más. Con el tiempo, los medios para acceder al sicario se volvieron más sofisticados; se debía colocar un anuncio cifrado en algún periódico de París —últimamente, en la era napoleónica, usaban *Le Journal de l’Empire*— y presentarse al sexto día en la taberna “La Cobra”, aunque a menudo indicaban otro sitio de encuentro puesto que la taberna que le había dado nombre al sicario se había vuelto demasiado conocida.

Rigleau, un agente de Fouché, un monigote rengo y tuerto, aunque de agudo entendimiento, las había contratado un par de veces en el pasado. La misión que les encomendaba en ese momento provenía del famoso y enigmático Joseph Fouché, el ministro de Policía del imperio: dar caza al Escorpión Negro, el espía inglés más hábil y escurridizo con que lidiaba la Francia. El dinero ofrecido habría permitido vivir holgadamente a una familia por años, aunque Desirée sabía que no se trataba de la cuantiosa suma en libras esterlinas sino del desafío lo que llevaba a Taina a aceptar el encargo. Matar al Escorpión Negro se convirtió en un desvelo perturbador. Después, los planes cambiaron, ya no debían matarlo sino traerlo con vida; el emperador Napoleón lo usaría para liderar sus propias huestes de espías y agentes. Para ese entonces, casi dos años más tarde de haber aceptado la misión, La Cobra se hallaba en posición de afirmar:

—Napoleón y Fouché no saben con quién están lidiando si piensan que el Escorpión Negro se avendrá a trabajar para ellos. —Lo expresaba con orgullo, con un brillo inusual en sus ojos oscuros y misteriosos.

—Todos tenemos un talón de Aquiles —manifestó Desirée—. El Escorpión Negro debe de tenerlo, estoy segura. Él no es un ser todopoderoso, Taína.

Después de los meses de búsqueda infructuosa en los que no lograban conocer la identidad del espía inglés, Desirée anheló que Taina se diera por vencida y abandonara la misión. No lo hizo, siguió adelante de modo incansable y obsesivo hasta que, como siempre, alcanzó su propósito: el Escorpión Negro era un noble inglés, Roger Blackraven, conde de Stoneville y futuro duque de Guermeaux. A la sazón, Taina ya estaba enamorada del Escorpión Negro, y lo que supo de Blackraven sirvió para exacerbar su embeleso. Desirée sufría en silencio y lloraba a escondidas. “¿Hace cuánto que no hacemos el amor?”, se lamentaba. Taina se mantenía distante, ausente, con su mente llena del Escorpión Negro.

Al llegar al Río de la Plata, tras la pista de Roger Blackraven, Desirée tuvo una de sus visiones; hacía tiempo que no las tenía, como si, al alejarse de la Martinica, su poder hubiese menguado; aún conservaba el talento de ver a través de los objetos, pero el de predecir el futuro había muerto el día en que abandonó su isla. Sin embargo, esa mañana, mientras una carreta las transportaba desde el barco al paupérrimo puerto de Buenos Aires, Desirée supo que la ruina se cernía sobre ellas y que llegaba de la mano de Roger Blackraven. Se lo comentó a Taina, quien lo desestimó de buen modo y la convenció a fuerza de besos. Siguieron adelante con el plan, y no resultó fácil alquilar la corbeta y conseguir a un capitán que la pilotara y a una tripulación, sobre todo a una tripulación porque, entre los hombres de esas tierras de la América del Sur, no había marineros; por fin, se decidieron a contratar a los hombres más avispados que encontraran en las pulperías de la ciudad, necesitaban hombres recios y venales para neutralizar al capitán Bandor y a sus hombres. Sin embargo, estos contratiempos prolongaron la estadía en Buenos Aires y permitieron que Taina conociera más de cerca al Escorpión Negro; su pasión se desató de modo incontrolable.

Y allí estaban, reclusas en ese camarote de la *Folâtre*, transportando hasta la Francia al talón de Aquiles del Escorpión Negro: su mujer y su pequeño hijo. Todo estaba saliendo mal, aunque lo peor no era que una flotilla al mando de Blackraven los siguiese a corta distancia sino esa malhadada calma chicha. La inquietud de Taina y su genio irascible hablaban de que el plan había tomado un derrotero peligroso.

Desirée se paseaba de una punta a la otra de ese reducido espacio. A pesar de que los secuestrados aún seguían en el camarote contiguo, no se cuidaba de hacer ruido, y su taconeo retumbaba al igual que su soliloquio. Se encontraba demasiado furiosa para reparar en ese detalle. Sólo cavilaba acerca de la traición de su amante. Sí, Taina la había traicionado con Blackraven, y su obsesión por él las había metido en ese embrollo. ¡Cómo dolía la traición después de tantos años de lealtad! Sabía que Taina albergaba la esperanza de persuadirlo de unirse a ella para formar el equipo más letal de la Europa y, por qué no, del mundo. No lo dejaría en paz hasta convencerlo, por las buenas o por las malas. ¿Qué haría Taina con Desirée en ese caso? ¿La despacharía como al pobre Eugène? Taina amaba a Blackraven; en realidad, lo veneraba, y, cuando Taina amaba y veneraba, entregaba su cuerpo y su alma. Antes, le había pertenecido, ahora era del Escorpión Negro.

Desirée se hallaba sola. Uno de la tripulación de la *Folâtre* que, a una orden de La Cobra, se había mantenido oculto para atestiguar la gresca en la cubierta superior, bajó con la noticia de que Blackraven y sus hombres acababan de vencer y de tomar la corbeta.

—¿Has visto a Blackraven? —quiso saber Taina.

—Sí, señor, ahí está, en la proa, ocupándose de nuestros hombres.

Taina había dejado el camarote sin pronunciar palabra. Desirée escuchó su irrupción en la cabina contigua que suscitó gritos de pánico, llanto de niños y quejas. Los minutos parecían años, el tiempo no pasaba. Ninguna novedad. Al fin, se decidió. Revisó los dos mosquetes, los amartilló y abandonó el camarote.

La Cobra afianzó su mano izquierda en la empuñadura de la espada de Bandor, y a Blackraven le pareció que, tras esa máscara de cuero flexible, sonreía, y que su sonrisa no era sarcástica sino de complacencia, como si disfrutase batirse con él. Por el movimiento de sus pies, por el ángulo en que inclinaba el cuerpo y blandía el arma, Blackraven podía afirmar que La Cobra nunca había recibido lecciones de esgrima. Admiraba la destreza desplegada; sus movimientos defensivos y ofensivos no respondían a ninguna técnica y, sin embargo, demostraban una agilidad y un dominio pocas veces vistos. La rapidez de sus acometidas daba razón a su mote, lo mismo cuando buscaba distancia y producía una vuelta en redondo en el aire con la naturalidad que hubiese empleado Arduino, y caía firme sobre sus pies. El despliegue levantaba murmullos de estupor. Sólo una vez Blackraven había visto destreza similar en la lucha, entre los guardias imperiales de su amigo el emperador chino Qianlong.

No se quitaban los ojos de encima mientras caminaban describiendo un círculo con las espadas bajas hasta que, de pronto, volvían a la carga como dos carneros embravecidos para desencadenar una serie de golpes; un quite detenía una acometida, luego un contraataque y otro quite, uno defendía, el otro atacaba; tomaban distancia, se medían, y segundos más tarde, el golpe de los metales volvía a herir el mutismo del barco. A veces, se escuchaban exclamaciones ahogadas o comentarios susurrados.

Aunque se hubiesen infligido varios cortes y gotas de sangre regasen las cuadernas, ambos sabían, La Cobra y el Escorpión Negro, que ninguno encontraría la muerte en ese encuentro, que se trataba de un desafío que disfrutaban y en el cual se reconocían como dignos adversarios. Después hablarían de negocios, porque si bien daba la impresión de que La Cobra estaba en manos de Blackraven, aún le quedaban dos ases en la manga: el primero, Desirée, que no tardaría en subir a cubierta con el hijo de Blackraven en brazos y un ominoso mosquete cerca de su cabecita; el segundo, la información que Blackraven tanto ansiaba conocer: el nombre de los depositarios de la identidad del Escorpión Negro.

A un paso de la escotilla, Melody se instaba a correr a la cubierta inferior para tranquilizar a Trinaghanta y a los niños y para estrechar a Alexander entre sus brazos; no obstante, seguía allí, inmóvil, con sus ojos fijos en la pelea, admirada no tanto por la destreza indiscutible de los contrincantes sino por la actitud y la mueca de Blackraven. Ella no conocía a ese hombre, y, al tiempo que le temía, lo deseaba. La excitaba su fuerza y esa carencia absoluta de miedo; la atraía la seguridad con que manejaba su cuerpo y el arma. Estaba conociendo una de las facetas oscuras de su

esposo, de ésas que él se afanaba en ocultar y ella, en descubrir. El chirrido de la escotilla la rescató del encantamiento. La puerta se abrió con lentitud. La precedió el perfume a jazmines y a narcisos, el que había creído oler durante esos días de reclusión en el camarote.

—¡Simonetta! —exclamó, y lo inverosímil e inopinado de dicha aparición la llevó a pensar que le sentaba magníficamente el vestido de muselina en tonalidad malva. El impacto al reconocerla se traslució en la fría reserva de su gesto y, aparte de un ligero cambio de color, velado en la penumbra, sus facciones quedaron despojadas de toda emoción.

Simonetta atrajo las miradas de espadachines y marineros por igual. Nadie reaccionó cuando Simonetta, o más bien, Desirée levantó el mosquete y apuntó a La Cobra. Al estampido y al fogonazo del arma le siguió el quejido del sicario, que se desplomó en el suelo.

—¡No! —rugió Blackraven, y, con una mirada incrédula clavada en su adversario, no se percató de que Desirée blandía otro mosquete en dirección a él.

Amy Bodrugan llegó tarde. Su espada traspasó a Desirée después del disparo. Melody se preguntaba a qué se debería que Roger la contemplase de ese modo tan extraño, con ojos tristes, suplicantes. Lo vio caer de rodillas y luego de bruces en cubierta. Se preguntó a continuación quién estaría gritando como demente, de manera constante, como si nunca recuperase el aliento, con un sonido estridente y fastidioso, hasta que se encontró en brazos de Malagrida y entendió que se trataba de ella.

Melody permaneció quieta cerca de la escotilla, aferrada a los brazos de Gabriel Malagrida, mientras contemplaba a Amy Bodrugan impartir órdenes para que cargaran a Blackraven entre varios marineros y lo condujeran a la cubierta inferior.

—¡Galo! —la escuchó decir—. Guíanos a tu camarote.

Su esposo pasó delante de ella, y Melody advirtió la parte brillante y humedecida que le empapaba la camisa negra, aunque no fue la visión de su sangre la que la hizo romper en llanto sino la palidez del rostro de Blackraven, y el modo laxo en que colgaban sus brazos y cómo las puntas de sus dedos rozaban la cubierta.

—¿Está muerto? ¡Dígame si está muerto! —le suplicó a Malagrida, colgada de sus solapas—. ¡Señor, no seas cruel! —exclamó, y se hincó, con la vista al cielo—. ¡No tendré fuerzas para soportarlo! ¡No esto! ¡No te llesves a mi Roger!

—¡Melody, cálmese! —la exhortó el jesuita, y la ayudó a ponerse de pie—. ¡Cálmese! Es imperativo que guarde compostura. Roger la necesita a su lado, necesita de su fuerza.

Melody se pasó la manga por los ojos y la nariz, y asintió, más compuesta, a pesar de que las lágrimas seguían brotando y empapando sus mejillas. Caminó tras los hombres que cargaban a Blackraven, y le pareció que se trataba de un cortejo fúnebre. No tenía esperanzas. Lo acomodaron en la litera de Galo, y ella se apresuró a

quitarle las botas. Somar había llamado a Trinaghanta, y, al ver la templanza y la eficiencia con que la cingalesa se conducía, lavándose las manos antes de rasgar la chaqueta de Blackraven para estudiar la herida, Melody recobró un poco el ánimo. Le pareció que pasaban horas hasta que Somar regresaba con el médico del *Sonzogno*, el doctor von Hohenstaufen, y siguió con ansiedad el escueto intercambio con Trinaghanta. Isabella y Michela también habían subido al esquife y abordado la *Folâtre*.

—Habrà que extraer la bala —dictaminó el médico— y esperar que la herida no se infecte. Señora condesa —dijo, y por primera vez reparó en Melody—, será mejor que salga. No será un espectáculo agradable.

—De ninguna manera. Me quedaré junto a mi esposo. Y nada ni nadie podrán hacerme abandonar este sitio.

—Bien —aceptó von Hohenstaufen—. La señora condesa y Trinaghanta permanecerán. El resto, fuera.

—Isabella —dijo Melody, y la tomó por el brazo—, por favor, ocúpese de los niños. Venga a buscarme si Alexander llora.

Isabella asintió, muy desganada, y salió tras Michela, Amy, Somar, Galo Bandor y Malagrida. Melody cerró la puerta y arrastró una silla a la cabecera de la litera, donde no molestaría. El médico le extendió a Trinaghanta una botellita con un líquido blancuzco y dijo:

—Es tintura de láudano, para que soporte el dolor. Oblíguelo a tomar dos cucharadas.

A lo largo de la intervención, Blackraven, aunque sumido en el sopor del opio, se removía y se agitaba y pronunciaba palabras ininteligibles. Melody le sujetaba la mano, le pasaba un pañuelo para limpiar el sudor de su frente y lloraba en silencio. Al final, abandonó la silla y se hincó para cantarle al oído, la misma tonada en gaélico que empleaba para los ataques de Víctor. La repitió varias veces, y, poco a poco, Blackraven fue aquietándose, y su respiración, volviéndose más regular y menos estentórea. Levantó la vista con un sobresalto al escuchar el tintineo de la bala al golpear contra el metal del recipiente donde von Hohenstaufen la colocó.

—Por fortuna —manifestó el médico—, la bala no ha comprometido ningún órgano vital. Limpiaré la herida, la vendaremos y esperaremos a ver cómo evoluciona. Ha perdido mucha sangre, por lo que sería conveniente que, una vez que pase el efecto del opio, le dieseis de beber un caldo succulento y leche.

Von Hohenstaufen le entregó a Trinaghanta hojas de consuelda y cornejo disecadas y le indicó que marchase a la cocina de la corbeta a preparar una cataplasma. El médico aplicó a la herida un unguento compuesto por pez negra al que llamó basilicón, muy conocido por evitar las infecciones. Espolvoreó polvo de azufre y, por último, aplicó la cataplasma. Trinaghanta y Melody le ayudaron a vendarlo.

—Señora condesa —dijo el médico—, iré a cubierta a ocuparme de los heridos. Le pido que esté pendiente de la temperatura del capitán Black. Si sube, llámeme de inmediato. No olvidéis el caldo y la leche.

Melody envió a Trinaghanta a la cocina a ordenar que se preparase un caldo. Como no confiaban en el cocinero —formaba parte de la tripulación de La Cobra—, Trinaghanta se quedó a su lado mientras lo preparaba. Melody cruzó la falleba en la puerta del camarote y se quitó la blusa empapada en leche. Era hora de amamantar a Alexander. Se sentó junto a la cabecera, se inclinó sobre Blackraven y, tomándose un pecho, guió el pezón hasta introducirlo en la boca entreabierta de su esposo. Apretó y la leche fluyó fácilmente. La boca de Blackraven desbordó, y la leche se escurrió por las comisuras.

—Traga, cariño —lo instó Melody—. Bebe mi leche, amor mío. Te hará bien. La necesitas. Te dará fuerzas para luchar. Mira cómo crece tu hijo gracias a ella. Tan sano y fuerte. Bebe, mi amor, bebe. Lucha, Roger, no me dejes, te imploro. No podría seguir sin ti. Sin ti, no, Roger. Te lo dije una vez, puedo soportar cualquier tragedia si estás a mi lado. Soporté lo de Jimmy sólo gracias a ti. Bebe, amor mío. Mi leche te dará vida.

La nuez de Adán de Blackraven se movió lentamente, subió y bajó, y, aunque se ahogó al principio y devolvió la mayor parte de la leche, comenzó a tragar. Melody se ordeñaba lentamente, lo exhortaba a seguir bebiendo y lo limpiaba. Al escuchar el llamado a la puerta, se cubrió con la blusa y se apresuró a abrir. Era Trinaghanta.

—No creo que quiera el caldo ahora mismo. Le he dado un poco de mi leche. Necesito amamantar a Alexander. Te dejo con Roger, Trinaghanta. Cualquier cambio, llámame.

A Blackraven le subió la temperatura antes del amanecer. El doctor von Hohenstaufen revisó la herida, la limpió y de nuevo la untó con basilicón, le espolvoreó azufre y colocó la cataplasma. No presentaba un semblante muy animado cuando indicó que se colocaran paños fríos sobre la frente de Roger y otros embebidos en alcohol en los sobacos; insistió en el caldo y en la leche. Melody se afanaba en las tareas para olvidar que su esposo se encontraba entre la vida y la muerte. No lo aceptaba. Roger, su todopoderoso Roger, no moriría. Lo contemplaba, inconsciente y macilento en esa litera, y tenía la impresión de hallarse atrapada en una pesadilla.

La fiebre siguió subiendo. Melody y Trinaghanta lo desnudaron y lo mojaron con agua dulce y fresca que trajeron de los toneles de la bodega. Se hallaba muy inquieto; en medio del delirio, tiraba manotazos e insultaba, y llamaba a Melody y a su padre con un clamor angustioso que arrancaba lágrimas. Melody se inclinó para cantarle al oído hasta conseguir que se aplacase. Después, volvió a amamantarlo.

—Señora —dijo Somar, a media mañana—, vamos a echar el cuerpo de Servando

al mar. ¿Quiere venir?

—Sí, Somar, iré.

Los cuerpos yacían alineados sobre las cuadernas de crujía. Melody los observó con indiferencia, nada la conmovía. Junto a Simonetta, se hallaba su esclava Ashantí, o más bien La Cobra; alguien le había quitado la máscara de cuero. Melody las contempló con desprecio, evocando las escenas del día en que las conoció, cuando las juzgó como a dos buenas mujeres que habían ayudado a Polina. Su mirada se detuvo en el cuello de La Cobra, atraída por un pálido fulgor. Se trataba del anillo de Roger, el trébol de cuatro hojas. Se inclinó sobre el cadáver, arrancó la cadena de la cual pendía y, metiendo la mano en su escote, lo guardó en el justillo.

—¿Alguno de estos hombres trabajaba para mi esposo, Somar?

—No, señora. Todos pertenecían a la tripulación de la *Folâtre*. Aunque Zagros, el contra maestre del *Sonzogno*, está malherido.

Melody asintió. Descubrió a su hermano en el extremo de la hilera de cadáveres. Lloraba junto al cuerpo de Servando. Melody caminó en esa dirección. Era la primera vez que se veían en meses, y ya fuera por la tristeza de Tommy o por la apatía de Melody, ninguno se mostró sorprendido. Se limitaron a tomarse de las manos. Cuando vinieron a buscar a Servando, el primero que arrojarían al mar, Melody pareció tomar conciencia de que había muerto. Se acuclilló junto al cadáver y le acarició la mota.

—Babá —sollozó—, querido Babá. Descansa en paz, amigo mío. Yo velaré por Elisea. Tú, vete en paz.

Los marineros lo acomodaron en un tablón, lo cubrieron con una sábana y se acercaron a la borda. Malagrida dijo un corto responso e indicó con un ademán de mano que lo lanzaran al agua. Melody y Tommy lloraban, abrazados.

—Murió por salvar mi vida. Murió por mi culpa.

Melody no se quedó para presenciar lo demás. Bajó a la carrera y entró en el camarote donde Isabella y Michela se ocupaban de los niños. Por fortuna, Amy se había llevado a los más grandes al *Afrodita*. Cambió los pañales de su hijo, lo amamantó y regresó al lado de Roger. El gesto del médico la llenó de pánico.

—No consigo bajar la fiebre.

—Un médico de Buenos Aires —dijo Melody, con voz temblorosa— solía usar una infusión hecha de corteza de quino.

—No tengo corteza de quino —admitió von Hohenstaufen—, pero sí quinina que es el alcaloide producto de ese árbol. Le suministraré una dosis y observaremos la evolución. Mantenedlo fresco y sin ropas.

Melody y Trinaghanta se afanaban incansablemente para procurar la comodidad de Blackraven y para que bebiera líquido y no se deshidratara. Sus semblantes mostraban las huellas de la extenuación, agravada por el calor de esas latitudes que

les provocaba mareos. Cada persona que entraba a preguntar por la salud de Blackraven —Isabella, Amy, Somar, Malagrida, el propio Bandor— les ofrecía reemplazarlas. Ellas se negaban sin contemplar la propuesta.

Por la noche, advirtieron que la quinina no surtía efecto. La fiebre alcanzó grados tan altos que Blackraven se sacudía en violentos espasmos de frío. Lo cubrieron con varias mantas, aunque nada parecía aplacar la sensación helada que se había apoderado de su cuerpo. Von Hohenstaufen le suministró con gran dificultad una dosis mayor de quinina y otra de raíz de mandrágora que actuaría como sedante, y se marchó para atender al contraamaestre Zagros, que tampoco presentaba ninguna mejoría.

—Trinaghanta —dijo Melody al quedarse a solas—, ve a descansar con Alexander.

—No, señora, me quedaré con vuestra merced.

—No. Es mi deseo que pases la noche con Alexander. No debe de entender lo que está sucediendo. No conoce a su abuela ni a Michela y debe de estar asustado. Duerme esta noche con él y mañana por la mañana lo haré yo.

—Está bien, señora.

Melody echó el cerrojo y se desnudó. Estaba empapada en sudor, el calor del ambiente no remitía ni de noche. Se dio un baño de esponja de pie en una palangana, se secó el cuerpo, se perfumó con el *frangipani* que Miora había empacado entre sus cosas y se deslizó bajo las cobijas. El calor la sofocó, no sólo el de las mantas sino el que despedía la piel de Blackraven. Él, sin embargo, temblaba de frío y deliraba, encerrado en su propio infierno de pesadillas. Melody se pegó a su cuerpo caliente, buscando calmar sus escalofríos, y le abrazó el torso cuidando de no tocar la herida. Debía sudar la calentura, y ella lo ayudaría. Le habló y le cantó a lo largo de la noche, lo amamantó y le dio su medicina, le acunó la cabeza y le besó los labios reseco y agrietados, la firme barbilla y las mejillas coloradas, le apartó los mechones húmedos de las sienes y le colocó trapos fríos en la frente. Las sábanas mojadas se pegaban a sus cuerpos, el calor se tornaba asfixiante, la incomodidad resultaba extrema para Melody, pero a ella nada le importaba, sólo se mantenía atenta a su esposo.

Blackraven comenzó a aquietarse cerca del amanecer y, cuando la luz que filtraba por la claraboya bañó un sector de su rostro, los ojos de Melody se calentaron de lágrimas al comprobar la mejoría en su semblante. Le tocó las mejillas y las sienes, y comprobó que la fiebre comenzaba a bajar. Rió, dichosa, y lo besó en los labios. “Gracias, Dios mío, gracias”, pensó, y se quedó dormida.

Tres días más tarde del ataque a la *Folâtre*, los vientos alisios regresaron y propulsaron la flotilla hacia el norte. Al cruzar el paralelo de latitud cero, no hubo fiesta del Paso del Ecuador, el ánimo de la tripulación no estaba para jolgorio con la

vida del capitán Black en juego; se espitaron unos barriles de ron y se bebió en silencio, mientras aguardaban el parte del doctor von Hohenstaufen. Si bien las altas temperaturas de Blackraven, las que lo convulsionaban de frío, bajaron con la quinina, no fue sino en el sexto día en que la fiebre desapareció por completo. Dada la pérdida de sangre, Blackraven se encontraba muy débil y entraba y salía de la inconsciencia varias veces por día. Siempre que levantaba los párpados, veía el adorable rostro de Melody inclinado sobre él. Quería levantar la mano para acariciarle la mejilla, pero no lo conseguía; parecía que se había vuelto de plomo. Ella lo instaba a no esforzarse y a descansar, lo besaba en los labios, lo limpiaba, lo refrescaba, lo alimentaba, y él de nuevo se sumía en ese sopor profundo y oscuro.

Blackraven notó una diferencia al despertar el sexto día. A pesar de que físicamente tenía la impresión de haber sido pisoteado por una manada, experimentó una claridad mental que lo rescató de la sensación de hallarse perdido, como si las nubes que le impedían ver se hubiesen esfumado. No sabía qué había ocurrido ni cuánto tiempo llevaba ocupando ese camarote de popa; sabía que no pertenecía a ninguno de sus barcos, por lo que dedujo que aún estaba a bordo de la *Folâtre*. Lo acometía una gran debilidad, y movió la cabeza con lentitud para estudiar el entorno. Trinaghanta le daba la espalda mientras se ocupaba de acomodar algo en la mesa; Melody dormía en una silla, con las manos cruzadas en el regazo. Por la tenue luz que bañaba el recinto, calculó que debían de ser las seis o siete de la mañana.

—Trinaghanta —susurró, y la cingalesa, al darse vuelta, le sonrió como pocas veces lo había hecho.

—¡Amo Roger! —dijo en un murmullo, y se acuclilló para besarle las manos—. ¡Amo Roger!

—Por el efusivo saludo —bromeó—, imagino que estuve más cerca del otro mundo que de éste. —Trinaghanta asintió—. Les he dado mucho trabajo, ¿eh? —La muchacha volvió a asentir—. Dame algo de beber, la sed está matándome, y cuéntame qué ocurrió.

Blackraven supo que Simonetta y Ashantí —así seguía llamándolas la cingalesa — habían muerto; de los hombres de Roger, sólo Servando y el contramaestre Zagros. Se enteró también de que acababan de cruzar el ecuador y de que no había habido fiesta porque todos estaban preocupados por él. En cuanto a miss Melody, Trinaghanta expresó que sus cuidados lo habían salvado.

—Sólo se apartó de su lado para amamantar a Alexander. Fue ella quien propuso que le dieran la quinina para bajarle la fiebre, y ella quien lo ayudó a sudar la calentura. A pesar del calor agobiante, se metió en la litera bajo las mantas y lo abrazó, porque su excelencia no cesaba de tiritar de frío. Cuando su excelencia deliraba y se volvía muy violento, sólo ella conseguía serenarlo cantándole al oído. Durante todos estos días, amo Roger, miss Melody lo ha amamantado igual que a

Alexander. Ella le daba su leche porque aseguraba que así su excelencia recuperaría más rápido las fuerzas. Le ponía su pecho en la boca, la llenaba de leche y lo instaba a bebería. Y su excelencia la tragaba, no sé cómo miss Melody lo lograba, pero su excelencia la tragaba.

Blackraven sentía la calidez de las lágrimas que se deslizaban por sus sienes; le temblaban los labios y el mentón y respiraba de modo entrecortado al intentar contener el llanto. Ese sonido despertó a Melody con un sobresalto y se incorporó de modo tan brusco que se mareó. Primero vio a Trinaghanta que la miraba y le sonreía, y después a Blackraven, que tenía los ojos muy abiertos, llenos de lágrimas, y fijos en ella.

—¡Roger! —exclamó, y se arrodilló junto a la cabecera—. ¡Oh, Roger, amor mío, amor de mi vida! —Le besaba la mano y los labios, y la frente y las mejillas, y la punta de la nariz, y los labios de nuevo.

—Isaura —pronunció él, con voz ronca de emoción.

Ninguno advirtió que Trinaghanta se deslizaba fuera del camarote.

—No hables, cariño, no, por favor. Aún estás muy débil.

—Háblame tú, entonces.

—Te amo, Roger. Te amo porque estás aquí hoy, de nuevo conmigo. Te pedí tantas veces que no me dejaras —dijo en un hilo de voz, y se cubrió el rostro con las manos, y Blackraven se las acarició—. No es bueno amar de este modo, no es bueno. La idea de perderte me ahogaba. Sí, en verdad, el pecho se me cerraba y no podía respirar. ¡Oh, Dios mío! Todavía me estremezco al pensar que tú... Que tú...

Rompió en un llanto amargo, el que había reprimido durante esos seis días para mostrarse entera. Blackraven también lloraba. Melody se recostó a su lado y se aferró a él y le besó el torso mojándolo con sus lágrimas y su saliva, apretándose a su cuerpo como a una tabla en el océano.

—Yo te entiendo, cariño —manifestó Blackraven—. Lo que has experimentado es lo mismo que yo sentí tantas veces cuando creí que te perdía. ¡Nadie podría imaginar la agonía que viví la noche de la tormenta! Tenía la impresión de que la *Folâtre* se hundiría con cada ola, y tú y mi hijo estabais allí, fuera de mi alcance. Creí que moriría, Isaura. Era una angustia tan profunda y visceral que se convirtió en un dolor físico. Lo sé, Isaura, claro que sé lo que experimentaste.

—¿Qué haremos, Roger?

—¿Acaso existe algo que podamos hacer con este amor más que sentirlo? —Melody negó con la cabeza—. Nuestro amor es tan fuerte, Isaura, que asusta, lo sé, y, aunque he tratado de dominarlo, de supeditarlo a mi voluntad, he fracasado siempre. Me rindo. Es la fuerza más poderosa con la que me ha tocado lidiar. Amémonos, mi amor, amémonos y que Dios se apiade de nosotros.

—Hemos atravesado tantas pruebas, Roger. ¿Crees que por fin seremos felices

con nuestro hijo?

—Sí, amor, sí —afirmó Blackraven, al tiempo que cavilaba que todavía restaba una cuestión por zanjar.

Como si Melody hubiese leído su reflexión, dijo:

—Toma tu anillo, mi amor. Se lo arranqué a Ashantí del cuello antes de que la arrojasen al agua.

Capítulo XXVIII

Harland Park, próximo a la ciudad de Penzance, condado de Cornwall, al sur de la Inglaterra. Finales de octubre de 1807.

Melody suspiró. El duque de Guermeaux, su hermano, Bruce Blackraven, y Alexander jugaban a sus espaldas, sobre la alfombra del *drawing room*, una habitación donde solían pasar las tardes, con un imponente hogar en el cual crepitaban varios leños, y muy iluminada gracias a las altas ventanas que miraban hacia el sector de la propiedad que, luego de una barranca escabrosa y plagada de piedras, terminaba en un risco y en el mar.

La atrajo el sonido cristalino de la risa de Alexander. Giró la cabeza y sonrió al verlo echado sobre la alfombra, riendo a carcajadas al tiempo que luchaba para apartar las manos de su abuelo que le hacía cosquillas en el vientre. Amaba que amaran a su hijo. Su abuelo, el duque de Guermeaux, más que amarlo, manifestaba una extraña devoción por él, como si el niño fuera un pequeño dios. No había resultado fácil lograr que Blackraven aceptara la relación entre el nieto y el abuelo.

Blackraven y su padre se habían encontrado en Londres en julio, apenas llegados de aquel largo e inverosímil viaje. Melody había quedado boquiabierta ante la grandeza y la peculiar arquitectura de la ciudad, donde construcciones imponentes como la cúpula de Saint Paul —la más grande de la Europa después del domo de la basílica de San Pedro— y la Torre de Londres, mandada construir por Guillermo el Conquistador, en el siglo XI, dominaban el paisaje. La abrumaba la antigüedad de Londres, que estaba allí, a orillas del Támesis, desde épocas inmemoriales, desde que anglos, sajones, celtas y otras tribus la llamaban Londinos, nadie sabía por qué. Le parecía que, junto con la antigüedad, la ciudad expresaba en sus edificios, sus calles, su infinidad de mercados y en su gente, una sabiduría, un descaro y cierta ferocidad latente que la asustaban y la hacían sentir poca cosa. “Y yo que pensaba que nunca conocería nada más grande que Buenos Aires”, se mofaba de sí.

Al igual que Londres, la mansión de Blackraven sobre la calle Birdcage la abrumó y la incomodó, en parte por la imponente fachada y el lujo de sus habitaciones y también por los complejos mecanismos desplegados para conservarla en funcionamiento: los varios proveedores de bebidas y alimentos que la visitaban a diario, el jardinero y sus ayudantes, el arquitecto a cargo del mantenimiento de techos, fachada e interiores junto con su caterva de empleados (fontaneros, carpinteros, fumistas, deshollinadores, pintores, alarifes, escayolistas), el tapicero, y tantas otras personas cuyos oficios aportaban a la belleza y esplendor de la mansión de Birdcage. La casa de la calle San José, la cual ella había juzgado enorme y lujosa, sufría en comparación; de hecho, entraba tres veces en esa mansión londinense

atestada de pajes con libreas en tonalidades azul y plata, y domésticas de cofia blanca, a quienes ella nunca terminaba de conocer; durante los primeros días tuvo la impresión de que eran cientos, aunque, con los días y la ayuda de Constance Trewartha, se convenció de que constituían un grupo de cuarenta y cinco personas.

Nunca olvidaría la tarde en que descendió del carruaje que los condujo desde el puerto de Londres a la mansión de la calle Birdcage. Creyó que el cochero se había equivocado, que se había detenido frente a una casa vecina. Levantó la mirada ante una fachada que, de un golpe, la llevó a comprender el poderío económico de su esposo. Tiempo atrás, él le había confesado que era un hombre de incontables riquezas, y, al hacerlo, le había dicho: “Tu mente no puede calcularlo, ¿verdad?”. Pues no, su mente no lo había calculado en su justa magnitud sino hasta ese momento en que, de pie frente a la mansión, con gesto atónito, admiraba la entrada con sus copones gemelos, el jardín delantero y los dos tramos de escalera de mármol que, como brazos extendidos y abiertos, subían para unirse en un pórtico de altísimas columnas jónicas de fuste estriado; hacia uno y otro costado se abrían las alas de la mansión, y a Melody la sorprendió la cantidad de ventanas. Como tonta, estaba contándolas cuando Blackraven se inclinó para hablarle al oído.

—Es tuya, mi amor. Tú eres la reina de esta casa y de todo cuanto poseo.

El tío de Blackraven, Bruce, y su “amiga”, Constance Trewartha, los recibieron con una calidez que la ayudó a relajarse; de igual modo, se sentía fuera de sitio. En cuanto a Constance, temió que, por ser tía de Victoria, no pudieran llegar a convertirse en amigas, y Melody lo habría lamentado porque la atraía la simpleza y el encanto de la mujer que para nada opacaban su elegancia y refinamiento. Ese escrúpulo se esfumó el mismo día de la llegada, cuando Constance, mientras la paseaba por la infinidad de habitaciones y salas, se detuvo, le tomó ambas manos y le dijo:

—Nunca he visto a mi querido Roger tan feliz. Y eso te lo debemos a ti, no tengo duda al respecto. Bruce y yo ya te queremos como a una hija.

—Gracias, Constance —balbuceó Melody.

—Quiero ser sincera contigo, querida. Mi situación en esta casa es de peculiar naturaleza. Verás, Bruce y yo somos amantes. —Melody siguió mirándola con la misma expectación y afabilidad, y Constance añadió—: Si eso a ti te molesta o incomoda, hoy mismo dejaré esta casa.

Un poco por lo desproporcionado del ofrecimiento y también porque se hallaba tensa y cansada, Melody rompió en una carcajada. Constance la contempló con una sonrisa pasmosa.

—¿Dejar esta casa? ¡Constance, ésta es su casa! ¿Por qué debería dejarla?

—Bueno... Te explicaba que...

—Olvídelo. A mí me escandalizan otras cosas.

Durante ese mes en Londres, Melody y Constance se convirtieron en grandes amigas, y, junto con Isabella y Amy Bodrugan, pasaban fuera gran parte del día conociendo Londres, que era infinito; siempre había un sitio nuevo que descubrir. Desayunaban juntas en la mansión de Birdcage, en un comedor cuya mesa para veinticuatro personas se cubría con un enorme mantel de hilo de coco, sobre el que se desplegaba una vajilla tan hermosa que Melody no concibió que la llamaran “la de diario”. Había largos aparadores de caoba sobre los cuales se acomodaban varios *réchauds*, unos hornillos metálicos, con tapa, donde se mantenía caliente la infinidad de platos, y así Blackraven, Bruce y Malagrida, que se despertaban al alba, y ellas, que lo hacían cerca de las diez, encontraban el tocino, los huevos, las salchichas, el jamón, los riñones al jerez, los frijoles, los hongos y demás, a punto y con el mejor sabor. Terminado el desayuno, las mujeres mandaban preparar el carruaje y salían de compras. Blackraven le había dicho a Melody:

—Entrega esto a cuanta tienda o joyería entres. —Le extendió una nota con su rúbrica y el sello del águila bicéfala—. Ellos enviarán las facturas a casa y yo me ocuparé de saldarlas.

Melody había leído la nota que, Constance le explicó, se conocía como *carte blanche*.

Londres, Blackraven Hall, 5 de julio de 1807 Las facturas a nombre de Isaura Blackraven, condesa de Stoneville, deberán ser cursadas a Blackraven Hall, en el número 78 de la calle Birdcage, donde se procederá a su liquidación.

Roger Blackraven, conde de Stoneville.

—Querida —se entusiasmó Constance—, las mujeres darían años de vida por la *carte blanche* del conde de Stoneville. Debe de amarte locamente y confiar en ti a ciegas para extenderte un documento de esta naturaleza.

En un principio, Melody pensó que no la usaría, ya tenía demasiadas joyas, vestidos, accesorios y afeites; sin embargo, a medida que recorrían las tiendas de la calle Bond, de Piccadilly y de la Strand, los paquetes y envoltorios iban colmando el carruaje. De la Strand, a Melody le encantaba la acogedora y pintoresca tienda de té Twining, pero nada la conmocionó como la tienda Fortnum and Mason, sobre Piccadilly, no tanto por la amplia variedad de productos que ofrecía sino por el modo en que los presentaban; la decoración era soberbia, el salón principal brillaba bajo el influjo de cientos de arañas de cristal y *boiseries* doradas a la hoja.

En realidad, la tres cuartas partes de las compras de Melody no la tenían como destinataria. Blackraven, Alexander, Tommy —que había decidido dormir en el *White Hawk* con sus compañeros y declinar la invitación de su cuñado para hacerlo en Blackraven Hall—, Bruce, Rafaelito, Miora y aun Somar recibían a diario algún presente. La divertía y emocionaba entregárselos. En verdad estaba divirtiéndose en Londres. En tres ocasiones Roger la llevó a un teatro famoso, el Covent Garden. Al

entrar, se quedó muda pensando en el de la Ranchería, el único de teatro de Buenos Aires, y le dio por reír, y no lo hacía porque se burlara de la pobreza del recinto porteño sino porque había creído que, después de días de recorrer Londres, ya nada la sorprendería; no obstante, allí estaba, cerca de la barandilla del palco de Blackraven, contemplando con una mueca atónita lo que se desplegaba a sus pies.

Al principio, en tanto permanecía sumida en su asombro, Melody no reparó en el velado alboroto que la presencia de los condes de Stoneville causaba entre los asistentes. Si bien todos sabían que ese palco pertenecía a Roger Blackraven, estaban acostumbrados a verlo ocupado por sus amigos del White's Club, ya que su dueño se pasaba la mayor parte *del* año fuera de la ciudad. A pesar de que Roger violaba una de las reglas más estrictas de la sociedad georgiana, esto es, “un caballero no se dedica al comercio”, nadie se habría atrevido a desdeñarlo por temor a importunar al poderoso duque de Guermeaux.

Melody acabó por reparar en que casi nadie miraba hacia el escenario, pese a que el espectáculo —la ópera *Fidelio* de un compositor alemán que ella desconocía, un tal Beethoven— era magnífico; miraban hacia ellos. Regresó la vista al escenario y simuló concentrarse; ya no sentía la misma alegría del principio, no le gustaba llamar la atención, pero comenzaba a entender que, fuera en una aldea como Buenos Aires o en una metrópoli como Londres, estaba destinada a causar estupor.

Tras los abanicos de las señoras se expresaba todo tipo de comentarios, algunos en referencia al vestido anticuado de la condesa, al color de su cabello, al grosor de sus labios o al tamaño de sus senos, y otros daban cuenta de que se la había visto en compañía de la inmoral Constance Hambrook —la llamaban por el apellido de su esposo— y de la cortesana Isabella di Bravante, gastando fortunas en las tiendas, con su bebé a cuestas, que, por cierto, era la cara del padre. Algunas se negaron a creer el rumor que sostenía que la propia condesa amamantaba al pequeño futuro duque. Ninguna la aprobaba y por cierto jamás la aceptarían en su círculo, de todos modos, las invitaciones llegaban por decenas cada mañana a Blackraven Hall. Melody se acercaba a la bandeja de plata donde el mayordomo, Duncan, iba juntándolas para después entregárselas a “milord”, y curioseaba entre los distintos sobres lacrados, al tiempo que agradecía que su esposo declinara la mayor parte.

La primera noche en el Covent Garden, en un entreacto de *Fidelio*, Melody conoció al padre de su esposo, al duque de Guermeaux. Roger departía animadamente con unos amigos que se habían acercado al palco para saludarlo, cuando la cortina que daba al pasillo se descorrió y dio paso a una figura alta e imponente que se detuvo en el umbral. Los visitantes saludaron al intruso con una inclinación y palabras farfulladas y, enseguida, se excusaron y desaparecieron. El hombre avanzó y quedó iluminado de lleno por la luz del pequeño recinto. Si bien no se parecían salvo en la altura y en la corpulencia, Melody supo que se trataba de

Alexander Blackraven, y, en un acto inconsciente, contuvo la respiración y cerró los puños sobre su falda. Vio cómo Roger se demoraba un segundo, que a ella le pareció un minuto, en aceptar la mano extendida de su padre.

—Sé que hace días llegaste a Londres. Esperaba que fueras a visitarme.

—No sabía que su gracia se hallara en la ciudad.

“¡Su gracia!”, se escandalizó Melody. “¡Le dice ‘su gracia’ a su padre!”.

—¿No vas a presentarnos?

Antes de que Blackraven girase para mirarla, Melody se percató de la expresión severa que le dispensaba al duque, como si lo amenazara, y también advirtió el gesto flemático que éste le devolvía.

—Isaura, te presento a Alexander Blackraven, duque de Guermeaux. Su gracia, ella es mi esposa, Isaura Blackraven.

Melody seguía sentada, debatiéndose entre pararse y ejecutar una corta reverencia o permanecer en su butaca y simplemente inclinar la cabeza. No atinó a nada, se quedó mirando al duque a los ojos, y su expresión debió de revelar tal lastimosa perplejidad que llegó a conmovirlo, porque Alexander Blackraven le sonrió con calidez, una sonrisa franca, juzgó ella, y extendió el brazo derecho para tomar su mano, aún hecha un puño, y besarla.

—Es un placer conocerla, señora condesa.

—El placer es mío, su gracia —contestó.

—No podía imaginar por qué extraña razón mi hijo —a Melody le pareció que decía “mi hijo” con auténtico afecto— me había hecho caso (algo muy inusual, debe usted saberlo, señora condesa) y contraído nuevas nupcias. Ahora, al conocerla, lo entiendo. Su belleza es indiscutible.

—Gracias, su gracia.

—Y me dicen también que ha sido tan generosa como para darme un nieto.

—Así es, su gracia —replicó Melody—. Mañana cumple ocho meses, aunque, dada su contextura, asemeja a un niño de un año, quizá de más. Es muy inteligente y vivaz. Ya balbucea algunas palabras...

—Cariño —la interrumpió Roger—, no creo que al señor duque le interese conocer los adelantos de nuestro hijo.

—¡Por el contrario! —interpuso Alexander Blackraven—. Me interesa, y mucho. Es mi nieto, tu hijo, Roger. ¡Por supuesto que me interesa! Es quien más me interesa en este mundo. ¿Cómo lo habéis llamado?

—Alexander Fidelis —contestó Melody, y la sonrisa del duque de Guermeaux se esfumó para transformarse en una mueca entre sorprendida y atónita. Miró alternadamente a Melody y a su hijo.

—No fue idea mía —se defendió Roger—. Lo habría llamado de cualquier manera menos Alexander. La idea fue de Isaura.

—Gracias, señora condesa —manifestó el duque, con sincera emoción—. Gracias. Es un honor para mí que mi nieto lleve mi nombre.

—Y el de mi padre —acotó Melody—. Somar me contó acerca de la tradición entre vosotros, los Guermeaux, de que el primogénito lleve el nombre del abuelo paterno, y la juzgué muy acertada. Espero que a su gracia no lo importune que hayamos agregado también el del abuelo materno.

—En absoluto —desestimó, con un movimiento de mano.

—¿Os complacería acompañarnos mañana durante el almuerzo y conocer a Alexander?

—Isaura —intervino Blackraven—, ésa sería una grave falta al protocolo. Se espera que nosotros visitemos al duque y no al contrario.

—¡Oh! —Melody se sonrojó—. Lo siento, no sabía.

—¡Por favor! —exclamó el duque, con acento tolerante—. No contemplaremos esas severidades sociales entre padre e hijo, ¿verdad?

—En el pasado —manifestó Roger—, *esas severidades* eran muy tenidas en cuenta por su gracia.

—En el pasado —refrendó el duque—. Los tiempos cambian, hijo, y las personas, también. Entonces, ¿qué decís? ¿Almorzaré en Blackraven Hall mañana y conoceré a mi nieto?

—¡Oh, sí! —contestó Melody, y escuchó que Roger resoplaba.

—Roger —dijo el duque—, acompáñame un momento fuera. No quiero aburrir a tu esposa con cuestiones de hombres. Señora condesa...

—Por favor, su gracia, llámeme Melody.

—Muy bien. Melody, la veré mañana, entonces.

—Hasta mañana, su gracia.

En el pasillo, el duque de Guermeaux contempló a su hijo con aspecto divertido y le preguntó:

—¿Melody?

—Su padre la llamaba así dada su hermosa voz.

—Veo que tu esposa, a pesar de papista e irlandesa, es una mujer atractiva y talentosa. Y de temple. Después de todo, impuso su voluntad y llamó a mi nieto como debía ser llamado, como su abuelo.

El acento sarcástico del duque disgustó a Blackraven.

—Ten cuidado, padre. No te metas con Isaura o te destruiré sin compasión.

—Sé que lo harías, hijo. Descuida, tu esposa me agrada. Y me ha dado un nieto.

—Un heredero que perpetúe el ducado, que es lo único que te importa.

—No es lo único que me importa, pero no intentaré convencerte. —Sobrevino un silencio en el que se midieron con intensidad; estaban habituados a esas frías miradas y no se incomodaban—. Bruce me contó que Victoria murió en Sudamérica, víctima

de una peste.

—De la viruela.

—Tu madrastra, la duquesa de Guermeaux, también falleció meses atrás. —Roger se mantuvo imperturbable—. Sí, lo sé, ella no fue buena contigo, y yo se lo permití.

—Padre, si me excusas, regresaré junto a mi esposa.

—Sí, sí, está bien. Nos veremos mañana, entonces.

—Si no te molesta compartir la mesa con una papista...

—¿Estará tu madre?

Blackraven profirió una risotada forzada e irónica.

—Padre, llegas treinta seis años tarde. Además, mi madre se ha enamorado como una jovencita y no creo que corresponda a tu tardío interés. De hecho, mañana conocerás a su nuevo amante, el capitán Malagrida, un hombre extraordinario.

Corrió la cortina e ingresó en el palco dejando a su padre aturcido en medio del corredor. Blackraven no emitió palabra en el carruaje durante el trayecto de regreso a la calle Birdcage ni tampoco mientras se desvestía y se preparaba para meterse en la cama. Se deslizó bajo la sábana y se acomodó dando la espalda a Melody, que se inclinó sobre su oído para susurrarle:

—No estés enfadado conmigo.

—No quiero que te inmiscuyas en la relación con mi padre. No debiste invitarlo a almorzar.

—¿Por qué no? Es el abuelo de mi hijo. Es tu padre.

—¡Mi padre! —exclamó, y se incorporó de modo brusco—. ¡Buen padre! Que me secuestró y me apartó de mi madre y me trajo a vivir a este país entre desconocidos. ¡No tienes idea el odio que me inspira! —exclamó, y para él, un hombre que mantenía sus emociones bajo control, el exabrupto le provocó inquietud y también vergüenza.

Melody le acariciaba el pelo suelto y le pasaba la mano por la mejilla y por la frente para obligarlo a relajar el ceño.

—No creo que lo odies. No eres capaz de odiar.

—Isaura, no tienes idea de lo que soy capaz.

—No quiero que lo odies, y no quiero porque el odio no es bueno para ti. Es como un veneno que nos carcome. Yo intento olvidar a los que me dañaron.

—Tu disposición es muy diferente de la mía. No todos contamos con un alma tan bondadosa como la tuya.

—¿Te gusta sentir rencor por él?

Blackraven evitó mirarla y se mantuvo en silencio.

—No —admitió, por fin—. No me gusta odiarlo.

—¿Por qué?

—¡Qué pregunta, Isaura!

—Una muy simple que un hombre brillante como tú podría responder.

Si bien Blackraven se encaprichaba en su mutismo, Melody intuía que quería seguir hablando del duque de Guermeaux. Lo conocía demasiado para saber que si el tema no le hubiese interesado o lo hubiese juzgado inoportuno, habría acabado con la conversación sin más. Así había sido cuando le pidió explicaciones por el extraño secuestro sufrido a manos de Simonetta Cattaneo y de su esclava Ashantí. Blackraven había demostrado que no le revelaría la verdad al contarle una patraña que ni Víctor hubiese creído.

—No insistiré más sobre este tema —le había dicho Melody en aquella oportunidad—. Sólo quiero que sepas que sé que estás mintiéndome. Confío en ti, Roger. Si eliges mentirme, sé que es por mi bien.

Sin embargo, esa noche, Melody sabía que él necesitaba expresar el dolor y la furia que su padre le inspiraba.

—¿Sabes lo que creo, cariño? Creo que no odias a tu padre, por el contrario, lo quieres. Lo que odias es desconocer si él te quiere a ti.

—Tienes razón —admitió Blackraven, pasado un silencio—. No lo odio, ya ni siquiera me inspira rabia, y tampoco me importa conocer cuáles son sus sentimientos hacia mí. Esta paz que experimento es gracias a ti. Tu amor me colma, Isaura, no deja resquicios para nada ni nadie. Es como si, habiendo estado sediento y hambriento durante años, de pronto me hubiese saciado para la eternidad.

—Entonces, si no te inspira malos sentimientos, permítele a tu hijo conocer a su abuelo, y a tu padre conocer a su nieto. No quiero que Alexander herede nuestros odios y nuestros pesares. Sólo deseo que ame y que sea amado.

—Si Alexander tomó de ti tu bondad y tu noble corazón, así será. En cambio, si heredó mi disposición, odiará y amará, y lo hará con pasión.

—Madame Odile diría que eres un digno hijo de Marte, el dios de la guerra, y añadiría también que eres un escorpiano de pura cepa, fuego y hielo, razón y pasión, ambos elementos dirimiéndose en un mismo ser.

—También diría —retrucó Blackraven— que soy el cuarto arcano, el Emperador, y nunca terminaría de alabarme.

Al día siguiente, el almuerzo se desarrolló en una tensa diplomacia. Isabella lo disfrutaba; la divertían las lánguidas miradas que le concedía el padre de su hijo a través de la mesa y la cara de perro de Malagrida. Los ánimos mudaron cuando, después de pasar al *drawing room* para beber café y licores, Trinaghanta apareció con Alexander. Melody advirtió que al duque de Guermeaux se le congestionaban los ojos y que no hablaba porque desconfiaba de su voz.

—Mira a tu nieto, Alexander. —Isabella se dirigía al duque de Guermeaux con una familiaridad que se juzgaba irrespetuosa y que pocos se hubiesen animado a emplear, y que reflejaba, por un lado, que no lo había perdonado, lo cual percibía

Malagrida y se fastidiaba, y, por el otro, su temperamento libre.

—¡Míralo! —insistió, y lo tomó en brazos—. Tú, que te perdiste la infancia de nuestro hijo, aquí tienes para revivirla. —Lo obligó a cargar al niño, que tomó distancia y frunció el ceño para contemplar a su abuelo—. Así era Roger a esta edad, Alexander, claro, salvando el color de ojos, que, como ves, es el de la madre. Por lo demás, tu nieto es igual a Roger.

El duque de Guermeaux se sentó con su nieto en las rodillas y lo sostuvo la hora que compartió con los adultos, hasta que Melody indicó a Trinaghanta que lo llevara a su dormitorio para cambiarlo y amamantarlo. El pequeño Alexander adoptó una actitud severa aunque pacífica, y resultaba divertido el modo en que movía su cabecita para observar a quien tuviese la palabra. Blackraven amaba a su hijo siempre, pero, al ver su aplomo y serenidad y la manera inteligente en que estudiaba el entorno, se sintió arrebatado por una pasión que terminó por borrar todo vestigio de disgusto causado por la presencia de su padre. Sólo Melody y Alexander le provocaban ese sentimiento en el cual, en realidad, confluían varias emociones, el orgullo, la dicha, el amor y el sentido de la posesión.

El duque de Guermeaux se convirtió en un visitante asiduo de Blackraven Hall, y, pese a que Roger mantenía una actitud distante, lo complacía que entre su hijo y su padre se cimentara una amistad. Lo complacía, sobre todo, descubrir en la mirada de su padre los nobles sentimientos que su nieto le inspiraba. “Lo quiere de verdad”, pensó una tarde en que, al entrar en el *drawing room*, se llevó una gran sorpresa al ver al peripuesto y almidonado duque en cuatro patas sobre la alfombra, sirviéndole de caballo a Alexander.

Un día, a principios de agosto, Blackraven anunció que ya había tenido suficiente de Londres y que se mudarían a su propiedad en el condado de Cornwall. El duque expresó que los seguiría. Interpuso varias excusas: hacía tiempo que no visitaba el viejo castillo familiar; iniciaría unas obras de refacción para preservar la fachada, muy venida a menos; atendería las solicitudes postergadas de sus arrendatarios; y estudiaría la posibilidad de poner de nuevo en funcionamiento a la *Wheal Elizabeth* y la *Wheal Maynard*, las dos minas de cobre situadas en su propiedad. A Malagrida, el anuncio del duque de Guermeaux le cayó muy mal, y se mantuvo hosco y apartado el resto del día. Por la noche, Isabella se esmeró en peinarse, perfumarse y vestir un camisón y un salto de cama de traslúcido cendal antes de llamar a la puerta de su recámara.

—Como no venías a visitarme aquí estoy —dijo, y se acercó al confidente donde el jesuita leía *Tom Jones* de Henry Fielding.

En verdad, estaba entretenido, y la interrupción lo molestó. Sin levantar la vista del libro, expresó:

—Pensé que aceptarías la invitación del padre de tu hijo y que lo acompañarías a

la fiesta del duque de Buckingham.

—¿Qué tendría que hacer yo con el duque de Guermeaux en la fiesta del duque de Buckingham cuando mi hombre se encuentra aquí?

Malagrida levantó la mirada y observó el sugerente atuendo y la abundante cabellera negra, que ella recogía durante el día, suelta sobre un costado hasta la cintura; también reparó en que se había pintado los labios y perfumado; y se imaginó hundiendo la nariz en ese cuello blanco y delgado con aroma a violetas. Se puso de pie y carraspeó. Dejó el libro sobre la mesa de noche.

—Estoy cansado de que flirtees con el padre de tu hijo.

—Yo no flirteo.

—¡No me tomes por estúpido, Isabella!

—Está bien, está bien. Flirteo un poco. Pero no porque esté enamorada de él, ese sentimiento ha muerto hace tiempo, sino porque es un modo de vengarme.

—Si tienes deseos de vengarte es porque tus sentimientos aún están intactos.

—Esa declaración cuadraría para la naturaleza racional de un hombre —se defendió Isabella—, pero no para la veleidosa e inconstante de una mujer. Pero sí, tienes razón. He actuado como una chiquilla. Y ya somos adultos. Te prometo que no volveré a provocar a Guermeaux.

—Le has dado esperanzas, y el hombre decidió seguirnos a Cornwall.

—Por mucho que hiera mi orgullo de mujer, tengo que decirte que Guermeaux no va por mí a Cornwall sino por su hijo y por su nieto. ¿No te das cuenta de que vive en la gloria desde que Roger le ha permitido entrar en esta casa y tratar al niño?

—De igual modo, preferiría que no fuera a Cornwall.

—Pues quedémonos en Londres —resolvió Isabella.

—No puedo. Tu hijo me necesita allá.

—¿Para qué?

—Un asunto que tenemos que concluir —dijo, con vaguedad.

Isabella acortó el tramo que los separaba y pasó sus manos por las solapas de satén púrpura de la bata de Malagrida. Un ronroneo se deslizó entre sus labios entreabiertos. Malagrida la contemplaba, sin inmutarse.

—¿Quieres que te demuestre que estás siendo un necio al mostrarte celoso?

—Has el intento. No sé si lo lograrás.

—Lo lograré, cariño. Sabes que lo lograré. —Lo besó en los labios y sonrió—. ¿Has decidido quitarte el bigote para siempre?

—Sí. Me costó afeitármelo cuando debí hacerme pasar por tu hijo en la *Folâtre*. Ahora me parece que luzco más joven.

—Luces joven, guapo y eres un gran seductor. Bésame.

Malagrida sucumbió al deseo que le enfriaba la ira y le calentaba el cuerpo. Sujetó a Isabella por la cintura y, con un resabio de celos y gran pasión, se apoderó de

sus labios.

El día antes de partir hacia Cornwall, Amy Bodrugan pidió una audiencia a Blackraven. Actuó de acuerdo con su temperamento audaz y precipitado y, apenas tomó asiento frente a él, le confesó:

—Galo Bandor me ha propuesto matrimonio y he decidido aceptar.

Aunque Blackraven no había visto a Bandor a lo largo de ese mes en Londres, sospechaba que Amy y él se encontraban para pasar unas horas con Víctor. Percibió el nerviosismo y el temor de Amy en el modo en que sacudía la pierna bajo el escritorio y en el que se mordía el labio. Lamentó causarle esa desazón a una persona tan querida e importante para él.

—Antes querías castrarlo. Ahora, desposarlo —declaró; intentaba sonar divertido.

—Sí. ¿Te opones?

—¿Valdría de algo oponerme?

—No me casaría si no contase con tu aprobación.

—¿Lo haces por Víctor o porque estás enamorada de Bandor?

—Porque estoy enamorada de él.

—¿Crees que sea un buen hombre?

Amy se sacudió de hombros y frunció los labios.

—Ni bueno ni malo, Roger. Al igual que tú y yo, Galo es un pirata. Dudo de que sea un ejemplo de virtud, Roger. No obstante, él es bueno para mí.

—Entonces, no tengo nada que decir. Cuentas con mi bendición.

Amy saltó de la butaca y profirió su conocido chillido de alegría, y de nuevo exhibió a la Amy que Blackraven conocía. Ella terminó sentada en su regazo, abrazada a su cuello y besándolo en los labios.

—Blackraven, será el último beso que te daré. Y no oses pedirme uno de nuevo. De ahora en más, seré una respetable mujer casada.

—¿Cuándo será la boda?

—No lo sé. No lo hemos decidido.

—Me complacería que fuera después del asunto que te comenté. Ahora, en Cornwall, planearemos el golpe y, desde allí, viajaremos al continente.

—¿Estás seguro de que quieres llevarlo a cabo?

—No tengo alternativa si quiero vivir en paz con mi familia.

Al día siguiente, en tanto el carruaje con el escudo del águila bicéfala rodaba hacia el sur con destino al condado de Cornwall, Melody observaba los ya familiares edificios y calles de Londres. Sintió las manos de Blackraven circundarle la cintura y aguardó, ansiosa, a que él se inclinara sobre ella. La besó en la nuca y en el trapecio desnudo dado los escandalosos escotes de moda en la Inglaterra. Melody contuvo el aliento y se tensó como aquella primera vez en Buenos Aires, mientras marchaban

desde la casa color ocre a la ciudad.

—¿Te ha gustado Londres, amor? —lo escuchó susurrar.

—¡Sí, Roger! —contestó ella, en igual tono—. Londres ha significado para mí un perpetuo estado de admiración.

Londres la había fascinado, pero Cornwall era el hogar. Melody se sintió a gusto de inmediato. La casa estilo isabelino, a la que se conocía como Hartland Park, con sus paredes de rojos ladrillos y ventanas y puertas blancas, si bien enorme e imponente, no la intimidó como la de la calle Birdcage; tal vez, caviló Melody, se debía a su ubicación solitaria, ya que se hallaba en la cima de una barranca, rodeada por un parque de lomadas infinitas, por árboles de magnífica postura, altos, frondosos, y por el mar. El paisaje le robó el aliento, lo mismo que la belleza del jardín que circundaba la propiedad. La señora Moor, el ama de llaves, se ocupaba personalmente de su cuidado y, durante los primeros días de estadía, se mostró complacida de que la señora condesa quisiera ayudarla, aunque quedó claro que la dueña de las flores y de las plantas era ella.

La servidumbre de la casa de Cornwall se comportaba con la misma actitud circunspecta que la de Londres, y Melody, acostumbrada a la familiaridad de los esclavos, se sintió incómoda y desilusionada. Al final, terminó por entender que, lejos de pesarle la servidumbre, estaban orgullosos de trabajar para el futuro duque de Guerneaux —algunos habían estado con la familia por generaciones— y que el trato solemne que le brindaban debía entenderse, en realidad, como una muestra de afecto.

En cuanto a la opinión de los sirvientes, tanto los de Londres como los de Cornwall, en un principio cuchicheaban y se escandalizaban por el modo en que la futura duquesa se conducía: ella misma atendía a lord Alexander —así llamaban al niño— y lo amamantaba —eso había causado estupor—; acomodaba su ropa y la de milord; se reía; a veces llevaba el pelo suelto, larguísimo y abundante; le gustaba acariciar a los niños, esos tres diablillos que había traído de las tierras salvajes del sur, Víctor, Angelita y el negro Estevanico; y, lo que se juzgó insólito, trataba de hacer migas con la servidumbre e interesarse por sus familias y problemas.

—Prefiero a la anterior condesa de Stoneville —se quejó Poole, el mayordomo—. Un poco veleidosa, eso sí, pero no tenía mal corazón, y además conservaba su lugar.

Con el tiempo claudicaron a la dulzura y compasión de Melody porque estaba visto que ella no había siquiera contemplado la posibilidad de volverse una encorsetada y distante aristócrata. Obtuvieron una evidencia del temperamento de su nueva patrona el día en que Melody encontró llorando a Myriam, una de las domésticas, hija del palafrenero. Su hermana Daphne había enfermado gravemente.

—¿Qué dice el médico?

—No la ha visto el médico, milady. No tendríamos con qué pagarlo. La señora

Torbay, que sabe de hierbas y esas cosas, está atendiéndola, pero sus medicinas no surten efecto.

La familia de Myriam se conmovió al ver entrar en su pequeña cabaña a la condesa de Stoneville. Detrás, venía el doctor Talbot, con mala cara y frunciendo la nariz porque no le gustaba atender a personas de bajo nivel, dañaba su reputación; con todo, resultaba imposible negarse a un pedido de la futura duquesa de Guermeaux. Talbot revisó a la niña y diagnosticó un cuadro severo de pleuresía, la enfermedad que se había llevado a Jimmy. Durante la parte crítica de la enfermedad, Melody visitaba todos los días la cabaña, entregaba provisiones y medicinas, y después, sentada junto a la cabecera de la pequeña Daphne, sacaba un collar de cuentas rematado con una cruz y rezaba en voz casi inaudible lo que debía de ser el rosario, esa oración larga y repetitiva de los papistas. Después de una semana de medicinas —pagadas por la señora condesa— y cuidados, el médico admitió que la pronta recuperación de Daphne lo pasmaba no tanto por la gravedad de la enfermedad sino por lo mal alimentada que estaba la niña. La historia de Daphne y la condesa de Stoneville recorrió el condado, y no pasó mucho tiempo hasta que los sirvientes de Hartland Park se dedicaron a interceder entre Melody y los arrendatarios y los pueblerinos, que solicitaban toda clase de favores, y así, el Ángel Negro volvió a las andanzas, de acuerdo con la expresión de Gabriel Malagrida.

En esa apacible mañana de octubre de 1807, Melody permanecía en el asiento de la ventana contemplando el paisaje, mientras pensaba en Roger. Su suegro, Bruce y Alexander seguían jugando sobre la alfombra, a sus espaldas, en un mar de juguetes y risas; Constance leía en la biblioteca; Isabella descansaba antes de la cena; Víctor, Angelita y Estevanico tomaban sus lecciones de inglés en la planta alta; Miora, que en general acompañaba a Melody, se había retirado a su dormitorio junto con Rafaelito porque no se habituaba a la presencia del duque de Guermeaux.

“Todo está en orden”, se dijo Melody, y pensó en su hermano Tommy, que, después de ese mes en Londres, había vuelto a zarpar en el *White Hawk* rumbo a Buenos Aires. El capitán Flaherty viajaba con varios encargos de Blackraven y mucha correspondencia. Uno de los encargos consistía en buscar a la señorita María Virtudes Valdez e Inclán y escoltarla hasta Cornwall donde desposaría al teniente coronel Lane. No le había llevado demasiado tiempo ni dinero a Blackraven obtener referencias para convencerse de que se trataba de un hombre decente.

En cuanto a Tomás Maguire, al llegar a Buenos Aires, se despediría de Flaherty y de sus amigos los marineros y emprendería su regreso a *Bella Esmeralda*. Si bien no había reunido el dinero para saldar la deuda con su cuñado, acordaron que Tommy invertiría lo obtenido con la presa de *El Joaquín* y el *San Francisco de Paula* en la compra de animales y de semillas para el cultivo del trigo y que, con las ganancias, iría pagando lo que debía.

—Pero antes de ir a *Bella Esmeralda* —le había confesado a Melody—, visitaré a Elisea.

—Quizá no la encuentres en la ciudad sino en la misma *Bella Esmeralda*. Antes de partir hacia acá, Roger dispuso que pasaran una temporada en nuestra estancia para resguardarlos de un posible ataque inglés.

—Pues bien —dijo Tommy—, donde sea que Elisea se encuentre, es mi deber comunicarle la noticia de la muerte de Servando. Él me confió un mensaje para ella y debo entregárselo personalmente. ¿Tienes la *Eneida*? —dijo sin pausa, y tomó a Melody por sorpresa.

—No sé, debería fijarme en la biblioteca de Roger. Lo más probable es que, si encuentro una, esté en inglés.

—No importa, servirá. La última vez que la leí tenía once años, y lo hice a regañadientes porque nuestra madre amenazó con prohibirme montar por un mes. De pronto, me vinieron ganas de leerla de nuevo.

Las comisuras de Melody se elevaron en una sonrisa inconsciente al evocar la última charla con su hermano antes de la despedida en Londres. ¿Habría alcanzado con bien el puerto de Buenos Aires? ¿Habría entregado el mensaje de Servando a Elisea? ¿Y se habría acordado de las cartas para Pilarita y Lupe? Ansiaba saber de ellas y conocer la suerte que habían corrido. Finalmente, ¿habrían invadido los ingleses la ciudad? Sabía que, durante ese mes en Londres, Blackraven se había entrevistado en varias ocasiones con su amigo el brigadier general William Beresford, recién llegado de Montevideo, incluso lo había invitado a cenar a Blackraven Hall en dos ocasiones. Melody observaba que, cuando se alejaban para beber oporto y fumar cigarros, sus expresiones y ánimos afables de la cena se transformaban para adoptar un aspecto circunspecto y conspirativo. Ya no le molestaba saber que su esposo era un hombre de varias facetas de las cuales ella conocía pocas. Se conformaba con tenerlo cerca y amarlo.

“Necesito tenerte cerca, Roger”, languideció su alma. La estadía de Blackraven en el continente por cuestiones de negocios llevaba más de dos meses, y a Melody le pesaba cada día sin él.

Blackraven se paseaba por el salón de Carolina Murat, gran duquesa de Berg y hermana del emperador Napoleón, con aire despreocupado y una copa de champaña en la mano. Se había ataviado con esmero para dar la impresión de un espíritu mundano y frívolo. A la camisa de batista con moño de encaje la cubría una chaqueta de terciopelo azul de solapas ricamente bordadas y botones de oro; los faldones echados hacia atrás, que terminaban en marcados picos, se realzaban con el mismo festón de la parte delantera; unos pantalones de nanquín azul marino le ceñían las piernas hasta las rodillas, donde nacían unas medias de seda blanca que se

enfundaban en zapatos de gran hebilla, también de oro. Prefería la comodidad y sobriedad de la levita inglesa, y la habría vestido esa noche si el incómodo atuendo a la moda napoleónica no formara parte de la farsa que montaba en París desde hacía semanas.

Se detuvo en un extremo del salón y paseó la mirada por los asistentes, en especial reparó en las mujeres, con sus largos vestidos de muselina, imitación de las túnicas griegas, sus tocados llenos de bucles artificiales, sus joyas dispendiosas y sus caras demasiado maquilladas. No pudo evitarlo, las comparó con su esposa, y enseguida despreció a esa caterva de intrigantes y heteras que se vendían al mejor postor. No pensaría en Isaura, debía quitársela de la cabeza lo que durase su misión en París. Si le permitía apoderarse de su mente, lo distraería sin remedio.

Después de un plan meticulosamente montado en Cornwall con la ayuda de Amy, Malagrida y Somar, Blackraven y sus amigos habían abandonado la Inglaterra el viernes 21 de agosto. Amy y Malagrida lo hicieron en el *Afrodita* con bandera española y echaron anclas en la bocana de El Havre al día siguiente. Blackraven viajó, junto con Somar y un grupo selecto de sus marineros, incómodos y avergonzados pues enfundaban libreas de la casa de Guermeaux, en un paquebote de los que a diario zarpaban desde Falmouth y, cruzando el Paso de Calais, alcanzaban la costa francesa. Por primera vez en muchos años, Blackraven ingresaba en la Francia proveyendo su verdadero nombre y un salvoconducto legítimo. Quería que Joseph Fouché, el ministro de Policía de la Francia, y Pierre-Marie Desmarests, el jefe de la *Haute Police*, la sección a cargo de espiar a los extranjeros, supieran que él visitaba París. Si La Cobra había tenido oportunidad de revelarles la identidad del Escorpión Negro, los tendría encima en poco tiempo, y estaba listo para recibirlos. En caso contrario, quería que lo conocieran, que llegara a sus oídos que heredaría el ducado de Guermeaux, que su riqueza se contaba entre las más vastas de la Inglaterra, que poseía una flota de veinte barcos en permanente expansión; y que su astillero de Liverpool no daba abasto. En resumidas cuentas, Blackraven quería que la información terminase en un memorando en el cartapacio de Napoleón.

Para ese fin se había servido de la red de agentes de Fouché, en especial de Rigneau, a quien había contactado apenas llegados a París y tentado con una fuerte cantidad en libras esterlinas. El encuentro se llevó a cabo en la habitación de la planta alta de un bodegón de mala muerte en el *faubourg* Saint Michel, en la cual Amy, Somar y Malagrida aguardaban al espía. En un principio, la desmedida avaricia de Rigneau le mereció un golpe de Somar que le hizo volar el parche del ojo izquierdo. No solía utilizar la violencia, menos le gustaba ejercerla sobre un hombre de contextura menuda al que habría levantado con una mano, pero la paciencia no lo caracterizaba en esos días en los que sólo deseaba acabar con el asunto y regresar junto a Miora y a Rafaelito.

—¿Quiénes sois vosotros? —quiso saber Rigneau.

—Amigos del emperador —aseguró Malagrida, en su francés impecable.

—¿Qué deseáis que haga?

—Les comunicarás a Fouché y a Desmarests que días atrás ingresó por el puerto de Calais un noble inglés, Roger Blackraven, conde de Stoneville. —Malagrida se detuvo para estudiar el efecto que ese nombre causaba en el espía, pero, como no descubrió señas de asombro ni inquietud, siguió proveyendo la información.

—¿Creéis que es espía de Whitehall? —se interesó Rigneau.

—Sí. —A continuación pronunció su amenaza—: Estaremos vigilándote, Rigneau. Muévete con cuidado y cumple tu parte del trato, o te hallarán una mañana en *Les Bois de Boulogne*, destripado. En tres días, volveremos a ponernos en contacto contigo.

A partir de entonces, Blackraven, ubicado en un lujoso departamento de la calle de Cerutti, se dedicó a visitar viejas amistades —entre ellas, madame Récamier—, quienes le abrieron las puertas de los salones más tradicionales de París, los del *faubourg* Saint Germain, y también de los de la nueva nobleza, el de la emperatriz Josefina o el de su enemiga, la gran duquesa de Berg, su cuñada Carolina.

Esa noche, Blackraven seguía apartado, estudiando a la concurrencia. Allí estaba Talleyrand, al que Napoleón había alejado de la Cancillería pero al cual seguía consultando por su conocimiento en materia política y su sagacidad; junto a él se encontraba Joseph Fouché, que hablaba, bebía y comía, todo al mismo tiempo, arrancando gestos de desagrado a Talleyrand, que lo soportaba porque se habían asociado en la intriga que pugnaba por convencer al emperador de divorciarse de la emperatriz Josefina y de desposar a alguna princesa europea; por ejemplo, Metternich, el embajador austríaco, proponía a la archiduquesa María Luisa, hija de Francisco I.

Blackraven movió apenas la cabeza y descubrió al anfitrión, al gran duque de Berg, Joachim Murat, y, a palmos de él, al general Junot, amante de su esposa; en julio habían estado a punto de batirse a duelo; unos gritos y malas caras de Napoleón habían echado por tierra el encuentro. Sonrió moviendo apenas la comisura. El emperador debía de sentirse muy solo con una familia de ambiciosos intrigantes como la que le había tocado en suerte. Ahí estaba Luciano, el rebelde Luciano, que después de colaborar en el golpe del 18 de Brumario, se dedicaba a cosechar desaciertos que encolerizaban a Napoleón, los más sonados, su matrimonio con una mujer aborrecida por el emperador y su apoyo al papa Pío VII. Observó de nuevo a Fouché y meditó que si no lo había abordado hasta ese momento —ya llevaba varias semanas en París—, se debía a que La Cobra había muerto sin revelarle la identidad del Escorpión Negro; hasta se mostraba indiferente cuando coincidían en alguna tertulia.

La anfitriona, Carolina Murat, caminó en su dirección. “Es una hábil manipuladora”, juzgó Blackraven, “un talento que lo lleva en la sangre”. Le sonrió.

—Excelencia, ¿por qué se retiró aquí? ¿Por qué tan solo?

—Me acerqué a la ventana para refrescarme. Me reintegraba cuando os vi acercaros. Permítame expresaros mi admiración, madame: lucís bellísima esta noche.

—Gracias, excelencia. —Se había sonrojado, y su turbación era auténtica; hacía noches que lo provocaba con sugestivas miradas—. Me acerqué a buscaros puesto que mi hermano desea veros.

—¿Cuál de ellos? ¡Sois tantos!

—Oh, me refiero a mi hermano el emperador.

—No lo hagamos esperar, entonces.

—Seguidme, excelencia.

Napoleón Bonaparte era un hombre regordete, de baja estatura y de estructura pequeña que no suscitaba ninguna emoción hasta que se lo miraba a los ojos. En ellos, de un gris metálico y frío, se reflejaban el fuego y la codicia de su alma. Aunque la figura del emperador se contraponía a su espíritu, aun así, en actitud silenciosa, opacaba a quienes lo escoltaban, su canciller Champagny, su escudero mayor Caulaincourt y su siervo, el mameluco Rustam.

—Sire —pronunció Carolina—, aquí os traigo a Roger Blackraven, conde de Stoneville.

—Un gran honor, sire —manifestó Roger, y se inclinó en una reverencia—. Soy un gran admirador de su majestad.

Bonaparte, con las manos entrelazadas a la espalda, levantó la cabeza para mirar a Blackraven.

—El hijo del duque de Guermeaux, según entiendo —expresó, de mal humor; había discutido con su hermano Luciano, que se negaba a divorciarse.

—Así es, sire.

—Su padre es enemigo del imperio, señor. Vive conspirando en contra de mí del otro lado del Canal de la Mancha.

—Lo siento, sire. Poco sé de los asuntos de mi padre, pero si hubiese sabido que mi presencia os habría importunado, jamás me habría atrevido a venir.

—Si tuviese que prescindir de todos aquéllos que me fastidian, señor, este salón quedaría vacío. Por tanto, podéis quedaros.

Blackraven ensayó una sonrisa ladeada que atrajo al emperador; había algo irreverente y al mismo tiempo comprensivo en ese gesto.

—Os agradezco, sire, vuestra generosidad os honra. Nunca he adherido a la máxima bíblica por la cual un hijo debe pagar por los pecados de su padre. Después de todo, ¿a quién se puede culpar por la familia que a uno le tocó en suerte? —Con un sutil movimiento de ojos, Blackraven miró a Luciano, que acababa de unirse al

grupo, y a Carolina.

Esta vez, Napoleón sonrió con un gesto sesgado que comunicaba su aquiescencia y su satisfacción por la respuesta. Para nadie constituía un secreto que sus hermanos y hermanas componían una caterva de cuervos rapaces dispuestos a matar por una posición de mayor jerarquía.

—¿Y qué podéis decirme de vuestros compatriotas? —se interesó el emperador.

—Vosotros, los franceses, también sois mis compatriotas. —Napoleón levantó las cejas, inquisitivo—. Yo nací en suelo francés, sire. Yo nací en Versalles en el 70, y mis padrinos fueron el delfín y la delfina de la Francia, que luego se convirtieron en los reyes Luis XVI y María Antonieta.

A Napoleón lo fastidiaba que lo tomaran por sorpresa, e hizo una anotación mental para amonestar a Fouché. ¿Con qué clase de agentes contaba que habían obviado esa pieza fundamental de información? Los espías constituían la base de la seguridad del imperio. Eran fundamentales. Ese pensamiento desembocó en el Escorpión Negro. Hacía meses que no recibía noticias del maldito sicario que había costado una fortuna.

—Ahora me explico su excelente pronunciación del francés —confesó Napoleón, quien era objeto de burlas por su fuerte acento con reminiscencias italianas—. De igual modo, tenéis redaños, señor, al expresar con tanto desparpajo los nombres de los reyes de *l'ancienne noblesse*.

—*L'ancienne noblesse, la nouveau*, es la misma cosa, sire. Todos desean ser llamados por un título nobiliario, aun aquéllos que en el 89 votaron la ley que suprimió los privilegios de cuna.

—¡Sí que tiene agallas! —volvió a manifestar el emperador, y Blackraven se inclinó en señal de agradecimiento.

—En cuanto a mis padrinos, sire, yo los amaba profundamente. Ellos y mi madre eran mi familia, y las cuestiones políticas siguen interesándome tan poco ahora como cuando niño.

—Eso me sorprende, un hombre al cual la política le resulta indiferente. Pero al menos conocerá qué se dice de mí entre sus compatriotas, ¿verdad? ¿Cómo me llaman? ¿Como los rusos, el ogro corso? ¿O el general Vendimiario?

—Lo llaman Boney, sire.

Napoleón explotó en una carcajada que provocó que la sala se silenciara de golpe. Resultaba un espectáculo tan inusual escucharlo reír que la concurrencia tardó en abandonar el mutismo y retornar a sus conversaciones.

—Boney —repitió por fin Napoleón—. ¡Suena hasta cariñoso! ¡Cómo sois vosotros, los ingleses! Hasta para elegir el mote de vuestro peor enemigo empleáis la diplomacia y el buen gusto.

—Los talentos de los ingleses, sire, son muchos en verdad, pero insisto: yo soy

tan inglés como francés, austríaco, italiano y español.

El emperador le pidió que se explicase, y Blackraven se tomó tiempo para hablar de sus nobles orígenes.

—Pues, señor conde, lleváis en las venas la sangre de las casas reales con las que, de un modo u otro, he construido mi imperio.

—Sire, poco importa si soy nieto de Carlos III o de una princesa austríaca. Soy bastardo, y eso me ubica en el mismo nivel que un plebeyo.

—No parecéis muy avergonzado de vuestra calidad de bastardo.

—Las cuestiones que no puedo cambiar, las que exceden a mi poder, enseguida causan mi falta de interés. Estoy seguro de que se debe a mi proverbial sentido de la practicidad, sire.

—¡Bravo! —exclamó Napoleón, y suscitó de nuevo la extrañeza de quienes lo circundaban; nunca se detenía para conversar con alguien por mucho tiempo cuando no se trataba de asuntos de política o de Estado, menos aún manifestaba su complacencia con una expresión tan franca y expansiva—. Igualmente —prosiguió el emperador—, vuestro padre os ha reconocido como su heredero. Venid, acompañadme hasta la ventana. Aquí no corre el aire. —Lo tomó por el brazo y se alejaron ante los gestos demudados y el intercambio de miradas de parientes y ministros.

—Entiendo —dijo Napoleón— que el ducado de vuestro padre es de los más poderosos de la Inglaterra, y que hasta ese pusilánime de Jorge le teme.

—Su majestad ha dicho correctamente: el ducado de mi padre. Sire, mi poder es meramente económico y me lo he ganado rompiéndome el lomo, si me permite locución tan burda. Ni un penique del que poseo proviene de la fortuna del duque de Guermeaux. El ducado y la riqueza que trae aparejada no me habrían resultado suficientes para hacerme sentir un hombre verdadero. Necesité forjarme un destino en el cual yo fuera mi propio héroe.

Napoleón pensó: “Creo que sería amigo de este inglés con cara de romaní sólo para complacerme, de tanto en tanto, en escuchar mis propios pensamientos. Prefiero acercarlo a mi flanco, convertirlo en mi amigo y no en mi enemigo. Luce feroz bajo esa capa de frivolidad y desinterés. Y por mucho que desdeñe a su padre y a su ducado, el día que una su poder económico con el político de la casa de Guermeaux, moverá los hilos de la Inglaterra”.

—Coincido con vuestras palabras, señor conde —admitió el emperador—. Nadie como yo comprende la necesidad de un hombre, ¡de un hombre verdadero!, de forjarse solo y erigirse desde el fango hasta el cielo, como lo han hecho los más grandes, Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno.

—Vuestras palabras me conmueven y halagan profundamente, sire. Estoy orgulloso de lo que he obtenido con mi desnudo y esfuerzo, pero en nada se compara

con la gesta de su majestad.

—Oh, pero con vuestro poder, señor, podríais hacer tambalear a cualquier monarquía si os lo propusierais.

—A mí no me interesa la política, sire. Mi poder es meramente económico —insistió Blackraven, con fingida inocencia—. Me permite vivir con la holgura de un rey y comprar cuanto deseo.

—Es el poder económico el catafalco donde se apoya el político —declaró Napoleón—. Mirad en torno a vos —señaló hacia el salón atestado de gente—. Mirad esa jauría de lobos hambrientos. ¿Pensáis que me aman? ¿Qué me admiran por haber convertido a la Francia en la nación más poderosa y gloriosa de la Tierra? ¡Sólo pretenden de mí un poco más de poder y dinero! Y para mantenerlos leales debo contar con miles y miles de francos. El poder económico es la base de todo, querido conde. La soldada se paga con francos, lo mismo los fusiles y los cañones. El dinero lo es todo. ¡Un maldito invento del demonio!

Le tocó el turno a Blackraven de soltar una carcajada. En verdad lo había divertido el gesto de franqueza que acompañó a aquella espontánea expresión de hartazgo y fastidio.

—Vos me agradáis, Blackraven —dijo Napoleón—, porque sois de las pocas personas que no habla para complacerme sino para manifestar lo que piensa.

—Es mi mayor defecto, sire.

La invitación de Napoleón Bonaparte para pasar una temporada en el palacio de Fontainebleau no tardó en llegar; tres días después de la velada en el salón de la gran duquesa de Berg, un paje llamó a la puerta del departamento de la calle de Cerutti y le entregó a Somar una nota con el sello del emperador.

Esa tarde, el carruaje con el escudo de la casa de Guermeaux se alejaba hacia la pequeña localidad de Fontainebleau, a unas treinta millas al sureste de París. Milton y Shackle conducían el coche tirado por seis caballos blancos; Radama y Schegel hacían de postillones, mientras dos marineros griegos del *Afrodita*, Costas Macrís y Nikolaos Plastiras, componían la escolta que custodiaba el carruaje. Todos vestían las libreas de la casa de Guermeaux, aun Amy y Malagrida, que viajaban dentro de la cabina y que pasarían por los asistentes de cámara de su excelencia, el conde de Stoneville. A Somar se le permitió conservar su atuendo en la esperanza de que le resultara útil para entablar una amistad con el sirviente más fiel de Napoleón, el mameluco Rustam, y obtener información acerca de las costumbres de su jefe.

A la corte del palacio de Fontainebleau pronto le quedó claro que Napoleón valoraba la compañía del conde de Stoneville. Cazaban a diario en los bosques que rodeaban la propiedad o, simplemente, salían a cabalgar, ocasiones en las que los escoltaban cinco guardias imperiales armados de fusiles con bayonetas. El emperador

se había sorprendido gratamente el día en que Blackraven le habló en italiano, y con frecuencia caían en esa lengua para referirse a temas que no deseaban compartir con el resto. Napoleón participaba a Roger de sus reuniones privadas después de la cena, y ya fuese en medio de una cacería o con una copa de coñac en la mano, siempre le hacía comentarios acerca de la política europea para escuchar su parecer.

—¿Quién podrá destruirme con aliados como Rusia y Austria?

—El tratado de Tilsit, sire, fue realmente beneficioso para la Francia y consiguió granjearse el apoyo de una potencia como la rusa. Sin embargo, este momento de gloria y de victoria es el más peligroso porque, junto con él, sobreviene la creencia de seguridad absoluta, de invencibilidad. Tras un enemigo vencido, surgen odios, sire.

En otra ocasión, Napoleón le manifestó:

—Es un muchacho agradable y con agallas, ese Alejandro I Pavlovich —hablaba del zar de Rusia—, de claro discernimiento. Me admira. Diría que, después de nuestras conversaciones en la armadía del Niemen, nos hemos vuelto íntimos amigos.

—Sire, un hombre como su majestad no tiene amigos.

—Su dureza me fastidia.

—Pero mi juicio sincero le conviene.

—Presume demasiado de su juicio, señor.

—Mi juicio, sire, me ha posicionado donde estoy. ¿Por qué no habría de valorarlo? Un hombre que ha decidido convertirse en el emperador de Occidente, y por qué no, de Oriente si Constantinopla cayera en sus manos, no puede desconocer que la amistad en política es tan veleidosa y desleal como una mujer.

—Os referís a la mujer con desprecio, señor conde. ¿Es que acaso sois misógino y, por tanto, no aceptáis la compañía de las que os ofrezco?

—En absoluto, sire. La mujer es la creación sublime de Dios, y, aunque veleidosas y manipuladoras, siguen gustándome como cuando zagal.

—¿Entonces?

—Soy una *rara avis*, sire. Le soy fiel a mi esposa.

—¿Y por qué no lo acompaña ella en este viaje?

—Acaba de darme un hijo.

—¡Enhorabuena!

—Gracias, sire.

—Hace ocho meses, una de mis amantes me dio un hijo a mí también. Lo llamé Carlos León, y con él demostré a mis enemigos que no soy impotente ni estéril como dicen. El problema es de mi esposa Josefina.

Dos días más tarde de ese intercambio, Joseph Fouché llegó al palacio de Fontainebleau, y Blackraven y su gente se aprestaron para el golpe final.

Como se veía gordo, Napoleón solía caminar a horas muy tempranas por los bosques de Fontainebleau. Esa mañana agradable de otoño, lo hacía en compañía de

su canciller, Champagny, y de su ministro de Policía, Fouché. Los cinco soldados de la guardia imperial los seguían a cierta distancia. Napoleón discursaba, a veces lo interrumpían comentarios breves de sus ministros, y enseguida retomaba su parrafada. Fouché lo puso de mal humor al mencionarle la conveniencia de divorciarse de la emperatriz Josefina, y Napoleón lo mandó callar con cajas destempladas.

—Monsieur Fouché, desde hace días no recibo de usted más que insensateces; es hora ya de que acabe con ellas y deje de involucrarse en algo que no le concierne; ésa es mi voluntad. En lugar de mortificar a la emperatriz y fastidiar al emperador, debería ocuparse de ese hato de inútiles que tengo por espías, que no supieron averiguar que el conde de Stoneville fue parido en Versalles. ¿Escucha lo que le digo, monsieur? ¡En Versalles! El tema de los espías —dijo, sin pausa— me trae a la mente el asunto con ese agente inglés.

—¿Su majestad se refiere al Escorpión Negro?

—El mismo. ¿Hemos tenido noticias de él últimamente?

—No, sire —contestó Fouché, con temor—. La Cobra no ha...

Fouché se interrumpió cuando un bulto negro se arrojó desde uno de los robles que orlaban el sendero y cayó de pie frente a ellos. Profirió un alarido y se echó hacia atrás, lo mismo que Champagny. Napoleón, en cambio, mantuvo su sitio y observó con ojos miopes a la figura alta y corpulenta que les cerraba el paso. Resultaba imponente, ataviada de negro, incluso llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y la cara, con una máscara, ambos en ese mismo color. Lo estudió con meticulosidad: vestía pantalones y botas altas, como de montar, camisa de seda y un abrigo, tan largo que casi rozaba el camino de tierra. Sus manos iban enguantadas, y en la derecha empuñaba un mosquete.

Con las manos a la espalda, Napoleón apenas giró para comprobar que varios hombres, también enmascarados y de negro, inutilizaban a sus cinco guardias a punta de fusil. Blackraven caminó hacia Napoleón y sus ministros. Se detuvo a unos palmos y manifestó:

—*Je suis le Scorpion Noir.*

Esa voz lanzó eléctricas vibraciones a través del cuerpo del ministro de Policía, quien, con cara de espanto, se movió hacia atrás de manera mecánica, al tiempo que evocaba la noche en que despertó a causa de ese mismo susurro al oído. *Fouché, je suis le Scorpion Noir.*

—Quieto ahí, Fouché —ordenó; sacó algo del interior de su abrigo y lo arrojó a la cara del ministro, que chilló y lo sujetó entre manotazos.

—Un recuerdo de La Cobra —explicó, mientras Fouché estudiaba la máscara de cuero del sicario—. Ah, por cierto, La Cobra y su cómplice hoy sirven de alimento a los tiburones del Atlántico. En cuanto a Le Libertin, Fouché, y por si no recibió mi

mensaje en tiempo oportuno, le advierto una cosa: no espere que vuelva. Está haciéndole compañía a La Cobra en el Infierno.

Los alcanzó el sonido de cascos y ruedas, y, como el Escorpión Negro se mantenía imperturbable, Napoleón dedujo que la llegada del coche formaba parte del asalto. La berlina emergió del bosque y quedó cruzada en el camino, delante de ellos.

—Sire —invitó Blackraven, en tanto abría la portezuela y, con un ademán, le ordenaba subir.

Napoleón caminó sin prisa y subió seguido de Blackraven. Se pusieron en marcha antes de que la portezuela se cerrase.

—¿Adónde me conduce?

—A vuestro pabellón de caza, sire. Un lugar tranquilo y solitario, propicio para la conversación que nos espera.

—¿Quién le abrirá? No hay sirvientes y yo no he traído la llave conmigo. —Al escuchar la risa bajo la máscara, Bonaparte se sintió estúpido—: Bien, supongo que una puerta no será escollo para el espía más hábil de los ingleses.

La puerta ya estaba abierta, las cortinas de la estancia principal corridas y varias bujías ardían en los candelabros. El cochero permaneció en el vestíbulo; ellos se instalaron en la sala. Blackraven le indicó a Napoleón que tomase asiento; él permanecería de pie. Primero se quitó el pañuelo y, después, la máscara.

—¡Blackraven! —Napoleón saltó de la silla—. ¿Qué significa esto, señor?

—Sire, La Cobra me entregó vuestro mensaje. Ella me dijo que su majestad quería hacer un trato con el Escorpión Negro. Pues bien —dijo, y extendió los brazos en cruz—, aquí estoy. Yo soy el Escorpión Negro. ¿Qué queríais decirme?

—Yo... ¿Qué ocurrió con el sicario? —preguntó el emperador, y al momento se dio cuenta de lo improcedente de la pregunta.

—Debería decir, *la sicaria*, sire. La Cobra era una mujer. Una mujer negra.

—Estáis mintiéndome.

—No, no estoy mintiendo. La maldita era más hábil que cualquier hombre con quien me haya tocado lidiar. Admito que era una digna adversaria.

—Pero veo que pudisteis con ella. —Blackraven inclinó la cabeza, medio asintiendo, medio reconociendo el cumplido—. Entonces, me alegro de que estéis aquí hoy porque una vez más demostráis vuestra supremacía en el oficio del espionaje, y os necesito.

—Mis días como espía, sire, han terminado, y nada ni nadie me convencerá de lo contrario.

Napoleón caviló que el Escorpión Negro no sólo era el espía más hábil del cual él tuviera conocimiento sino que tenía acceso al corazón mismo de su peor enemigo, la Inglaterra. Si lo convencía de unirse a sus huestes, él, el emperador de la Francia, pondría de rodillas al poderío inglés y se convertiría en un hombre invencible.

—Yo no soy como cualquier otro, Blackraven, yo soy el amo de la Europa y podría obligaros si me lo propusiera.

—Lo sé, sire. Pero yo tampoco soy como cualquiera. —El tono socarrón y divertido había quedado atrás; Blackraven había adoptado un acento amenazador—. Si a partir de hoy, algún emisario suyo o de Fouché me importunase, a mí o a cualquier miembro de mi familia, se activaría un mecanismo por el cual la destrucción de su majestad y de su sueño de gobernar el mundo se concretaría en breve. Lo mismo si yo o alguno de mi familia sufriese un misterioso accidente o si muriésemos en circunstancias poco claras.

—No puedo avizorar cuál sería ese mecanismo que me llevaría a la ruina.

Blackraven se aproximó y le entregó un rollo de papel que sacó del bolsillo interno de su barragán. Napoleón lo desenvolvió y lo leyó. Su semblante se descomponía en tanto avanzaba en la lectura.

—¿De dónde sacó esto?

—Le aclaro que este documento es una copia. El original se encuentra a salvo, un original que, por cierto, resistiría cualquier tipo de prueba caligráfica.

—¿De dónde lo sacó?

—Me lo entregó Luis XVII, por supuesto.

—¿De qué habla? Luis XVII murió en la prisión del Temple cuando era un niño.

Blackraven sonrió con desprecio.

—Sire, estáis hablando con el Escorpión Negro, no con uno de vuestros ministros de pacotilla. Yo sé que vos sabéis que el hijo del decapitado Luis está con vida. Sucede que no sabéis dónde se encuentra. Pues os diré que está oculto, bajo mi tutela.

—¡Este documento no probaría la identidad de ese supuesto Luis!

—De él no, pero su hermana, Madame Royale, sí podría identificarlo, y me refiero a la verdadera Madame Royale y no a la impostora que yo mismo coloqué para salvar a mi prima. Además, también se encuentra bajo mi protección el sacerdote que sirvió de testigo en la abdicación de Luis XVI, el padre Edgeworth de Firmont —le señaló la rúbrica al pie del documento—, que fue quien puso en las propias manos de Luis XVII este documento. También se halla bajo mi tutela la esposa del zapatero Simon, el tutor de Luis Carlos durante sus años en el Temple. Os aseguro, sire, que ella lo conoció mejor que nadie y tiene el modo de reconocerlo fácilmente.

—Esto no me intimida.

—Pues debería, sire. Sabéis quién soy y de qué soy capaz. Conocéis también la extensión de mi poder y de mis influencias, no sólo en mi país sino en toda la Europa. Si volviérais a perturbar mi paz o la de mi familia, sire, si volviérais a contratar un sicario para matarme o simplemente para conducirme hasta vos, me volvería en vuestra contra con toda la crueldad de la que soy capaz, y, a un chasquido de dedos, se orquestaría una conjura que daría por tierra con la endeble alianza de la cual hoy

os jactáis. ¿Me pregunto qué dirían lord Bartleby —Blackraven hablaba del jefe de los espías ingleses— o el primer ministro de la Inglaterra si supieran de la existencia del legítimo heredero del trono de la Francia? Vuestras relaciones con Austria son pésimas. ¿O acaso Fouché no os ha informado que Francisco I está reclutando tropas? ¿Qué excusas vanas le ha dado el embajador Metternich de esa maniobra? ¿Y qué ocurre con Prusia? ¡Ah, la rebelde Prusia! La que se niega a pagar las contribuciones acordadas y la que permite que su prensa os corone con todo tipo de motes. En cuanto al zar de Rusia, quizá se encuentre embelesado por la grandeza de su majestad, no lo niego, pero no así su corte, la cual repudia el tratado de Tilsit. Los aristócratas rusos se sienten humillados y consideran un insulto las cláusulas de ese acuerdo. ¿Cuánto soportará el joven Alejandro I Pavlovich la presión de sus nobles? En fin, la situación de la Francia no es fácil. Y eso que olvidé mencionar al Portugal, que se niega a cerrar sus puertos a los barcos de mi país; a Dinamarca, en manos inglesas después de que el puerto de Copenhague fue sometido a cinco días de intenso cañoneo; a Pío VII, que se resiste a sumar los Estados Papales al bloqueo contra la Inglaterra; y a mi primo Fernando, que destronó a mi tío, Carlos IV, y se coronó rey de la España; Fernando no os quiere, sire. —Acompañó la pausa con una expresión elocuente, exagerada y falsa—. Pues bien —dijo, y suspiró—, en medio de esa catástrofe política, la aparición del hijo de Luis XVI reclamando lo que legítimamente le pertenece. ¡Sería un golpe de escena que casi me gustaría presenciar! Su posición es endeble, sire, y sus enemigos son muchos. A más, sin un hijo a quien heredar el trono... En fin. En su situación, sire, no me granjearía un enemigo más, al menos no uno de mi talla.

Napoleón lo contempló boquiabierto. Nadie lo había provisto de una semblanza tan atinada. Empezó a caminar por el pabellón, con la cabeza baja y las manos a la espalda. Fue y vino varias veces hasta que se detuvo para preguntar:

—Si Luis XVII está vivo y posee tantas pruebas para demostrar su identidad, ¿por qué no se ha presentado en las cortes europeas para reclamar el trono de la Francia?

—No le revelaré todos mis secretos, sire. Conformaos con saber que si fuera para mi conveniencia que Luis XVII pidiese ayuda a su familia materna en Austria o al gobierno de Whitehall, lo haría. Y no dudo de que terminaría sentado en el trono del Rey Sol, y su majestad, en el exilio. —Los ojos grises intercambiaron una mirada fría y aguda con los azules de Blackraven—. En realidad, sire, esto que he venido hoy a deciros es una ofrenda de paz. Ambos podemos convivir en este mundo sin importunarnos.

—No os comprendo, Blackraven. Conmigo alcanzaríais todo el poder y la gloria con los que un hombre puede soñar. Podríais convertirlos en mi ministro más importante, mi mano derecha. Confío en vuestro discernimiento, pocas veces he departido con un hombre de su sensatez y bravura, os respeto y admiro. Eso es algo

que raramente concedo, mi respeto y mi admiración. No comprendo por qué rechazáis mi oferta.

—Sire, ¿acaso no habéis llegado a comprender mi naturaleza? Yo siempre seré cabeza de león, nunca su cola. Vos y yo somos dos leones que nos destrozariamos si nos enfrentásemos. Acepte las cláusulas de este acuerdo, sellemos este pacto y que cada cual siga con su destino.

Napoleón se echó en el sillón, de pronto exhausto, y suspiró. Permaneció en silencio, con la cabeza algo caída y la vista fija en un punto.

—Está bien —dijo—, os prometo que no os obligaré a trabajar a mi lado. Tampoco intentaré nada contra vos o contra vuestra familia.

—Sire, permitidme que os recuerde que si algo me sucediese, mis agentes se ocuparían de poner en marcha la conjura que...

—¡Siempre respeto lo que pacto! —exclamó, y asestó un puñetazo a una mesa de café.

—Disculpadme —dijo Blackraven.

Pasaron unos segundos en que Napoleón anheló la calma de su espíritu y el orden en su mente embrollada.

—Nunca resulta beneficioso hacerse odiar y provocar rencores —manifestó al fin—. Y, por cierto, no quiero provocar vuestro rencor. No os comprendo, Blackraven, pero prometo dejaros en paz, tenéis mi palabra. —Entrecerró los ojos, fijos en Roger, y su actitud reflejó el interés de quien trata de desentrañar algo inextricable—. No os comprendo —insistió—. Vuestra decisión no corresponde a un ser racional. Os ofrezco poder, mucho poder, y lo rechazáis. Sólo dos razones pueden moveros a actuar de este modo: la locura o el amor, que es casi una forma de locura.

Blackraven sonrió con sinceridad.

—Sire, sois un gran conocedor de la índole humana.

—Blackraven, sacadme de una duda. —Roger mantuvo un prudente silencio—. ¿Por qué me habéis revelado vuestra identidad?

—Porque deseaba que supierais con quién lidiabais realmente. Yo no soy sólo el Escorpión Negro, sire. Yo soy Roger Blackraven, futuro duque de Guermeaux. Ambas posiciones, unidas, conforman un digno rival.

Napoleón asintió, y Blackraven tuvo la impresión de que lucía deprimido.

—Supongo que éste es el fin de vuestra visita a Fontainebleau.

—Así es, sire. Ahora regresaremos con vuestros ministros y ordenaréis a vuestros guardias que no intenten detenernos en nuestra retirada. Yo volveré a ser Roger Blackraven y mis hombres, a vestir las libreas de la casa de Guermeaux. Dejaremos el palacio en una hora, sire, y el territorio francés, mañana por la mañana. Ya no tendrá que soportar mi presencia.

—Oh, pero su presencia, Blackraven, era lo único que me divertía. Detesto las

veladas en compañía de la emperatriz. Me fastidian y me aburren.

A principios de noviembre, Alexander echó a andar. Gateaba con una rapidez admirable y se sostenía en pie sujetándose de los muebles o de las polleras de su madre o del peplo de Trinaghanta, hasta que una mañana se soltó y empezó a caminar sobre la alfombra del *drawing room*. Suscitó tantas aclamaciones, del duque de Guermeaux, de Bruce, de Constance, de Isabella, hasta de la tímida Miora, que terminó por perder el equilibrio, caer de cola y echarse a llorar. Melody lo recogió en brazos y lo llenó de besos, y, mientras ella también lloraba de alegría, derramó algunas lágrimas de tristeza pues Roger se había perdido los primeros pasos de su hijo. Deseaba que no olvidase que el sábado siguiente era 14 de noviembre, el primer cumpleaños de Alexander. Desde hacía un mes, el duque de Guermeaux organizaba una celebración que contaría con más de doscientos invitados, todos miembros de las familias más antiguas de Cornwall y de Londres, y que tendría lugar en el castillo familiar.

El jueves 12, Melody abandonó la cama con desánimo. El 10 de noviembre, el día del natalicio de Roger, había pasado, y seguían sin noticias de él. Intuía que su esposo no llegaría a tiempo para el 14. Contempló el trabajo de las sirvientas: colocaban el lienzo sobre la tina de bronce y arrojaban tres baldes de agua caliente y varios más de agua fría. Se quitó la bata y se deslizó dentro. Al principio, las muchachas se habían escandalizado por dos razones: porque la condesa no usaba túnica de liencillo para cubrirse durante el baño y porque no tenía vello en las piernas.

—Hay personas imberbes —conjeturaban, aunque se dieron cuenta de que estaban equivocadas la tarde en que la señora condesa mandó a Trinaghanta a la cocina a preparar una extraña mezcla para quitarse el vello de las piernas.

—¡Como las mujeres de la mala vida! —se escandalizaban—. ¿O será que en aquellas tierras salvajes de la Sudamérica las mujeres decentes también se depilan?

—Entonces no son decentes.

Tipsy, la cocinera, una vieja gorda y bonachona, expresó:

—La señora condesa tiene tanta cara de ramera como yo, cuerpo de sílfide. Y sí, es una mujer decente. Lo que ocurre, me juego la cofia, es que su excelencia, que siempre ha sido muy excéntrico con relación a las mujeres, le exige que se lo quite. Y ella lo complace.

Las muchachas ya se habían habituado a las peculiares costumbres de Melody y a sus piernas sin vello. La ayudaron con el baño en silencio, con el vestido después, y la peinaron muy bonita porque recibiría visitas a la hora del almuerzo. El señor duque traería a unos amigos recién llegados de Londres para la fiesta del sábado. Melody se sentía tan decepcionada con la ausencia de Blackraven que ni siquiera experimentaba nervios a causa de su primer compromiso social con personalidades de la alta alcurnia

inglesa.

—¿Quiere que la perfume, señora condesa?

—Sí, Doreen. Aquél —indicó, y señaló el nuevo frasco de *frangipani* que había comprado en Londres.

La muchacha la roció con generosidad. Después de atender a su hijo, Melody bajó a desayunar. Llamaron a la puerta principal, y Poole, el mayordomo, apoyó la cafetera en el mueble para ir a abrir. Era Somar.

Al escuchar la conocida voz del turco, Melody profirió un chillido, arrojó la servilleta sobre la mesa y corrió al vestíbulo. Se lanzó a los brazos del turco, que no le correspondió. Poole apretaba los labios y negaba con la cabeza.

—¡Dónde está Roger! ¡Cuándo habéis regresado! ¡Por qué no está él contigo!

Somar, en su estilo lacónico y reticente, extendió la mano y le entregó una nota con el sello del águila bicéfala. Ésta rezaba: *Ven a mí, amor mío. Súbete al coche que te espera fuera y ven a mí. R.*

Melody levantó la vista y miró a Somar, y después giró para ver a Poole, y otra vez a Somar, y volvió a leer la nota.

—Vaya, señora —la instó el turco—. Yo le avisaré a Trinaghanta que su merced se ausentará por el resto del día.

—¡Gracias! ¡Poole, mi capa, mis guantes!

—Y su sombrero, milady. No debéis olvidar vuestro sombrero.

—Sí, sí, el sombrero —dijo Melody, deprisa, agitada y feliz, mientras se ataba las cintas de raso bajo el mentón—. Sucede que en mi país, Poole, no usamos sombrero, sólo una mantilla —comentario que hizo abrir grandes los ojos al mayordomo.

—Milady —volvió a hablar Poole—, mandaré aviso al señor duque de que la señora condesa no podrá recibirlo hoy a la hora del almuerzo.

—¡Oh, lo había olvidado! Sí, sí, Poole, hazte cargo. ¿Qué haría yo sin ti, Poole?

Melody corrió hacia el exterior. Saludó a Milton y se precipitó en el coche. Demoraron casi tres horas en cubrir el trayecto al pueblo de Truro, donde Blackraven había alquilado unas habitaciones en la planta alta del mejor hospedaje. Él la aguardaba con ansia. Se había bañado y afeitado; llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca, casi abierta por completo. “Quizás exageré con la loción de algalia”, se lamentó; había sido pródigo al perfumarse porque a Melody le gustaba ese aroma. Se preguntó si ella llevaría el *frangipani*. Mal contenía el ardor que lo dominaba. Durante su estadía en París, concentrado en su plan para neutralizar la amenaza de Napoleón, se había obligado a mantenerla lejos de sus pensamientos; y la tensión continuó hasta que abandonaron el suelo francés pues no confiaba en la palabra del emperador. Napoleón, sin embargo, había cumplido lo pactado y no los importunó. Al echar anclas en el puerto de Plymouth y poner pie en Cornwall, Blackraven aflojó las mandíbulas, relajó los músculos y permitió que el deseo por

Melody lo colmara. Se instaló en Truro y la mandó llamar porque no le agradaba la idea de llegar a Hartland Park y aguardar hasta la noche para amarla. Se preguntó si ese ardor menguaría algún día, él casi se comportaba como un mozalbete a punto de perder la virginidad, porque ya no se trataba sólo del deseo sino de la ansiedad por que llegara y porque lo encontrara atractivo. Caminaba de un extremo de la habitación al otro, se restregaba las manos, se retiraba el pelo de la cara, se abrochaba y desabrochaba la camisa, se acuclillaba frente al hogar, tomaba una raja del morillo, la echaba al fuego y movía los leños con energía, provocando una lluvia de chispas que iban de acuerdo con su genio. Soltó el atizador y se puso de pie. Le había parecido escuchar la voz de Melody.

—¿Cuál es la habitación de mi esposo, Milton? —la oyó preguntar.

—Aquélla, señora.

Permaneció quieto, expectante, con el respiro sujeto; no pestañeaba. “Llama, llama a la puerta”, la instaba. Melody golpeó dos veces. Él abrió. Se miraron en el umbral.

—Puedes irte, Milton —dijo Roger, sin apartar la vista de su esposa.

—Gracias, capitán Black. Hasta luego, señora condesa.

—Hasta luego, Milton.

Blackraven tomó a Melody por la mano y la jaló a sus brazos. Cerró la puerta con el pie y echó el cerrojo a ciegas, mientras la besaba sin templanza, en la boca, en el mentón, en las mejillas, en la frente, y mientras le desataba la cinta de raso y se deshacía del sombrero para besarla en el cuello, y más abajo —en el escote, en los hombros—, y en donde consiguiera desnudarla. Actuaba en silencio y ya no la besaba, más bien le pasaba los labios entreabiertos y dejaba un rastro de saliva en su piel. Melody, con ojos cerrados, intentaba quitarle la camisa y soltar las presillas de su pantalón. La torpeza de sus manos reflejaba la excitación que la dominaba; primero se empeñaban en desvestirlo, al segundo siguiente, se entrelazaban en el cabello de la nuca de Roger para profundizar el beso y, después, se sujetaban a sus hombros porque Melody se sentía desfallecer de emoción.

—Júrame —habló ella, de modo entrecortado—, júrame que no volverás a dejarme. Que me llevarás contigo donde vayas.

—Lo juro.

Se amaron el resto del día, con prisas y desmesuras en un comienzo; pero, a medida que aplacaban el fuego visceral que los había convertido en criaturas salvajes, lo hacían demorándose, disfrutando, redescubriendo el cuerpo, los sonidos y los gestos del otro. Durmieron de a ratos, conversaron también, hojearon el ejemplar de *Kama Sutra* que Blackraven trajo de París y ensayaron algunas posturas entre risas; mandaron por comida cuando tuvieron hambre y por una tina y agua caliente cuando desearon bañarse. Hacía rato que no hablaban. Todavía seguían sumergidos en el

agua ya tibia, lánguidos y sedados.

—No sé por qué hoy, al despertar —habló Roger—, recordé la frase que solía repetir Malagrida cuando era dómine en la Escuela Militar de Estrasburgo. Pertenece a Tucídides, un historiador griego del siglo v antes de Cristo. Tucídides decía: “Recordad que el secreto de la felicidad está en la libertad, y el secreto de la libertad en el coraje”, y pensé en ti, y pensé en mí, y me pareció a propósito de nuestra historia.

—Sí, mi amor, sí —acordó Melody, y se dio vuelta para besarlo.

Epílogo

En el Río de la Plata, a veinte millas de la Ensenada de Barragán. Enero de 1810.

Roger Blackraven despertó en la litera del camarote de popa que compartía con Melody desde hacía poco menos de dos meses. Habían zarpado de Liverpool en el *Isaura*, el buque de mayor calado de su flota —desplazaba quince mil toneladas y su eslora medía ciento setenta y cinco yardas—, a principios de noviembre de 1809 con destino a Buenos Aires y, de acuerdo con sus cálculos, avistarían la costa del Río de la Plata ese viernes 5 de enero. Escuchó los cuatro campanazos que indicaban el cambio de guardia y se levantó. Estudió el cielo del amanecer a través de la claraboya. Las nubes arreboladas auguraban lluvia por la tarde. Estiró los brazos hasta tocar el techo e hizo sonar las articulaciones. Le dolía el cuerpo, en especial el cuello y la espalda. Hacerle el amor a su esposa en una litera no resultaba fácil para un hombre de su contextura y de sus apetitos, menos aún cuando no podían hacer ruido porque Trinaghanta y los niños ocupaban el camarote contiguo. Era un fastidio. Deseaba llegar al Retiro y recuperar la ansiada intimidad con su mujer.

Melody dormía boca abajo, desnuda, su espléndida cabellera volcada hacia un costado, ni siquiera la sábana la cubría dado el calor. Blackraven se inclinó, le besó las tres marcas del carimbo y le pasó la punta del índice desde la nunca hasta la hendidura entre sus glúteos, mientras se admiraba de que la pasión no languidciera con los años. Melody se rebulló, balbuceó palabras ininteligibles y siguió durmiendo. Blackraven sonrió y comenzó a vestirse.

La firmeza de sus pasos resonaba en la cubierta, mientras marchaba hacia el alcázar. Con el catalejo en el ojo, escuchó el reporte del contraemaestre en cuanto a la ubicación del barco, la velocidad del viento y la conveniencia de lanzar la bolina en esas aguas traicioneras, sobre todo, si se consideraba el calado del *Isaura*. Blackraven pronunció las órdenes pertinentes, el contraemaestre las comunicó a gritos y de inmediato el barco cobró vida; los de la guardia matutina acomodaron los coyotes en la batayola, treparon por los flechastes, tomaron rizados, largaron la gavia, y de ese modo el *Isaura* saludó al nuevo día.

De un momento a otro aparecería la costa del Virreinato del Río de la Plata. Tres años habían pasado desde la última vez en Buenos Aires, una ciudad que guardaba infinidad de memorias, algunas buenas, otras malas. Una inquietud lo mantenía en vilo, demasiadas preguntas sin respuesta, pues, si bien sus agentes y administradores —Diogo Coutinho, Covarrubias, el senescal Bustillo y, sobre todo, O'Maley— lo mantenían informado, él necesitaba juzgar la situación por sí. ¿En qué estado hallaría sus propiedades? ¿Cuál sería la situación política del virreinato? ¿Cómo se encontrarían sus amigos los independentistas? Blackraven sonrió al pensar que esos

criollos, que habían destituido a Sobremonte, reconquistado la ciudad y elegido a Liniers como virrey, en realidad, hacía tiempo que eran libres. ¿En qué confabulación se enredaría su socio, Martín de Álzaga? Habían hecho una fortuna durante esos años. Blackraven le enviaba barcos colmados de ultramarinos que el vasco no se cansaba de vender. Sabía que había vuelto a ocupar el cargo de alcalde de primer voto durante 1808, pero que no había alcanzado su sueño, el de ser virrey. Finalmente, Liniers le había ganado la partida. ¿Qué sería del capitán Liniers? Después de su corto período como máxima autoridad del Río de la Plata, fue depuesto por su condición de francés y sustituido por el almirante Baltasar Cisneros nombrado por la Junta Suprema Central, el organismo que legislaba y administraba justicia durante la ocupación napoleónica de la España. Las profundas divisiones entre Carlos IV y su hijo Fernando habían abierto una grieta en el corazón de los Borbones, donde Napoleón hundió su espada. Ahora su hermano mayor, José Bonaparte, ocupaba el trono de su amado abuelo, Carlos III, pero nadie lo aceptaba, ni en la península ni en las colonias.

Blackraven intuía que el final se precipitaba. Pueyrredón ya confabulaba desde Madrid y enviaba amigos a Londres para convencer al ministro Portland de apoyar la independencia americana. Belgrano, Castelli, Moreno y Nicolás Rodríguez Peña le escribían a menudo detallándole la precaria situación en que se encontraba Cisneros. “Vuelvo para terminar lo que comencé en 1806”, pensó Blackraven.

Primero lo alcanzaron los ladridos de Sansón y después la voz de su hijo Alexander, que lo llamaba.

—*Daddy! Daddy!*

Alexander corría hacia el alcázar y le sonreía. Era un niño feliz, divertido y simpático, buen conversador y gran inquisidor. Detrás de su primogénito, apareció Anne-Rose, su hija de poco más de un año, que se esforzaba por alcanzar a Alexander y a Sansón, pese a sus cortas y rechonchas piernas. Estevanico y Angelita la seguían preocupados por el equilibrio de la niña. Trinaghanta cerraba el cortejo. Blackraven los observó aproximarse con una sonrisa inconsciente en los labios. El amor que esas dos pequeñas criaturas le inspiraban era el sentimiento más noble y puro del que había sido capaz. Se acuclilló para recibirlos y los levantó en el aire, uno en cada brazo.

—Buen día, capitán Black.

—Buen día, Estevanico. Buen día, Angelita —contestó Roger, y les guiñó un ojo—. ¿La señora condesa ya se despertó, Trinaghanta?

—Sí, amo Roger. Rosie —así llamaban a la pequeña— entró en vuestro camarote y la despertó.

—*Where are we, daddy?*

Alexander se calzó el catalejo —Blackraven estaba seguro de que no veía nada— y siguió preguntando, siempre en inglés, el idioma que usaba con su padre; con

Melody, en cambio, hablaba en castellano, y, con su abuela Isabella, el francés. Resultaba admirable la facilidad y la naturalidad con que saltaba de una lengua a otra.

Anne-Rose, en cambio, era una niña tranquila, suave y observadora, con un vocabulario de pocas palabras, *daddy*, *mommy*, Tina, para llamar a Trinaghanta, Alec, a su hermano, Nico, por Estevanico, y Saso, por Sansón, su adorado perro. Lo demás lo callaba o lo exigía con gestos. En tanto Alexander preguntaba y hablaba sin dar tiempo a contestar, Rosie se dedicaba a acariciar la mejilla rasposa de su padre, a besarlo y a tocarle el cabello. Su dulzura desarmaba a Blackraven, que, mientras satisfacía la avidez de Alexander, estudiaba la carita de su hija, tan parecida a Isabella di Bravante, con el cabello negro, la piel lechosa, la misma nariz respingona y una boca diminuta y carnosa; Roger siempre le decía: “Rosie, tienes un corazoncito en lugar de boca”. Sus ojos, sin embargo, habían heredado el magnífico turquesa de Melody. A Rosie la habían concebido en *Párvati*, la hacienda de Ceilán, y Melody la había parido en *La Isabella*, la hacienda de Antigua, y, a diferencia del traumático parto de Alexander, el de la niña había sido un anticipo de su temperamento, suave y tranquilo. A dos horas del nacimiento de Rosie, Melody se incorporó en la cama y manifestó que tenía hambre.

—¿Conoceré a mi tío Tommy, *daddy*? —siguió preguntando Alexander.

—Sí, a tu tío Tommy, a su esposa, tu tía Elisea, y a tu pequeño primo, Jimmy. Aunque ellos no viven en Buenos Aires, donde tú naciste, sino cerca de otra ciudad llamada Capilla del Señor.

—¿Yo nací en Buenos Aires, *daddy*? —Blackraven asintió—. ¿No nací en Hartland Park? —Blackraven negó—. Pero el abuelo dice que yo soy inglés como él.

—Y lo eres, pero naciste en Buenos Aires. Tu primo Víctor vivió muchos años en Buenos Aires, ¿sabías?

—Sí. Me lo contó cuando lo visitamos en su casa. —Alexander se refería a la hacienda que Galo Bandor había comprado en Jamaica años atrás y que había bautizado *La Cornuallesa* en honor de la mujer que amaba.

—*Mommy* —susurró Rosie al oído de su padre, y, con las manitas, lo obligó a mirar hacia el combés.

Melody caminaba por cubierta del brazo de su prima Marie, o Madame Royale, y en compañía de Luis Carlos, o Luis xvii. “¡Qué feliz luce Marie!”, pensó Blackraven. Habían recalado en la Bahía de Guanabara para visitarlos, y, cuando Luis Carlos y Marie expresaron su deseo de regresar a Buenos Aires, Blackraven lo juzgó propicio. Desde su charla con el emperador Napoleón en el pabellón de caza de Fontainebleau, vivían en una relativa tranquilidad. Relativa, puesto que un hombre como Roger Blackraven jamás bajaba la guardia.

Sonrió con sarcasmo al pensar que Napoleón y él habían terminado haciéndose amigos. No habían vuelto a verse, se trataba de una relación epistolar. La primera

carta llegó tres meses más tarde del episodio en los bosques del palacio de Fontainebleau, en un sobre lacrado, sin sello. “Vos, estimado Blackraven, contáis con la ventaja de que mi destino os importa poco”, le había escrito aquella primera vez, “por tanto sois el único que no habla para complacerme ni me adula ni me miente. Siempre he estado solo. Siempre he sido un solitario. Pero hoy, en la cima del poder, rodeado de cientos de personas, experimento la mayor y más profunda soledad de mi vida”.

En algo se equivocaba Napoleón Bonaparte: a Blackraven sí le importaba el destino del emperador. Sus negocios dependían en gran medida de las decisiones políticas que tomaran los gobiernos de la Europa. De igual modo, con Napoleón, seguía empleando el mismo modo descarnado y franco de la temporada que compartieron en Fontainebleau.

Blackraven observó que Melody, Marie y Luis Carlos se aproximaban a la borda y columbraban el río con la mano en la frente. Estevanico corrió junto a su adorada miss Melody, y, como Rosie y Alexander quisieron seguirlo, Blackraven los depositó en el suelo. Observaba con fijeza a su esposa. Melody giró, atraída por el barullo de los niños y los ladridos de Sansón, y lo descubrió en la toldilla. Sus miradas se cruzaron, y sonrieron con complicidad. “Ven”. Blackraven le dibujó la palabra con los labios, y enseguida Melody se excusó con sus primos y caminó hacia la popa.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días, amor.

—¿Dormiste bien anoche?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Como un oso —e, inclinándose en el oído de su esposa, le musitó—: Como un oso que ha comido kilos de la mejor miel. Como un oso satisfecho.

Melody rió y le pasó la mano por el pecho y luego por la mejilla.

—Asegura Somar que hoy atracaremos en la Ensenada de Barragán.

—Así es, cariño. Dentro de poco, avistarás la costa. —La miró de soslayo y descubrió cierta inquietud en su semblante—. ¿Qué ocurre? ¿No te quejabas anoche de que querías llegar al Retiro cuanto antes? ¿A qué se debe ese ceño?

—Estoy feliz de regresar, Roger, de veras. He echado tanto de menos a todos. Deseo tanto volver a verlos, pero...

—¿Pero qué?

—No sé. En Buenos Aires conviven tantas buenas memorias y tantos malos recuerdos que...

—Estamos juntos, Isaura. —La tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella—. Los fantasmas del pasado no existen. Somos libres y estamos unidos como las valvas de una ostra. Somos invulnerables, tú y yo. No temas, mi amor. Yo estoy contigo, a tu lado. Nada malo ocurrirá. Confía en mí, Isaura. Descansa en mí.

Guardaron silencio, con la vista en la línea del horizonte. Un momento después, Blackraven le pasó el catalejo y le indicó:

—Mira, allí comienza a avizorarse la costa. ¿Logras verla?

—Sí, sí, la veo.

—¿Lista para regresar, cariño?

—Lista, capitán Black.

FIN

Agradecimientos

Quisiera agradecer a mis dos queridas amigas, las escritoras Gloria V. Casañas y Mercedes Giuffré, por el valiosísimo material que me aportaron para la investigación de este libro. Meche, Glori, las quiero mucho.

Agradezco al profesor Oscar Conde, por su generosidad y desinterés al ayudarme con unos mensajes en latín clásico. Contar con su colaboración, profesor, fue un honor para mí.



FLORENCIA BONELLI nació el 5 de mayo de 1971 en la ciudad de Córdoba, Argentina. Estudió Ciencias Económicas y se recibió de contadora pública, profesión que abandonó después de leer *El Árabe de Edith Hull*, libro que la impulsó a dedicarse profesionalmente a la escritura.

La publicación de su novela épica en dos volúmenes, *Indias Blancas* (2005), significó un salto en su carrera, logrando atravesar las fronteras de su país, con una potente historia sobre indios y criollos. Sus novelas históricas logran conquistar los rankings de ventas en la Argentina y en el exterior. Su obra ha sido publicada en España, Alemania, Portugal y en toda América Latina.